

A woman in a historical, brown and gold patterned dress is shown from the chest down, holding a large, ornate, dark brown leather-bound book. She is standing in a library with wooden bookshelves filled with books in the background. The lighting is warm and focused on the woman and the book.

EL TALLER  
DE LIBROS  
PROHIBIDOS

OLALLA GARCÍA



A woman in a brown and gold historical dress is shown from the chest down, holding a large, ornate book. She is standing in a library with bookshelves filled with books in the background. The book she is holding has a decorative cover with a floral pattern. The text is overlaid on the lower half of the image.

EL TALLER  
DE LIBROS  
PROHIBIDOS

OLALLA GARCÍA



EL TALLER  
DE LIBROS PROHIBIDOS

Olalla García



SÍGUENOS EN

megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleernovelahistorica



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

*A Raquel y a Sandra, por todas las historias  
leídas y contadas.*

*A todos los que defienden los libros y lo que  
estos representan.*

[...] En la pragmática de los señores Reyes Católicos de gloriosa memoria, nuestros progenitores, se provee y ordena acerca de la impresión y venta de libros que en estos reinos se hicieren; y asimismo, de que, cada año, los inquisidores y ordinarios y ministros del Santo Oficio declaren y publiquen los libros que son reprobados, y en que hay errores y herejías, prohibiéndolos bajo graves censuras y penas contra los que los tienen, leen y encubren. [...]

Hay en estos reinos muchos libros, en latín y en romance y otras lenguas, que contienen herejías, errores y falsas doctrinas sospechosas y escandalosas y muchas novedades contra nuestra santa religión y fe católica. Y los herejes que en estos tiempos tienen pervertida y dañada tanta parte de la Cristiandad procuran con gran astucia, por medio de los dichos libros, sembrando con cautela y disimulación en ellos sus errores, derramar e imprimir en los corazones de los súbditos y naturales de estos reinos (que por la gracia de Dios son tan católicos cristianos) sus herejías y falsas opiniones. Y, al no estar provistos de remedio suficiente, el daño podría venir a ser muy grande. [...]

En estos reinos hay y se venden muchos libros, en latín y en romance y otras lenguas, de materias vanas, deshonestas y de mal ejemplo, de cuya lectura y uso se siguen grandes y notables inconvenientes. Y porque compete a Nos proveer en todo lo susodicho, como en negocio tan importante al servicio de Dios Nuestro Señor, y por el bien y beneficio de los nuestros súbditos y naturales, fue acordado que debíamos mandar esta nuestra carta, la cual queremos que tenga fuerza de ley y pragmática sanción.

Extractos de la pragmática dada  
a 7 de septiembre de 1558 por Felipe II

## PRIMERA PARTE

### NEGOCIOS IMPORTANTES

... porque compete a Nos proveer en negocio tan importante al servicio de Dios Nuestro Señor...

FELIPE II, pragmática de 7 de septiembre de 1558

Entre las artes e invenciones sutiles creadas por los hombres, se debe tener por muy señalada el arte de imprimir libros, por dos principales razones: la primera, porque concurren en ella muchos medios para lograr su fin, y cada uno de ellos es de muy sutil invención y casi admirable; la segunda, por la gran utilidad que de ella se sigue. Notorio es que antes de su invención eran muy raros los que tenían posibilidad de comprar los libros, por el mucho precio que valían, y pocos bastaban para surtir las librerías. Empero, después de la invención de esta divina arte, a causa de la mucha copia de libros, manifiesta es la multiplicación y gran fertilidad que hay en toda la Cristiandad de grandes hombres en todas las materias, y cuán en la cumbre están hoy todas las Artes y Ciencias.

JACOBO CROMBERGER,  
introducción a la *Visión deleitable*,  
de Alfonso de la Torre (1526)

Gocen los lectores de nuestros días, y los que vinieren, de tamaño bien como es el arte de la imprenta. Porque parece una maravilla revelada por Dios para que hayan lumbre los ciegos de la ignorancia. Antes andaban muchos turbados en las tinieblas por mengua de libros, no instruidos en la doctrina de las costumbres de la virtud, y mal enseñados en la muy santa y sagrada Escritura, saber bien la cual es tan provechoso como necesario. Y pueden ahora, sin mucho trabajo y pocos gastos, haber tanta parte como el ingenio de cada uno tomar pudiere...

PABLO HURUS, colofón al *Libro de albeitería*,  
de Manuel Díez (1495)

## I

—Ven acá, chiquilla. Palpa sin miedo.

Inés acarició, sin rozarlas apenas, las mangas del lujoso vestido extendido sobre la cama. Desde que su hermana dejara el encargo en casa del sastre aprovechaba cualquier conversación para alardear sobre el atuendo que estrenaría en la festividad de los Santos Niños, los patronos de la villa complutense.

Hoy lo había recogido. Y aunque faltase casi mes y medio para la celebración había venido a exhibirlo ante sus familiares más cercanas. Quería asegurarse —repetía— de que cualquier vecino supiese al verla que María Ramírez era esposa «de todo un maestro tipógrafo». Con saya y cuerpo de raso guarnecido, lechuguilla y puños blancos y aquella vistosa mantellina de seda, bien podría pasar por esposa de todo un corregidor.

A Inés le reconfortaba saber que, pese a aquella afectación, su interlocutora seguía siendo la misma: la buena de María, corpulenta y enérgica, amiga de verdades abruptas, que pasaba con la mayor naturalidad del ceño severo a la sonrisa.

—Guárdamelo como oro en paño, chiquilla, que me ha costado a precio de tal —aseguró—. ¿Por dónde anda madre? ¿Ya está preparada para la romería?

—Casi. Vendrá a reunirse contigo enseguida.

Para celebrar aquel domingo, radiante y cálido como correspondía a las postrimerías de junio, las mujeres de la familia habían preparado una excursión a la ermita del Val, seguida de una jornada de recreo y comida campestre a orillas del río Henares.

Inés tenía vedado acompañar a su madre y hermana en aquella celebración

en la que tanto ansiaba participar. Intentó distraer su desconsuelo con otros pensamientos:

—Mientras viene madre, ¿por qué no me enseñas de nuevo los zarcillos?

La interpelada agitó la cabeza para mostrar bien sus vistosos pendientes de oro y perlas: la última atención de su marido, de la que, según confesión propia, no se desprendía siquiera para dormir.

—Quiera el cielo que mi señor esposo no nos eche a perder la ocasión, que en día de caminata es todo quejas y rezongos. —Estaba diciendo ahora. Tomó los dedos de su hermana menor entre los suyos—. En serio, chiquilla, me pesa dejarte aquí. ¿No hay modo de convencerte de que vengas con nosotros?

—Sabes que no.

Habían transcurrido poco más de seis meses desde el fallecimiento de su marido. Y toda viuda decente se debía al menos a un año de luto; un año recluida en una estancia tapizada de negro, en la que no penetrase el sol.

María escudriñó el dormitorio de su hermana con el gesto de quien busca el origen de un olor desagradable.

—Mira que el encierro y la oscuridad no traen consigo provecho, sino grandes males. Y el esperar, ¿de qué sirve? Lo dice el refrán: «Quien tiempo tiene y tiempo atiende, tiempo viene en que se arrepiente.» —Se acercó más a Inés y le susurró al oído—: Bien podrías salir de tapada, con el cuerpo y el rostro bajo un manto, como hacen otras. ¿Y quién se enteraría? —Hizo una pausa, como si dudara si añadir más o no—. Además, bien lo sabe Dios, tampoco es que él lo merezca. Que de tanto como se lo llevaban los demonios, seguro que le tenían ya sitio reservado allá abajo, como a buen conocido. Y aunque hubiera sido el más santo de los varones, ¿qué? ¿Es esa razón para enterrarte en vida? Digo, chiquilla, si el bendito de mi Juan...

—¡Guárdelo Dios muchos años! —la interrumpió su hermana, santiguándose.

—Guárdelo muchos, sí. Pero, de lo contrario, ¿crees tú que yo me iba a quedar cumpliendo condena? Malhaya quien dijo: «La mujer honrada, la pierna quebrada, y en casa.» ¡Valiente mentecato! La pierna se la quebraba yo a él, a ver qué opinaba entonces del arreglo. Sí, señor mío, que de querer

clausura me hubiera metido a monja. Conventos no faltan en nuestra villa de Alcalá...

Enmudeció al escuchar pasos. Su madre apareció en la puerta de la estancia, ataviada con las ropas negras que vestía en los días de fiesta, ya desgastadas por el uso. Venía asistida por el ama Teodora, macilenta como una ánima en pena, y por Matilde, la moza que ejercía funciones de cocinera y sirvienta en el hogar, la cual, con su buena color y sus carnes rollizas, presentaba todo un contraste con la anterior.

La señora Ana se había detenido a la entrada de la habitación.

—¿Callas, María? Algún disparate andarías diciendo.

Dirigió la mirada hacia la mayor de sus hijas, como si pudiera verla pese a sus ojos ciegos. Esta caminó hasta ella y la tomó del brazo con delicadeza.

—Hay verdades, madre, que parecen disparates al oído del necio.

—Y también disparates que parecen verdad a su boca, hija mía.

La aludida fingió ofenderse.

—¿Eso me decís, cuando soy yo quien viene a buscaros para llevaros a la plaza? ¡Bonita forma de mostrar gratitud! Aún os dejo en casa con vuestra hija favorita, que de seguro os alegra la tarde.

Inés sonrió, casi a su pesar. Por un momento volvió a sentirse como la niña que era hacía apenas dos años, antes de casarse.

Apartó ese pensamiento. A veces es provechoso volver los ojos al pasado; pero soñar con recuperarlo siempre es devastador.

—¡Ea, basta de disputas! —Besó a ambas en la frente y las acompañó a la salida—. Hoy es día de celebración y holganza. Y a vuestro regreso espero que me contéis hasta el último detalle.

Tras despedirse de su madre y su hermana, Inés se sintió incapaz de regresar a su habitación. La negrura de sus paredes le asfixiaba el alma. Más de seis meses llevaba durmiendo en aquella estancia lóbrega como un mausoleo. Y aún le quedaban casi otros tantos...

Transcurrido ese tiempo la tradición le permitía decorar el dormitorio con tonos más claros, siempre que este permaneciera sobrio y desprovisto de

adornos, semejante a una celda monacal. Toda buena viuda debía ofrecer constantes muestras de abnegación, sacrificio y pesadumbre durante el resto de su existencia; y aún mejor si se privaba de toda convivencia social y optaba por el recogimiento, el silencio y la piedad.

María tenía razón en un punto. Se esperaba que Inés mostrase al mundo una completa aflicción; que llorase hasta agotar las lágrimas, que se encogiese sobre sí misma y renunciase a otra vida que no fuese la del encierro y el dolor.

Pero no había agotado las lágrimas, ni había renunciado a seguir caminando hacia el futuro. Ahora era depositaria del negocio familiar; tenía a su cargo casa, comercio, taller: debía enfrentarse a dilemas, compromisos, obligaciones, responsabilidades. Había llegado al matrimonio como una niña; en pocos meses se había visto forzada a convertirse en mujer... y en una capaz de actuar como un hombre.

Recorrió la casa vacía de gente, llena de recordatorios dolorosos. La tienda, a pie de calle, con su mostrador de roble y sus anaqueles repletos de volúmenes: obras litúrgicas, devocionarios y libros de horas, tratados de oración y *flores sanctorum*. La librería y el taller de encuadernación de Antonio Lozano —ahora a nombre de su viuda— eran célebres en la villa por su especialización en títulos de temática religiosa.

Una escalera de mano descansaba junto a la puerta de entrada; permitía acceder a los estantes más altos, que guardaban los textos universitarios. Era harto conocida la tendencia de los estudiantes a hacerse con sus manuales de estudio sin pagar por ellos; razón por la cual los libreros usaban de toda prevención para evitar que tal cosa ocurriera.

—Dejar uno de estos al alcance de un colegial de San Ildefonso es ponérselo demasiado fácil —decía Tonio a su aprendiz, mientras este colocaba en la balda superior todos los comentarios a la *Suma Teológica* de santo Tomás y las *Sentencias* de Pedro Lombardo—. Lo intentarán de todos modos. Pero son nuestros futuros prelados, obispos, integrantes del Santo Oficio. Lo menos que podemos hacer por ellos es ayudarlos a aguzar el ingenio.

Ella recordaba la escena tan vívidamente como si acabara de tener lugar.

Corría el mes de septiembre; en breve los nuevos estudiantes comenzarían a llegar y sus nombres engrosarían el registro de matrícula. En el taller se había recibido un nutrido cargamento de material de escritorio y libros de texto en rama. Tonio había concluido el inventario; vestía su sayo de paño leonado, el que resaltaba sus ojos, y sonreía. Eran las primeras semanas de su matrimonio, e Inés aún miraba al futuro como si este fuera un viejo amigo en el que pudiera confiar.

Parpadeó varias veces para contener las lágrimas. Los recuerdos dolían como golpes recientes. Giró con brusquedad, dejó atrás la tienda y entró en el taller contiguo. Las dos prensas, con sus respectivos ingenios de cortar, se alineaban en una de las paredes; en la contraria, junto a un gran ventanal — ahora con las cortinas cerradas— se hallaba el telar para coser y la mesa de encuadernación.

Por un momento tuvo la impresión de que una sombra acechaba en la calle, al otro lado de los cristales. Pero enseguida desechó la sensación como algo absurdo. Los cortinajes eran demasiado gruesos. ¿Quién iba a intentar atisbar a través de ellos? ¿Y para qué? En domingo todas las tiendas permanecían cerradas.

Miró a su alrededor y suspiró. Pese a sus amonestaciones, ni Gabriel ni Albertillo se habían ocupado de guardar los materiales: una regla de enlomar y la tabla para misales se hallaban fuera de sitio; uno de los mazos de la piedra para bruñir había quedado sobre el banco; varios otros instrumentos estaban fuera de sus respectivas cajoneras y gavetas: un compás aquí, una chifla allá, un martillo, unas tijeras y un sacabocados sobre la mesa...

Albertillo era muy distinto. Desde el principio se había mostrado como un aprendiz despierto y servicial. Con su jovialidad y su carácter incansable, el chiquillo inspiraba ánimo a todos cuantos habitaban la casa, e Inés estaba más que dispuesta a pasar por alto sus pequeñas omisiones.

El almacén se hallaba junto al taller. Tal vez podría revisar el estado de los materiales con vistas al próximo pedido. No soportaba la idea de permanecer inactiva mientras el resto de la villa disfrutaba del asueto en las calles y plazas.

La sobresaltó un ruido en la ventana. Alguien martilleaba el cristal con los

nudillos. Era un sonido impaciente, aunque amortiguado, que buscaba llamar a la casa pero permanecer sordo al exterior.

—¿Antonio? —susurró una voz masculina con acento francés—. ¿Antonio Lozano?

Inés se quedó paralizada. ¿Quién era aquel visitante clandestino? ¿Qué podía buscar allí? Lo mejor sería permanecer callada, fingir que la casa se encontraba vacía.

—¿Antonio Lozano? —repitió el desconocido. Golpeó las rejas, ahora con determinación. No parecía dispuesto a marcharse sin recibir respuesta.

Cediendo a un impulso, Inés se acercó al ventanal.

—Por la puerta principal —murmuró, sin abrir las cortinas.

El visitante calló unos instantes.

—¿No hay una portilla trasera?

Ahora fue ella quien vaciló. Aún estaba a tiempo de poner fin a aquello... lo que fuese.

—No —mintió al fin.

Echó a andar hacia la entrada. A los pocos pasos se detuvo. ¿Qué estaba haciendo? Actuaba de manera absurda, como si no fuera dueña de sus actos. ¿Y por qué?

Pareciera que, de repente, no pudiera quedarse sin descubrir a qué obedecía todo aquello. ¿Acaso era víctima de un hechizo? ¿O había sido poseída por algún espíritu maligno que la manejaba a su antojo?

Lo ignoraba. Tan solo sabía que necesitaba desvelar aquel misterio como si su vida dependiera de ello.

Tomó el rosario que colgaba de su cintura y empezó a repasar las cuentas con los dedos. Recitó un paternóster y, así pertrechada, se dirigió al encuentro del visitante. Abrió la mirilla, cuidando de mantener bien atrancado el batiente.

Por primera vez pudo ver las facciones del desconocido... o parte de ellas. Sostenía el manto ante la boca con la mano izquierda; llevaba calado el sombrero, para ocultar así sus facciones.

—¿Antonio Lozano? —preguntó de nuevo.

—Mi esposo nos dejó hace unos meses, téngalo Dios en Su gloria. —

Intentó que su voz reflejase una entereza que estaba lejos de sentir—. ¿Teníais negocios con él?

El hombre se tomó un instante para considerar aquella pregunta.

—Negocios, eso es. Negocios importantes...

Miró de un lado a otro, como si temiese que alguien doblase la esquina. La zona de las Cuatro Calles estaba ocupada en su mayoría por librerías, talleres de imprenta y de encuadernación. Era un lugar muy frecuentado cuando las tiendas estaban abiertas, pero hoy había quedado sin apenas tránsito. Con todo, seguía siendo una zona céntrica, demasiado cercana a la universidad y a la plaza del Mercado. Cualquier vecino podía hacer su aparición de un momento a otro.

—Tenemos, como decís... negocios pendientes. Abrid la puerta y os lo explicaré.

—Explicaos primero. Después, tal vez la abra.

El visitante se inclinó hacia la mirilla. Al hacerlo, apartó al manto y dejó al descubierto la palma de la mano izquierda, cuajada de antiguas cicatrices... y los ojos más azules y despiadados que Inés hubiera visto jamás. La joven sintió que un escalofrío le dejaba temblando el cuerpo y el alma. Si Satanás adoptase un rostro humano —pensó— sin duda tendría ojos como aquellos.

—Solo quiero lo que vuestro esposo se comprometió a conseguir para nosotros, hace ya casi un año. *De Viris Illustribus* de san Jerónimo. ¿Os lo dejó a vos?

Ella apenas acertó a negar con la cabeza. Aquellas frases, que hubieran debido tranquilizarla, le provocaban justo el efecto contrario. Su mano izquierda apretaba el crucifijo del rosario con tanta fuerza como si pretendiese grabárselo en la piel, igual que un estigma. Se obligó a hablar:

—No tengo constancia de vuestro pedido. Pero puedo encargarme de conseguirlo. Volved mañana, cuando la tienda esté abierta, y hablaremos.

—Volveré... algún día. Tenedlo por cierto. Soy hombre de palabra.

El desconocido dio media vuelta y se alejó. Al comprender que no regresaría en breve, Inés no pudo evitar sentirse aliviada.

Pierre llamó a la puerta mientras se enjugaba la frente con el puño de la camisa. El aire del atardecer aportaba un respiro frente al calor asfixiante de la jornada.

Había caminado mucho, demasiado; y todo ello en la época más calurosa del año. Las últimas semanas de julio y las primeras de agosto no acostumbraban a ser clementes con los viajeros, sobre todo en las ásperas tierras de Castilla.

Un mes llevaba vagando por aquellos reinos hispánicos. Primero, de Barcelona a Zaragoza; luego había tomado la ruta a Medina del Campo, donde había permanecido unos días; de allí se había encaminado a la villa y corte de Madrid y, por último, a Alcalá de Henares y su Universidad Complutense. Un mes y ciento sesenta leguas. Rogaba al cielo que aquella etapa fuese la última de su peregrinaje.

No tuvo que esperar mucho antes de que acudiera a abrir un muchacho de unos quince años, que estudió con recelo las polvorientas ropas de viaje y las alforjas que el desconocido portaba al hombro. Mejor opinión le merecieron las gastadas botas de piel de becerro y la espada al cinto que exhibía el extraño.

—Busco al maestro Juan Gracián.

—Está a la mesa. Venid.

El zagal llevaba bastante como aprendiz en aquella casa para haber entendido que debía tratar a aquel extraño con la cortesía debida a un compañero de oficio. El recién llegado hablaba con acento extranjero. Era joven, de barba algo rala, ojos vivos, gesto firme. Tenía cabellos poblados y oscuros que contrastaban con la palidez de su piel, las manos ásperas y los brazos recios de quien pasa largas horas accionando un mecanismo pesado. Se trataba, muy probablemente, de un tirador de imprenta.

El visitante observó que todos tomaban olla con su carne y su vitualla. La cantidad de vaca correspondiente a cada uno equivalía quizás a un cuarterón. Eso indicaba que el maestro Juan Gracián era hombre generoso con las raciones de los empleados que vivían bajo su techo.

El trabajo en la imprenta resultaba agotador para todos los implicados, pero especialmente para el batidor y el tirador, que accionaba la maquinaria: la

tirada diaria solía equivaler a mil quinientos pliegos, o seis mil golpes de prensa. Pero, como Pierre podía atestiguar, no todos los tipógrafos cuidaban la alimentación de sus oficiales, necesitados de recuperar fuerzas al final de la jornada: su último patrono acostumbraba a darle por cena una ración escasa de potaje de legumbres, sin aderezo siquiera de tocino, y una sopa de pan bastante aguada.

El muchacho se dirigió al que, por su posición en la mesa, evidenciaba ser el dueño de la casa. El maestro Gracián era un individuo fornido de cabellos entrecanos, con la nariz destacada y una poblada barba castaña. Su aprendiz le susurró algo al oído. Él dirigió entonces la mirada hacia el visitante.

—Acércate, hijo —invitó, con una voz que sonaba a la vez firme y cordial—. ¿Qué te trae por aquí?

—Mi nombre es Pierres Arbús. —Se había acostumbrado a utilizar aquella adaptación de su nombre, más adecuada a las lenguas catalana y castellana que el *Pierre Arbus* con que lo llamaban en su tierra francesa de origen—. Soy gascón. El maestro Blas de Robles me dijo en Madrid que estáis buscando un tirador y vengo a ofrecerme para el trabajo.

—¿El bueno de Blas te dijo eso? —Miró al comensal de su derecha, con la expresión de quien se dispone a conocer el resultado de una apuesta que prefiere no ganar—. ¿Y no te comentó nada más?

—Que, como buen francés que sois, tal vez agradeceríais trabajar con un compatriota.

—¡Que soy buen franc...! ¡Voto a...! —Se giró de nuevo a la derecha—. ¡Francisco Gómez! ¿Cuántos franceses ves tú en esta sala?

—Solo a ese de ahí —respondió el aludido con un claro acento andaluz, en referencia al recién llegado.

—¿Y yo, Frasquillo? ¿De dónde dirías que soy?

—Navarro, maestro, por los cuatro costados —volvió a replicar el antedicho, como quien recita una lección aprendida de memoria.

Como oriundo de la Tierra de Ultrapuertos, Juan Gracián se mostraba muy susceptible respecto a su origen. La Baja Navarra, antes perteneciente a Castilla, constituía en los tiempos presentes un reino propio, independiente de sus grandes vecinos, España y Francia. Aunque sí compartía con esta última

una trágica circunstancia: la de verse devastada por cruentas guerras de religión entre católicos y protestantes.

El señor de la casa se dirigió ahora al comensal situado a su izquierda:

—¿Y tú, Juan Pérez? ¿Tú, como aragonés, qué opinas?

—Corren malos tiempos para ser francés.

El susodicho había respondido sin inmutar el semblante. Parecía hombre parco en gestos y en palabras.

Hubo un asentimiento general en la mesa. La tradicional desconfianza de los españoles hacia sus vecinos norteños se había exacerbado hasta límites extremos. Las guerras entre católicos y hugonotes asolaban las regiones galas, y existía verdadero terror ante la idea de que el enfrentamiento pudiera extenderse hacia el sur. Cualquier francés, por el mero hecho de serlo, era considerado un hereje potencial; se creía que su sola presencia bastaba para extender a su alrededor el miasma del luteranismo, capaz de contagiarse como una enfermedad infecciosa; y la suspicacia de sus vecinos podía acabar conduciendo a un extranjero poco precavido ante los tribunales del Santo Oficio.

—Dejad en paz al muchacho, que no es culpa suya en dónde lo parió su madre.

Pierre se giró. No se había percatado de que hubiera alguien a su espalda. La que así había hablado era una mujer de estatura media, más bien corpulenta, que vestía junto a sus ropas de faenar por casa unos vistosos pendientes de oro y perlas. Estaba sentada sobre un escaño, leyendo un pequeño libro de a octavo.

—¿Qué, Pierres Arbús? —prosiguió ella, sin levantar la vista de las páginas—. No eres uno de esos luteranos que corren por ahí, ¿verdad? ¿Sabes santiguarte como es debido y recitar el paternóster?

El aludido dudó antes de responder. Era inaudito que una hembra interviniera en una conversación entre un maestro y sus oficiales. A diferencia de lo que ocurría en su Francia natal, donde hombres y mujeres se sentaban juntos a la mesa, las españolas solían alimentarse en sus habitaciones o en la cocina, junto a los criados y aprendices. No acostumbraban a presentarse en el comedor junto a los varones de la casa; y,

cuando lo hacían, se sentaban en el suelo para mantenerse en completo silencio.

Volvió la vista hacia los comensales, sin saber muy bien cómo reaccionar. Juan Gracián se limitó a alargar la mano hacia el cuartillo que había frente a su plato.

—María Ramírez, nunca aprenderás a estar callada, ¿verdad? —Se vertió vino en el vaso—. Mejor será que respondas, hijo. La buena de mi esposa no te dejará en paz hasta que lo hagas.

El visitante se dirigió entonces a la aludida.

—Sí, señora. Sé santiguarme y recitar el paternóster, el avemaría, el credo y la salve. También oigo misa todos los domingos y fiestas de guardar, como ordena la Santa Madre Iglesia.

—Ahí tenéis, ¡ea! Asunto zanjado.

—¡Qué va a estar zanjado, mujer! —El maestro tipógrafo vació su bebida de un trago—. Veamos, hijo: ¿eres bueno en tu oficio?

—Uno de los mejores.

El señor de la casa no pareció impresionado por aquella respuesta.

—La modestia no es lo tuyo, ¿eh? Está bien: coméntame algo sobre tus habilidades profesionales.

El tirador se encargaba del manejo de la prensa, lo que requería tanto de fuerza como de precisión. Pierre era consciente de que no resultaba fácil encontrar oficiales que, como él, destacasen en ambos campos; menos aún, que fuesen capaces de mantener intacta concentración, energía y destreza durante las largas y agotadoras jornadas de trabajo.

Pero ¿de qué serviría jactarse de aquello? La valía de un hombre se mide por sus actos, no por sus bravatas.

—Dadme un día en la prensa y os demostraré por qué lo digo —respondió—. La pericia no se revela alardeando en la cena, sino sudando en el taller.

—No te falta razón, muchacho, lo reconozco. —María Ramírez volvió a intervenir, sorda a la anterior reconvención de su esposo—. Pero ¿de veras crees que es empezar con buen pie el negarte a la primera petición del patrón? Respóndele o sigue tu camino en buen hora. Tú sabrás lo que más te conviene.

El aludido no tuvo más remedio que admitir que su interlocutora estaba en lo cierto. Tendría que mostrarse cuidadoso para revelar la verdad evitando al mismo tiempo entrar en detalles comprometedores.

—Realicé mi aprendizaje en Barcelona, y allí he trabajado desde entonces —declaró—. Llevo más de tres años como tirador con el maestro Claudi Bornat.

Observó que Gracián respondía a esa mención con ademán apreciativo. Hasta hacía no mucho, Bornat había sido el principal librero y editor de la villa condal. Aun en los tiempos presentes, en que la competencia comenzaba a mermar su antigua hegemonía, su nombre —sinónimo de calidad y prestigio— constituía una excelente carta de presentación.

Para no pecar de prolijo, el francés evitó explayarse en lo relativo a las técnicas básicas de la profesión. Cierto, sabía calibrar con precisión la longitud de las líneas de texto, establecer los márgenes y asegurarse de que estos no quedasen manchados; también aplicar la justa presión con la barra —de ser esta insuficiente, la impresión sobre el pliego no resultaría nítida, pero, de ser excesiva, las líneas tipográficas quedarían distorsionadas—. Dios sabía que era bueno, y mucho, en todos aquellos procedimientos. Pero dudaba que fuese aquello lo que el maestro Gracián deseaba escuchar.

—Mi especialidad es la impresión a doble tinta —agregó—. El maestro Bornat afirmaba que nunca había empleado a nadie que dominase la técnica como yo.

El añadido de color rojo encarecía la estampación del pliego y el precio final del volumen. Pero, usado con moderación, conseguía a bajo costo efectos de gran belleza. Ciertos tipógrafos usaban la impresión a doble tinta en las portadas, para resaltar elementos como el título o el nombre del autor. Y su uso se requería en todos los libros de liturgia y muchos de los devocionales.

El proceso mencionado implicaba una gran dificultad; exigía cuatro golpes de prensa por pliego, en lugar de los dos ordinarios, y una cuidadosísima colocación del papel para que el rojo y el negro no se superpusieran; requería, por tanto, de una precisión extraordinaria. La mayoría de los tiradores eran capaces de ejecutar la mecánica; pero los errores resultaban demasiado

frecuentes. Conseguir un resultado perfecto solo estaba al alcance de los más habilidosos.

En los tiempos que corrían, esa destreza resultaba más necesaria que nunca, ahora que el Concilio de Trento había decretado nuevas preceptivas para los misales, breviarios y otros libros litúrgicos, que precisaban de una impresión a doble tinta. Los textos modificados del *nuevo rezado* ya se habían aprobado, y pronto habría que comenzar a estamparlos de forma masiva. De momento, todos los que circulaban por España provenían de Flandes, ya que ningún tipógrafo de los reinos peninsulares contaba con licencia para imprimirlos; pero en el gremio se rumoreaba que Su Majestad remediaría muy pronto tal situación.

Juan Gracián miró a su esposa. Sin mediar palabra, María accionó una campanilla; cuando la sirvienta acudió, le ordenó que dispusiera otro servicio sobre la mesa.

—De acuerdo, hijo, toma asiento con nosotros. —El tipógrafo se limpió las manos en la servilleta y extendió la derecha hacia el recién llegado—. Mañana comprobaremos en el taller si tus alardes están a la altura de la realidad.

De los seis oficiales que trabajaban en el taller de Juan Gracián, tres de ellos residían en casa del maestro. Tenían adjudicado un dormitorio en el piso superior de la vivienda. Cuando subieron a acostarse, Pierre comprobó que le habían preparado cama propia. Se alegró de que así fuera. No era extraño a la experiencia de compartir colchón con un camarada. Pero sabía que en aquellos momentos no hubiera sido un buen compañero de lecho.

Mientras se desnudaban, Francisco Gómez se acercó para darle una palmada en el hombro.

—Te toca trabajar conmigo, francés, así que más te vale estar a la altura.

Los demás rieron la bravata. Observaban al recién llegado sin disimulo, como si aguardaran algún tipo de demostración. Pierre le lanzó una sonrisa altiva.

—Reserva el aliento, andaluz. Lo necesitarás para seguirme el ritmo.

La carcajada que siguió le demostró que había superado con éxito la prueba. Se despojó del resto de sus ropas, rezó sus oraciones y ocupó su camastro.

Las chanzas de sus compañeros de habitación fueron dando paso al silencio. Se mataron las velas y llegó la oscuridad. En breve se oyeron los primeros ronquidos.

Él permanecía aún con los ojos abiertos. Su periplo de un mes por los caminos lo había dejado agotado. Habían sido días de largas marchas y noches de sueños breves, cuajados de pesadillas, que le negaban el descanso. Deseaba con todas sus fuerzas que a partir de hoy las cosas cambiaran; que, al cerrar los párpados, no acudieran a ellos aquellas imágenes.

Corría descalzo por un desierto que le abrasaba las plantas de los pies. Sabía que no había escapatoria. Había estado allí muchas veces. Y siempre acababa del mismo modo.

La tierra se resquebrajaba a su alrededor. Ante él se abría una sima de fuego rugiente. Y de allí salía una mujer; una mujer calcinada que gritaba su nombre, con el cuerpo y la voz en llamas, y extendía hacia él los brazos para arrastrarlo consigo al abismo.

## II

A Inés no le gustaban los secretos. No sentía curiosidad por desvelar los ajenos, ni inclinación a crear los suyos propios. Sentía aversión hacia el fingimiento, el engaño y la hipocresía, e inclinación por las personas francas y directas, seguras de sus opiniones y sin temor a defenderlas; las que preferían afrontar las consecuencias de sus palabras y sus actos en lugar de refugiarse en la pasividad o el silencio.

Sin embargo aquí estaba, empeñada en desvelar un misterio. Tras la visita del desconocido le había sido imposible recuperar la calma. La perseguía desde entonces una constante sensación de amenaza, como si aquel hombre hubiese lanzado un maleficio sobre ella y algún ente misterioso, presente pero invisible, se mantuviese al acecho.

Al principio había esperado que el paso de las semanas la aliviara de aquel desasosiego que le invadía el espíritu. No había sido así. Y había acabado aceptando que el único modo de combatirlo era buscar respuesta a las preguntas que tanto la agitaban.

*De Viris Illustribus* de san Jerónimo. Aquel título se había convertido en una obsesión. Había repasado varias veces los registros de cuentas y los de pedidos; había revisado, ayudada por Gabriel y Albertillo, hasta el último rincón del taller, el almacén y las habitaciones de la vivienda que servían como depósito de libros, materiales de encuadernación y artículos para la tienda. En ningún sitio había encontrado un ejemplar de aquella obra, ni siquiera una sola mención a la misma.

Sus esfuerzos no habían pasado desapercibidos al resto de la casa. Una vez había sorprendido de soslayo a Matilde, la moza, realizando el gesto para repeler el mal de ojo; sin duda creía que el reciente desasosiego de su señora

se debía a que esta había caído víctima de algún perverso encantamiento. Gabriel, el oficial, del taller, sostenía una teoría distinta:

—El poco dormir y el mucho pensar le han secado el cerebro —dijo a Albertillo en cierta ocasión, pensando que ella no alcanzaba a oírlo—. Por eso las mujeres no debieran leer ni emplearse en cavilaciones propias de hombres, propensas como son a estas manías.

Ella había decidido ignorar aquellas reacciones. No había mencionado a nadie la escena de aquella tarde. No lo haría hasta estar segura de qué estaba ocurriendo en realidad. Tonio había ido a la tumba llevándose consigo aquel secreto. Debía de existir alguna razón para mantenerlo en silencio.

*De Viris Illustribus* de san Jerónimo. No tenía sentido, por mucho que tratara de encontrarle una explicación razonable. Si solo se trataba de un libro —y de uno que, por añadidura, no se encontraba entre la lista de los perseguidos por la Corona y el Santo Oficio—, ¿por qué acudir a buscarlo a escondidas? ¿Por qué reclamarlo de aquel modo tras todo un año de espera, como si se tratase de un tesoro insustituible? ¿Por qué?

Fuese cual fuere la solución a aquel acertijo, Inés no estaba dispuesta a darse por vencida hasta averiguarla. Así, había ordenado a Gabriel y a Albertillo que retomasen las labores del taller, decidida a continuar la inspección por sí sola. A tal fin había entregado a su madre el juego de llaves que, como señora de la casa, siempre portaba a la cintura.

—Si precisáis de cualquier cosa, acudid a la señora Ana —indicó a la moza, al oficial y al aprendiz. Esperaba, así, poder dedicarse a la tarea sin interrupciones.

—Es prueba de que no confía en ti —le había asegurado María—. Mala señal, chiquilla, que los recelos pronto se quedan en celos.

En aquel momento Inés había preferido considerarlo como una más de las incontables rarezas de su esposo. Poco había tardado en ver los augurios de su hermana convertidos en realidad.

Se encontraba inmersa en una nueva revisión de los registros cuando Albertillo acudió a llamarla, manifiestamente nervioso.

—Alguien pregunta por vos en la tienda. —Se enjugó con la mano una gota de sudor que, desde los cabellos ensortijados, le resbalaba por la sien—. Dice

que se llama Enrique Formil.

Inés se puso en pie con brusquedad. El pulso se le había acelerado.

—Estaré con él en un paternóster. Llévalo a la trastienda, dile a Matilde que le ponga mesa y le sirva nuestro mejor vino, y tú prepara mientras recado de escribir. Y... ¡Albertillo! Una vez lo hayas hecho, no te separes de él.

Era temprano, y su madre, que había salido en compañía del ama Teodora, aún no había regresado de su misa diaria. Su alcoba, por tanto, se encontraba vacía. Caminó con paso resuelto hasta la habitación materna y se sentó ante el espejo.

Habían retirado el suyo de su dormitorio al comenzar su periodo de luto. Hacía ocho meses que no contemplaba su reflejo. Hasta ahora.

En aquellos momentos necesitaba mirarse a los ojos. Enfrentarse cara a cara a una Inés capaz de desenvolverse por sí misma, dispuesta a luchar por conservar aquel negocio que se había convertido en el pulso de su vida.

Cuando bajó a encontrarse con el visitante, comprobó que lo habían acomodado siguiendo sus órdenes. El recién llegado venía en compañía de un secretario, que ya había instalado en la trastienda su escritorio portátil. Sentado a la mesa, Enrique Formil reía de buena gana en respuesta a algún comentario de Albertillo. Era un hombrecillo ya entrado en años, con una amplia calvicie que dejaba desnuda la mitad superior de su cabeza.

Al verla aparecer, el apoderado mudó el semblante. Se levantó y le ofreció el pésame con el sentimiento que se reserva a un familiar cercano.

Ella asintió. Sí, claro que se acordaba de aquel hombre de afable rostro y modales sosegados. De niña siempre le había resultado incomprensible que los varones de la familia —todos ellos dedicados por tradición al oficio de los libros— mostrasen tal temor ante las visitas de aquel individuo de aspecto tan cordial e inofensivo. Ahora comprendía la razón.

—Si la hubieras conocido en esa época, muchacho... —continuó, dirigiéndose a Albertillo—. Su padre, que Dios tenga en Su gloria, siempre contaba una anécdota maravillosa...

Antes de que pudiera explayarse en aquella narración, Inés tomó asiento frente a él, atrincherada tras la mejor de sus sonrisas.

—Pasan los tiempos, queda la memoria. Ella es la medida del cambio.

Decidme, mi buen Enrique, ¿siguen igual las cosas por vuestra Medina del Campo?

—Igual siguen, a Dios gracias. Caras nuevas, viejas costumbres. Nuestra hermosa villa, el mayor almacén de libros de los reinos de España, es un lugar en el que apenas se lee. ¡Qué vamos a hacerle! Allí no tenemos universidad como la vuestra, ni hombres doctos dedicados a las letras. Pobres de nosotros, somos meros comerciantes y solo sabemos de números.

La realidad desmentía la modestia de aquellas afirmaciones. Medina del Campo se encontraba en pleno apogeo, convertida en el mayor centro de distribución de productos de las imprentas y los molinos de papel europeos. Allí se negociaba con resmas recién impresas de títulos llegados de Amberes, París, Lyon, Turín, Génova o Colonia. Era el corazón del que partían los libros circulantes por la Corona de Castilla, incluidos sus territorios americanos.

Aquel negocio había creado grandes fortunas, y todas tenían sus representantes en la villa medinense. Benito Boyer, el patrono del hombre que ahora se sentaba ante Inés, era uno de ellos. De hecho, resultaba ser uno de los más poderosos.

—Vuestro tiempo es valioso, mi estimado Enrique, y no quisiera malgastarlo. Hablemos, pues, de lo que os ha traído hasta aquí.

Sin que su expresión amable cediera un ápice, el apoderado hizo una seña a su secretario. Este abrió un cartapacio, tomó un documento de su interior y se lo entregó. Enrique Formil sacó sus anteojos, se los colocó sobre el puente de la nariz y leyó con voz apacible:

—«Digo yo, Antonio Lozano, librero, vecino de Alcalá de Henares, que debo a vos, señor Benito Boyer, mil y ciento y cuarenta y tres maravedíes por razón de una bala de libros y otras cosas que de vos compré y recibí, como se contiene en una memoria de los dichos libros y demás. Me doy por contento y por el presente me obligo a entregar a vos, el dicho señor, los dichos mil y ciento y cuarenta y tres maravedíes, los cuales prometo pagar al completo para la primera feria de mayo del año de mil y quinientos y setenta y dos años. Y porque esto es mi palabra y verdad escribí esta cédula y la firmé de mi nombre en la villa de Medina del Campo a veinte de octubre del año de

mil y quinientos y setenta y uno.»

Inclinó la frente y miró a Inés por encima de la montura, invitándola a comentar algo al respecto. Ella se esforzó por que su tono mostrara la misma calma de que hacía gala su interlocutor:

El apoderado frunció los labios, imitando el gesto cariñoso con que un abuelo reprendería una chiquillada de su nieto predilecto.

—De pequeñas cantidades se hacen grandes sumas. Sois heredera del negocio, mi querida Inés, así que, decidme: ¿cómo pensáis saldar esta deuda?

—Pidiendo a vuestro patrono que nos fíe de nuevo.

Para corroborar tan osada afirmación, pidió a Albertillo que le acercara el recado de escribir y realizó una serie de cálculos frente a su interlocutor, listando los costes de su próximo pedido y sus posibles beneficios. Enrique Formil leyó y releyó los números durante lo que a Inés le pareció una eternidad, escudado tras sus lentes.

Nada en su expresión permitía adivinar la impresión que le producían tales cuentas. Aquel hermetismo recordó a la joven las muchas veces en que Tonio se había quejado de lo difícil que resultaba negociar con aquel hombre, que mostraba un rostro tan impenetrable como el de una esfinge.

—He oído esa tonadilla cientos de veces, mi buena señora. Os confieso que no es de mis favoritas. —Se despojó de los anteojos y la miró de frente—. Pero he de reconocer que vos tenéis talento para cantarla.

Añadió que el pedido era sensato y los cálculos, prudentes. Tras una breve negociación para pulir ciertos términos, el trato quedó cerrado. El secretario redactó las condiciones y el representante del acreedor partió con una nueva cédula, esta vez ratificada y firmada por Inés.

Cuando los visitantes se marcharon, ella cayó en la cuenta de que la mesa que había mandado servir seguía intacta. Enrique Formil no había probado ni la comida ni el vino.

Tras la cena, antes de retirarse a su habitación, Inés se cercioraba de que las puertas de la tienda y el almacén se encontrasen bien cerradas. Aquella noche, mientras ella se ocupaba de esta tarea, Albertillo le preguntó:

—¿Vos sabéis por azar a qué se refería?

El aprendiz estaba extendiendo el jergón en el que dormía cada noche, bajo el mostrador del establecimiento. Ella lo miró, sin comprender.

—¿A qué se refería? ¿Quién?

—El señor Formil, esta tarde. Dijo algo de una anécdota que vuestro padre contaba sobre vos...

Inés bajó la voz. No deseaba que su madre escuchase su respuesta:

Deseó buenas noches al muchacho y se retiró llevándose la vela. No había sido del todo sincera. Conocía bien aquella anécdota, la favorita de su difunto padre. Pero prefería no volver a oírla, ahora que él no estaba aquí para contarla.

Había sucedido unos siete años atrás. Los Caballeros Hospitalarios, auxiliados por tropas del Imperio español, acababan de realizar una hazaña que había maravillado a toda la cristiandad, resistiendo heroicamente en el Gran Sitio de Malta frente a los ejércitos otomanos; una fuerza de seis mil combatientes cristianos contra cincuenta mil infieles. Las noticias de aquella victoria milagrosa habían corrido de boca en boca, causando admiración por doquier.

Aquel día sus primos habían decidido recrear la batalla en el patio de la casa familiar. Baltasar, Hernán y Gaspar, representando las fuerzas enemigas, lanzaban juramentos y huesos de aceituna —de los que se guardaban para quemar en los braseros— a Melchor, el cuarto en discordia, que resistía con arrojo parapetado tras una columna. En lo más arduo del combate, Inés se interpuso entre ambos bandos.

—Que pare la guerra, que traigo regalos.

Había confeccionado unas libretas usando hilo de coser y trozos de papel de los que se desechaban en el almacén al desenvolver las mercancías. Era su primer trabajo de encuadernación, y no podía estar más orgullosa.

Sus primos se echaron a reír.

—¡Serás boba! —la increpó Hernán—. ¿Cómo van a ser iguales? ¿No ves que unos somos turcos y otros españoles? Infieles y cristianos no leen los mismos libros.

Ella se quedó callada unos instantes, meditando el alcance de aquella

revelación.

—¡Lástima! —concluyó—. Si los leyesen, tal vez no estarían en guerra.

«Corren malos tiempos para ser francés», había afirmado el aragonés Juan Pérez. No le faltaba razón. En las coronas y virreinos de una España cuyo rey se presentaba como adalid de la Iglesia católica y su Concilio de Trento, las tierras allende las fronteras eran consideradas nidos de herejes. Toda persona proveniente de ellas era sospechosa de tener un espíritu sacrílego y perverso, deseoso de corromper a los «buenos y honestos creyentes».

El trato con uno de esos «infectos individuos» podía extraviar a una decena de «piadosas almas». Mas si ese mismo individuo ponía por escrito sus perniciosas ideas y encontraba el modo de divulgarlas, podía extraviar a miles y miles. Por tal razón, los grandes heresiarcas como Lutero o Calvino, conscientes del poder reformador de la palabra escrita, habían hecho buen uso de las imprentas a su disposición; incluso habían intentado dirigirlas para propagar sus doctrinas y evitar la difusión de las ajenas.

También la Corona española se mostraba decidida a controlar las ideas circulantes en sus territorios y, a través de ellas, la disposición y el comportamiento de sus súbditos. Contaba para ello con poderosos instrumentos: la Justicia del rey y el Santo Oficio. El Consejo de Castilla debía dar su previa aprobación a todo libro publicado en sus territorios; y el dicho permiso dependía a su vez del informe favorable de un censor inquisitorial. La Inquisición, además, había publicado su *Índice de libros prohibidos*, que incluía todo título considerado pernicioso por no guardar el respeto debido a Su Majestad o a la Santa Madre Iglesia.

Pierre Arbús sabía muy bien hasta dónde podía llegar el celo de la Justicia y el Santo Oficio en su cruzada por salvaguardar la exclusiva del «recto pensar». Cierto, corrían malos tiempos para ser francés. Pero resultaban aún peores para los franceses que habían consagrado su vida al oficio de la imprenta. Pues ellos, artesanos y artistas al mismo tiempo, tenían en sus manos el control del más poderoso medio de difusión que jamás hubiera existido.

—Cuidad los libros, pues en ellos reside la vida del espíritu —recordaba haber oído decir a su padre.

Aquella frase se le había marcado a fuego en el corazón. Años después, comprobaría que, junto a aquella, coexistía otra terrible verdad: en un mundo de ideas irreconciliables, guiado por la intransigencia y el miedo más viscerales, los libros también pueden traer consigo ruina y muerte.

Cuando María Ramírez se unió en matrimonio al impresor Juan Gracián era bien consciente de que no habría de arrepentirse en el futuro. No la había arrastrado a aquella unión un corazón desbocado, ni un alma al borde del delirio. Tales cosas solo ocurrían en las novelas que recreaban amores desgarrados entre pastores, en el marco de una primavera eterna de paisajes idealizados.

No. Ella había jurado honrar el sacramento con el pulso firme y las ideas claras. El suyo era hombre ya maduro; pero buen hombre, eso sí; y aquello era, al fin y al cabo, lo importante.

—Dios sabe lo agradecido que le estoy —le confesó él la noche de bodas—. He caminado mucho, pero bendigo cada uno de los pasos que ha dado, pues me han traído hasta ti.

—Dices bien. Tanto has andado que estás ya algo viejo, marido mío —admitió ella, con aquella sonrisa que, en palabras de su Juan, era «capaz de suavizar las verdades más ásperas»—. Pero no me importan los días que llevas a tus espaldas, sino los que aún te quedan por delante.

Estaba decidida a permanecer junto a su hombre cada uno de ellos. Eran muchas las tareas que toda mujer había de asumir para sostener la casa de su esposo; y el trabajo resultaba mucho más arduo si este era un maestro tipógrafo que albergaba a numerosos empleados bajo su techo.

Las hembras no participaban en las tareas reservadas a los oficiales de imprenta —componer, entintar e imprimir los pliegos—, pero ciertas labores asociadas al taller sí podían recaer en sus manos: la elaboración de las tintas, el mojado del papel previo a su colocación en la prensa, el encolado del mismo...

Aunque, al ser capaz de leer y escribir, María estaba en condiciones de asistir a su marido de muchas otras maneras. En caso de necesidad, ayudaba leyendo en voz alta los textos, copiándolos a mano o incluso colaborando en las labores de corrección. También tomaba parte en lo más tedioso del proceso: seguir las disposiciones emanadas de las pragmáticas del rey.

Pues todo tipógrafo asentado en la Corona de Castilla debía hacer frente a una legislación entorpecedora y opresiva. En su afán por controlar los libros circulantes en sus dominios —y, a través de ellos, el pensamiento y la opinión de sus súbditos—, el monarca había prohibido que cualquier obra impresa fuera de los territorios castellanos pudiese entrar en los mismos, a no ser que contase con previa licencia del Consejo para circular en ellos y se le hubiese fijado la tasa correspondiente.

Pero también los títulos estampados en los reinos de Castilla debían superar una extenuante serie de diligencias para respetar todas las exigencias legales. En primer lugar, el tipógrafo debía conseguir la *licencia*, el permiso que le autorizaba a publicar aquella obra concreta; la obtención de la misma dependía, entre otros factores, de que ningún otro impresor gozase de *privilegio* —o exclusiva de edición— sobre la misma. Para lograrla, el volumen tenía que ser revisado por un censor del Santo Oficio, que determinaba si su contenido era o no apto para la divulgación. Tras un informe favorable de este, un escribano del Consejo de Castilla debía firmar y rubricar el texto; la versión salida de la prensa había de ser una copia fiel, palabra por palabra, de lo certificado por dicho funcionario. Razón por la cual, una vez concluida la impresión, el libro volvía a presentarse al Consejo para que un corrector oficial lo cotejase con el ejemplar aprobado y rubricado por aquel. A continuación, otro escribano del mismo organismo calculaba la *tasa*, el precio de venta oficial de cada pliego de la obra. Solo entonces el ejemplar regresaba de nuevo al taller tipográfico para que allí se le añadiesen la portada y los *preliminares* —la información que manifestaba la legalidad del producto y que debía incluir obligatoriamente la *licencia*, la *tasa*, el *privilegio* si lo hubiere, el nombre del autor, el del impresor y el lugar de impresión.

—Algún día las cosas cambiarán —había comentado María a su esposo,

cierta noche de invierno en que ambos se abrazaban bajo las mantas—. Llevaremos los libros a la prensa sin necesidad de permisos, como sucede en otros reinos.

El aludido meneó la cabeza. El viento azotaba los postigos cerrados de la ventana como si pretendiera forzar su entrada en la casa.

—Quizá cambien algún día, Dios mediante. Pero dudo que nosotros estemos aquí para verlo.

Saliendo del recinto amurallado de Alcalá por la puerta del Rastro Viejo se llegaba a una explanada llamada «la solana de los moriscos». En su extremo oeste, dando la espalda a las últimas casas del arrabal de Santiago, se levantaba una taberna de paredes deterioradas. Su exterior armonizaba con la devastación de los terrenos circundantes. Hubiera podido pasar por un edificio deshabitado de no ser por una lámpara de aspecto agonizante situada sobre la entrada. En la oscuridad de la noche, su brillo macilento apenas penetraba un par de palmos en las tinieblas.

Un carruaje se detuvo ante el descampado. Enrique Formil se apeó sin que su semblante manifestase el efecto que le producía aquel panorama desolador. Un segundo pasajero se asomó al exterior del vehículo y, a la luz de los faroles del pescante, estudió el escenario con incredulidad.

—¡Por vida de Satanás! ¿Qué lugar es este?

—Dichoso tú que no has de averiguarlo.

Su escolta seguía examinando el lugar con visible desagrado.

—¿Estáis seguro? ¿No queréis que os acompañe?

—No será necesario —resultaba preferible que su custodio se mantuviese alejado del hombre con el que estaba a punto de entrevistarse—. Espera aquí, no tardaré.

El interior del tugurio no desmerecía frente a la fachada: casi tan oscuro como el vientre de un odre, e igual de sofocante y falto de ventilación. El tufo agriado del vino que goteaba de los pellejos atestaba el ambiente. Un bodeguero con aspecto de rufián avejentado servía tras un mostrador formado por un par de tablones carcomidos asentados sobre caballetes. Dirigió al

recién llegado la mirada que recibiría un maleante que acabara de irrumpir en su vivienda.

—¡Hay espacio al fondo! —le gritó, por encima del estrépito general—. ¡Pero nada de bravatas, cartas ni apuestas, o saco la estaca, a fe de quien soy! Aquí no queremos líos.

Sin que la sordidez de aquel antro afectase a sus andares pausados, el comerciante se dirigió al lugar indicado y tomó asiento en el extremo de un banco corrido, arrimado a la pared. Evitó apoyar la espalda en el muro, impregnado de manchas y sustancias sospechosas. Su físico y su atuendo contrastaban con los del resto de la clientela, integrada por jornaleros, ganapanes, esportilleros, capigorriones e incluso algún que otro mendigo. Pidió dos vasos de vino y, a falta de mesa, los depositó en el banco, a su izquierda. Mientras esperaba, recapituló los logros de la jornada.

Le vino a la memoria la visita al negocio de Inés Ramírez. No había acudido con intención de cobrarse la deuda; teniendo en cuenta las circunstancias de la joven y su reciente viudez, tal pretensión hubiese sido insensata. En realidad buscaba sondearla, estudiar su disposición, su carácter, sus capacidades; y, sobre todo, indagar hasta qué punto ella estaba al corriente de los negocios de su difunto esposo. Podía darse por satisfecho. Había obtenido todas las respuestas que buscaba.

—Quiero añadir algo más al encargo. El libro *De Viris Illustribus* de san Jerónimo. Un solo ejemplar, en rama, en formato de a cuarto; y mejor si viene en papel de la tierra. ¿Podéis conseguirlo?

Por toda réplica, él se limitó a indicar al secretario que añadiera el título al documento. Benito Boyer había recibido por matrimonio dos casas en la calle de la Carpintería y las había transformado en uno de los mayores almacenes de libros de la península, con más de veintidós mil volúmenes. Tenía tratos con las principales imprentas y redes de distribución europeas. Sin duda, podía conseguir aquel artículo.

La pregunta era, ¿por qué? ¿A qué obedecía aquella petición inusual? Ciertamente, podría tratarse de una demanda específica de un cliente. Pero Enrique intuía que la causa de aquel añadido de último momento era muy otra. En tal caso, tal vez convendría mantenerse ojo avizor. Hombre

precavido...

—No esperaba veros solo. ¿Dónde habéis dejado a vuestro perro de presa?

—Hay tiempo para negociar y tiempo para morder. —Alzó la vista—. ¿Insinuáis que hemos alcanzado ya el segundo punto?

El recién llegado no respondió. Seguía observándolo con los brazos cruzados sobre el pecho.

El medinense tomó uno de los vasos —que seguían intactos donde los había depositado— y lo levantó en dirección a su interlocutor.

—Hermoso dicho; y sensato, a fe mía. Vuestros coterráneos tienen alma de poeta. Pero vos la tenéis de negociante, y eso os convierte en mi gascón favorito.

Pierre Arbús rio ante aquella respuesta. Aceptó la bebida y se sentó junto al medinense en el banco corrido. Este lo miró de reojo.

—Sois hombre puntual.

—No tanto como vos. —Se llevó el alcohol a la boca y, sin mostrar remilgos, vació de un trago la mitad de su contenido—. Imaginé que no os agradaría demasiado tener que esperar; menos aún, en un sitio como este.

—Imaginasteis bien. Os alabaría el gusto en la elección del escenario, pero...

El francés hizo un ademán que evidenciaba su indiferencia.

—Alabadlo o no, señor Formil, es cosa vuestra. Me dijisteis que buscara un lugar en el que nadie os conociera. Responded: ¿veis aquí a algún rostro que os resulte familiar?

Tenía razón, justo era reconocerlo. Allí no se encontraba ninguno de los tipógrafos, librereros, eruditos, eclesiásticos o profesores de la villa con los que Enrique tenía tratos; ni siquiera existía la menor sospecha de que pudiesen aparecer.

—No, por cierto, y brindo por eso. —Realizó el gesto, pero sin acercarse después el vaso a la boca—. Entonces, *monsieur*, ¿pasamos a tratar nuestro pequeño negocio?

—Para eso estamos aquí.

Algunas semanas antes, el joven gascón había recalado en Medina del Campo, donde había permanecido un par de días. Allí Enrique Formil le

había ofrecido un acuerdo muy especial, que requería que el francés se trasladara a la villa de Alcalá. Era un trato al que Arbús no había podido oponerse.

Mientras discutían los pormenores del mismo, Pierre apuró su vino y pidió un segundo vaso. El comerciante medinense dirigió la mirada a los pellejos que colgaban tras el mostrador, cercados por las moscas:

—Sois aficionado a la bebida, por cuanto puedo ver.

—El manejo de la imprenta provoca mucha sed. Pero, lo creáis o no, mis compañeros de taller y mi maestro me tienen por bebedor moderado. — Observó que su acompañante se sonreía y preguntó—: ¿Qué os hace tanta gracia?

—Nada que merezca vuestra susceptibilidad, *monsieur* Arbús. Tan solo meditaba... parecéis encontraros a gusto en casa de vuestro nuevo patrono.

—¿Y eso os sorprende?

—En absoluto. Aunque, ¿habéis conocido ya a su familia? ¿O, mejor dicho, a la de su mujer?

El gascón negó con la cabeza. En realidad, sí había visto en una ocasión a la madre y la hermana de la señora María. El domingo pasado, tras asistir a misa, las tres habían acudido a la casa del maestro Gracián y se habían retirado a la sala de las mujeres. Él había alcanzado a divisarlas al pasar ante la puerta entreabierta. Estaban sentadas sobre cojines en el suelo del estrado, como era usanza entre las castellanas. Pero en lugar de a las acostumbradas labores femeninas —como bordar, hilar, labrar o coser— estaban entregadas a la lectura de un libro. Por el aspecto de este, no parecía tratarse de una de aquellas lecturas piadosas que tanta afición se cobraban entre las hembras devotas, sino de algún tipo de novela o libro de poesía. La madre y la hermana mayor escuchaban mientras la menor leía con una voz suave que él no llegó a oír, pero que mantenía fascinadas a sus acompañantes.

Pierre no había esperado que María e Inés fuesen tan distintas. Mirar a la joven viuda le produjo una impresión inesperada. A su mente acudieron imágenes de su infancia, cuando su madre aún vivía, antes de que la familia lo enviara a Cominges; de los días de fiesta en que salían juntos al campo y pasaban la jornada al aire libre; del sol tibio y la brisa del atardecer; de esas

flores exquisitas que a veces alcanzan a nacer entre las hierbas agrestes para inspirar el corazón con su rara belleza.

Pero, por alguna razón que él mismo no alcanzaba a comprender, protegió aquella imagen con el silencio. Era algo que prefería guardar para sí mismo.

Ante la fingida negativa del francés, la sonrisa de su interlocutor se ensanchó.

—Al veros beber así, me ha venido a la memoria su cuñada, la pequeña Inés. Su marido, que Dios tenga en Su gloria, también era amigo del vino.

—Ya os he dicho que yo no lo soy.

Enrique Formil realizó un asentimiento mordaz que evidenciaba su disconformidad con aquella afirmación.

—El caso es que corren ciertos rumores... rumores que, a buen seguro, no os habrán llegado. Dudo mucho que se los permita circular en casa del esposo de su hermana.

—¿A qué os referís?

—Hay quien dice que la muerte del marido resulta sospechosa. Hechicería, envenenamiento... Aunque, como os digo, son solo rumores que corren. Entre vos y yo, probablemente no merezcan el menor crédito. Como ya se sabe, el vulgo es dado a toda clase de fantasías macabras.

Pierre no respondió. Había dejado su bebida sobre el banco, sin terminar, y contemplaba a su interlocutor con una seriedad que casi podría tomarse por resentimiento.

—En cualquier caso, si en alguna ocasión os vierais convidado en su casa, espero que nuestra pequeña charla os venga a la mente. —Una sonrisa espléndida se había adueñado por completo de su rostro, sin dejar lugar para nada más. Era evidente que estaba disfrutando de aquella conversación—. Personalmente, yo no cataría su vino más de lo que probaría el de este tugurio. Pero, por supuesto, lo dejo a vuestra elección.

Se puso en pie con la intención de despedirse. Su vaso seguía intacto, frente a las casi dos raciones que el francés había consumido en aquel intervalo.

—Volveremos a vernos. Mientras tanto, recordad mis palabras, *monsieur* Arbús. Un día pueden salvaros la vida.

Aquella noche, mientras se preparaba para ir a dormir, Inés intentó alejar de su mente las preocupaciones. El futuro de su negocio —el suyo propio y el de quienes se encontraban bajo su cargo— pendía de un hilo. Daba gracias al cielo por haber conseguido cerrar un nuevo pedido con Benito Boyer. Eso abría un margen a la esperanza. De no haber sido así...

Antes de despojarse de la saya, desató el cordel que sujetaba el llavero a su cintura. Al hacerlo reparó en algo. En el manajo se encontraban dos llaves más menudas que el resto, pendientes de la argolla por una correa de cordobán que las unía entre sí.

Las tomó entre los dedos, sintiendo al hacerlo una extraña aprensión. Una de ellas parecía corresponder a un arca o un bargueño. La otra era maciza y bruñida; daba la impresión de resultar demasiado pequeña para la cerradura de una puerta y demasiado grande para la de un arcón. La sopesó. Se le antojó pesada en relación con su tamaño, e incluso le pareció que reflejaba la luz de la vela de una forma siniestra.

Aquel era el llavero de Tonio. Ella no tenía entre las suyas ninguna llave semejante a una de aquellas dos. Cediendo a un impulso, las sacó de su sitio y se las colgó del cuello, en la misma cadena que sujetaba el crucifijo que siempre portaba por debajo de la camisa.

Intuía que aquellos objetos conducían hacia algo dañino; pues dañinos, al cabo, son todos los secretos. Solo podía esperar que el influjo de la sagrada cruz la mantuviera a salvo de todo mal.

### III

Corría el veinticinco de agosto. Era una jornada de sol inclemente, sin el respiro de una sola nube ni de un simple soplo de aire fresco. La gran fuente de la plaza del Mercado se encontraba muy concurrida. Matilde se acercó con parsimonia.

La distancia que debía recorrer desde la casa era corta, gracias fueran dadas a los cielos. Pero no siempre había sido así. El señor Antonio sostenía que esta agua salía del despoblado de Villamalea, que era lugar malo y que provocaba tercianas y otras graves dolencias, y que, aun si el mismísimo Espíritu Santo viniese a posarse en el manantial, él seguiría teniéndola por muy dañosa para su salud; razón por la cual la obligaba a cargar con los cántaros nada menos que desde la plaza de San Justo. Él solo bebía aquella agua que, según decía, procedía del palacio del señor arzobispo y era la mejor dentro de la villa.

Por fortuna, la señora Inés no pensaba lo mismo, bendita fuera; de modo que la criada podía realizar aquella tarea de forma mucho más llevadera y, además, disponía de más tiempo para compartir chismes con las vecinas.

No es que ella tuviese mucho que contar. Hacía ya tiempo que no recibía noticias de su prometido, Julianico, que antaño le hacía llegar muy ocurrentes historias desde su campamento militar en las Alpujarras. Y tampoco había novedades por parte del ama Teodora que, con su sobrino preso en los baños berberiscos de Argel, aportaba la crónica más reseñable de la casa.

Puso a llenar su vasija y buscó con la mirada a alguna de sus comadres. Enseguida divisó un corrillo. En el centro del mismo se hallaba Úrsula, que asistía en casa del maestro Juan Gracián; y que por su pericia para enterarse de los mejores chismes de la villa y su gracejo al referirlos, gozaba siempre

de un círculo de oyentes. La dicha moza, por cierto, hacía señas a Matilde para que se acercase...

Inés había regresado a sus faenas en el taller. Había comprendido que carecía de sentido continuar el registro de la casa tal y como lo había conducido hasta entonces. Las respuestas que buscaba —ahora lo sabía— estaban en aquellas llaves que pendían de su cuello. En ellas se concentraban sus esperanzas de localizar aquel *De Viris Illustribus* de san Jerónimo, fuera lo que fuese, y lo que se escondiese tras ese título que ya había comenzado a aborrecer.

Había pasado de rastrear un libro a localizar dos cerraduras. Y, bien lo sabía Dios, la segunda búsqueda estaba resultando tan infructuosa como la primera.

La sacaron de su pensamiento unas voces provenientes de la entrada:

—¡Ay, señora mía de mi alma, qué disgusto! ¡Vea vuesa merced si no es para enojarse con ese desalmado! ¡Habrased visto desvergüenza! ¡Malhaya él y aun quien le parió!

Matilde había irrumpido en la casa gritando estas y otras lindezas. Alarmada por los improperios, Inés abandonó el taller para salir a su encuentro, seguida de Albertillo y Gabriel. Incluso su madre, que se encontraba en el piso superior, bajó las escaleras auxiliada por Teodora, con la inquietud reflejada en el semblante.

Cuando consiguieron calmarla averiguaron que la causa de su enojo obedecía a algo que había oído decir en la plaza, después de que la noticia corriese de boca en boca. Al parecer, un importante librero había venido de Madrid trayendo numerosos encargos a la villa.

—Y el señor Martín Felipe le ha engatusado para quedarse con una comisión que el dicho señor librero traía ya medio apalabrada con el taller de mi señora ama. —La moza se atropellaba al hablar—. Pues ¿no le ha dicho que la cuitada de la viuda ha dejado de trabajar, de puro afligida, y que no era menester molestarla con estas cargas? ¡Ah, miserable, bellaco y ruin! ¡Así le lluevan los males, como al perro los palos!

Inés no esperó a escuchar más.

—Matilde, chiquilla, déjate de lamentos. Vas a buscarme ahora mismo saya de salir, manto y chapines. ¡Apresúrate!

Tenía muy claro lo que estaba ocurriendo. El librero en cuestión era sin duda Blas de Robles, que había anunciado que traería a Alcalá ejemplares en rama de los breviarios del *nuevo rezado* —o *Plantinos*, tal como se denominaban entre los editores y libreros.

Las recientes disposiciones del Concilio de Trento, que había decretado la inutilidad de los libros litúrgicos usados hasta entonces y la necesidad de otros nuevos que reflejaran los cánones conciliares, habían causado conmoción en el mundo del libro. De la noche a la mañana se precisaba poner en circulación decenas y decenas de miles de ejemplares. Aquello creaba la ocasión de pactar negocios importantes, extraordinariamente lucrativos, para quien supiera aprovechar la oportunidad.

El flamenco Cristóbal Plantino lo había hecho. Valiéndose de sus contactos en la Santa Sede, había logrado que el difunto papa Pío V le concediera la exclusiva para la impresión de textos del *nuevo rezado* en la provincia de Flandes y en el ducado de Brabante; y, poco después, había logrado el privilegio real en dichos territorios. El propio Felipe II había ordenado que los nuevos breviarios destinados a España se imprimieran en Amberes, en la *Officina Plantiniana*.

A su vez, el librero Blas de Robles, que contaba con buenas relaciones en la corte, había recibido el encargo de asignar la encuadernación de los *Plantinos* que iban llegando a Madrid. Una parte de ellos se distribuiría entre los profesionales de Alcalá. Todos los encuadernadores de la villa complutense esperaban aquellos textos como agua de mayo; y ahora, uno de ellos estaba maniobrando para apropiarse de la porción que correspondía al taller de Antonio Lozano —El taller *de Inés*.

Al escuchar que esta se preparaba para salir, su madre se acercó y la tomó del brazo. Su preocupación se había incrementado.

—Hija mía, ¿has pensado lo que haces? Lanzarte a la calle, así... Apenas han pasado ocho meses desde que Antonio...

La joven asintió. Como exigían las normas del luto, llevaba todo ese

tiempo sin salir de casa, excepto para asistir a los oficios religiosos, tras los cuales regresaba de inmediato a la vivienda. Tan solo el domingo pasado, abrumada por el peso de aquella sensación de clausura, que le resultaba cada vez más asfixiante, había cedido ante la insistencia de su hermana María y consentido en pasar la mañana con ella bajo su techo; decisión que, por cierto, había suscitado algunas quejas maternas y reprensiones nada veladas por parte del ama Teodora.

Al fin y al cabo, su negocio se basaba en los libros religiosos, los manuales de teología y las obras de devoción; se esperaba de ella que, en consecuencia, llevase una vida piadosa hasta el extremo y que mostrase la moral más intachable.

—Lo sé, madre, pero Martín también lo sabe. Cuenta con que me quedaré aquí, entre cuatro paredes, como una buena viuda desamparada. Está a punto de comprobar que se equivoca.

—Pero, hija, ¿y la opinión? Piensa en lo que dirá la gente, en lo que podrías perder. Y todo, ¿por qué? ¿Por unos cuantos maravedíes? ¿Merece la pena? Más vale el buen nombre que las muchas riquezas.

—Vuestra señora madre tiene muy gran razón —terció el ama, siempre dispuesta a tomar partido por el recato—. Bien haríais en escucharla.

Inés no respondió. Parecía totalmente concentrada en ayudar a Matilde a calzarle cuanto antes los chapines.

Cuando ambas hubieron salido, la madre aferró el crucifijo que pendía de su cuello, con rostro angustiado.

—¡Ay, Matilde, niña! ¡Que el cielo nos proteja! Temo que de esto salgan grandes males.

—Aquí no valen finuras; al ruin dadle un palmo, y tomárase cuatro. —Guio a la anciana hasta una silla y la ayudó a sentarse—. Perded cuidado, señora Ana; mi señora Inés sabe lo que se hace.

El taller de Martín Felipe disfrutaba de uno de los mejores emplazamientos de la villa, frente a la majestuosa fachada del Colegio Mayor de San Ildefonso. El local y la vivienda anexa eran posesión de la universidad, que

los había arrendado al encuadernador a censo vitalicio a razón de 2.350 maravedíes anuales —entre un tercio y la mitad del montante que otro propietario exigiría por la finca—. A cambio de este precio tan ventajoso, el ocupante se comprometía a conservar el lugar en buen estado, efectuando a su costa todas las reparaciones necesarias, así como a mantener su negocio bien surtido de libros y otros materiales necesarios para los estudiantes.

Como vecina de la zona, Inés estaba familiarizada con los pormenores del acuerdo. La mayoría de los inquilinos colindantes guardaban relación con el negocio de los libros; todos ellos gozaban de contratos semejantes... y sabían las condiciones y el precio que habían firmado el resto de sus colegas.

Al entrar en el establecimiento, comprobó que el propietario no se hallaba tras el mostrador. En aquel momento no había clientes en la librería, por lo que solo se encontraba allí un mozo que, subido en una escalera, ordenaba los tomos de los anaqueles superiores. Sin aguardar invitación, la recién llegada atravesó el local en dirección a la trastienda, ignorando los reparos del ama y las protestas furiosas del empleado.

De la estancia contigua le llegó una conversación. Enseguida comprendió que trataba sobre Blas de Robles y sus *Plantinos*:

—... dijo que traerá a Alcalá ciento noventa y tres y que tiene quinientos veinte más en Madrid, y que recibió orden de encuadernarlos y venderlos del mismísimo Hernando de Briviesca, guardajoyas de Su Majestad.

Reconoció aquella voz jovial. Correspondía al joven Diego, hijo del librero Alonso de Jaramillo, cuyo negocio ocupaba la finca adyacente. Le respondió otra más áspera y nerviosa, la perteneciente al dueño del establecimiento:

—Le encanta alardear de sus amistades en la corte. ¿Y no mencionó nada más? ¿Nada de «corren buenos tiempos para el negocio» ni de «*audentes fortuna iuvat*» ni ninguna de esas sandeces que tanto le gusta repetir?

Se oyó la risa de Diego.

—¿Qué voy a decir? Ya lo conoces. Pero el hombre tiene motivos para sentirse orgulloso de sus logros. Por cierto, mencionó que ha empezado a hacer provisiones para crear un nuevo título, el de «librero del rey». ¿Adivinas quién recibiría el nombramiento?

Le respondió un bufido desdeñoso.

—¡Librero del rey! Ínfulas no le faltan, a fe mía.

La réplica le llegó desde la entrada de la estancia:

La pregunta de Inés sobresaltó a los dos hombres como un pistoletazo. Se quedaron mirándola sin acertar a responder, con la expresión de quien ha visto aparecer ante sus ojos a un ánima del purgatorio.

—Por vida vuestra, decidme que no es cierto lo que se comenta en la ciudad —prosiguió ella—; decidme que no habéis convencido al señor De Robles para que os dé las comisiones que traía para mi esposo.

El acusado se limitó a dirigirle un gesto displicente.

—Si él traía o no asuntos para vuestro difunto esposo es algo que yo ignoro, señora Inés. Pero sí os haré un favor. Dado vuestro estado, tomaré vuestras imputaciones no por tales, sino por desvaríos de una mente enajenada por el dolor.

—Tomadlas por lo que son, no aceptaré menos. Y, después, acompañadme a ver a Blas de Robles para aclarar el asunto. Así podremos comprobar quién desvaría y quién no.

—Hablamos de numerosos ejemplares que han de encuadernarse con rapidez, ¿sabéis? Algo que no casa con el modo en que trabaja Antonio Lozano.

—Yo no soy Antonio Lozano —replicó ella, con una voz tan áspera que no se le antojó la suya propia.

—Y, sin embargo, aquí estáis, reclamando su encargo.

—Admitís, pues, que el encargo era para él.

El aludido se irguió con los labios apretados de furia.

—Volved a casa, Inés, a rezar por el alma de vuestro esposo, como es vuestro deber. Aquí regentamos un negocio decente. No permitimos el acceso a mujeres que tienen la desvergüenza de vagar por la calle como perro sin dueño.

La joven ahogó una exclamación. La indignación la sofocaba por completo, impidiéndole pensar y casi respirar. Diego de Jaramillo, que se había puesto en pie, se acercó a ella.

—Venid conmigo, Inés. No tiene sentido proseguir con esto.

Le ofreció su mano, envuelta en la capa. Ella dudó. Su buen juicio le decía

que se le estaba brindando la única salida digna, pero la rabia insistía en seguir plantando batalla. Al fin optó por la discreción. Puso la mano sobre el antebrazo del hombre y dejó que este la guiara fuera del establecimiento.

—Hablemos —le dijo él cuando se vieron en la calle—. Acompañadme al local de mi padre.

Entraron en el edificio contiguo. La librería de Alonso de Jaramillo poseía unas dimensiones considerables. Él disponía además de un segundo comercio con su almacén en el extremo de la misma manzana. Y la familia había costeado también el establecimiento del propio Diego.

En el centro de la tienda había una mesa con sillas. Allí se organizaban tertulias a las que asistían clientes —vecinos, eruditos, estudiantes y profesores de la universidad— y propietarios de los negocios cercanos. Ahora los sitios estaban vacíos. El hijo del dueño indicó a la joven y a su ama que tomaran asiento, tras despedir a los dos mozos que atendían el mostrador con un movimiento de la mano.

—No os falta razón, Inés —dijo, acomodándose frente a ellas—, pero no es este el modo de hacer las cosas. Martín nunca accederá a lo que deseáis, y Blas...

Se acarició la barba rala entre los dedos corazón e índice, como acostumbraba a hacer cuando se enfrentaba a un problema de difícil solución. La joven sintió que las lágrimas acudían a sus ojos. Se esforzó por contenerlas.

—¿Estáis sugiriendo que deje las cosas como están? ¿Que no debo hacer saber a Blas de Robles lo que ha ocurrido?

Mientras así hablaba, dirigió una mirada de soslayo al ama. Teodora parecía a punto de sufrir un desmayo. El recuerdo de la escena que acababa de vivir amenazaba sus frágiles nervios. Tenía la tez amarillenta como la cera y se abanicaba como si en ello le fuera la vida.

—¿Ir dentro y dejaros aquí? ¡Eso no, señora mía! —respondió la aludida, estirándose de repente cuan larga era. Las fuerzas le habían regresado de golpe ante la terrible amenaza que suponía el que su joven ama se quedase a solas con un hombre.

Inés hizo un gesto de aquiescencia.

Cuando el ama se retiró lo bastante, el anfitrión miró a su invitada. En sus ojos se abrazaban el presente y el pasado. Abrió la boca para decir algo, pero las palabras se le atragantaron. Toda la seguridad que había exhibido hasta entonces se había desvanecido como por ensalmo.

—Inés —murmuró al fin— hace tiempo que quiero deciros...

—No es necesario, Diego, de verdad.

—Sí lo es. Yo nunca le comenté nada, lo juro por mi fe. Nada que pudiera inducirle a...

Ella bajó la vista hacia sus manos, depositadas sobre el regazo. Su anillo de casada despedía un brillo glacial pese al calor sofocante de la jornada.

—Lo sé, no es culpa vuestra, ni mía. Siempre fue suya. Siempre. No os quepa duda.

Hubo un tiempo en que Inés y su familia visitaban con asiduidad la casa de los Jaramillo, en un costal de la calle Valdresería; una época en que Diego era recibido como mucho más que un invitado en el hogar de los Ramírez. En aquel entonces el padre de María e Inés lo trataba como al hijo que nunca había tenido, y todos daban por descontado que algún día se uniría a esta última en sagrado matrimonio.

Aún se ignoraba qué motivó al patriarca de la familia a cambiar su decisión. Algunos especulaban que guardaba relación con sus cuantiosas deudas de juego. Lo único que Inés sabía era que, de forma inesperada, su padre le anunció que le había conseguido «excelente casamiento»; había elegido para ella a «un buen hombre, honrado y temeroso de Dios». Su nombre era Antonio Lozano.

«Que los cielos te perdonen, padre mío», suplicaba ella un día tras otro en sus oraciones.

Tonio nunca fue capaz de olvidar el pasado de su esposa. Sus ataques de celos, infundados, enfermizos y violentos, fueron manifestándose en arrebatos de creciente intensidad que no pasaron desapercibidos a sus vecinos —entre ellos, al propio Diego.

Pero ahora los gritos, golpes, encierros y privaciones formaban parte del ayer. Y allí se quedarían, esperando el momento en que hubieran de comparecer como testigos en el Juicio definitivo.

El anfitrión seguía observando a la joven, sin acertar a creer que se encontrase allí, al alcance de su mano.

—Inés, ¿nunca habéis pensado...? —Su voz se transformó en un susurro—. ¿No recordáis cuando...?

Ella se puso rígida.

—Teneos, Diego, por vuestra honra y por la mía. Aquellos tiempos pasaron. Pensad en vuestra esposa.

Ahora fue él quien acusó el golpe. Antes de que acertara a responder, el ama hizo su oportuna aparición, tal vez percibiendo que un cambio se había operado en el ambiente.

—Me encuentro mejor, mi señora. Es momento de que nos marchemos.

—Lo es, Teodora. —Inés se puso en pie—. Mas no sin antes agradecer al señor De Jaramillo su amparo y su hospitalidad. Ninguno de los hechos o los dichos de hoy caerán en el olvido, tenedlo por seguro.

Se dirigieron a la puerta. Pero antes de que la alcanzaran, un grupo hizo su entrada en el local. El que los presidía evidenciaba, por su porte y su atuendo, ser hombre principal. Portaba en la mano la vara que representaba la autoridad del Consejo de Castilla y del rey, y que lo identificaba como corregidor de la villa. Venía acompañado de dos escribanos.

—En nombre de la Justicia, ¿está aquí el señor Alonso de Jaramillo, librero?

—Yo soy su hijo —dijo—. Iré a buscarlo si es menester. ¿Qué nos quiere vuestra excelencia?

El magistrado no contestó. Observaba a la joven visitante con ademán inquisitivo.

—¿Y vos sois?

—Inés Ramírez, viuda de Antonio Lozano, también librero.

Ante aquella respuesta, uno de los escribanos revisó una lista que portaba, e hizo un gesto afirmativo. El oficial real extendió hacia ella el brazo de la vara.

—Bien, señora. Entonces sois la siguiente. La Justicia tiene también negocios pendientes con vos.

La jornada estaba siendo productiva en el taller del maestro Juan Gracián. Estaban imprimiendo el *Dictionarium ecclesiasticum* de Rodrigo Fernández de Santaella. Dos de los principales librereros de la villa —Alonso de Jaramillo y la viuda de Luis Gutiérrez— habían realizado sendos encargos de la obra, cuya venta realizarían en sus respectivos establecimientos. Títulos como aquel presentaban favorables perspectivas de negocio en un lugar como Alcalá, cuya universidad se especializaba en Teología.

La edición era hermosa y cuidada, a dos columnas y una sola tinta, con grandes letras capitulares. Como la mayoría de los manuales de consulta, pensados para leerse sobre un atril o pupitre, se publicaba en formato de a folio, para el que el pliego se doblaba una sola vez; los textos literarios, tratados de divulgación, obras de controversia y ediciones de clásicos griegos y latinos se imprimían en tamaños de a cuarto y de a octavo —lo que requería doblar el pliego dos y cuatro veces, respectivamente—, por ser estos más manejables.

Aunque el diccionario era voluminoso, los contratos firmados con los librereros no preveían tiradas elevadas ni fechas de entrega apremiantes. Podían permitirse, pues, un ritmo relativamente moderado, de unas doce horas de trabajo diario.

—No te confíes, francés, que esto no siempre es así —había instruido a Pierre, con suficiencia, el gaditano Francisco Gómez, que lo asistía como batidor. Parecía convencido de que, por ser el último en llegar, su compañero de prensa era el menos experimentado del grupo.

En realidad el gascón llevaba en la profesión tanto tiempo como él. En sus años de experiencia en Barcelona, en los periodos de mayor actividad, había llegado a trabajar jornadas de unas catorce horas en invierno y dieciocho en verano, aprovechando al máximo las horas de luz.

—Ríete ahora que puedes, Frasquillo —había respondido con su habitual sorna Pedro de Villanueva, el batidor originario de Rascafría que operaba la segunda imprenta—. Si nos ponen a imprimir el *nuevo rezado*, no te quedará aliento para bromas. Te van a sangrar las manos como a un galeote.

Pierre se había sonreído ante la broma. Tenía motivos para sentirse más que satisfecho en la casa del maestro Gracián. Las raciones eran abundantes, las

camas limpias y en el taller se respiraba un ambiente de camaradería.

Había una costumbre en particular que le resultaba realmente grata. A mediodía, con el repique de las campanas de Santa María, se detenían las prensas y todos se incorporaban para rezar el Ángelus. Entonces entraba Úrsula, una de las mozas de la casa, trayendo aloja fresca recién sacada del pozo y un tentempié a base de pan y tocino, torreznos o sangre encebollada, que todos tomaban con apetito para después volver al trabajo. Con el hambre y la sed estimuladas por la dura faena, aquellos bocados se les antojaban un manjar digno de la mesa de un obispo.

Hoy el maestro se había ausentado y, como siempre que tal cosa sucedía, había dejado a cargo del taller al granadino Antón Sánchez, el más veterano de los componedores.

—De esto me encargo yo, compañeros —había comentado Pedro de Villanueva con un guiño socarrón.

Era costumbre que, a fin de animar el ambiente y mantener un ritmo constante, los oficiales de imprenta entonasen cantos que coreaban entre todos. Las tonadillas más habituales solían ser del género que el encargado sustituto del taller —hombre devoto y pudoroso en extremo— calificaba con espanto de «cantares lascivos y descompuestos».

Ni corto ni perezoso, el rascafriense, con su entonación cadenciosa, empezó a vocear una letrilla de su tierra, en la que un viajero perdido en una tormenta llegaba a pedir cobijo a una serrana de Guadarrama; esta le exigía como pago a su hospitalidad ciertos favores obscenos, de forma tan evidente y detallada que hubiera podido sacar los colores a las habitantes de la calle de las Damas, tan famosa por sus mancebías. El estribillo rezaba: «Llégate a su casa / con el mástil presto. / Busca la serrana / hombre bien dispuesto...»

Tal y como esperaban, Antón los hizo callar a media canción, haciéndose cruces de que alguien pudiera gustar de semejantes aberraciones.

—¡Basta ya, señores míos! ¡Mostremos a estos lugares el debido respeto! —les reprendió—. ¡Estamos en la morada del saber, y no en un antro de perdición!

Y dictó que, en adelante, no se cantase nada «contrario al buen entendimiento y a la cristiana conciencia».

Durante la cena, aprovechando que el maestro seguía ausente, Pedro repasó el episodio entre risas y chanzas, frente al lacónico Juan de Aragón. Prestando oídos sordos a la conversación, Francisco Gómez se volvió hacia Pierre y le preguntó:

—Dime, francés, tú eres de aquellos que leen y escriben, ¿cierto?

No resultaba una pregunta descabellada. Aun siendo preferible que los oficiales de imprenta estuviesen en posesión de dichas habilidades, no todos las dominaban. El gaditano mismo daba prueba de ello. Esta carencia resultaba más frecuente entre los batidores y tiradores, que realizaban las tareas mecánicas en la prensa; aunque podía darse incluso entre los componedores, los encargados de disponer los tipos para formar las líneas de texto.

Pero, letrados o no, lo cierto era que Pierre nunca había conocido a un solo trabajador de imprenta que no sintiera un respeto casi reverencial hacia la palabra escrita; tal vez por el mismo hecho de que se ganaban la vida reproduciéndola cientos de veces.

—Soy de *aquellos*, en efecto —respondió el aludido, mientras desmigajaba una buena porción de pan sobre el caldo de la olla—. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque necesito tu opinión sobre un asunto serio. Muy serio, compadre —replicó el andaluz, bajando la voz—. Cuestión de vida o muerte; no te digo más. Pero nada de mencionarlo aquí. Llégate a la habitación cuando acabemos.

Una vez allí, el gaditano abrió su cofre, que estaba a los pies de su camastro, y sacó del mismo un papel doblado. Pensando que aquel guardaba relación con el «muy serio asunto», Pierre extendió la mano para agarrarlo, pero su compañero retrocedió ante aquel movimiento.

—Tente, francés. Este es un caso espinoso. He de explicártelo desde el principio.

La historia comenzaba cierto domingo por la tarde en que Francisco y Pedro de Villanueva habían ido a la ermita de Santa María del Val, a la vera del Henares y fuera de los muros de la villa. Se encontraron allí con un corrillo de mujeres, una de entre las cuales causó honda impresión al andaluz.

—Tendrías que haberla visto —suspiró—. ¡Qué andares quedos, qué talle

menudo, qué forma de echar mano a la pila del agua bendita! No te digo más, que allí mismo quedé fulminado sin remedio.

Al poco las susodichas salieron de allí, y, caminando por entre los álamos a la orilla del río, llegaron a un pradillo de hierba fresca, donde se sentaron y comenzaron a sacar de las mangas lo que llevaban para merendar. Los dos batidores, que las habían seguido de lejos, se acercaron a ellas.

—Alcancé a ver entonces que tenía los ojos pardos y dulces, como de miel. Y, al poner los míos en ellos, sus rayos visuales me iluminaron el alma. Me declaré con la mirada, haciéndole saber que me había arrebatado los sentidos, y alcancé a ver en ella la misma afición. Pero todo esto fue dicho en silencio, que nuestras bocas no se abrieron siquiera una vez.

Aunque Pedro, que nunca había pecado de medroso, intentó convencerlo para entablar conversación con ellas, el bueno de Frasquillo no fue capaz de reunir las fuerzas necesarias. Hubo de conformarse con sentarse no lejos de allí y seguirlas cuando regresaron a la villa, por ver si así descubría al menos dónde moraba su dama.

Así vino a saber que residía en la calle de los Carros. Indagando por la vecindad averiguó luego que su nombre era Marta, que vivía allí con una hermana y la madre de ambas. Esta última era viuda. El marido se le había ido a la guerra y allá se quedó, por esos campos de San Quintín. Desde entonces la mujer regentaba un mesón en la susodicha calle, a medio camino entre la iglesia de San Justo y la puerta de Madrid; a decir de los vecinos, el establecimiento gozaba de reputación seria y buen renombre entre los habitantes de la villa y los viajeros.

Dicho lo cual, el andaluz se quedó mirando a su interlocutor como si esperase por su parte un signo de confirmación. Este se limitó a señalar el trozo de papel.

—Imagino que en algún punto llegaremos al asunto del escrito.

—Tienes razón, compadre. Pero has de saber que, en casos graves, la prisa es dañosa y la tardanza, segura. Aguarda y verás que todo lo dicho es a propósito.

Continuó explicando que había puesto todo su ingenio en buscar ocasión de cruzar una palabra con la hermosa Marta. Así, discurrió que el mejor

momento sería de buena mañana, ya que ambas hermanas salían a diario a «pasear el acero a causa de la opilación».

Pronunció aquella última frase como si estuviese optando a una cátedra de Medicina. Y, con la misma suficiencia, añadió que aquel era un mal común entre las mujeres de calidad. Puesto que la tez blanca era considerada atributo de gran belleza, ciertas doncellas recurrían a la ingestión de arcilla para conseguir aquel ansiado color de piel; aquella se adquiría en forma de unos búcaros especialmente preparados al efecto. El método, sin embargo, tenía sus inconvenientes: consumido en exceso, el barro comenzaba a provocar a las jóvenes no solo palidez, sino también una gran debilidad, que los médicos denominaban «opilación».

Para curarla se prescribía a las enfermas agua con polvos de hierro. La mezcla, preparada en casa, debía tomarse en ayunas. A continuación se había de dar una larga caminata para mejor asimilar el jarabe. A eso se llamaba «pasear el acero».

De ahí que la bella Marta saliese cada mañana para acompañar a su hermana, aquejada de aquel mal. Sería entonces cuando, apostado cerca de la entrada de la vivienda, el gaditano se acercase para hablar con ella.

—Pero, como quiérase que yo soy un porro, y se me atragantan las buenas palabras, determiné que sería bueno llevarle unas muy hermosas y puestas sobre papel.

Por eso había pedido a Pedro de Villanueva que le escribiese un poema que expresase sus sentimientos. Al principio el rascafriense se negó:

—¿A qué tanta prisa? Mira que de acá no puede salir nada bueno. Te lo digo yo, la mujer es un yugo que convierte al toro bravo en buey.

Durante un tiempo estuvo soltándole estas y otras lindezas semejantes. Pero al cabo pareció entrar en razón:

—Dame acá, Frasquillo, que te escribiré lo que quieras. Mejor yo que cualquier otro, no sea que no se baste para disimular lo mucho que tienes de mostrenco. —Y añadió con gesto huraño—: Eso sí, no me pidas que te acompañe para leérselo. Tú se la das y que ella busque a quien lo haga, que yo no quiero saber más de esta majadería.

—Por eso pensaba —concluyó el afectado, en tono compungido— que si

no te importase acompañarme y leerlo tú... Mira, compadre, que me veo perdido y lo tendría por muy gran favor.

Con aquellas palabras, el gaditano terminó su confesión; y manoseó su trozo de papel en un silencio anhelante, como quien, tras revelar un horrendo pecado, queda dudando de si merecerá o no la absolución.

Pierre lo miró de hito en hito. De modo que aquel era el «muy serio asunto» que su interlocutor había calificado de «cuestión de vida o muerte». Por Cristo bendito, nunca dejaría de sorprenderse ante los extremos a los que un hombre sensato es capaz de llegar cuando pierde el seso por una hembra.

—Aclaremos algo: ¿me estás diciendo que Pedro de Villanueva accedió a escribir un poema a una mujer? ¿El mismo Pedro de Villanueva tan aficionado al «llégate a su casa con el mástil presto»? —Ante el asentimiento del andaluz, que no parecía comprender muy bien la razón de su desconfianza, alargó la mano—: Da acá ese escrito.

Se trataba de una composición en redondillas, de unas nueve o diez estrofas. Posó la vista sobre la primera y leyó para sí:

*Tres cosas hay, lo confieso  
que alegran mi corazón:  
la bella Marta, el jamón  
y un buen plato de queso.*

Aquellos versos marcaban el tenor del resto del poema. Levantó los ojos hacia el gaditano, que lo observaba expectante a la espera de su reacción. Sin la menor duda, rasgó el papel.

Su compañero comenzó a lanzar tan grandes lamentos como si acabara de presenciar la destrucción de toda su hacienda. Él se mantuvo impertérrito:

—Piénsalo bien: ¿qué aprovecha un texto que ni tú puedes escribir ni ella leer? Háblale con tus palabras. Si ha de estimarte, que sea por lo que de verdad hay en ti. Muéstrate ante ella sin engaños y ambos lo agradeceréis.

Al comprobar que con estas razones su interlocutor empezaba a mostrarse menos reticente, le puso la mano en el hombro.

—Te diré más. Invítame a un cuartillo de vino y veremos juntos el mejor

modo de hablarle a tu hermosa Marta. Algo habrá que puedas decir sin causarle espanto.

Aquella noche, mientras regresaban de la taberna a casa del maestro, Francisco Gómez tuvo tiempo de reiterar varias veces que Pierre se había convertido en su «amigo mejor y más verdadero». Su entusiasmo había ido en aumento a lo largo de la velada, acorde con la cantidad de vino ingerido.

Iban por la calle de la Imagen. Al pasar frente al convento de las carmelitas descalzas, levantaron la vista hacia la estatua de la Inmaculada que da nombre a la vía y, en un movimiento ya reflejo, ambos realizaron una genuflexión y se persignaron antes de proseguir su camino.

—Dime una cosa, compadre —comentó el batidor andaluz con la boca pastosa—. Ese apellido tuyo, Arbús... no es francés, ¿cierto? ¿De dónde te viene?

El aludido se tomó un instante antes de responder. No era momento ni lugar para exponer las complejidades de su genealogía: una madre nacida en Gascuña, pero con raíces castellanas, y un padre originario de territorio catalán. Tampoco se sentía tentado de explicar cómo él y su hermana habían optado por la herencia de su madre —segunda esposa de aquel— y por tanto se declaraban gascones, mientras que su hermano, fruto del primer matrimonio de su progenitor, había preferido la paterna y su vínculo con su Perpiñán natal.

—Bien dices —replicó, lacónico—. Mi padre era del Rosellón. De él me viene el apellido.

La respuesta le valió un sentido abrazo del gaditano.

—¡Mi buen amigo Pierres! Ya decía yo que no tenías trazas de venir de aquellos reinos descarriados. ¡Si es que eres solo mitad francés...!

## IV

A Inés le resultaba imposible conciliar el sueño. La agitaban sin descanso aquellas imágenes, en las que el corregidor ordenaba a sus alguaciles registrar el negocio y saquear los libros. Había tenido que ordenar a Gabriel y Albertillo que no obstaculizaran la labor de los oficiales del rey mientras estos revolvían las dependencias de la casa, la tienda y el taller.

Ella los había acompañado de una a otra habitación, sin despojarse de sus ropas de calle. A pesar del calor se mantenía envuelta en el manto, esperando disimular así los temblores de cólera e indignación que la sacudían. A su lado, el ama Teodora se santiguaba como si el lugar estuviera siendo asaltado por una horda de demonios surgidos del averno.

—¿Qué nos quiere vuestra excelencia? Díganos al menos la causa de que se nos despoje de este modo —había reclamado el padre de Diego, Alonso de Jaramillo. En casa de Inés, su oficial y su aprendiz habían expresado la misma idea con palabras aún menos amables.

Pero los oficiales de la Ley no habían dado razón alguna para su actuación. Habían acudido por sorpresa, sin apercibimiento previo y sin portar siquiera una orden o provisión oficial que justificase sus acciones. Se habían limitado a ordenar que se les entregasen todos los «breviarios, diurnales, misales, oficios y horas de Nuestra Señora, así de los antiguos como de los nuevamente ordenados por mandado de nuestro Santo Padre Pío Quinto de feliz recordación»; en otras palabras, las obras litúrgicas y oracionales, tanto las anteriores a las disposiciones del Concilio de Trento como las del *nuevo rezado*. Después habían encerrado todos los ejemplares en un arca bajo llave y los habían requisado sin dar más explicaciones.

—Mire vuestra excelencia que se lleva mi pan y el de mi familia —había

protestado Alonso de Jaramillo. Sus alegatos no habían sido de provecho alguno. El corregidor le había confiscado nada menos que doscientos dieciséis ejemplares. A su hijo Diego le habían incautado ciento diez.

La visita de los oficiales se había ejecutado como una sentencia condenatoria para todos los librereros de la villa, uno tras otro. Las pérdidas habían sido terribles. El peor golpe lo había sufrido la estirpe de los Gutiérrez, que movía el mayor capital de entre quienes se dedicaban al negocio. El difunto Luis Gutiérrez, «el rico», había conseguido una de las viviendas más ostentosas de Alcalá, la que formaba esquina entre la plaza del Mercado y la calle de Guadalajara, pagando a la universidad un censo de por vida de 17.000 maravedíes anuales. El espléndido edificio y, sobre todo, su magnífica azotea, suscitaban la envidia de todos los vecinos. Pero ahora la familia había padecido un durísimo quebranto: a Beatriz Ruiz, la viuda de Luis, la habían despojado de 1.040 libros; a su hijo Juan, de 1.021; entre los dos sumaban casi la mitad de los ejemplares confiscados por las autoridades, cuyo total, en toda la villa, ascendía a 4.290. Se decía que los nervios de Beatriz no habían podido resistir aquel golpe, y que había tenido que recibir asistencia médica para superar el tártago.

No era de extrañar. La propia Inés había temido sufrir un colapso. Cuando el corregidor se marchó, las emociones que ella se había estado esforzando por contener se desbordaron sin que pudiera evitarlo. Hubo de sentarse, luchando por respirar, mientras Teodora le desanudaba el sayuelo y Matilde corría a la cocina a preparar una infusión calmante.

—Sosegaos, señora mía, que el Señor proveerá —le había asegurado el ama mientras la abanicaba, solícita—. Hemos de confiar siempre en Él, aun cuando no queden razones para confiar en los hombres.

Tal vez los cielos intentaban decirle que era el momento de agachar la cabeza; que debía declararse vencida, tal y como le había sugerido de forma tan detestable aquel intrigante de Martín Felipe.

Pero... no. ¡No! Hay gran diferencia entre la aceptación y la derrota. Si tal era la divina voluntad, no cabía sino plegarse a ella. Aunque eso no implicaba renunciar a mantener la frente erguida, ni a seguir luchando por avanzar en la dirección deseada por los senderos de la vida.

Ocupada su mente en semejantes consideraciones, le resultaba imposible conciliar el sueño. En su estado de vigilia, oyó un ruido quedo, proveniente del piso inferior de la vivienda. Al parecer, no era la única en la casa que permanecía desvelada.

Encendió a tientas la vela, se echó una mantilla sobre los hombros y bajó las escaleras. El sonido la guio hasta la tienda. Al llegar allí se encontró con que el jergón en que Albertillo dormía, bajo el mostrador, estaba vacío. El aprendiz se había levantado y se encontraba en el taller contiguo, donde, tras abrir las cortinas, se había puesto a ordenar los volúmenes de un anaquel a la luz de la luna llena que entraba por los ventanales.

El gesto había dejado al descubierto sus incisivos, algo separados. Comenzó rascarse los cabellos crespos de la coronilla, como acostumbraba a hacer cuando se azoraba, y probó a disculparse con razones atropelladas. Pero su interlocutora lo tranquilizó con un ademán.

Se sentó en el banco que ocupaba la pared oriental y lo invitó a ocupar el espacio libre junto a ella. Después inquirió, en tono considerado, si había algo que le impidiera conciliar el sueño.

—Lo mismo que a vos, mi señora, si no os incomoda que os lo diga — replicó el interpelado, con un desparpajo que arrancó una sonrisa a su oyente.

—Razón tienes, no pretenderé lo contrario. —Miraron ambos en derredor, el taller iluminado por la frialdad del cielo nocturno. Había algo distinto en el ambiente, algo que generaba una persistente sensación de incomodidad, como si la intrusión del corregidor y sus hombres hubiese dejado un miasma imperceptible a los sentidos pero no al corazón.

En aquel instante ella reparó en que había algo de lo que nunca había tratado con el muchacho.

—Respóndeme ahora a otra cosa, si no te incomoda a ti. ¿Te agrada estar en nuestra casa? ¿Encuentras de provecho tu estancia aquí?

Albertillo se mostró sorprendido. Habitado a la absoluta falta de interés que su difunto patrono mostraba hacia su persona, no supo entender los miramientos de Inés; consideró que ella le preguntaba, más bien, si estaba satisfecho con las condiciones de su contrato.

No tenía quejas a ese respecto. Las cláusulas de su asentamiento de

aprendiz no se encontraban fuera de lo usual. Había entrado en el taller a los doce años; su abuelo había firmado un documento por otros cuatro, al cabo de los cuales, según compromiso de Antonio Lozano, saldría «como oficial hábil y suficiente para trabajar de maestro de libros». Lo anterior contemplaba la encuadernación de volúmenes de faltriquera «en llano y en pergamino», la de textos más complejos, como breviarios y misales, y, por último, la más lujosa «con lo dorado y lo batido». Por todo ello, el maestro cobraría 800 reales. Se estipulaba además que el abuelo del mozo correría con los gastos de vestido, calzado y con el tratamiento de las posibles enfermedades que este contrajera durante el periodo, mientras que al patrono correspondería proporcionarle alojamiento, comida y lavado de la ropa, así como hacerle entrega, al término del aprendizaje, de «un vestido de paño negro veintidoseno por valor de 200 reales». El zagal, por su parte, se obligaba a hacer cuanto se le mandase en la casa del maestro, «así en dicho arte como de todas las demás cosas del servicio, siempre que no se trate de cosa deshonesta».

—Sí me agrada, mi señora. —Vaciló un instante y luego, agregó—: Tanto que, si me excusáis la audacia, me placería seguir aquí tras los cuatro años, en el oficio que llaman de mesero.

Así se denominaba al aprendiz que decidía permanecer en casa de su maestro tras el periodo de aprendizaje, ya sin obligación de cumplir con tareas de servicio y a cambio de una paga al mes. Aprovechando la ocasión, el muchacho añadió que se ofrecería como tal siempre que su estipendio no fuese inferior a 30 reales.

Inés no pudo evitar sonreírse ante la desenvoltura del chiquillo. Le gustaban sus ansias de vida y aquel ánimo dispuesto a agarrar cualquier oportunidad que llamara a su puerta, por minúscula que fuese.

—Pierde cuidado, tiempo habrá de ver ese asunto. Ten por seguro que trataremos de ello llegado el momento. —Suponiendo, por supuesto, que la divina Providencia la ayudase a mantener vivo el negocio—. Pero, mirando hoy por hoy, quería preguntarte: ¿te son de provecho las lecciones de tu nuevo instructor?

Al fallecer el maestro Lozano antes de cumplir el contrato, se habían

modificado las condiciones del mismo; puesto que su viuda, pese a dominar el oficio, no podía figurar como preceptora —por carecer de la formación oficial que se reservaba solo a los varones— el aprendizaje corría ahora a cargo del oficial de libros Gabriel de Aguilar, al que la nueva propietaria del negocio pagaría 10 ducados por sus labores de enseñanza.

—De muy grande provecho, mi señora. —El tono del zagal no ocultaba su sinceridad—. El señor Gabriel tiene muchas y muy buenas cosas que enseñarme, y yo me he hecho el propósito de aprenderlas todas ellas.

Su interlocutora asintió complacida.

—Juiciosas palabras. Has de saber que hay pocos hombres en el negocio tan diestros como él. Es un valioso maestro, y sería una lástima desaprovechar sus enseñanzas.

—¿Qué tienes, Albertillo? Si algo te incomoda, ten por cierto que puedes decírmelo.

—No es nada, mi señora... —titubeó—. Tan solo... bueno... Algunas veces, el señor Gabriel hace unos comentarios... —Se tomó unos momentos más, antes de añadir—. No me agrada el modo en que habla de vos. Y quisiera decirle que se equivoca, pero él parece tan seguro...

Ahora fue ella quien tardó unos instantes en responder.

—Haces bien en desconfiar. A veces, las personas que parecen más seguras son las más equivocadas.

—¿Qué tienes, madre mía? —Inés la abrazó con fuerza—. Si ha sido una pesadilla, no debes preocuparte. Todo ha acabado.

—Ha sido mucho más que eso, mi niña. —La afectada se hallaba del todo despierta, pero el pavor no se había borrado de su rostro—. Los cielos nos avisan. Cometeríamos un terrible error si ignorásemos sus señales.

—No hay nada de eso, créeme. Vuelve a dormirte. Mañana lo verás todo de modo muy distinto.

La interpelada negó con la cabeza.

—No. ¿No lo entiendes? Todo cuanto está ocurriendo... el engaño de Martín... la visita del corregidor... El Señor nos está castigando por nuestros pecados. Y esto solo es el principio. Nos esperan peores males si no hacemos penitencia.

La señora Ana repasó con los dedos las facciones de la joven, acariciándolas como antaño hacía con sus pupilas.

—¡Ay, hija mía! Yo veo ciertas cosas que resultan invisibles a tus ojos. Y está bien que sea así.

Tras aquella escena, a Inés le resultó aún más difícil conciliar el sueño. Se repetía a sí misma que las conjeturas de su madre obedecían solo a los ecos de una pesadilla mal disipada, que no tenían valor alguno. Aunque, por otra parte, se había expresado con tan absoluta convicción...

Lo cierto era que nunca antes la había visto tan afectada. La señora Ana siempre había admirado a cuantos la conocían por su ánimo sereno. Aquellos arrebatos no eran propios de ella, y su hija no podía evitar que lo ocurrido le causara una honda preocupación.

Consiguió cerrar los ojos poco antes del canto del gallo. La asaltaron sueños breves y agitados, en los que el corregidor regresaba portando en la mano no su vara, sino una espada flamígera. Tenía los ojos negros como las simas del infierno, y lo acompañaban sombras que despedían un penetrante olor a azufre.

—Grandes males os acechan, Inés Ramírez —la amenazó—. ¡Haced penitencia!

Sus subalternos comenzaron a hacer desaparecer los libros y anaqueles de la tienda, que se esfumaban, por efecto de alguna magia maligna, al contacto de sus manos. A su paso se iba haciendo un vacío gris y nebuloso que la ceñía cada vez más y más.

Cuando pensaba que ya apenas le quedaba aire que respirar, Tonio surgió de entre la bruma. Tenía la carne despedazada, y los dientes le asomaban entre los restos deshechos de lo que había sido la boca, en una espeluznante sonrisa.

—¡Aguarde vuestra excelencia, que aún hay algo más! —Alargó la mano hacia ella y, de un tirón brutal, le arrancó del cuello la cadena con el crucifijo y las llaves.

Inés despertó con la sensación de que un yunque invisible le aplastaba los

pulmones. Se sentó sobre el colchón, se esforzó por recuperar el aliento, y rezó. Rezó como si de aquellas oraciones, de aquellas tan solo, dependiera la completa salvación de su alma.

Al menos una vez por semana, los oficiales solteros de la imprenta de Juan Gracián acudían a casa del granadino Antón Sánchez para su habitual partida de naipes.

Era el anfitrión hombre de sincera devoción y hondas creencias. Había oído repetir innumerables veces desde el púlpito que el juego de cartas era invento del diablo, ya que en las casas de juego reinaba el engaño y la perfidia, y en ellas se oía un constante negar a Dios, junto a juramentos, votos y blasfemias que constituían pecados mortales. En aquellos infames lugares se desperdiciaban tiempo, esfuerzo y talento, se arruinaban amistades y se perdía el dinero y el respeto. Por estos motivos, dichos antros de perdición representaban un peligro no solo para el jugador, sino también para su familia y para todo el reino, y quienes los frecuentasen debían ser considerados pecadores merecedores de las penas del infierno.

Pero, como quiera que el pobre Antón no lograra superar su afición al juego ni siquiera ante tan terribles amonestaciones, su confesor —hombre práctico y sensato— le había aconsejado que, pues no podía impedir darse a los naipes, al menos evitase hacerlo en las nefandas casas de juego. Así, el compondor granadino organizaba las partidas en su propia casa, con el beneplácito de su esposa, y se preciaba de hacerlo «en muy honestas condiciones».

Se jugaba siempre a la *primera*, el único juego por el que las autoridades y el clero expresaban cierta tolerancia; presidía la estancia un gran crucifijo de latón, con la misión de no inspirar a los participantes sino las más honradas y comedidas intenciones; para evitar el envilecimiento que inspiran las grandes sumas, las apuestas máximas no sobrepasaban la cuantía de un real; y aquel de los jugadores que jurase a Dios debía pagar el doble de aquella cantidad, que se destinaba al Hospitalillo de Nuestra Señora de la Misericordia, en el que los enfermos humildes recibían atención gratuita.

Aquella noche, los asistentes se mostraban más pendientes de la conversación general que de las cuatro cartas que cada uno de ellos sostenía en la mano.

—Mal asunto es este, compadres, os lo digo yo. Que aparezca el corregidor, vara en mano, sin dar aviso, ni razón ni por qué, y empiece a hurtar los libros... ¡Más de cuatro mil, dicen que se han llevado! —El batidor andaluz Francisco Gómez hablaba con el tono bajo y nervioso de quien sabe que sus palabras resultan peligrosas y teme que puedan caer en oídos al acecho—. Y yo me prevengo: «¡Tate, tate Frasquillo! ¡Abre el ojo, que asan carne!» Esto no se acaba aquí. Empiezan con los libreros y luego vamos nosotros.

—¿Y qué van a hacer? —intervino Pedro de Villanueva, siempre al quite para lanzar un comentario jocoso—. ¿Llevársenos las prensas, los chibabetes, las balas de entintar y toda la parafernalia? ¡Ya me gustaría a mí ver cómo se la apañan! ¡Buenas espaldas necesitarán...!

Aunque sus ocurrencias solían suscitar la hilaridad de sus compañeros, en esta ocasión todos permanecieron serios. Los recientes sucesos pesaban en el ánimo con la carga de rabia e indignación que suscita la noticia de todo atropello.

—Ríete si quieres, serrano, pero el primero de la lista ya ha caído, así que tente por advertido —replicó Francisco. Se veía que consideraba aquello como prueba fehaciente de sus anteriores predicciones—: a Andrés de Angulo le cerraron los aposentos de los libros y se llevaron la llave. Dijeron que guardaba demasiados para poder cargar con ellos...

El susodicho era cuñado de Juan Brocar y, como tal, el heredero de la más famosa estirpe de tipógrafos de la villa complutense, y aun de la corona de Castilla. Su imprenta contaba nada menos que con cuatro prensas, lo que la convertía en una de las mayores de todos los reinos españoles. Sus almacenes y su tienda custodiaban incluso más ejemplares que las principales librerías del lugar.

—¡Ya basta, señores! —El anfitrión se mostraba visiblemente nervioso por el cariz que iba tomando la conversación—. No mentemos más el tema, que los males acuden sin ser llamados, cuanto más si se los provoca. Y esta

conversación no puede conducir a nada bueno.

El compondor aragonés Juan Pérez, que no solía abrir boca sino en raras ocasiones, intervino para rubricar:

Todos callaron ante tan atinadas palabras.

Cuando, disfrutando los rezongos de los demás participantes, se disponía a hacerse con las ganancias, Pierre Arbús lo sujetó de la muñeca. Sin mediar palabra, puso sus naipes sobre la mesa: as, siete, cuatro y dos de bastos.

Una segunda jugada de *flux*; ante aquella circunstancia, ganaba aquel la suma de cuyas cartas alcanzara la mayor puntuación. Las de Pedro de Villanueva valían cuarenta y ocho; las del gascón, cincuenta y tres.

El de Rascafría no se tomó el lance con deportividad.

—¡Maldito el francés y maldita mi suerte! —Y añadió una sarta de improperios que les valieron sus cuatro buenos reales a los caritativos sanadores del hospitalillo de Antezana.

Mientras se barajaba la siguiente mano, con la consecuente retahíla de chanzas a costa del derrotado, Frasquillo Gómez se dirigió al vencedor y comentó:

—Amigo Pierres, eres el único que no ha dicho nada sobre el asunto de las librerías. ¿Hay alguna razón para ello?

El aludido no contestó. Había acudido a su mente un episodio sucedido casi cuatro años antes. Se encontraba en Barcelona, sirviendo como aprendiz en casa del maestro Pierre Régner, en el Carrer del Call; su hermano Samsó, que llevaba mucho más tiempo en la villa condal, trabajaba como batidor en la imprenta que Pedro Malo acababa de instalar en el Carrer de Sant Domènec.

Corría el 30 de septiembre, día de San Jerónimo. Como en otras ocasiones, los dos habían quedado en reunirse al término de la jornada. Recordaba la fecha con absoluta claridad; de hecho, supo, en el mismo momento en que vio aparecer a su hermano y distinguió la expresión de su cara, que estaba a punto de decirle algo que resultaría difícil olvidar.

Según comentó este, aquella tarde había acudido al taller el fundidor Benoît Doucet, que estaba realizando nuevos tipos para el recién creado negocio del maestro Malo. Ambos habían entablado conversación y, en la misma, había

surgido el nombre de Régnier, el tipógrafo para el que Pierre trabajaba.

—En el gremio se murmura que quiere parecer hombre de fe; y que, como tal, asiste a misa, comulga, se confiesa, da limosna y cumple los mandamientos de la Santa Madre Iglesia. Pero muchos afirman que sigue en secreto las doctrinas de Calvino.

Al parecer, cuando Régnier había viajado a Lyon para comprar la prensa con la que inició su negocio en Barcelona, había asistido a servicios religiosos hugonotes. El mismo Samsó había visto una carta escrita en francés y dirigida a Bornat, su anterior patrono, en la que se daba constancia del hecho.

—Por tu vida, hermano, tienes que abandonar de inmediato ese lugar, antes de que las noticias lleguen a oídos del Santo Oficio y empiecen los arrestos.

Cierto, el patrón era hombre difícil, autoritario e irascible; pero, con todo, resultaba digno de admiración el modo en que se había abierto camino. Había logrado convertirse en maestro tipógrafo —el sueño de Pierre y el de Samsó— partiendo de su modesta ocupación como componedor, sin contar con fortuna previa ni herencia familiar, a base de pura determinación, de privaciones, trabajo y esfuerzo. En este sentido, al menos, era un espejo en el que mirarse.

Pero el mayor de los Arbús no había querido prestar oídos a tales argumentos.

—Escúchame, hermanito, pues solo busco lo mejor para ti. Ante la Inquisición no te valdrán esas razones. Medítalo bien; y luego dime si de veras crees que estás a salvo en ese lugar.

El interpelado no necesitaba meditarlo. Guardaba en la memoria numerosos episodios con Isabelle, la esposa de su patrón, una mujer iletrada, tosca y decidida; cuando estaba de buen humor juraba como un sargento y, cuando se contrariaba, como un escuadrón al completo.

Ella no tenía reparos en burlarse de las creencias de los católicos, a los que llamaba «papistas». Denunciaba su hipocresía y aquellas de entre sus creencias y costumbres que, según los principios calvinistas, resultaban absurdas: el culto a las imágenes de los santos, la virginidad de María, la obediencia al Papa o la compra de dispensas e indulgencias. Sin duda

pensaba que, al estar la imprenta de su esposo integrada por trabajadores franceses y sin ningún oído español al acecho, podía expresar dichas opiniones sin peligro alguno. De hecho, animaba a los aprendices a que hicieran lo propio. Los que se negaban no solían durar mucho en el taller.

Pierre recordaba de forma muy vívida cierta ocasión en que todos los empleados habían salido de excursión al campo en compañía del maestro y su esposa. Corría la Cuaresma, era día de abstinencia, e Isabelle llevaba un pescado, bien notorio a la vista y al olfato, en las alforjas de la mula. Su destino era una fuente cercana a la ermita de San Beltrán, en la colina de Montjuïc. Escogieron para sentarse la sombra de un árbol, en un lugar apartado del resto de los asistentes; una vez allí, a salvo de ojos y oídos indiscretos, la patrona sacó lo que realmente había preparado para el almuerzo: una sabrosa empanada de cerdo. La comieron entre todos, bien regada con vino, mientras se burlaban, entre risas y chanzas, de los peregrinos que acudían a la ermita y a la cercana iglesia de San Julián.

Mas, por cierto, tampoco había denunciado a la Inquisición aquel episodio, como se requería de todo buen cristiano. Y, de descubrirse lo ocurrido, aquella omisión podría bastar para condenarlo como simpatizante de los «luteranos».

Aunque nada comentó en voz alta, algo en la expresión de su rostro bastó para que la inquietud de Samsó aumentara.

—Por mi fe, Pierre, abandona hoy mismo ese lugar. Cuando el Santo Oficio llame a la puerta, más te vale estar lejos de allí. Y sucederá dentro de no mucho, créeme.

Estaba en lo cierto. Tres años después, tras un espectacular auto de fe en la plaza de Zocodover, Isabelle agonizaba quemada viva en la hoguera. Su esposo había sido sentenciado a seis años de remo en las galeras; lo que, a su avanzada edad, equivalía casi a una condena a muerte.

El gascón volvió la mirada del pasado al presente, con un resabio amargo en la garganta. Tenía ante sí cuatro cartas recién repartidas, boca abajo. A su lado, el dinero de la mano que acababa de ganar. Tomó el total del importe y, a modo de barato, lo dejó en la escudilla en la que ponían la recaudación destinada al hospitalillo de la misericordia.

—No opino más que lo que Juan ya ha dicho —respondió—: «Ante el rey y la Inquisición, chitón.»

Cada domingo Pierre asistía a la última misa matutina en la iglesia de Santa María, junto a sus compañeros de imprenta y al maestro Juan Gracián. Pero había escuchado durante la cena que esta semana la señora pensaba acudir a otro servicio: el que se celebraba en la capilla de los jesuitas, junto al colegio que la orden mantenía en la calle de Guadalajara; así acompañaría a su hermana, que prefería aquel oficio por ser menos concurrido.

El francés guardó la información para sí. Aquella sería la ocasión perfecta para volver a ver a la joven Inés.

Tras la ceremonia, buscó un puesto de observación cercano a la puerta del templo. Allí esperó a que ambas salieran. Entonces, pasando desapercibido entre los corrillos que formaban los feligreses y el tropel de mendigos que siempre se congregaba para pedir limosna a los asistentes, se aproximó a ellas.

Estaban inmersas en una conversación. La viuda hablaba con voz queda. No así su hermana mayor, cuyas exclamaciones indignadas llegaban perfectamente a oídos del gascón.

—¡Habrás visto desvergüenza! ¿Qué se habrá pensado ese bellaco? ¡Pues ya puede despedirse de hacer tratos con la imprenta de Juan Gracián! Desde hoy no mandaremos encuadernar un solo ejemplar al taller de Martín Felipe. —Se abanicaba con una energía innecesaria para el frescor de aquellas primeras horas de la mañana. Sus pendientes de oro y perlas se mecían al compás de la cólera que acaloraba sus palabras y sus gestos—. Y ¡ay de él cuando se entere nuestro primo Hernán! Se acabaron también los pedidos de su librería... y no son pocos. Y me extrañaría que la cosa quedase ahí; ya sabes cómo reacciona ante el menor insulto a la familia. ¿Y qué me dices de los demás, de Melchor, Baltasar y Gaspar? Que aunque anden por Madrid, siguen teniendo sus buenas influencias en nuestra villa complutense. —A diferencia de su interlocutora, pareció animarse ante aquella perspectiva—. ¡Ah, bien empleado le estará! ¡Así aprenderá a no desairar a la familia

Ramírez!

Inés respondió algo inaudible. Iba acompañada de dos mujeres —su madre y un ama de cuerpo seco y gesto árido— y de un muchacho de unos catorce o quince años, de aspecto vivo, dientes separados y cabellos crespos, que no dejaba de mirar en derredor, como en busca de algo. En determinado momento, su expresión reveló que lo había localizado. Murmuró algo a su señora y se apartó del grupo.

Pierre lo siguió a corta distancia. El mozo se había dirigido hacia un individuo con un llamativo sombrero rojo, que lo esperaba algo apartado de los corrillos, y había iniciado conversación con él.

—¿Está todo lo que pedí? —le preguntaba ahora. En respuesta, el interpelado abrió el manto y le mostró un pequeño paquete envuelto en papel.

—Todo está aquí. Aunque el precio, resulta, es algo mayor de lo que acordamos.

Murmuró una cifra al oído del zagal. La mueca de este manifestó que aquello representaba un terrible problema.

—¿Cómo? ¡Si estaba convenido!

—Como sucede en la vida, uno no siempre encuentra justo aquello que busca. Mas perded cuidado, que salís ganando, pues todo lo que os traigo es de mayor calidad: piel más suave, latón dorado...

—Pero es que yo no puedo pagar más —se lamentó el muchacho—. Lo que pactamos es todo lo que tengo.

Su interlocutor arrugó el ceño. Se veía a las claras que aquello no resultaba en absoluto de su agrado. Pierre casi se atrevería a decir que había incumplido adrede su parte del trato, con intención de sacar provecho de la ingenuidad del mozo y ganarse una suma mayor de la convenida.

—En tal caso, nada puedo hacer por vos. Volved a buscarme cuando reunáis el dinero necesario.

—Disculpe vuestra merced. No he podido evitar observar lo sucedido ahí atrás... —Señaló hacia la iglesia—. El caso es... creo haber visto cierto paquete que puede interesarme.

Nueve días después de que tuviera lugar la visita del corregidor a las librerías, se nombró al alguacil mayor, Tadeo de los Ríos, ejecutor del inventario de los bienes requisados; una nueva prueba de que el proceso se estaba desarrollando de la forma más irregular, cual si las propias autoridades hubiesen decidido ignorar las reglas propias al procedimiento legal.

—Tengan paciencia vuestras mercedes. Se les dará cumplida razón de todo llegado el momento.

Había acabado por aceptar la primera circunstancia, pues nada podía hacer ella para remediar o siquiera mitigar el daño; pero el enigma asociado a la segunda le resultaba frustrante. Se había convencido a sí misma de que la solución al misterio se encontraba a su alcance, de que dependía de ella —y solo de ella— el encontrarla.

Con el transcurso de los días, comenzó a pensar que tal vez había sobreestimado sus aptitudes. Le había resultado imposible localizar aquellas condenadas cerraduras y lo que fuese que se escondía tras ellas. Empezó a sospechar que no se encontraban en la casa, sino en el exterior; en algún lugar que Tonio había frecuentado y del que ella no tenía noticia.

No resultaría extraño que así fuese. Su difunto esposo no le daba cuenta de sus andanzas. Cualquier interrogación al respecto podía suscitar su cólera y los terribles efectos derivados de ella. Inés había tardado poco en acostumbrarse a no preguntar. No obtendría respuesta alguna, y sí cosecharía dolorosas consecuencias.

Llegado este punto no le quedaba otra opción que insistir en la búsqueda, aun si las probabilidades de completarla con éxito se le antojaban nulas. Tal vez la divina Providencia acabase guiándola en la dirección correcta.

## V

A raíz de lo ocurrido, la señora Ana había aumentado sus muestras de religiosidad. Acudía a diario ante su confesor, el padre Eusebio Vázquez; quien, como buen jesuita, la había instruido en las muchas bondades que se derivaban de practicar cada jornada los ejercicios espirituales ignacianos.

Si antes asistía a su misa cotidiana en la cercana capilla que el colegio de la Compañía de Jesús mantenía en la calle de Guadalajara, ahora asistía además a una segunda en la iglesia de San Justo. Escuchaba ambas con gran devoción, y luego permanecía largo rato orando ante las reliquias de los Santos Niños. Afirmaba que era el único modo de implorar la misericordia de los cielos; y que, tal vez, al mostrar una sincera contrición por los pecados cometidos, podría evitarse que desgracias aún peores se abatieran sobre la familia.

—¡Malo, malo, chiquilla! —había dicho María al oír las nuevas de boca de su hermana—. Dime tú qué pensarán los vecinos; que el exceso de beatería da pábulo a murmuraciones, pues un gran arrepentimiento suele provenir de una gran infamia.

Inés apenas podía dar crédito a sus oídos.

—¿Infamia, nuestra madre? Hermana, ¿tú escuchas lo que dices?

—Yo no digo sino lo que otros dirán, criatura, que tú has pasado poco tiempo en esas calles y esas plazas. Mal cambio es este. —Meneó la cabeza—. Y total, ¿qué aprovecha? Quien bien está, no se mude.

Pocos días después fue la propia Ana quien trató el asunto con su hija menor. Su preocupación estribaba en el hecho de que ahora ella se encontraba ausente de la casa mucho más tiempo y Teodora siempre la acompañaba. En tales circunstancias, Inés haría bien en buscar su propia ama de compañía.

—Que Matilde tiene demasiada faena para andarte escoltando, y no es cosa buena ni decente que una mujer joven camine por el mundo sin salvaguarda.

—Y habéis de poner gran cuidado en elegirla —remachó Teodora, recalcando que debía ser viuda de origen humilde y cierta edad, proveniente de una familia intachable de cristianos viejos, nunca penitenciados por el Santo Oficio—. Y, sobre todo, que sea de conducta y moral reconocidas como irreprochables, pues su fama repercutirá en la vuestra. Dejadme preguntar en la parroquia. Allá, de seguro, nos darán razón.

La interpelada tomó a su progenitora del brazo y se apartó unos pasos para que nadie más la escuchara.

—Ahora mismo no estamos en disposición de contratar a nadie, madre mía, y lo sabes —le dijo, bajando la voz—. Apenas si alcanzamos a mantenernos en nuestro actual estado, y las deudas...

—No pongas tus afanes en el dinero, hija mía. Piensa que el buen nombre es lo único que importa.

La joven se sonrió ante la ironía.

—Si de eso se trata, no debieras preocuparte. Debo a los buenos vecinos de la villa cuatro meses más de luto por mi amado esposo. Así que no tengo intenciones de «caminar por el mundo», como tú dices, sea con o sin salvaguarda.

La señora Ana la tomó de las manos.

—Mi querida niña, no finjas no entenderlo. Tu buen nombre puede verse afectado aun cuando permanezcas en casa. Ya sabes que la voz de la opinión no perdona a una viuda joven y sola. Menos aún habiendo hombres en la vivienda...

Inés cerró los ojos y reprimió un suspiro. De repente se sentía muy cansada.

—Madre, si te refieres a Gabriel... —buscó entre las palabras a su disposición, sin encontrar ninguna que la ayudara a expresar sus sentimientos al respecto. Al fin, añadió—... no hay tal, tenlo por seguro. No existe el menor motivo para concebir esas sospechas.

—Eso no lo sabes con certeza, hija mía. Y quien evita la ocasión, evita el peligro. Además, no estoy pensando tan solo en él.

La joven quedó anonadada ante aquella insinuación.

—¿Albertillo? ¡Virgen Santísima! Si no es más que un crío...

—Sí, sí, crío... —comentó Matilde, que en aquel momento acertaba a pasar por allí. Su condición de entrometida era bien conocida por todos, así que ni siquiera necesitaba fingir que no prestaba oídos a la conversación—. No os fieis de sus pocos años, mi señora, que todo varón, por el hecho de serlo, nace con debilidad por los pecados de la carne; y así llegan a la edad de este ya resabiados. Bien lo conoce el refrán: «Moza, guárdate del mozo cuando le sale el bozo.»

Inés se echó a reír.

—¡Mira bien lo que dices, mujer! Hablas igual que lo haría el ama Teodora.

La sirvienta pareció espantarse ante tal posibilidad.

—¡Mucho de enhoramala! —exclamó haciéndose cruces—. Eso sí que no, señora mía. El día en que sus palabras salgan de mi boca, tendré que pensar en hacer voto de silencio.

Al final, tras muchos tira y afloja por ambas partes, la búsqueda de dueña para Inés quedó en suspenso hasta que concluyera su periodo de luto, para desencanto de su madre y del ama y satisfacción no disimulada de Matilde, que adoraba a su señora Ana pero gustaba sobremanera de andar a la gresca con Teodora.

Caía la noche, y era ya hora de cerrar el negocio. Albertillo se dirigía hacia la puerta con intención de hacerlo así cuando alguien atravesó el umbral. Se trataba de un joven de complexión fuerte y facciones agradables, cabellos y ojos oscuros, piel más bien pálida y barba escasa, que repasó la tienda con visible interés.

—Sea bienvenido vuestra merced al taller de la viuda de Lozano —lo saludó el aprendiz, limpiándose las manos con disimulo en los faldones del sayo—. Decidme lo que buscáis y veré de encontrarlo...

—En realidad, no busco comprar, sino vender —respondió el visitante, con un suave acento francés—. No sé si he venido al sitio adecuado.

Así diciendo, Pierre puso un pequeño fardo sobre el mostrador, lo

desenvolvió y mostró su contenido: piel marrón clara de buena calidad, para tapas y lomo de un libro; el tamaño parecía pensado para encuadernar un ejemplar de a octavo.

Era parte del fardo que había comprado, unos días atrás, al individuo del sombrero rojo. La expresión del zagal se iluminó a la vista de aquel objeto.

—Podría interesarme... interesarnos. Dependiendo, claro, del precio. ¿Cuánto pedís por ello?

Tras un corto regateo, el trato quedó cerrado. El precio acordado resultaba asequible para la bolsa de Albertillo, que estrechó la diestra del extranjero con evidente satisfacción.

Tras hacerlo, se golpeó la frente con la misma mano, como quien al fin encuentra respuesta a una duda que lleva tiempo revoloteando en su cabeza.

—Ya se me antojaba que vuestro rostro no me es desconocido. Trabajáis con el maestro Gracián, ¿cierto?, el cuñado de mi señora...

—A fe mía, que tienes buen ojo, muchacho —reconoció el visitante con una amplia sonrisa—. Mi nombre es Pierres Arbús.

El aprendiz se presentó a su vez. Luego, bajando la voz, inquirió:

—Decidme, señor Arbús. ¿No tendréis por azar otros... materiales de estos? Hay un par de cosas más que estoy intentando conseguir...

Su interlocutor se inclinó hacia él. Parecía complacido.

—Eso depende —respondió en el mismo tono confidencial—. ¿Qué necesitas?

Aquel día la moza Matilde volvió del mercado con el semblante alterado.

—¡Ay, señora mía, qué contrariedad! Vengo de estar con ese rufián del carnicero. Pues, ¿no va y dice que ya no nos fía más? Le pido carnero para gigote y me contesta que para vos solo le queda vaca para salpicón, y aun pretendiendo que os hace un favor. ¿Pues no me suelta que «quien tiene buen comer, ha de tener buen pagar»? Y yo le he respondido con eso otro de que «a chillidos de cerdo, oídos de carnicero».

Al parecer, el susodicho insistía en que era tiempo de saldarle parte de lo adeudado y que, hasta que tal cosa no sucediera, la casa de Inés Ramírez no

gozaría de crédito en su negocio. No era el único. Las deudas se amontonaban, tanto en lo relativo a los gastos de la casa como en los encargos a los proveedores del taller y la librería. Los libros de cuentas arrojaban un balance desolador.

La joven señora se esforzó por no evidenciar su preocupación.

—No te apures, Matilde, veremos de dónde sacar algunos maravedíes. De momento, muéstrame la despensa, que me haga una idea de cómo andamos.

Tomando el libro de aprovisionamiento, acompañó a la sirvienta hasta el lugar para hacer recuento. El especiero acumulaba una de las mayores deudas. Era sin duda un buen punto por el que comenzar a racionar.

—Para empezar, limita al máximo los cominos y el cilantro seco, que no andamos muy sobrados. ¿Y solo nos quedan dos ristras de ajo?

—¡Ah, eso sí que no, señora! —protestó la sirvienta—. Pase lo demás, pero no nos mengüéis los ajos, que, de los aliños, son el mejor y el más barato...

A medida que su patrona hablaba, el ceño de la moza se iba arrugando más y más.

—Pues sí que van a salir bien sazonadas las comidas —rezongó—. Para eso, más nos valdría ir a pedir la sopa boba.

—No exageres, mujer, que aún podemos tirar de cebollas, y creo que de esas no nos faltan. Déjame ver...

Al acercarse más para hacer el registro, reparó en algo que nunca antes había visto. Soltó una exclamación.

—¡Matilde, llégate acá! Mira esa pared: ¿sabes qué es aquello?

—Sí, señora; o, mejor dicho, no. Quiero decir, sé que es una portezuela, pero lo que hay al otro lado es tan gran secreto como si fuera cosa del diablo. Está cerrada con llave. Y (¿sabéis?) el día que probé a abrirla, el señor Antonio (que Dios tenga en Su gloria) me dio tal zurra que no me quedaron ganas de repetir el intento.

Inés sintió que se le aceleraba el pulso. Casi le pareció que la cadena que escondía bajo la camisa se estremecía al compás de su agitación.

—Apártame esos sacos, muchacha. Despeja la pared y retírate.

Se arrodilló ante la portezuela así descubierta. Notaba la respiración entrecortada y un temblor mal contenido en las manos.

Sacó las llaves, las desató de la cadena y probó a introducir la mayor de ellas en la cerradura. Encajaba a la perfección.

—¡Ave María purísima...! —musitó. De repente la asaltó un temor paralizante. Ahora que la solución del misterio estaba al alcance de su mano, tras tanto tiempo y perseverancia... justo ahora, la duda la atenazaba.

Aún estaba a tiempo de dar marcha atrás. ¿De veras estaba preparada para aceptar lo que se escondiese tras aquella cerradura, fuera lo que fuere, con todas sus consecuencias? Tonio había puesto gran empeño en mantenerlo oculto. Debía de tratarse de un asunto serio.

Tal vez, tras desvelar el secreto, su vida no volvería a ser la misma. ¿Estaba dispuesta a correr ese riesgo?

Tuvo que luchar para vencer aquella aprensión y recuperar el uso de la voluntad. Aferró la cruz con la mano izquierda, se santiguó dos veces y, dejando atrás las vacilaciones, giró la cabeza de la llave.

La puerta se abrió.

Al otro lado había un nicho excavado en el espesor del muro, de manera tosca y sin revocar. Mediría unas dos varas de ancho, una de alto y otro tanto de profundidad. En su interior, sobre un tapete de paño, se encontraba un arcón casi de las mismas dimensiones que el hueco, como si este hubiera sido creado a la medida de aquel. Tenía gruesos herrajes, sendas asas a los lados y una vistosa cerradura en el frontal.

Inés probó la segunda llave en esta última y comprobó que encajaba. Se retiró sin abrirla.

—Matilde, llégate acá, toma esa otra asa y veamos si logramos sacar esto entre las dos.

Así lo hicieron, con gran esfuerzo. Tras dejarlo en el suelo, se quedaron mirándolo con la expresión de quien descubre en el cielo nocturno una de esas luminarias cuya aparición pronostica terribles desgracias.

—¡Que Dios nos ampare! —La moza se persignó mientras pronunciaba aquellas palabras—. No sé a qué se deberá, pero esto me da mal agüero. ¿Qué creéis que contiene?

Inés prefirió no elucubrar.

—Lo averiguaremos pronto. Pero antes hemos de moverlo a mejor lugar.

Corre al taller y di a Albertillo que lo necesito en la despensa. ¡Y ni palabra de esto a Gabriel!

Pierre no podía evitar sentirse incómodo. Había llegado a un acuerdo con Enrique Formil; a uno que le garantizaba la tranquilidad de espíritu que llevaba persiguiendo desde hacía años. Pero toda moneda tiene su reverso; y una gran recompensa se obtiene solo tras un gran esfuerzo.

—Concentraos en la ganancia, *monsieur* Arbús —le había recomendado el tratante de Medina, tal vez intuyendo sus reparos—. Vos y yo sabemos que merece la pena.

Desde entonces, el gascón se esforzaba por hacerlo así. Pero, aun siendo consciente de que aquella era la mejor política a seguir, no lograba deshacerse de esa desagradable sensación que generan las graves deudas pendientes. Tal vez fuese aquella la causa de que aún le costara conciliar el sueño por las noches, tal y como le había ocurrido tres años antes en Barcelona, tras abandonar la casa-imprensa de Régnier.

—No lo dudes, muchacho —le había asegurado su hermano—. Has tomado la decisión correcta.

Su interlocutor se sonrió ante aquella observación.

—¿Y quién lo es, en los tiempos que corren?

Samsó lo había ayudado a encontrar colocación con su antiguo patrono, el maestro Claudi Bornat, que había aceptado al menor de los Arbús con los brazos abiertos. Lo había empleado sin reparos como oficial tirador, pese a que el gascón no había completado su periodo oficial de aprendizaje.

Tales arreglos no resultaban inusuales en los reinos españoles. Aquí los maestros tipógrafos no habían formado gremio, a diferencia de lo que ocurría en Francia, donde controlaban con mano férrea las condiciones del negocio. Y los *compagnons-imprimeurs* debían lidiar con sus patronos, que tendían a contratar a gran número de aprendices —lo que redundaba en bajos salarios para todos— y a reducir gastos recortando la alimentación correspondiente por contrato a sus empleados; comida y bebida formaban parte de la paga estipulada tradicionalmente en los asientos de aprendices y oficiales; estos

últimos solían tener que aceptar comisiones precarias, y la manutención a cargo del patrono podía llegar a garantizar su supervivencia, al protegerlos frente a las frecuentes devaluaciones monetarias y a la inflación que sufrían los precios de los alimentos según las estaciones del año.

En España las cosas eran muy distintas. Los oficiales de imprenta escaseaban, por lo que los sueldos eran mucho más elevados que en otros países europeos. Además, ofrecía inmejorables perspectivas para aquellos que abrazaran la pretensión de abrirse camino en el negocio. Los trabajadores capaces podían conseguir un contrato como oficial antes de cumplir la totalidad de su aprendizaje; y, con algo de suerte y mucho de empeño, llegar a establecerse como maestros tipógrafos, andando el tiempo. Resultaba más fácil ahorrar lo necesario para pertrechar un taller, y no era imprescindible pertenecer a una estirpe relacionada desde hacía generaciones con el mundo de la imprenta.

Por tales razones, los reinos de la península ibérica resultaban un destino más que apetecible para los jóvenes oficiales con espíritu aventurero y ambiciones de futuro, y atraían a gran número de extranjeros dispuestos a hacer frente a los considerables riesgos que tal decisión entrañaba: en primer lugar, los peligros del viaje, en caminos atacados por bandidos y salteadores; y, una vez alcanzado el destino, la presencia de la tan temida Inquisición.

—Dicen que a los españoles les encanta encender fuegos. Si vas por esas tierras, cuídate de las hogueras. —Era una broma común para aquellos trabajadores de imprenta que anunciaban a sus compañeros su decisión de marcharse al sur de los Pirineos.

Pero, una vez pasada la frontera, aquel se volvía asunto serio, como muchos extranjeros podían atestiguar. Uno de ellos era el flamenco Adriaan de Alkmaart, un componedor de carácter vivaz y aventurero al que Pierre había conocido en el taller de Régnier. Durante el tiempo que pasaron juntos, los dos habían forjado una honda amistad. Arbús había llegado a conocer bien los detalles del pasado de su compañero.

Adriaan había residido en Zaragoza, trabajando para el librero Miguel Ferrer en su negocio de la plaza de las Cuatro Calles. Allí, seis años antes, el Santo Oficio lo había detenido, juzgado y condenado por sus creencias

heréticas. Lo habían azotado y paseado en público, para su escarnio y para dar ejemplo e infundir justo temor en las almas de los rectos cristianos.

Después de aquello lo habían enviado a cumplir cuatro años de penitencia al remo de una galera. Pero el condenado había logrado escapar de las cadenas que lo sujetaban al banco, saltar por la borda y nadar hasta tierra firme. Semanas después había reaparecido en Barcelona, haciéndose llamar Alejandro. Otro nombre y otra villa de residencia; no había necesitado más para crearse una nueva vida.

Pierre recordaba que, en cierta ocasión, Adriaan le había mostrado un volumen con imágenes que un cartógrafo compatriota suyo —un tal Hoefnagel— había dibujado durante sus viajes por España. Casi todas eran vistas de ciudades, pero había una muy distinta, que captó la atención del gascón: un hombre vestido con un sambenito. Bajo la ilustración el autor había añadido unos versos en flamenco. Cuando el francés pidió a su compañero que se los tradujese, este leyó:

«Miradme, vosotros que buscáis acomodo en España, pues esto es la Inquisición. Así es como el Santo Oficio trata a cualquiera que no domina la lengua de estas tierras. Muchas buenas almas son perseguidas y sus protestas, ignoradas. Si vienes aquí, mantén la boca y la bolsa cerradas. Tal es la ley de estos lugares.»

Una ley que todos sus colegas conocían y aplicaban. A su llegada a Barcelona, su hermano Samsó lo había recibido con un sentido abrazo y con estas palabras:

—Has obrado bien al no quedarte en Francia. Aquí puedes ganarte el pan, incluso vivir una buena vida... si sabes mantener la boca cerrada.

—Mal me conoces, hermano, si piensas que eso último ha de resultarme difícil —había replicado él entonces.

Era hombre de frases contadas. Pero, bien lo sabía Dios, le costaba mucho mantenerse en silencio en las escasas ocasiones en que sentía que las palabras resultaban necesarias. En este caso, así era. Aunque se hubiese marchado con un nuevo patrono, aún tenía un deber para con Régnier. Debía avisarle de que la espada de Damocles pendía sobre su cabeza.

Pero su antiguo empleador, consumido por la cólera, se negó a escucharlo.

Al verlo aparecer, comenzó a exigir a gritos que le trajeran la espada.

—¡Infame traidor! ¡Bellaco! ¡Malnacido! ¿Así me pagas lo que he hecho por ti? —aulló. Dos de sus empleados hubieron de interponerse para evitar que se arrojara al cuello del gascón—. Vete, vete con ese delator, embustero y ladrón ¡y así os lleve el diablo a los dos! ¡Pero no oses poner un pie en esta casa, o juro por Dios que te sacaré las tripas como al perro sarnoso que eres!

No era secreto para nadie que existía una profunda animadversión entre ambos tipógrafos, que no se dirigían la palabra ni perdían oportunidad de calumniarse mutuamente ante oídos ajenos. La enemistad se remontaba a varios años atrás. En aquella época, Régnier trabajaba como oficial para el maestro Jaume Cortey. A petición de Bornat, que andaba corto de material para sus prensas, aquel le alquiló una buena cantidad de tipos, tasados en treinta libras antes de salir del taller. Pero cuando las letras regresaron, pesaban tres libras menos. Los rumores afirmaban que el prestatario se había apropiado de las faltantes. Régnier, íntegro y leal a su patrono, no dudó en enfrentarse públicamente al estafador y a sus empleados, ni en denunciarlos ante quien quisiera escucharlo.

Desde entonces la hostilidad entre ambos no había hecho sino ir en aumento. Bornat gustaba de atraer —incluso de manera fraudulenta— a los aprendices que su rival había formado en su taller, llevándolos al suyo cuando intuía que estaban preparados para comenzar a producir, aun antes de que hubieran cumplido su contrato. Régnier recelaba, además, que su adversario era familiar del Santo Oficio, que informaba sobre sus colegas de profesión y los denunciaba en secreto. Se había convencido de que tal cosa era cierta, aunque no poseía pruebas que confirmaran sus sospechas, pues la identidad de los informantes —como cualquier dato concreto que atañese a los procesos de la Inquisición— estaba envuelta en un completo misterio.

Por todas estas razones, el antiguo maestro de Pierre consideraba la desertión de este una afrenta personal; más aún dado el hecho de que se había marchado acompañado de otro colega y amigo, Étienne Carrier. Régnier estaba más que dispuesto a descargar su furia sobre aquellos dos «miserables traidores» si llegaba a ponerles las manos encima.

—Por tu vida, Arbús, no se te ocurra volver aquí —le había aconsejado uno

de los oficiales del taller mientras lo acompañaba a la puerta—. Si quieres hacerle llegar un mensaje, busca otro modo de hacerlo.

Pierre se prometió hacerlo así, aunque eso implicara tomar un curso de acción que lo incomodaba en extremo. Pero se sentía en deuda con su maestro y eso lo obligaba a dejar de lado sus reparos.

Estando así las cosas, no le quedaba otro remedio que acudir a Isabelle. Dios era su testigo: prefería mil veces enfrentarse a Régnier, aun armado con su furia y con tres buenos palmos de acero. Porque tratar con su esposa... Por san Pedro y san Pablo, eso conllevaba otro tipo de peligros.

Inés había albergado la esperanza de que aquel arcón contuviera las respuestas que buscaba; de que, al abrirlo, comprendería por fin el misterio que la había abrumado durante varias semanas, aquella enigmática referencia al libro *De Viris Illustribus* de san Jerónimo.

Mientras Albertillo, siguiendo sus instrucciones, lo trasladaba escaleras arriba, ella disponía un lugar en que colocarlo dentro de su habitación. Cubierto con un tapete negro, bien podía pasar por mesilla. Así disimulado, no levantaría sospecha alguna.

Si bien nadie —aparte de ella misma y de Matilde, quien ya estaba al cabo de todo— entraba en aquella estancia, la precaución no se le antojó excesiva. En materias delicadas toda prevención es poca. Y aquella sin duda lo era. Tonio no se habría tomado tantas molestias de no estar implicado en algún asunto grave.

Encendió luz, ordenó que la dejaran sola y atrancó la puerta. Las cortinas estaban cerradas, como se esperaba en el aposento de una viuda. Aunque en la calle se vivía un día radiante, aquel dormitorio pertenecía a los reinos de la penumbra. En aquellos momentos, resultaba más que apropiado. Cualquiera que fuese el contenido de aquel arcón, de cierto no era materia para exponerla a la luz del sol.

Se arrodilló con la llave en el puño y, con pulso tembloroso, la introdujo en la cerradura. Los ruidos de la calle habían cesado como por ensalmo. El universo en pleno parecía estar en suspenso, pendiente de lo que ocurría en

aquella habitación.

Al girar la muñeca notó que el engranaje cedía. Agarró la tapa por ambos lados y la alzó con lentitud. El chirrido de las bisagras invadió la estancia.

Durante unos instantes permaneció inmóvil en aquella postura, observando el contenido con los ojos dilatados por la sorpresa. Cuando recuperó el dominio sobre sí misma y acertó a reaccionar, parpadeó. Luego se inclinó hacia delante, introdujo las manos en el arcón y extrajo de él un objeto.

Se trataba de una caja de maderas taraceadas, decorada con primor. Era de pequeño tamaño, como las que se utilizaban para almacenar la correspondencia. No tenía candado ni cerradura alguna. Enderezó la espalda, la colocó sobre su regazo y la abrió.

Contenía un fajo de papeles doblados. Desplegó el primero de ellos. Estaba escrito con los trazos rápidos de Tonio. Parecía un conjunto sin sentido de letras y palabras latinas garabateadas con premura, como se hace con un borrador.

El segundo también estaba redactado por la misma mano, aunque la caligrafía resultaba más cuidada. Era un documento extenso y elaborado. Daba la impresión de tratarse de un registro de contabilidad semejante a los que utilizaban en la tienda. Se reconocían las fechas y las cantidades anotadas, pero no el nombre del pagador ni la mercancía; daba la impresión de que estos dos últimos datos se hubieran consignado siguiendo una especie de código:

—CERB, ARGS, POLFM, GRYF... —fue leyendo. Solo Dios sabía a qué podían corresponder aquellas siglas.

Revisó los papeles restantes, esperando encontrar en ellos alguna clave reveladora. Todos eran similares al que acababa de leer.

Volvió a doblarlos y los guardó tal cual los había encontrado. Iba a necesitar algo de tiempo para averiguar el significado de aquellas cifras. En las últimas semanas había repasado hasta la saciedad los registros de cuentas del negocio, y sabía que aquellas transacciones no se correspondían con los asientos de la librería o el taller.

Dejó el estuche a un lado y volvió a revisar el arcón. Quedaban en su interior varias bolsas de tela que formaban paquetes desiguales y que, a

juzgar por el peso del contenedor, debían de envolver algo compacto. Todos estaban atados con una trencilla de la que pendía un pequeño papel, marcado con un signo.

Acercó la palmatoria para estudiarlos en detalle. Parecía haber cuatro distintos. Uno parecía un sable o una espada curva, como las que se usaban entre los turcos; el segundo, una bellota; el tercero tenía forma de trébol; el cuarto, de daga o espada corta; este último era, con mucho, el más numeroso. La mayoría de los envoltorios estaban marcados con él, mientras que el trébol se repetía solo un par de veces y los dos restantes aparecían solo una vez.

Aquellos caracteres le provocaron un escalofrío. Intuyó que guardaban relación con algo que ella conocía, pero que en aquel momento escapaba a su memoria; algo —eso sí lo sabía— asociado a recuerdos desagradables.

Era consciente de que estaba a punto de abrir la caja de Pandora con todos sus males. Decidió comenzar por el envoltorio más pequeño, como si así el perjuicio derivado del descubrimiento fuese el menor de los posibles.

Albergaba sus sospechas con respecto a lo que hallaría en el interior. El peso y la forma de los bultos le hacían barruntar que se trataba de libros. Tal vez había encontrado por fin aquel famoso tratado de san Jerónimo cuyo título la perseguía en la vigilia y el sueño. O incluso algo más nefasto, oculto tras aquel nombre en clave: por ejemplo, uno de aquellos volúmenes contenidos en el *Índice de libros prohibidos*, cuya posesión estaba penada con gravísimas sentencias por orden del rey y de la Inquisición.

Desató la trencilla y atisbó el interior de la bolsa. Una exclamación escapó de sus labios.

Se trataba de algo del todo distinto a lo que había imaginado. Y que, sin embargo, confirmaba sus peores temores.

—¿Así que este es el contenido del famoso arcón? ¿Barajas de naipes? —Matilde sonaba desilusionada—. Pues, la verdad, no parece tan terrible.

—Te equivocas, y mucho. —El tono de Inés evidenciaba lo desconcertada que se sentía. Aún no acertaba a creer que Tonio estuviera involucrado en una locura semejante.

El uso de las cartas de juego se encontraba férreamente regulado en todos los territorios de la Corona hispánica. El Estanco Real de Naipes monopolizaba la fabricación, venta y distribución de las barajas españolas, gravando cada una de ellas con una tasa de medio real; y los aranceles a pagar por las extranjeras eran mucho mayores.

El cobro de estos elevados impuestos suponía una cuantiosa contribución a las arcas reales, por lo que el impago de los mismos constituía un gravísimo delito. Por supuesto, existían impresores que fabricaban naipes de manera ilícita, y agentes que los distribuían de forma clandestina a particulares y casas de juego más o menos ilegales. Estas resultaban mucho más baratas que las oficiales, por el bajo coste de su producción y el hecho de no estar sujetas a los impuestos estatales.

Era evidente que Tonio había formado parte de una de aquellas redes de contrabando. Y ahora su viuda tenía entre sus manos todo un cargamento que, de ser descubierto, le costaría muy, pero que muy caro. Para comenzar, una multa de 100 ducados, que le resultaría imposible pagar; a eso seguiría el embargo de todos sus bienes, la cárcel, la ruina y la infamia. Su nombre y el de su familia quedarían manchados para siempre.

—¡Por Cristo bendito, que eso no ha de pasar! —exclamó Albortillo al tener noticia de aquello—. Yo digo, señora Inés, que os deshagáis de esas cartas criminales. Quemadlas, todas ellas, y hagamos como si nunca hubieran existido.

—Teneos, señora mía, y pensadlo mucho antes de hacer un disparate semejante —protestó de inmediato la moza—. Mirad que hay aquí mucho dinero que ganar, y Dios sabe que nos hace muy gran falta.

—¿Que yo digo disparates? ¡Por vida mía! ¡Piensa tú antes de hablar, mentecata! —le espetó el aprendiz—. ¿Y cómo piensas ganar ese dinero, vamos a ver? ¿Saliendo al mercado y voceando la mercancía, igual que las placentas? Ten por seguro que en menos de un paternóster te caen encima los alguaciles y te ves en la cárcel cargada de grilletes.

Inés no contestó. Lo cierto era que ella misma se sentía desgarrada. Su primer impulso había sido destruir el arcón y todo su contenido, como debiera hacer cualquier persona decente, temerosa de Dios y de la Ley. Pero

entonces, ¿por qué vacilaba? ¿Por qué le parecía que las palabras de Matilde merecían, al menos, cierta consideración? Nunca antes había dudado entre la conciencia y el pragmatismo. ¿Por qué ahora sí?

Miró a su alrededor, deseando que la Providencia le enviase una señal. Pero los cielos, como acostumbran, permanecieron silenciosos.

La decisión era suya y solo suya. Volvió la mirada hacia el aprendiz y la moza, que continuaban enzarzados en su contienda. Tiempo era de poner paz.

—No discutáis más por esto, que el reñir nada aprovecha; y acercaos, que he de hablaros.

Se encontraban en la estancia reservada a las mujeres; la joven patrona estaba sentada en el estrado en el que su madre y ella se acomodaban para leer juntas o para conversar mientras realizaban sus labores. Indicó a sus acompañantes que tomaran asiento en el suelo, a los pies de la tarima, frente a ella. Ambos obedecieron.

—Amigos, sé que no hace mucho que nos conocemos. Cuando llegué aquí, vosotros llevabais ya tiempo sirviendo al señor Antonio. Pero pronto aprendí a confiar en vuestro afecto y en la nobleza de vuestros corazones.

Había bajado la voz, como se hace llegado el momento de las confidencias. Sus dos oyentes, inclinados hacia ella, permanecían suspensos de sus palabras.

—Hoy me encomiendo a vosotros, poniendo mi vida en vuestra bondad y discreción. Mirad que sois custodios de mi honor y el de toda mi familia.

Albertillo enderezó la espalda, espoleado por aquellas frases.

—Mi señora Inés, mal nos juzgáis si pensáis que hemos de fallaros en este trance. —Miró a la moza, que se limitó a asentir con la cabeza—. Ya veis que Matilde y yo estamos de vuestro lado. Fiaos de nosotros y decidnos qué hemos de hacer.

Todo rastro de desavenencia entre ellos había desaparecido por completo. La joven señora, emocionada, se inclinó hacia ellos y los abrazó a la par, en un gesto cargado de agradecimiento.

—Escuchad entonces, pues habéis de ser mi remedio —les dijo—. Hasta que decida qué hacer con ese cargamento es vital que mantengamos el secreto... Y necesitaré de vuestra ayuda en este otro asunto: decidme cuanto

sepáis de cualquier negocio sospechoso que condujera el señor Antonio; cualquier cosa, por nimia que sea, que os llamara la atención.

## VI

Con el paso de los días Inés había ido esclareciendo buena parte de los misterios que rodeaban aquel arcón y su contenido. Los cuatro signos que marcaban los envoltorios tenían ahora su explicación; aludían a otros tantos tipos de barajas, identificadas por uno de sus palos.

La bellota correspondía a la tudesca, que además contaba con cascabeles, corazones y hojas. El trébol, a la francesa —usada también por los ingleses—, con sus diamantes, corazones y picas. La espada curva, a la italiana. La recta, a la española. Estas dos últimas estaban formadas por los mismos palos: oros, copas, espadas y bastos. La diferencia estribaba en que la primera usaba alfanjes y bastones de mando de mariscal; la segunda, espadas rectas y ramas nudosas.

Los españoles las preferían de tal guisa, ya que representaban mejor los cuatro estados de la sociedad, tal y como Dios los creó al inicio de los tiempos: oros por los comerciantes, copas por los clérigos, espadas por la nobleza y bastos por los menestrales y campesinos.

Casi todas las barajas eran, por supuesto, de estos reinos. Las restantes estaban representadas en escaso número, pues quedaban restringidas a grupos de jugadores extranjeros; aunque, para compensar, su venta generaba unos beneficios muchísimo mayores.

—Mi señora —le había preguntado Albertillo, anonadado—. ¿Cómo sabéis de esas cosas?

—Todos sabemos cosas que preferiríamos ignorar —se había limitado a responder ella. No sentía deseos de hablar de su progenitor y su desmedida afición por los naipes, que tantos males y pesares había acarreado a la familia.

Al examinar los grupos de barajas se había topado con otra sorpresa: parte de ellas estaban marcadas —o «hechas», como acostumbraban a decir los asiduos al juego— con un pequeño bulto en una de las esquinas, según la técnica de «la verruguilla».

—Si la suerte no acude por sí sola, nada se pierde por mostrarle el camino —había oído decir a su padre cuando, olvidado ya todo decoro, comenzó a jugar con naipes *hechos* de diferentes formas, que incluían, junto a la anterior, otras como señalarlos con los dientes (lo que él llamaba «el colmillo»), las uñas («raspadillo») o tiznándolos («humillo»).

Recordaba las madrugadas en que él regresaba a casa, exudando euforia y vino, y las despertaba para mostrarles las ganancias, vanagloriándose de aquellas y otras hazañas. En ocasiones, se valía de su sola pericia, tomando con disimulo más cartas de las que le correspondían por mano para envidar con las mejores; en otras se compinchaba con otro de los participantes para jugar con guion o hacer trascartones; pero prefería, sobre todo, contar con un cómplice sacado de entre los mirones, los tagarotes o las *mazas* que pululaban por las casas de juego: así, se confabulaba con un *diácono* que, tras sentarse a su lado, se hacía el dormido y le daba las cartas por debajo; o bien con un *adalid* que caminaba alrededor de la mesa para comunicarle por señas las manos de los demás jugadores. En los últimos tiempos incluso había llegado a ponerse de acuerdo con los propios coimes y los vendedores de naipes.

Ahora, contemplando el contenido de aquel funesto arcón, la joven se preguntaba si no era así como su progenitor había llegado a encontrarse en deuda con Tonio, tanto como para comprometerse a entregarle a la menor de sus hijas.

—Doy gracias a Dios de que seas adorno y tesoro de mi casa —le había confesado él con la ternura de los inicios del matrimonio, cuando aún la ensalzaba afirmando que los cielos la habían colmado de dones: hermosura, ingenio, prudencia y virtud—. Pues has de saber, queridísima Inés, que hace mucho tiempo que eres dueña de mi corazón y mis pensamientos.

Después le contaba cómo, considerando que ella estaba destinada a otro hombre, había probado a apartarla de su mente por todos los medios

conocidos: aplicando el ánimo a muchos y graves negocios, usando del vino para crear nuevos espíritus, paseando por prados amenos, a la orilla de aguas límpidas... todo para alejar de sí la imagen de su amada.

—Mas ¡ay de mí!; que todo mi empeño seguía puesto en hablarte y quererte con las más honestas intenciones. Y así fue cómo, al final, la Providencia premió mi constancia y me permitió ganarte.

La joven posó la vista sobre su anillo de casada. Ahora aquellos recuerdos estaban contagiados de un dolor incurable; pues constituían la antesala de todas las crueldades que vendrían después.

—Es hora de dejar el pasado en el pasado —le había susurrado su madre, abrazándola con fuerza, el día en que entregaron los restos de Tonio a la sepultura—. Rezo por que las dos podamos hacerlo.

Mucho más complicado le estaba resultando a Inés desentrañar aquellos papeles guardados en la arquilla de menor tamaño. Los datos contenidos en ellos aparecían consignados en un código que se le antojaba imposible de descifrar. Fue realizando una larga, larguísima serie de intentos infructuosos, una vez tras otra, que la condujeron a los umbrales de la desesperación.

—CERB, ARGS, POLFM, GRYF, MTAUR, SFNX, MEDS... —se repetía, enfrentada a aquellas condenadas siglas sin solución aparente.

Hasta que un día, mientras trabajaba, se produjo un suceso inesperado. Estaban encuadernando una remesa de libros provenientes de las prensas del maestro Juan Gracián, que acostumbraba a dejar abundantes encargos en el taller. Los ejemplares de aquella edición portaban una singular marca de impresión, que Inés no había visto antes en ninguna otra de las obras estampadas por el marido de su hermana: un grifo que, con las alas extendidas, sujetaba con una de sus garras un sillar de piedra de la que, a su vez, pendía una bola alada. No pudo evitar preguntarse por qué su cuñado había optado por usar como imagen de su casa aquella criatura mitológica.

—¡Santo cielo! —exclamó, sin poder contenerse. Acababa de tener una revelación. Esas siglas, GRYF, ¿era posible...?

Dejó a Gabriel y Albertillo entregados al trabajo y corrió a su dormitorio;

una vez allí, atrancó la puerta y, sentándose en el suelo, desplegó ante sí los famosos papeles.

La figura de aquel grifo le había traído a la memoria lo mucho que a su difunto esposo le gustaban los relatos de la mitología antigua; en las noches de su niñez, cuando la familia se reunía junto al fuego antes de irse a la cama, Inés se había acostumbrado a escuchar los hechos de los mártires, o bien sucesos moralizantes acaecidos en otras épocas a hombres y mujeres ejemplares. Antonio Lozano prefería contar historias de héroes que, con una portentosa exhibición de fuerza e ingenio, habían logrado vencer a monstruos terribles.

—CERB, ARGS, POLFM, GRYF, MTAUR, SFNX, MEDS. —Por fin podía completar las letras faltantes para obtener una lectura provechosa—: Cerbero, Argos, Polifemo, Grifo, Minotauro, Esfinge, Medusa.

Eran, todos ellos, nombres de criaturas pavorosas, derrotadas por alguno de los grandes héroes de las leyendas antiguas; nombres que ella conocía, precisamente, gracias a los relatos de su esposo.

Dirigió una mirada a la imagen de la Virgen del Val que velaba la habitación desde una hornacina, junto a la cama. Entrelazó las manos y, de rodillas, musitó una oración de agradecimiento.

Sentía tanto entusiasmo como si hubiese desentrañado el más recóndito secreto del universo. Pero sabía que aquello constituía solo el principio. Ahora quedaba por averiguar quién se escondía detrás de cada una de aquellas denominaciones.

Aquella noche, el andaluz Francisco Gómez volvió a casa del maestro Gracián a la hora de acostarse. Hacía ya varios días que se ausentaba en la cena. Entre sus compañeros corría el rumor de que acudía a cierto mesón de la calle de los Carros, regentado por la viuda de un veterano de los tercios de Su Majestad con dos hijas casaderas; una de ellas, aquella «bella Marta» cuya mención hacía que a Pedro de Villanueva se le arrugase el entrecejo como si acabase de llegarle un pestilente olor.

—Te lo juro, francés, es oír ese nombre y siento que me sube la bilis a las

tripas —rezongaba—. Maldigo el domingo en que se nos ocurrió ir a la ermita del Val. Bien dicen en mi pueblo: hay romerías que fuera preferible no hacerlas jamás.

Hoy Frasquillo volvía exultante. Mientras los demás charlaban sentados ante la lumbre, él llevó aparte a Pierre y le susurró:

—Atento, compadre, que necesito tu opinión.

Y le contó, recreando hasta el mínimo detalle, cómo aquella noche le habían acomodado en cierta mesa que ya le tenían reservada; pero que le habían traído un menú distinto al del resto de los clientes.

—Berenjenas con queso, amigo Pierres. ¡Mi plato favorito! ¿Puedes creerlo? ¡Y qué berenjenas! ¡Qué forma de cortarlas! ¡Qué aliño! Ni lo imaginas... Como cocinado por los mismos ángeles; no te digo más.

Mientras comía, la huésped se había sentado junto a él para revelar que aquella cena la había preparado personalmente «la pequeña Marta con sus blancas manos».

—Y habéis de saber, señor Francisco Gómez, que la niña tendría por muy grande dicha el cocinar para vos cada noche, Dios mediante —le había soltado, antes de marcharse.

Concluida la narración, el batidor inquirió expectante:

—¿Y bien, compadre? ¿Qué piensas?

El aludido, que se había retirado de la lumbre portando consigo su vaso de vino, aprovechó para dar un sorbo. En su opinión, la viuda había optado por dar un pequeño empujón al pretendiente de su hija, considerando que este, ya fuera por timidez o por respeto, se estaba tomando demasiado tiempo en declarar sus intenciones. La vacilación de un hombre tiende a provocar las chanzas de los otros; pero también tiende a causar la irritación de las mujeres.

—Me parece, compañero, que en pocos días estarás negociando la cuantía de la dote. —Le palmeó el hombro—. Porque eso es lo que buscas, ¿cierto?

—¡Tan cierto como que hay Dios, amigo mío! —le aseguró el andaluz—. Y cuando el negocio esté cerrado, te recompensaré como es de ley. ¡Te juro por mis difuntos que no descansaré hasta haberte encontrado una buena esposa, como tú te mereces!

Aquella efusión hizo que al gascón casi se le atragantara el último sorbo de

alcohol.

—¡Frena, muchacho! —protestó—. Te agradezco la oferta, pero creo que, llegado el momento, llevaré las riendas de ese carro yo mismo. Aunque te aseguro que aún falta mucho, mucho tiempo para eso.

A diferencia de su compañero, él nunca había tenido problemas para hablar con las mujeres... o, mejor dicho, casi nunca. Una de ellas sí le había puesto las cosas bastante difíciles: la esposa de su primer patrono, Isabelle.

Volvió a su mente aquella escena ocurrida tres años antes, en Barcelona. Él había abandonado el taller de Régnier ante los rumores que corrían en el gremio, y que podrían exponerlo a la investigación del Santo Oficio. Con todo, había intentado prevenir a su antiguo empleador, pero este se había negado a escucharlo, expulsándolo de su casa con insultos y amenazas.

Así las cosas, el gascón optó por acudir a Isabelle. Dios sabía lo mucho que le había costado tomar aquella decisión. Tratar con ella era lo último que deseaba; pero, por desgracia, no se le ofrecía otra opción.

No lejos de la casa, en el mismo Carrer del Call, existía un pequeño mesón que alquilaba las habitaciones situadas en el piso superior; un lugar de encuentro barato y discreto que, por cuanto se afirmaba entre los aprendices y oficiales del taller, la esposa del patrón conocía muy bien. Muchos de entre ellos ya habían disfrutado de lo que gustaban de llamar «el amor de Isabelle».

—¡Maldita sea tu sangre, Pierre! ¡Tienes menos cojones que una babosa! —lo fustigaba ella—. Pero acabarás cediendo, por vida mía. Y vete preparando: porque cuanto más tiempo aguantes el picor, mayor gusto sentirás al rascarte.

Lo perseguía con los ojos cuando había alguien más presente, y con las manos cuando se hallaban a solas. Esto último sucedía con cierta frecuencia; pues, tal como figuraba en su asiento de aprendiz, el gascón estaba en la obligación de realizar cualquier tarea que le encargaran sus patronos, al igual que los otros miembros de la servidumbre. E Isabelle se las ingeniaba para atraerlo a dondequiera que ella se encontrase.

En su juventud debía de haber sido hembra muy hermosa; y, pese a los inevitables estragos del tiempo, aún conservaba un atractivo indudable. En más de una ocasión el propio Pierre, pese a sus convicciones, había

necesitado de toda su fuerza de voluntad para resistirse.

—¡No seas gallina! Podemos holgar hasta caer rendidos ¡y sin consecuencias! —le había dicho ella al principio, malinterpretando sus reticencias—; que a quien Dios le quita peras, le llueven del diablo manzanas. Los médicos me dijeron que no puedo concebir. Y, pues no han de venir chiquillos por criar, bienvenidos sean los mozos ya criados.

Su esposo poseía un rostro atractivo, si bien algo rollizo, y una constitución fuerte, pese a su baja estatura. Pero era un hombre ya entrado en años, que rozaba la cincuentena; su cabeza albergaba menos cabello, y su barba, más canas de las que tenía cuando Isabelle lo conoció en su aldea natal de Guiry-en-Vexin, siendo él ya todo un oficial componedor y ella, una simple muchacha de familia campesina.

—Toca este cuerpo y dime que no merezco sangre joven —protestaba ella, guiando las manos de los aprendices hacia zonas que el recato prohibía palpar—. ¿Y qué se me da a mí si los timoratos piensan lo contrario? ¡Al diablo con ellos! No es justo que quien tiene ganas de cabalgar un semental tenga que resignarse a montar un mulo viejo.

Los compañeros de Pierre parecían estar de acuerdo con tales afirmaciones.

—Es una fiera de hembra —alegaban sus amigos Adriaan y Étienne. Ambos habían probado ya «el amor de Isabelle» y sabían de lo que hablaban. Considerando la diferencia de edad entre marido y mujer, consideraban normal que la patrona tuviese necesidades que el viejo maestro no alcanzaba a satisfacer—. No te lo pienses, hermano. Llévala al almacén y dale lo que se merece.

A todos les resultaba sorprendente que Isabelle demostrara tanto aguante para con él. Otros aprendices no habían resultado tan afortunados. La esposa del tipógrafo Régnier no se distinguía por su paciencia.

Ahora, mientras la aguardaba en la habitación del mesón, Pierre caminaba en círculos, intentando mitigar así la sensación de incomodidad que lo dominaba y que crecía con cada minuto de espera, amenazando con volverse insoportable. Debía mantener las riendas de la conversación desde el principio, antes de que se desbordara por derroteros imposibles de encauzar.

Sonaron unos golpes en la puerta, que lo sobresaltaron como campanas que

llamaran a rebato. El momento había llegado.

Abrió el batiente y retrocedió de inmediato al interior de la estancia, decidido a evitar cualquier contacto físico, aunque sabía que no resultaría tarea fácil. Solo cabía esperar que los cielos le concediesen la templanza necesaria.

—*Madame Régnier*... —comenzó. Ella lo interrumpió.

—Olvida ese nombre. Para ti soy Isabelle Sandre —dijo, en referencia a su apellido de soltera—. Sabía que acabaríamos de este modo, vive Dios que sí. Aún no ha nacido el hombre que pueda vencer por siempre sus apetitos...

Se dirigió a la cama y se dejó caer en ella. No parecía tener intención de perder un solo instante en preliminares innecesarios.

—No te arrepentirás, gascón mío. Dicen que los de tu tierra sois auténticos sementales. Solo el pensarlo me acelera la sangre...

Mientras así hablaba, se iba alzando la saya. Dejó a la vista los zapatos, las medias, las ligas... Pierre se forzó a mirarla a los ojos.

—Teneos un momento, *madame Régnier*, y oíd lo que he venido a deciros. El asunto que me trae aquí es grave en extremo y os afecta a vos, a vuestro esposo y a los miembros de vuestra casa. Os recomiendo que me escuchéis.

Consiguió exponer el motivo de su preocupación sin que ella lo interrumpiera. Isabelle atendió a sus palabras con los otros entrecerrados. Se había incorporado hasta quedar apoyada sobre los antebrazos, aún con la camisa desatada, abiertas las piernas y alzada la saya por encima de las rodillas. Una sonrisa de profundo desprecio se había adueñado de su rostro.

Comenzó, según su costumbre, a lanzar todo tipo de diatribas contra los «malditos papistas», sin ahorrarse invectivas contra la Santa Madre Iglesia, sus representantes en la curia romana y las sedes episcopales e, incluso, contra los mismísimos integrantes del Santo Oficio.

—¿Y qué se me da a mí lo que opinen un puñado de meapilas? —replicó, haciendo una higa—. ¿Que quieren hablar? ¡Que hablen! ¡Hatajo de farsantes! Salen a la calle tan compuestos, con sus cruces al cuello y sus rosarios al cinto, haciéndose pasar por santos. Pero acumulan sus vicios en privado: lujuria, gula, mentira, avaricia, ira... Hipócritas y cobardes, todos ellos. No conozco a uno solo que no tenga el corazón podrido.

Pierre no podía mostrarse de acuerdo con tales despropósitos. Se había criado en la fe católica; por ella se regían sus normas de vida. Pero, a diferencia de muchos de sus correligionarios, no sentía animadversión hacia los seguidores de Lutero, los de Calvino o los de cualquier otro patriarca de las iglesias reformadas. De hecho, los mejores amigos que había hecho en la villa condal, Adriaan y Étienne, mostraban simpatías hacia las ideas de aquellos a quienes los seguidores de la fe vaticana llamaban, con desprecio, «protestantes».

Conocía las posiciones de los unos y los otros; no en vano provenía de una tierra desgarrada hasta las entrañas por las guerras de religión. Había luchado en una de ellas. Había vivido tiempos de convivencia y tiempos de sangre. De ellos había extraído sus propias conclusiones.

Según su experiencia, no era la diferencia de pensamiento lo que hacía imposible la coexistencia, sino el odio: la hostilidad hacia aquel que albergara creencias distintas, hacia todo lo que representara una diferencia de opinión, o siquiera de perspectiva. Ese era el verdadero enemigo, el que emponzoñaba el espíritu de quienes lo cultivaban e iba dejando a su paso un rastro de sangre y devastación.

A diferencia de los de Pierre, los juicios de Isabelle no nacían de su propia experiencia. Era una mujer inculta, que se aferraba a las opiniones de su marido, al que, pese a sus reiteradas infidelidades, respetaba profundamente, si bien a su manera.

A su regreso de su última estancia en Lyon, el maestro Pierre Régnier había traído la simiente calvinista y la había plantado en el espíritu de su mujer. Pero él era un creyente tibio. Su esposa, de naturaleza mucho más vehemente, se había convertido en adalid implacable de unas creencias que no terminaba de comprender. Él tenía una fe fundada en opiniones; ella, en sentimientos. Y, como criatura de extremos, se aferraba a aquel rencor intenso como guía de su corazón. No entendía de prudencia, moderación ni compromiso. Y eso podría conducirla a la destrucción.

—¿Veis, *madame*? A eso me refiero. No ignoréis el peligro que supone el hablar así. Si esas palabras llegan a oídos de alguien dispuesto a denunciaros ante el Santo Oficio...

Su interlocutora lanzó una carcajada. La idea se le antojaba tan absurda que no dudó en manifestarlo así, acusando al gascón de no decir más que estupideces. Todos los habitantes de la villa condal sabían que existía una profunda desavenencia entre la Inquisición y la Generalitat. La primera era considerada por muchos —a instancias de la Diputació y los tribunales barceloneses— una institución impuesta desde fuera del reino, que atentaba contra los fueros y privilegios locales, por lo que no debería de poseer jurisdicción sobre los vecinos catalanes.

La pugna entre ambos poderes había creado cierta sensación de inmunidad en las calles barcelonesas. Unos meses antes, un jurista de la villa había sido sorprendido en posesión de un libro prohibido. Ese hecho, que en cualquiera de los tribunales castellanos de la Inquisición podría haberlo arrastrado hasta la hoguera, allí se había saldado con la pronta puesta en libertad del infractor. Su única defensa había consistido en argüir que ignoraba que el autor del escrito —nada menos que el propio Lutero— fuera luterano.

—Ese hombre era oriundo de estas tierras —replicó Pierre. Ciertamente, las autoridades locales velaban por los suyos—. Pero ¿vos, o yo? Aquí somos extranjeros, y nos tratarán como a tales. Pensadlo bien. Una acusación de impiedad, una sola. Eso bastaría. Y nadie movería un dedo para ayudarnos.

—Habla por ti, querido mío. —Tanto en el barrio como en la parroquia, el maestro Régnier y su esposa eran considerados personas ejemplares. Todos sus vecinos los tenían por una pareja de moral irreprochable y sincera devoción. Incluso su sacerdote y confesor declararían, llegado el caso, que ambos actuaban como auténticos creyentes.

Los únicos capaces de afirmar lo contrario eran compañeros de oficio, todos ellos de origen francés —o flamenco, en algún caso aislado como el de Adriaan—. Y la Inquisición se mostraba reacia a basarse en los alegatos de testigos extranjeros, quienes resultaban sospechosos por su solo origen, por considerárselos proclives a todo tipo de engaño y falsedad.

—Hubo un tiempo en que no pensabais así, *madame*. ¿Lo habéis olvidado? Por aquel entonces erais más cauta. «Alejandro» bien puede atestiguarlo.

Tal era el nombre que Adriaan había adoptado tras huir de las galeras a las que lo había condenado la Inquisición. A su llegada a Barcelona había

encontrado trabajo en el taller de Régnier. Un tiempo después, el maestro y su esposa habían averiguado la verdadera identidad de su empleado. Movidos por el temor, se dispusieron a despedirlo.

Pero para entonces el flamenco ya gozaba de gran reputación entre sus compañeros de taller, que conocían los detalles de su pasado, y era muy apreciado por todos ellos. Oficiales y aprendices acudieron en bloque a suplicar a la patrona que reconsiderara su decisión.

Entre todos lograron convencerla. Y ella, a su vez, se encargó de persuadir a su esposo. En un primer momento, este puso como condición el que «Alejandro» consiguiera un certificado oficial del Santo Oficio, asegurando que nunca antes se le había penitenciado. Con el tiempo acabó renunciando también a aquella pretensión.

—Hay momentos para la audacia y momentos para la cautela —insistió el gascón. Para bien y para mal, la tenacidad se encontraba entre sus principales rasgos de carácter—. Nadie duda que poseáis la primera. Ahora es momento de mostrar la segunda.

La esposa del maestro Régnier fingió un bostezo.

—Esta conversación comienza a aburrirme. —Volvió a recostarse sobre la cama mientras realizaba un arrumaco invitador—. Vamos, Pierre, deja de gimotear como una mujer y empieza a actuar como un hombre.

El aludido cruzó los brazos sobre el pecho. Portaba bajo el cuello de la camisa un pequeño crucifijo de plata; aquel movimiento le hizo notar su roce consolador.

—Mi deber era advertiros, *madame*, y así lo he hecho. Espero, por vuestro bien, que concedáis a mis palabras el crédito que merecen.

Al ver que el joven se dirigía a la salida, Isabelle comprendió por fin que este la había convocado allí con muy distintas intenciones a las que ella albergaba.

—¡Sí, vete, desgraciado! —le gritó, dando rienda suelta a su rabia—. ¡Ahora lo entiendo! ¡Vete a buscar a otros de tu calaña! ¡Maricón! ¡Sucio chupavergas! ¡Ya me cuidaré de que todos sepan lo que eres en realidad!

Abrió la puerta de la habitación y siguió vociferando mientras él se alejaba. Su furia había cambiado de blanco. Ahora le lanzaba acusaciones aún más

terribles, ante las cuales Pierre se detuvo en seco. El pánico le había atenazado el estómago.

Se forzó a seguir caminando y a fingir, ante el mundo y ante sí mismo, que nada alarmante sucedía. Solo podía rezar por que aquellas palabras no llegasen a oído alguno capaz de entender los juramentos en francés.

Pero las frases de Isabelle siguieron atormentándolo. Las seguiría oyendo mucho tiempo después, llenando los silencios que amenazan el alma en las horas más oscuras.

—¡Nadie me da la espalda así, gascón inmundo! ¡Maldito seas una y mil veces! ¡Si la Inquisición llama a mi puerta, ten por seguro que los llevaré hasta ti! ¡Sea cual sea mi destino, tú estarás ahí para compartirlo!

Cerbero, Argos, Polifemo, Grifo, Minotauro, Esfinge, Medusa. Siete nombres de criaturas monstruosas para otras tantas personas que formaban parte de la vida secreta de Antonio Lozano. Inés sabía que no iba a resultar fácil identificarlas. Se sentiría más que satisfecha si descifraba aunque solo fuese una de ellas; aquello le proporcionaría un punto de partida hacia las restantes.

En la mitología, *Cerbero* era el guardián por excelencia; un feroz perro con tres cabezas que custodiaba las puertas del Hades para impedir que las almas de los difuntos escapasen. En los documentos, el nombre estaba marcado con un anagrama especial, que ella había identificado como «proveedor». Quienquiera que estuviese tras el seudónimo había recibido frecuentes pagos por ese concepto. Muy probablemente se trataba de la persona que suministraba las famosas cartas de juego. Parecía que estuviera relacionado con la *Esfinge* de algún modo.

Relacionado con él en concepto de «acero» se encontraba *Polifemo*, el cíclope o gigante de un solo ojo que mantuvo a Ulises y a sus compañeros encerrados en una cueva con intención de devorarlos.

Otros parecían encerrar misterios de otra índole. Por ejemplo, el *Grifo* que le había proporcionado la clave inicial. Había algo peculiar en aquella referencia concreta; de toda la lista, era la única que no correspondía a un

monstruo con nombre propio, derrotado por un héroe, sino a una criatura genérica. Eran seres mitológicos con la mitad superior del cuerpo en forma de águila y la inferior de león, que solían guardar fabulosos tesoros.

Según se desprendía de los documentos, aquel individuo había comprado algunas barajas marcadas, y después había pedido prestada una buena suma que, por cuanto parecía, no había devuelto. Era el único a quien su difunto esposo había dado dinero en préstamo, como si, por alguna razón, mereciese un trato especial; tal vez este hecho guardase relación con el «fabuloso tesoro» que podía estar custodiando.

Aquellos dos mismos signos —«cabeza» y «receptor»— que ya había visto en *Argos* aparecían también asignados al *Minotauro*. Quienquiera que pudiera identificarse con aquella criatura de cuerpo humano y cabeza de toro encerrada en su laberinto no había tratado con Tonio directamente. Lo había hecho siempre a través de otra figura: la *Esfinge*.

Parecía ocupar un lugar central en aquel complicado entramado. Estaba relacionada, por un lado, con *Cerbero*; por el otro, con *Minotauro* y *Medusa*.

El registro de cuentas apenas revelaba nada sobre ella; a diferencia de los demás, no aparecía asociada a ningún concepto. Tan solo se le mencionaba a deber «I», el número romano equivalente a la unidad. Pero... un ¿qué? Debía de tratarse de una cantidad importante. ¿Un escudo? ¿Un ducado, tal vez? ¡Quisiera Dios que no se tratase de un doblón...!

Aunque quizás aquella cifra no se refiriera a dinero, sino a uno de los fardos de tela que contenían las barajas; o incluso al cargamento completo... Imposible saberlo sin disponer de más datos. Al igual que la criatura mitológica que lo identificaba, quienquiera que se escondiese bajo aquel sobrenombre parecía plantear el enigma más difícil de resolver.

Por su parte, *Medusa* —la Gorgona con cabellos de serpiente cuya mirada era capaz de convertir en piedra a quien la contemplase— estaba asociada a los dos nombres anteriores, de nuevo en concepto de «acero».

Ahora, tras los esfuerzos realizados para conectar aquellos datos, para analizarlos y extraer de ellos algo de sentido, Inés se preguntaba si todo su empeño no había sido en vano. Pues, aunque había encontrado respuestas parciales a aquel cúmulo de acertijos, nunca estaría en posesión de la llave

maestra, la que le permitiría dar el salto hasta la solución definitiva.

La clave faltante era el propio Tonio. Pero él no había permitido a su esposa conocerlo en profundidad, ni acceder a los detalles de su vida más allá del taller, o a los meandros de su alma.

No era la única. Aunque Albertillo y Matilde llevaran más tiempo en la casa, tampoco ellos habían sido capaces de aportar dato alguno que contribuyera al esclarecimiento de aquellas incógnitas. Antonio Lozano había tenido buen cuidado en mantener aquella esfera de su vida oculta a quienes se alojaban bajo su techo.

Una tarde como tantas otras, Albertillo salió a realizar ciertos encargos relacionados con el taller. Pero, contra su costumbre, tardó en regresar a la casa. A medida que el tiempo transcurría y el muchacho seguía sin aparecer, Inés comenzó a inquietarse más y más.

Cuando al fin apareció, el aprendiz traía la expresión de quien acabara de escapar de entre las garras del mismísimo Lucifer. Venía sin aliento, sudoroso y con los ojos dilatados, repletos de espanto e incredulidad.

—¡Señora! —jadeó—. Lo he visto. ¡Lo he recordado!

Según comentó, iba caminando frente el monasterio de Santa Clara cuando se topó con un individuo al que no supo identificar, pero cuyo rostro se le antojó familiar. Al intentar hacer memoria, le vino a la mente una escena que había presenciado muchos meses atrás y que, por alguna razón, había olvidado por completo.

Era noche cerrada, una de esas noches destempladas de comienzos del invierno, cuando llamaron a la puerta principal. El mozo se despertó, sobresaltado por los golpes. Acudió a abrir pero, antes de que alcanzara la puerta, el señor Antonio bajó con gran premura del piso superior y le ordenó que se retirara a la trastienda.

Le oyó discutir con el recién llegado. Ambos parecían encolerizados y, sin embargo, susurraban las razones de su ira como si no desearan que nadie más los escuchara.

La discusión continuó en el mismo cariz; aunque el aprendiz había recibido

orden de dirigirse al interior de la vivienda, el tono amenazador del visitante lo hizo detenerse. Juzgó que sería preferible mantenerse cerca y permanecer atento, por si el amo precisaba de su ayuda. Incluso llegó a atisbar parte de la escena a través de una puerta entreabierta. Al final las dos partes llegaron a un acuerdo y el extraño se marchó de forma tan intempestiva como había llegado.

Con el transcurso de los días y las semanas, Albertillo había ido olvidando lo ocurrido; hasta que hoy, al toparse de bruces con el desconocido, los recuerdos habían regresado con toda nitidez.

Ante la agitación que manifestaba el muchacho, Inés le había ordenado que se dirigiese a la cocina; allí le había hecho tomar asiento y había indicado a Matilde que le sirviera un vino tibio para calmar su inquietud.

—¿Estás seguro de que se trataba del mismo hombre? —le preguntó—. Por cuanto dices, ha pasado mucho tiempo.

—Tan seguro como de que Cristo murió por nuestros pecados, mi señora.

Según parecía, el sujeto en cuestión resultaba bien reconocible. Era un individuo de gran talla y corpulencia, con el ceño arrugado como si albergase siempre una profunda irritación. Además, llevaba ese parche bordado que le tapaba el párpado izquierdo...

—¿Dices que tiene un solo ojo? —le interrumpió con brusquedad la joven señora. Los ojos y las mejillas se le habían encendido, cual si sufriera un repentino acceso de fiebre—. Uno solo, como un cíclope. ¡Por supuesto! Como Polifemo antes del vino y la estaca cegadora. ¡Él es *Polifemo*! ¡Tiene que serlo!

Miró al aprendiz en busca de una respuesta. Albertillo no contestó de inmediato. El sentido de las últimas palabras se le escapaba, aunque era evidente que la patrona estaba ansiosa por recibir una confirmación a lo dicho.

—¡Loados sean los cielos! —exclamó Inés, en una respuesta que al mozo se le antojó casi tan incongruente como la primera—. Y dime: ¿serías capaz de ir en su busca? ¿Lo reconocerías, si volvieras a verlo?

El muchacho titubeó. En honor a la verdad, se sentía acorralado en una posición de lo más incómoda. Sabía que si mentía habría de arrepentirse; y

que habría de arrepentirse si decía la verdad.

Al final, optó por esto último.

—Más que eso, mi señora. Lo he estado siguiendo. Sé quién es y dónde encontrarlo.

## VII

—Escuchadme los dos. He tomado una decisión.

Inés pronunció aquellas palabras con una seguridad que estaba lejos de sentir. Albertillo y Matilde la miraban expectantes, pendientes de sus palabras. En los rostros de ambos se leía la ansiedad. También ella sentía dudas e inquietud en el corazón, pero no podía manifestarlas. Estaba obligada a mostrar firmeza.

No le había resultado fácil zanjar la cuestión, bien sabía Dios que no. Pero ya había esperado demasiado, y no podía permitirse más tiempo. Aquellos naipes comprometedores debían abandonar la casa cuanto antes. Cada día, cada hora de demora añadía un riesgo terrible. Y aquella amenaza le lastraba el ánimo con un peso cada vez más difícil de soportar.

Mil veces había estado a punto de poner fin a aquello destruyendo el cargamento al completo. Pero algo la detenía. ¿Y si los hados se lo habían entregado por alguna razón? ¿Y si había algún designio divino, un papel que ella estaba destinada a cumplir?

Sentía que los cielos la estaban sometiendo a una dura prueba; e ignoraba si habría de salir o no airosa de ella. Había albergado la esperanza de que aquellas pistas que la Providencia había puesto a su alcance la condujeran al buen camino; que debía seguirlas y, al desentrañarlas, se haría la luz. Ahora sabía que no era así. Albertillo había vuelto con una respuesta. Y aquello no había hecho sino crearle un nuevo dilema.

Había comprendido, al fin, que la duda nunca la abandonaría. Todos, varones y mujeres, niños y ancianos, hemos de improvisar el papel que se nos ha asignado en el gran teatro de la existencia. Solo el tiempo y la voluntad divina nos permitirán saber si hemos errado o acertado en nuestras

decisiones. Hasta entonces, todos caminamos a ciegas.

—He tomado una decisión —repitió. Sentía, de forma incongruente, que la reiteración le infundía mayor autoridad—. Dicen las crónicas que Vilhán inventó los naipes como lícito ejercicio. Y, como tal, ha de practicarse.

Pues, añadió, los juegos de cartas fueron concebidos al inicio para recreación del ánimo, dándole consuelo frente al cansancio y los cuidados de la vida. Había quienes se entregaban a ellos con honrados pensamientos, sin otro fin que el de bien emplear el tiempo libre que el Señor ha concedido a los hombres como alivio a sus trabajos.

—Gran perjuicio sería privar a estas personas de tan honestos pasatiempos —concluyó, depositando las manos sobre el arcón cerrado. Había dejado en su interior todos aquellos fardos que contenían barajas *iguales*, ya fuesen nacionales o extranjeras—. Mas están aquellos otros que han transformado el juego en vil costumbre, sacándolo de su curso para convertirlo en maldad, infamia y hurto; bellacos que se complacen en engañar a los hombres bienintencionados e incautos, trayendo sobre ellos la ruina e incluso la deshonra.

Así diciendo, señaló los naipes *hechos*, que había dejado a sus pies, sobre la alfombra. Todos ellos, dijo, habrían de ser destruidos. No estaba dispuesta a convertirse en cómplice de los truhanes y estafadores que, sin duda, usarían aquellas cartas marcadas con los fines más ruines y deshonestos.

—Lo haremos de modo que no despierte sospechas —les aseguró—. Como sabéis, se acerca el inicio del curso. Pronto los estudiantes comenzarán a hacer sus pedidos de libros y material de escribir. Es tiempo de fabricar tinta, como cada año por estas fechas.

El taller de Antonio Lozano no solo elaboraba la tinta que vendían en la tienda, sino también la que se usaba en la imprenta del maestro Gracián. El proceso solía realizarse fuera de la ciudad, en campo abierto; pues requería hervir durante largo tiempo el barniz a base de aceite de linaza, lo que provocaba vapores nocivos y conllevaba un elevado riesgo de incendio, que resultaría devastador de producirse en un negocio repleto de material fácilmente combustible.

—Mañana saldremos los tres de la villa con ese fin. Y, llegados a un lugar

apartado, lejos de ojos indiscretos, aprovecharemos el fuego para hacer desaparecer todo rastro de esas viles cartas, de una vez para siempre. Pues, si bien puede sacarse un alto precio por ellas, será dinero robado a una pobre alma desprevenida.

En cuanto a las restantes, estaría dispuesta a negociar su venta si se ponían en circulación de forma lícita, aunque eso implicaba una notable reducción de las ganancias y el pago de los impuestos debidos a la obtención del sello oficial.

—Pero ¿cómo pensáis hacerlo, mi señora? —objetó el aprendiz—. ¿Dónde encontraremos a quien pueda encargarse de ese negocio sin levantar sospechas?

La joven patrona tomó aire, antes de responder:

—Para eso, muchacho, no nos queda otro remedio que acudir a tu cíclope.

Se llamaba Joaquín de la Hoz, aunque para Inés seguía siendo el *Polifemo* de los archivos de Tonio. Casi parecía inapropiado que fuese un vulgar hombre de carne y hueso, sin rastro del halo que rodea los misterios y las criaturas asociadas a ellos.

El cíclope de la *Odisea* era una criatura atroz y sanguinaria, entregada a sus instintos. En cuanto al individuo de carne y hueso... Albertillo no las tenía todas consigo. Por de pronto, se notaba a la legua que distaba de ser un tipo apacible.

—¿Veis el parche que lleva? —le habían dicho en el curso de sus averiguaciones—. Le reventaron el ojo de una cuchillada. Pues haceos a la cuenta de que ha recibido una, pero ha dado al menos veinte como esa.

No era, por cierto, un personaje con el que el muchacho quisiera tener tratos. Pero la señora Inés había insistido en lo contrario. Y eso que él había probado a disuadirla con todos los argumentos a su alcance. Finalmente, agotado su repertorio de reparos, había preguntado:

—Pero, mi señora, ¿estáis convencida de que es este el hombre que buscamos?

—Lo estaré después de que hables con él. Pero, por si acaso, Albertillo, has

de ser cauto.

Pues, si por azar el tal Joaquín de la Hoz resultaba no ser el dichoso *Polifemo* de los papeles del señor Antonio, el negocio pintaba mal para los implicados. Una sola mención al tráfico ilegal de barajas podía bastar para que todos acabasen en manos de la Justicia.

—Así se hará. Indagaré y mantendré ocultas mis cartas, como quien dice —replicó el zagal.

Había recurrido al humor en un vano intento de aparentar tranquilidad, pues ninguna de las perspectivas a la vista contribuía a sosegarlo. Probó a sacar ánimos de la convicción que transmitían los ojos de Inés.

—En asuntos como este, conviene actuar con discreción —continuó ella—. Puede que el hombre finja que no te comprende, sobre todo si está en compañía de otros. Así pues, has de dirigirte a él con sutileza, de forma que tus palabras le lleguen sin que sean entendidas por los demás.

Al mozo, aquella se le antojaba tarea harto difícil. Hubiera querido confortar a su patrona y asegurarle que no había de qué preocuparse; pero difícilmente podía hacerlo así cuando él mismo era presa del mayor desasosiego.

—Hablarle con sutileza, sí —repitió—. ¿Y cómo haré eso, mi señora?

—Presta atención. Repite exactamente el mensaje que te daré a continuación. Si es nuestro hombre, sabrá a qué te refieres.

Mientras caminaba hacia su destino, Albertillo iba repitiendo en silencio aquellas frases salvadoras, con el fervor del creyente que recita una letanía. Necesitaba convencerse de que aquellas palabras los salvarían a todos del desastre; pues algo en su fuero interno le aseguraba que su señora estaba cometiendo un error; un enorme, tremendo, catastrófico error.

—¡¡Agua vaaaaa!!

El aviso le permitió reaccionar justo a tiempo para evitar que el contenido de un orinal le lloviera sobre la cabeza. Al levantar la vista hacia la ventana de la que provenía el grito descubrió algo que le llenó de espanto.

Sobre su cabeza una bandada de grajos surcaba el aire, lanzando bruscos

graznidos. Comprobó, horrorizado, que volaban hacia la izquierda.

Aquel era signo evidente de mal agüero. Se detuvo. Hasta los cielos le desaconsejaban seguir adelante con aquella locura. ¿Qué necio se negaría a escucharlos?

Lo mejor sería volver, fingir que no había encontrado al maldito *Polifemo*; o, mejor aún, que el susodicho Joaquín de la Hoz no había comprendido el mensaje, prueba de que no se trataba del individuo que buscaban. Unos pocos embustes bastarían para mantenerlos a salvo a todos. Estaría atentando contra el octavo mandamiento, cierto; pero, al fin y al cabo, se trataba de un pecado menor, y podría borrar la culpa en su siguiente confesión.

Entonces pensó en la señora Inés, en el modo en que ella lo había tratado desde su llegada a la casa. No podía regresar ante ella con un puñado de mentiras. El Señor era misericordioso, Él lo absolvería por engañarla; pero Albertillo no podría perdonárselo a sí mismo con igual facilidad.

Reprimió una maldición. Y, con la conciencia alta y la cabeza gacha, prosiguió su camino.

Se decía en los mentideros que Joaquín de la Hoz frecuentaba cierta mancebía sita en la calle de las Damas. Si alguien lo buscaba, resultaba harto probable que lo encontrase allí.

Antes de entrar en la calle, Albertillo comprobó el cuchillo y la bolsa. Caía la tarde, y era la hora preferida por muchos para acudir a sacudirse del cuerpo las fatigas de la jornada. En el lugar reinaba una algarabía similar a la de la plaza del mercado en día de feria: mendigos apostados a las esquinas de los establecimientos, mujeres que requerían a los viandantes desde los balcones, individuos que ofrecían los servicios de sus hembras, churrianes y clientes que discutían a la puerta de los garitos...

Hubiera querido apresurar la marcha, pero hubo de contentarse con abrirse un paso lento y trabajoso entre el gentío. No circulaban carrozas, caballos ni sillas de mano, solo transeúntes; señal de que no acudían allí personas principales. De vez en cuando se distinguía entre los viandantes a alguno con traza de valentón, espadachín o forajido; el tipo de gente a la que evitaría

cualquier persona de bien, y con los que aun los propios alguaciles de la villa preferirían no toparse.

Joaquín de la Hoz se contaba entre aquellos. El mozo lo encontró en el lugar que le habían indicado, a la entrada de uno de los locales. No estaba solo. Lo acompañaban otros dos individuos de similar catadura. Los tres discutían a grandes voces, cual si en cualquier momento fueran a sacar las hojas para apuñalarse las entrañas.

Albertillo se mantuvo a distancia, observando la escena con espanto. Ningún otro viandante parecía prestar atención a la disputa, como si todos estuvieran acostumbrados a altercados semejantes. Pasado un rato, uno de ellos dio la espalda a los otros y se alejó con pasos furiosos, propinando algún que otro empujón a los incautos que no se apartaban por propia voluntad de su camino.

Había llegado el momento de acercarse. Pero el zagal no acertaba a moverse. El pavor lo había dejado petrificado. Comprobó que *Polifemo* y su acompañante se despedían, dispuestos a separarse para tomar cada uno su camino. Era ahora o nunca.

Se encomendó a los santos Justo y Pastor antes de dirigirse hacia el lugar, arrastrando las piernas como en una pesadilla. Cuando se detuvo ante ellos, los dos hampones no se dignaron siquiera a dirigirle una mirada.

—Si es vuestra merced Joaquín de la Hoz —balbuceó— sepa que traigo un mensaje de parte de mi señor Antonio Lozano... quiero decir, de su viuda, mi señora.

El aludido bajó la vista hacia él. En su ojo se concentraba toda la furia de los elementos.

—Quiere tratar con vos cierto negocio. Dice... —Albertillo se detuvo en seco. Comprobó horrorizado que, en su estado de turbación, había olvidado las frases que Inés le había encargado transmitir, pese a haberlas repetido hasta la saciedad a lo largo del camino—. Ella dijo... que... que vos sabríais entender de qué se trata.

El segundo matachín soltó una risotada.

—¿Quién es la jaca, una de tus furcias? No me digas que ahora te ha dado por enseñarles el juego de la viudita...

El aludido ignoró la observación.

—¡Cierra el pico, majadero! ¿No ves que el zascandil solo intenta sacarse unas blancas? ¡Prueba a embaucar a otro, mequetrefe! No conozco a ningún mandria llamado Antonio Lozano, ni he tenido jamás tratos con él.

Así diciendo, apartó al aprendiz de un empujón y arrancó a andar, contoneándose como si fuera el dueño del lugar. Tras recuperar el equilibrio, Albertillo se apresuró a alcanzarlo. La cabeza le daba vueltas, angustiada, en un vano intento de recuperar las frases que debía pronunciar. Solo era capaz de recordar que se trataba de un juego de palabras que guardaba relación con palos de la baraja.

—Pero habéis de saber a qué me refiero —exclamó; e, incapaz de decir nada más, lanzó a la desesperada—. Oros, copas, espad...

No pudo terminar. Un golpe brutal le hizo perder la respiración. *Polifemo* lo había arrojado contra una pared y lo mantenía apretado contra ella, estrujándole la garganta con la mano diestra.

Albertillo tragó aire con gran dificultad. Cada bocanada le abrasaba la garganta.

—Los de mi difunto señor... —Pronunciaba cada palabra como si fuese la última—. Por Dios, hablad con ella... Os dará cuenta de todo.

—Te aconsejo que lo hagas tú. ¡Ahora! ¡Y más vale que me guste lo que oigo!

El mozo había perdido toda capacidad de organizar un discurso. De su boca salieron frases a borbotones, sin orden ni concierto. El arcón... los fardos marcados... un cargamento entero... grandes ganancias...

La pupila de Joaquín de la Hoz estaba fija sobre él. Vio el brillo de la codicia en aquel ojo demoníaco.

Albertillo se maldijo a sí mismo una y mil veces. Todo lo ocurrido era culpa suya; peor aún: también lo sería lo que estaba por venir. Y no podía tratarse de nada bueno, por Dios que no. Hasta el momento, las cosas no habían salido precisamente a salir de boca. Pero todavía podían agravarse más. Y estaba seguro de que lo harían.

Él era el responsable de todo. Había localizado a aquel demonio de Joaquín de la Hoz. Se había conducido con él del peor modo posible, revelando secretos que hubiera debido guardar, y accediendo a condiciones inaceptables. Había convertido una situación ya desfavorable en algo nefasto y desastroso.

Necesitaba hacer algo para remediar la situación. Su señora Inés se había equivocado al confiar en él para un asunto tan delicado. No era más que un cobarde, un cretino, un porro, un completo inútil. Ahora ella se encontraba en un gravísimo aprieto; y él debía encontrar el modo de protegerla.

Pero ¿cómo? El tiempo se acababa. Pronto anochecería. Y entonces...

—¿Qué ocurre, muchacho? Tienes mal aspecto.

El mozo miró frente a sí. La inquietud lo había absorbido por completo, hasta el punto de arrastrarlo muy lejos de allí; lejos de la tienda y del cliente que ahora lo estudiaba con atención, inclinado sobre el mostrador.

Este no era otro que Pierre Arbús. Llevaba ya una temporada acudiendo al negocio con la excusa de proporcionar al aprendiz ciertos materiales, los mismos que este requiriera en su día al individuo del sombrero rojo. La primera entrega había consistido en un trozo de piel para tapas y lomo de un libro; después, papel verjurado con filigrana de un racimo de uvas, para guardas y hojas de respeto; luego, esquineras de latón; broches del mismo material; tiras de piel e hilo de lino blanco para cabezadas, nervios y refuerzos...

En cada una de esas visitas el gascón había conversado largo rato con el aprendiz; lo que, unido al secreto con que este llevaba a cabo las transacciones, había creado entre ambos cierta complicidad. Si Pierre había iniciado aquel negocio por puro interés personal, ahora admitía que también le resultaba muy grato charlar con el muchacho. Y este parecía ser de la misma opinión.

—No es nada —respondió el mozo, tratando de ocultar su azoramiento—. Solo pensaba en... una cosa. No tiene la menor importancia.

—Tu cara dice lo contrario. A fe mía, que tienes aspecto de cargar con una gran preocupación.

—No es nada, en serio —repitió el aludido, en tono tan poco convincente

como la primera vez—. Ya sabéis lo que se dice: en este mundo nuestro todo tiene solución, excepto la llegada de la Cierta.

—Pues parece que esperaras encontrártela a la vuelta de la esquina.

El zagal se puso rígido ante el comentario. Resultaba obvio que ocultaba algo; un asunto de gravedad, a juzgar por su reacción. Solo así se explicaba el que realmente temiese que la muerte lo acechara al salir a la calle.

Pierre estaba decidido a insistir. Había comenzado a cultivar tratos con el aprendiz en la esperanza de que él pudiese conducirlo hacia su joven señora. Al fin había atisbado el resquicio que, con suerte, le permitiría avanzar en la dirección deseada; si jugaba bien sus cartas, tal vez se le ofrecería la ocasión de aprovecharlo.

—Déjame decirte algo, muchacho. No sé qué intentas ocultar, pero tu cara me sugiere que se trata de algo serio. En tales casos, nunca está de más buscar la opinión de una persona avisada. Quizá tu patrona pueda ayudarte.

Albertillo sintió el regusto amargo de la ironía. En cualquier otra circunstancia no había dudado en acudir a pedir consejo a la señora Inés. Pero en la situación actual ella era la menos indicada.

Su interlocutor, sin embargo, tenía razón. En aquella tesitura, le sería de gran utilidad otro punto de vista... siempre que proviniese de la persona adecuada. Nunca antes le había parecido tan acertado el dicho que rezaba: «Quien no oye consejo, no llega a viejo.»

Su opinión sobre el particular podría resultar de gran ayuda. Pero el mozo debía plantearle el caso con todas las reservas necesarias para no traicionar el secreto que había prometido guardar.

—Mi señora Inés atesora cien virtudes, ¿sabéis? Líbrenme los cielos de reprocharle nada. Pero...

Quedó atorado, sin saber cómo continuar. Tras no pocos titubeos, optó por cambiar la perspectiva de su discurso.

—Suponed... suponed que vuestro patrón toma una decisión y vos sabéis, tan cierto como hay Dios, que habrá de redundar en gran perjuicio suyo; en el más terrible perjuicio que imaginarse pueda.

El francés lo escuchaba con suma atención. Al comprobar que su interlocutor callaba, intervino:

—Ya veo. ¿Has probado a decírselo así?

—Sí, señor Pierres, lo he hecho. Pero no me escuchó. Y sé que ahora camina directa al desastre.

El gascón asintió. Parecía estar meditando el alcance de aquellas palabras.

—En tal caso, muchacho, no hay mucho más que puedas hacer; excepto estar a su lado por si el desastre que temes llega a producirse.

—Si así fuera, no creo que pudiera resultarle de gran ayuda —fue la respuesta de Albertillo.

Le resultaba doloroso reconocer, ante sí mismo y antes los demás, que no se bastaba por sí solo para proteger a su patrona. La escena vivida junto a *Polifemo* así lo demostraba. Aún temblaba al recordarla. Y ahora su señora Inés iba a enfrentarse a aquel demonio cara a cara, por las calles desiertas en la oscuridad de la noche. Acudiría ante aquel monstruo sin amparo alguno. Todo por haber confiado en un aprendiz incapaz y pusilánime que no había sabido protegerla como ella se merecía.

—Siendo así las cosas, imagino que te vendría bien contar con algo de ayuda extra —replicó el francés—. Asumiendo, por supuesto, que estés dispuesto a pedirla.

En el mundo existen personas dadivosas, prontas a tender su mano, y otras siempre dispuestas a solicitar el favor del prójimo. Pierre no pertenecía ni a las unas ni a las otras. No se apresuraba a ofrecer ayuda; pero le resultaba aún más difícil aceptar la ajena.

Tres años atrás había intentado prestar un servicio a su antiguo maestro y alertarle sobre los rumores que corrían acerca de él. Después había probado a hacer lo mismo con su esposa. Y había acabado pagándolo caro.

Sabía que Isabelle Régnier era mujer pródiga en insultos y amenazas. Intentó refugiarse en este pensamiento para alejar el temor que le provocaba el último ataque que ella le había lanzado:

«¡Si la Inquisición llama a mi puerta, ten por seguro que los llevaré hasta ti! ¡Sea cual sea mi destino, tú estarás ahí para compartirlo!»

Y la Inquisición llamó. No pasó mucho tiempo antes de que sus engranajes

se pusieran en marcha, decididos, firmes, fríos e implacables.

El proceso había comenzado con la detención del fundidor lionés Benoît Doucet, el mismo que, pocas semanas antes, había alertado al mayor de los hermanos Arbús sobre la dudosa reputación del maestro Régnier. Lo habían sorprendido en posesión de un título prohibido, favorable a las doctrinas luteranas.

Un libro. Esa era la mecha que había prendido todo el polvorín. Un solo ejemplar había cambiado numerosos destinos. En opinión de los inquisidores, los libros representaban uno de los mayores soportes de la fe y, por la misma razón, uno de sus peores enemigos. Ellos solos se bastaban para salvar un alma o para condenarla.

Para lo primero era imprescindible que cada frase, cada idea respondiese a la más estricta ortodoxia. En caso contrario, atentaba contra la moral de los buenos súbditos y los buenos creyentes, lo cual justificaba la condena del ejemplar y de su dueño. Con el Santo Oficio como guardián de la palabra escrita, un libro podía preservar vidas... o destruirlas.

Para mostrar ante el tribunal su disposición a colaborar, Doucet se había lanzado a denunciar a otros compañeros de oficio que también albergaban simpatías por la «nueva religión». Probablemente esperaba obtener a cambio una reducción de condena. La magnanimidad de sus jueces había llegado al extremo de sentenciarlo a vivir encadenado durante tres años al remo de una galera.

—¡Tiene veintiséis años, cielo santo! —había comentado a Pierre su compañero de prensa en casa del maestro Bornat, el día que recibieron la noticia—. Si sale vivo de allí, habrá envejecido al menos quince o veinte. ¿Te imaginas?

—Hay cosas peores que un cuerpo maltratado —le había respondido el gascón—. Tres años en galeras no solo destruyen la carne, sino también el espíritu.

Recordaba el caso de Adriaan. Su amigo flamenco había preferido la huida —con el riesgo de enfrentarse a una pena mayor en caso de ser descubierto— en lugar de resignarse a pasar cuatro años al remo.

Aunque hablaban en voz baja, la conversación había llegado a oídos del

patrono que, enfurecido, les había mandado callar.

—No toleraré discursos semejantes en mi casa —les reprendió—. Veintiséis o cincuenta, tanto da. La Inquisición vela por la pureza de la fe. Localiza a las ovejas descarriadas y las reconduce al redil del Buen Pastor, por la salvación de sus almas y la protección de las de los fieles creyentes. En lugar de llenarla de reproches, mejor haríais en no obrar de modo que pueda merecer su condena.

La detención de Benoît Doucet no había supuesto más que el principio. Entre los acusados por él se encontraba el parisino Guillaume Herlin. Era hombre ya entrado en la cuarentena, de baja estatura y cabellos pelirrojos, con carácter vengativo, irascible y violento. No contaba con amigos en el gremio: algunos lo temían; los más lo detestaban. Sus palabras y sus actos destilaban odio hacia el universo en pleno y estaban emponzoñados en el veneno del rencor.

Enseguida, como una araña insaciable, el parisino comenzó a tejer a su alrededor una tupida y vasta red de delaciones que hicieron cundir el pánico en todas las ramas del oficio: maestros tipógrafos, oficiales, aprendices, fundidores, incluso encuadernadores y libreros... todos quedaron expuestos a la mirada escrutadora del Santo Oficio y a merced de sus pavorosas normas de actuación: sus requisiciones forzadas, sus terribles cárceles y sus tribunales secretos.

Herlin había nacido en Francia, aunque había comenzado a emplearse como impresor en Ginebra y Amberes, dos de los principales centros europeos asociados a la reforma calvinista. Allí había adquirido aquellas creencias que en España podían pagarse al precio de la propia vida. Luego había emigrado al sur de los Pirineos, siendo aún joven, por lo que llevaba muchos años trabajando en estos reinos, primero en la Corona de Aragón y después en la de Castilla.

Tanto Barcelona como Alcalá de Henares —lugar este en el que había desarrollado la mayor parte de su carrera— fueron duramente castigados con numerosísimas detenciones y posteriores condenas por parte de la justicia inquisitorial toledana. En el plazo de dos años se habían sucedido cinco autos de fe, siete condenas a la hoguera y muchas más al infierno en vida que eran

las galeras del rey.

Aunque Herlin contaba con numerosos enemigos —unos reales y otros, fruto de su imaginación—, algunos de ellos le inspiraban una inquina especial. Entre estos se encontraba el matrimonio Régnier.

La aversión era mutua. Nueve años antes, cuando el parisino llegó a Barcelona, acudió a alquilar una habitación en casa de aquellos. Venía acompañado de una mujer a la que presentó como su esposa. Pero, unos meses más tarde, Isabelle descubrió que, en realidad, se trataba de una mujer casada a la que Guillaume había seducido en Zaragoza, apartándola de su marido; para empeorar aún más las cosas, resultaba que el propio Herlin tenía una mujer legítima, a la que había abandonado en algún lugar de Castilla.

Indignada, Isabelle convenció a su esposo para expulsar de casa a aquel miserable, acusándolo de haber traído el deshonor bajo su techo.

—¿Cómo os atrevéis a juzgarme, gusano cobarde, cuando soy hombre mucho más honorable que vos? —gritó en su cara el bígamo. Para demostrarlo, sacó su espada, dispuesto a batirse en liza con su hospedador; pero este le dio la espalda y, regresando a la vivienda, cerró la puerta tras de sí.

Desde aquel día, las acusaciones mutuas no habían hecho sino ir en aumento, hasta el punto de llegar a insultos que amenazaban arrastrar a unos y otros por el lodo de la pública deshonor. Isabelle, con su acostumbrada insolencia, trataba a su antiguo inquilino de «judas», «embustero», «rata sin honor» y «vil canalla». Tampoco él se andaba con sutilezas; tildaba al componedor Régnier de «cabestro» o «eunuco sin redaños»; y a su esposa, de «perra hipócrita», «zorra embaucadora» y «sucia ramera babilonia».

Los motivos de querrela no acababan ahí. Guillaume Herlin participaría después en el hurto que Claudi Bornat perpetrara contra su colega Jaume Cortey, al sustraerle varias libras de la letra tipográfica que este último le prestara de buena fe. El parisino había sido uno de los dos empleados de Bornat encargados de la transacción; y Régnier, asumiendo la defensa de su patrono, no había dudado en responsabilizarlo de la estafa, junto al maestro para el que trabajaba.

De modo que, cuando Herlin se vio en las celdas del Santo Oficio, le faltó

tiempo para denunciar al matrimonio en cuya vivienda se había alojado tiempo atrás. Allí había sido testigo de las mismas ideas y prácticas heréticas que él profesaba, expresadas a través de las críticas del marido y de la irreverencia de la esposa. Así pues, la Inquisición los había apresado a ambos. Fueron sometidos a sendos procesos que culminaron con la condena a galeras del maestro Régnier y la quema en la hoguera de Isabelle.

Cuando supo de la detención de sus antiguos patronos, Pierre Arbús se dio por perdido. Durante meses vivió en el temor de que cada nueva jornada sería su último día de libertad, de que hoy la justicia inquisitorial vendría a prenderlo para conducirlo a Toledo. El miedo dominaba su vida, en el trabajo y el descanso, en el sueño y la vigilia.

Con el inicio de las pesquisas, muchos compañeros de profesión habían huido a sus respectivos países; otro se habían mudado de villa y cambiado de nombre, en un intento de esquivar así el rastreo del Santo Oficio.

Uno de ellos era Étienne Carrier, un tirador originario de un pueblo cercano a Lyon. En el pasado, él, Pierre y el flamenco Adriaan de Alkmaart habían formado un grupo bien conocido en el taller del maestro Régnier. Por las noches los tres salían juntos de la casa-imprensa para explorar los rincones de la villa condal. Muchas veces volvían con secretos que preferían no revelar ante el resto de los compañeros. Así lo hicieron durante largo tiempo, hasta que Adriaan abandonó Barcelona para mudarse a Alcalá de Henares.

Arbús y Carrier mantuvieron el vínculo. No solo trabajaron ambos en el taller del maestro Régnier; también lo abandonaron juntos en favor de Bornat. Entre los dos se había forjado una amistad sincera y profunda, fortalecida por las muchas jornadas, fatigas, experiencias y confesiones compartidas.

—Me marchó, hermano —dijo Étienne una tarde. Dos días antes habían oído el rumor de que Herlin estaba bajo la custodia de la Inquisición—. No dejaré que me encuentren. Iré a Zaragoza y cambiaré de nombre. No podrán rastrearne hasta allí.

Tenía buenas razones para temer. No solo había traído de Francia sus simpatías por la fe de los hugonotes, sino que, además, había dejado a una esposa allí para después casarse por segunda vez en España. No solo era

culpable de albergar creencias heréticas, sino también de bigamia; dos crímenes horrendos a los ojos de cualquier tribunal inquisitorial.

—¿Por qué piensas que en Zaragoza estarás a salvo? —le había preguntado el gascón—. Allí descubrieron a Adriaan. ¿No lo recuerdas?

—A mí no me encontrarán. —Su amigo le puso las manos sobre los hombros—. Harías bien en venir conmigo. Piénsalo. ¿Qué te retiene aquí?

—Mucho. Lo sabes tan bien como yo. —Allí estaba su hermano, el único pariente al que seguía considerando como miembro de la familia; y el trabajo que daba sentido a su vida—. Aquí he encontrado todo lo que buscaba. No soy como tú, amigo mío.

Los dos se despidieron sin muchas palabras. No eran bienvenidas, ni tampoco necesarias.

Así pues, Pierre había optado por permanecer en su lugar. Había luchado arduamente para llegar adonde estaba. Abandonarlo todo significaba volver a las penurias y la incertidumbre de una vida errante, con la miseria acechando en cada recodo del camino.

No. Se quedaría y pelearía. De ser necesario, demostraría ante el tribunal que él nunca se había apartado de la recta senda, que sus creencias eran sinceras y profundas. Se había educado en la doctrina católica, y por ella gobernaba su existencia. En el pasado incluso había esgrimido la espada para defenderla frente a la herejía.

Aunque, como creyente y como antiguo soldado, sabía de antemano que esta sería una batalla desigual: la de un hombre solo y desorientado contra un ejército poderoso. Él nunca se había apartado de la fe; pero había vivido largo tiempo en la casa de Pierre e Isabelle Régnier. Si el tribunal los encontraba culpables de herejía, podría considerar que, por el frecuente trato mantenido con ellos, era inverosímil que el gascón no hubiese quedado contaminado por el contagioso miasma del luteranismo.

Otros colegas habían tomado la misma decisión. Al igual que él, permanecieron en sus trabajos y sus casas, a la espera. Muchos de ellos iban siendo incriminados y arrestados. Pierre pasó mucho tiempo aguardando a que llegase su hora. No podía apartar de su mente la promesa de Isabelle. Semana a semana, mes a mes, los compañeros con los que compartía trabajo,

comida y lecho iban cambiando; el miedo permanecía.

Y aquella tarde había tenido ante sí a Albertillo, y había distinguido en la expresión y el tono del muchacho la huella de ese lastre que tan bien conocía. El zagal estaba aterrado; tanto como solo puede estarlo quien sospecha que, en breve, tal vez haya de enfrentarse a algo que le arrebatará su vida para siempre.

Pero, incluso en tal tesitura, el aprendiz se había tomado su tiempo para sopesar el ofrecimiento de Arbús. Al cabo, hizo un gesto que podría pasar por una rendición.

—¿Tenéis espada? —musitó.

—Sí, por cierto.

El mozo estuvo a punto de inquirir si sabía utilizarla; pero recordó que hablaba con un hombre que había combatido como soldado, por lo que tal pregunta constituiría para él un insulto.

—¿Y estaríais dispuesto a salir con ella a la calle... digamos... esta noche?

—¿En plena noche? Vive Dios, que no sé si tomarte por insensato o por loco. Sin duda sabes que es cosa prohibida portar el acero tras la queda. ¿Intentas que acabe en la cárcel, cargado de grilletes?

Incapaz de sostener la mirada de su interlocutor, el muchacho apartó la vista.

—Tenéis muy gran razón, mi señor Pierres. Es locura y es desatino. Por eso os pregunto si estáis dispuesto a hacerlo.

## VIII

Dicen los hombres de bien que, en la noche cerrada, los demonios pueblan las calles. Mientras los buenos cristianos reposan en sus casas, recuperándose de las fatigas de la jornada, los seres maléficos pululan en la oscuridad para poseer a aquellos tan insensatos como para aventurarse a salir a su encuentro.

—¡Virgen Santísima! —exclamó Matilde, escandalizada, mientras preparaba el farol—. ¿De veras piensa mi señora salir a estas horas? Ahí fuera solo hay lugar para malignidad, vicios y pecados. Las buenas almas no debieran provocar así a las criaturas de las tinieblas.

—A fe mía, que no te falta razón —le replicó Albertillo, aprovechando que la patrona no podía oírlos—. Así que mantente en vela y reza por nosotros. Por Cristo, que vamos a necesitarlo.

Inés bajó del piso superior con pasos quedos. Había cambiado sus ropas de luto por otras de faena, tomadas prestadas a la moza.

—¿A qué vienen esas caras? —preguntó al sorprender a los dos en conciliábulo—. Recordad que los cielos ayudan a quien obra con buen propósito, y nosotros lo hacemos con las más honestas intenciones.

Indicó a Matilde que abriera la puerta y, tras envolverse cuerpo, cabeza y rostro en el manto, salió a la calle a guisa de tapada. El aprendiz la siguió, portando el farol y con el sombrero calado. Antes de subirse el embozo, aprovechó para persignarse tres veces, y luego una cuarta. Se le antojaba que aun cincuenta cruces seguirían siendo insuficientes.

Al filo de la medianoche la villa de Alcalá ofrecía un aspecto espectral. Bajo el reflejo de una luna mortecina, revelaba un alma abatida y

desamparada. En nada se asemejaba a la urbe radiante, bullente de vida, que los vecinos recorrían a plena luz del sol. Ahora recordaba más a un laberinto de pasajes lóbregos, de casas abandonadas a su suerte, habitadas solo por fantasmas.

—¡Escúchame bien, renacuajo! ¡Grábate mis palabras como si fueran el paternóster! —había exigido Joaquín de la Hoz, sin aflojar la presa que mantenía sobre Albertillo—. Antes de nada, tu ama necesitará probarme que habla en serio. ¿Lo entiendes? Que acuda al san Cristóbal que hay frente a la Tapia, doblando por la calle de las Ánimas, cuando las campanas de San Justo den la medianoche. —Solo entonces lo liberó. Después se limpió las manos en el sayo del zagal, con el gesto de quien acaba de tocar algo repugnante—. Allí veremos si tiene lo que hay que tener. Espero, por su bien, que no sea una de esas zorras remilgadas y sí de las que saben apencar. Que sepa que este no es oficio de sedas ni encajes de Holanda, ¡voto a Cristo! Aquí hay que ser capaz de remangarse y echarse la carga sobre los hombros.

El lugar en cuestión se encontraba en el extremo opuesto de la villa. Hubieron de recorrer un camino largo, lento y penoso, bajo el constante temor a toparse con cualquiera de los peligros que amenazaban las calles a aquellas horas de pesadilla: rufianes, ladrones de acero rápido, borrachos con genio violento, malhechores de toda calaña... o los despiadados corchetes de la ronda.

Iban con el alma en vilo, la urgencia en el estómago y el corazón castigando el pecho y martilleando los oídos. Llegaron al sitio indicado tan deshechos como si hubiesen recorrido cinco leguas entre cerros y malezas. La Providencia les había permitido atravesar el entramado de callejas y callejones sin sufrir ningún encuentro desagradable.

La susodicha calle de las Ánimas desembocaba en la puerta de Santa Ana, lugar poco propicio para encuentros clandestinos. Pero, doblando desde allí y siguiendo el recorrido de la antigua muralla, se entraba en una especie de pasadizo angosto que enseguida se ocultaba a la vista de cualquier vigía cercano. En aquella zona, el lienzo original de la muralla se había desmoronado siglos antes, y había sido sustituido por un muro liso de menor altura, sin rastro de almenas ni elementos defensivos, al que los naturales de

la villa denominaban «la Tapia».

Allí un vecino había construido, junto a la puerta de su caserón, una hornacina consagrada a san Cristóbal. Sobre la misma velaba una luz que arrojaba un resplandor suave y reconfortante.

—Aquí no necesitaremos esto. —Inés señaló el farol que portaba el aprendiz, el cual se apresuró a soplar la vela—. Al menos así evitaremos llamar la atención.

A una indicación de su señora, el zagal comenzó a buscar al odioso *Polifemo* por los alrededores. No había ni rastro de él.

—No... no entiendo —balbució, azorado. En su voz había un tono de angustia—. No es posible, mi señora. Os aseguro, él me dijo...

Inés se arrebujo en su manto, no menos nerviosa que él.

—En tal caso, esperaremos. El negocio le interesa aún más que a nosotros. Vendrá.

Aguardaron largo, largo tiempo. El lugar no era propicio para inspirar seguridad, y sí para suscitar la aparición de fantasmas, reales o imaginarios.

En un par de ocasiones, la señora sintió que alguien acechaba en las proximidades, y envió a Albertillo para que investigara. Este volvió asegurando que no había encontrado a nadie.

En otra, creyó atisbar una sombra en la ventana de una de las casas colindantes. Pero esta permaneció tan inmóvil y silenciosa que, al cabo, comenzó a cuestionarse si no lo había imaginado...

Con cada minuto que transcurría el riesgo de ser descubiertos iba en aumento. La inquietud se reavivaba; las esperanzas mermaban. Al fin, fue el aprendiz quien expuso lo que rondaba la mente de ambos.

—Le hemos esperado demasiado, mi señora, mucho más de lo prudente. Hace largo rato que sonaron las campanas. No vendrá.

En su fuero interno, Inés hubo de reconocer que estaba en lo cierto. Aun así, se resistía a aceptar la situación.

—Tal vez haya un detalle que hayamos pasado por alto, algo que hayamos entendido mal... —Contempló la imagen del santo, como si esta pudiera proporcionarle las respuestas que necesitaba—. Haz memoria, Albertillo. ¿Qué te dijo? ¿Recuerdas sus palabras exactas?

El mozo tragó saliva con cierta dificultad. Revivir el trance era tarea dolorosa e ingrata, mas se esforzó por hacerlo. Dejando aparte los insultos y juramentos repitió, con tanta fidelidad como su memoria lo permitía, la diatriba del valentón.

Su oyente permaneció pensativa, tasando el valor de cada una de aquellas frases.

«Tu ama necesita probarme que habla en serio. Veremos si tiene lo que hay que tener»; así pues, el famoso *Polifemo* pretendía tantearla de algún modo. Por lo visto, planeaba cumplir su propósito en aquel tiempo y lugar, «el san Cristóbal frente a la Tapia, doblando por la calle de las Ánimas, cuando las campanas de San Justo den la medianoche». Lo que aquel indeseable tuviese en mente requeriría de ella audacia y decisión: «que este no es oficio de sedas ni encajes de Holanda. Aquí hay que ser capaz de remangarse y echarse la carga sobre los hombros».

«... carga sobre los hombros.» Sus palabras finales. Inés comprendió.

—Llégate acá y mira, muchacho. Dime si ves algo.

Al aproximarse, Albertillo distinguió algo en lo que no había reparado antes. Sobre el hombro del santo, en el resquicio que existía entre este y la figura del Infante, alguien había introducido un pedazo de papel doblado, tan oculto que resultaba casi imperceptible.

—¿Creéis que lo ha dejado él, mi señora?

—¿Quién si no?

El muchacho no parecía del todo convencido. Se le antojaba improbable que el mostrenco al que se enfrentaban supiera leer, cuanto más escribir... Con todo, el billete estaba allí, eso era indudable.

—Vigilad que nadie venga. Veré de alcanzarlo.

Así lo hizo. Su pulso temblaba y sus dedos se negaban a actuar con precisión, por lo que no le resultó tarea sencilla. Entregó el mensaje a su patrona, que lo desplegó de forma que ambos pudieran leerlo. Estaba escrito con una caligrafía cuidada y elegante.

«Mañana. Mismo lugar. Misma hora.»

—¡Maldito hijo de perra! ¡Que el diablo se lo lleve!

La cólera del mozo estalló sin que pudiera controlarla. Ni siquiera advirtió

que había quebrantado la decencia del lenguaje debido a su señora.

En su arrebató, tomó una piedra del suelo y la lanzó al muro de una casa vecina. Unas palomas acurrucadas en el tejado alzaron el vuelo, espantadas. El movimiento provocó que un perro que dormitaba en un solar cercano comenzara a gruñir, a modo de protesta. Esto suscitó un coro de ladridos en las viviendas circundantes.

—Calma, muchacho, ¿qué intentas? ¿Despertar al vecindario? —lo reprendió Inés en un murmullo.

El zagal musitó una disculpa atropellada y se esforzó por recomponerse. Su enojo seguía bien presente, pero al menos había logrado dominarlo.

—¡Voto a...! ¿Qué clase de broma es esta? ¿Para eso nos ha hecho venir? ¿Para burlarse de nosotros?

—Así parece.

Ella estaba tan indignada como su acompañante. Pero no podía permitirse que la rabia enturbiara su juicio. Habían llegado muy lejos, con gran riesgo, ansiedad y sobresaltos. No estaba dispuesta a aceptar que sus esfuerzos hubieran sido en vano, ni a volver a pasar por la misma ordalía la noche siguiente, todo por capricho de un indeseable.

Los había arrastrado hasta allí para ridiculizarlos; aunque eso no significaba que ellos hubieran de seguirle el juego.

—¿Quiere que le pruebe que hablo en serio? Sea. Comenzaré exigiéndole que él me demuestre lo mismo. Si *Polifemo* no viene a nosotros, nosotros iremos a él.

El aprendiz juró entre dientes. Tras todo lo ocurrido, detestaba volver al punto de partida.

—Sé dónde podríamos encontrarlo, mi señora. Aunque os advierto que ese no es lugar para vos.

Inés jamás había albergado pensamiento de visitar la calle de las Damas; la simple idea de acercarse al lugar le resultaba inconcebible. Toda mujer decorosa evitaba pronunciar ese nombre. Ser vista en aquel lugar constituía una deshonra; y no hay hembra que pueda seguir viviendo con decencia una

vez que ha perdido el respeto ajeno.

Aquella era la más dura decisión que la joven hubiera tomado nunca; tal vez, incluso, una de las más difíciles a las que habría de enfrentarse jamás. Estaba en juego su fama; y, con ella, su integridad. Conservarla o perderla no era asunto baladí; el resto de su vida habría de medirse por ella.

Pero en aquella noche siniestra, todas aquellas consideraciones parecían menos abrumadoras que de ordinario; la oscuridad parecía haber traído consigo sus propias reglas, distintas a las que regían a la luz del día.

Se diría que las estrellas se hubieran confabulado para plantearle, uno tras otro, los más terribles desafíos. Y —que Dios la perdonase— ella estaba dispuesta a plantarles cara.

—Está bien, Albertillo, guíame hasta allí. Iré tapada de modo que nadie pueda reconocerme.

El muchacho no se movió. Se le veía tremendamente contrariado. Era evidente que intentaba decir algo; pero, de puro azoramiento, le resultaba imposible pronunciar las palabras.

—Mi señora Inés, yo... —musitó—. Os suplico que me perdonéis. Hay algo que debo deciros...

Antes de que pudiera añadir más, se oyeron voces a la entrada de la calle.

—¡Teneos a la Justicia! —gritó una voz. Tras ella, otra exigió:

—¡Teneos al rey!

No tenían tiempo para esconderse, ni lugar en el que hacerlo. En aquella zona, la lámpara de la hornacina impedía refugiarse en las sombras. Y si huían en dirección contraria a los alguaciles, acabarían frente a la puerta de Santa Ana y su cuerpo de guardia.

No quedaba otro remedio que actuar a la desesperada.

—¡Ocultaos, mi señora, por vida vuestra! Yo los alejaré de aquí.

Así diciendo, el muchacho arrancó la bolsa de su cintura y la puso en manos de Inés. Antes de que ella acertara a reaccionar, arrojó su sombrero sobre la luz. El lugar quedó sumido en la oscuridad.

—¡Auxilio, señores míos! ¡Ay de mí! —gritó, corriendo hacia los corchetes—. ¡Mi dinero! ¡Mi dinero! ¡Prended a ese canalla!

Fingió ante los oficiales que un cortabolsas le acababa de arrebatar sus

pertenencias. Y lo hizo de forma tan convincente que, sin mayores dilaciones, estos se unieron a la supuesta persecución. Se alejaron todos juntos a la carrera, en pos del imaginario ladrón.

Inés quedó a merced de la noche. Las tinieblas cubrían sus ojos y le estrangulaban el ánimo. El sobresalto que había sentido ante la aparición de la ronda comenzaba a dar paso a una conmoción aún mayor.

Estaba sola.

Sola para enfrentarse a las sombras, a las calles, a la brutalidad del mundo, a las presencias demoníacas que acechaban a las almas indefensas en la oscuridad de la noche.

El callejón, las viviendas... todo parecía girar a su alrededor. Se apoyó en un muro. Necesitaba sosegar. Concentrarse en respirar, en recuperar la vista, en ordenar las ideas.

Si Albertillo no regresaba... Temía por el muchacho, y por sí misma. ¿Qué sería de ambos?

—Virgen misericordiosa, ampáranos —imploró—. Ruega a tu Hijo que nos tenga en sus manos...

Calló. Había vuelto a oír un sonido que ya la había sobresaltado antes. Algo se movía en las tinieblas.

Notó que el pánico se adueñaba de ella. Había una presencia allí, cerca de ella. Dos veces la había sentido, aguardando en la penumbra; en ambas el muchacho la había tranquilizado, asegurándole que no había razones para temer. Pero ahora no quedaba nadie para serenarla, nadie en cuya palabra pudiera confiar.

Las manos le temblaban. Luchó por encender el farol. Ahora estaba segura. Una aparición la acechaba. Y se estaba aproximando, lenta y silenciosa; con la parsimonia de las almas en pena que ya no han de luchar contra el galope del tiempo.

A duras penas consiguió prender la llama. Levantó la lamparilla, como si de un escudo se tratase. La luz confirmó sus temores. Un grito escapó de su garganta, y hubo de cubrirse la boca con la mano para amortiguarlo.

Una figura se alzaba ante ella, embozada. Se envolvía de pies a cabeza en un manto tan negro como los pozos del infierno.

Inés dio un paso atrás, aterrorizada. El ser retrocedió al mismo tiempo que ella, alzando las manos en un instintivo gesto apaciguador. Solo entonces quedó de manifiesto que no se trataba de una criatura diabólica, sino de un hombre de carne y hueso.

—Calmaos, señora Inés —dijo, con un leve acento francés—. Me llamo Pierres Arbús. Comparto negocios con vuestro aprendiz y vivo bajo el techo de vuestra hermana. Nada habéis de temer.

Ella lo contempló con los ojos aún abiertos de espanto. El farol temblaba en su mano derecha. La izquierda, posada sobre el pecho, mostraba el ritmo de sus resuellos.

—Eráis vos... esos ruidos... —Sus frases llevaban el eco de la recriminación—. Habéis estado aquí, todo el tiempo.

—Vuestro aprendiz me confesó que vendrías aquí. Temía por vos.

La joven iba de sorpresa en sorpresa, cada una mayor que la precedente.

—¿Albertillo? ¿Por qué no me lo dijo?

—Creo que eso era lo que intentaba hacer justo antes de que la ronda apareciera.

Inés comenzaba a recuperar su capacidad de juicio. En efecto, recordaba haber visto a aquel hombre varias veces en la tienda, charlando con el muchacho. Ambos parecían tener tratos cordiales, incluso cierta familiaridad. En ese aspecto, al menos, podía conceder que el desconocido decía la verdad.

—Imagino, entonces —replicó, no sin cierta mordacidad—, que si él estuviera aquí me diría que no tengo más opción que confiar en vos.

—El que tal os dijera sería un necio, a fe mía. Nadie en su sano juicio confía en un desconocido.

—Decís bien —admitió ella—. ¿Qué proponéis, pues?

La confianza ha de cimentarse en el buen obrar y el paso del tiempo. Nada podía hacer Pierre ahora mismo por lo segundo. Así pues, comenzaría por lo primero.

—Dejadme acompañaros a la calle de las Damas. —Se apartó el manto y dejó ver, bajo él, la empuñadura de una espada—. No es lugar apropiado para una mujer sola, como sin duda sabéis.

Hablaban en susurros, cercanos el uno al otro, como dos conspiradores. El

francés había comenzado haciéndolo así y ella lo había imitado de forma instintiva. Ahora, por primera vez, se preguntó a qué obedecía tanta cautela.

—¿Por qué murmurar? —preguntó, elevando la voz y apartándose un paso—. ¿Quién teméis que pueda oírnos? La calle está desierta.

—La calle sí; las casas no. Sospecho que alguien nos espía desde aquella.

Señaló la misma ventana en la que Inés había creído atisbar una sombra. Así pues, no eran imaginaciones suyas. También él lo había percibido.

—En nada os beneficia estar aquí —añadió su interlocutor—. Cuanto antes emprendáis vuestro camino, mejor.

La joven no podía estar más de acuerdo. Dejó el farol en el suelo y comenzó a envolverse en el manto con movimientos apresurados. Pero, antes de que pudiera concluir el proceso, algo la hizo detenerse.

Había oído el crujido de un portón. La vivienda de la ventana acechante se había abierto. Desde la entrada, un individuo les hacía señas para que se aproximaran. Era Joaquín de la Hoz.

—Bien, bien. Parece que la viudita tiene redaños, después de todo.

A la luz del farol sostenido por Inés, *Polifemo* presentaba un aspecto sobrecogedor. Su altura y envergadura le conferían un tamaño temible; y el parche que cubría su ojo izquierdo convertía sus facciones en una visión inquietante.

La joven alzó el rostro para enfrentarse a él. Debía ocultar su temor, a toda costa. Sentía a su espalda la presencia del francés. Resultaba extraño cómo la cercanía de aquel desconocido la reconfortaba.

El valentón la ignoró. Dirigió la mirada por encima de ella para posarla sobre el gascón.

—¿Quién me dice que no son mis socios los que acuden con trampas y engaños? Ese rapaz que vino en mi buscaapestaba a canario de la gura —gruñó. Era evidente que había sospechado que el muchacho fuese un informante de los alguaciles—. Por Santiago, que poco me faltó para meterle el hierro en las tripas.

Inés ahogó un grito. Aquella imagen le había puesto la piel de gallina.

—Albertillo no es de esos —protestó—. Tiene el alma sincera y leal, lo opuesto a la de un delator.

—Tiempo habrá de verlo. Por de pronto, necesitaba asegurarme de que no traía a la corchetería pegada a sus talones. Por su bien y el vuestro, ha resultado justo lo contrario. —Soltó una risotada—. ¡Pardiez, que ha andado astuto para desembarazarse de ellos!

Había disfrutado de lo lindo viéndolos tomar las de Villadiego como almas que llevara el diablo, cargados con sus espadas y rodelas. Ya con eso, el zagal se había ganado que lo invitase a un buen trago de vino sin bautizar... suponiendo que regresase, claro. Pues si la gurullada se oía que los había burlado con el cuento del hurto, iba a pasar un mal rato; sobre todo, porque se había dejado atrás la bolsa, y es mal asunto tratar con los esbirros de la Justicia sin disponer de buenos dineros para convencerlos de que olviden lo ocurrido y miren en otra dirección.

—En cuanto a doña viudita... me alegra ver que no le hace ascos a la calle de las Damas. —Y añadió que, si algún día la joven se decidía a ir por allí, él sabía de un par de lugares en que podría ganarse unos buenos cuartos...

Inés notó que, a su espalda, Pierre se disponía a saltar ante el agravio, y le hizo seña de que se contuviese. No deseaba ser responsable de un altercado entre varones. Las mujeres combaten con palabras; los hombres, con acero.

También ella había de recurrir a toda su voluntad para dominarse ante las infamias de aquel detestable individuo. Le iba a resultar harto difícil hacer negocios con él.

—A vos no os conozco, señor palomo —agregó, dirigiéndose al gascón. Durante toda la conversación no había apartado el ojo de él—. Tenéis pinta de pájaro de mal agüero. ¿Venís con la damita?

Arbús no sentía la mínima simpatía por aquel matasiete. Y, en honor a la verdad, la joven aún no le había confirmado si estaba o no dispuesta a que él la escoltara.

—¿Por qué no? ¡Qué diablos! —consintió el valentón—. Veamos, doña viudita, ¿viene con vos este pichón?

Inés no dudó en su respuesta.

—Sí. Viene conmigo.

El jayán lanzó un bufido despectivo.

—Mala elección. Pero ¿qué otra cosa puede esperarse del caletre de una hembra? —Se hizo a un lado para permitirles la entrada—. Bien, basta de cháchara. Venid adentro. Hay alguien a quien querréis conocer.

Ingresaron en el casón por la puerta trasera. Esta daba a un patio de grandes dimensiones, en el que descansaban cinco carros cubiertos por lonas. Las caballerizas se hallaban en el extremo oriental, a juzgar por el olor y los relinchos que de allí provenían. Giraron a la izquierda para introducirse en un largo corredor con puertas cerradas a ambos lados. Aunque apenas alcanzaron a ver más, los indicios bastaban para sospechar que el lugar no se utilizaba como vivienda, sino que albergaba un conjunto de almacenes.

*Polifemo* abrió la primera puerta y los condujo al interior. Se trataba de una pequeña estancia que, a juzgar por el mobiliario, cumplía funciones de escritorio o despacho. Allí los esperaba un individuo ya entrado en años, de oronda hechura, amplia calvicie y poblada barba de color ceniza. Vestía zapatos, medias y traje negros, con puños y cuello blanquísimos. La confección y los materiales revelaban que se trataba de hombre adinerado, cuando no de origen principal.

Los apagados colores de su atuendo cortesano contrastaban con la vistosa colección de colgantes y anillos de que hacía gala, todos ellos de aparatoso porte, elaborados en oro y piedras preciosas.

Si su esbirro había inspirado a Tonio el nombre de un cíclope, de cierto aquel hombre no desmerecía el de *Argos*, el gigante cuyos cien ojos la diosa Juno había trasladado a la ostentosa cola del pavo real.

—Padre Mercedario, aquí traigo la pesca de esta noche —le dijo el matachín—. Espero que te sea de provecho.

El interpelado se hallaba sentado en un amplio sillón de cuero y madera oscuros con brillantes remaches de bronce, que parecía diseñado a medida para acomodar su voluminosa figura.

—¡Ah, la señora Inés Ramírez! *Gaudio de adventu tuo*. —Por su porte y maneras, se diría que aquel fuera el cabecilla del grupo. Mientras él hablaba,

un segundo jaque apareció con una silla, que colocó frente a la de su patrón—. Disculpad el estado de nuestra humilde morada; lo cierto es que no contábamos con recibir vuestra visita esta noche. Mas, ya que el destino os ha guiado hasta aquí, hemos improvisado para vos algo que, esperamos, sea de vuestro agrado. Hacedme el favor de acercaros.

Señaló el asiento situado frente a él. Era una elegante silla de brazos, forrada en terciopelo y con mullidos cojines de raso, digna de una dama de alcurnia.

Inés se lo agradeció y ocupó el espacio indicado, tensa como el entramado de un telar. Pese a la blandura del sitio en que la habían acomodado, se sentía cual si estuviera sentada sobre alfileres.

Su anfitrión la contempló largo rato, con expresión complacida.

—¿No es este un gentil regalo para mis tristes ojos? Vos, señora mía, sois musa para mil poetas. Esa tez de lirio y azucena, esas mejillas de rosa, esos ojos como estrellas... ¡Ah, si yo fuera hombre de versos! —Gesticulaba moviendo con finura sus dedos carnosos, repletos de vistosos anillos—. Mas leo el reproche en vuestro rostro. Decidme: ¿acaso os desagradan mis palabras?

La interpelada supo que debía medir su respuesta. La cortesía de aquel hombre se le antojaba aún más peligrosa que la crudeza del esbirro.

—Lo que veis en mí no es sino desconcierto. El trato del señor Joaquín de la Hoz no me hacía presagiar una bienvenida tan poética.

Su interlocutor hizo un gesto de aquiescencia.

—Debéis disculparlo, mi querida señora. *Asino lyra superflua canit*. No es el hombre más refinado del mundo, pero... ¡qué vamos a hacerle! El Señor, en su infinita sabiduría, nos otorgó a cada uno diferentes talentos. —Se acarició la barba, pensativo—. Aunque, si os soy sincero, he llegado a dudar que existan almas insensibles por completo al dulce son de la lira de Apolo. Tal vez todo se reduzca a encontrar la metáfora adecuada para ellos. —Hizo una seña llena de refinamiento al valentón—. Una pregunta, mi buen Joaquín: ¿dirías, por ejemplo, que nuestra invitada es pálida y grácil cual cisne?

—Pálida y frágil, más bien. Los malditos bichos tienen un pescuezo muy fácil de retorcer.

—Agradezco a vuestra merced... —replicó.

Su anfitrión la interrumpió.

—¿A qué viene ese trato tan formal, mi querida niña? Hacedos a la idea de que estamos en familia. Llamadme Padre Mercedario, como hacen todos.

La joven prefirió no indagar la procedencia de tal apodo. Los frailes de la Orden de la Merced se consagraban a liberar a los cristianos cautivos en manos del infiel; hacían voto de rescatar a cualquier alma cristiana necesitada de ello. Pero a ella se le antojaba dudoso que aquel individuo se dedicara a ejercer tan caritativas funciones.

—Como deseéis. Os agradezco, señor Padre Mercedario, vuestras atenciones y finezas. Os ruego me disculpéis si os parezco descortés, mas lo cierto es que no hemos venido aquí a hablar de poesía.

—¡Ah, la juventud y sus ardores! ¿A qué tanta prisa? El mañana llegará, querámoslo o no. Así pues, ¿por qué no disfrutar del instante? Como dijo nuestro gran versista:

*Coged de vuestra alegre primavera  
el dulce fruto, antes que el tiempo airado  
cubra de nieve la hermosa cumbre.*

Era la tercera estrofa del más célebre soneto de Garcilaso de la Vega. Se detuvo, invitándola a proseguir. Inés así lo hizo:

—«Marchitará la rosa el viento helado, / todo lo mudará la edad ligera, / por no hacer mudanza en su costumbre.»

—¡Espléndido, mi querida señora! —aplaudió su anfitrión. Su sorpresa y su agrado saltaban a la vista.

A ella no le resultaba difícil comprender las razones de que se mostrara tan asombrado. A la mayoría de las mujeres se les vedaba el don de la lectura. Y las que lo cultivaban, solían limitarse a libros de piedad y devoción —como su experiencia en el taller le permitía atestiguar—. Pero el padre de María e Inés siempre había puesto gran empeño en que sus hijas se convirtiesen en mujeres instruidas. Pensaba, siguiendo el pensamiento moral de Juan Luis Vives, que una joven bien educada estaba mejor preparada para cumplir sus

tareas de esposa, madre y señora del hogar.

—Me satisface comprobar que no sois ajena al placer de los versos profanos —reconoció su interlocutor—. Aunque no hemos de olvidar que nuestro buen Garcilaso tuvo un maestro insigne, muchos siglos anterior al nuestro; en sus inmortales palabras: *collige virgo rosas...*

De nuevo, la invitó a completar el poema. Inés le sostuvo la mirada, en silencio. Esta vez poco podía hacer para satisfacer a aquel hombre. Conocía bien su lengua materna, pero no la de los clásicos.

Su profesión le facilitaba el contacto con textos latinos; manejaba aquel idioma lo bastante para localizar el título de un tratado en los anaqueles, para compararlo con el *Index* de los libros prohibidos o para recitar sus oraciones en la iglesia y en el reclinatorio de su habitación. Pero nunca había contado con un preceptor que la instruyera en aquellas materias. No estaba, por cierto, cualificada para leer a los poetas antiguos ni, aún menos, para recitar sus composiciones de memoria.

¿Qué esperaba de ella el tal Padre Mercedario? ¿Qué sucedería si no era capaz de responderle de modo adecuado? Intentó no pensar en ello...

—*Collige virgo rosas dum flos novus et nova pubes / et memor esto aevum sic properare tuum* —oyó recitar a una voz, a su espalda—. Para responder a tan fácil cuestión no necesitáis de la señora Inés Ramírez; como veis, incluso yo me basto. Permitidme, eso sí, una tosca versión, acorde para una mente tosca: «Recoge, doncella, las rosas mientras sea la flor lozana y lozana sea tu juventud; / y recuerda que tu edad así se apresura también.» Va por vos, compadre Joaquín, que la patrona no necesita traducción para los versos de Ausonio.

Su acento lo delataba. El que había hablado era Pierre Arbús. Permanecía de pie junto a la puerta de entrada, flanqueado por *Polifemo* y el segundo jaque que había hecho su aparición en escena. Lo habían despojado del manto y el arma que portaba.

—Y si el Padre Mercedario me lo permite —continuó— con gusto añadiré una estrofa en la lengua de mi tierra. Proviene de la pluma de Pierre de Ronsard, que escribió a su Casandra unas hermosas palabras también inspiradas en las del poeta latino.

Dicho lo cual permaneció a la espera de una reacción por parte de su interlocutor. Este se limitó a conceder su aprobación con un airoso giro de la mano.

El francés comenzó a recitar:

*Donc, si vous me croyez, mignonne,  
tandis que vôtre âge fleuronne  
en sa plus verte nouveauté,  
cueillez, cueillez votre jeunesse:  
comme à cette fleur la vieillesse  
fera ternir votre beauté.*

Lo que, implorando la comprensión del autor, vendría a traducirse como:

*Si me creéis, hermosa mía,  
mientras en verde lozanía  
florece aún vuestra viveza,  
coged, coged la juventud:  
como a esta flor, la senectud  
empañará vuestra belleza.*

Mientras duró la declamación su anfitrión permaneció en silencio, escuchando con atención al tiempo que acariciaba los brazos del sillón con sus gruesos dedos colmados de anillos. Era evidente que se sentía más que complacido.

—¡Excelente, *monsieur!* Por un momento me he sentido en el Parnaso, acompañado de Apolo y sus musas. Como veréis, mi pobre cuerpo no está en disposición de cubrir muchas leguas, pero os agradezco que hayáis proporcionado tan agradable viaje a mi espíritu. —Se recostó sobre el respaldo con un suspiro de satisfacción—. En pago a tan grata experiencia, os haré una confesión.

Reconoció que, en realidad, nunca había albergado la menor intención de cerrar el trato con la viuda de Antonio Lozano. Acostumbraba a elegir él a sus socios, no a que los aspirantes a tales acudiesen a él. Su única intención

había sido burlarlos y cobrarse un buen rato a su costa. No había esperado que Inés y sus acompañantes mostrasen tales dosis de ingenio y decisión.

—Como dijeron los sabios de antaño, *errare humanum est*. Dejemos atrás el pasado; frente a nosotros aguarda un futuro prometedor. —Se frotó las manos—. ¿Qué no cabrá esperar de una patrona con tan excelente conversación y tan extraordinarios asistentes? Creo, señora mía, que tendré gran placer en hacer tratos con vos. Nos esperan, lo presiento, negocios importantes.

Inés esperaba de corazón que así fuese. Sus planes para aquella operación resultaban muy diferentes de los de su difunto esposo. Dudaba de que el Padre Mercedario se mostrase igual de complacido después de escucharlos.

## IX

La vida plantea reto tras reto. El carácter de cada ser humano se pone de manifiesto en la forma de afrontarlos. Las palabras quedan para las almas débiles; las fuertes responden mediante la acción.

Pierre Arbús siempre había creído en aquel axioma. Se tenía por hombre de escasas palabras y voluntad fuerte, capaz de seguir adelante a cuenta de su ingenio y sus recursos. Siempre había preferido plantar cara en lugar de ocultarse, incluso cuando la prudencia le había aconsejado huir, ponerse a salvo del escrutinio de la Inquisición.

Admiraba a quienes arriesgan por conseguir más y a quienes luchan por defender lo que poseen, por conservar lo que son. Por eso había de admitir que Inés Ramírez lo había impresionado. Si en un principio había encontrado sugestiva la apariencia de la joven, ahora le resultaba más atrayente su carácter.

Resulta habitual para el ser humano traicionarse a sí mismo bajo el influjo del miedo. Sin embargo, ella había encontrado el modo de mostrar entereza, incluso estando atenazada por el temor. Había defendido todos y cada uno de sus propósitos, en circunstancias que desaconsejaban tal línea de actuación. Hasta el propio Padre Mercedario parecía impresionado por la audacia de su interlocutora.

A buen seguro, no le agradó comprobar que ella no estaba dispuesta a comerciar con barajas *hechas*.

—Dejadme que os diga, querida niña, que estáis cometiendo un terrible error. *Sed rectificare sapientis est*. Si me lo permitís, estoy seguro de que puedo convencerlos de que cambiéis de opinión.

—Es demasiado tarde para eso. Esa parte del cargamento ya ha sido

destruida.

Su anfitrión quedó anonadado ante tal declaración. Y su asombro aumentó aún más cuando la joven declaró que solo accedería a poner en circulación los naipes si estos obtenían antes el sello oficial del rey.

—¿Conocéis a quien pueda encargarse de ello?

El Padre Mercedario se tomó su tiempo antes de contestar. Entrecruzó los dedos carnosos bajo la barba y contempló a Inés como si la viese por primera vez.

—Por cierto que sí —concedió al fin—. Conocemos a ciertas personas, en ciertos lugares. Mas ¿qué aprovecha, señora mía? Hablamos de un proceso engorroso, largo y caro. Y no exento de riesgo, además. ¿Por qué querría alguien en su sano juicio obrar de tal modo? ¿Podéis darme una razón?

—Podría daros más de una. Mas, como bien decís, ¿qué aprovecha? En los negocios hablan los números, no las razones —replicó ella. Resultaba difícil distinguir si estaba haciendo uso del ingenio o de la ingenuidad.

Su interlocutor volvió a meditar el alcance de aquellas palabras.

—Tenéis vuestras condiciones; nosotros, las nuestras —concluyó, mostrando las palmas de las manos—. Imaginemos por un momento que estuviésemos dispuestos a aceptar tal desatino. La transacción conllevaría un cargo adicional por nuestra parte, a sumar sobre nuestro porcentaje habitual. Aparte de eso, todo pago necesario para asegurar la operación correría de vuestra cuenta; y, como os digo, ha de resultaros costoso. Hablamos de «convencer» a justicias, proveedores e incluso algún que otro administrador del Estanco Real de Naipes y a sus arrendatarios en las diferentes villas. Vuestras ganancias se verían terriblemente mermadas. ¿Seguís dispuesta a continuar en tales condiciones?

En aquel punto, Pierre sintió una presión en las costillas. El tal Joaquín de la Hoz había aprovechado la ocasión para asestarle un par de buenos codazos.

—Esos dos tienen sus deliberaciones —le dijo—. Bien estaría que vos y yo tuviésemos las nuestras.

Aquellas palabras no presagiaban nada bueno. Aunque, de seguro, resultaría aún peor ignorarlas.

—¿Cómo es eso? ¿Queréis retomar el recital de poesía? —replicó, no sin

sorna.

—¡Por vida de Cristo! Al próximo que me venga con versitos, se los hago tragar a puñetazos. ¿Queréis comprobarlo? —Hizo una pausa, dando pie a una respuesta que no llegó. Así pues, añadió—: Andaos con ojo, señor palomo. Vuestras rimas y latines no os salvarán el pellejo cuando tengáis dos palmos de hierro apuntándoos a las tripas.

El gascón cruzó los brazos sobre el pecho. El jayán, a su lado, lo sobrepasaba por una cabeza, y le aventajaba quizás un codo en envergadura de hombros. Dos buenas razones para no mostrarse amedrentado ante él.

—Hay hombres que irritan repitiendo viejos poemas; y otros que irritan repitiendo viejas bravatas.

—¿A qué el cambio de tercio, señor poetaastro? ¿Ahora os da por envalentonaros como un militar?

—Tal vez porque he sido uno.

Se había alistado demasiado joven, con el bozo apenas brotado. Los tambores llamaban a la guerra, y él respondió. Participó en la campaña que culminó en la terrible batalla de Vergt, en el bando católico del señor de Montluc. Había sido una guerra cruel, plagada de episodios sangrientos y atroces por ambas partes.

—Francés y soldado. Doble enemigo. —El jaque escupió las palabras—. Yo he marchado por tierras de herejes al servicio del rey. Tengo camaradas que aún siguen allí. ¿Sois de esos que se jactan de haber dado muerte a los bravos combatientes de los tercios españoles?

—Era un soldado al servicio de mi señor y mi bandera, igual que vos. Un hombre puede enorgullecerse de muchas cosas, pero el dar muerte a otros no es una de ellas.

En realidad, los españoles habían participado como aliados de su bando, el católico, en aquella contienda, tomando parte contra el peligro hugonote. Pero, para él, aquello no significaba nada. Las lealtades y alianzas de los poderosos son cambiantes. Los hombres de a pie harían bien en ser fieles a sí mismos y no dejar que su opinión y su espíritu sean arrastrados en pos de las rencillas mantenidas por los grandes.

No. La lucha en la que había tomado parte no se dirigía contra una potencia

extranjera, sino contra vecinos y parientes; el peor tipo de guerra que se pueda imaginar.

El valentón no dijo nada durante un buen rato. Permaneció inmóvil, con la espalda erguida y la mano acariciando la empuñadura de su cuchillo. Parecía estar rumiando algo.

—¡Que el diablo me lleve! No parecéis tan necio, después de todo. Incluso se os ve dispuesto a entrar en razón. Podría decirse que tenéis trazas de ser hombre cabal.

Pierre enarcó las cejas. Al fin vislumbraba las razones de aquel conciliábulo.

—Y vos tenéis trazas de ser hombre dispuesto a hacer una proposición. Y clandestina, además. ¿O queréis que llame a la viuda para que ella la escuche también?

Su interlocutor dejó escapar una sonrisa involuntaria, que duró apenas un instante. De inmediato recuperó su expresión adusta.

Lo cierto era que comenzaba a sentir cierta simpatía por aquel tipo. Mal asunto, si al final el Padre Mercedario decidía apiolarlo. Pero él era un profesional; cumpliría con su tarea sin rechistar. No sería la primera vez que le tocase dar hierro a un fulano con quien había compartido bromas y vino.

—Tal vez. ¿Qué proponéis?

—Convencedla de que se quede en casa, como una buena viudita, y os deje manejar este asunto a vos. Y entonces, olvidad ese dislate de conseguir el sello real. Voto a Cristo, que trae grandes cuidados para tan pequeño beneficio.

—Y supongo que, tras jugársela, aún he de decirle que se han hecho las cosas a su gusto.

El matachín aprovechó para despejarse el oído con el dedo meñique, acometiendo la operación con energía.

—O eso, o meterla en cintura hasta que su gusto sea el vuestro. Vos veréis, señor palomo. Pardiez, que no parecéis de los que tienen dificultades para domar a sus jacas. —Una vez conseguido su objetivo, se limpió el dedo implicado con la uña del pulgar—. Pensad que hay grandes ganancias en juego. Y una buena parte puede ir a vuestra bolsa.

Pierre no contestó de inmediato. Observaba a la joven Inés. Como bien afirmara el jayán, era un frágil cisne, abandonado a su suerte en medio de una manada de lobos.

—No hay acuerdo. Las cosas se harán como ella dice, y no de otro modo.

El jaque apretó la presa sobre la empuñadura de su cuchillo. Tenía los nudillos blancos de ira.

—¡Por vida de Satanás! ¿Habéis perdido el juicio? Os tiene como hechizado. ¿Qué se os da a vos lo que ella quiera?

—El caso es que sí se me da. Las razones no son asunto vuestro.

Su interlocutor escupió en el suelo, el gesto usado para conjurar una influencia maligna.

—Desengañaos, soldadito. Esa hembra tiene artes de bruja. Si no le colocáis las riendas ahora, os hará arrastraros y sangrar. Por mi fe, que acabaréis pagando muy caro el tomar partido por ella.

Toda vida humana se construye a base de decisiones. Pierre era bien consciente de eso. Nadie puede elegir su rumbo sin tomar partido. En ciertas ocasiones, las elecciones se toman por propia voluntad; en otras, vienen impuestas por fuerzas cuyo empuje resulta imposible resistir.

También él se había convertido, a veces, en blanco de los compromisos ajenos. Guardaba especial recuerdo de un episodio sucedido en Barcelona, dos años atrás.

Cierta tarde de otoño, un arrapiezo acudió al taller del maestro Bornat diciendo que traía un mensaje para «un tal Pierres Arbús».

—Un amigo quiere veros, tan pronto como os sea posible —susurró. Había insistido en retirarse a un lugar en que nadie más pudiese escucharlos—. Os pide que acudáis a este lugar, sin compañía y sin decir a nadie adónde vais.

Le dio el nombre de un pequeño mesón situado a cierta distancia, no lejos de la casa-imprenta de Régnier. El gascón lo había frecuentado, años atrás. Era el lugar al que él, Adriaan y Étienne acostumbraban a dirigirse como primera parada de sus correrías nocturnas. No había vuelto a aquel sitio desde que comenzara a trabajar para Bornat.

Al recibir el mensaje, el corazón se le aceleró. Por un momento pensó que se lo enviaba uno de sus dos antiguos compañeros. Pero de inmediato tuvo que reconocer que se trataba de una idea absurda. Adriaan de Alkmaart había huido de Alcalá para refugiarse en Toledo, creyendo que se encontraría a salvo, perdido en su maraña de antiguas callejas. Pero los investigadores del Santo Oficio lo habían localizado. Tras un rápido juicio, habían confirmado la sentencia que en su día le impusiera el tribunal de Zaragoza. Ahora se hallaba encadenado de nuevo al remo de una galera; y, esta vez, su cómitre se aseguraría de que no volviera a escapar.

Étienne Carrier no había corrido mejor suerte. Su escape a Zaragoza tampoco había servido para mantenerlo lejos de las garras inquisitoriales. Lo habían detenido allí para conducirlo después a Toledo, cuyo tribunal lo había hallado culpable de herejía y bigamia. El veredicto se había hecho público en un auto de fe celebrado en la plaza de Zocodover el 18 de junio de aquel mismo año. Como aperitivo, lo habían exhibido por las calles de la ciudad mientras el látigo del verdugo le iba destrozando la espalda; los acompañaba un heraldo encargado de vocear sus delitos y la sentencia que esos actos impíos merecían: cien azotes y ocho años de sambenito.

La condena incluía la prohibición de abandonar la Corona de Castilla. Así pues, tampoco él había podido enviar aquel mensaje.

Aunque tal vez... tal vez... ¿Qué posibilidades existían de que Adriaan hubiese escapado de la flota por segunda vez? ¿O de que Étienne hubiese atravesado sin ser detenido la frontera del reino de Aragón? Mas, si cualquiera de ellos hubiese conseguido tan improbable hazaña, sería una insensatez regresar a Barcelona. No les resultaría nada fácil mantener oculta su identidad en las calles de una villa en la que habían residido durante años.

Pierre acudió a la cita tan pronto como su patrono dio por concluida la jornada de trabajo. Aquel día ni siquiera se permitió disfrutar de su merecida cena. Realizó el trayecto tan rápido como se lo permitieron sus piernas. Llegó a la puerta del establecimiento casi sin resuello, con el corazón arrebatado. Lo había arrastrado hasta allí el anzuelo de una esperanza irracional. Y, contra toda lógica, se negaba a luchar contra ella.

Llamó con los nudillos a la puerta de la habitación indicada mientras

pronunciaba su nombre en voz alta, siguiendo las instrucciones que había recibido. Los pocos instantes que transcurrieron hasta que el batiente se abrió se le antojaron eternos.

Entonces comprobó que el Señor, en su infinita misericordia, permite a veces que las expectativas más insensatas se conviertan en realidad.

—¡Hermano! —exclamó, apenas se repuso de la sorpresa—. ¡Gracias a los cielos!

Étienne Carrier respondió con un sonoro juramento de su Auvernia natal. Sin poder contenerse, Arbús se había abalanzado sobre él para abrazarlo, olvidando que la espalda de su amigo se encontraba lacerada por cien azotes recientes.

—¿De verdad eres tú? ¿Es posible? —El gascón se apresuró a entrar en la habitación y cerró la puerta tras de sí. Se encontró en un cuchitril de paredes enmohecidas, sin más mobiliario que un viejo taburete asaltado por la carcoma, un jergón de paja rancia y un orinal desportillado.

Pese a ser individuo entrado en años, su amigo siempre había poseído el físico y el carácter de un hombre mucho más joven. Todo aquello había desaparecido. Resultaba difícil reconocer en él al trabajador fuerte y enérgico, o al compañero de taberna alborotador, dado a los lances temerarios y a los arrebatos imprevistos, que Pierre había conocido.

—Soy yo, aunque cueste creerlo. A esto me han reducido el tiempo y mis pecados. —Pese a que el lionés intentó pronunciar aquellas frases con ligereza, estas traían consigo el sabor de la hiel—. ¿Qué te parece mi aposento? Todo un palacio, comparado con las mazmorras de la Inquisición.

El celo que el Santo Oficio desplegaba en los últimos tiempos en su lucha contra le herejía había aumentado de forma drástica el número de detenidos, que se hacinaban en los once calabozos de la prisión de Toledo. La situación se había deteriorado hasta el punto de que los propios carceleros habían pedido aumentos de salario, aduciendo que sus condiciones de trabajo resultaban insoportables. La mayoría de los prisioneros acababan enfermando, algunos enloquecían y otros conseguían evadirse en medio del caos reinante. En un sistema pensado para romper la resistencia de los acusados por medio de la desorientación, la falta de información y el

confinamiento en solitario, los detenidos lograban comunicarse e incluso socializar con facilidad. Étienne había podido conversar con Adriaan y había llegado a intercambiar notas con el maestro Régnier.

—Los denuncié de inmediato, a él y a la arpía de su esposa —confesó, con la voz quebrada—. Que Dios me perdone, pero lo conté todo, sin ahorrar ni un detalle. Estaba deseando hacerlo.

Lo cierto era que Carrier nunca había estado en buenos tratos con su primer patrono. Los dos eran irascibles e impulsivos; las peleas entre ellos estallaban con suma facilidad, tanto en el taller como fuera de él. Las cosas se complicaron aún más cuando Étienne abandonó la casa-prensa para ir a trabajar con Bornat, en compañía de Arbús. Desde entonces, sus encuentros en público solían saldarse al precio de riñas a puñetazos. En cierta ocasión, incluso llegaron a desenvainar las espadas y solo la intervención de sus respectivos acompañantes —Pierre entre ellos— había logrado evitar el derramamiento de sangre.

—¿Sabes lo peor, hermano? —añadió—. En aquel trance, en el que se revela el verdadero carácter de cada uno, él demostró ser mejor hombre que yo.

Si la aversión entre ambos había inducido al lionés a denunciar de manera inmediata a su primer maestro, este se comportó de forma muy distinta; pese a la inquina que sentía por él, solo acusó a su antiguo empleado cuando lo sometieron al potro de tortura.

—Se guardó mi nombre, ¿puedes creerlo? El mío y el de muchos otros. Por eso él acabó en las galeras, por negarse a colaborar desde el principio. Y yo escapé de aquel infierno con una pena mucho más leve...

En efecto, había recibido una de las sentencias más magnánimas de las reservadas a los muchos oficiales y maestros de imprenta de origen extranjero que la Inquisición había detenido a lo largo y ancho de los reinos españoles bajo acusación de herejía: cien azotes y ocho años de sambenito. Eso demostraba que no solo había colaborado con el tribunal desde el principio, sino que también había abjurado de sus creencias heréticas para reconciliarse con la «verdadera fe».

Pero incluso aquel capote penitencial distaba de poder considerarse un

veredicto benigno; conllevaba la pérdida de la honra para el implicado y la infamia para toda su familia en esta y las generaciones por venir.

—Olvida eso ahora, hermano —lo cortó Pierre; aunque sabía de sobra que su compatriota arrastraría aquellos recuerdos durante de resto de su existencia—. Mejor explícame qué haces aquí.

—¿Tú qué crees? —Carrier se dejó caer sobre el taburete, con aspecto exhausto—. Vuelvo a Francia, muchacho. Nunca debí salir de allí, ahora lo veo claro. ¿De qué me ha servido venir a estos malditos reinos? ¡Condenada sea la hora en que me puse en camino!

El gascón se acuclilló frente a él.

—No me refiero a eso. ¿Por qué has venido?

Abandonar la Corona de Castilla significaba incumplir la penitencia impuesta por sus jueces. El Santo Oficio consideraría que su arrepentimiento y su regreso al redil del Buen Pastor habían sido fingidos y que, por tanto, seguía siendo un herético impenitente. Aquel pecado llevaba consigo la sentencia más temida: la muerte en la hoguera. Apenas el tribunal tuviese noticia de que había atravesado la frontera y entrado en el reino de Aragón, lo excomulgaría. Desde ese momento, podía ser detenido, e incluso ejecutado, por cualquiera que lo identificase.

Si su apresador decidía entregarlo de nuevo a la Inquisición, el prófugo sería pasto de las llamas tras el próximo auto de fe. En caso de que no lo localizasen para entonces, quemarían su efigie *in absentia*.

—¿Y si alguien te reconoce? Dejarte ver por Barcelona es una locura. —Le puso las manos sobre los antebrazos—. Estás aquí por tu esposa, ¿es eso? ¿Has venido a buscarla para llevarla contigo?

Su interlocutor dejó caer la cabeza entre los hombros. Aquella pregunta parecía haberle arrebatado las pocas fuerzas que aún le permitían mantener la frente erguida.

—Cielo santo, no. Estará mejor sin mí. —Cerró los párpados y, sin alzar la vista hacia su amigo, suplicó con la voz rota—: ¿Hablarás tú con ella, hermano? Siempre has sabido qué decir para reconfortar a las mujeres...

Arbús permaneció en silencio. Aquel no se asemejaba a ninguno de los favores que se habían intercambiado a lo largo de los años. Hubiera querido

animar a Étienne, asegurarle que se encargaría de aquello. Pero lo que le estaba pidiendo era... demasiado.

—Lo sé, muchacho. —Su compañero encontró al fin fuerzas para mirarlo a los ojos. Tenía las pupilas febriles—. Escucha: sé que no lo merezco. Hazlo por ella, no por mí.

Pierre había tenido un padre que lo había dejado atrás, junto a su hermana y su madre, para regresar a su tierra de origen acompañado tan solo de su primogénito, Samsó. Pero él, al menos, había sido sincero con los suyos. Y había llevado a su esposa al altar. No había fingido la ceremonia sabiendo que ya contaba con una cónyuge legítima, ni ella había debido enterarse por los comadreo de las vecinas.

Incapaz de asentir de palabra, el gascón hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Se incorporó y contempló a su amigo, que permanecía encogido sobre el taburete. Desde aquella perspectiva, parecía aún más menguado.

—¿Recuerdas cuando detuvieron a Herlin? —comentó Carrier—. Me fui a Zaragoza y tú no quisiste acompañarme. Entonces pensé que yo era el más fuerte de los dos, el único capaz de dejarlo todo a sus espaldas. Ahora sé que nada requiere de más fortaleza que el permanecer en tu lugar.

Su interlocutor se encogió de hombros. No era el momento ni el lugar para tratar temas como aquellos. Ni siquiera con un amigo del que pronto se despediría para siempre.

—Si no estás aquí por ella, entonces, ¿por qué?

—¿Por qué va a ser? Por ti, cretino. Prometí entregarte algo en persona. Por eso he venido.

Pierre quedó petrificado ante la respuesta. Tardó unos segundos en comprender lo que aquello significaba.

—¡Cristo bendito! No es posible...

—Vaya que sí. Ella insistió, una vez y otra. Ya sabes cómo es... —Sacó un pliego doblado del interior de su camisa y se lo tendió al gascón—. Le dictó a Adriaan esta carta. Dijo que te traería la paz. ¡Demonios, dijo que hasta podría salvarte la vida!

Algo en el interior de Pierre se resistía a tomar aquel pedazo de papel. Sentía que el precio a pagar por él sería muy alto.

—¿Ella insistió? ¿De quién hablas?

—¡Por los siete infiernos...! ¿Es posible que no lo sepas? —Étienne lanzó una risa seca—. De esa arpía, por supuesto: la maldita Isabelle Régnier.

Albertillo había actuado sin pensar en las consecuencias. Debía apartar a la ronda de su señora; esa había sido su única consideración. Pero cuando los oficiales de Justicia no encontraron rastro alguno del supuesto ladrón, sus sospechas se volvieron contra el muchacho.

—Parece que no tenemos a ningún cortabolsas —comentó uno de los corchetes, hombre ya de edad y entrado en carnes, al que no había agradado nada la carrera— pero sí a un malentretenido.

Así denominaban a quienes vagaban de noche por las calles sin motivo aparente. Solo entonces reparó el zagal en que todo aquel asunto podía volverse en su contra. Ante las preguntas de los oficiales de la Ley, solo acertó a balbucear incoherencias que nada hicieron por defender su caso.

—Este es carne de cepto —aseguró su interrogador—. Miradlo, ¡si suda como un cerdo el día de San Martín!

Y tanto que sí. El mozo evidenciaba una sorpresa y un temor que nada tenían de fingidos. Se veía ya sobre el tablado en la plaza pública, amarrado al madero por la garganta, a merced de los insultos y los gargajos de los vecinos.

Tal era su apuro que, al final, el alguacil que comandaba el grupo se compadeció de él.

—¡Basta, Fernández! Se ve a la legua que el renacuajo tiene tanto de maleante como yo de monja clarisa. Déjalo ir, que esto es una pérdida de tiempo y nos quedan muchos garitos y posadas por visitar.

Ordenó a sus hombres que retomasen la marcha. Él se quedó atrás, sujetando a Albertillo por el brazo. Su presa tenía la fuerza de un lazo de cazador.

—Escúchame bien, zascandil —le dijo en voz baja—. Agradece a nuestra Santísima Madre el ser tan parecido al menor de mis muchachos.

Para demostrarlo, lo zarandé a base de bien y después le obsequió una

bofetada cuyos ecos resonaron por la calle desierta.

El zagal no necesitó que se lo repitieran por segunda vez. Echó a correr como alma perseguida por el diablo. No se detuvo hasta que la falta de aire le hizo sentir punzadas de dolor en las costillas. Para entonces se encontraba ya en el extremo de la calle Santiago, muy cerca del taller. Había salvado en cuatro avemarías casi todo el camino de vuelta.

—¡Quitad de ahí, señor Albertillo! ¿No veis que la cuitada no está para vuestras monsergas? ¡Fuera, ea, que esto es cosa de mujeres! —Pasó los brazos alrededor de Inés con intención de guiarla hasta una silla, cual si estuviera enferma—. ¡Pobre señora mía! ¡Estáis temblando! Venid conmigo, os prepararé un caldo bien humeante y os daré unas friegas para haceros entrar en calor.

La joven se negó. Los estremecimientos que la acosaban no eran debidos al frío. Tranquilizó a ambos, asegurándoles que todo había salido bien y que les contaría los detalles a la mañana siguiente.

—Ahora descansemos, que nos quedan pocas horas hasta el alba —dijo. Subió a su habitación sola, aduciendo que hoy no necesitaba la ayuda de Matilde para desvestirse y apagar las luces.

Llegada a su aposento, dejó la lamparilla en su hornacina; incapaz de fingir entereza por más tiempo, se dejó caer al suelo y rompió a llorar.

Las pruebas de aquella noche la habían consumido por completo. Ignoraba de dónde había sacado las fuerzas necesarias para mantener el juicio y la compostura.

Y, justo en el momento en que pensaba que ya había llegado a su límite, que ya no podría soportar un solo revés más, el Padre Mercedario aprovechó para comentar:

—Dejadme deciros algo, querida niña. Ahora veo por qué el malhadado de vuestro esposo, *quod Deus quiescere animam suam*, puso tanto empeño en conseguirlos. —Miró en dirección a *Polifemo*—. ¿Lo recuerdas, mi buen Joaquín? Hablaba de ella a todas horas. Y también de su padre... ¿Cómo lo llamaba? —Movié los dedos en el aire, como si rasgara un arpa invisible—. ¡El «viejo Grifo», eso es! «El Grifo que custodia mi máspreciado tesoro», o algo parecido. ¡Ah, el maestro de libros Antonio Lozano sabía recitar la

lengua de las musas! ¿No os parece, señora?

Inés no conseguía recordar lo que había respondido. Solo podía sentir el dolor que le habían causado aquellas palabras; la opresión desgarradora en el pecho, en la garganta, el deseo violento de estallar en lágrimas. El haber logrado contenerse se le antojaba un milagro.

Pero su interlocutor no se había detenido ahí. Había continuado atormentándola con frases sangrantes como cilicios. Hay verdades lastimosas cuya ignorancia es un bálsamo para el alma. Ella lo había comprobado aquella noche.

*Cerbero, Argos, Polifemo, Grifo, Minotauro, Esfinge, Medusa...* Inés había terminado sabiendo de memoria aquella lista infernal. Ahora había descifrado tres de las identidades que se escondían tras ella... ¡Y Dios sabía que no tenía intención de conocer ninguna más!

El dolor que sentía traía consigo una estela de rabia. Se arrastró hasta el arcón y lo abrió con la llave que aún pendía de su cuello, sin importarle que, debido al furor con que realizaba la maniobra, la cadena le lastimase la nuca.

Sacó de su interior la condenada arqueta, vació su contenido y la lanzó con todas sus fuerzas contra la pared. La madera crujió y se astilló por el impacto.

No le importó. Todo lo contrario. Nada había que desease tanto como destruir aquella abominable caja y, después, desmenuzar los malditos registros guardados en ella.

Se puso en pie, enjugándose las lágrimas de las mejillas. En aquellos momentos comprendió la sapiencia encerrada en el viejo dicho: «Que los cielos te guarden de conseguir las respuestas que buscas.»

Se dirigió a los restos de la arquilla, dispuesta a terminar la faena. Pero, a la luz incierta de la lamparilla colocada en la hornacina, vio algo que la hizo detenerse en seco.

—¿Qué ocurre, hija? ¿Te encuentras bien?

Aquella voz la devolvió a la realidad. Acababa de lanzar un artefacto de madera contra la pared, en plena madrugada. Hubiera debido recapacitar sobre el hecho de que aquello podría despertar a toda la casa.

—No es nada, madre —respondió, tras matar la luz—. Tenía sed, me he levantado a oscuras y he tropezado. Siento haberte despertado. Regresa a la

cama.

En otras circunstancias habría abierto la puerta y salido al rellano, para besar a su progenitora y conducirla a su lecho. Pero no podía permitírselo. Los dedos de la señora Ana y los ojos de Teodora habrían detectado de inmediato que se encontraba aún peinada y vestida con ropas de calle.

Esperó, con el oído pegado al batiente, mientras el ama llevaba a su patrona de vuelta a su habitación y la metía entre las sábanas. Tras asegurarse de que ambas se habían acostado, encendió de nuevo la lamparilla y, con ella en la mano, se acuclilló frente a la caja desvencijada.

El destrozo había dejado al descubierto algo en lo que Inés no había reparado hasta entonces. La arqueta contenía un cajoncillo secreto, tan bien disimulado que le había resultado indetectable. El impacto había destruido el mecanismo que lo mantenía cerrado y oculto. Ahora estaba ladeado, dejando ver que había algo en su interior.

La joven lo tanteó hasta abrir el mecanismo. No podía siquiera imaginar lo que Tonio había ocultado allí, en el lugar más recóndito, el último eslabón de su cadena de secretos.

*De Viris Illustribus* de san Jerónimo. *Cerbero, Argos, Polifemo, Grifo, Minotauro, Esfinge, Medusa*. ¿Qué sería lo próximo? La respuesta se encontraba entre sus dedos.

Una carta.

La abrió y comenzó a leer, el pulso tembloroso, firmes las pupilas. Para su decepción, se topó con algo que la obligó a desistir a las pocas palabras. Estaba escrita en latín.

## X

El día llegó arrastrando los pies, como un peregrino agotado por la dureza del camino. Inés lo recibió con los ojos aún abiertos. Bajó a la cocina cuando apenas se intuían las primeras luces del alba. Los gallos no habían comenzado a cantar, y en las calles no se pregonaba aún el aguardiente y letuario.

Cada paso, cada movimiento, se le antojaba irreal. La vida cotidiana parecía irreconciliable con las experiencias de la noche anterior. Se sentó a coser en el taller con la sensación de encontrarse inmersa en un sueño, sin cuidarse en absoluto de las miradas desaprobadoras de Gabriel.

Mediada la mañana Albertillo entró para anunciarle que acababa de llegar el encargo procedente de Medina del Campo. La casa de Benito Boyer cumplía con prontitud y eficiencia sus compromisos; el envío llegaba un día antes de lo previsto. Separado de los demás ejemplares en rama venía un paquete de pequeñas dimensiones. Contenía el famoso libro *De Viris Illustribus* de san Jerónimo, acompañado de una carta firmada por Enrique Formil.

En ella el apoderado expresaba su interés personal por aquella inesperada solicitud de Inés, y la animaba a seguir acudiendo a él en el futuro con cualquier encargo «relativo a ese u otros asuntos igual de relevantes». Su prosa resultaba tan afable como su discurso. Al leer aquellas frases, la joven casi podía escuchar el tono plácido de su remitente y ver reflejada en el papel su indeleble sonrisa alentadora.

Tras revisar el pedido y firmar los albaranes, ordenó al aprendiz que se encargara de colocarlo en el almacén y lo acompañó durante el proceso. Después se dirigió al despacho para repasar los registros.

Concluida la tarea, permaneció largo rato frente al escritorio, indecisa. Tenía faena pendiente en el taller, pero se sentía reacia a volver frente al telar. Al fin, accionó la campanilla para convocar a la sirvienta.

—Me quedaré aquí —le comunicó—. He de revisar ciertos documentos. Di a Albertillo que me llame si me necesitan en el taller o en la tienda.

—Una cosa más, Matilde. En lugar de olla, prepárame para comer un caldo de ave.

Aquellas palabras provocaron la inmediata alarma de la interpelada. La dieta en cuestión solía reservarse a las personas enfermas.

—¿Cómo es eso, señora? ¿Os encontráis mal? ¡Válgame el cielo! —Se inclinó hacia Inés y le susurró—. Ya decía yo que anoche volvisteis con mala cara. Y no es que haya mejorado a la luz del día. Tal vez os convenga volver a la cama...

Inés se recostó sobre el respaldo de su asiento. Cierto, estaba agotada. Y el mundo entero podía percibirlo.

—Pierde cuidado. Me siento algo cansada, eso es todo. Ve y haz como te he dicho. —Tomó un libro de cuentas y fingió volver al trabajo—. Tráeme una escudilla apenas el brodio esté listo. Hoy comeré aquí. Tengo mucha tarea pendiente.

—Traeré también algo de tocino, pan y uvas —añadió por cuenta propia la criada; de cierto, a la señora no le vendría mal algo más de carne sobre los huesos—, que esa comida vuestra no se me antoja a mí muy sustanciosa.

En cuanto se quedó a solas, sacó del interior del sayuelo la carta que había encontrado aquella madrugada. La había estudiado durante toda la noche, intentando extraer algo de sentido de aquel galimatías expresado en una lengua casi impenetrable para ella.

Por cuanto había podido deducir, el texto parecía incompleto, como si el redactor no hubiese dispuesto de tiempo para terminarlo. La letra no se asemejaba a la caligrafía sinuosa y rotunda de Tonio. Los trazos eran rápidos pero vacilantes, igual que aleteos de un pájaro herido. Y entre ellos se escondían aquellas infaustas palabras: *Sancti Hieronymi De Viris Illustribus*.

Una mención —una sola— en el contenido de la misiva. Aun así, para Inés aquella frase destacaba sobre todas las demás, como si, en lugar de escrita

con tinta, hubiera sido marcada a fuego.

Había identificado tres apelativos: Mercurio, Vulcano y Apolo. Pero, frente a aquellos, había otro nombre que descollaba por mérito propio: Porfirio. Aparecía mencionado no menos de ocho veces en el texto —algunas de ellas, junto a ciertos caracteres en griego—. Por lo poco que ella había podido colegir, se trataba de un antiguo escritor y del título de su obra, redactada en lengua helena.

Incapaz de obtener más del manuscrito por sí misma, lo dejó sobre la escribanía y abrió el volumen que Enrique Formil le había enviado. La tan codiciada obra resultó ser un breve tratado de ciento treinta y cinco capítulos, casi todos de unas pocas líneas. Como su título indicaba, el Santo Padre de la Iglesia lo había redactado como recuento de otros tantos «hombres ilustres» por sus aportaciones a la fe y a las doctrinas cristianas.

La joven se dedicó al único ejercicio posible, dado su desconocimiento de la lengua latina: buscar si el texto contenía referencias a Porfirio. Lo encontró mencionado en el prólogo y en los capítulos LV, LXXXI, LXXXIII y CIV. Las alusiones no parecían nada favorables. Por el contrario, se diría que un buen número de obispos y Padres de la Iglesia hubiesen escrito largas obras en veinte o treinta volúmenes «*contra Porphyrium*». Amonio, Eusebio de Cesarea, Metodio, Apolinario... incluso el propio san Jerónimo habían dedicado gran tiempo y esfuerzo a rebatir las acusaciones de aquel peligroso individuo.

«*Hunc falso accusat Porphyrius*», «*adversum Porphyrium confecit libros*»... El escaso latín de la joven bastaba para deducir que los primeros filósofos cristianos consideraban a aquel hombre una grave amenaza.

Pero entonces, ¿por qué su nombre no le resultaba conocido, a diferencia de los de Martín Lutero, Juan Calvino o Erasmo de Rotterdam? Los heresiarcas y otros grandes enemigos de la fe, tanto de estos tiempos como de los pasados, ocupaban un lugar preferente en el *Index Librorum Prohibitorum* publicado por el inquisidor general, Fernando de Valdés. El catálogo de las obras condenadas componía un registro exhaustivo que incluía unos setecientos títulos. Y ella conocía bien su contenido; estaba obligada a tener un ejemplar del mismo bien visible en su librería, y a cotejar en él cualquier

ejemplar antes de ponerlo a la venta.

Eran varios los escritores de la antigüedad pagana que figuraban en la lista: en ella había obras de Aristóteles, Platón, Hipócrates, Luciano o Séneca... pero ni una sola mención a Porfirio. Parecía incomprensible que aquel que en su tiempo había sido considerado un hombre tan dañino se hubiese desvanecido en el tiempo y el silencio como si nunca hubiera existido.

La sacaron de sus cavilaciones unos golpes en la puerta.

Ella miró a su alrededor. A su derecha, en una mesilla portátil, estaban los restos de su almuerzo. ¿Cuánto había transcurrido desde que tomara aquella comida? Le resultaba imposible decirlo.

—Estaré allí en un avemaría —respondió, mientras se escondía la carta entre las ropas. Guardó el san Jerónimo en un cajón de la escribanía y lo cerró con una de las llaves que pendían de su cintura.

En la librería la esperaba un individuo de aspecto irritado e impaciente. La joven reconoció en él a uno de los ayudantes que acompañaban al representante de la Justicia Real el día en que este se presentó de improviso, vara en mano y punto en boca, para expoliar su negocio.

—Señora Inés Ramírez —le dijo, sin que nada en su tono secundase la cortesía del tratamiento—, se os convoca a acudir de inmediato ante su excelencia el corregidor. Os conviene obedecer sin demora.

Mientras Matilde ayudaba a la patrona a vestirse y calzarse para salir, Albertillo tomó capa y montera para ir a alquilar un coche a la vecina calle de Guadalajara. No tuvo oportunidad de llegar muy lejos. A la puerta del establecimiento se topó con el señor Diego de Jaramillo.

Este venía con paso resuelto, vistiendo herreruelo de terciopelo y sombrero con pluma. Traía calzas acuchilladas y jubón de raso guarnecido de cordoncillo, como hombre de buena hacienda engalanado para visitar una casa principal. Hasta su sirviente vestía el cuello blanco, los greguescos y el sayo corto propio de las ocasiones especiales.

—¡Inés! —exclamó el visitante, al verla aparecer—. No esperaba encontraros de esta guisa. Pensaba...

Ella le obsequió una leve sonrisa.

—Pensabais que me quedaría en casa, como se espera de la viuda de un

respetable maestro de libros —respondió. Si sus palabras podían sugerir aspereza, no había rastro de ella en su tono—. Apuesto a que no sois el único.

Por su atuendo parecía claro que también él había sido convocado a presentarse ante el oficial de Justicia. Diego confirmó que así era. De hecho, todos los librereros afectados por las incautaciones realizadas unas semanas antes habían sido llamados a presencia de su excelencia el corregidor.

Su oyente hizo un gesto dubitativo. Según explicó, algunos de los damnificados aún esperaban conseguir la restitución de sus bienes. Él se mostraba mucho menos confiado.

—Si queréis mi opinión, os diré que doy lo tomado por perdido. En querellas con la Justicia no conviene albergar grandes expectativas.

—Por desgracia, coincido con vos. Aunque, en esta materia, preferiría que ambos nos equivocásemos. —Al igual que su interlocutor, la joven consideraba que, en el mejor de los casos, no obtendrían más que una excusa oficial para justificar las confiscaciones.

—Siempre habéis sido sagaz, Inés, y poco dada a errar en vuestros juicios. Lo demuestra el hecho de que soláis coincidir conmigo —bromeó él.

Ella respondió a la sonrisa de su visitante, casi a su pesar. Recordaba bien las muchas tardes que ambos habían pasado juntos, el optimismo de Diego y sus habituales muestras de buen humor. Sonaban muy distintas cuando traían la promesa de un futuro compartido.

—No siempre estamos de acuerdo, señor De Jaramillo. Permitidme demostrarlo. Estáis aquí porque dabais por supuesto que yo no acudiría a la reunión, ¿me equivoco?

El aludido confirmó que Inés estaba en lo cierto. Había venido para ofrecerse a representarla frente al corregidor. La habían convocado, cierto, pero nadie esperaba que compareciese. Su presencia no era necesaria, ni siquiera aconsejable.

—Con vuestro permiso, yo podría defender los intereses de la viuda de Lozano en la reunión. Y sumar vuestro voto al mío, en el caso de que las circunstancias condujeran a un sufragio.

Viniendo de cualquier otra persona, aquella proposición la habría empujado, cuanto menos, a la desconfianza. Pero en boca de Diego no podía

interpretarse sino como una sincera muestra de amabilidad.

El joven ya le había dado cumplidas pruebas de sus buenas intenciones. La había defendido de forma desinteresada ante el señor Blas de Robles; con su intervención había logrado que aquel asignara a su taller una remesa de *Plantinos* que remediaba con creces el quebranto causado por aquel oportunista de Martín Felipe.

—Os agradezco la cortesía. Pero, como veis, no era necesario que os tomaseis tantas molestias. La viuda de Lozano estará bien representada en la reunión.

Su oyente se acarició la barba entre los dedos índice y corazón.

—Os seré sincero, Inés: admiro vuestra determinación. Pero, dadas las circunstancias, ¿estáis segura de querer asistir a ese encuentro? ¿En serio pensáis que es lo más sensato?

—Tal vez no lo sea —admitió ella—. Pero hay situaciones que aconsejan dejar de lado la sensatez.

Los acontecimientos de los últimos días así lo probaban. Solo Dios sabía si en el futuro próximo las cosas habrían de regresar a la normalidad. Ella, por su parte, comenzaba a dudar.

Diego sopesó las últimas palabras de su interlocutora. Su expresión indicaba que habían despertado en él cierta suspicacia.

—Inés, permitidme...

Una voz a su espalda lo interrumpió:

—¡Por vida de san Jerónimo! ¡Qué grata sorpresa! No tenía noticia de que hoy celebráramos aquí una reunión.

El que así hablaba era Hernán, primo de Inés y María, que había hecho su aparición en la puerta del negocio. También él había sido llamado a acudir frente al alguacil mayor, y venía vestido para la ocasión. Aunque sus palabras hubieran podido implicar afabilidad, su tono sugería todo lo contrario.

—Señor Diego de Jaramillo, ¿yerro al suponer que esperáis cerrar algún negocio con mi prima, aquí presente? ¿Algo que pueda ser de interés para el resto de la familia?

—Nada en absoluto, señor Hernán Ramírez, como ella misma os podrá confirmar.

De los cuatro primos de Inés, el aludido era el único que no había trasladado sus negocios y su vida a la cercana corte de Madrid. Y, dado que ella no contaba con padre, esposo ni hermano que pudieran erigirse como valedores suyos, él había tomado para sí ese papel. Al fin y al cabo, era el pariente consanguíneo más próximo de la joven. Como tal, estaba obligado a velar por que ella no empañase el honor familiar.

No ayudaba nada el encontrarla en conversaciones con el heredero de la casa De Jaramillo. Ahora ella era la viuda de otro hombre. La voz de la decencia aconsejaba que se abstuviera de mantener tratos con el hombre que antaño le había estado destinado por esposo.

—¿Por qué? —instigó a este—. ¿Por qué reducir a cháchara de mujer un discurso entre varones? Os he preguntado a vos, señor mío.

Diego le dio la espalda. No era hombre acostumbrado a dejarse atropellar.

—En tal caso, ya tenéis mi respuesta. Si esta no os satisface, sabéis bien dónde encontrarme.

Cuando el visitante se marchó, Hernán lanzó a su prima una mirada ponzoñosa como la mordedura de una víbora.

Para su sorpresa, su interlocutora no mostró la actitud recatada que se espera de una hembra virtuosa. En lugar de bajar la vista al suelo, ruborizada por los remordimientos, le mantuvo la mirada con los ojos cargados de reproche.

—Dímelo tú, primo. ¿Qué buena opinión te merece una familia que agravia a quien siempre la ha tratado bien? ¿Qué buena opinión te merecen la ingratitud, la soberbia y el insulto? Alonso y Diego de Jaramillo son gente honrada y decente; buenos vecinos, buenas personas y buenos cristianos; siempre serán bienvenidos en esta casa.

Hernán tardó unos instantes en reaccionar. Su expresión revelaba que no daba crédito a lo que acababa de escuchar.

—Mi querida prima, puedo ver que estás alterada. Pero, como bien sabes, soy hombre comprensivo y paciente. Estoy dispuesto a olvidar tus desmanes si prometes enmendarte. Regresa a tus aposentos y medita sobre el mejor modo de hacerlo. —Acompañaba a las frases el tono de una reprensión paternal—. Ya me lo agradecerás después. Ahora he venido a decirte que no

has de preocuparte. Como tu pariente más cercano, yo me encargaré de representarte ante el corregidor.

Inés indicó a Matilde que le acomodara el manto.

—He pedido un coche, Hernán. Eres bienvenido en él, si tal es tu gusto. Pero me representaré yo misma, pues soy parte afectada en el asunto. —Le tendió la mano sin esperar a que él le ofreciera el brazo—. Por el buen nombre de nuestra familia, tú dirás si prefieres que nos vean llegar juntos o por separado.

Ni Diego ni Hernán se equivocaban: Inés podía sentir que no era bienvenida en aquella reunión. La otra mujer implicada —Beatriz Ruiz, viuda de Luis Gutiérrez, *el Rico*— no había acudido. Había preferido delegar su representación en su hijo Juan.

—Al menos algunas sí saben comportarse con propiedad —le había comentado Hernán, en cuyo brazo ella se apoyaba—. Reza, prima, por que no hayamos de pagar caro tu atrevimiento.

La entrevista con su excelencia el corregidor no transcurrió del modo que los afectados esperaban. El convocante no permitió que los librereros expusieran una sola de sus quejas; ni siquiera les concedió la palabra. Muy al contrario, todos los congregados recibieron una amonestación oficial por su «desobediencia» y su «desidia». Los acusó de ser los únicos responsables de lo ocurrido, por no obedecer con prontitud los mandatos de la Corona, que exigía respeto a lo ordenado por la Santa Sede.

—Nuestro prudente y bien amado monarca, el rey Felipe, ya había decretado «que en nuestros reinos no se vendan ni lean libros algunos que no contengan doctrina sana y católica». —Aun así, denunció, los librereros seguían comerciando con ejemplares que todavía no se habían adaptado a las exigencias del *nuevo rezado*. De ahí que se les hubieran incautado los misales, diurnales, libros de horas, breviarios, manuales y libros de coro destinados a iglesias y monasterios; aquellas ediciones que no siguieran al pie de la letra las disposiciones adoptadas en el Concilio de Trento eran susceptibles de contener comentarios o ideas erróneas, que podían resultar

tremendamente perniciosas para la verdadera fe cristiana e incluso inducir a la herejía.

La villa de Alcalá de Henares no había sido la única afectada por la medida; la misma se había aplicado a todas las librerías de la Corona de Castilla. Los volúmenes requisados serían examinados por el Consejo Real, con previa aprobación de los censores inquisitoriales.

Aquellos que obtuviesen las debidas autorizaciones regresarían a sus dueños; el resto serían destruidos. Y sus propietarios harían bien en agradecer la magnanimidad del monarca. Su Majestad desistía de ejercer represalias contra ellos, aunque las pragmáticas reales preveían durísimas sanciones — que podían llegar a la confiscación de bienes, el destierro o incluso la pena de muerte— contra cualquier persona sorprendida en posesión de libros ilegales o prohibidos.

Concluida la exposición del corregidor, llegó el turno del alguacil mayor, don Tadeo de los Ríos; quien, como ejecutor del inventario, abrió las arcas que contenían los 4.290 libros requisados, para proceder a listar el título de cada uno de ellos, junto al nombre del librero que lo tuviera en su posesión. Cumplida la operación, volvió a guardarlos bajo llave para enviarlos al lugar en que se realizaría la inspección.

—¡Doscientos sesenta y cuatro libros! —se lamentó Hernán al oído de Inés. Tal era la cantidad que le habían embargado; sabía que hasta el último de ellos acabaría en la hoguera—. ¡Doscientos sesenta y cuatro, por Dios bendito! ¿Sabes cuánto dinero invertí en ellos? ¿Cómo voy a recuperarme de esto?

Pero de nada servían la indignación ni las protestas. El corregidor y sus hombres habían arrasado las librerías tan solo seis días después de que se firmara aquella pragmática real. Habían actuado sin previo aviso, sin distinciones ni misericordia, como una plaga.

Resultaba obvio que la Justicia no sentía ningún interés por escuchar la voz de los afectados. A los libreros se les exigía por contrato que mantuviesen sus negocios «bien surtidos de libros y otros materiales»; pero los ejemplares del *nuevo rezado* que iban llegando a sus anaqueles representaban una cantidad ridícula en comparación con la demanda generada por las exigencias de la

Corona y la Santa Sede. Y ello se debía, paradójicamente, a la gran cantidad de trabas legales que, emanadas de la misma autoridad que exigía la disponibilidad de aquellos libros, dificultaba su comercialización.

Por falta de licencia oficial, no podían estamparse aún en las prensas de la Corona de Castilla; y los provenientes de los reinos de Aragón, Valencia, Navarra y de Cataluña debían obtener un certificado del Consejo Real antes de ponerse en circulación; así las cosas, los volúmenes procedentes de Flandes no alcanzaban a cubrir siquiera una ínfima parte de la demanda, por mucho que las prensas de Cristóbal Plantino trabajasen sin descanso hasta altas horas de la noche.

Pero nada de aquello parecía importar. Con sus sucesivas pragmáticas, cada vez más restrictivas, el monarca parecía decidido a establecer un control férreo sobre el contenido de las obras que circulaban en sus territorios; o, en sus propias palabras, en «estos reinos que, por la gracia de Dios, son tan católicos cristianos».

«Teme al hombre de un solo libro» había dicho en su día santo Tomás de Aquino. El difunto padre de Inés acostumbraba a repetir aquella frase. Y, por mucho que él se hubiera demostrado indigno de confianza en tantos otros aspectos, algunos de sus actos y palabras sí habían servido para transmitir valiosas lecciones.

La joven miró a su alrededor. Por todas partes sus compañeros de profesión ofrecían muestras de indignación y enojo. Ella sentía una emoción diferente, menos estrepitosa pero más intensa. Las acciones del «prudente y bien amado» rey Felipe parecían encaminadas a reducir el pensamiento de sus súbditos a una sola doctrina, a un solo dogma; a un solo libro. Aquella perspectiva la llenaba de temor.

«Esa arpía de Isabelle Régnier dictó a Adriaan esta carta. Dijo que te traería la paz. ¡Demonios, dijo que hasta podría salvarte la vida!»

Pierre Arbús recordaba, palabra por palabra, aquellas frases de Étienne. Se le habían quedado estampadas en las entrañas con marcas profundas y tinta indeleble. Al escucharlas intuyó que lo arrastrarían con una fuerza arrolladora. No se equivocaba.

Adriaan de Alkmaart siempre había tenido una caligrafía exquisita. Y

aquella misiva, pese a haber sido escrita en un calabozo inquisitorial de Toledo, reflejaba todo el cuidado posible en el manejo de la pluma. El tema a tratar era importante, y el redactor deseaba estar seguro de que sus posibles receptores comprendieran el mensaje.

Por designio de la Providencia, el componedor flamenco ocupaba la celda contigua a aquella en la que se encontraba Isabelle. Ambos habían podido conversar a través de los barrotes.

—Tú eres responsable de esto, «Alejandro» —le recriminó su antigua patrona. Estaba persuadida de que, si en el pasado ella no lo hubiese mantenido en su casa tras averiguar que estaba penitenciado por la Inquisición, nunca habría acabado en Toledo; que seguiría en Barcelona, en su hogar, en su negocio, respetada por sus vecinos.

Mantuvo aquella idea hasta el final; haber encubierto a Adriaan y las flaquezas de la carne: desde su perspectiva, aquellos eran sus únicos pecados. Llegaría hasta la hoguera sin reconocer el error de sus creencias religiosas, convencida como estaba de que a su alrededor todos vivían en la misma hipocresía, la de fingir una fe que no practicaban en lo profundo del corazón.

—Eres responsable —le repetía una y otra vez, con aquella persistencia tan propia de ella—. Y ahora has de hacer algo por mí. No puedes negarte, maldito seas. Me lo debes.

—No sé qué le hiciste, hermano, pero puedo asegurarte que estaba obsesionada contigo —comentó Étienne, llegado a este punto de la narración—. Dijo que esto te mantendría a salvo; que la mentira le abrumaba el alma y que no podía seguir cargando con ella.

Por cuanto él sabía, la esposa del maestro Régnier no había formulado acusación alguna sobre Pierre, pese a las amenazas que profiriera en el pasado. Prueba de ello era el que el joven Arbús aún siguiera allí, en lugar de estarse consumiendo en un calabozo de Toledo, junto a tantos otros compañeros.

—Nadie que yo conozca te acusó, a decir verdad —añadió—. Habiendo tantos culpables, ¿quién va a incriminar a un inocente?

Todos sabían que el gascón siempre había profesado y defendido la fe católica, incluso en un lugar tan proco propicio para ello como el taller de

Régnier, donde su adhesión le había granjeado más de una burla de sus compañeros y de ambos patronos.

—¿Has leído la carta? —preguntó Pierre. Sentía el presentimiento que aquellas líneas portaban un peso abrumador.

—No, muchacho. Es toda tuya. Lo único que sé es que esa arpía insistía en que había cometido un error en el pasado, que debía corregirlo y que Adriaan estaba obligado a ayudarla.

El destinatario la desplegó y la repasó con las pupilas, línea a línea. Fue una lectura rápida. Su autora nunca había sido dada a largos parlamentos.

—¿Qué ocurre, hermano? Has palidecido. —El tono de Étienne revelaba un profundo estupor—. Pensaba que te traía buenas noticias...

Aquella breve misiva lo contenía todo: frases para la esperanza y para la desesperación. Isabelle defendía la inocencia del gascón contra cualquier acusación de herejía... retractándose de las que ella misma había dejado consignadas por escrito.

En efecto, la esposa de Régnier había dictado otra carta, meses antes, cuando estaba consumida por la rabia. La había dejado en manos de alguien que, estaba segura, la mantendría a buen recaudo... y había dado orden a su custodio de que la entregase al Santo Oficio en caso de que a ella le sucediese algo.

Algún tiempo después se había arrepentido de su acción. Entonces pidió al fiduciario que le devolviese el escrito. Pero la Inquisición la había prendido antes de que aquel llegase a hacerlo.

Por eso había pedido a Adriaan que escribiera en su nombre aquel segundo documento. En él se retractaba de todas las falsas imputaciones contenidas en el anterior. Esperaba que aquello bastase para remediar el mal que había comedido, en caso de que el primer testimonio llegase a hacerse público.

Las palabras poseen fuerza, pero nada les confiere tanto poder como el contacto con el papel. El testimonio más comprometedor es aquel consignado por escrito. Isabelle lo sabía. Pierre también. Tenía en sus manos la única reparación que ella podía proporcionarle. Pero, al igual que su remitente, también él ignoraba si aquello sería suficiente en caso de que la primera misiva acabase en posesión del Santo Oficio.

A veces la acusación gana en vigencia a la disculpa. El futuro de Arbús, su vida entera, había pasado a depender del hombre que custodiaba aquella carta.

## SEGUNDA PARTE

### UNA DOCTRINA ESCANDALOSA

Hay en estos reinos muchos libros [...] que contienen herejías, errores y falsas doctrinas sospechosas y escandalosas y muchas novedades contra nuestra santa religión y fe católica.

FELIPE II, pragmática de 7 de septiembre de 1558

En suma, puedo decir ser tal arte [de la imprenta] no solo ingeniosísima y noble, sino del provecho público y particular que se sabe, y así digna de toda honra y estimación. La fatiga de todos sus oficiales es increíble, y no menor la de los autores mientras duran las impresiones de sus libros. Entre unos y otros suele haber no pocas diferencias y voces, nacidas así de las prolijidades de los primeros, como de las remisiones de los últimos; si bien en parte están disculpados por ser precioso en ellos cualquier instante de tiempo para la puntualidad de sus tareas, que suelen ser grandes.

CRISTÓBAL SUÁREZ DE FIGUEROA,  
*Plaza universal de todas las ciencias y artes* (1615)

Sucedió, pues, que yendo por una calle alzó los ojos don Quijote y vio escrito sobre una puerta, con letras muy grandes: «Aquí se imprimen libros», de lo que se contentó mucho, porque hasta entonces no había visto emprenta alguna y deseaba saber cómo fuese. Entró dentro, con todo su acompañamiento, y vio tirar en una parte, corregir en otra, componer en esta, enmendar en aquella, y, finalmente, toda aquella máquina que en las emprentas grandes se muestra. Llegábase don Quijote a un cajón y preguntaba qué era aquello que allí se hacía; dábanle cuenta los oficiales; admirábase y pasaba adelante.

MIGUEL DE CERVANTES,  
*Segunda parte del ingenioso hidalgo don Quijote  
de la Mancha* (1615)

La invención de la imprenta es el mayor acontecimiento de la historia. Es

la revolución madre. Es el modo de expresión de la humanidad renovándose continuamente, es el pensamiento humano despojándose de una forma y revistiendo otra, es el cambio completo y definitivo de la piel de esa serpiente simbólica que, desde Adán, representa la inteligencia.

Bajo la forma de imprenta el pensamiento es más imperecedero que nunca: es volátil, inasible, indestructible. Se mezcla con el aire. [...] Se convierte en bandada de pájaros, se esparce a los cuatro vientos y ocupa al mismo tiempo todos los lugares del espacio y del aire.

VICTOR HUGO,  
*Nuestra Señora de París* (1831)

## I

Por segunda vez en pocas horas, Albertillo se había visto sometido a un interrogatorio. La patrona había aprovechado para ello el tiempo que ambos habían pasado juntos en el almacén aquella mañana, mientras colocaban el pedido procedente de Medina del Campo.

La señora había inquirido largo rato sobre aquel Pierres Arbús al que había descubierto junto al san Cristóbal de la Tapia la noche anterior, y sobre las circunstancias que lo habían conducido hasta allí. Durante el cuestionario el zagal había revelado todo cuanto sabía sobre el francés, y los temores que lo habían llevado a compartir con él aquel secreto que, se suponía, hubiera debido guardar para sí.

—¿Y dices que visita la tienda al caer la tarde? —La joven había interrumpido la realización del inventario. La ronda de preguntas merecía toda su atención—. ¿Crees que vendrá hoy?

—Teniendo en cuenta lo ocurrido ayer, me extrañaría que no lo hiciese, mi señora.

El aprendiz no se equivocaba. Poco antes del anochecer, el gascón se presentó en la librería. Parecía más circunspecto de lo habitual.

Inés había ordenado cerrar la cortina que separaba el mostrador de la trastienda; oculta tras ella, observó al recién llegado mientras este saludaba al muchacho e iniciaba con él una conversación.

Aún no sabía qué pensar de aquel extranjero. El poco tiempo compartido entre ambos la invitaba a creer que podía confiar en él. Mas algo en su interior, algo profundo, le advertía que aquel desconocido debía ser tratado con cautela.

En cualquier caso, necesitaba hacerle algunas preguntas. Atravesó la

antepuerta y se personó en el negocio, al lado del zagal.

—Señor Pierres Arbús, sed bienvenido. ¿Me haríais el favor de acompañarme a la trastienda?

El interpelado así lo hizo. A la luz de la tarde parecía menos amenazador que la noche anterior. Sin embargo, no podía afirmarse que tuviese el aspecto de un hombre inofensivo. Era más fornido de lo que ella recordaba; y en sus modales se apreciaban soltura y determinación.

Lo invitó a que se sentase a la mesa e indicó a Matilde que se retirara a la cocina.

—Sé que anoche no os agradecí como es debido vuestra asistencia. Querría aprovechar la oportunidad de hacerlo. Corristeis un gran riesgo actuando en nuestro favor, y eso es algo que no olvidaré. —Vaciló un instante tras aquellas palabras; el aguijonazo de la duda la espoleaba a seguir hablando—. Aunque no puedo evitar preguntarme por qué lo hicisteis.

—Los recelos constituyen una curiosa forma de gratitud, mi señora Inés Ramírez —sonrió él, sin ofrecer el menor indicio de sentirse ofendido—. Allá de donde vengo, muchos los tomarían más bien por muestra de rechazo.

—¿Allá de donde venís? ¿Os referís a Barcelona o a la Gascuña?

—A ambas.

Pierre poco podía hacer por vencer con palabras la suspicacia de su anfitriona. Las circunstancias de su primer encuentro, después de que él la siguiera de manera furtiva en la madrugada, no ayudaban precisamente. Como ya dijera al presentarse ante la joven, la confianza se cimienta en el buen obrar y el paso del tiempo.

Pero le satisfacía comprobar que ella había hecho averiguaciones respecto a su pasado. Aquello, al menos, sí representaba un comienzo prometedor.

—Habladme de Barcelona. Poco sabemos aquí de la vida por esos lares. Las noticias, cuando llegan, suelen referirse a tragedias. Por ejemplo, el hecho de que se descubriera una temible red de luteranos en las imprentas de aquella villa.

—También se descubrió una temible red de luteranos en las imprentas de esta villa, mi señora. Y puedo aseguraros que los ecos de lo ocurrido llegaron pronto hasta allí. Como bien decís, las noticias viajan rápidas cuando están

espoledas por la tragedia.

Inés contempló sus manos, posadas sobre la mesa. De buen grado habría puesto punto final a aquel tema que solo le provocaba tristeza y desazón. Sin embargo, sabía que si buscaba una respuesta sincera, una reacción del tipo que fuese, tenía que insistir. Aquel era un argumento ante el que su interlocutor no podría permanecer insensible.

—Por cierto que sí. Aunque, tanto en esta villa como en aquella, casi todos los acusados tenían algo en común. Eran franceses. ¿No os parece esa una terrible casualidad?

—Me parece terrible, lo admito. Pero dudo que se trate de una casualidad. —La miró a los ojos, retador, con una intensidad que a ella le resultó difícil de soportar—. ¿Qué opináis vos, mi señora? ¿Creéis que si yo fuese oriundo de estos reinos tendríamos esta misma discusión? ¿Que tendría que justificarme ante vos, como hube de hacerlo al llegar a casa de vuestro cuñado? —Cruzó los brazos sobre el pecho—. Adelante, preguntad sin ambages. ¿A qué tantos rodeos?

Aquellas palabras provocaron que Matilde lanzara una exclamación. Obedeciendo a la patrona, se había retirado a la cocina. Aunque, eso sí, se mantenía cerca de la puerta para escuchar la conversación.

La señora de la casa se levantó, caminó hasta allí y cerró el batiente. Luego hizo lo propio con la entrada de la tienda. Solo entonces volvió a tomar asiento frente al visitante.

La noche anterior él había demostrado ser hombre de palabra. Inés ya sabía que podía confiar en él para transacciones tan comprometedoras como las llevadas a cabo con el Padre Mercedario. Pero sus últimos descubrimientos apuntaban a negocios que encerraban mucho mayores riesgos. Debía asegurarse de que su interlocutor no era de los que, a la menor sospecha, correría a denunciarla ante el Santo Oficio.

—Os lo preguntaré entonces, señor Pierres. ¿Por casualidad teníais tratos con alguno de ellos? Esos hombres y mujeres que acabaron confesando sus culpas... ¿los conocíais?

Arbús apretó la mandíbula. A fe, que había llegado allí con la intención de mostrarse sincero. Pero ella no se lo estaba poniendo nada fácil.

—Los conocía, sí. A muchos de ellos. A los de Barcelona y a los de Alcalá. —Se había inclinado hacia delante para susurrar de forma que solo ella pudiese oírlo—. ¿Queréis saber más? Vivimos juntos durante años, compartiendo techo, comida y sudores. Por vida de Cristo, algunos se contaban entre mis mejores amigos...

Dejó caer los hombros sobre el respaldo de la silla. De repente se sentía exhausto. Había tenido una jornada agotadora en la prensa, tras una noche sin apenas horas de sueño. Pero nada de lo anterior le había resultado tan penoso como esto...

—¿Pensáis que lo merecían? ¿Que el mundo es un lugar mejor después de hacerlos pagar por sus crímenes? El látigo, la cárcel, el remo, la hoguera... — Inspiró una bocanada de aire. Sabía que ya había dicho demasiado, que le convenía contenerse. Pero, por los siete infiernos, que no deseaba hacerlo—. Sus creencias no eran las mías, pero no corrí a delatarlos, como ordenan los dictados de la Santa Inquisición. Es lo que deseabais saber, ¿cierto? Sí, los conocía; y no, no los denuncié. Eso me convierte en culpable. ¿Creéis que yo hubiera debido recibir mi castigo, igual que ellos?

El joven se había sincerado de forma dolorosa. Inés se sintió incapaz de seguir mirándolo a los ojos. Dios sabía que no había pretendido atormentarlo así.

—No. No, mi señor Pierres, no es eso lo que creo —murmuró. Las palabras de su interlocutor le habían alcanzado el corazón—. Y ¿sabéis? Tampoco pienso que ellos lo merecieran.

El gascón volvió a inclinarse hacia ella.

—Decís bien, por vida mía. ¿Quemar vivo a otro ser humano? Nadie se merece algo así. Nadie.

Las manos del joven habían quedado sobre la mesa, muy cerca de las de Inés, que retiró las suyas para ponerlas sobre su regazo.

—Mi hermana y su esposo... ¿saben lo que acabáis de contarme?

Arbús negó con la cabeza.

—Ellos no me han preguntado... No del mismo modo que vos. —Dejó escapar una risa difícil de interpretar—. ¡Qué diantres! Nadie me había sondeado jamás como vos lo habéis hecho. Tenéis un talento especial para

acabar con la paciencia de un hombre.

Sus palabras y su tono robaron una breve sonrisa de labios de su anfitriona.

—¿Insinuáis que un hombre solo se sincera cuando ha perdido la calma? No es un pensamiento agradable, señor Pierres. No creo poder estar de acuerdo con vos.

—¿Y una mujer, decidme? ¿Cuándo se sincera una mujer? ¿Me diréis por qué me habéis invitado a entrar en la trastienda?

Inés se alzó. Era consciente de que se enfrentaba a una difícil decisión. Había estado posponiéndola; pues, una vez que la tomase, no habría marcha atrás.

Necesitaba ayuda. Y todo se reducía a decidir si el hombre que se encontraba frente a ella era el indicado para proporcionársela.

—Anoche, cuando estábamos... —Se interrumpió. Prefería no rememorar los pormenores de la escena—. Anoche recitasteis un poema en latín. ¿Domináis bien esa lengua?

—No tan bien como un bachiller en Artes, por cierto. —Si la joven acudía a él en lugar de a cualquiera de los estudiantes, profesores o eruditos que la Universidad Complutense ponía a su alcance, debía de existir una razón—. Pero la conozco mejor que muchos. ¿Por qué lo preguntáis?

—Tengo unos pasajes que necesitaría traducir. —Levantó la mano para interrumpirlo cuando él se disponía a responder. Necesitaba añadir algo más—. Pero creo que el hacerlo podría ponerlos en peligro.

El francés le dedicó un gesto no exento de ironía.

—¿Os referís al mismo tipo de peligro que correría un hombre que saliera a la calle a medianoche llevando la espada al cinto?

—No. Me refiero al tipo de peligro que correría un hombre que transcribiese textos prohibidos por la Santa Inquisición.

Pierres Arbús enarcó las cejas. Resultaba evidente que aquellas frases lo habían impresionado; aunque, por alguna razón, parecía menos admirado que complacido.

—Tenéis un don portentoso, mi señora Inés Ramírez. Vuestras palabras capturan la voluntad como el canto de una sirena. —Tendió hacia ella la mano derecha—. Sea. Dejadme ver esos textos.

Matilde salió de la cocina portando una bandeja. La señora le había ordenado preparar aloja para ella y vino para el visitante, acompañados de un plato de queso con fiambre y un cuenco de aceitunas. Por cuanto parecía, la reunión entre ambos iba a alargarse lo bastante como para necesitar de un refrigerio.

Por el camino sorprendió al aprendiz, que apostado junto a la puerta de acceso a la tienda, observaba con discreción a la patrona y al extranjero. La sirvienta se acercó a él con una sonrisa de triunfo. El señor Albertillo no solía reprimirse cuando la acusaba de actuar como una entremetida.

—No todos los días se presenta en el negocio mozo tan garrido —comentó, con malicia. Le satisfacía comprobar que ella no era la única interesada en el desarrollo de aquella reunión—. A fe, que a mí tampoco me incomodaría dedicarle largo rato; digo, si no fuera porque prometí a mi hombre que no miraría siquiera a otro varón.

—¿Te refieres a tu famoso prometido? ¿Ese del que siempre hablas pero al que nadie ha visto jamás? —replicó su interlocutor. Era obvio que no había recibido bien el alfilerazo—. ¡Así le parta un rayo! Creeré que existe el día en que me lo tope en carne y hueso.

—Allá vos. Ya dijo Nuestro Señor Jesucristo que son hombres mejores los que creen sin ver —bufó la aludida. Y apartándose de él, rezongó para sí—: «¡Así le parta un rayo!», decís. ¡Así os partan a vos dos! Si no anduviera combatiendo en los ejércitos del rey, mi Julianico os daría un buen sopapo en los morros. Y os estaría bien empleado.

El aprendiz permaneció en su posición de guardia. Matilde era un alma simple. No esperaba que ella comprendiese sus preocupaciones. Comenzaba a sospechar que todo estaba ocurriendo demasiado rápido. Las apariciones del señor Pierres en la tienda, el modo en que el francés se había ganado su confianza, y cómo ahora parecía estar conquistando también la de la señora...

Albertillo recelaba que los acontecimientos se habían sucedido de forma súbita, casi antinatural. Como si el tirador gascón lo tuviese todo orquestado; como si —Dios no lo quisiese— estuviese empleando sobre ellos algún tipo de influjo... o de magia maligna.

Habían transcurrido varias semanas desde que Pierre se encontrara con Étienne Carrier. Su compañero lionés ya debía de haber regresado a su antiguo hogar, a su primera familia. Con toda probabilidad no volverían a ponerse en contacto nunca más, ni siquiera a recibir noticias mutuas por medio de algún conocido común. Era demasiado arriesgado para ambos.

Desde aquel día los esfuerzos de Arbús se habían concentrado en contactar con el hombre que guardaba la carta de Isabelle. Nunca lo había tratado en persona, aunque conocía su reputación. Representaba a uno de los mayores tratantes de Castilla y tenía negocios con varios tipógrafos y librerías barceloneses. Su nombre era Enrique Formil.

Al ser célebre en el gremio no había resultado difícil de localizar. Pierre le había dirigido varias cartas a Medina del Campo. En ninguna de ellas revelaba de manera explícita su situación, convencido de que el receptor, como hombre astuto y versado en los antecedentes del tema, sabría leer entre líneas. Pero sí defendía la conveniencia de tratar el asunto en un encuentro cara a cara. Su destinatario se había mostrado de acuerdo.

Prometió que avisaría al gascón la próxima vez que visitase la villa condal. Y así lo hizo. Cierta día, mediado el mes de enero, Arbús recibió un billete en el que el comerciante medinense le informaba de que se encontraba en Barcelona cerrando algunos negocios. Accedía a encontrarse con el francés el próximo domingo a la salida del sol, justo antes de iniciar su viaje de regreso.

El lugar de reunión se localizaba cerca del portal de Sant Antoni, de donde partía la vía hacia Zaragoza. El tratante justificaba lo temprano de la hora aduciendo que deseaba tomar la ruta lo antes posible y que a la salida le esperaba una ardua negociación con los oficiales de aduanas de la Generalitat.

Cuando, en el día y la hora señalados, el tirador se presentó ante él, Enrique Formil lo saludó con la afabilidad que otros reservarían tan solo a un amigo íntimo.

—¡Ah, el señor Pierres Arbús! —exclamó. Había indicado a su escolta que se mantuviese a cierta distancia, como si el gascón le mereciese la más absoluta confianza—. Justo el hombre al que deseaba ver. Creo que tenemos asuntos que tratar. Venid conmigo. Una mañana tan hermosa como esta invita

a una caminata.

De cierto, la alborada no tenía nada de agradable. El francés vestía su más gruesa capa de paño, y por el camino había tomado un par de aguardientes para mantener el calor. Pero el medinense caminaba como si se encontrase en una soleada jornada de primavera.

—Consideraos afortunado por vivir en este clima —comentó—. Algo húmedo, cierto, pero nada comparable al frío que azota los inviernos de nuestra tierra vallisoletana.

El aludido se arrebujó en su manto.

—Señor Enrique Formil, entiendo que sois un hombre ocupado. Por cierto que aprecio la cortesía, pero ¿os importa si pasamos al tema que hemos venido a tratar?

—*Bien sûr que non*. Pero recordad que la urbanidad es siempre buen negocio. Puede que el cultivarla algo más os sea de ayuda en el futuro.

Se detuvieron. Se habían alejado lo bastante para que el apoderado observase a los mozos que cargaban los fardos en su carro sin que estos alcanzasen a oír su conversación.

—Entiendo que os preocupa cierto documento que en su día me entregara *madame* Isabelle Régnier. Me pidió permiso para dictárselo a uno de mis escribanos, ¿sabéis? Pocas veces la he visto tan encolerizada como entonces.

—Lo imagino. ¿Lo tenéis con vos?

Su interlocutor miró a su espalda, hacia la posición en que había quedado su hombre de armas.

—Creedme si os digo que lo mantengo siempre cerca. Ya comprenderéis que se trata de un texto muy especial.

—No diré lo contrario. Se me antoja uno de esos que da mucho que pensar a quien lo lee.

Enrique Formil realizó un gesto equívoco.

—Dejadme tranquilizaros. Soy hombre devoto de pies a cabeza, como el Cristo de la Paz puede atestiguar. Pero, entre vos y yo... no creo que *madame* Régnier estuviese del todo lúcida cuando dictó vuestro famoso escrito. Por mi parte, no albergo intenciones de hacer perder el tiempo con asuntos como este a nuestros buenos custodios de la Inquisición.

Pierre aspiró profundamente. El aire gélido de la aurora traía sabor a libertad. Hasta aquel momento se había sentido como un náufrago atrapado en el agua bajo los restos de un hundimiento. Al fin, cuando creía estar al límite de lo soportable, había hallado la salida que le permitía respirar.

—Entonces devolvedme esa carta. Ella así lo quiere; puedo enseñaros el manuscrito que lo demuestra. Es tiempo de ayudarla a reparar el error que cometió.

El tratante medinense respondió a aquella observación con una extraña sonrisa.

—Soy buen comerciante, *monsieur* Arbús. Uno de los mejores, como muchos os podrán asegurar. Estaréis de acuerdo conmigo en que no habría llegado a serlo si no supiera reconocer una buena oportunidad de negocio. ¿Habéis oído hablar de las letras de cambio?

El aludido asintió. Por un momento había pensado encontrarse al fin frente a la solución definitiva a sus problemas. Por un instante se había sentido en paz.

Pero ahora la conversación parecía estar tomando un cariz muy distinto. Uno que no le agradaba en absoluto.

—¿Os habéis planteado alguna vez lo difícil que resulta ser buen negociante y buen creyente? —Formil elevó los ojos al cielo, cargados de resignación—. ¿O lo difícil que resulta un préstamo en reinos tan católicos como los de nuestra España?

Por tal razón, añadió, se usaban las letras de cambio. Estas habían creado un sofisticado sistema de crédito que soslayaba la prohibición religiosa de la usura y la justificaban desde los puntos de vista legal y moral. El método exigía dos pagos sucesivos, en diferentes lugares, con canje de una moneda a otra y con la intervención de, al menos, cuatro personas.

—Y eso es lo que *madame* Régnier puso en mis manos, ¿comprendéis? Ella buscaba haceros pagar; y sabía bien que yo era el hombre adecuado para cumplir con tal encargo. —Palmeó el hombro del francés, como haría un amigo comprensivo con otro que acabara de recibir pésimas noticias—. Ahora, *monsieur* Arbús, permitidme explicaros la situación en que os encontráis. Si Dios así lo quiere, vos y yo tendremos la oportunidad de

embarcarnos juntos en negocios importantes.

Tal vez un día, como «legítimo dador», el medinense se decidiría a cobrar la deuda... o tal vez no. En caso de que sí lo hiciese, Pierre debería pagarla de inmediato. Si acaso se negaba, la fatídica carta encontraría el camino hasta la sede inquisitorial más cercana. Y el futuro del gascón no se presentaría nada halagüeño.

Como moneda de cambio se le pediría un favor; uno que habría de cobrarse de una cuarta persona que se le indicaría llegado el momento. De cumplir con lo requerido, su fiador consideraría que había hecho «efectivo el cambio», por lo que le entregaría el documento en discordia. De no ser así...

—Entiendo —lo atajó el francés, sin miramientos. De repente, le parecía que el frío intenso de aquella mañana se le había instalado en los huesos y que se quedaría allí para siempre.

No le quedaba otro remedio que intentar impugnar la valía de aquella maldita «letra de cambio». Una argumentación desesperada; pero, dadas las circunstancias era lo único a lo que podía aferrarse.

—¿Qué os hace creer que ese texto ha de servir de algo? Soy inocente —aseguró—. Isabelle dictó esa carta movida por el despecho. Nada de lo que contiene es cierto, y tengo por escrito una confesión suya en que así lo declara. ¿No pensáis que, de lo contrario, ella ya me habría denunciado? ¿O que lo habría hecho cualquier otro de los muchos que están siendo juzgados por la misma causa?

Enrique Formil le obsequió la mejor de sus sonrisas.

—Rezad por que, llegado el momento, nuestros ministros del Santo Oficio lo interpreten así. Aunque, si os he de ser sincero, yo no confiaría en ello. Ambos sabemos lo vehementes que pueden llegar a ser al sentenciar contra un sospechoso de herejía... y francés, nada menos.

Esperó unos instantes para que su interlocutor sintiera sobre sí todo el peso de aquel argumento incontrovertible. Y luego asestó el golpe de gracia. Hasta el momento, Pierre seguía indemne gracias a que nadie le había señalado. La mirada del Santo Oficio aún no había caído sobre él. Pero ¿qué sucedería si las tornas cambiaban?

Si los inquisidores encontraban un solo indicio que los guiase hasta el

tirador gascón... Poco tardarían en averiguar que había vivido largo tiempo en un nido de luteranos. Que, aun conociendo que practicaban aquella espantosa herejía, no los había denunciado, como era deber de todo buen creyente. Poco importaba que, durante el resto de su existencia, se hubiese conducido como un cristiano ejemplar. Aquel solo detalle bastaría para condenarlo. Y sus jueces lo castigarían con la misma dureza que ya habían mostrado para con sus antiguos compañeros.

El aludido nada podía hacer para rebatir aquella exposición. Se limitó a soltar un voto en su lengua natal, al que el medinense respondió con un guiño alentador.

—¿A qué vienen esas muestras de consternación? Animaos, *monsieur* Arbús. De vos depende que el escrito que tanto os angustia nunca vea la luz. Tenéis mi garantía de que no pienso utilizarlo... a menos que me obliguéis.

El santo padre Jerónimo se había mostrado tajante. En el prólogo de su *De Viris Illustribus* declaraba: «*Discant igitur Celsus, Porphyrius, Iulianus, rabidi aduersum Christum canes, discant sectatores eorum qui putant ecclesiam nullos philosophos et elocuentes, nullos habuisse doctores, quanta et quales viri eam fundauerint, struxerint, adornauerint, et desinant fidem nostram rusticae tantum simplicitatis arguere, suamque potius imperitiam recognoscant.*»

El tirador francés había traducido aquel pasaje del modo siguiente:

—«Que sepan, pues, Celso, Porfirio y Juliano, perros rabiosos contra Cristo; que sepan también sus seguidores, que piensan que la Iglesia no ha tenido filósofos ni hombres elocuentes ni doctores, cuántos y cuáles hombres la fundaron, la construyeron y la adornaron, y dejen de acusar a nuestra doctrina de ser solo rústica simpleza y reconozcan más bien su propia ignorancia.»

El resto de los fragmentos de la obra que hacían alusión al enigmático Porfirio eran mucho más breves. Tal y como Inés había podido interpretar, versaban sobre las réplicas que otros escritores antiguos habían redactado contra aquel filósofo y su obra principal, titulada *Contra Christianos*; algunos

habían demostrado gran empeño en la refutación. El santo padre Eusebio de Cesarea había dedicado a ello una magna obra de veinticinco libros. También Apolinario de Laodicea, el mejor de sus críticos, había necesitado de treinta libros para rebatir las tesis de aquel autor al que, según todos los indicios, se consideraba un peligrosísimo enemigo de la Iglesia.

—¿No os parece extraño? —meditó Inés en voz alta—. Un hombre tan temido por nuestros Primeros Padres... y hoy no queda noticia de su nombre, ni de su obra. Decidme, señor Pierres, ¿vos habíais oído hablar de él?

El aludido se tomó un momento, como si buscara cómo responder a tal pregunta.

—Soy tirador de imprenta, mi señora, no un estudioso de las lenguas ni un erudito versado en la filosofía antigua. Hay muchos nombres y muchos asuntos de los que nunca he oído hablar.

—Tomaré vuestras palabras como un «no». Aunque no estoy segura de que lo sean.

Su invitado sonrió. En un movimiento instintivo alargó la mano hacia el vaso de alcohol. Cuando sus yemas ya lo rozaban pareció recordar algo, y la retiró. A ella no le pasó desapercibida aquella acción.

—¿Qué ocurre? Observo que no habéis probado la bebida. ¿Tenéis algo contra el vino de mi casa?

—No, mi señora. Pero sé que el alcohol no es buen compañero para manejar prensas, y no imagino que haya de serlo para traducir libros.

Sin saber por qué, Inés tuvo la impresión de que su interlocutor no resultaba del todo sincero. Pero él ya le había reprochado en una ocasión sus recelos y no quiso darle motivos para una segunda acusación. No, por cierto, cuando todo lo que había mostrado hasta el momento era su completa disposición a ayudarla.

—Decís bien. Haré que Matilde os traiga algo de aloja, si eso os complace más.

El francés respondió con un asentimiento. Luego repasó los párrafos que ella le había pedido traducir, como si buscara en ellos la clave de algún misterio que hasta el momento hubiese eludido su comprensión.

—Hay algo que no entiendo. Ese hombre, Porfirio, ¿por qué os interesa

tanto?

Inés bajó la vista hacia su regazo. Había estado temiendo y, al mismo tiempo, deseando que él le hiciera aquella pregunta. Hasta ahora no le había mostrado nada demasiado comprometedor. Si daba el siguiente paso, las cosas podrían cambiar por completo.

—Aún no estoy segura —reconoció—. Pero creo que aquí encontraremos la respuesta. O, al menos, parte de ella.

Así diciendo, extrajo la carta que guardaba en el interior del sayuelo. Tras un último momento de vacilación, la tendió hacia el gascón. Le sorprendió comprobar que su pulso era más firme de lo que había esperado.

Él la tomó y comenzó a leer. A las pocas líneas, sus ojos se abrieron de asombro, como si hubieran sido testigos de una aparición sobrenatural.

—¡Por Dios bendito! —Se puso en pie, espoleado por una agitación incontenible—. ¿Es esto cierto, señora? Esta carta... ¿estáis segura de que el hombre que la escribió hablaba en serio?

—Así lo creo. —Su anfitriona intentó responder con tono sereno, pero no lo consiguió. Pierre le había transmitido su ansiedad cual si fuese una enfermedad contagiosa—. ¿Por qué? ¿Qué es lo que contiene?

Tras pedirle paciencia con un gesto, Arbús volvió a sentarse y retomó la lectura hasta llegar al final del documento.

—Este individuo, quienquiera que sea... dice que lo ha encontrado. Y ha tenido que ocultarlo para mantenerlo a salvo. —Regresó a la primera página y señaló con el dedo uno de los pasajes—. Aquí explica... dejadme que os traduzca desde el principio.

Ella tomó la misiva con ambas manos. Al hacerlo, sus dedos rozaron los del joven. No le importó.

—No entiendo. ¿A qué os referís?

—El libro, Inés. *Contra Christianos*, de Porfirio. Todo el mundo pensaba que se había destruido, que estaba perdido para siempre. ¡Pero él lo ha encontrado! —Se aferraba al papel como si este pudiera salvarle la vida—. Por eso redactó esta carta: para indicar dónde se oculta el manuscrito y cómo llegar hasta él.

## II

«La palabra revela lo visible y lo oculto. Es el fruto del pensamiento, el camino a la verdad.»

Frases como esta regresaban una y otra vez a la mente de Inés. Las palabras de aquella carta, traducidas para ella por el tirador francés, la habían cautivado. Ejercían sobre ella una poderosa fascinación, como una música perturbadora y hermosa, cuyos ecos no dejaban de resonar en su memoria.

—¿Y decís que el mensaje era para vuestro esposo? —le había preguntado él, con un deje que no ocultaba cierta incredulidad.

El texto no permitía adivinar mucho sobre la identidad del destinatario. El redactor lo denominaba *Vulcano* y se dirigía a él con expresiones como «mi querido amigo» o «hermano mío», sin mencionar su nombre en ningún momento.

Tampoco el remitente proporcionaba muchas pistas sobre su persona. Se refería a sí mismo como *Mercurio*. En cierto punto, aludía a su residencia en la «muy querida villa de Santiuste». Debía de tratarse de un hombre erudito, versado en la historia antigua y las lenguas clásicas; resultaba evidente su admiración por las letras y el saber contenido en ellas.

«La palabra hablada mira a la inmediatez; la escrita, a la inmortalidad. Quien vive en ella, vive para siempre», afirmaba en determinado pasaje. Algo más adelante, añadía: «Gracias a la escritura, la ciencia del pasado proyecta luz sobre el presente; sin ella, todo sería oscuridad».

La joven había notado que su traductor modificaba el tono al dictarle aquellas frases. Cuando le preguntó la causa, él se limitó a comentar:

Y continuó leyendo sin dar más explicación al respecto.

Si en sus documentos Tonio había usado referencias a criaturas monstruosas para designar a sus asociados, el autor de aquella epístola había hecho lo propio, aunque recurriendo a divinidades del antiguo panteón pagano. Mercurio, Vulcano, Apolo: el mensajero del Olimpo, dios del comercio y los caminos; el del fuego y los metales; el de la música y las artes, identificado con el sol. La primera denominación correspondía al redactor de la carta; la segunda, a aquel a quien iba dirigida; la tercera, a cierto amigo o patrono común, que solo aparecía mencionado en una instancia como «el de largos rayos, que a todos nos ilumina».

Según los indicios, la misiva se había redactado en fecha no muy lejana. Estaba datada el día XXX del mes I, sin mencionar el año. La joven dedujo que debía tratarse del anterior a aquel en el que se encontraban. El estado de la tinta y el papel no permitían concederle mayor antigüedad; y, de ser más reciente, aquel documento no podría haber acabado en manos de Tonio, que había fallecido en diciembre de dicho año.

Aunque *Mercurio* no había llegado a concluir del todo su relato, el contenido parecía indicar que sí había podido llegar casi al final del mismo. La historia contenida en aquellas páginas empujaba al asombro. El propio redactor aseguraba que aún le costaba creer que hubiera descubierto aquella «joya única y maravillosa», que el mundo creía perdida para siempre «en las hogueras de Constantino».

Según él mismo relataba, un día había acudido al «archivo custodiado por los alabarderos» para consultar cierto libro: *De Viris Illustribus* de san Jerónimo. Cuando comenzó a leer el ejemplar de que el encargado le hizo entrega, comprobó, para su sorpresa, que el texto latino —no impreso, sino manuscrito— no correspondía a lo que figuraba en la portada. Daba la impresión de que alguien lo hubiese encuadernado bajo un falso título.

El contenido lo dejó anonadado. Se trataba del más despiadado ataque imaginable contra los principios de la religión cristiana. Ciertos detalles del texto le permitieron deducir la identidad del autor. Fue así cómo comprendió que tenía entre las manos una traducción latina del tratado *Contra Christianos*, de Porfirio: la única copia de aquella obra condenada a la hoguera siglos atrás; de un escrito que se consideraba perdido y que, por vía

milagrosa, resurgía de las cenizas como legado para la posteridad.

«Es nuestro deber salvarla y transmitirla, acabar con el silencio de las llamas», había manifestado su descubridor. Deseaba protegerla para el futuro; para hombres capaces de valorar la extraordinaria inteligencia de su autor; para tiempos en que ni el texto ni el lector se arriesgasen a acabar en la hoguera por las ideas expresadas en aquellas páginas.

Así pues, había decidido copiar frase por frase el contenido íntegro del libro. Según comentaba, acostumbraba a contratar a un escribano para realizar aquel tipo de tareas; sin embargo, esta vez lo había hecho de su puño y letra, convencido como estaba de la importancia excepcional de aquel documento.

Tras varias sesiones de ardua labor había completado el trabajo. Después de aquello no había regresado al archivo durante un tiempo. Cuando al fin lo hizo, pidió ver de nuevo el tratado en cuestión. Pero, para entonces, el manuscrito que él consultara en el pasado había sido reemplazado por una copia del genuino *De Viris Illustribus*. Ante sus reclamaciones, el encargado accedió a mostrarle los restantes ejemplares recogidos en el inventario. Todos correspondían a la mencionada obra de san Jerónimo.

Poco tardó en averiguar que sus muestras de interés por aquel título concreto habían llamado la atención. En los días que siguieron, su lugar de residencia fue arrasado —aparentemente, por una cuadrilla de maleantes que, sin embargo, prestaron gran atención al contenido de su biblioteca y revelaron escaso interés por otros bienes de notable valía—. Aunque, para entonces, él ya había ocultado el manuscrito en lugar seguro. Por tal razón escribía a *Vulcano*, persuadido de que este, en virtud de la amistad y los tiempos compartidos, sabría cómo y dónde encontrarlo.

Pues *Mercurio* temía, de hecho, por sí mismo. Afirmaba sentir «presencias oscuras» que lo perseguían. «Incluso ahora, mientras te escribo, sé que sus ojos me acechan», declaraba; «y pese a los calores ardientes de la estación, me asaltan los escalofríos».

La sensación de amenaza era tan vívida...

Inés podía sentir en sus propias entrañas la angustia de aquel desconocido. Y, al igual que él, la convicción de que alguien más rondaba a la caza de su

secreto. Comenzaba a sospechar, incluso, que tal vez sus perseguidores lo hubiesen alcanzado sin concederle el tiempo necesario para concluir aquella misiva.

Aquel pensamiento la perturbaba; aunque no tanto como el preguntarse cómo era posible que el documento hubiese acabado en manos de Tonio.

—Me arriesgaría a decir que, quienquiera que fuese el destinatario, nunca recibió esta carta —aventuró. En tal caso, probablemente el libro seguía en el mismo lugar en que su descubridor lo había ocultado.

Espoleada por aquella idea, releyó la traducción, buscando en cada palabra una clave, una respuesta en cada frase.

—No soy oriundo de estos reinos, mi señora —comentó el tirador francés—. Mas hasta yo puedo deciros que existen varios sitios con el mismo nombre en tierras castellanas, y alguno incluso más al norte, en la Montaña. ¿Cómo sabréis a cuál de ellos se refiere?

—Porque allí ha de encontrarse un archivo «custodiado por alabarderos».

Estos formaban el cuerpo de guardia encargado de proteger la persona del rey y de acompañarlo en sus expediciones. Tal vez el sitio en cuestión hubiese servido de residencia real durante un tiempo. Eso explicaría aquella referencia tan inusual.

El lugar, por tanto, podría albergar a algún registro administrativo u oficial, quizá de documentos relativos a Palacio o a la Corona; aunque, en tal caso, resultaba de lo más extraño que el redactor de la carta hubiese acudido allí en busca de un título como el libro *De Viris Illustribus* de san Jerónimo...

Pierre observó a su interlocutora. Parecía decidida a seguir adelante con aquel negocio... cualquiera que fuese el precio a pagar por ello.

—Permitidme una pregunta, Inés. ¿No os inquieta pensar adónde puede conducir todo esto? Pensad en el temor, en la angustia de ese hombre... ¿Por qué cargaros con semejante fardo?

Ella lo miró como si no comprendiera.

—¿Por qué no habría de hacerlo, señor Pierres? El hombre al que os referís está pidiendo ayuda con desesperación. ¿Insinuáis que debería negársela?

Su acompañante le mostró las palmas de las manos, en un movimiento apaciguador.

—Dejadme expresarlo de otro modo. ¿Recordáis el último «consejo» que os dio el Padre Mercedario?

La aludida tardó unos instantes en reaccionar ante aquel inesperado cambio de tema. Ciertamente, antes de despedirse de ella, aquel hombre le había preguntado si conocía la identidad del contacto de su difunto esposo, aquel que le proporcionaba las barajas que después Tonio distribuía.

Ante la negativa de la joven, él insistió:

—¿Puedo aconsejaros algo, querida niña? Averiguadlo. Los cielos os han otorgado un talento especial para tales trabajos, ¿no es cierto? Así pues, averiguadlo y hacédmelo saber. Creedme cuando os digo que ello ha de reportaros gran tranquilidad.

—¿Os preguntáis lo que planeo hacer al respecto? —replicó ante la interrogación del gascón—. ¿Es eso lo que deseáis saber?

—No. Mi pregunta es otra, Inés. ¿Pensáis que vuestra decisión al respecto supondrá alguna diferencia? Con vuestra ayuda o sin ella, el Padre Mercedario y sus hombres seguirán con sus negocios. No hay nada que podáis hacer para evitarlo.

La interpelada no dudó siquiera un instante:

—Os equivocáis, mi señor Pierres. Hay una gran diferencia. Tal vez no para ellos, aunque sí para mí. No puedo evitar que en el mundo sucedan cosas que me incomodan; pero puedo evitar formar parte de ellas.

—¿Y cómo sabéis que esto —señaló la carta— no guarda relación con aquello? ¿Y si ambos asuntos están conectados? ¿Seguiríais dispuesta a continuar con el uno y dejar de lado el otro?

Inés consideró aquellas palabras en silencio. Al fin y al cabo, había encontrado la carta en el mismo lugar en que Tonio ocultaba todo lo relativo a sus manejos ilegales. ¿Y si, en efecto, existiera una relación entre todas aquellas cosas?

Volvió a repasar el documento con la vista, una vez más. Al cabo negó con la cabeza.

—Os equivocáis de nuevo. Puedo decir que se trata de asuntos distintos. Muy distintos. Además...

Acudió a su mente una escena sucedida aquella misma tarde. Se dirigía a la

audiencia con el corregidor en un carruaje alquilado, en compañía de Hernán. Durante el trayecto, este no había dejado de recriminarle su decisión de acudir a aquella reunión.

—Hay negocios que justifican medidas excepcionales, primo —le había replicado ella—. Tú eres hombre de mundo. Ya debieras saberlo.

—Hay negocios que justifican toda una vida. Y otros que llegan a justificar incluso varias. No voy a negarlo, querida prima. Pero todos ellos son cosa de hombres. No compete a la hembra tomar parte en ellos.

Acostumbraba a validar afirmaciones como aquella acudiendo a uno de sus refranes favoritos: «Ni espada rota ni mujer que trota.» Inés lo sabía por experiencia. Ya había tenido que hacer frente a aquellas mismas imputaciones decenas de veces. De nada servía argumentar que ella contaba con los conocimientos necesarios para desarrollar su oficio tan bien como cualquiera de sus familiares varones.

Apenas comenzó a manifestarlo así, su acompañante la frenó con un signo furibundo de la mano:

—No sé en qué pensaba tu padre cuando decidió que a María y a ti os convenía aprender a leer y escribir. ¡Por vida de san Jerónimo! ¡Valiente majadería! Mira en lo que viene a parar su empresa: dos hijas crecidas, y ninguna de ellas sabe cuál es su lugar.

No resultaba tarea fácil mantener la compostura frente a Hernán, mas la joven se esforzó por hacerlo; no tanto por consideración hacia él cuanto por respeto a sí misma.

—Tal vez mi padre pensaba en todos los ejemplos del pasado y el presente que demuestran que una mujer leída no es una criatura perniciosa, sino todo lo contrario.

Como muestra, mencionó a Beatriz Galindo, profesora de la reina Isabel la Católica, y experta concedora de los clásicos, a la que apodaban *la Latina*; a Francisca de Nebrija, hija del gran erudito y gramático, quien, a la muerte de su padre, le sustituyó en la cátedra de Retórica de la universidad alcalaína; a Lucía de Medrano, catedrática de Humanidades en la de Salamanca...

Su interlocutor volvió a interrumpirla.

—Escúchame bien, prima. De nada sirve dártelas de bachillera. No

conozco a ninguna de esas mujeres, pero sí a ti. —Había pasado del reproche al desdén—. ¿Quién te crees que eres, dime? Una criatura insignificante, hecha para la obediencia y el silencio.

Cierto: la Inés que su primo había conocido bien podría pasar por una criatura anodina; por obediencia se había dejado arrastrar a un matrimonio que no deseaba; había sufrido el trato brutal de su marido con resignación y silencio. Como hija y como esposa había adoptado el comportamiento que se esperaba de ella. No estaba dispuesta a hacerlo también como viuda.

Aquella Inés pertenecía al pasado, por mucho que Hernán se negase a admitirlo.

Levantó los ojos de la carta para estudiar con ellos al tirador gascón.

—Respondedme ahora vos, señor Pierres. —Recelaba que su oyente pudiera considerar ridícula su pregunta; él que, como soldado, se había enfrentado a la espada y la pólvora; pero decidió formularla de todos modos —: ¿No hay nada que recéis por no tener que escuchar jamás? Una frase, una acusación... Hay palabras que lastiman como armas y abren en las entrañas heridas invisibles.

—Heridas invisibles, ¿eh? A fe, mi señora Inés, que poseéis un talento inaudito para plantear cuestiones endiabladas.

Ahora fue la joven quien sonrió. También su acompañante contaba con sus propios talentos. Los cielos sabían que ella no acostumbraba a divertirse con las bromas masculinas. Hasta la fecha, tan solo Diego de Jaramillo se había mostrado capaz de deleitarla de aquel modo.

—Bien decís —reconoció. Era ya noche cerrada, y ella había abusado más allá de lo prudente de la paciencia y la buena disposición de su visitante.

Mientras se despedían, Albertillo acudió con una lámpara para guiar al oficial tirador hasta la puerta trasera, por donde abandonarían la casa a resguardo de miradas indiscretas.

Cuando el francés se encontraba ya cercano a la salida, se giró de nuevo hacia su anfitriona, como cediendo a un impulso repentino.

—Reconozco que siento curiosidad, Inés. Decidme: ¿qué pensáis hacer ahora?

—No hay mucho donde elegir, señor Pierres —respondió ella, mostrando

un asomo de sonrisa—. Dadas las circunstancias, no me queda otro remedio que identificar esa famosa villa de Santiuste.

Sin saberlo, Inés había dado en el blanco al preguntar al gascón si existía alguna frase, alguna acusación, que él rezara por no tener que oír nunca. Así era, por cierto. La había escuchado en Barcelona, dos años atrás. No iba referida a él.

Había hecho una promesa. Ahora debía cumplirla. Se había comprometido ante su amigo Étienne Carrier a visitar a la mujer a la que este había tomado como segunda esposa, para comunicarle que él la había abandonado y regresado a Auvernia con su primera familia.

Se llamaba Paula. Pierre siempre había tenido en alta consideración a aquella hembra menuda y rechoncha que se enfrentaba a la vida con firmeza, buen humor... y con toda la sensatez de que su esposo carecía.

—Pierres Arbús, no dejes que el porro de mi Étienne te arrastre a sus locuras —acostumbraba a decirle ella—. Recuerda que eres el único capaz de meter algo de sentido común en la mollera de ese mentecato.

En los reinos españoles, el gascón había conocido a muchos oficiales de imprenta de origen francés. Muchos de ellos contaban ya con esposa, e incluso hijos, en su tierra natal. Resultaban muy escasos los que, como el maestro Régnier, traían consigo a su cónyuge. La costumbre más extendida consistía en dejar atrás a la familia original y, con el tiempo, crear una segunda en el nuevo lugar de residencia.

Pierre nunca había aprobado aquella práctica. De hecho, había mantenido con su amigo más de una discusión al respecto.

—Para ti es fácil decirlo, estando soltero —bufaba Étienne—. Te aseguro que si hubieras dado el paso antes de venirme pensarías de modo muy distinto.

—No, no lo haría —respondía él—. Y aún te digo más: Paula se merece algo mejor que tú, cretino; y lo sabes.

Y ahora, tras todo lo ocurrido, Arbús era el encargado de transmitirle aquella devastadora noticia, que ninguna mujer debiera recibir jamás.

En ausencia de su esposo, ella había tenido que recorrer la villa en busca de

trabajo. Como oficial tirador Carrier había ganado sus buenas *lliures*, pero era hombre derrochador y Pierre intuía que no había dejado muchos ahorros.

Se había trasladado de su antigua vivienda en el Call a la zona portuaria. Allí se había empleado como lavandera. Realizaba sus labores en uno de los lavaderos cercanos al portal de Mar.

Era una tarde fría de otoño, una de esas en que la humedad se abre paso bajo las ropas para instalarse en las vísceras como un huésped enojoso. Paula regresaba a casa en compañía de otras dos compañeras. Al divisar al gascón a la puerta del edificio en que ella se alojaba, su expresión se ensombreció.

—¿Has venido para hablarme de él? —preguntó. Antes de que el visitante acertara siquiera a responder, remachó—. ¿Qué busca de mí ahora? ¿Quiere llevarme consigo?

Pierre contestó con un movimiento negativo de la cabeza. Abrió la boca para ampliar la respuesta, pero ella volvió a adelantarse.

—Eso es todo lo que necesitaba saber. —Cerró los ojos durante unos momentos. Cuando los abrió de nuevo, su expresión se había endurecido—. Hazme un favor, Pierres. Dime que ha muerto.

El aludido quedó anonadado. Aquella petición le había provocado una sacudida en las entrañas.

Al comprobar que vacilaba, ella le aferró los antebrazos. Aun a través de las mangas de la camisa y el sayo, Arbús sintió cómo sus uñas se le clavaban en la carne.

—Dime que ha muerto. Es todo lo que pido.

Él asintió.

—Queda tranquila. No volverá jamás, te lo aseguro.

Aquella mujer merecía una oportunidad de rehacer su vida; incluso, si tal era su deseo, de encontrar un esposo que le proporcionara los hijos que Étienne no le había dado. Pero nada de eso sería posible si su marido continuaba vivo, aun en la distancia. Si prefería convencerse a sí misma, convencer al mundo de que él había fallecido... por Cristo, que estaba en su derecho.

Solo esperaba que, de todas las culpas posibles, de todas las cruces que un hombre ha de sobrellevar en el camino de su existencia, nunca hubiese de

cargar con aquella: la de que alguien, para vivir su vida, tuviera que desear que él hubiera muerto.

El mes de octubre traía lluvias y agitación a la villa de Alcalá. El 18, festividad de San Lucas, los integrantes del Colegio Mayor de San Ildefonso elegían a uno de ellos como rector de la universidad durante el siguiente año. Era el día que señalaba el inicio del nuevo curso escolar.

Los estudiantes comenzaban a aparecer alrededor de esa fecha. Al no existir un periodo obligatorio en el que formalizar la matrícula, se iban dirigiendo al oficial del secretario a medida que llegaban para registrarse y empezar las clases; los primeros aparecían en octubre, si bien la mayoría lo hacía a principios de noviembre; y siempre quedaba aún pendiente buen número de «extravagantes» —como se denominaba a los rezagados que se inscribían con posterioridad.

Era el periodo de mayor actividad en la librería; los alumnos acudían a comprar y encuadernar sus libros de texto, diccionarios, manuales de referencia y títulos de lectura, así como adquirir carteras de piel para los documentos y una amplia variedad de materiales de escritorio: papel, libros blancos, cañones, tinta, lacre, obleas, hilo para cerrar cartas...

Por tales razones, Albertillo había puesto gran empeño en tener su proyecto concluido a principios de mes. Después las tareas del negocio se acumularían hasta el punto de no dejarle tiempo disponible.

Había concebido la idea meses atrás. Deseaba realizar un regalo a la señora Inés, una muestra de agradecimiento por el trato generoso y atento que ella siempre le había dispensado. Aunque, dada la penuria de su faltriquera, debía tratarse de algo que él pudiera confeccionar con sus propias manos.

Lo único que podía ofrecer, en consecuencia, era un libro: el primer tomo compuesto por sus propios medios, sin la supervisión de la patrona ni del señor Gabriel. Había puesto gran cuidado en la elección del título, la impresión del ejemplar y los materiales; y aún más en el procedimiento de encuadernación, realizado con la máxima atención y esmero. Para esto último había hecho uso de los elementos que el señor Pierres le había ido vendiendo

a tan asequibles precios en sus sucesivas visitas a la tienda.

Con él envuelto, se dirigió a la habitación reservada a las mujeres. La patrona se encontraba allí, sobre los cojines del estrado, en compañía de la señora Ana y el ama Teodora. Cuando las tareas del taller lo permitían, empleaba las tardes para sentarse junto a su madre y leer para ella alguno de los tratados de devoción a los que esta era tan aficionada.

Ahora, llegado a la puerta de la estancia, el zagal vaciló. En el momento de mostrar el fruto de su trabajo lo asaltaron las más terribles dudas. ¿Y si la labor no estaba a la altura que él pensaba? Casi había completado su periodo de formación; pero, al fin y al cabo, seguía siendo un simple aprendiz...

—¿Qué haces ahí, Albertillo? ¿Sucede algo?

La voz de Inés provocó que el calor se le agolpara en las mejillas. Ya no había lugar para dar marcha atrás.

—Nada, mi señora. Tan solo... Con vuestro permiso, me gustaría entregar algo a la señora Ana.

En un primer momento había pensado elaborar algo para la joven. Pero después juzgó que el mejor modo de complacerla sería dedicar el regalo a su madre, pues nada había que le preocupase tanto como la dicha de su progenitora. Y bien sabía Dios que, en los últimos tiempos, esta no encontraba a su alrededor más que señales de adversidad y motivos para la penitencia.

Se acercó a ella, aún titubeando, y le entregó el obsequio en mano. La homenajeadá lo desenvolvió y palpó con delicadeza el contenido.

El mozo había puesto especial empeño en la decoración de las tapas y el lomo, buscando motivos en relieve adecuados al refinado tacto de la propietaria. Ella habría de disfrutarlo no con los ojos, sino con los dedos. Pensando en aquel detalle, había realizado un diseño algo más ornamentado de lo que dictaban las modas recientes, tendentes a una mayor sobriedad.

La señora Ana repasó los nervios del lomo, gofrados con una paleta de tres hilos, los entrenervios marcados con florones y el tejuelo decorado con florecillas. Las tapas presentaban ornamentos simétricos a base de orlas de perímetro descendente; cada una de ellas combinaba diferentes componentes —motivos vegetales, geométricos, medallones con distintos bustos en su

interior— que contrastaban al tacto, no solo entre sí sino también con las entrecalles vacías. Para asegurar la mayor variedad posible había hecho uso de una buena parte de los hierros disponibles en el taller.

En el centro de la composición aparecía un sol que albergaba el trigrama «IHS»; estaba rodeado por dos círculos concéntricos, entre los cuales se encontraba grabada la leyenda: «*Ad maiorem Dei gloriam.*»

—Mira, madre: es una copia de los *Ejercicios espirituales* —señaló Inés. La aludida acostumbra a quejarse de que su viejo ejemplar se encontraba en estado lamentable. Siempre había sentido una gran devoción por el padre Ignacio de Loyola y la Orden Jesuita creada por él; adhesión que su confesor, el padre Eusebio, se había encargado de nutrir. Aquel título se había convertido en el más leído y apreciado de todos sus libros.

Las lágrimas habían acudido a los ojos de la homenajead. No había en ellas rastro de tristeza.

—Mi querido muchacho —musitó, emocionada—, te lo agradezco tanto... ¡Bendito seas!

Realizó el signo de la cruz sobre la frente del zagal. Él dirigió la mirada hacia la señora Inés, y se sintió invadido por una profunda dicha. Hacía mucho tiempo que no veía en su rostro una sonrisa como aquella.

Caía la tarde, trayendo consigo la promesa de una noche tersa y fresca. Hacía varios días que Pierre Arbús no visitaba el negocio de la viuda de Antonio Lozano. Había oído decir que se estaba convirtiendo en un lugar cada vez más popular entre los estudiantes en busca de libros y material para el nuevo curso. Llamaban a su propietaria «la blanca paloma», y nunca faltaba buen número de ellos en la tienda cuando ella se hallaba tras el mostrador.

El tirador gascón había pensado en visitar el taller aquel mismo día al concluir la jornada en la imprenta. Pero al término de la misma, Úrsula —la más desenvuelta de entre las mozas de la casa— se le acercó y le entregó un billete con un guiño cómplice. Según explicó, se lo había dado Matilde, con quien mantenía una buena amistad. Esta lo invitaba a dar un paseo por la

plaza de la Universidad para, una vez allí, leer el texto contenido en aquel papel.

El francés así lo hizo. Contra toda lógica, esperaba que al llegar al sitio encontraría a la propia Inés, o quizás a alguno de los miembros de su casa. Sus ilusiones, por supuesto, se vieron defraudadas. La reputación de la joven quedaría gravemente perjudicada si abandonaba la vivienda en pleno periodo de luto para dar un frívolo paseo vespertino; sobre todo si la finalidad del mismo era encontrarse con un hombre en un lugar tan concurrido.

No sin cierta resignación, extendió el billete. Contenía un mensaje escueto, escrito en la primorosa caligrafía de Inés: «Llamada en el pasado Alcalá de Santiuste, por el nombre de su patrón».

Al principio no comprendió. Luego, de repente, la revelación lo sacudió con fuerza, como si pretendiera despertarlo de un sueño porfiado.

Como tantos otros sitios, Alcalá de Henares había recibido varias denominaciones a lo largo de su historia. Entre ellas se contaba la de «Alcalá de Santiuste»; la última palabra no era sino una forma popular de referirse a san Justo, uno de los dos santos niños que —junto a su hermano Pastor— se veneraban como patronos y protectores de la villa.

Se componía de tres cuerpos superpuestos y otras tantas calles verticales. El centro de la composición resaltaba por lo profuso de su ornato. Se trataba de la ventana principal de la biblioteca, el verdadero corazón de la institución; el espacio donde se almacenaban los libros que constituían a la vez la savia y el fruto del Saber.

Allí, a plena vista, se encontraba la respuesta al segundo enigma. El gran ventanal estaba custodiado por sendos alabarderos.

El «archivo» al que hacía referencia la carta, en el que el redactor se había encontrado frente al texto prohibido de Porfirio era, por tanto, aquel: la gran biblioteca de la Universidad Complutense.

Las claves para interpretar aquel mensaje cifrado habían estado siempre ante sus ojos; notorias y, sin embargo, imperceptibles.

Pierre miró a su alrededor y sonrió. La tarde declinaba, la plaza iba quedando vacía; colegiales, buhoneros, ganapanes, vecinos... todos regresaban a sus lugares de residencia deseosos de reposar tras las fatigas de

la jornada. Pero él no sentía el menor deseo de descansar. No ahora.

Acababa de comprender las implicaciones de aquella revelación. El manuscrito se encontraba allí, oculto en algún lugar de la villa alcalaína.

### III

«Las mujeres han de ser pacientes para sufrir a sus maridos, madres amantes de sus hijos, amables con sus vecinos, prudentes en materia de honor y ofrecer buena y honesta compañía a sus esposos.»

Inés conocía de memoria aquella cita. Pertenecía a la *Instrucción de la mujer cristiana* del filósofo Juan Luis Vives. Era uno de los libros favoritos de su difunto padre, que acostumbraba a recitarlo en voz alta para la educación de sus hijas hasta que estas tuvieron edad suficiente para leerlo por sí mismas.

La señora Ana, por su parte, había comenzado a instruir las en tales artes cuando ambas eran aún demasiado niñas para comprender sus palabras.

—Las virtudes que se exigen a las mujeres son difíciles porque, a diferencia de las masculinas, se ocultan de la fama —les repetía—. Su dificultad estriba en que son humildes. Florecen en la obediencia, la modestia y el silencio, tras las puertas del hogar.

Ella había crecido oyendo elogios sobre las bondades de los valores femeninos. Entre estos se contaba la paciencia; virtud muy necesaria para sobrellevar las ofensas del mundo y las perpetradas por el esposo.

«El tiempo todo lo cura», afirmaba la sabiduría popular. «El tiempo siempre trae la solución.» Ella sospechaba que, quienquiera que hubiese concebido tales frases, confundía paciencia con pasividad.

Pues la vida corre ligera, como cantan los poetas, y su fugacidad no juega a favor del ser humano. El tiempo no era su aliado, no le proporcionaría por sí solo las respuestas que ella buscaba. Necesitaba encontrarlas por sí misma.

—No dudo que hallaréis la solución, Inés —había asegurado el joven Arbús, en la sola ocasión en que ambos habían podido intercambiar unas

palabras después de la traducción de la carta. El tirador gascón había ido a la librería pretendiendo que acudía a realizar un pedido.

Estaban a comienzos del curso académico; en esta época eran muchos los encargos pendientes, muchos los clientes que se congregaban en el negocio; unos, con sus pláticas incesantes; otros, con sus demandas inaplazables.

Pese a sus deseos, a ella no le había sido posible dedicar al joven francés más que unos pocos minutos a la puerta de la trastienda ante las miradas —ya curiosas, ya impacientes— del resto de los parroquianos.

—Muy convencido os veo, señor Pierres, de que seré capaz de encontrar las respuestas. —Cierto, había averiguado que el manuscrito se ocultaba en la villa. Pero, más allá de aquello, el resto de los secretos guardados en aquella carta seguían resultando impenetrables—. ¿Qué os hace estar tan seguro?

—No sabría cómo contestar a esa pregunta, lo confieso. —El gascón se esforzaba por mantener una actitud circunspecta frente al público congregado en la tienda; pero en sus ojos se adivinaba una sonrisa—. Digamos, simplemente, que soy hombre de fe.

Era una buena respuesta; una que no precisaba de justificación. La fe no se explica a sí misma, pero da explicación a todo lo demás.

Aquellas palabras habían causado una honda impresión en Inés. Hasta aquel momento nadie había expresado tal confianza en ella.

Mas, por sorprendente que se le antojase el crédito que el francés le otorgaba, le resultaba aún más asombroso el que ella le concedía a él. Sus caminos solo se habían cruzado en dos ocasiones. Pero habían compartido mucho en cada una de ellas. Ambos habían revelado secretos profundos; y, con ellos, cada uno había entregado al otro parte de sí mismo.

—Resulta extraño adónde nos conducen las sendas de la vida, ¿sabéis? — En aquel instante, frente a él, podía conceder voz a sus pensamientos—. Creemos que tenemos la vía marcada, que sabemos lo que el mañana nos depara... y, de repente, sucede algo... algo inesperado que nos lleva por derroteros del todo imprevistos.

—Lo imprevisto no siempre resulta perjudicial, Inés. Puede conducirnos a un lugar mejor —respondió—. Y, sobre todo, traer consigo la esperanza.

Los cuatro tipógrafos de la villa complutense se reunían a principios de noviembre. Ponían en común sus experiencias sobre la última feria de Medina del Campo y sus previsiones para el curso universitario que comenzaba.

En esta ocasión la conversación giró largo rato alrededor de los recientes percances sufridos por Andrés de Angulo; quien, en su doble condición de impresor y marchante de libros, se había visto seriamente afectado por las pasadas acciones del corregidor. El oficial de la Corona le había requisado la llave de su almacén, que había permanecido cerrado durante más de dos semanas.

—Se me ha hecho un grave perjuicio, a fe mía —protestó el afectado, tan enardecido como si en lugar de frente a sus colegas, se encontrara reclamando justicia ante un magistrado—. ¿Es ese modo de tratar a un leal súbdito, que siempre ha respetado las leyes del rey?

Ningún otro de sus compañeros se había visto afectado por aquel deplorable incidente. Mas lo ocurrido presentaba tintes preocupantes para todos ellos.

—Seamos sinceros —terció Juan Gracián, que no se arredraba a la hora de expresar su opinión, por controvertida que resultara—. ¿En qué otro lugar se ha visto algo así? Voto a tal, que tenemos buenas razones para criticar al extranjero y loar estos reinos..., pero ¿quién de nosotros no desearía las mismas condiciones de que gozan nuestros colegas de profesión allende nuestras fronteras?

Sospechaba, sin embargo, que aquella opinión no sería del agrado de todos sus colegas. Como era de esperar, Juan de Villarreal fue el primero en alzar la voz.

—Muchas alabanzas canta el maestro Gracián sobre las condiciones de afuera. —Todos conocían su aversión hacia cuanto y cuantos se encontrasen más allá de los Pirineos—. Pero yo digo que también nos vienen de allí muy grandes males. ¿Quién de nosotros no tiene en mente los nombres de aquellos que, desde aquellas tierras de herejes y traidores, nos roban los beneficios de nuestro negocio?

Juan Gracián era el único extranjero de los allí presentes, pero sabía que las

invectivas de su colega no se dirigían contra él. Ambos mantenían relaciones cordiales, y, en virtud del mucho tiempo que el navarro llevaba residiendo en la Corona de Castilla, su tocayo lo consideraba ya como «natural de estos reinos».

Las raíces de aquella malquerencia eran profundas, y bien conocidas de todos. Solo uno de los impresores que operaban en la villa alcalaína procedía de allende las fronteras, pero en otros lugares de la península la situación resultaba muy distinta. En Barcelona, por ejemplo, los dos mayores tipógrafos de los últimos años, Claudi Bornat y Pierre Régnier, eran de origen francés.

—Cabría plantear la cuestión al bueno de Plantino —opinó, con sus maneras humildes, Sebastián Martínez—. Estoy convencido de que él tendría algo que opinar al respecto.

Aquel competidor estaba bien presente en la mente de todos. Los privilegios que el rey seguía concediendo al impresor flamenco perjudicaban, y mucho, a sus análogos de los reinos peninsulares. Su *officina* de Amberes no solo gozaba de una posición geográfica envidiable en el corazón de Europa, sino que, además, contaba con veintidós prensas, capaces de estampar cuarenta mil pliegos al día.

—No me refiero solo a los compañeros de profesión, maestro Martínez —recalcó Villarreal—. La invasión de extranjeros va mucho más allá de nuestro círculo.

Pues los mayores libreros que operaban en la península, aquellos que manejaban las importaciones y los grandes pedidos, provenían también de allende las fronteras. El francés Benito Boyer era buen ejemplo de ello. Los marchantes de libros foráneos —y, en especial, las grandes familias de Lyon —, controlaban el comercio del libro en los reinos hispánicos a través de sus apoderados en Medina del Campo.

—Murmurad contra los forasteros cuanto queráis, maestro Villarreal —intervino Andrés de Angulo con su habitual suficiencia. Acostumbraba a hablar como si cada una de sus frases encerrase una verdad inapelable—. Pero habéis de saber que solo la mitad de mis oficiales son nacidos en nuestros reinos. Y no me pesa contratar a los que llegan de afuera, pues no se

encuentran acá muchos que sean hábiles y suficientes en el oficio.

Era el mayor y más próspero impresor de la villa. En su taller de cuatro imprentas trabajaban dieciséis hombres; seis de ellos eran franceses, uno flamenco y otro portugués.

Aunque —pese a sus pretensiones— sus opiniones no siempre resultasen irrefutables, justo era darle la razón en algo: había dificultades para hallar oficiales nacidos en las coronas hispánicas que estuviesen bien formados y se mostrasen competentes en las labores de impresión; de ahí se seguía el que en las prensas se encontrasen tantos trabajadores de procedencia extranjera.

—A fe mía que decís bien, maestro Angulo —lo secundó Sebastián Martínez. No solía mostrarse de acuerdo con su colega, pues los intereses de ambos rara vez coincidían. El primero regentaba el más floreciente taller del lugar, mientras que las instalaciones del segundo solo comprendían dos prensas, una de las cuales se hallaba en desuso. Mas ninguno de los tres oficiales contratados para mantenerla en funcionamiento era de origen castellano; contaba con un portugués, un catalán y un flamenco.

—Allá vosotros con vuestros pareceres, amigos míos —se desentendió Juan de Villarreal, cuya aversión hacia todo lo extranjero reflejaba el sentir general de los vecinos de la villa—. Recemos por que no haya de volver a traer problemas con los tribunales del Santo Oficio.

Cierto era que tanto Andrés Angulo como Juan de Villanueva —el predecesor y actual socio en el negocio de Gracián— habían sufrido las consecuencias de los recientes procesos inquisitoriales. En los últimos dos años buena parte de los oficiales de sus respectivas plantillas —casi todos ellos franceses y algún que otro flamenco— habían sido juzgados y condenados por herejía; otros habían huido, abandonando las prensas sin previo aviso al recibir noticia del arresto de Guillame Herlin.

—Poco importa la cuna del hombre, mientras sea competente en sus funciones —reiteró Angulo, siempre inamovible en sus dictámenes—; que también en nuestra tierra abundan aquellos que no sirven para la labor. Mirad si no a los autores; pocos hay que traigan los originales bien corregidos, o con la ortografía y puntuación que conviene. ¿Y qué decir de los correctores? Entre ellos abundan los muy ruines, que sacan los libros plagados de yerros y

malos apuntamientos. Sería muy necesario que anduviesen más regulados y no pudiese trabajar de ello cualquiera, sino solo las personas ratificadas para ese efecto por Su Majestad o por una de las universidades aprobadas en estos reinos.

Aquella teoría, que no dejaba de exponer a la mínima ocasión, era bien conocida del resto de sus colegas. Tendía a atribuir el mal estado en que las obras salían al mercado a toda persona relacionada con la edición de las mismas... exceptuando a quienes trabajaban en el taller de impresión.

Tales razonamientos eran práctica común entre los tipógrafos. Si Juan de Villarreal culpaba a los extranjeros de todo cuanto funcionaba mal en las prensas españolas, Sebastián Martínez se apresuraba a rebatirlo y a exponer su propio criterio:

—Cierto es que los libros impresos en Francia tienen más salida y venta que los nuestros. —Al igual que Gracián, también él había vivido un tiempo en las regiones galas—. Pero no debemos culpar de ello sino a nuestro papel; que en estos reinos no lo tenemos tan bueno ni tan barato, ni en tanta abundancia como allá.

No le faltaba razón. El «papel de la tierra», el elaborado en las comarcas hispánicas, resultaba ser de pésima factura. Los molinos encargados de su fabricación utilizaban trapos de espantosa calidad y una gran cantidad de cola, a partir de lo cual se obtenía un producto tosco y rugoso, de tono ocre o amarillento, que solía utilizarse para obras literarias o de carácter popular. Los buenos pliegos —los de mejor textura y resistencia, blancos y suaves, como el «papel de corazón» de Génova—, provenían de tierras galas o italianas, y el costo de su importación encarecía muchísimo el producto final. Así pues, toda buena edición salida de una prensa española tenía un precio incapaz de competir con otra de similares características estampada en el extranjero.

Para Juan Gracián, estos y otros razonamientos no eran sino palabras vacías. Todos sus compañeros de oficio tenían sus opiniones sobre las causas del mal estado de la imprenta española y de los deficientes productos asociados a ella; y no escatimaban, por cierto, quejas al efecto. Pero ninguno intentaba remediar siquiera un ápice la situación.

Cierto, en el actual estado de cosas concurrían muchos factores: la escasez, mala calidad y altos precios del papel; la falta de medios generalizada, que impedía renovar unos equipos ya vetustos; las licencias y privilegios que la Corona concedía a ciertos tipógrafos extranjeros en detrimento de los peninsulares; la necesidad de importar títulos y materiales a través de marchantes extranjeros que monopolizaban y encarecían el mercado; la mala formación de los oficiales, la incompetencia de los autores, la escasez de correctores... y a ello se sumaba una legislación engorrosa que dificultaba aún más las labores tipográficas.

Mas Juan Gracián no era de los que evitaban sus responsabilidades. Por adversas que sean las condiciones, todo hombre puede mejorarlas si se centra en reparar aquello que está a su alcance.

Por eso él ponía gran cuidado en las labores tipográficas. Deseaba que los ejemplares de sus prensas destacasen por su calidad. Lo cual no resultaba nada fácil, habida cuenta de las grandes carencias a que se enfrentaba. De ahí que su taller presentase ciertas diferencias respecto a los de sus colegas.

En su primera época, cuando comenzaba a ejercitarse en los rudimentos del oficio, prestaba gran atención a las palabras de los restantes empleados. Era queja común el hecho de que los tipógrafos no pasasen apenas tiempo en el taller. Los oficiales defendían que ellos eran los verdaderos artistas, los que se encargaban de la mayor parte del trabajo, con su sudor, su talento y su destreza; que los maestros se limitaban a actuar como simples proveedores y mercaderes, negociando contratos de edición y suministrando materiales, herramientas y equipo. Su único interés consistía en enriquecerse a costa del esfuerzo y la pericia de sus asalariados.

En aquellos tiempos se prometió a sí mismo que, si alguna vez lograba hallarse al frente de una imprenta, nunca daría lugar a que sus hombres lo acusasen de aquella misma falta. Ciertamente, sus funciones le exigían ausentarse en ocasiones de las instalaciones; pero procuraba pasar tanto tiempo como fuese posible sentado frente a la mesa de componer. A diferencia de muchos de sus colegas, él no pertenecía a una estirpe de impresores, ni había heredado la empresa familiar tras formarse para dirigirla en aulas y despachos. Había pasado gran parte de su vida estampando libros,

componiendo pliego tras pliego, primero como aprendiz y luego como oficial.

—Felicitaciones, maestro —le había dicho su antiguo patrón y actual socio, Juan de Villanueva, el día en que el navarro firmó la adquisición de su mitad del negocio—. Se acabaron para ti los chibaletes, las mesas y las tabas de imponer. Desde hoy pasarás tu tiempo como un verdadero hombre de negocios.

Se equivocaba. El maestro Gracián no había abandonado los instrumentos de la profesión. Sentía gran respeto por ella, y seguía ejerciendo como componedor en el taller.

Eso le permitía revisar los textos en el momento de su elaboración y reducir los errores que tanto abundaban en las estampaciones de otros colegas.

También había optado por otra práctica poco habitual. Los maestros impresores contrataban a tres empleados —un componedor, un tirador y un batidor— por cada una de sus prensas. Él había decidido duplicar el número de los primeros; en sus instalaciones trabajaban cuatro componedores, incluido él mismo: dos pares de ojos para vigilar la colocación de las letras en la galera y revisar cada pliego. Un mayor número de trabajadores encarecía los costes de edición, pero aseguraba un mejor resultado final.

Deseaba que su imprenta fuese reconocida por su calidad técnica y su pulcritud, que de ella saliesen obras dignas de reconocimiento y admiración. Cuando, un año antes, había expuesto aquel pensamiento ante su socio, este lo había acogido con cierto recelo.

—Es una meta loable, a fe mía, pero no te dará con qué llenar la olla —le previno. Acostumbraba a repetir que la primera regla de un maestro, su mayor prioridad, era alimentar las prensas y a quienes de ellas dependían—. No olvides cuáles son los pilares que sustentan el negocio.

Juan Gracián era bien consciente de ello. En los reinos hispánicos, los tipógrafos sobrevivían gracias a la producción de folletos, octavillas, formularios redactados por la administración civil, la eclesiástica y la del Santo Oficio, pragmáticas y textos legales; y gracias al éxito de que gozaban las reediciones de ciertas obras piadosas o de entretenimiento popular. En aquellos lugares privilegiados que —como la villa complutense— contaban

con un centro académico, podían recurrir además a los títulos asociados a la enseñanza universitaria.

Pero él aspiraba a más. No se contentaba con la política de su predecesor y socio, que se había especializado en la producción de folletos, o en la de su colega Sebastián Martínez, cuyo modesto taller se centraba en obras de pequeño tamaño. Deseaba emular a Andrés de Angulo, de cuyas excelentes instalaciones salían textos elaborados, de gran formato y abundante número de páginas.

—La nuestra es un arte divina, que ha ayudado a formar grandes hombres en todas las materias y a encumbrar las Artes y las Ciencias —había argumentado ante su esposa, en cierta ocasión—. Pero aún quedan por traer a nuestra lengua escritos de grandes maestros de nuestro tiempo, que tratan de sus materias con excelencia y verdad. Piensa, por ejemplo, en la *Arquitectura* de Vitrubio. Podría ser de gran utilidad para los artífices de nuestros reinos, si hubiera quien la tradujese a la lengua castellana y quien se determinase a estamparla.

—El negocio se me antoja arriesgado, marido mío —respondió ella, con la misma visión práctica con que manejaba los asuntos de la casa—. Más valdría poner en las prensas algunos libros de caballerías. Y, cuanto más voluminosos, mejor; que de seguro se venderían como rosquillas pese a costar sus buenos ciento cincuenta maravedíes. Mientras que tu *Arquitectura* se quedaría a criar polvo en los anaqueles, así la vendieses a dos reales.

Él se había mostrado escandalizado ante la idea. Aquellas ficciones absurdas, con sus tramas disparatadas y su enmarañada prosa, representaban lo opuesto al tipo de obras que él aspiraba a financiar.

Además, aquellas ya no estaban de moda. El rey Carlos, padre del actual monarca, sí había mostrado gran afición por aquellas fantasiosas historias de caballeros; pero su hijo las tenía por muy perniciosas, y como tales eran tratadas por toda persona cortesana y de buen gusto.

—Sopesa bien tus palabras antes de hablar, mujer. Esos libros no solo son tenidos por vulgares en opinión de las grandes mentes, y con razón; también son ya cosa del pasado.

María Ramírez no se dejaba convencer con facilidad.

—Pues yo digo que tus grandes mentes se cuentan con los dedos de una mano, Juanillo. No vas a hacer acopio de doblones estampando libros para los pocos, sino para los que crean legión; y esos son las mentes pequeñas. — Puso los brazos en jarras—. Ya pueden decir misa los señorones de la corte, que los vecinos del barrio seguirán desahogando la mente con sus cuartillos de vino y sus hazañas de caballerías. Hazme caso a mí y déjate de *Arquitecturas*; que son muchos los que buscan historias llenas de aventuras y están dispuestos a pagar por ellas sus buenos dineros. Bien estará que haya alguien dispuesto a darles lo que piden.

El aludido no pudo evitar sonreírse. Su esposa no se mordía la lengua cuando se trataba de llevarle la contra. Pero aquella faceta de María no le desagradaba. Ella se mostraba tan vehemente para cumplir sus labores maritales como para exponer sus opiniones.

Tampoco él se contaba entre aquellos que vacilan al expresar lo que piensan. Sus compañeros tipógrafos podían dar buena fe de ello. Juan Gracián sabía muy bien lo que buscaba para su negocio. Y no cejaría hasta conseguirlo.

Entre la documentación que el difundo marido de Inés guardaba en su arqueta había un escrito que, en principio, ella había desechado. Se trataba de una especie de borrador que contenía vocablos latinos y letras sueltas, garabateadas con prisa, carentes en apariencia de todo sentido.

Pero ahora la joven sabía que había una explicación para semejante papel. Todas las palabras allí contenidas se encontraban en la carta de *Mercurio*. Era evidente que también Tonio estaba buscando la clave que le permitiera descubrir el paradero del manuscrito oculto; y que había llegado a la misma conclusión que ella: la respuesta se hallaba repartida en las frases de la propia misiva.

«La palabra revela lo visible y lo oculto. Es el fruto del pensamiento, el camino a la verdad.» Así lo había declarado el redactor. Inés intuía que la respuesta, por tanto, se encontraba en el discurso que él había dejado por escrito; que, para aquellos que supieran entenderlo, este «revelaba lo oculto»

y constituía «el camino a la verdad».

Probablemente el destinatario poseía algún tipo de clave que le permitiría recabar los datos velados. Pero ella no contaba con nada semejante. Y todos sus intentos por descifrar el mensaje contenido en el papel se habían revelado infructuosos.

No había tenido otro remedio que rendirse a la evidencia: necesitaba más información; algo que la ayudase a seleccionar los términos adecuados, a diferenciar cuáles de ellos eran prescindibles y cuáles contenían significado.

Había anunciado que traía noticias. Y, por tediosas o adversas que estas resultaran ser, ella encontraría el modo de animar el ambiente. Las veladas con su hermana nunca pecaban de aburridas.

María había venido a anunciarles que uno de los oficiales de su marido — un andaluz llamado Francisco Gómez— iba a casarse en pocos días.

La ceremonia se celebraría en la iglesia de San Justo. Mas no era ese un detalle que interesase demasiado a la narradora, poco inclinada a los fastos religiosos. En contraste, sí se explayó al describir los agasajos que vendrían después. Se recreaba en ellos ofreciendo tantos pormenores como si el evento ya hubiese tenido lugar.

El convite que seguiría a la boda entre Frasquillo Gómez y su bella Marta se celebraría en el mesón que la madre de la novia regentaba en la calle de los Carros. Ya se rumoreaba que, como representante del gremio de hospederos, a la mesa de la susodicha no faltarían sus buenas raciones de novillo, sus ollas de liebre y gallina, su pan en abundancia, sus generosos zaques de vino ni sus frutas de sartén, bien nutridas de aceite y miel.

—La futura suegra hará bien en esmerarse en el banquete —comentó María—. Pues a fe que no le faltan razones para celebrar. Bien puede dar gracias a la Virgen del Val por el mozo que, en una romería, quedó prendado de su niña. Jornales tan provechosos como el de un oficial batidor no abundan en nuestra villa.

—Un buen jornal no basta para hacer un buen marido —le contestó Inés. Ambas estaban sentadas sobre almohadones en el estrado de la elegante sala

de recibir femenina que, un par de años antes, el difunto Antonio Lozano acondicionara para su flamante esposa.

—No basta, cierto, pero algo sí remedia —fue la respuesta de la visitante, que no acostumbraba a ceder terreno en sus opiniones—. ¿O qué? ¿Nosotras hemos de vivir del aire? Ninguna mujer de seso se arrima a quien gana dos blancas pudiendo elegir a quien gana dos reales. Incluso madre, con todos sus fervores y remilgos místicos, habrá de darme la razón en eso.

La aludida, acomodada entre sus dos hijas, encogió el ceño ante las afirmaciones de su primogénita.

—Palabras como esas no aprovechan a quien las escucha. Y menos a quien las pronuncia. Bien lo sabes, María.

—Un buen jornal sirve de poco si no se hace de él buen empleo —terció Teodora. Se mantenía algo apartada de la señora Ana y sus hijas, empleada en labores de bordado. Pero tales faenas no distraían su atención de la conversación entre aquellas.

—Por eso no hay que temer, que la suegra ya sabrá dar buen uso a los caudales del yerno —replicó la visitante, sin ocultar su displicencia ante la intervención del ama—. De aquí a unos meses, ya veremos si Frasquillo Gómez sigue teniendo voz en el manejo de sus dineros.

—Poco crédito das al pobre novio —bromeó Inés. En sus labios bailaba una sonrisa.

—El que merece, ni más ni menos. —Su invitada le dirigió esa mirada tan suya, aplastante como un tórculo—. ¿Y tú, chiquilla? ¿Vas pensando ya en un buen partido? De seguro, tú sí puedes aspirar a algo mejor que un batidor de imprenta.

—Tratar ese tema no es propio de voluntades piadosas —protestó el ama, tan acalorada como si aquella pregunta, a todas luces indecorosa, fuese dirigida a ella—. Todavía faltan semanas para que mi señora pueda pensar en desprenderse de algunas de sus ropas de luto. Y, aun entonces, no le hará daño el conservarlas. Un duelo riguroso de por vida hace a una mujer digna y respetable. La mayor decencia para una viuda...

—Andaos a un convento con vuestros melindres, Teodora —la interrumpió María. Esta vez no se molestó en disimular un ápice su irritación—. ¡Bonita

estampa íbamos a tener si cada hembra que pierde un esposo, o un hijo, o un padre, o un hermano, hubiese de cubrirse de negro y encerrarse como un alma en pena durante el resto de sus días! Y en cuanto a decencia... ¿Por qué ese empeño en repetir que la viuda que se enclaustra en un convento o la que porfía en no volver a casarse ha de ser más decente que la que acepta a un nuevo esposo? Pues, ¿no es el matrimonio uno de los siete sacramentos de la Santa Madre Iglesia? ¿A qué convertirlo en algo pecaminoso? —Sus vistosos pendientes de oro y perlas se mecían al compás de su indignación—. ¡Pues solo faltaría que las casadas hubiéramos de agachar la cabeza como quien carga con un pecado merecedor de confesión! Hay decencia en el matrimonio, señora mía, ¡ya lo creo que sí! Hasta en aquello que más se reprende, el holgar juntos marido y mujer.

Si el rostro de Teodora solía presentar el color de la cera, aquellas frases provocaron que palidciera aún más, como si el espíritu, espantado, le hubiese huido del cuerpo.

—¡Válgame el cielo, María...! —protestó consternada la señora Ana. Su hija no pareció darse por enterada.

—Pues ¿qué? ¿Hemos de fingir que por ser mujeres no gozamos de ello lo mismo que los hombres? ¿Que no es uno de los pocos entretenimientos que nos trae el matrimonio? —exclamó—. Y a esos que tanto vociferan en contra... a esos les pregunto yo: ¿dónde estarían ellos si antes no hubiese habido ayuntamiento entre sus padres? ¿De dónde salen los fieles que llenan los templos y las arcas de nuestra Santa Madre Iglesia, las monjas que rezan en la clausura, los sacerdotes que predicán desde el púlpito, las beatas que hacen donaciones para nuevas parroquias y conventos? ¿De dónde, sino de ese acto innombrable que, según todos ellos, sería preferible no realizar?

Teodora, incapaz de pronunciar palabra, había clavado en su interlocutora una mirada fulminadora. Sus facciones revelaban que vería más que justificado que los cielos, en su justa ira, la convirtiesen en una estatua de sal, como en su día hicieron con la esposa de Lot.

Inés, por su parte, optó por ignorar la diatriba. Era el mejor recurso frente a los arrebatos de su hermana.

Por lo demás, prefería no prestar oídos a las maledicciones de las corralas y

plazuelas del vecindario; pero sabía que las comadres murmuraban. Dueñas y mozas se preguntaban qué ocurriría cuando, tras un conveniente periodo de duelo, la viuda de Antonio Lozano volviese a estar en disposición de procurarse un hombre; discutían sobre si tardaría mucho o poco en buscarse otro marido que la amparase y le llevase las riendas del negocio.

Muchos varones —y no pocas mujeres— consideraban que la única preocupación de una joven debía ser la búsqueda de esposo. Ella no deseaba tener que explicar, siquiera a su familia, que no compartía tan absurda opinión. Había comenzado a albergar la convicción de que, contra lo que le habían inculcado desde su nacimiento, no precisaba de un varón a su lado para merecer respeto. Había comenzado a apreciar el valor de su propia dignidad.

Por otra parte, tampoco podía confiar a nadie que, en aquellos momentos, eran muy otros los asuntos que le preocupaban. Ella, Inés Ramírez, era custodia de un secreto que podía afectar el destino de incontables almas; tal vez, incluso, el de la propia Cristiandad.

La carta que se ocultaba bajo su sayuelo era testigo de ello; el recordatorio perenne de un secreto mucho más importante, mucho más trascendental, que la mezquina búsqueda de un hombre.

«Teme al hombre de un solo libro.» En los últimos tiempos, la frase de su padre parecía haber reforzado su sentido original. Ella podía ofrecer a muchos una verdad hasta ahora desconocida; un testimonio antiguo y poderoso, una voz nueva que auguraba una mirada distinta. Eso significaba un soplo de libertad. Todo cuanto el mundo le brindaba en respuesta era un yugo para bajar la cabeza ante la vara de otro esposo, una cadena de servidumbre.

—Se comenta en la villa —señaló, mudando de tema— que está siendo un feliz año para las prensas del maestro Juan Gracián. Paréceme, hermana, que corren buenos tiempos para el negocio de tu marido.

María retrajo los labios, mostrando los dientes igual que un gozque que olisquea en lontananza un peligro aún indefinido.

—No olvides, chiquilla, que esta tierra nuestra está colmada de cortesanos, señorones, ministros y prebendados. Y, como parásitos que son, todos

engordan a base de los negocios ajenos. Nosotros trabajamos; ellos nos despojan de nuestros dineros. De aquí a que acabe el año, verás como algún alguacil nos aporrea la puerta con nuevas exigencias. Impuestos y pragmáticas; esas son sus armas. —Lanzó aquellas palabras, que los restantes vecinos de la villa no se atreverían siquiera a susurrar, con la voz y la frente bien altas—. En nuestra amada Castilla, los buenos tiempos no duran para quien ha de ganarse el pan con el sudor de su frente.

## IV

Lo que se rumoreaba en la villa era cierto. Corrían buenos tiempos para la imprenta de Juan Gracián. Las dos prensas de su taller trabajaban sin descanso. Durante el presente año había estampado un buen número de obras en latín, casi todas de carácter religioso: tratados de Jerónimo Osorio, Alfonso de la Vera Cruz y Rodrigo Fernández de Santaella.

Albergaba grandes propósitos para el año que pronto comenzaría. Planeaba elaborar diversos tratados de aritmética, geometría, astronomía y filosofía natural, de gran formato y alta calidad. Por fin comenzaría a hacer realidad aquel sueño que tantas reticencias despertada en su socio y hasta en su propia esposa: dar cabida en su taller a las ciencias y ayudar así a divulgarlas entre los eruditos y artífices del reino, a los que buena falta hacían nuevos títulos de tales materias.

Si todo continuaba como hasta ahora, tal vez alcanzaría incluso a hacer realidad su mayor anhelo: financiar la compra de la mitad del negocio que ahora estaba en manos de su antiguo patrón, Juan de Villanueva; convertirse en dueño único de aquella imprenta; y después, trasladarla a una mejor ubicación, en una zona prestigiosa de la villa, más cercana a la Universidad. Tal vez en la propia calle de Guadalajara, cerca de la puerta de la muralla...

—Mira bien adónde vas a parar con tus fantasías, marido mío —le había advertido María—. Ten en mente el caso de aquella doña Truhana.

Él conocía bien aquella fabulilla de la campesina que, mientras se dirigía al mercado a vender la olla de miel que llevaba sobre la cabeza, comenzó a imaginar las ganancias que obtendría por ella; y cómo compraría con aquellas una partida de huevos, de los que nacerían gallinas, con cuya venta compraría ovejas... y así, comprando y vendiendo, se vio más rica que ninguna de sus

vecinas y admirada por todas ellas.

Aunque, por desgracia, las cosas no habían resultado del modo que ella esperaba...

—¿Qué insinúas, mujer? ¿Que acabaré dejando caer por tierra mi olla de miel y, con ella, todas mis esperanzas?

Él había seguido trabajando jornada tras jornada, con esfuerzo, pasión y orgullo. Cada día daba gracias a Dios por concederle fuerzas y salud para seguir adelante; y por permitirle ganar su pan y el de toda su casa mediante aquella arte digna de respeto y admiración que tanto bien hacía a los hombres.

Gabriel marchaba con paso apresurado. Regresaba de un encargo engorroso, y deseaba llegar al taller lo antes posible para ponerse a la tarea. Era mucho el trabajo acumulado. En años anteriores, se hubiera podido alegar que tal provisión de encargos se debía a las fechas en curso, al hallarse tan reciente el inicio del periodo universitario. Pero ahora no había cabida para tal excusa. La causa era muy otra. Y tan evidente que saltaría incluso a los ojos de un ciego.

Otros se hubiesen mostrado encantados de que la librería prosperase de tal modo. Mas él, como hombre honrado y recto cristiano, no era de los que ponían buena cara a los dineros que llegaban empañados a causa de su origen censurable.

Al fin y al cabo, resultaba ser el único oficial del lugar. El maestro Lozano había fallecido meses antes; Albertillo aún no había concluido su asiento de aprendiz. En virtud de la calidad de su labor, de su dedicación sin tacha y del mucho tiempo que llevaba empleado en el negocio, parecía de justicia que, al cabo, fuese él quien acabase heredándolo. Él, Gabriel de Aguilar; y no una moza que, como toda hembra, carecía de las entendederas necesarias.

—La maldita viuda y sus insolencias —acusaba, apenas la ocasión lo permitía, entre sus conocidos y compañeros de oficio—. El tiempo dirá si no ha de arrastrarnos a todos de lengua en lengua. ¡Que el diablo la lleve!

Si el maestro Antonio —que Dios lo tuviese en Su gloria— anduviese aún

entre los vivos, de cierto no hubiese permitido que su mujer se desmandase de tal modo. ¡Bueno era él para meterla en vereda!

—El buey suelto bien se lame —le había respondido entre risas uno de sus compadres—. Mas pierde cuidado, que no ha de andar mucho más por esa senda. Haz cuenta de que pronto se le acabará el luto por el difunto, y no será corta la lista de los que esperan para ponerle el ronزال.

Aquel argumento no había sino aumentado el enojo de Gabriel. Al ritmo al que iba, la condenada viuda era bien capaz de mancillar para siempre su reputación —y, junto a ella, la de la casa y el negocio de Antonio Lozano— antes de que la vara de un buen marido acertase a guiarla de nuevo a la disciplina y el recto camino.

En vida del maestro, este nunca hubiese permitido que su esposa se exhibiese en la tienda. La muy desvergonzada, sin embargo, contrariando la memoria y el respeto debidos a él, bien que se pavoneaba tras el mostrador, dando pábulo a la murmuración y el escándalo. ¡Por vida de Cristo, si hasta había utilizado la trastienda para recibir a solas a algunos de los clientes!

Aminoró el ritmo. Se encontraba ya casi a la puerta del taller. Un grupo de colegiales acababa de salir del mismo, coreando bromas y chanzas. Se hizo a un lado para dejarles paso. Los señores estudiantes de San Ildefonso no acostumbraban a tratar con gentileza a los vecinos que no se apartaban de su camino.

—Guárdate esas mañas para otra pieza, Ugarte, que esta no ha de ceder —iba diciendo uno de ellos—. Por algo la llaman «la blanca paloma». Te apuesto cinco reales contantes a que no la quiebras, por mucho que lo intentes.

—Calla, necio. Vengan esos cinco, y aun te acepto un doblón —replicó el interpelado—. En cuestión de mujeres, ¿qué sabrás tú? Mira y aprende; que no hay cántara que no acabe rompiéndose cuando se la golpea lo bastante, ni hembra que no acabe cediendo ante los halagos y agasajos.

Gabriel nada replicó. Se limitó a seguirlos con la vista, el ceño fruncido, maltrecho el orgullo.

Intolerable. La situación resultaba intolerable. Pero, con la ayuda de Dios, ya se encargaría él de ponerle fin.

Tenía una idea muy clara sobre cómo actuar. Por desgracia, su plan requería de la aquiescencia de la viuda. Y eso le provocaba la más profunda contrariedad.

Inés reservaba parte de sus noches para la lectura. Cada jornada, tras cerrar el taller y disfrutar de la cena, hija y madre se sentaban juntas y la joven recitaba pasajes de alguno de los libros devocionales por los que la señora Ana mostraba tanta afición.

Aquel día no era diferente a los otros. El ama Teodora las acompañaba, escuchando con actitud aprobadora tan ejemplares frases al tiempo que realizaba sus labores de costura. Mientras, al fondo de la casa, Matilde se afanaba en ordenar la cocina con el habitual estrépito con que realizaba tales tareas.

Albertillo había salido. Aun con sus pocos años gozaba ya de las prerrogativas de todo varón, que incluían la posibilidad de pasar parte de la velada fuera del hogar. En este aspecto, como en otros, daba muestra de su carácter comedido y juicioso. Nunca se ausentaba durante largo rato, ni volvía con el humor enajenado por el alcohol.

Aquella sesión estaba resultando más larga de lo habitual. La señora Ana, transportada por las palabras, parecía insensible ante el paso del tiempo. No así el ama que, con aguja y labor abandonadas sobre el regazo, había comenzado a dar cabezadas, incapaz de mantener abiertos los párpados.

—Mejor será que subáis ya a las habitaciones. Es llegada la hora de ir a la cama —concluyó Inés. Cerró el libro y se aproximó a su progenitora para ayudarla a incorporarse.

—¿Y tú, hija mía? ¿Te acuestas también? —La señora Ana acarició el rostro de la joven. Percibía en el tacto más de lo que esta revelaba en las palabras.

—Aún no, madre. Quedan pendientes ciertas cuentas y algunos mandados, y es preferible que me ocupe de ambas cosas cuanto antes.

—No debieras soportar sola tantas cargas. Mantener casa y taller es un trabajo excesivo. ¿No has pensado en buscar quien te ayude?

—Mi señora dice bien —corroboró Teodora. Aparentemente, nunca se encontraba demasiado soñolienta para abordar ciertos temas—. Mantener casa y empleo no es acorde a las humanas fuerzas. Mirad si no cómo los varones precisan siempre de asistencia femenina para lo primero, pues combinar ambas cosas resulta excesivo hasta para ellos. Y pensad que los hombros del hombre son fuertes, mientras que los nuestros...

—Perded cuidado ambas —interrumpió Inés—, que no he de evitar buscar ayuda si me veo en necesidad.

Dio a su madre un beso de buenas noches, dejando así zanjada la cuestión. No era el momento de discutir tales temas; en honor a la verdad, no concebía que hubiese situación adecuada para tratarlos.

Y no había mentido al asegurar que no necesitaba asistencia. Ciertamente, sus obligaciones eran muchas; y, tal vez en otras circunstancias se le hubiesen antojado inabarcables. Pero en los últimos tiempos había comenzado a notar bríos renovados, un nuevo entusiasmo, el ánimo ligero. Sentía que cada mañana la vida se colaba a hurtadillas en su lúgubre habitación y la despertaba con una sonrisa.

Cuando se encontraba ya en la puerta de la sala, dispuesta a abandonarla, le llegó una pregunta de su madre.

—¿Y qué has decidido sobre la ceremonia, hija mía? ¿Acudirás?

La mencionada celebración había constituido el principal tema de debate a lo largo de la tarde. María había venido a anunciarles que Francisco Gómez y su futura esposa esperaban que «la familia de la señora María Ramírez» los honrase con su presencia.

Tras ciertos rezongos por parte de su hermana, Inés había logrado que esta admitiese que una viuda en pleno luto no solo tenía vedada la asistencia a cualquier celebración, sino que, por lo demás, su aparición en un desposorio sería considerada por muchos como una promesa de malos augurios para el futuro de la pareja.

—No te quedes a la fiesta, sea —había respondido María—. Pero pásate al menos por la iglesia, muchacha. Que una boda siempre contenta el ánimo, y no te viene mal algo de distracción en estos tiempos.

El ama Teodora no se había guardado su opinión al respecto.

—¡Virgen Santísima! ¿Quién habría de pensar tal cosa? —se soliviantó María. Daba la impresión de que aquella mera idea bastase para colmarla de enojo—. No es preciso cargar las tintas, Teodora. ¿Falta de decoro, por asistir a una misa? Hasta mi madre convendrá en que las visitas a la iglesia nunca son pocas.

Inés se sentía inclinada a aceptar este último razonamiento. Aunque, para ser sincera consigo misma, sospechaba que sus verdaderos motivos para querer asistir obedecían a muy distinta causa. La dicha misa le permitiría observar, aun de lejos, a Pierres Arbús; quien, según el testimonio de María, intervenía como padrino por ser el más cercano amigo del contrayente.

—Aún no he decidido si acudir o no, madre —respondió—. Hoy ha sido un día de muchas deliberaciones. Dejaré esa para mañana.

Dirigió sus pasos al escritorio llevando en la mano su bujía encendida. Se recordó que debía contemplar en sus cuentas el aumento del gasto destinado a las luces de la casa. Noviembre avanzaba sin tregua. A medida que el otoño progresaba los días se volvían más y más cortos...

Se detuvo en seco.

—¡Cristo bendito! —musitó para sí misma.

Acababa de caer en la cuenta. ¡Los meses! ¡Las estaciones! ¡Por supuesto! ¿Cómo no había reparado en eso antes? Retomó el camino, entró en el despacho y cerró la puerta con llave. Hecho esto, se sentó frente al bargueño, extrajo la carta que guardaba en el interior de su sayuelo y buscó en el texto con ojos impacientes.

Tal como recordaba, el autor afirmaba sentirse vigilado por «presencias oscuras». Y a continuación añadía: «Sé que sus ojos me acechan; y pese a los calores ardientes de la estación, me asaltan los escalofríos.»

Sin embargo, el texto estaba fechado a día trigésimo del primer mes del año. ¿En qué enero podían producirse esos «calores ardientes» propios de la estación a los que aludía el redactor?

A no ser... A no ser, claro, que aquellos dígitos —I y XXX — se refiriesen a algo muy distinto; que aquella supuesta fecha representase, por fin, lo que Inés tanto había buscado: la clave necesaria para comprender el mensaje oculto en aquella carta.

El maestro Gracián no solo agradecía a los cielos el que lo hubieran guiado al arte de la imprenta. Sabía que también debía mostrarles su reconocimiento por los empleados que habían llamado a su puerta. Su actual equipo estaba integrado por profesionales que podrían satisfacer al tipógrafo más exigente; algo que no sucedía con frecuencia, como sus muchos años de trabajo le permitían atestiguar.

Entre sus oficiales se había creado una profunda camaradería que contribuía en gran medida al buen desempeño de sus labores. Para él, el trabajo en el taller se asemejaba a una melodía, que solo mostraba su plena belleza cuando todos los músicos la interpretaban al mismo ritmo. Y no en vano, pues la compenetración entre todos ellos resultaba esencial.

Dirigió la mirada a su primer componedor, Adrián de Salamanca. Sentado a la mesa de imponer, estaba leyendo el texto original en su divisorio. Había marcado los pasajes del manuscrito que correspondían a la galerada en la que estaba trabajando.

Tras retener de memoria las palabras, alargó la mano hacia las cajas colocadas sobre el chibalete que, al mantenerlas inclinadas, facilitaba la localización de cada letra, signo o espacio.

Seleccionó uno por uno los tipos correspondientes y los colocó invertidos sobre el componedor, formando una línea de texto de izquierda a derecha. La insertó en la galera y repitió la operación para la línea siguiente.

—¡Página! —anunció.

Volvió entonces la vista hacia los otros dos componedores del taller. El aragonés Juan Pérez, asistido por Antón Sánchez de Granada, estaba concluyendo un molde; tras componer las dieciséis páginas del pliego las había casado, orientándolas de forma que, al doblar tres veces el papel, cada una de las caras resultantes se encontrase en la correcta posición de lectura.

Realizada la operación, colocaron entre ambos el conjunto en la rama; este bastidor rectangular de hierro fijaba el molde por medio de un crucero metálico. Así, tras formar un bloque compacto, podía trasladarse el conjunto sin que ninguno de los tipos se desprendiera.

—Todo vuestro, muchachos —comentó Antón al entregar la forma a los dos oficiales que esperaban en la prensa.

Mientras tanto el tirador, Pierre Arbús, se encargaba de colocar el pliego en el tímpano: el bastidor que, al girar sobre sus bisagras, situaría el papel en blanco sobre las letras ya entintadas. Lo ajustó bien, perforando sus bordes con puntizones que fijaban su posición. Sobre aquel armazón colocaría después una frasqueta, para que los márgenes de las páginas no se manchasen de tinta.

—Veamos cómo mueves esos brazos, compadre —retó Frasquillo a su compañero, mientras se apartaba para dejarlo a cargo de la impresión.

En una serie de veloces movimientos, el gascón hizo caer la frasqueta sobre el tímpano y, luego, ambos sobre la forma; giró la manivela que desplazaba la mitad del carro hacia el corazón de la prensa. Asió la barra; y, tirando de ella hacia sí, hizo bajar el cuadro y estampó la mitad del pliego. En un abrir y cerrar de ojos elevó de nuevo el cuadro, accionó la manivela para posicionar la segunda mitad de la forma y, con otro golpe de barra, imprimió la parte restante del papel.

Con iguales rapidez y precisión, movió la manivela en sentido contrario para desplazar el carro fuera del cuadro, levantó el tímpano, la frasqueta, retiró el pliego ya impreso y colocó en su lugar otro nuevo, humedecido previamente por el aprendiz.

Frasquillo, que había aprovechado los movimientos de barra y manivela de su compañero para entintar otra vez las balas, recibió la forma y volvió a impregnarla de tinta mientras Pierre disponía el papel sobre el tímpano. El grado de compenetración entre los dos era admirable. El francés había terminado la operación en el preciso momento en que el andaluz concluía la suya.

—Ya te cansarás, ya —comentó el batidor—. Te apuesto un cuartillo de vino a que hoy no eres capaz de seguirme el ritmo.

—Que sean dos —repuso el gascón, tras asegurarse de que las perforaciones quedaban bien marcadas—. Ve preparando esa faltriquera, muchacho. Ya veo que esta noche me saldrá barata la bebida.

Y el proceso volvió a comenzar. Habrían de repetirlo tantas veces como resultase necesario, hasta completar la tirada encargada por el librero. Así quedaría impreso el *blanco*, la primera cara del pliego. Entonces Frasquillo

extraería la forma del cofre y retiraría con lejía todo resto de tinta; Juan y Antón se encargarían de separar los tipos utilizados y volver a disponerlos, ya limpios, en sus respectivos cajetines.

Las letrerías resultaban tan caras que en toda Europa eran muy pocos los talleres que podían permitirse el lujo de contar con abundante número de tipos; lo que obligaba a limpiar y reordenar los que se acababan de utilizar antes de componer la forma siguiente, la que correspondía a la *retiración*, o segunda cara del pliego.

Una vez confeccionada esta, todos los pasos del proceso de impresión se repetían desde el inicio; aunque, en esta ocasión, el tirador habría de prestar atención a las marcas que los puntzones habían dejado sobre el papel al estampar el *blanco*; solo la perfecta colocación de aquellas perforaciones sobre las punturas del tímpano aseguraba que las páginas de ambas caras del pliego coincidieran a la perfección.

No podía negarse que Arbús realizaba aquella labor con gran destreza, como todas las asociadas a su oficio. Era uno de los mejores tiradores con que el maestro Gracián hubiera trabajado jamás. Se sentía agradecido por que los cielos hubieran guiado al gascón justo ante su puerta, tres meses atrás.

—No te fíes, Juanillo —repetía su esposa. Por alguna razón había comenzado a albergar recelos contra el joven—. Aquí hay gato encerrado, recuerda lo que te digo. El día menos pensado tu querido Pierres nos dará una sorpresa. Y no de las buenas.

En una casa como la suya resultaba difícil que cualquier empleado mantuviera en secreto sus actividades. Por cuanto parecía, algunas de las realizadas por el tirador francés en los últimos tiempos habían provocado la desconfianza de María. Cierta escapada nocturna, un par de salidas algo tardías...

—Los mozos, mozos son —había respondido el maestro tipógrafo, sin querer conceder mayor importancia al asunto—. Tienen el corazón encendido y fiebre en la sangre. Bueno será darles algo de espacio para que se desfoguen.

Él mismo había cometido algún que otro exceso en su juventud... aunque ahora todo aquello pertenecía al pasado. Miró de nuevo a su alrededor, con

renovado orgullo. Era mucho lo que había logrado desde entonces. Y mucho lo que aún esperaba conseguir.

Sonrió mientras repasaba su mesa de imponer con los dedos, cuyas yemas estaban curtidas por años de trabajo. Sabía que debía dar gracias a los cielos. Pocos hombres tienen la dicha de poder mirar al frente y vislumbrar ante sí un futuro prometedor.

Aunque, por cierto, no era el único que tenía en perspectiva un porvenir cargado de felices augurios. Con un movimiento de la mano, mandó venir al aprendiz, le susurró algo al oído y lo envió a la cocina.

El zagal regresó en breve. Traía una bandeja cubierta por un lienzo blanco. A juzgar por los gestos del portador, se adivinaba que el contenido resultaba pesado.

—¡Basta, muchachos! —Juan Gracián alzó la voz para imponerse al fragor del taller en pleno rendimiento—. Se acabó la jornada. Hoy descansaremos antes de lo normal. A quien no le plazca, culpe de ello al señor Francisco Gómez.

María, que había entrado en pos del aprendiz, ya había montado una mesita que cubrió, a guisa de mantel, con el paño que cubría la bandeja. Esta reveló entonces que llegaba repleta de vino y refrigerios.

—Para eso necesitará más de una tarde, señora María —terció el granadino Antón Sánchez, con una sorna que arrancó risas al resto de sus compañeros.

—Bien estará darle un descanso hoy, de todos modos —añadió Pedro de Villanueva, que no perdía ocasión de hostigar con sus pullas a su querido colega—. No diga mañana la esposa que le hemos dejado al consorte sin fuerzas para cumplir con sus deberes maritales.

Todos se habían reunido ya alrededor del vino. Brindaron por el novio, que apuró su trago no sin cierto bochorno. Era momento de aguantar las chanzas de rigor que sus compañeros lanzarían a su costa.

A la mañana siguiente, según la costumbre, Frasquillo salió a recorrer la villa para asegurarse de que todos sus conocidos quedaban invitados a la ceremonia. Lo acompañaban Pierre y el batidor Pedro de Villanueva,

vistiendo ambos sus mejores galas; este último exhibía una expresión que, más que presagiar una boda, parecía anunciar una inminente visita al sacamuelas.

Al cabo de un par de horas de transitar por calles y plazas, comenzó a rezongar que tanta caminata le había dejado la garganta reseca.

—Hagamos un alto en una taberna, *mushasho* —dijo, remedando el acento del novio—. No me dirás que tienes intención de llegar sobrio al altar.

—Y tanto que sí —se indignó el aludido, entrando al trapo—. Aguántate la sed o vete a beber de un caño, que no quiero problemas.

—Si lo dices porque temes que te lo noten la novia o la buena de tu suegra, pierde cuidado —replicó el rascafriense, incapaz de resistirse a picar más espuela—. Tengo la solución perfecta para eliminar hasta el último rastro de alcohol en tu aliento...

—Cierra esa boca, pedazo de asno —exclamó el andaluz, mirando en derredor. Y tras bajar la voz añadió en muy distinto tono—. No me metas hoy en tus embrollos, compadre, por Dios te lo pido. Mira que ya he ido a confesión y no puedo romper el ayuno antes de tomar la comunión en la boda. Jugar así con los sacramentos de la Santa Madre Iglesia es pecado gravísimo...

Acababa de percatarse de que alguien caminaba en dirección a él con intención de abordarlo; un individuo de semblante hosco y talante avieso a quien cualquier persona en su sano juicio preferiría evitar: Joaquín de la Hoz.

—Muy elegante os veo, francés —lanzó el matachín, en cuanto ambos se hallaron frente a frente—. Imagino que conocéis el dicho: «Guarda a mano el atuendo de boda, que ha de servirte para funeral.»

—Pésimo aforismo; no esperaba menos de vos. Aunque, por cierto, tan lamentable saludo casa bien con vuestro aspecto deplorable.

Por toda respuesta *Polifemo* se limitó a escupir en el suelo, sin olvidarse de alcanzar los zapatos de su interlocutor. Si de ordinario su apariencia resultaba temible —por sus formidables dimensiones y el parche de su ojo izquierdo—, ahora el efecto se había intensificado gracias a un cúmulo de nuevas heridas y marcas de golpes en su rostro.

Su semblante hablaba de un lance reciente que se había cobrado parte del

lóbulo de su oreja izquierda. A buen seguro, las molestias que debía de estar sufriendo como herencia del mismo no contribuían a mejorar su humor.

Pierre aguardó un buen rato a que el jaque replicara a sus últimas frases. Cuando quedó patente que aquel no albergaba intención de hacerlo, añadió:

—Ninguna, por ahora. Y os conviene rezar por que siga sin tenerlas.

El gascón se esforzó por no mostrar inquietud alguna ante aquellas palabras. No resultaba tarea sencilla.

—¿Entonces? ¿Hay alguna otra cosa que queráis decirme? Que sea algo nuevo, por cierto. En cuestión de bravatas y amenazas, empezáis a repetiros en el repertorio.

El jaque le dirigió una mirada de soslayo.

—Tenéis buenos discursos, señor poetastro. Algo me dice que dentro de no mucho echaré de menos nuestras conversaciones.

Prosiguió su camino, propinando de paso un violento empujón al francés. Este se giró hacia sus amigos y comprobó que ambos lo miraban. Regresó con ellos.

—¿Con quién hablabas? —preguntó su compañero de prensa—. ¿Un amigo tuyo? Ya sabes que, de ser el caso, bien puedes invitarlo a venir con nosotros.

—¿Amigo mío? Al contrario. Líbreme Dios de él y sus negocios. Más seguro andaría si hubiese de cerrar tratos con un escorpión.

Frasquillo se persignó, como si pretendiera rechazar un influjo maligno.

—Calla, compadre, que palabras como esas llevan consigo malos agüeros. —Tomó a Pierre del codo y se apartó unos pasos. Bajando la voz, añadió—: ¿Entonces? ¿No vas a decirme quién es?

—Nadie, muchacho. —El aludido sonrió y le pasó el brazo alrededor de los hombros—. O, mejor dicho: alguien a quien resulta preferible no conocer.

## V

La boda se celebraría en la parroquia de San Justo, donde reposaban las reliquias de los Santos Niños que tanto fervor suscitaban entre los vecinos complutenses. Pierre se personó en la iglesia con cierta antelación. Hoy no se detuvo en la plazuela a observar cómo los obreros trabajaban en la construcción de la torre, que ya se alzaba sus buenas quince varas sobre el suelo, a la derecha del pórtico principal. Dejó a los arrapiezos del barrio entretenidos en sus juegos, correteando entre andamios y piezas de cantería, para remontar los escalones de ingreso. Allí comenzaban ya a congregarse mendigos de toda suerte, al reclamo de la ceremonia que pronto tendría lugar. No hay como un casamiento para animar los corazones a la generosidad; y las manos, al pago de buenas limosnas.

Al entrar en el templo se santiguó con devoción. La historia de los santos patronos de la villa seguía conmoviéndolo. Los dos hermanos, martirizados a esa edad en que el mundo aún no ha alcanzado a emponzoñar el candor infantil, habían sido ejemplo de sinceridad y valentía. Virtudes que él se habíapreciado de representar en el pasado.

Siempre se había enorgullecido de ser hombre honesto, para consigo mismo y para con los demás. La necesidad le había empujado a renunciar a tal prenda de honor. Y no podía evitar detestarse a sí mismo por ello.

Desechó aquel pensamiento. Su encuentro con Joaquín de la Hoz lo había sumido en un ánimo sombrío. Pero era día de celebración; y él tenía un encargo que cumplir.

Había acudido en representación del novio para asegurarse de que la capilla elegida por los contrayentes se hallaba ya aprestada. Elevó la mirada a los arcos de la nave, que se alzaban hacia el cielo alejándose de las miserias

terrestres. Su contemplación invitaba a dejar atrás las mil cargas que abrumaban el espíritu humano, manteniéndolo anclado al polvo y al barro de los caminos por los que ha de transitar cada día.

Se detuvo en seco a la entrada de la capilla. Ella estaba allí, cerca de la puerta de la sacristía. La joven Inés, con la inocencia cautivadora de esas ninfas cantadas por los poetas, ajenas al hecho de que caminan sembrando la primavera en cada uno de sus pasos. La acompañaba la buena de Matilde, embutida en unas ropas de fiesta algo estrechas para sus cada vez más abundantes carnes.

Arbús se dirigió hacia ellas. De repente el interior de la nave parecía haberse iluminado, como si el caprichoso sol de octubre hubiese hallado modo de filtrarse a través de los paños de la bóveda nervada.

—¡Señora Inés, qué honor encontraros aquí! Pensábamos que habíais decidido no asistir a la ceremonia.

Así dijo el francés, apenas en un susurro, sin dirigir la mirada hacia su interlocutora. Se había detenido a unos pasos de distancia. Mientras ella parecía abstraída en el piadoso ejercicio de encender una vela ante una imagen, él había preferido concentrar la mirada en la pintura colgada sobre el ingreso de la sacristía.

—Así lo ha decidido, en efecto, señor Pierres —terció la sirvienta en su mismo tono de voz, sin girarse tampoco hacia él—; que no trae buena suerte a unos recién casados el que se les aparezcan viudas el día de la boda, vaya. Pero igual os digo que recibir a cuenta algunas avemarías nunca hizo mal a nadie. Por eso mi señora ha venido a rezar por los novios.

La criada hizo una pausa. El tirador gascón advirtió de reojo que un grupo de fieles se aproximaba; se apartó unos pasos, simulando que buscaba una mejor perspectiva para estudiar la inscripción que, a modo de marco, bordeaba el cuadro. El cardenal Cisneros aparecía en la tabla retratado en inmejorable compañía; velaban sobre él san Eugenio y san Ildefonso.

—«HORVM SANCTORVM VESTIGIA EST SECVTVS CARLIS D F FRANCISCVS XIMENEZ» —leyó en voz alta, intentando mostrar que aquellas palabras merecían su absoluta atención.

Esperó sin moverse hasta que los recién llegados pasaron de largo, de

camino a las reliquias de los santos Justo y Pastor. Ninguno de ellos habría podido sospechar que el extranjero andaba en conversación con la recatada viuda que encendía velas a respetable distancia. Y así había de ser, por respeto al honor de la joven.

—Creo, señor, que se os ha caído algo —oyó decir a Matilde. Al mirar en la dirección en que ella señalaba, comprobó que se refería a un pedazo de papel doblado, apenas visible sobre el suelo.

Postró una rodilla para recogerlo. Cerró la mano sobre él, sin poder evitar que sus ojos se desviaran hacia Inés. Y al hacerlo, sintió que el pulso se le encendía en las venas.

Las pupilas de la joven acababan de cruzarse con las suyas. Sus miradas se encontraron durante el lapso que dura un latido. En ese instante —fugaz en el tiempo, imperecedero en la memoria—, Pierre se sintió arrastrado por una marea a la que supo que resultaría inútil resistirse. Vio que aquellos ojos le deslumbraban; hablaban de triunfo, de orgullo, de entusiasmo. Transmitían una confianza embriagadora en el futuro.

Le sonreían.

Sin mediar palabra, sin un solo gesto, Inés giró sobre sí misma y se alejó. Pierre quedó atrás, en la penumbra y el silencio, sin más compañía que un extraño vacío en la garganta y el tacto áspero de aquel papel aprisionado en su puño.

Se puso en pie, buscó un lugar a salvo de miradas indiscretas y desdobló el billete. Al leerlo comprendió por qué los ojos de la joven atesoraban en su interior todas las constelaciones del firmamento; por qué el cosmos entero, con sus infinitos prodigios y revelaciones, parecía tener cabida en ellos.

Se encaminó a la capilla con pasos ralentizados por el asombro. Una vez allí, se arrodilló y rezó. Repitió una, dos, tres veces la misma plegaria, nacida de la esperanza y la zozobra.

—Madre Santísima, ayúdame. Y protégela a ella, te lo ruego. Bien sabes que no deseo causarle ningún daño.

Ansiaba con todas sus fuerzas que la vehemencia con que recitaba aquellas frases conmoviese a la Providencia. Y que Esta accediera a mantener a salvo a aquella criatura portentosa, capaz de triunfar donde tantos otros habían sido

derrotados.

Tal como su sirvienta declarara, Inés había acudido a la parroquia de los santos patronos con la intención de rezar por los contrayentes. Les deseaba, con la sinceridad que alimentan los espíritus generosos, toda la felicidad y la fortuna que los cielos le habían negado a ella en su matrimonio.

Pero en su corazón también había cabida para otro deseo, menos confesable y más poderoso: la esperanza de encontrarse allí con Pierre. Sabía que resultaba probable que, como padrino del novio, se presentase en el templo para comprobar que todos los preparativos se habían llevado a cabo.

No se había visto defraudada en sus expectativas. A través de Matilde le había hecho llegar aquel billete redactado con el pulso vibrante, tan solo para él. Aquellas breves líneas —parcas en palabras, ricas en sentimientos— eran el único trofeo que podía confirmar una victoria silenciosa. En la soledad de su escribanía, sin otra ayuda que una vela mortecina y su gastado recado de escribir, Inés había descifrado la noticia oculta en la carta... al menos, hasta donde el estado inconcluso de la misma le había permitido llegar.

«El purpurado duerme entre sus hermanos bajo la estrella de la buena gu...» Tal era el mensaje. Sin duda abría tantas incógnitas como las que despejaba; lo que implicaba que, si bien la resolución de aquel enigma representaba un avance en el camino, aún restaba un largo trecho por recorrer.

El mes de octubre se había despedido llevándose consigo las hojas de los árboles. Noviembre llamaba a la puerta con la promesa de vientos crudos y tardes melancólicas.

En la villa complutense el Día de Difuntos solía llegar vestido de un frío que entumecía las entrañas y el espíritu. Portaba, junto al recuerdo de los fallecidos, la admonición de que a todos nos espera su mismo destino inexorable; de que la muerte nos arrastra a un territorio gélido y desconocido, lejos del hogar.

Según la costumbre, las campanas de las iglesias, monasterios, capillas

colegiales y conventos repicaban durante toda la jornada hasta bien entrada la noche. Las calles y plazas alcalaínas quedaban sofocadas bajo aquellos tañidos lúgubres que invadían los hogares y provocaban el desasosiego entre los vecinos. Los hombres acostumbraban a huir al campo para no escucharlas. Las mujeres se quedaban, cargando sobre sus corazones y sus rosarios las oraciones de toda la comunidad.

La señora Ana siempre recibía la festividad con gran inquietud. Aquel año, sin embargo, parecía experimentar una desazón fuera de lo normal. Cuando Inés le preguntó a qué se debía que mostrase el ánimo tan alterado, ella contestó:

—En este día las ánimas del purgatorio nos susurran, hija mía. Solo nos queda esperar que nuestros rezos sirvan para acallar sus voces.

Su hija no pudo evitar sentir una punzada de aflicción ante aquella respuesta. Ciertamente, en aquella jornada los difuntos se hacían presentes en la memoria. Ella misma no podía evitar pensar en Tonio, que doce meses antes aún respiraba en aquellas habitaciones; hoy su recuerdo impregnaba cada rincón de la casa, más vívido que de costumbre.

Pero en las frases de su madre vislumbraba un temor casi insensato; como si temblase ante la idea de que los fantasmas del pasado pudiesen materializarse, cargados de cólera, para venir a atormentarla.

—El suelo sagrado me protegerá de ellos. Y a ti también, niña mía. Deberías venir conmigo.

La interpelada tomó entre las suyas las manos de su progenitora. Notó los huesos frágiles bajo una piel fatigada, incapaz de contener los temblores de un pulso irregular.

—Prefiero quedarme aquí. Mas vete tranquila, que no he de descuidar mis rezos. Mis oraciones siempre acompañarán a las tuyas, madre. Nunca estarás sola, ni en tus preocupaciones ni en tus plegarias.

La señora Ana partió algo más tranquila tras aquella réplica. Le aguardaba una dura jornada de ayuno, misas, rezos y postraciones que, si bien resultaban inclementes para su cuerpo, parecían revitalizar su espíritu. La acompañaría en todo momento Teodora, una sombra callada y fervorosa, repleta de orgullo por la ejemplar devoción de su ama.

Como había anunciado, Inés permaneció en la vivienda. A ella no la asaltaba aquella necesidad imperiosa de arrodillarse ante los altares una vez y otra, hasta que el toque de queda empujase a las últimas almas piadosas a regresar al hogar. Ni tampoco sentía aquel extraño temor a que pudiera aparecérselle algún espectro del pasado, cargado de esa ansia de venganza que los corazones furiosos confunden con sed de justicia.

A la hora del almuerzo dejó su libro de oraciones y se levantó del reclinatorio colocado ante la imagen de la Virgen del Val que velaba en su habitación. Bajaba a la cocina para compartir con Matilde su ración de olla cuando unos golpes azotaron la puerta de la tienda.

La moza apareció a los pies de la escalera enjugándose las manos en el mandil. En la mirada que alzó hacia su ama se adivinaban sus escrúpulos.

—Lo veremos —respondió la señora—. Acércate a la mirilla a averiguar quién es.

La interpelada acató la orden de mala gana.

—Rondar así una casa decente, como un salteador... Bien se echa de ver que el visitante este no trama nada bueno —rezongó—. De seguro que sabe que acá dentro solo quedan mujeres. Si estuviera por aquí mi Julianico, otro gallo nos cantaba...

En otros tiempos Inés hubiera compartido las aprensiones de la sirvienta. Ahora, sin embargo, sentía que podía hacer frente a cualquier imprevisto que se presentase a su puerta.

Y aún había otra consideración que la animaba a actuar de aquella guisa. Era más que posible que tras aquella llamada inesperada se encontrase el joven tirador Arbús. No sería extraño que hubiese elegido aquel momento para acudir a ella, con la intención de valorar juntos los últimos descubrimientos sin someter a su anfitriona a escrutinios inoportunos. Como bien había señalado Matilde, hoy la casa se encontraba vacía; el negocio, cerrado. ¿Qué mejor momento para un encuentro discreto?

Comprobó el estado de su atuendo. Se alisó las mangas y la saya antes de bajar al piso inferior. En tan corto trayecto, la asaltó un nuevo razonamiento. Pierre poseía, por cierto, notables cualidades, entre las que no faltaban agudeza, discernimiento ni cautela. La prudencia le habría desaconsejado

presentarse por la puerta principal.

Sus sospechas se vieron confirmadas cuando la criada le comunicó la identidad del recién llegado. Sobreponiéndose a una súbita sensación de desánimo, Inés accedió a recibirlo en la tienda.

—Señor Gabriel de Aguilar —comentó, con una formalidad carente de todo afecto—, extraño momento elegís para hacer una visita.

—Extraño momento, cierto. Como extrañas son las circunstancias en las que nos encontramos.

El oficial del negocio era hombre de poco discurso, y la joven supo que no cabía esperar de él más saludo ni explicación. Tampoco ella deseaba alargar aquel encuentro más de lo imprescindible.

—Decidme entonces qué os trae hasta aquí.

Le pareció que el aludido miraba en derredor con ojos rapaces, como si tasara cada uno de los objetos expuestos a la vista, y aun los que quedaban ocultos a ella. Las razones que él ofreció a continuación le demostraron que no andaba demasiado errada.

—Vos y yo tenemos algo en común, Inés. —Aunque en principio la interpelada no fue capaz de deducir cuál era aquel misterioso rasgo que la unía con su interlocutor, comprendió la referencia cuando, tras una pausa, él añadió—: A ambos nos preocupa lo mismo; asegurar el mejor futuro para el taller del maestro Antonio Lozano.

Ella no pudo por menos que asentir, gesto que su interlocutor recibió sin que su expresión cambiase un ápice. Su oficial poseía un natural desabrido, parco en gestos y palabras; aunque, por cierto, parecía más adusto que de costumbre.

Gabriel apenas lograba disimular la incomodidad que le producían las circunstancias. Si al menos hubiese podido tomar un vaso de vino, o medio cuartillo, antes de llamar a la puerta... Tras un buen trago de alcohol, tratar con aquella hembra hubiera resultado más fácil. Pero en una jornada religiosa como el Día de Difuntos, incluso un solo sorbo se le antojaba indecoroso.

—Pronto, muy pronto, reclamaré ante el gremio la condición de maestro. Y es seguro que obtendré mi carta de examen.

Aborrecía aquella sequedad en la garganta, la forma en que el corazón le

martilleaba en los oídos. Ella, ella era la culpable de que se viese obligado a llegar a tal situación. Maldita fuese.

—Os deseo que así sea, Gabriel. —La señora de la casa tampoco se explayó en su respuesta. No sentía especial simpatía por su empleado; mas, en honor a la verdad, había que reconocer la excelencia de su trabajo. Era sin duda el mejor encuadernador de la villa; se le podía considerar incluso uno de los más sobresalientes de aquellos reinos.

Desde hacía años se lo disputaban varios otros talleres. A la muerte de Tonio, algún que otro competidor desleal había probado a atraerlo, intentando aprovechar el supuesto desamparo de su viuda. Pero el oficial De Aguilar era hombre de principios; un hombre fiel. Se había formado en aquel local. Y no tenía intención de abandonarlo.

Máxime cuando sentía que se había ganado el título de propiedad de aquel lugar. El maestro Lozano había fallecido sin dejar descendencia. Él era el heredero legítimo. No por los frágiles lazos de sangre o por un parentesco fruto del azar; sino por los años, las esperanzas, las dificultades compartidas. Enseñanza y aprendizaje, ese es el verdadero vínculo que une a padres e hijos; no cabe mayor legado que la instrucción en el oficio.

Siendo así las cosas, se concluía que él, Gabriel de Aguilar, era el único sucesor posible. Por derecho. Por justicia.

Si la condenada viuda del maestro Lozano hubiese tenido un ápice de decencia lo habría admitido por sí misma. Pero no. Aquella hembra insolente se obcecaba en no reconocer aquella verdad incontestable.

Además, ¿qué tipo de mujer podía sentir interés por regentar un negocio? Semejante empeño resultaba incompatible con la propia naturaleza femenina. De todos era sabido que las niñas manifestaban ya en la infancia sus inclinaciones: la clausura del convento o la dedicación al marido, la casa y los hijos.

Los padres menos escrupulosos para con sus deberes familiares podían llegar al punto de permitir que sus hijas decidiesen cuál de aquellas dos vocaciones concordaba mejor con su carácter; los más dedicados elegían por ellas sin darles la opción de replicar, pues ningún hombre avisado confiaba asuntos tan serios al poco seso de una hembra.

Por tales razones, estaba convencido de que Inés Ramírez pronto entregaría las riendas de un negocio que, por su condición de mujer, había de antojársele bien enojoso. Una vez que concluyese su luto con decencia y el arreglo resultase respetable, la viuda de Lozano optaría sin duda por una de las dos soluciones: vender el negocio a un buen postor o buscarse otro esposo que se encargase de la gestión del local.

—No quiera Dios que un taller como este se deje en manos inadecuadas...

—No se ha dejado en manos tales, señor Gabriel, como vos mismo sabéis.

La réplica de la señora de la casa había sido tajante. Demasiado para el gusto del oficial, que no aceptaba con agrado impertinencias de tal jaez, y menos aún si se proferían por boca de una hembra.

—El negocio merece que lo regente un maestro del gremio, señora Inés —escupió el tratamiento como si fuese un bocado de carne podrida—; como lo era Antonio Lozano y lo fue su padre antes que él.

Su interlocutora lo miró de hito en hito. Había algo en sus ojos que no se amoldaba a su condición de mujer.

—¿Os he entendido bien, *maestro* De Aguilar? ¿Me estáis diciendo que desearíais comprar el taller?

La moza Matilde, que había permanecido en todo momento junto a su ama fingiendo sacar brillo con el mandil a un cuchillo de cocina, dejó escapar una risa floja que irritó aún más los ánimos del visitante. De buena gana habría respondido a los desplantes de ambas con sendas bofetadas.

Se obligó a serenarse. Con la ayuda de Dios, pronto se convertiría en legítimo dueño de aquel lugar y de sus moradoras. Entonces llegaría el tiempo de poner orden en aquel nido de sierpes.

Poseer un taller como el del maestro Lozano; ese había sido su sueño desde la época, ya lejana, en que comenzara su andadura en aquellas instalaciones como aprendiz. Por ese empeño lo había sacrificado todo: años y años de duro trabajo, de vida frugal, de ahorro feroz. Y ahora, tras la prematura muerte del patrón, ese anhelo obsesivo que había guiado su vida se había trasmutado como el plomo de los alquimistas, convertido en oro puro. Ya no aspiraba a adquirir *un* negocio *como* el del difunto maestro Lozano, sino a obtener *el* negocio que este había dejado huérfano.

Para su desgracia, no disponía de bastantes caudales. Había economizado todo lo posible, sí; y a costa de grandes privaciones. Pero, a día de hoy, sus sudores no le habían granjeado aún un capital suficiente para pujar por sus esperanzas.

Solo los aparejos del taller ascendían quizás a tres mil reales: la prensa con su ingenio, el tórculo y la prensilla pequeña, los dos telares de coser, las cuchillas de diferentes dimensiones, las piedras y los mazos de batir, la mesa de encuadernación, las tablas de a pliego y de marca mayor, los bancos... Eso sin contar los restantes instrumentos del oficio: pergaminos, badanas, manezuelas, tachuelas, agallas y agallones (todos ellos de diversos tamaños y calidades), los martillos, tijeras, compases, sacabocados y cepillos, las reglas de enlomar, los hierros para decorar las cubiertas y lomos con ruedas, florecillas, grecas y varios otros motivos...

Y aún cabía agregar las cosas tocantes al empleo de librero: las tinajas de tinta y los ingredientes para prepararla; rollos de pergamino (de cordero de Madrid, de Segovia, de ovejas y de feria); libros blancos (de papel labrado u ordinario; de cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve y doce manos; de a cuarto y de a octavo), cañones en mazos, ovillos de atar pliegos, obleas para cartas, lacre, resmas de papel (de marca imperial, de marquilla, de marca mayor y ordinario, junto a manos de papel dorado); carteras y cartericas, algunas de ellas cubiertas de badana con perfiles de oro... Ciertos materiales y piezas, de gran calidad, hablaban del servicio a clientes con pretensiones de lujo.

Lo anterior sumaría quizás al precio total otros mil reales. Y había que considerar partidas no menos cuantiosas: todos los títulos (académicos, litúrgicos, devocionales) conservados en los anaqueles y el almacén; el mobiliario de la tienda; la casa que daba cobijo al negocio...

No. Gabriel no poseía caudales suficientes para adquirir todo aquello. Tampoco entraba dentro de sus planes el buscar un socio. Y la maldita viuda no le admitiría el pago de una parte al contado y el resto a crédito; estaba tan seguro de ello como de que toda hembra portaba en sus carnes la marca del Pecado Original.

Por tanto, solo cabía una solución. Una que no le agradaba en demasía. Pero, dadas las circunstancias, era el mejor remedio para todos los

implicados.

—No es eso lo que digo. Ni puedo comprar ni tenéis intención de vender. Pero hay otro modo; uno que os permitiría conservar el negocio y quedar más tranquila de lo que estáis ahora.

—No os entiendo. ¿De qué tranquilidad habláis, señor De Aguilar?

—Del sosiego y la protección que da el ser mujer casada. Si vos lleváis como dote la hacienda del maestro Lozano —por fortuna, al no haber hijos del matrimonio, no se había realizado partición alguna de bienes— yo puedo aportar...

La señora de la casa volvió a interrumpirlo, con su acostumbrada falta de consideración. Parecía empeñada en no dejarle hablar a placer.

—No penséis en vos misma, sino en cómo procurar el mejor futuro para este taller; el mismo que vuestro difunto esposo tanto luchó por hacer prosperar. Y por el respeto que le debéis...

—¿Habláis de respeto? —protestó ella, acalorada—. ¿Y qué hay del vuestro? ¿Qué respeto mostráis, por él o por vos mismo, viniendo a requerir a su viuda en una jornada como esta?

—El Día de Difuntos, nada menos —se escandalizó Matilde, a la vera de su señora—. Pues, ¿nunca habéis oído historias sobre quienes hoy faltan a la deferencia debida a los muertos? No me pasmaría que su ánima se os apareciese con brasas en los ojos, la boca torcida de furia y la carne descompuesta.

El visitante sintió un escalofrío ante aquella descripción. Notó que las pulsaciones se le aceleraban aún más. Contuvo la respiración unos instantes y se esforzó por serenarse. Nada de cuanto él había hecho suponía una afrenta a su difunto patrón. Era su interlocutora la que, con su actitud altanera y desvergonzada, insultaba su memoria.

Una cosa era incuestionable: el pensamiento de verse obligado a mantener aquella entrevista con la viuda lo había descorazonado una y otra vez. Por eso había esperado mucho, tal vez demasiado, antes de decidirse a dar el paso; y ahora se reprochaba no haberlo hecho con anterioridad.

Cierto, la elección del día había resultado de lo más desafortunada. Pero hoy, simplemente, había sentido la convicción de que no podía posponerlo

más. El luto de Inés Ramírez apenas duraría otras cinco semanas. Y él había sido testigo de cómo los moscones llevaban ya tiempo zumbándole en los oídos con embustes y miel.

—Entiendo que no es el mejor momento, mas no por eso debéis ignorar mi proposición. Tomaos el tiempo necesario para meditarla...

—Ya me ha tomado el tiempo suficiente, Gabriel —replicó la interpelada, atajándolo de nuevo—. Así pues, os daré mi respuesta.

Apeló a la discreción. Tonio había heredado el negocio familiar, lo había rubricado con su apellido; pero había sido la maravillosa habilidad de aquel oficial insolente y empecinado la que había dado renombre al taller de Lozano. El negocio se había convertido en lo que era gracias a él, a Gabriel de Aguilar. Justo era reconocerlo.

Como lo era admitir que sus exigencias resultaban, sencillamente, inaceptables.

—Vuestro trabajo da lustre a esta casa —admitió—; de todos es conocido. Por ello lamentaría veros marchar. Pero habéis de saber que ni mi situación ni la de mi negocio se verá afectada en el futuro. Dicho esto, a vos corresponde decidir el camino a tomar.

Su interlocutor se había quedado sin palabras. Su mutismo pareció amplificar los sonidos de la calle que, de pronto, asaltaron la tienda como una horda de duendes maliciosos.

Inés notó que Matilde se revolvía a sus espaldas, sin poder contener su inquietud. Ella misma comenzaba a albergar la impresión de que el oficial estaba a punto de despedirse con cajas destempladas y de abandonar el establecimiento para nunca volver. Aquella perspectiva le provocaba tanto alivio como desasosiego.

Entonces, para su sorpresa, Gabriel de Aguilar cruzó los brazos.

—Así sea —dijo—. Mi lealtad permanece con mi maestro. Aquí he de quedarme; donde, en su día, él me acogió.

Cuando el visitante salió a la calle y Matilde cerró la puerta tras él, Inés se dejó caer sobre una silla. Se sentía extenuada.

El aire que se respiraba en la habitación se tornó más diáfano y más tibio, como en una de esas jornadas de marzo en que el sol actúa como heraldo de la primavera. Pero se trataba de una sensación engañosa. Al instante una ráfaga helada la hizo estremecer. Notó un soplo sobre el rostro y, junto al oído, el aleteo de una risa espectral.

Las campanas de Santa María llenaron la casa con su tañido ominoso, que parecía traer consigo los lamentos de las ánimas del purgatorio. Era el Día de Difuntos. La jornada en que los muertos traspasan las fronteras que los separan del mundo de los vivos.

No mucho antes Inés respiraba confianza. Estaba convencida de que no había de temer que ningún espectro del pasado sediento de venganza se presentara ante ella. Ya no se sentía tan segura.

Tras la visita de Gabriel se adivinaba el fantasma de Tonio; el modo en que su difunto esposo clamaba por volver a imponer su dominio sobre ella, amenazando con someterla bajo un yugo aún más opresivo que el que la joven se había visto obligada a sufrir en el pasado.

Gabriel se encaminó hacia la calle de Guadalajara rumiando su resentimiento. El encuentro con la viuda de su maestro Lozano le había dejado en la garganta un regusto a bilis.

Aquel desenlace se oponía por completo a lo que él había esperado, por Dios que sí. ¡Maldita hembra y su maldita estupidez! ¿Por qué se obcecaba en rehusar la solución que él proponía cuando, a todas luces, resultaba la más provechosa para todos?

Aunque, ¿a qué extrañarse? Por eso el Creador había sentenciado a la mujer a seguir la guía del varón: *sub viri potestate eris*, como rezaba el libro del Génesis. El Señor, en Su sagrada omnisciencia, sí reconocía lo más conveniente para ellas.

Con todo... ¿y si hubiese una razón para que ella mostrase tal terquedad? El oficial se resistía a aceptar la palabra de Inés, su afirmación de que no deseaba que ningún marido la liberase de la carga del negocio. Sospechaba desde hacía tiempo que, tras la fachada de modestia y recato que la joven

presentaba al mundo, se ocultaba una mujerzuela irreverente.

Quizá no andaba tan errado al sospechar que había llegado demasiado tarde. Quizás aquella arpía ya había elegido hombre; a otro que mancillaría el legado del maestro. Pues él, Gabriel de Aguilar, era el único merecedor de recibir esa herencia.

De ser así, aquella perra se engañaba si creía que podría salirse con la suya. A partir de ahora, su oficial se mostraría más vigilante. Y no cejaría hasta encontrar el modo de hacerla cambiar de actitud.

## VI

«El purpurado duerme entre sus hermanos bajo la estrella de la buena gu...» Inés llevaba días esforzándose por penetrar el significado de aquella frase... o al menos, de sus elementos. Aun a falta del final, su sentido global tal vez se aclararía si lograba interpretar de modo adecuado cada una de sus partes.

De momento lo único a lo podía aferrarse era la mención a la púrpura, que le evocaba a los cardenales de la Santa Madre Iglesia. Todos los vecinos sabían que el arzobispo de Toledo, que gozaba por tradición del título de Señor de Alcalá, formaba parte del colegio cardenalicio vaticano. La mención de aquel color podía considerarse una clara referencia a la historia complutense; lo que no carecía de lógica, puesto que, según ella misma había deducido, el objetivo final de sus pesquisas se encontraba en algún lugar de la villa.

El actual poseedor de la mitra toledana era el dominico Bartolomé de Carranza, varón ilustre por su linaje, por su vida y su doctrina, a quien muchos tenían por hombre ecuánime y de ejemplar proceder. Se decía que había dedicado grandes fortunas al socorro de los más necesitados de su archidiócesis: limosnas, sustento de viudas y huérfanos, ayuda a los hospitales, rescate de cautivos apresados por el infiel, becas para estudiantes menesterosos... Era un protector bien amado por sus súbditos. Pero también se había ganado al enemigo más peligroso que pudiera tenerse en los reinos hispánicos.

El inquisidor general y presidente del Consejo Real de Castilla, Fernando de Valdés, había iniciado proceso contra él bajo acusación de luteranismo.

—Si el Santo Oficio persigue por herejía al mismísimo arzobispo de Toledo, ¿qué no habremos de temer los fieles de a pie?

Así había exclamado María al conocer la noticia. No sin razón. El pavor que el tribunal inspiraba por doquier se había acrecentado, prendiendo incluso en los corazones de los fieles más intachables.

Desde el arresto de fray Bartolomé de Carranza, tres años atrás, el proceso se alargaba sin esperanza para él, ni siquiera tras la intervención de un Vaticano favorable al arzobispo; muy al contrario, el rigor de los inquisidores se había recrudecido hasta el punto de que el Sumo Pontífice había ordenado trasladar al inculcado a Roma, para juzgarlo en sus propios tribunales de la capital del Tíber, donde recibiría un trato más imparcial.

Al fin, hacía unos seis meses, el papa Pío V había fallado a favor del acusado. Pero para que la sentencia fuese firme era necesario comunicársela a Su Majestad Felipe, soberano de las Españas. El nuncio se había demorado tanto en su viaje que, durante el mismo, se había producido el fallecimiento del Sumo Pontífice. Su sucesor, Gregorio XIII, había reabierto la causa. En estos momentos el mitrado toledano seguía preso en la fortaleza de Sant'Angelo, aguardando a que se reanudasen las sesiones y se dictase de nuevo sentencia.

Según parecía, el núcleo de la controversia residía en los *Comentarios sobre el catecismo romano*, obra que fray Bartolomé de Carranza había redactado antes de que el rey lo nombrara para la sede arzobispal. Aunque su contenido había sido declarado ortodoxo por el Concilio de Trento, Valdés la había incluido en su *Índice de libros prohibidos*. La Inquisición española se preciaba de ser más vigilante y perspicaz que su homónima romana.

En los mentideros se rumoreaba que no cabía otro veredicto que la inocencia del acusado; que la sentencia se estaba demorando en exceso porque oponía intereses encontrados y había generado altas luchas de poder; que el Santo Oficio buscaba demostrar que su autoridad superaba a la de la propia Iglesia española; que, mientras siguiese vacío el sillón arzobispal, Su Majestad el rey Felipe enriquecía sus arcas con las cuantiosísimas rentas de la archidiócesis toledana...

Inés no sabía decir si aquellas insinuaciones respondían a realidades, a exageraciones o a meras habladurías. La verdad es elusiva, incluso cuando uno mismo es el único implicado. Resulta demasiado fácil quedar cegado por

las apariencias de la verosimilitud; sobre todo cuando estas responden a nuestras propias preferencias.

Cuando tendía a perderse en tales elucubraciones, la joven se obligaba a recordarse que ella también tenía entre manos un asunto que, al igual que las rencillas entre los grandes, podía influir en el destino de muchos; que ciertas revelaciones tienen el poder de cambiar principios que damos por inamovibles; que era su deber completar el recorrido de aquel laberinto y presentar al mundo lo que encontrase en su interior.

—Feo asunto, a fe mía que sí —había protestado Albertillo—. Mirad, señora Inés, que si nos pillan husmeando por esos lares no han de andarse con chiquitas. Tanto nos valdría ser ladrones de templos sorprendidos con las manos en la masa.

No le faltaba razón. Indagar sobre el arzobispo de Toledo no solo implicaba entrar a hurtadillas en territorio de la poderosísima Santa Madre Iglesia. Ahora, en pleno proceso al purpurado Bartolomé de Carranza, también significaba hacerlo en el de la omnipotente Inquisición.

Inés realizaba en silencio su trabajo en el taller. Se entregaba a aquellas labores con un agrado que nunca antes había sentido. La embarazosa conversación mantenida con Gabriel unos días antes había traído consigo un resultado imprevisto: le había hecho tomar conciencia de lo mucho que aquel espacio, aquel trabajo, significaban para ella.

Levantó la vista hacia el oficial que, sentado a la mesa de encuadernar, se consagraba a sus quehaceres con el mismo empeño de siempre. Parecía que la penosa entrevista entre ambos nunca hubiera tenido lugar.

Él trabajaba en completo mutismo, tal era su costumbre. Cuando su superior se hallaba presente, Albertillo también se mantenía en silencio. Pero si aquel se ausentaba, realizaba sus tareas con un repertorio de romances y tonadillas que parecía no agotarse jamás.

Su aparición en la librería fue recibida con visible agrado por los clientes. Casi todos ellos eran universitarios. Algunos, porcionistas; otros, colegiales, como lo demostraban sus característicos atuendos.

Recordó que, de niñas, ella y María jugaban a identificar el colegio de cada uno de los estudiantes que pasaban bajo su ventaba por los colores de sus ropas: los de San Ildefonso vestían loba y manteo de paño burriel y portaban bonete cuadrado; los de San Pedro y San Pablo, hábito de franciscano; los de Teólogos, ropajes de tono celeste con muceta del mismo color; los de Físicos, loba negra con manto y beca azules; los de Gramáticos, manto pardo con beca celeste; los del Trilingüe, manto celeste con beca granate...

Aún recordaba las reglas del juego. Pero este había dejado de proporcionarle las satisfacciones de antaño.

—Dios guarde a todos, señores —saludó, mientras se situaba junto al aprendiz—. ¿Quién sigue? ¿A quién tendré el placer de atender?

Aunque varios de los presentes reclamaron tal honor, Albertillo se inclinó hacia ella y le susurró:

—Hay un hombre que lleva largo rato aguardando, mi señora. Dijo que esperaría hasta que pudierais atenderlo en persona.

Señaló hacia el rincón más próximo a la entrada. Allí, sentado en un taburete, se encontraba un individuo de baja estatura y aspecto apocado que parpadeaba reiteradamente; parecía que la escasa luz del establecimiento lo deslumbrara. Tenía sobre las rodillas el sombrero, algo desgastado por el uso, y lo aferraba con empeño, como para impedir que se le escapase de entre los dedos.

Inés lo reconoció al instante. Se trataba de Fermín, uno de los domésticos que servían en el hogar de su primo Hernán. Desde la infancia, ella y María habían pasado mucho tiempo en aquella casa, que había pertenecido a su tío antes de pasar al único de sus hijos que aún residía en la villa.

Conservaba gratos recuerdos de aquel muchacho afectuoso, callado y paciente, que las atendía con solicitud; y de su madre, que siempre encontraba espacio entre sus muchas obligaciones para cuidar de aquellas dos niñas dejadas de lado tanto por los adultos como por sus primos masculinos.

Al ver que la señora de la casa se encontraba en la tienda, el visitante se alzó del taburete. Inés no esperó a que se acercara parapetada tras el mostrador. Se dirigió hacia él para darle la bienvenida.

—Mi buen Fermín, bienhallado seas. ¿Te envía acaso mi querido primo?

El aludido no respondió. Permanecía con los hombros encogidos, guiñando ambos párpados de forma espasmódica, como acostumbraba a hacer cuando una situación le causaba desasosiego.

—Mi señora Inés, yo... —Miró a su alrededor como lo haría un reo a punto de ser condenado por el tribunal—. No quisiera molestaros. Veo que estáis ocupada...

—Pierde cuidado —lo tranquilizó ella con su tono más cordial—. No por tener más labor debo despacharla con mayores prisas. Dime: ¿a qué debo esta visita?

Era obvio que su interlocutor se debatía en la duda. Ahora que tenía ante sí a la joven parecía arrepentido de haber preguntado por ella.

Se detuvo. Parecía incapaz de continuar; como si las miradas del resto de los clientes, clavadas en él, le estrangulasen la garganta.

—El mandado, claro. Ha venido a recoger su encargo, el que dejasteis apartado.

El que así había hablado no era otro que Albertillo, que, pese a estar atendiendo a otro de los parroquianos, había permanecido atento a la escena desde su puesto en el mostrador.

Una vez más Inés no pudo dejar de admirarse ante el rápido ingenio del muchacho. Había improvisado una explicación perfecta para justificar que la conversación se trasladara a un lugar más retirado.

—El encargo, cierto —lo secundó la patrona—. Lo he dejado almacenado en la trastienda. Ven conmigo.

—Os pido disculpas, mi señora Inés —musitó—. Vuestro primo ignora que he venido a veros...

—Y seguirá ignorándolo, por lo que a mí respecta —volvió a tranquilizarlo ella—. Explícame ahora lo que te ha traído aquí.

El aludido comenzó a hablar de su madre. Era ya anciana y se encontraba en mal estado. Llevaba un tiempo encamada, y parecía probable que hubiese de permanecer en aquel mismo estado hasta el fin de sus días.

Su interlocutora ya estaba en conocimiento de aquello, pero le dejó hablar sin interrupciones. Su acompañante parecía recuperar algo de serenidad con cada frase.

—Ella tenía este libro, que siempre le traía gran consuelo. Pero lo ha usado tanto... ahora está en un estado lamentable. Y me preguntaba si vos...

Lo sacó de su faltriquera. El ejemplar, de seguro, se hallaba en condiciones deplorables. Pero Inés intuía que el problema era muy otro.

—Podría arreglarlo, por cierto que sí. Pero respóndeme a una duda: ¿por qué traérmelo a mí, cuando tu propio patrón se encargaría con gusto del asunto? Mi primo Hernán es hombre brusco, como ambos sabemos. Pero no ignoro que siente gran afecto por tu madre.

El interpelado bajó la vista. Sus siguientes palabras llegaron en un hilo de voz.

—Su afecto es grande, sí. Pero tal vez no lo suficiente...

Inés suspiró. La actitud de su visitante no hacía sino confirmar sus peores sospechas.

—Déjame ver esa obra.

Volvió a dirigir la mirada a su invitado, que permanecía con los ojos bajos, como el más contrito e indigno de los pecadores.

—Fermín, lo sabes —protestó—. Este tratado...

—Cierto que lo sé, señora Inés. Mas ¿qué he de hacer? Es lo único que ella desea, lo único que yo puedo darle.

La señora de la casa suspiró. Sin lugar a duda eran muchas las almas que habían encontrado guía y consuelo en aquellas páginas. En sus primeros quince años de vida la obra había cosechado más de cien ediciones; así había ocurrido antes de verse condenada en el *Índice* de Valdés. Este había castigado con especial dureza todos los tratados de meditación; la fe de los creyentes debía limitarse a su exhibición en las celebraciones oficiales de la Iglesia, sin dejar lugar para la piedad interior y privada.

De la noche a la mañana el libro más leído de la centuria se había convertido en un texto prohibido. Aunque tanto el Papado como el Concilio de Trento habían aprobado el contenido de la obra, el inquisidor general se había mantenido inamovible. En los últimos años el autor dominico había trabajado con obediencia —y profunda amargura— en la revisión de sus páginas. La nueva edición había visto la luz unos meses antes; el celo del Santo Oficio la había despojado de su lustre y su profundidad.

—Apelo a vuestra misericordia, mi señora —suplicó Fermín—. Si no podéis ayudarme, lo entenderé. Pero, os lo ruego, no digáis a nadie que os lo he pedido.

Inés comprendió. Si su visitante se hubiera presentado con aquella misma demanda ante su primo Hernán, nada le aseguraba no verse denunciado al Santo Oficio por la posesión de aquel libro prohibido. Aquella era la causa de que Fermín hubiera acudido a ella. No contaba con la garantía de que la joven accediese a ayudarlo; pero sabía que al menos ella no lo llevaría ante los jueces inquisitoriales.

Se puso en pie y, tomando el manajo de llaves de su cintura, abrió un pequeño bargueño y depositó el volumen en su interior. Se aseguró de cerrarlo con suma cautela y regresó junto a su invitado.

—Pierde cuidado. Me encargaré de ello en persona. Pero prométeme algo, Fermín: nadie, aparte de nosotros, ha de saber de esto. Jamás.

No podía evitar sentir una profunda inquietud. Ciertamente, su interlocutor había venido a ella. Lo había hecho así porque intuía que, como alma caritativa y como buena cristiana, ella estaría dispuesta a desafiar a la todopoderosa Inquisición.

Pero, de entre todos los que la conocían, ¿cuántos otros habrían concebido aquella misma sospecha? ¿Cuántos presentían que Inés Ramírez era capaz de ocultar opiniones críticas, si no desafiantes, de albergar en secreto doctrinas escandalosas, de convertir su negocio en un taller de libros prohibidos? Y, sobre todo, ¿cuántos creían que debía ser castigada por ello?

También ella alimentaba sus propios recelos: que, entre sus vecinos, abundaban los que buscaban convencerse de su propia rectitud persiguiendo culpables entre el prójimo, para juzgarlos sin la mínima posibilidad de absolución.

Cuando la joven y su visitante hubieron abandonado la estancia por la puerta que conducía a la tienda, se abrió la segunda, aquella que daba al taller. Gabriel entró en el aposento con pasos cautos. Había estado escuchando desde el otro lado del batiente. Si bien no había llegado a sus

oídos la conversación al completo, si había captado lo suficiente para comprender lo esencial de la escena que acababa de tener lugar.

Mas no por eso estaba dispuesto a darse por vencido. Costara lo que costare, debía encontrar el modo de abrir aquel maldito mueble. Sospechaba que en su interior encontraría la forma de hacer entrar en razón a Inés Ramírez y doblegarla de una vez por todas.

«Llegaos mañana a la iglesia por la calle de la Tahona»; así lo dejó caer Úrsula, la más vivaracha moza de la casa, al cruzarse con Pierre a la puerta del taller. Conocedor de la amistad que unía a la susodicha con Matilde, el tirador gascón imaginó que el mensaje debía provenir de Inés. La joven ya había utilizado una vez aquel método una vez para hacerle llegar un recado.

Al día siguiente se encaminó a los oficios matutinos algo más temprano que de costumbre, tomando la ruta aconsejada por la sirvienta. Se adentró en la calle y caminó por ella despacio, escudriñando a su alrededor en busca de algo inusual. Una vecina barría la entrada de su casa, dos individuos conversaban con grandes aspavientos cerca de la esquina, se escuchaban gritos e imprecaciones a través de un batiente abierto que daba a una corrala... De repente, desde la puerta de una vivienda, una mano le hizo señas para que se aproximara.

Al acercarse comprobó que se trataba de Albertillo, que, apostado en un pequeño zaguán algo sombrío, parecía hacer las veces de portero.

—La señora está visitando a una amiga enferma —informó con voz queda, de modo que nadie más pudiese oírlo—. Dejó dicho que esperaba un mensaje de su hermana, en caso de que aparecierais.

El aprendiz lo guio hasta el interior y llamó con suavidad a una puerta entornada. Inés salió al poco. Al abrir el batiente, dejó ver una habitación en la que reposaba una mujer de avanzada edad; reclinaba la espalda sobre almohadones apoyados en la cabecera de su cama. Llevaba mantilla de lana sobre los hombros y una sencilla toca en la cabeza. El mobiliario, humilde pero mantenido con pulcritud, daba a la estancia un agradable aspecto hogareño.

La reciente visita de Fermín y las menciones al estado de su madre habían conmovido a su anfitriona. Guardaba muy gratos recuerdos de aquella mujer. Y se había hecho el propósito de acudir a visitarla en cuanto sus obligaciones se lo permitiesen.

La joven saludó al recién llegado con un somero gesto de cabeza. Pese a la seriedad que se esforzaba por mostrar, no logró contener una sonrisa que, como el canto de un pajarillo, llenó de música el aposento.

—Contadme cómo lo hicisteis —musitó el gascón tras el preceptivo saludo. No disponían de mucho tiempo, y él necesitaba silenciar de una vez por todas aquella curiosidad que lo martilleaba desde que su interlocutora le hiciera llegar la solución al enigma.

En pocas frases, ella explicó que la clave residía en el correcto empleo de los números —I y XXX— que el autor había dejado como supuesta fecha de redacción de la carta. Tomando la primera letra de una de cada treinta palabras, se obtenía el mensaje que ambos conocían.

Arbús asintió. No dejaba de llamarle la atención el hecho de que la frase estuviese compuesta en romance cuando la misiva se había redactado en latín. Pero no cabía duda. Aquel era el mensaje, tenía que serlo. No podía tratarse de una casualidad.

—«El purpurado duerme entre sus hermanos bajo la estrella de la buena gu...» —recitó—. ¿Tenéis idea de qué significa? Al menos la parte completa...

—Aún no.

El francés se sonrió. Por absurdo que resultase, había albergado la esperanza que ella lo hubiese llamado para revelarle que también había desvelado ese nuevo enigma. Comenzaba a tener una fe ciega en la joven Inés, en esa capacidad casi sobrehumana que los cielos le habían concedido para encontrar respuestas inaccesibles a los demás.

—No del todo, quiero decir —rectificó su interlocutora. Le refirió sucintamente su interpretación de la primera parte del mensaje; que «el purpurado» era una referencia a los arzobispos de Toledo.

—Eso mismo pensé yo —reconoció el gascón, para enseguida corregir—. Al principio. Después recordé algo.

No había tiempo para explayarse exponiendo cómo había llegado a adquirir sus someros conocimientos de la lengua griega. Quedarían para otro momento las explicaciones sobre su tormentosa historia familiar; sobre cómo su abuelo materno —un secretario menor del obispo de Cominges—, convencido de que la inteligencia de Pierre le auguraba un gran futuro, había ahorrado para enviarlo a un prestigioso colegio; sobre cómo en aquella institución se había codeado con los futuros administradores y altos cargos religiosos de su tierra natal; sobre cómo la muerte de su abuelo había provocado una rabiosa partición de la herencia familiar; sobre cómo él, huérfano de madre y con un padre perdido en la distancia, había sido arrancado de los estudios y arrojado a la calle por su nuevo tutor, su cuñado; sobre cómo se había visto obligado a viajar lejos, en busca de su hermano Samsó —que a la sazón residía en Barcelona—, y de emplearse en un oficio manual.

De su etapa de estudiante conservaba memorias teñidas de nostalgia, una educación muy superior a la de sus colegas de oficio, el gusto por la lectura, la familiaridad con el latín y algunas nociones de griego inculcadas por uno de sus profesores de estudios bíblicos.

—Como os digo, me vino a la memoria un dato curioso —prosiguió—. El nombre de nuestro autor, Porfirio, significa, justamente, «purpurado».

Una mención que en los tiempos antiguos solía hacer referencia a los emperadores, los únicos legitimados para vestir ropas de ese color; pero que, en la pluma del redactor de la carta, debía leerse probablemente en un sentido más literal.

—¿Insinuáis que «el purpurado» equivale a «Porfirio»? —preguntó Inés, que había comprendido de inmediato—. ¿Que, por tanto, hemos de entender que es él quien «duerme entre sus hermanos»?

Por la expresión de la joven se adivinaba que esa interpretación le resultaba mucho más satisfactoria que la conclusión a la que ella había llegado antes.

También su interlocutor se sentía complacido. No solo porque estuviera convencido de que aquella era la explicación correcta y que, por tanto, los acercaba un paso más a la resolución del enigma. También se sentía satisfecho ante la idea de que, por una vez, había sido él quien llevara la

delantera al deducir una respuesta. Hasta ahora había tenido la sensación de ir siempre a la zaga de su prodigiosa acompañante.

—Creo que estáis en lo cierto —admitió ella. Pese a sus esfuerzos por dominar su emoción, no pudo evitar que el entusiasmo se filtrara en su tono—. ¿Y el resto? ¿Los hermanos? ¿La estrella? ¿Y esa «buena gu...», con lo que quiera que siga tras ella?

—Espero que el resto de las respuestas nos lleguen con mayor facilidad ahora que tenemos la primera.

Ella hizo una señal de aquiescencia. Le dirigió una última mirada llena de reconocimiento antes de volver a la estancia de la enferma.

En aquel sencillo gesto compartido, Inés y Pierre se habían comunicado un pensamiento común. Ambos sentían un inmenso alivio ante la idea de que aquella nueva interpretación les marcara un camino distinto; uno que los eximía de tener que adentrarse en los dominios del arzobispado de Toledo.

—A ver si abres de una vez los ojos, so mendrugo. Un hombre de verdad no puede ir por la vida como borrico con orejeras.

Aun así, el zagal nunca se había mostrado de acuerdo con aquellas afirmaciones de su progenitor. Para este, «abrir los ojos» equivalía a recelar; mantenerse alerta no solo frente al desconocido, sino también ante el vecino, el compadre, el amigo, el pariente.

El mozo se enorgullecía de esa fe que él depositaba en quienes le rodeaban. Siempre había seguido con absoluta lealtad las instrucciones de la señora Inés, aun aquellas que se le antojaban erradas. Y conciliaba el afecto que ella le inspiraba con un profundo respeto hacia el maestro Gabriel, que no se veía siquiera menoscabado por las opiniones despectivas que este manifestaba sobre la patrona.

Aun así, en los últimos tiempos Albertillo había comenzado a desconfiar. Albergaba dudas inexplicables hacia el señor Pierres: aquella oportuna aparición en sus vidas, el modo en que había ofrecido su ayuda incondicional en circunstancias más que sospechosas, el aprecio que había ido ganando en la consideración de la joven señora... No podía evitar recelar, por mucho que

aquel sentimiento lo incomodara.

Se repetía a sí mismo que su actitud resultaba injusta, un signo de ingratitud hacia un hombre que en todo momento se había mostrado dispuesto a favorecerlos a él y a la señora Inés; que el simple hecho de concebir aquellos pensamientos implicaba actuar de forma contraria a aquello en lo que él siempre había creído. Pero ninguno de aquellos razonamientos lograba disipar esas sospechas, insidiosas y crecientes, que se habían acantonado en su interior.

Una mañana, agobiado de rumiar el problema en su propio buche, abordó a Matilde. Se asomó por la puerta de la cocina en el momento en que la sirvienta se disponía a limpiar unas asaduras de cordero recién traídas del mercado.

—Dime una cosa —soltó de sopetón—: ¿No te parece que el señor Arbú anda muy solícito cuando viene de visita? ¿Qué crees que busca?

—¡Cuerpo de mí! ¡Menuda simpleza! —replicó la aludida sin siquiera mirarle—. Pues, ¿qué ha de buscar? Lo mismo que todos.

Añadió que la patrona era viuda joven, de buena catadura y con su bendito negocio a cuenta de dote. No le iban a faltar pretendientes en lontananza. La diferencia entre el francés y sus competidores estribaba en que aquel había sabido maniobrar para colocarse en posición mucho más ventajosa que cualquiera de estos.

Albertillo se retiró sin replicar palabra. Lamentaba haber sacado el tema a colación. Al fin y al cabo, ¿qué respuesta podía esperarse de alguien como Matilde? La pobre tenía alma de cántaro y sesera de alcornoque. Ella sí que trotaba por la vida como el famoso borrico con orejeras.

Regresó al taller y se sentó a trabajar en silencio. Aquella breve conversación había bastado para demostrarle que estaba solo. Parecía ser el único en sospechar que el señor Pierres albergaba intenciones ocultas.

Mas eso no significaba que anduviera equivocado. Muy al contrario, ahora se sentía autorizado para persistir en su actitud. Si nadie más intuía el peligro, razón de más para que él redoblara sus cuidados.

Debía seguir desconfiando de aquel extranjero. Por el bien de la señora Inés.

## VII

Desde tiempos inmemoriales, cada gremio velaba por la salud de su respectivo oficio y las condiciones de vida de sus integrantes. Muchas de sus ordenanzas recogían el modo en que debían actuar las viudas de maestros u oficiales. En la mayoría de los casos se estipulaba que aquellas cuyos difuntos esposos tuviesen comercio abierto pudiesen continuar con la actividad durante un lapso de dos años; se calculaba que tal tiempo bastaba para vender las labores y el equipo que hubiesen quedado en el taller a la muerte del titular. Pues no se consideraba adecuado ni decoroso que una mujer regentase una actividad artesanal, ocupación tenida por propia y exclusiva de varones.

Sin embargo, si la dicha viuda dejaba de serlo por contraer matrimonio con un oficial del gremio podía continuar sin traba alguna con el negocio heredado. Estos casamientos proporcionaban, por tanto, notables beneficios a ambos contrayentes. La mujer continuaba gozando de los beneficios de la tienda y el nuevo marido dejaba de trabajar por un salario a las órdenes de un patrón para convertirse en dueño y maestro de un taller; situación esta que a muchos de los beneficiados les hubiese resultado imposible lograr por otros medios.

Por desgracia para Gabriel, el gremio de librereros de la villa complutense no se regía por tales reglas. Personalmente, él no lograba comprender por qué una institución tan respetable y juiciosa no se había hecho eco de aquellas normas que llevaban mostrando su utilidad en otras corporaciones desde hacía centurias.

Pero, Dios mediante, pronto tendría en sus manos la herramienta necesaria para obligar a esa víbora de Inés Ramírez a cambiar de opinión. Tan solo

necesitaba una ocasión propicia para poner en marcha cierto plan que había ideado.

Hubo de esperar unos días a que la suerte se le mostrase favorable. Era necesario que todas las mujeres de la casa —la anciana señora y su ama, la viuda y la insolente de la moza— se ausentasen del lugar. En cuanto se produjo tal circunstancia, aprovechó la ocasión.

No le costó demasiado inventar un encargo que obligase a Albertillo a alejarse también de la vivienda. Hecho lo cual se enfundó capa y sombrero y, apretando el paso, se dirigió al negocio de cierto calderero situado a un par de calles de distancia.

—Señor Alfonso, necesito vuestra ayuda —le espetó tras un parco saludo. El tiempo apremiaba—. La patrona me ha encomendado un asunto de gran urgencia.

Explicó, con una agitación nada fingida, que la viuda de Lozano debía entregar aquella misma tarde un tomo para cierto señor principal; que del éxito o fracaso de la tal comisión podía depender el futuro del negocio; que, para mejor protegerlo, la señora había guardado el libro en cierto mueble y le había dejado a él como custodio, con la encomienda de que, apenas llegasen los materiales para encuadernarlo, dejase cualquier otro encargo y se consagrara a aquel.

—Pero ¿veis lo que ha ocurrido con la llave del cerrojo? —Mostró una tan retorcida que había quedado inutilizable. No pertenecía al famoso bargueño de la viuda, sino a otro que él tenía en su dormitorio; mas su interlocutor no poseía modo de saberlo—. ¿Qué voy a hacer ahora?

El aludido se inclinó sobre su visitante para examinar el desperfecto.

—Diría, señor don Gabriel, que el vuestro es negocio para un cerrajero —se excusó, al tiempo que se rascaba el cogote con la mano diestra—. ¿No habéis pensado en acudir a uno?

—Vos y yo sabemos lo que eso implicaría.

En efecto, tanto los cerrajeros como los herreros —los dos oficios autorizados a fabricar llaves— se regían por ordenanzas muy similares al respecto: copiar una llave era una operación rápida y barata; mas a fin de evitar los frecuentes abusos y engaños que el procedimiento había generado

en el pasado, ambos gremios habían resuelto no volver a hacer duplicados «por trasunto ni por molde de cera, tierra, plomo o estaño». Tan solo se permitía crear una llave nueva tomando por modelo la propia cerradura en la que aquella se emplearía; y el proceso debía realizarse ante testigos.

—Ayudadme, vecino —susurró el oficial de libros—. Necesito un repuesto de inmediato, y sin que medien escribanos ni fanfarrias. —Y bajando aún más la voz, añadió—: ¿Para qué dar un disgusto a la viuda si puede evitarse? Ya sabéis cómo pueden alterarse las hembras por una minucia.

—Y tanto que sí, ¡pecador de mí! —gruñó su interlocutor. En todo el barrio eran conocidas las frecuentes y ruidosas peleas que él mantenía con su esposa; y acostumbraba a quejarse en público de los muy vivos dolores de cabeza que la susodicha le causaba con sus continuos caprichos, quejas y aspavientos.

—¡Muchacho! —gritó en dirección a su aprendiz—. Toma el sartal de las llaves viejas y acompaña al señor oficial de libros.

Había encontrado aquel último argumento de su visitante más que convincente. Por lo demás, Gabriel era un vecino reputado por su trabajo honrado y su rectitud. No veía motivos para desconfiar de él.

—Ved si una de esas os hace el apaño. Alguna servirá, si Dios así lo quiere.

Su visitante asintió. Pronto se comprobaría si la Providencia estaba de su lado. Y él confiaba en que así sería.

A principios de diciembre el sol acostumbraba a comportarse como un viejo usurero. En las escasas ocasiones en que se dejaba ver, arrojaba apenas unas mezquinas migajas de su calidez de antaño sobre los necesitados viandantes.

Pero aquel domingo los vecinos de la villa se vieron sorprendidos por un cielo despejado y amable que en nada presagiaba los albores del invierno. La señora Ana, que salía de la misa matutina acompañada de sus hijas, sonrió al sentir en el rostro aquella grata caricia, que traía a sus ojos en tinieblas el recuerdo de la luz.

—Venid, madre, que mañanas como estas no abundan por estas fechas —

comentó María tomándola del brazo—. Aprovechemos la ocasión para dar un paseo.

Inés vaciló un instante; pero, al cabo, optó por unirse a ellas. No le extrañó que el ceño de Teodora mostrase señales de recriminación. A buen seguro no sería la única en murmurar contra la joven enlutada que deambulaba por las calles, exhibiéndose en público de forma tan inapropiada.

Suspiró al considerar que muchos de los que hoy estaban dispuestos a condenarla mostrarían un talante muy diferente si ella se comportase del mismo modo dentro de diez días, tras el aniversario de la muerte de Tonio. Entonces sí resultaría aceptable que la viuda de Lozano se entregase a un inocente paseo matutino; aunque, por cierto, no faltarían lenguas implacables que juzgasen que, pese a estar admitida por la sociedad y el credo cristiano, tal actividad aún resultaba censurable.

Pero era hoy, justo hoy, cuando la dulzura del cielo invitaba a caminar con sosiego; un regalo que no volvería a concedérsele en diez días, ni en veinte, ni, probablemente, en sesenta. Así pues, Inés decidió demorarse un rato más en las concurridas calles de la villa, a cuenta de las muchas semanas de frío que se avecinaban.

María guiaba a su madre según su costumbre, con escasos remilgos y charla abundante. Contaba con una destreza inaudita para convertir sus descripciones en destellos de luz. Sus frases poseían el poder de transformarse en imágenes tan vívidas que hacían renacer un mundo ya gastado bajo pinceladas de nuevos colores.

Mientras avanzaban por la calle Real, Inés permanecía atenta a aquellas explicaciones. No podía sino rendirse a la evidencia y admitir una vez más lo mucho que envidiaba aquella habilidad de su hermana.

En aquellos instantes María dibujaba para los ojos de su madre la magnífica residencia de los Tendilla y Mondéjar, cuyo titular acababa de ser nombrado virrey de Valencia por gracia de Su Majestad. Tras aquella fachada espléndida, cuyos detalles resaltaban ahora bajo el centelleo del sol oblicuo, residían los herederos de tan ilustre linaje, una de las principales ramas de la familia Mendoza, grandes entre los grandes de España.

—Mirad, madre, cómo ninguno de los vástagos de esta casa ha de temer

nunca errar el buen camino —comentó la narradora.

Aunque la enunció con aparente respeto, ninguna de sus acompañantes dejó de percibir la ironía contenida en tal declaración. Como el resto de los vecinos complutenses, todas ellas conocían la historia de tan insigne familia; y sabían que las más altas estirpes no están exentas de cometer los más graves deslices.

Aquellas palabras sacudieron a Inés como una detonación. Los sonidos de la calle se desvanecieron como por ensalmo. Solo quedó aquel eco que martilleaba una y otra vez en sus oídos.

«Estrella.» «Buena gu...» ¡Buena guía!

¡Dios bendito, allí estaba la respuesta! De repente, la frase se le antojaba tan tan conocida...

Incapaz de escuchar nada más, recorrió con mirada desorientada la fachada del edificio. Tras unos instantes de inicial desconcierto, reconoció aquello que había provocado el comentario de su hermana.

Helos allí, a plena vista. Patentes a sus ojos y a los de todos sus convecinos; y, sin embargo, imperceptibles a fuer de resultar familiares; aquellos símbolos sobre los que su vista se había posado incontables veces, y de cuya verdadera presencia no se había percatado hasta ahora.

Los blasones nobiliarios de los condes de Tendilla y marqueses de Mondéjar. El sotuer cuartelado, banda verde sobre campo rojo. Debajo, una estrella solitaria. Y una frase en cartela: «Bvena Gvia.»

Apenas regresó a casa, Inés ordenó a Matilde que pasara un mensaje a Úrsula. Tenía que reunirse con Pierre cuanto antes.

El joven gascón no había errado en sus deducciones. La pista que perseguían no los llevaba a lidiar con la Iglesia ni el Santo Oficio; aunque sí al borde de un despeñadero igual de peligroso.

El desdichado que hubiese cometido el desatino de enfurecerlos se convertía de inmediato en unapestado. Y, si la ofensa era tenida por asunto de gravedad, aún se exponía a trances peores. Larga es la sombra de los linajes que florecen a la vera del trono; y ninguno de ellos se caracteriza por

su indulgencia.

Pierre Arbús rezaba por no toparse con rostros conocidos. A su favor jugaban el clima y el horario, ambos desapacibles. Declinaba la tarde; las calles ofrecían un aspecto macilento y adusto bajo la luz postrada del ocaso.

La distancia que mediaba entre la imprenta del maestro Gracián y el taller del difunto Antonio Lozano se extendía algo menos de seiscientos pasos. La recorrió a buen ritmo, eligiendo la ruta menos concurrida. Llevaba casi cuatro meses residiendo en el barrio, y su rostro comenzaba a ser conocido; algo inevitable, aunque en su caso no resultase del todo conveniente.

No olvidaba el propósito que lo había empujado hasta la villa complutense. Hubiera preferido adoptar un proceder que le permitiese mantenerse apartado y oculto a las miradas ajenas. Pero aceptaba que el mejor modo de pasar desapercibido era integrarse en las rutinas de la vida vecinal. Lo contrario hubiera levantado sospechas aún más perjudiciales.

Cubrió el trayecto sin sufrir encontronazos; aunque, ya cerca de su destino, hubo de dar un rodeo para evitar a un grupo de colegiales de San Ildefonso con lenguas pendencieras y ánimos caldeados por el vino. A Dios gracias, logró evitarlos sin grandes dificultades. No deseaba verse envuelto en uno de esos altercados —nada infrecuentes— que enfrentaban a estudiantes con habitantes de la localidad. A las llamadas de «¡Favor al colegio!» y «¡Favor a la Villa!» se desenvainaban puñales y espadas, e incluso podían llegar a entrar en liza pistolas o arcabuces.

Inés lo esperaba. Lo supo por la mirada que ella le dedicó al entrar en la tienda. Por desgracia no estaba sola. Atendía a un parroquiano rezagado, un individuo aún joven que se palpaba la barbilla prominente mientras conversaba. Su manto y sotana, negros, sobrios y severos, revelaban que se trataba de un jesuita. Y su actitud evidenciaba cierta familiaridad para con la propietaria.

No podía saber que aquel era Eusebio Vázquez, bibliotecario mayor del colegio alcalaíno de la Compañía ignaciana; ni que ejercía de confesor tanto de la señora Ana como de su hija menor.

—Perded cuidado, padre, que el resto estará terminado en breve plazo —le aseguraba ella—. Nos ocupamos de vuestro pedido con toda diligencia. Pero no me negaréis que todo trabajo bien hecho requiere su tiempo, y vuestra biblioteca merece ser tratada con especial esmero.

El aludido realizó un gesto que aunaba aquiescencia y cierta disconformidad. Acababa de recoger parte de un encargo voluminoso y parecía reacio a abandonar el local. A su espalda, un coadjutor algo engolado verificaba el estado de su bonete; junto a él, dos novicios de aspecto resignado aguardaban en silencio, cargados de paquetes envueltos con cuidado, estraza y cordel. Por sus dimensiones se adivinaba que contenían libros de a cuarto y a octavo.

—Así lo espero, hija mía. Nuestro tiempo es breve, y la Obra de Dios no admite demoras. En especial para quienes, como nosotros vivimos a Su servicio y al del prójimo. —Sin volverse hacia ellos, señaló con un discreto movimiento de la mano hacia los muchachos que lo acompañaban—. Como sin duda sabéis, este año el Señor nos ha bendecido con una abundante cosecha de recién llegados. Esta universidad nuestra se ha comportado siempre como buena madre de la Compañía. Cada curso nos envía desde sus aulas numerosas vocaciones para la orden.

El buen religioso había pasado de una reprimenda tibia a un enardecido elogio sin que su rostro ni su inflexión experimentasen cambio alguno. De seguido procedió a describir cómo, en sus poco más de treinta años de existencia, la Compañía de Jesús había prosperado de tal modo que no cabía dudar de que gozaba del beneplácito divino. Su auge, notable en todos los dominios hispánicos, había alcanzado su más excelso grado precisamente en la localidad complutense, tal vez debido a que su fundador, el padre Ignacio de Loyola, había cursado estudios aquí.

En los tiempos que corrían, bajo el generalato del recién fallecido padre Francisco de Borja, la afluencia de vocaciones procedentes de la Universidad era tal que, por falta de lugar en que albergar a los postulantes, habían de enviarlos a otras casas de formación. Así, a Gloria de Dios, la casa de Alcalá se había convertido en la más numerosa no solo de la provincia de Toledo, sino también de todos los reinos españoles, con casi ciento veinte integrantes

entre novicios, escolásticos, coadjutores y miembros profesos.

Pierre no se molestó en ocultar su impaciencia. A aquellas horas tardías, en las que los buenos vecinos se hallaban ya recogidos en sus casas, no había esperado toparse con otro visitante en el establecimiento; y menos con uno tan enojoso.

Había abandonado la casa del maestro Gracián apenas terminado su turno en la prensa, pretextando la necesidad de ocuparse de un encargo urgente. Pero lo esperaban a la mesa para la cena, y no podía alargar en demasía su visita si deseaba evitar sospechas inconvenientes.

—Bien decís, padre. Merecido es el renombre de que goza en nuestra villa la Compañía que porta el dulcísimo nombre de Jesús; e igual de merecido es ese gran patrimonio que, según se comenta, ha ido adquiriendo gracias a los donativos de nuestros caritativos vecinos.

Ante el cariz que tomaba la conversación, uno de los novicios, bien instruido, se aproximó al sacerdote y le susurró algo al oído en actitud respetuosa. Este asintió.

—Disculpadme, hija mía. En modo alguno debemos descuidar los buenos usos. Bien sabéis que nosotros, devotos soldados de Cristo, vivimos en el mundo sin formar parte de él. Sucede que en ocasiones olvidamos el ajetreo de las labores seculares. Atendéis un negocio lleno de ocupaciones, y temo que ya os he entretenido por demasiado tiempo.

Sin esperar a que el clérigo y su séquito abandonasen la tienda, el tirador francés se aproximó al mostrador. Inés se inclinó, abrió un cajón y extrajo algo que depositó sobre el tablero.

El gascón comprendió. Tomó el objeto y lo examinó, dispuesto a secundar la comedia hasta que los visitantes que ahora salían por la puerta se encontrasen a distancia segura.

—Gran calidad, por cierto. —En efecto, la textura del papel era excelente y la filigrana serpenteante se apreciaba con absoluta claridad—. Digna de clientes distinguidos; aunque quizás excesiva para un modesto oficial de imprenta.

La joven pareció encontrar divertido aquel comentario.

—La modestia no es cualidad que os distinga, señor Pierres —le respondió,

no sin una pizca de malicia—. ¿Y qué os hace creer que en este establecimiento no os tenemos por cliente distinguido?

—Algo muy sencillo, señora mía —se inclinó hacia ella y bajó la voz—: El hecho de que nunca he comprado nada en vuestra tienda.

—Tal vez sea justo eso lo que os distingue, ¿lo habéis pensado? —replicó su interlocutora, risueña pero inamovible—. Si el resto de mis parroquianos actuasen de la misma guisa, de aquí a poco habría de echar el cierre al negocio.

—Por fortuna para vos, no es así. —El gascón indicó la puerta con un somero movimiento de cabeza—. Bien parece que contáis con otros compradores que cubren con creces los quebrantos que yo os causo.

—¿Os referís al buen padre Eusebio? Con todo el renombre y la prosperidad de su Compañía, me debe a cuenta los pedidos de los últimos tres meses. ¿Por qué pensáis que se ha escabullido con tal prisa a la primera mención del dinero? —La sonrisa de su interlocutora resultaba ahora patente—. Mas lidiaremos con él en otro momento. Vos, por vuestra parte, estáis a tiempo de corregir vuestro error.

Así diciendo, volvió a tenderle el famoso cuaderno. En esta ocasión su visitante no hizo ademán de rechazarlo. Pocas veces lo habían tratado con tan grata porfía. Y siempre había encontrado difícil negarse a las mujeres con donaire.

—Sois perseverante, a fe que sí. Pero admito que no os falta razón. —Se irguió y elevó de nuevo el tono—. Os propongo algo: traedme recado de escribir y comprobemos si este papel que tanto pregonáis está a la altura.

La patrona se volvió hacia Albertillo. El muchacho se había mantenido en todo momento con la espalda apoyada en el quicio de la puerta que daba a la trastienda, observando en silencio la escena. Inés aprovechó los breves instantes que el aprendiz empleó en regresar con los objetos solicitados para arrancar la primera página del cuaderno y entregársela a su acompañante.

—¿Habláis de emborronar un librito que aún os resistís a comprar? ¿Y os preguntáis por qué os consideramos un cliente tan insólito?

Sin argumentar palabra, el tirador francés se levantó el puño derecho para dejar al descubierto la muñeca. Cuando el mozo regresó con el recado, mojó

la pluma de ganso en el tintero y garabateó unas palabras en el fragmento de papel. Luego eliminó la humedad con el secante y observó el resultado con aspecto satisfecho.

—Bien, señora, diría que acabáis de cerrar vuestro trato. —Dobló el escrito y lo apartó hacia el extremo del mostrador—. Pero vos y yo sabemos que no es esto lo que he venido a buscar.

La aludida examinó la entrada de la tienda. Su anterior visitante ya debía de encontrarse a respetable distancia.

—Vos y yo sabemos ciertas cosas, señor Pierres, eso os lo concedo.

Una mirada suya a Albertillo bastó para que este entendiera en qué consistía su nueva labor. Se apostó junto a la puerta del establecimiento y allí se mantuvo, atento a la más que improbable aparición de otro cliente intempestivo.

Solo entonces consintió la joven en describir sus últimos descubrimientos. El gascón la escuchó con tal atención que parecía estar componiendo, carácter a carácter, una galerada para grabarla después, de un certero golpe de prensa, en el pliego de la memoria.

—Confieso, Inés, que no dejáis de sorprenderme —admitió cuando ella concluyó la narración—. Y eso no es tarea fácil, os lo puedo asegurar.

—¿Debo entender eso como un halago hacia mí o hacia vos mismo, *monsieur* Arbús? —comentó la aludida, que aquella noche parecía dispuesta a no concederle tregua—. Me resulta difícil solventar esa duda. Y eso que, según se comenta, los franceses son maestros en el arte del cumplido.

—Vos me habláis con toda franqueza. Me limito a responderos con la misma moneda. Y en cuanto a cumplidos, os aseguro que el día en que un francés os dedique uno, sabréis distinguirlo.

—Así que el palacio de los condes de Tendilla... —Considerando las cosas, aquel giro no era nada halagüeño. Incluso un extranjero como él, recién llegado al reino de Castilla, conocía por su reputación a la familia Mendoza.

Bien sabía Dios que, en su fuero interno, había abrazado la esperanza de que aquel esquivo Porfirio se encontrase ya al alcance de la mano. Pero sus expectativas siempre jugaban en su contra. Cada vez que daban un paso hacia él, parecía más inaccesible.

—Veo que la perspectiva os desanima, señor Pierres —señaló Inés, ahora sin asomo de mordacidad.

Aquella observación provocó que el gascón mudara de gesto. En modo alguno deseaba interpretar ante ella el papel del desaliento.

—En absoluto —mintió—. Aunque no os negaré que había esperado que nuestro libro se ocultase en un lugar de más fácil acceso.

Reparó en que había empleado por primera vez la palabra «nuestro» y temió que su interlocutora pudiera sentirse incomodada por aquel término. Pero ella no lo corrigió.

—Os confieso que yo esperaba lo mismo —reveló—. Pero supongo que, a estas alturas, ya deberíamos haber aceptado que el bendito redactor de esta carta no albergaba la intención de llevarnos por camino sencillo.

Tal vez por aquella razón sentía tanto orgullo ante la idea de haber sido capaz de seguir las huellas dejadas por aquel desconocido. No dejaba de asombrarla el hecho de que un individuo tan preocupado por disimular su rastro hubiese dispuesto sus señales a plena vista. Los alabarderos apostados en la fachada universitaria, los escudos del palacio de Tendilla... Daba la impresión de que juzgase que aquello que permanece largo tiempo ante nuestros ojos acaba volviéndose invisible.

Pierre dejó escapar una sonrisa. Su interlocutora tan solo veía la luz. Ciertos individuos dejan a su estela un resplandor, una inspiración para la conducta ajena; pero no todos aquellos que miran a su espalda se encuentran frente a una existencia digna de quedar en la memoria de sus congéneres.

—Todo hombre desea dejar huella —reconoció—, pero no siempre la propia. Algunos inventan otra y la hacen pasar por la suya. Forjan una ilusión sobre sí mismos y dejan que esa fábula se convierta en la historia que el mundo narrará sobre ellos.

Esperaba que su aparente ironía bastase para enmascarar cualquier eco de la verdad, de sus remordimientos y la voz de su impotencia. Cierto, comprendía la sed de eternidad que alimentaba a sus semejantes... y que incluía el deseo de anular los propios errores, de forzarlos a desaparecer como si nunca hubieran existido.

De ahí los libros, los escudos de armas, las estatuas... Todos los

monumentos que los seres humanos se empeñan en crear, no para dejar constancia de quiénes son en realidad, sino de cómo les gustaría ser recordados.

Cuando el joven Arbús hubo abandonado el local, Inés reparó en que había dejado sobre el mostrador el pedazo de papel escrito. Lo contempló durante largo rato sin decidirse a tocarlo.

En el corazón sentía el convencimiento de que su visitante lo había redactado para ella. Pero la razón, llena de reproches, le presentaba como muestra de vanidad y presunción el hecho de albergar tal certeza.

Tras largas dudas, se decidió. Tomó el billete, lo abrió y repasó su contenido. Por segunda vez aquella noche la conducta de Pierre provocó que una amplia sonrisa asomara a sus labios.

Arrugó el papel y, de camino a las habitaciones, lo arrojó al montón de los desechos que Matilde había apilado en un rincón de la cocina.

Cuando la patrona desapareció de su vista, Albertillo siguió sus pasos. Haciendo caso omiso de la mirada burlona que le dirigió la sirvienta, recogió la nota. La alisó y, frunciendo el ceño a causa del esfuerzo, probó a leerla.

Su empeño resultó en vano. Estaba escrita en francés.

## VIII

Inés había pasado en incontables ocasiones ante la residencia de los condes de Tendilla y marqueses de Mondéjar. Se erguía, elegante y majestuosa, junto a la puerta de los Mártires, como si buscara dirigir las miradas y las mentes de los transeúntes hacia Guadalajara, la comarca señera de sus dominios familiares.

Los edificios —dos mansiones unidas merced a un patio común— lindaban por un lado con la antedicha puerta de la muralla; y por el otro, con las viviendas ocupadas por el muy ilustre bedel de la Universidad. Su fachada principal, orientada a la calle Real, capturaba la atención por las refinadas labores de su portada y la ornamentación de sus ventanas y enrejados. Admirables resultaban sus decoraciones en granito y piedra blanca, entre las que destacaban los blasones, cincelados con esmero, de la nobilísima casa mendocina.

Pero, al decir de los pocos vecinos que habían tenido el privilegio de traspasar aquellas puertas casi infranqueables, la verdadera magnificencia del lugar residía en su interior: cortinajes, lámparas y alfombras de un lujo inimaginable, mobiliario exquisito, grandes escaleras, espléndidos artesonados en los salones...

Para gran parte de los pobladores de la villa —habitados a repetir casi a diario comida y cena a base de olla y a remendar cada invierno sus prendas de paño burriel—, aquel era un mundo tan lejano y fabuloso como la villa de Vindilistoria, el país de Cucaña o el reino del preste Juan. Como todos ellos, Inés había aprendido a mirar aquel lugar con algo parecido a la veneración. Y allí estaba, ideando el modo de franquear aquellos batientes que muchos contemplaban como si fuesen las mismísimas puertas del Edén.

—El día en que tú o yo atravesemos esos muros, chiquilla —le había dicho María en cierta ocasión— será el día en que salga el sol por el ocaso y les dé por sofocarse a las llamas del infierno.

Y ella no había podido sino mostrarse de acuerdo con tan pintorescas descripciones de su hermana mayor.

Para mayor dificultad, las actuales moradoras de aquellos lugares tampoco parecían tener querencia por relacionarse con el mundo exterior, ni por permitir que este irrumpiese en sus dominios privados.

Doña María de Mendoza, hija del segundo marqués de Mondéjar y tercer conde de Tendilla, se había instalado en aquella residencia dos años antes, procedente de la casa de sus ascendientes en tierras alcarreñas. La apodaban «la blanca» por la extraordinaria palidez de su semblante, lograda tras una vida consagrada al retiro y la oración. Contaba a la sazón con cuarenta y seis inviernos. Se comentaba que había hecho voto de castidad a los dieciocho, siguiendo los consejos de su confesor; y que todos los intentos de su familia por casarla habían fracasado debido a la férrea oposición de la implicada.

Varios meses después de su llegada a la villa complutense, se había unido a ella su sobrina doña Catalina, hija natural de don Íñigo López de Mendoza y Mendoza, favorecido por Su Majestad con el cargo de virrey de Valencia. A sus treinta años —y ante la forzosa ausencia de un progenitor que había partido a tierras mediterráneas—, la antedicha se había visto obligada a abandonar su natural vocación, que la inclinaba hacia la oración y las limosnas, para encargarse de gobernar el inmenso estado de los Mondéjar.

—Ejemplos vivos de entrega al Amor Divino. —Así las había descrito su confesor, el padre Eusebio, en cierta ocasión—. Ambas damas, adornadas de una ejemplar devoción; ambas, resplandecientes en virtudes.

El sacerdote jesuita, que se caracterizaba tanto por su renuencia a aligerar la bolsa como por su querencia a los discursos, las había mencionado en varias de sus visitas a la librería. No ahorraba alabanzas hacia aquellas «generosísimas benefactoras entregadas al engrandecimiento de la Compañía». Aunque el buen sacerdote nunca había mencionado cifras concretas, su entusiasmo permitía sospechar que tan elogiadas bienhechoras debían de haber contribuido con varios miles de ducados; cantidades

portentosas con las que la modesta viuda de Lozano ni siquiera se permitía soñar.

En su desasosiego, Inés imaginaba ante sí los postigos de aquella señorial residencia; se veía a sí misma menguada ante ellos, tratada con esa saña que ciertos chiquillos descargan sobre un perro callejero.

Mas, por mucho que aquellas imágenes la inquietaran, no podía permitir que la paralizasen. Debía encontrar un modo de abrirse paso más allá de aquellos portones.

Frente a sus muchas dudas, se aferraba a su única certeza: de nada aprovecharía andarse con subterfugios. La mejor estrategia sería presentarse en el lugar a rostro descubierto.

Los encargos, tan imprevistos como bienvenidos, que el colegio de la Compañía había realizado en los últimos tiempos habían obligado a la joven viuda de Lozano a dejar de lado aquel comprometido trabajo que en su día prometiera a Fermín. Pero era consciente de que cada día que aquel libro clandestino permaneciese en su poder suponía un riesgo añadido para ella, su negocio y todos los habitantes de su casa.

Aquella mañana, mientras revisaba ciertos documentos en la escribanía, la asaltó aquella idea y, de forma instintiva, dirigió la vista hacia el cajón en el que se ocultaba el *Libro de la oración y meditación* de fray Luis de Granada. Percibió un detalle que la sobresaltó: la cerradura presentaba marcas y arañazos, como si alguien hubiese estado hurgando en ella.

Sin querer dar crédito a sus peores sospechas, tomó el llavero que colgaba de su cintura y abrió el compartimento.

Estaba vacío.

Se cubrió la boca con las manos, luchando por dominar el pánico. Debía de haber una explicación; una sencilla e inofensiva, Madre Santísima, por favor...

—Matilde, ven aquí ahora mismo. ¿Has estado revolviendo tú en este bargueño?

La criada apareció con el ceño arrugado con que siempre preparaba sus

rezongos ante las quejas ajenas.

—¿Yo, señora? ¡Válgame el cielo! ¿Perder tiempo revolviendo papelotes? Como si no tuviera ya tarea suficiente... —Y añadió con cierta malicia—: Id a preguntar al señor Albertillo, que él sí es amigo de andar leyendo notas ajenas.

—¿Dices que esto es obra suya? —preguntó Inés ante la incomprensible alusión de la moza—. ¿Estás segura?

La sirvienta miró el cajón abierto que la patrona le señalaba. Comenzaba a percibir en el tono de esta una agitación que no invitaba a chanzas.

—Pues, señora mía... —Probó a ganar tiempo mientras hacía memoria—. ¡Ay de mí! ¿Qué queréis que os diga? Pocas certezas hay en esta vida... —De repente, una imagen olvidada acudió a su memoria—: Ahora que lo mencionáis, creo haber visto al señor Gabriel rondando por aquí hace unos días...

Durante unos instantes Inés se sintió incapaz de mover un solo músculo. Su rostro había adquirido el color de la cera.

Salvó con pasos inseguros la distancia que la separaba del taller, como si caminase sobre barro blando. Cuando llegó a la puerta del mismo, se detuvo. Afianzó la mano izquierda sobre el quicio sin notar que con la derecha se palpaba la saya en busca del rosario. Sentía la desesperada necesidad de buscar apoyo allá donde pudiese encontrarlo.

Transcurridos unos instantes el oficial levantó la vista de su trabajo. Se encontró frente a la viuda, que lo observaba desde la puerta de la estancia con un semblante que revelaba algo de enojo y mucho de aprensión. El llavero que pendía de su cintura se mecía con un leve balanceo delator.

Supo que el momento que había estado aguardando durante los últimos días había llegado al fin. Aquella víbora traía la culpabilidad impresa en el rostro como si se la hubiese estampado con un hierro de grabar. No había escapatoria posible para ella.

El muchacho, confuso, dirigió a Inés una mirada interrogante. No comprendía por qué de repente su maestro empleaba aquel tono. Parecía que quisiese mostrar a la señora que ahora era él quien dictaba las órdenes en aquel lugar.

—Ve, Albertillo —concedió ella—. Y pierde cuidado, no hay por qué inquietarse.

—Mal hacéis en mentir así al zagal —la reprendió el oficial cuando el interpelado hubo abandonado el lugar—. A fe mía, que tiene de qué preocuparse.

Se dirigió a un cajón situado bajo la mesa de encuadernar, sacó de él un objeto y, con él en la mano, se dirigió hacia la joven. Sin mediar palabra lo arrojó al suelo a sus pies.

—Un *Libro de la oración* de fray Luis de Granada. Condenado en la cuadragésima primera página del *Índice* redactado por el inquisidor general Valdés. Hay en este texto doctrinas escandalosas, señora Inés, que contienen daño y peligro notables. —Hizo una pausa antes de asestar el golpe final—. ¿Ese es vuestro propósito? ¿Esconder un tratado herético, y además encuadernarlo? ¿Y mancillar así la casa del maestro Lozano, convirtiéndola en un taller de libros prohibidos? Me pregunto qué opinarían de esto los jueces del Santo Oficio.

—¿En eso consiste vuestro plan? ¿En arrastrarme ante los tribunales de la Santa Inquisición?

Su interlocutor se tomó su tiempo antes de responder. Disfrutaba de la situación a ojos vista.

—Sois vos quien debe contestar a esa pregunta —replicó al fin. Su voz era tan dura como una piedra de amolar. Ya preveía la inevitable retahíla de sollozos, súplicas y desfallecimientos tan propios de las hembras. Mas, por mucho que aquella arpía se humillase y rogase, se había hecho el firme propósito de no ceder un ápice.

—¿Responder, yo? ¿Cómo? —Por primera vez, la interpelada alzó la vista hacia él—. ¿Aceptando sin objeción la propuesta que ya me hicisteis en su día? Creo, Gabriel, que os confundís. Responder y obedecer no son la misma cosa.

Aunque no agradó al oficial De Aguilar el tono de aquellas últimas palabras, no se dejó afectar por ellas. Era él quien manejaba las riendas. Y por mucho que aquella yegua intentase morder el bocado, no le quedaba más opción que aceptar que él la gobernaba a su placer.

Muy errada andaba aquella hembra impertinente al pensar que aún seguía en pie la propuesta de matrimonio que él le hiciera en el pasado. Gabriel se había resignado a tal arreglo porque, en sus anteriores circunstancias, no poseía otro modo de presentarle un acuerdo que ella pudiese encontrar aceptable. Pero las tornas habían cambiado.

Lo único que deseaba —lo único que siempre le había interesado— era la herencia del maestro Lozano. Y la insufrible de su viuda no formaba parte del lote.

Planteó sus términos dejando claro que no pensaba admitir la menor réplica al respecto. Se ofrecía a pagar tres mil reales por el negocio al completo, dos mil de ellos al contado y el resto en tres años. Era consciente de que ningún tasador valoraría en tan exiguo precio aquellas propiedades; sumando por lo bajo, la tienda y su taller valían, como poco, mil quinientos reales más de lo que él prometía. Pero, dadas las circunstancias, Gabriel consideraba que la suya era una proposición generosa en extremo; más de lo que una mujerzuela como su interlocutora merecía.

—Como ya he dicho, Inés, de vos depende. Sí o no, tan sencillo como eso. Dadme una contestación. Ahora.

Por brusco que resultase, la interpelada tampoco precisaba de más tiempo para pensárselo. Máxime cuando ambos sabían que solo cabía una respuesta.

La réplica no le llegó de inmediato. Ella dirigió la mirada en torno, estudiando en detalle todo cuanto la rodeaba. Se la veía desvaída, pequeña en medio de la estancia. Tan minúscula e insignificante —pensó el oficial De Aguilar— como toda mujer debiera sentirse.

—Antes de que os responda, dejadme que os pregunte algo a mi vez. ¿Tenéis idea de lo que sucede a los pobres desdichados que se ven envueltos en procesos con el Santo Oficio?

Gabriel negó con la cabeza. No sentía el menor deseo de prolongar un instante más de lo necesario aquella fastidiosa conversación.

—Reconoceréis que la vuestra es una cuestión absurda, Inés. —Y tan ridícula como su resistencia a contestar de una maldita vez a la pregunta planteada.

Todo hijo de vecino sabía que los tales tribunales tenían sus métodos

propios, cualesquiera que aquellos fuesen. No era propio de buen cristiano plantearse interrogantes al respecto.

De vez en cuando, sus responsables decidían organizar un auto de fe, un acto público en el que los condenados, tras un ignominioso desfile por las calles, sufrían el oprobio de ver proclamados a los cuatro vientos sus más abominables pecados, así como la penitencia que por ellos les correspondía. Tales ceremonias se celebraban siempre con gran ostentación, a fin de que sirvieran de ejemplo y escarmiento al resto de los fieles.

En contraste, todo lo concerniente a los procesos se mantenía en el mayor de los secretos. Desde el momento en que el imputado era detenido y se le conducía a prisión —siempre sin informarle de en qué consistía su supuesto delito— hasta que se anunciaba su sentencia, dejaba de existir para su familia, amigos y vecinos. Durante las semanas, meses o años que durase su juicio, nada se sabía de él, de su salud, estado o condiciones de vida.

Nada se conocía de cuanto sucedía en las cárceles, los interrogatorios o las sesiones de aquellos tribunales. Y aquel silencio lleno de angustias, aquel misterio escalofriante, inspiraban profundo espanto en los corazones de la población. Circulaban al respecto las más espeluznantes narraciones, relatos atroces llenos de crueldad inimaginable.

Los integrantes del Santo Oficio, lejos de atajar tales murmuraciones, contribuían a fomentarlas. Con sus métodos favorecían que aquel pavor se expandiese, convencidos de que constituía un poderoso aliado que ayudaba a conseguir prontas y sinceras confesiones. Y estas eran indispensables para que los culpables dieran el primer paso en el camino que conduciría a la salvación de sus almas.

Pues los jueces inquisitoriales se veían a sí mismos como médicos que velaban por la salud espiritual de los fieles encomendados a su cargo. Su misión consistía en localizar y extirpar los más viles focos de pecado —que supuraban como pústulas, ocultos a los ojos de la comunidad— para evitar que con su influjo maligno gangrenasen las voluntades de los buenos creyentes.

—No hablo de lo que pueda aguardarles en las prisiones inquisitoriales. — Los quebrantos, denuncias y confesiones que allí tenían lugar... Los gritos y

súplicas sofocados por aquellos temibles muros... Aquellas cosas solo llegaban a oídos de Dios omnisciente, que todo lo ve y lo juzga—. Sino de lo que les ocurre ya antes de llegar a ellas.

Su rostro seguía lívido y hablaba apenas en un hilo de voz. Pero algo en ella traslucía cierta entereza que, en opinión de Gabriel, poco se ajustaba al estado de ánimo que hubiera debido mostrar.

—Basta ya, Inés. Vuestra actitud comienza a ser enojosa. En nada os ayuda...

—¿Habéis pensado —lo interrumpió ella— en lo que sucede cuando los oficiales del Santo Oficio se personan en casa del acusado con la orden de arresto? Por cierto que no acuden solos. Vienen en compañía de sus notarios.

El gesto del oficial cambió por completo. Había comprendido la alusión.

La detención de cualquier imputado acarreaba la confiscación inmediata de sus bienes. Los escribanos inquisitoriales tomaban cumplida nota de las características de la vivienda, de cada pieza del mobiliario, de las ropas y paños, los enseres de limpieza, el contenido de las despensas y almacenes, los instrumentos de la profesión... Ni siquiera los pañales de un lactante o la manzana que el detenido sorprendido en plena cena sostenía en la mano como próximo postre escapaban al recuento implacable de los escribientes.

Todos aquellos recursos quedaban en poder del tribunal, que procedía a irlos vendiendo para costear el mantenimiento del arrestado durante su tiempo en prisión, así como sus gastos procesales. En el caso de que fuese declarado culpable, la Inquisición quedaba en poder de todas aquellas propiedades. Si, por el contrario, se le encontraba inocente, se le devolvían los bienes que restasen de su hacienda original, una vez costeados todos los gastos ocasionados por el proceso. Incluso en este último caso, no era infrecuente que el imputado y su familia se encontrasen reducidos a la miseria, sobre todo si el pleito se había demorado largo tiempo.

En otras palabras: si acusaba a la viuda ante el Santo Oficio, su enjuiciamiento probablemente se cobraría la herencia del maestro Lozano; y su delator habría sido el causante de arruinar aquel legado que buscaba proteger a toda costa.

Fue ahora el oficial quien mudó de color. Hasta aquel momento no había

considerado que también podía ser declarado cómplice del mismo delito que amenazaba con denunciar.

Sin saber cómo debía reaccionar ante aquel inesperado cambio de situación, se limitó a permanecer inmóvil, con el ánimo desmadrado. Hasta su garganta parecía incapaz de pronunciar palabra, igual que la de un monigote de papel y trapo.

Se sentía aturdido; y tan magullado como si acabase de ser coceado por un mulo levantisco. Había pasado los últimos días saboreando aquel momento, convencido de que la insolente de Inés Ramírez estaba bajo su yugo. Se la imaginaba derrotada, llorosa y suplicante a sus pies... Por Cristo bendito, ¿cómo había ocurrido aquello?

Observó cómo la joven se acuclillaba y recogía del suelo la maldita obra de fray Luis. Cuando ella se alzó, manteniendo el libro apretado contra el regazo, su oponente sintió que recuperaba el control sobre sí mismo. Dio media vuelta y abandonó la estancia sin dignarse siquiera despedirse.

Bien sabía cuáles serían las consecuencias de lo ocurrido. La condenada viuda no iba a consentirle que continuase su trabajo en el taller, no después de aquello. Y no tenía intención de permitir que ella lo expulsara. Él, Gabriel de Aguilar, abandonaría aquel lugar por su propia voluntad.

Bajo aquella fachada de aparente firmeza, Inés temblaba. Aún ignoraba cómo había sido capaz de responder con tanto aplomo a las amenazas de su oficial.

Una vez que este hubo dejado el local, la joven notó que las fuerzas le fallaban. Tomó asiento en una banqueta y, con la vista aún empañada por la zozobra, miró a su alrededor. Sentía un asombro semejante al que experimentara al contemplar el taller por primera vez. Entonces desconocía la felicidad que procuran los recursos adquiridos a costa de riesgos y esfuerzo. No podía prever lo mucho que, en un porvenir no lejano, aquel lugar llegaría a representar para ella.

Eran muchas las dudas que la asaltaban en aquellos instantes. El futuro del negocio resultaba ahora precario, a falta de un oficial experto; a Albortillo le

urgía encontrar otro maestro que le ayudase a completar su aprendizaje...

Y el propio Gabriel, incluso ausente, no representaba la menor de sus preocupaciones. Por cierto que no volvería a intimidarla con aquellos mismos argumentos. Pero no cabía esperar que se alejase de la contienda sin presentar más batalla. Se lamería las heridas y buscaría otro modo de intentar arrebatarse aquello que tanto codiciaba. De un modo u otro, el oficial De Aguilar seguiría representando una amenaza.

Pero todos aquellos cuidados habrían de quedar para jornadas venideras. Hoy era día de victoria y satisfacción. Notó en el regazo la presencia de aquel libro que Fermín le había cedido en custodia. Parecía liviano e inocente, ajeno a los estragos que su plácida existencia era capaz de provocar.

Aquella velada, como tantas otras, Inés se sentó junto a su madre y comenzó a leer para ella. Aguardó hasta que Teodora empezara a cabecear sobre sus labores de costura. Entonces, con toda suavidad, cerró la obra que tenía en las manos; y, sirviéndose de la marca que había dejado entre sus páginas, empezó a recitar un pasaje del malhadado *Libro de la oración y meditación*, la obra del no menos desdichado fray Luis de Granada.

«Deseaba el celestial Esposo ser amado de su esposa con grande amor, y para esto ordenó este misterioso bocado que llamamos el Sacramento de la Eucaristía, con tales palabras consagrado, que, quien dignamente lo recibe, luego es tocado y herido deste amor. ¡Oh, misterio digno de estar impreso en lo íntimo de nuestros corazones! Dime, hombre: Si un príncipe se aficionase tanto a una esclava, que viniese a tomarla por esposa y hacerla reina y señora de todo lo que él tiene, ¿qué tan grande diríamos que había sido el amor del príncipe que tal hiciese? Y si por ventura, después de hecho ya el casamiento, estuviese la esclava resfriada en el amor de tal esposo, y entendiendo él esto anduviese perdido buscando algún bocado que darle a comer, con que la enamorase de sí, ¿qué tan excesivo diríamos que era el amor del príncipe que hasta aquí llegase?»

El fragmento proclamaba la magnitud del amor que Cristo tiene a Su esposa, la Iglesia; y, en consecuencia, a todas las almas que la integran, pues cada una de ellas también puede ser considerada Su consorte. Lo había elegido porque se había sentido conmovida por su lirismo y emoción.

No por casualidad, era una de las secciones que habían motivado la condena de la obra y su inclusión en el *Índice* del inquisidor Valdés. Por regla general los censores del Santo Oficio desaprobaban los expresivos arrebatos de la mística, sobre todo en su expresión más apasionada y poética.

«Pues, oh, Rey de gloria, que no se contentaron las entrañas de tu amor con tomar mi ánima por esposa (siendo como era esclava del enemigo), sino que, viéndola aún con todo eso resfriada en tu amor, ordenaste de darle este misterioso bocado, y con tales palabras le transformaste, que tenga virtud para transformar en ti las ánimas que lo comieren y hacerlas arder en vivas llamas de amor. No hay cosa que más declare el amor que el desear ser amado; y, pues tú tanto deseaste nuestro amor, que con tales invenciones le buscaste, ¿quién de aquí adelante estará dudoso de tu amor? Cierto estoy, Señor mío, si te amo, que me amas. Cierto estoy que no he yo menester buscar nuevas artes para traer tu corazón a mi amor, como tú lo buscaste para el mío.»

Mientras su voz y su corazón acariciaban aquellas frases, sintió que algo en su interior aleteaba, como un pajarillo que estrenara sus alas por primera vez. Al notar ese vuelco en el estómago que provoca el lanzarse al vuelo, imaginó la música que encerrarían aquellas mismas palabras si se pronunciaran con un ligero acento francés.

A día quince de diciembre Inés hizo retirar las cortinas, guarniciones y paños negros que tanto sofocaban su dormitorio. Mandó abrir las contraventanas para dejar libre entrada a la luz del sol; que, incluso en día tan opaco e inclemente como aquel, pareció insuflar aires de primavera a la estancia.

Se prometió que no volvería a permitir que nada ni nadie la obligase a creer que merecía encerrarse en una cripta, sin derecho a gozar siquiera de las pequeñas mercedes que los cielos han entregado al común de los mortales.

María se mostró de la misma opinión. Había decidido que aquel día debía visitar a su hermana menor para que celebrasen juntas la ocasión.

—Bastante ha sido ya el que de un año a esta parte hayas tenido que

mostrar respeto por quien nunca mereció miramientos —declaró—. ¡Condenados sean esos lutos y condenado quien los trajo a este mundo!

—¿Y qué me dices de ti? —preguntó risueña—. ¿No crees que los oficiales de tu esposo murmurarán de que vengas aquí cuando debieras estar en la imprenta? A buen seguro que Juan te necesita por allí.

La aludida realizó un gesto carente de toda finura para mostrar lo poco que le importaban tales consideraciones.

—Juanillo podrá apañárselas sin mí por un rato, chiquilla, que ya se dedicaba a menesteres como estos antes de que tú y yo nacióáramos. Y si alguno de esos truhanes que manejan los tipos o las prensas se creen que pueden decir algo bajo mi techo sin que llegue yo a enterarme, es que tienen seso de lombriz. —La visitante dio a su anfitriona una palmada en el dorso de la mano, como reprendiéndola por haberse atrevido a albergar ideas tan peregrinas—. Mira, sino, lo que digo: justamente el otro día...

Antes de que pudiese añadir más, un zagal irrumpió en la estancia a la carrera. Inés reconoció en él al aprendiz que servía en el taller del maestro Gracián.

—¿Por qué? ¿Qué ha ocurrido? —La aludida se había alzado de su asiento con la misma brusquedad que si hubiese descubierto a una víbora oculta entre los cojines—. ¡Habla, tunante, o por vida de tu madre que habrás de lamentarlo!

El mozo se esforzó por obedecer. Pero la carrera y el sobresalto provocado por las noticias que traía lo habían dejado sin resuello.

—Dos ilustres señores del cabildo están allá, preguntando por vuestro esposo —jadeó—. Viene con ellos el señor alcalde mayor. Traen un escribano. Y una provisión de Su Majestad el rey.

## IX

Unas tres semanas antes, el veintiséis de noviembre, el secretario de la Universidad, Alonso de la Serna, leía ante el claustro un documento enviado desde la corte y sellado a día doce del dicho mes. Había sido dictado por «Don Felipe, por la gracia de Dios rey de Castilla, de León, de Aragón, de las dos Sicilias, de Jerusalén, de Navarra, de Granada, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaén, de los Algarves, de Algeciras, de Gibraltar, duque de Milán, conde de Flandes y de Tirol, etc.».

En el mismo se expresaba la preocupación del monarca por el hecho de que «en los libros que se imprimen en estos nuestros reinos hay comúnmente muchos errores y faltas de que resultan grandes inconvenientes», «cosa que mucho importa al bien universal». Por tales razones, el soberano disponía que se nombrase a «dos miembros del claustro de esa Universidad que sean personas que tengan inteligencia y experiencia» para que interrogasen a los impresores de la localidad e inspeccionasen sus instalaciones. A fin de que pudiesen realizar sin trabas tan delicada tarea, dictaminaba que había de acompañarlos «el alcalde mayor de esa dicha villa, al cual mandamos asista a ello y les dé todo el favor y ayuda que para la ejecución de lo contenido en esta nuestra carta fuere necesario». Y añadía que el incumplimiento de tales órdenes comportaba «pena de la nuestra merced y de diez mil maravedís para la nuestra cámara».

El claustro había votado por nombrar para la tarea a dos expertos en teología, doctorados en aquella misma sede y pertenecientes al cabildo de la iglesia de San Justo y San Pastor. Ambos eran personas insignes, como correspondía a los depositarios de una tarea encomendada por el soberano. El

canónigo Antonio Torres había sido elegido por su diligencia y su acreditada probidad; el chantre don Alonso de Mendoza —a la sazón visitador del colegio y Universidad—, por su nobilísima alcurnia, así como por ser hombre bien entendido en materia de libros y reputado por su erudición y su cultura refinada.

—En mucho estimo tan honrosa designación —había dicho este último—. De todos es sabido que Su Majestad tiene en mí a su más cumplido y solícito servidor.

Solo quienes mejor lo conocían hubieran podido adivinar en aquellas fórmulas dictadas por las circunstancias un sutilísimo atisbo de ironía.

El secretario Alonso de la Serna había comunicado los nombres al Consejo Real a fecha de quince de diciembre. Ese mismo día, habida cuenta del personal interés que el monarca manifestaba por el asunto, se realizaron las dichas visitas. Escoltaba a los delegados universitarios el licenciado Ribero, alcalde mayor de la villa; y el escribano público Bernardino del Castillo los acompañaba para dar fe de cuanto fuera dicho durante las inspecciones.

Los delegados reales tenían orden de inquirir sobre ciertas cuestiones específicas indicadas por el propio soberano. Era su misión informar sobre la calidad de las instalaciones, número y habilidad de sus oficiales, cantidad de moldes y letrerías, así como indagar sobre cualesquiera otras razones que pudiesen explicar el mal estado general de las imprentas en aquellos reinos y sus muchas deficiencias frente a las extranjeras.

Don Alonso de Mendoza, que por ser el de más alta cuna de los dos designados se había erigido en cabeza de la comisión, fue de la opinión de que debían transmitir aquellas mismas cuestiones a los tipógrafos y limitarse a transcribir sus respuestas; pues de tal modo, si el informe contenía errores o declaraciones que desagradasen al monarca, estas serían imputables tan solo a los maestros impresores. Y, por ser aquella la opción que ofrecía menor riesgo a los delegados, así se decidió.

Los oficiales de Juan Gracián se habían congregado en una esquina del taller. Desde allí observaban la escena, mostrando una tensa cautela preñada

de recelos. A esas horas de la jornada, en las que el estruendo de las máquinas solía invadir la casa y resonar en las viviendas circundantes, aquel silencio resultaba ominoso.

El batidor Frasquillo Gómez se persignó aprovechando que ninguno de los visitantes lo estaba observando.

—¿Qué os dije, compadres? Primero fueron tras los librereros y ahora nos llega el turno a nosotros —susurró; en esta ocasión, ninguno de sus compañeros hizo chanzas al respecto—. Quiera Dios que salgamos del trance con menos perjuicio que aquellos.

El maestro Gracián, de pie frente a los agentes del rey, se enfrentaba con temple a la situación. Según prescribía la fórmula legal, realizó la señal de la cruz sobre la vara del alcalde y puso la mano derecha sobre ella.

—¿Juráis decir la verdad sobre cuanto sepáis y a cuanto os fuere preguntado?

—Sí, juro.

—Si así lo hacéis, que Dios Nuestro Señor os ayude. De lo contrario, que os pida cuentas como a mal cristiano y perjuro, por decir mentira en el Santo Nombre de Dios.

—Amén.

Cumplido aquel trámite, el canónigo Antonio Torres procedió con las perquisiciones, mientras el escribano iba tomando cabal nota de las declaraciones del maestro tipógrafo. Tras exponer los detalles relativos a su negocio —cantidad de prensas, tipos de letras en su posesión y datos sobre el número, la identidad, la procedencia y la habilidad de sus oficiales—, reconoció que no poseía caudales suficientes para imprimir a su costa más que tratados breves; pero que, contando con la debida financiación ajena, tanto la calidad de sus instrumentos como la destreza de sus oficiales estaban a la altura del libro más exigente.

Después de realizar tan firme defensa de sus instalaciones y los hombres a su cargo, no dudó en abordar con toda franqueza las cuestiones más delicadas. Imputó a la escasez de correctores y a su falta de experiencia la abundancia de errores que se daban en los libros estampados en España; para remediar tal problema, propuso que se buscasen más y se les ofreciese una

buena paga por trabajar en los talleres tipográficos.

Adujo que la falta de medios que sufrían las imprentas españolas se debía a que aquí no había compañías de mercaderes que se agrupasen a fin de financiar libros costosos y de calidad, como sí se hacía en el extranjero; mas que para que los dichos mercaderes españoles se atreviesen a crear tales compañías, sería conveniente prohibir que se importasen del exterior aquellos títulos que ya se imprimiesen en estos reinos. Respecto a estos temas tan delicados, se cuidó de señalar que hablaba a su parecer y según lo que había oído decir a personas bien entendidas en el asunto; pues cualquier opinión que pregonase la bondad de las prácticas de allende las fronteras por encima de las hispánicas podía tenerse por perjudicial y sospechosa, más aún si llegaba por boca de un extranjero.

Añadió después que para que el importe de los libros aquí impresos se abaratase, el papel había de hallarse de calidad y a buen precio; para lo cual se necesitarían hacer dos cosas: la primera, aumentar el número de molinos de papel, puesto que los reinos españoles contaban con terreno sobrado para tal empresa; la segunda, que los oficiales encargados de su elaboración tuviesen gran cuidado en separar el trapo grueso del delgado, porque la causa de que el papel de la tierra resultase tan ruin era que en su fabricación se mezclaban buenos y malos tejidos. Con ambas medidas, España gozaría de sus remesas de papel propio, de calidad y en abundancia.

Mientras el canónigo Antonio Torres dirigía el interrogatorio, el chantre don Alonso se paseaba por las instalaciones. Aunque fingía inspeccionarlas como parte de su cometido oficial, en realidad lo hacía por pura curiosidad personal. Provenía de una estirpe de literatos, que descendía en línea directa del gran poeta Íñigo López de Mendoza, el primer marqués de Santillana. Su padre —don Lorenzo Suárez de Mendoza, cuarto conde de La Coruña— era un reconocido hombre de letras; y él mismo se tenía por cuidado y elegante escritor.

Aunque aquel fuese el tercer establecimiento que visitaban en la jornada, no por ello había menguado su admiración ante aquellas maquinarias y los portentos que con ellas se lograban; por el contrario, sí lo había hecho su interés por los interrogatorios a sus responsables.

En su deambular, acertó a pasar no lejos de la entrada que comunicaba el taller con el resto de las dependencias. Allí, fuera de su vista pero al alcance de su oído, la esposa del maestro tipógrafo bregaba por mantener alejados a los sirvientes. Se diría que muchos de ellos hubieran encontrado tareas que los arrastraban hacia aquella zona de la casa, cual a las polillas atraídas por la luz de una vela.

—¡Fuera de aquí, bergante! ¡Fuera, te digo, si no quieres probar el palo de la escoba! —advirtió que decía. Y luego, en voz baja, como dirigiéndose a una interlocutora cercana—. Pues solo nos faltaba esto. ¿Qué te dije yo, chiquilla? En nuestra amada Castilla, nunca corren buenos tiempos para quien ha de ganarse el pan con el sudor de su frente. Venga el rey con sus provisiones, sus alguaciles y prebendados y váyanse al traste nuestros desvelos y esfuerzos.

Don Alonso sonrió para sí y prosiguió con su inspección. Tanto los tribunales reales como los de la Inquisición agradecerían saber que uno de sus leales súbditos había pronunciado tales declaraciones contra el monarca. No podía esperarse de ellos la menor indulgencia ante quienquiera que hubiese proferido semejante ofensa.

Una vez que la visita concluyó y el tipógrafo hubo firmado la declaración, el chantre indicó a los restantes miembros de la comisión que se adelantasen. Entonces, lejos de la pluma del escribano, se acercó al maestro Gracián y murmuró:

—Buen hombre, procurad que vuestra esposa se muestre más precavida cuando se le antoje criticar a nuestro prudente y bienamado rey. En todas partes hay oídos, y no todos reaccionan con igual benevolencia.

La marcha de Gabriel había dejado a la viuda de Lozano en grandes apuros. Su taller necesitaba de un nuevo oficial; y Albertillo, de un nuevo maestro.

Ambas cuestiones resultaban acuciantes. Pero en las actuales circunstancias ninguna presentaba fácil solución. Contratar a un nuevo empleado suponía enormes riesgos; al presente, Inés estaba implicada en asuntos demasiado comprometedores como para introducir en la casa a un desconocido.

En cuanto al mozo... Aún le faltaban unos meses de formación para cumplir los cuatro años estipulados en su asiento de aprendizaje. Cabía la posibilidad de pactar con algún otro maestro del gremio para que lo acogiese en su negocio durante ese tiempo. Pero ella, privada como estaba de otras manos en el taller, tampoco podía permitirse prescindir ahora del muchacho.

Se debatía como náufrago a la deriva en un mar de incertidumbres. No había contado con que el propio interesado pudiese ayudarla a ganar tierra firme.

—Mirad, señora Inés, que vos y yo tenemos una plática pendiente —la abordó el zagal una mañana, mientras la ayudaba a revisar el género del almacén—. En su día me dijisteis que trataríamos el asunto llegado el momento.

—Pues tendrás que recordarme de qué asunto se trata.

Albertillo llevó las manos a la espalda, como un alumno que se prepara a recitar la lección ante el dómine.

—Pasé treinta y un meses aprendiendo el oficio con el maestro Antonio, que Dios tenga en Su gloria. Y otros doce con el maestro Gabriel —dudó un momento antes de añadir—; quien, con vuestra venia, era profesor cuyas lecciones aprovechaban el doble de lo usual.

Ella asintió. Aun con la poca simpatía que el oficial De Aguilar le inspiraba, justo era reconocer que realizaba sus labores con una profesionalidad excepcional.

Inés recordó, en efecto, la copia de los *Ejercicios espirituales* que su interlocutor había encuadernado para regalar a su madre unas semanas antes. Ni la excelencia ni la complejidad del trabajo desmerecían de las que se esperarían de manos de un oficial ya formado.

—Por eso os digo que no necesito ni cinco meses ni cinco días. Si a vos place, podéis considerarme enseñado, pues por tal me tengo yo, y con mucha honra y provecho.

La patrona miró al aprendiz con seriedad.

—Bien me gustaría —reconoció—. Pero, querido Albertillo, las cosas no son tan sencillas...

—¿Y por qué no habían de serlo? Si el contrato es entre vos y yo (o sea, mi

señor abuelo), y ambas partes concuerdan en que las condiciones se han cumplido, ¿quién ha de protestarlo? Vos procuradme mi vestido de paño negro, el que se estipula como pago de mi aprendizaje, y que se note bien que vale sus buenos doscientos reales, y ya veréis si mi señor abuelo ha de poner pegas, que ya os digo yo que no. —Las mejillas y los ojos se le habían encendido ante aquella perspectiva—. Y después de eso, ¿qué inconveniente ha de haber en que me quede yo aquí en oficio de mesero? Por treinta o cuarenta reales de estipendio (que esto ya lo discutiremos) me tenéis aquí como oficial, sin deber buscar a uno que os venga de fuera; y sin ajustarme a mí con otro maestro que bien pudiera descomponerme lo mucho y bueno que ya tengo aprendido.

Inés seguía contemplando al muchacho con gravedad. Nada deseaba tanto como acceder a aquella propuesta, que, amén de complacerla por motivos personales, traía consigo la solución a todos sus problemas. Pero el afecto que profesaba a su aprendiz le recomendaba proceder con cautela.

Una actuación como aquella podría acarrearle problemas frente al gremio. Como mínimo daría pábulo a murmuraciones; muchos oficiales encuadernadores —si no todos—rebajarían a su nuevo compañero acusándolo de no haber completado su periodo de formación.

No es que tales recriminaciones pudiesen sostenerse ante la evidencia; el trabajo del mozo hablaba por sí mismo. Pero las críticas, fundadas o no, podrían extenderse hasta traer consigo el desprestigio de Albertillo y suponer una amenaza para su futuro en la profesión.

En cualquier caso, Inés se sentía en la obligación de velar por los intereses del muchacho. Y en estos incluía el considerar aquel tema con la debida prudencia.

—Pensaré en tu proposición y te daré una respuesta. Pero necesitaré de algunos días para reflexionar sobre ella.

Pues la tarea llevaba aparejadas ciertas dificultades. La primera consistía en decidir ante quién realizar la oportuna consulta. Ninguno de los principales maestros encuadernadores de la villa —ya fuese Logroño, Diego Martínez, Pedro del Bosque, Antón Muñoz o Martín Felipe— le inspiraban suficiente confianza.

Quedaban, por tanto, los grandes libreros. La opción más obvia —y la más inocua para su prestigio, debido a sus lazos de parentesco— hubiera sido dirigirse a su primo Hernán. Pero no era hombre que se caracterizase por su sutileza.

Para tan delicado asunto solo había un candidato digno de crédito. Por desgracia para ella, resultaba ser aquel cuyo trato podía resultar más dañoso para su reputación.

Diego de Jaramillo respondió con rapidez al billete de la joven. Acudió a la librería de Antonio Lozano aquella misma tarde; y, acomodado en la trastienda, escuchó la consulta con toda atención.

Leyó con igual cuidado el contrato de asiento. Mientras lo hacía, se repasaba la barba rala entre los dedos corazón e índice, en aquel gesto que la joven tan bien conocía.

—Os seré sincero, Inés. Vuestra situación es algo inusual. —Explicó que el asunto revestiría menos complicaciones si ella fuese un maestro de libros que hubiese obtenido el puesto siguiendo los cauces habituales en el gremio, en lugar de la viuda de uno de ellos.

—Si fuese un varón, queréis decir.

—En cualquier caso, no se trataría de un hecho sin precedentes; al menos, no por la parte que toca a vuestro pupilo.

Reconoció que, en realidad, nunca faltaban aprendices que alcanzaban tal grado de habilidad como considerarse plenamente formados ya antes de concluir el tiempo estipulado en su contrato. En muchas ocasiones era la conveniencia de los propios patronos —que contaban así con un operario al que no debían pagar sueldo y al que además podían encargar labores de servicio— la que alargaba el periodo de instrucción hasta su límite legal.

—El problema, Inés, reside en otro punto. Para dar valor jurídico a una decisión como esa se precisa el acuerdo de ambas partes. Y según el contrato vigente —señaló con el dedo las firmas que figuraban al pie del documento—, no sois vos la responsable de formar al muchacho.

Aquellas palabras descargaron sobre el ánimo de la joven un peso a duras penas soportable.

—¿Me estáis diciendo que necesitamos su consentimiento? ¿El de Gabriel

de Aguilar?

—En efecto. —Se inclinó hacia su interlocutora. Por su expresión, ella supo que acababa de vislumbrar un atisbo de sol entre las nubes. Siempre había admirado la habilidad con que Diego lograba encontrar el mejor camino posible en las peores circunstancias—. Pero eso no significa que debáis ser vos quien le exponga el caso. Si no os molesta mi franqueza, me atrevería a decir que vuestra intervención podría resultar incluso perjudicial.

Su oyente no pudo sino mostrarse de acuerdo. Aquella sinceridad distaba mucho de enojarla.

—Permitid que sea yo quien hable con él, Inés. Tal vez pueda hacerle entrar en razón.

La aludida no pudo evitar vacilar ante tan generosa propuesta. Los ofrecimientos de Diego siempre habían sido difíciles de rechazar. Aunque auguraba que aquel había de granjearle las más malévolas murmuraciones de ciertos colegas y vecinos.

Se recordó una vez más su responsabilidad de procurar lo mejor para Albertillo. Así pues, asintió.

—Os quedaría más que agradecida si lo intentarais. Pero me temo que todos vuestros esfuerzos serán en vano.

—Lo veremos, Inés. —El joven De Jaramillo le dirigió una sonrisa llena de buenos augurios—. Vos me conocéis. Sabéis que puedo mostrarme muy persuasivo.

Aquel domingo, a la salida de la misa, Inés instó a su madre y a Teodora a que regresaran a la casa sin más demora. La mañana era tan cruda como cabía esperar de la estación y no convenía que los huesos ya castigados de la anciana se expusiesen a aquellas inclemencias. Ella, por su parte, indicó a Matilde que la acompañara. Siguiendo sus órdenes, la sirvienta había venido a buscarla a la salida del templo con un paquete.

Se dirigió a la sacristía e informó al portero de que traía unos tratados para el padre Eusebio Vázquez. Tras una ojeada al fardo que la visitante portaba en las manos, este le permitió el acceso.

El sacerdote la recibió con un saludo cortés.

—Respondedme, hija mía, ¿qué os trae por aquí? —preguntó luego—. ¿Venís acaso a que os oiga en confesión? Tened por muy cierto que no os perjudicaría practicar el Sacramento con algo más de asiduidad.

—Como bien dijisteis, nuestro tiempo es breve, y la Obra de Dios no admite demoras. Así pues, os entrego lo debido sin más tardanza.

—La diligencia es cristiana virtud; y, como tal, honra a Dios y al prójimo. Pero he de reprenderos por excederos en su cumplimiento. —No ignoraba que sus buenos feligreses acostumbraban a caer en el pecado más por falta de vigilancia que por maldad, y era su deber ayudarlos a mantenerse en guardia—. En día como hoy debéis manteneros alejada del trabajo. No olvidéis, hija mía, que la Iglesia prescribe santificar el domingo, instituido por nuestro Padre celestial como jornada de reposo; para que así el hombre, libre de todos los cuidados que le distraen y ocupan durante el resto de la semana, pueda dedicarse por entero al servicio del Señor.

La joven sonrió.

—No es trabajo, padre, lo que nada cuesta. Y, con toda modestia, considero que entregar en tan piadosas manos como las vuestras unas obras consagradas a cantar las alabanzas del Todopoderoso no es modo de faltar a Su servicio.

El interpelado frunció el ceño en un gesto de leve reprimenda.

—Hija mía, debéis aprender a ser menos decidora. El don de la ocurrencia no es cualidad que convenga a una mujer.

Las revelaciones compartidas en confesión le habían ayudado a reconocer las fortalezas y debilidades de aquella querida niña. Llamó al monaguillo, que andaba zascandileando por la estancia sin perder ripio de la conversación, y le ordenó que llevase los libros al colegio.

—Bien, hija mía —comentó, una vez quedaron a solas—, percibo que algo os aflige. Esa es la verdadera razón de que hayáis acudido hoy a mí, ¿no es cierto?

Tomó asiento y estiró su pierna renqueante con un leve gesto de malestar. Acto seguido, indicó a su visitante que acercara un escabel y se acomodara sobre el mismo.

Mientras lo hacía, Inés no pudo evitar preguntarse —una vez más— sobre

las causas de aquella cojera que tantas fatigas provocaba al clérigo. Había inquirido al respecto en varias ocasiones, mas nunca había obtenido respuesta. Él se limitaba a contestar lo mucho que le enorgullecía su estado; pues así el Señor le permitía compartir la suerte del padre Ignacio de Loyola, el fundador de la Compañía. Este también había sobrellevado aquella misma dolencia, debida a una herida de artillería sufrida en sus tiempos de soldado, durante la defensa de Pamplona frente a las tropas franco-navarras.

—Adelante, bien podéis decirme lo que tanto os inquieta —la invitó ahora el jesuita—. Os escucharé en confesión o en plática, como más os satisfaga. No es bueno para el alma guardar silencio. Los secretos desean liberarse. Y suelen presentar batalla a fin de lograrlo.

Inés quedó sorprendida ante la clarividencia del buen religioso. Ciertamente era que había acudido a él porque deseaba hacerle una petición; y también le preocupaba cómo plantear tan delicado tema. Y de pronto se encontraba con aquellos problemas resueltos gracias a la afabilidad de su interlocutor.

—El caso es, padre Eusebio... Os he oído mencionar tantas veces a esas nobles y piadosas damas que viven en la casa de los condes de Tendilla...

—Muy ilustres y muy devotas damas, cierto —corroboró el sacerdote.

Como bien declaraba san Pablo en su primera epístola a Timoteo, la piedad es la virtud más excelsa; para todo aprovecha, pues trae promesas para la vida presente y la venidera.

Aunque, según reflexionaba el padre Eusebio, toda virtud cultivada en demasía podía llegar a tocarse en defecto.

Él jamás reconocería en público que el fervor religioso de las insignes señoras de Mendoza —las más muníficas benefactoras de la orden en los tiempos que corrían— alcanzaba cotas algo excesivas.

Doña Catalina, la sobrina, llevada de aquella intensa devoción que le abrasaba las entrañas, había decidido vestir hábito y toca de monja, aun sin haber ingresado en ninguna orden religiosa. Y su tía doña María reclamaba con insistencia ser admitida en la Compañía de Jesús; aquella pretensión, dictada también por un ardiente afán de servicio a Dios, resultaba tan inapropiada como imposible. La congregación ignaciana no admitía a mujeres en su seno. De hecho, y a diferencia de ciertas reglas monásticas, ni

siquiera poseía una rama femenina.

Aunque se murmuraba que podía haberse hecho una excepción y que cierto padre Mateo Sánchez era en realidad la hermana del rey, doña Juana de Austria. Su ingreso en la orden se había autorizado tras arduas deliberaciones y reconociendo la absoluta singularidad del caso. No solo se trataba de una dama de la familia real, amiga personal del padre fundador, cuyo apoyo había resultado decisivo para el impulso de la congregación ignaciana; además poseía una importancia política crucial, puesto que, en ausencia de su hermano, se sentaba en el trono como regente.

Tanto el general de la Compañía como el Sumo Pontífice habían acordado que tan extraordinario privilegio debía mantenerse en secreto. Los rumores al respecto apenas habían alcanzado ciertos sectores dentro de la propia orden. No habrían llegado, por cierto, a oídos de doña María de Mendoza; quien, aun con su nobilísima cuna y sus donaciones generosas en extremo, no podía aspirar a recibir el mismo tratamiento que una infanta de España como doña Juana de Austria.

—Me preguntaba —proseguía ahora Inés— si vos, que tanto y tan bien las conocéis... si sabéis tal vez de un modo que me permita llegar hasta ellas...

—Cuidado, hija mía. La ambición excesiva es vicio que puede acarrear graves daños —se apresuró a advertir el sacerdote. Pues, añadió, Dios había asignado a cada uno su lugar en el mundo, y justo era respetar aquel orden natural—. Considerad primero a qué causas obedece ese afán vuestro. ¿Qué les queréis a tan insignes damas?

Su interlocutora llevaba tiempo pensando cómo responder a tal pregunta. La clave residía, de nuevo, en aquel mensaje que se había convertido en faro de su periplo. «El purpurado duerme entre sus hermanos bajo la estrella de la buena guía.» Finalmente, tras largas cavilaciones, había desentrañado el significado de la última parte de la frase... tal y como esta le había llegado dado el estado inconcluso de la misiva.

Desconocía si el recado original de *Mercurio* debía acabar así o si su redactor albergaba la intención de añadir más. Pero al menos ahora sabía dónde acudir a buscar la respuesta a aquella incógnita.

La obra proscrita se ocultaba en la residencia de los condes de Tendilla,

«durmiendo entre sus hermanos». Estos no podían ser sino otros libros. Quienquiera que buscase resolver el enigma, no necesitaba inspeccionar toda la propiedad. Le bastaba con lograr acceso a la biblioteca.

Una vez allí le sería dado comprender hasta qué punto el mensaje había quedado truncado en la carta. Incluso, Dios mediante, deducir de qué modo pretendía el autor terminar su recado, en caso de que aún le restase algo más que añadir.

Pocos habitantes de la villa podían soñar con obtener permiso para penetrar en aquel lugar. Pero ¿acaso no era ella representante de un oficio que consistía, precisamente, en surtir y engalanar bibliotecas ajenas? ¿Debía considerarlo una casualidad? Casi se diría que los cielos estuviesen mostrándole el camino a seguir.

—Vos mismo podréis juzgar mis intenciones —que, según agregó, no entrañaban sino negocios mutuamente provechosos entre ella y la actual administradora del estado de Mondéjar—. Si vos tuvieseis la bondad de recomendarme ante tan altas señoras, puesto que tenéis trato con ellas...

Eusebio Vázquez se echó a reír. La joven, acostumbrada a la formalidad con que el jesuita solía revestirse, interrumpió el discurso.

—¿Qué os hace pensar que yo mantengo trato con ellas, hija mía? —respondió él, con toda jovialidad—. No, mi querida niña. Damas de tan digno abolengo no tienen contacto con personas como yo.

Doña Catalina y doña María de Mendoza siempre habían tratado los asuntos de mayor importancia con el propio general de la Compañía, el difunto padre Francisco de Borja. Para cuestiones de menor calibre, contaban con secretarios que se comunicaban con el padre Manuel López, rector del colegio.

Inés quedó desolada. Por el modo en que el sacerdote hablaba de ellas, había tenido por seguro que frecuentaba a las dichas damas. Al fin y al cabo, su cargo de bibliotecario mayor del colegio lo convertía en personaje de cierta categoría en la villa. Pero no lo bastante, al parecer, para ganarse el derecho a trato con señoras como las herederas de las ilustres casas de Tendilla y Mondéjar.

Miró cabizbaja sus manos, abatidas e inmóviles sobre el regazo. Todo su

plan se había venido abajo; pues se cimentaba sobre el principio de que su interlocutor la pusiera en contacto con aquellas damas.

—¿De modo que no podéis recomendarme ante ellas para que me concedan acceso a su biblioteca...? —musitó.

Ante aquellas palabras, la expresión del jesuita cambió por completo.

—¿Su biblioteca, decís? —repitió, elevando la vista hacia los cielos. No estaba claro si pretendía mostrarles agradecimiento o buscar en ellos alivio para algún dolor—. No puedo conducirlos a ellas. Pero sus libros... ¡Ah, hija mía, ese es asunto muy diferente!

## TERCERA PARTE

# MUY GRAVES DAÑOS

Y, al no estar provistos de remedio suficiente, el daño podría venir a ser muy grande.

FELIPE II, pragmática de 7 de septiembre de 1558

¡Oh, bendita sea la perseverancia, laudable sea la industria que predica a los hombres con las manos, crea lenguas en los dedos, brinda una salvación no hablada a los mortales y lucha con pluma y tinta contra los engaños del Diablo! Pues Satán recibe tantas heridas como palabras del Señor copia el escriba.

CASIODORO, *Institutiones divinarum  
et saecularium litterarum* (s. VI d. C.)

Es mayor la piedad del que escribe que la del que predica. Las advertencias del predicador se desvanecen en breve tiempo, pero las sentencias del escriba perduran muchos años. El predicador no puede hablar más que en el presente, mientras que el escriba instruye incluso en el futuro. El sermón, una vez oído, se pierde en el vacío, mas aquello que se lee no se empobrece ni siquiera tras mil lecturas.

[...]

Por provechosa que sea la tradición de los eruditos, sin el cuidado del escriba nunca llegaría a conocimiento de la posteridad. Por valiosa que sea nuestra conducta, por fructíferas que resulten nuestras enseñanzas, todo se perdería en el olvido si la labor del escriba no lo dejase registrado.

JOHANNES TRITHEMIUS, *De Laude Scriptorum*  
(*Elogio de los escribas*), (1492)

## I

El plan de Inés era sencillo: ofrecer sus servicios a la casa de Tendilla. Imaginaba que tan insigne familia, que además contaba entre sus ancestros con acreditados poetas y eruditos, poseería una biblioteca a la altura de su alcurnia. Esta se habría ido enriqueciendo con nuevas adquisiciones en el transcurso de los años; y no todas ellas se encontrarían bien compuestas.

Era costumbre extendida adquirir volúmenes en rama, que no siempre se llegaban a encuadernar andando el tiempo. También se daba el caso de que las cubiertas ancianas, lastimadas por la edad, precisaran de restauración o de reemplazo. Cuanto más nutrido y antiguo fuese el catálogo, tantos más cuidados necesitaba.

No abrigaba dudas de que las atenciones que ella ofrecía resultarían provechosas para la colección mendocina. El problema estribaba en convencer a doña Catalina y doña María de que el taller de Lozano merecía conseguir el contrato. A fin de lograrlo necesitaba presentarse ante ellas con una apropiada recomendación; por tal motivo había abordado al buen padre jesuita.

Pero era consciente de que no bastaría solo con aquello. También tendría que ofrecerles un incentivo añadido: pedir un pago irrisorio por sus servicios. Pues incluso el ánimo más reacio encuentra difícil resistirse cuando se le ofrece algo de alto valor a bajo precio.

Si acaso lo menguado de su tarifa despertaba alguna sospecha, siempre podría argumentar que aceptaba un beneficio ínfimo en aquel acomodo a cuenta de las muchas ganancias que el dicho trabajo le proporcionaría en el futuro. Pues bastaba pregonar que su taller había tenido el honor de prestar servicio a la casa de Tendilla para que su negocio se convirtiese en el más

solicitado de la villa.

Todos aquellos argumentos parecieron bien al padre Eusebio, que atendía con interés a las explicaciones de la joven; aunque ella evitó mencionar las verdaderas razones que motivaban su interés por aquella biblioteca en particular.

—Espero que encontréis viento favorable para llegar a buen puerto, hija mía. —La fortuna favorece al audaz, como bien declararon los antiguos; aunque ellos ignoraban que la buena estrella no es sino la manifestación de los designios del Padre celestial—. Rezad por que el Señor os beneficie en vuestra empresa, pues Él no desatiende a quienes fundan su obrar en la recta intención.

Cambió de posición sobre la silla para aligerar su pierna izquierda. Sentadas las premisas, se dispuso a abordar el núcleo de su argumentación.

—Recordad que todo en nuestra vida debiera encaminarse a buscar y hallar la voluntad divina. Razón por la cual os sería conveniente asentar vuestras acciones sobre una obra piadosa. Y, pues os disponéis a iniciar un camino que, Dios mediante, ha de reportaros pingües beneficios, ¿qué mejor modo de mostrar vuestra observancia de las cristianas virtudes que mediante un ejercicio de generosidad?

Mientras dejaba que tales palabras ejercieran su efecto sobre el ánimo de su interlocutora, se alzó. Atravesó la estancia con sus andares renqueantes hasta llegar al lugar en que, doblado con todo esmero, se encontraba su manteo. Buscó bajo la prenda, extrajo un cartapacio, lo abrió y, tras una breve búsqueda, sacó de su interior un documento.

Regresó hasta la joven y se lo mostró. Se trataba de la deuda que la biblioteca del colegio alcalaíno de la Compañía había acumulado durante los últimos meses para con el taller de la viuda de Lozano.

Inés comprendió. Tomó el abonaré, lo estudió y asintió con la cabeza.

—Creo que podremos hallar un modo de mostrar esa magnanimidad de la que habláis. ¿Qué diríais si donase a la congregación de tan desprendidos y píos varones todos los ejemplares de los *Ejercicios espirituales* del padre Ignacio que han dejado a deber?

—Que parece baja estimación para el alto favor que pedís —replicó el

sacerdote—. Buscad en vuestro corazón y decidme si creéis que tal oferta está a la altura de la generosidad que vuestra alma sabe alcanzar.

Su interlocutora volvió la vista al papel. Le iba a salir caro el favor pedido.

—Podríamos añadir los *Canones Concilii Tridentini* —sugirió. Ante aquella propuesta, el jesuita realizó un movimiento dubitativo con la cabeza. Ella reprimió un suspiro y volvió a repasar el listado—. Y tal vez las *Concordantiae* y la *Glosa Ordinaria*.

—¿Y qué opináis de las *Obras* de El Tostado? —insistió el confesor—. ¿No creéis que serían también digno obsequio por la merced solicitada?

—Por cierto que lo serían, padre —reconoció ella—. Aunque de todos es sabido que Dios estrecha pero no ahoga. De sobra conoce Él cuándo la generosidad de un buen cristiano llega a esos límites más allá de los cuales solo queda el camino que conduce a su ruina.

Ante tales palabras, el sacerdote tomó el documento de manos de su visitante.

—¿La ruina, decís? No permitan los cielos tal cosa —respondió con sonrisa afable—. Bien podéis sentir os orgullosa, hija mía, de mostrar tal esfuerzo y ánimo tan caritativo. Pensad que esta buena obra no pasará desapercibida a los ojos del Señor.

Contra lo que su antigua patrona había esperado, Gabriel se avino a reconocer que Albertillo poseía conocimientos y habilidad suficientes para ser considerado oficial de pleno derecho. Cuando el joven De Jaramillo acudió a comunicárselo a Inés, esta apenas acertaba a dar crédito.

—¡Virgen misericordiosa! ¿Qué usasteis para convencerlo? Decídmelo, Diego, os lo ruego; pues ha debido de ser ensalmo o conjuro para lograr tal portento.

—Permitidme que mantenga ese secreto, Inés —replicó él, sonriendo ante la emoción de su interlocutora—; que todo comerciante hace bien en guardarse para sí las astucias que le aseguran cerrar sus tratos con provecho.

Así, calló los modos que había empleado para lograr tal resultado. Tratar con el oficial De Aguilar no le había supuesto grandes complicaciones. Este

había encontrado acomodo en el taller del maestro de libros Martín Felipe, contiguo al del padre de Diego, y lugar que el joven solía visitar con cierta asiduidad.

Había comenzado el proceso lisonjeando al oficial De Aguilar; tarea fácil, habida cuenta de la alta opinión que él tenía de sí mismo. Después le había hecho ver lo mucho que hablaba en su favor el hecho de que un aprendiz como el tal Albertillo se hallase preparado de sobra para el puesto meses antes de la fecha estipulada en su contrato.

—Es cierto que el muchacho trabaja con habilidad, y hay mucho mérito mío en ello —había admitido su oyente, que no parecía albergar la mínima animadversión hacia el zagal—. Pero no tengo interés en reconocerlo si eso beneficia también a esa arpía que tiene por patrona.

—¿Y quién habla de beneficiarla? —fue la respuesta de su visitante—. Pensad más bien en lo que os favorece a vos; y decidme luego si no veis provecho en seguir tal curso de acción.

Pues, añadió, manteniendo a aquel mozo como oficial del taller, Inés Ramírez no habría de buscar a otro que viniese a cumplir tal labor; un desconocido que bien podría llegar a tener éxito allí donde el encuadernador De Aguilar había fracasado. ¿Quién podría asegurar que el nuevo empleado no intentaría, por ejemplo, desposar a la viuda y convertirse en dueño de su negocio?

Aquel argumento había resultado definitivo. Gabriel había accedido a la petición sin más objeciones. Bien sabía que no había de encontrar un competidor en la persona de Albertillo. Pero no podía afirmar lo mismo de quienquiera que llegase a reclamar el puesto en el local.

Aún mantenía la esperanza de encontrar un modo de hacerse con la herencia del maestro Lozano. La idea de que otro pudiese llegar, embaucar a la condenada viuda y arrebatarle todo antes de que él tuviese tiempo de actuar...

No. No podía permitirlo. Aquel era un riesgo que no estaba dispuesto a correr.

Según supo después el maestro Gracián, la suya había sido la tercera de las cuatro imprentas alcalaínas inspeccionadas por los delegados del rey. Ninguno de los tipógrafos visitados con anterioridad —Andrés de Angulo y Sebastián Martínez— habían tenido a bien avisar a sus colegas de oficio de lo que estaba ocurriendo. Deseaban que estos se viesan sorprendidos al igual que ellos; no fuese que la oportunidad de prepararse les concediese siquiera una mínima ventaja.

Por añadidura, sus tres compadres se habían declarado súbditos «de estos reinos» para presentar después a Juan Gracián como oriundo de Francia. El aludido no pudo evitar sentirse sorprendido al conocer tales noticias; pues bien se cuidaba él de proclamar a los cuatro vientos sus orígenes navarros.

Era consciente del gran recelo con que los castellanos observaban a quienquiera que procediese de allende sus fronteras, tanto como de la especial animosidad que sentían hacia todo lo que proviniese de Francia; actitud aquella a la que no era ajeno el monarca ni los miembros de su Consejo de Castilla. De ahí que las declaraciones que lo identificaban como francés en un informe oficial no pudieran tomarse como inofensivas.

Había llegado a aceptar, no sin resignación, que ni siquiera los muchos años vividos en aquellas tierras —que en su corazón sentía ya como patria suya— le concedían el derecho a dejar de ser considerado un extranjero por sus convecinos. Pero lo que no esperaba era que sus compañeros de oficio, que tan bien lo conocían, mostrasen tan maliciosa confusión sobre sus orígenes. Sebastián Martínez había tenido inclusive la desfachatez de asegurar que era «francés de la provincia de Viarnés, según se lo he oído decir a él mismo».

—Y bien, maestro Martínez —le espetó la primera vez que ambos se encontraron en la plaza—, se comenta que me habéis oído referirme a mí mismo como nacido en Francia. Mucho me gustaría que me explicaseis cuándo y cómo me escuchasteis pronunciar tales palabras.

Aquellas frases le habían hecho sentirse especialmente dolido. Menos le hubiesen admirado si hubiesen procedido de Juan de Villarreal, que mostraba tan clara animadversión hacia todo lo extranjero. Pero el maestro Sebastián, el más humilde y sensato de sus colegas, siempre lo había tratado con un

aprecio que, hasta ahora, él había tenido por sincero.

—¿Qué puedo decir, maestro Gracián? Corren tiempos difíciles —respondió el aludido. Pese a la evidente turbación que le había suscitado la pregunta, no se rebajó a negar la acusación implícita en ella—. Todos sabemos en qué pueden resultar las inspecciones comandadas desde la corte. Pero tengo bocas a mi cargo, y debo asegurarles el sustento. De modo que, si su Majestad busca a quién escarmentar, me cercioraré de que le resulte fácil saber dónde encontrarlo.

Tan estupefacto quedó su interlocutor ante tales sentencias que ni siquiera acertó a replicar. No había imaginado hasta qué punto los temores de un hombre pueden espolear su cobardía.

Sebastián Martínez le dedicó una sonrisa cargada de conmiseración.

—¡Ah, maestro Gracián! Los castellanos somos un pueblo versado en infortunios. Creer cosa tan ingenua no es propio de almas instruidas en tantos padecimientos como las nuestras. Mucho me temo que, pese a todo vuestro empeño, ni sois ni seréis nunca uno de nosotros.

Durante las semanas de Adviento, la señora Ana había pasado escaso tiempo en la vivienda. Llenaban sus tardes ciertas reuniones que el padre Eusebio había organizado para algunas feligresas de la congregación. Por la mañana asistía a las dos primeras eucaristías en la capilla de la Compañía y después se encaminaba a algún otro de los templos o conventos de la villa.

—Muy en serio os digo, madre, que esto debe acabar —la había amonestado María en su última visita—; que me andáis correteando de acá para allá cual marrano de san Antón.

—¡Habrased oído disparate mayor! —protestó indignada el ama Teodora, que a la sazón se ocupaba de colocar una mantilla sobre las rodillas de la agraviada—. Callad vos, señora mía; callad en buen hora, que semejantes necedades no merecen respuesta.

—Es propio de necios el criticar cualquier disposición de vida que favorezca la salud del alma —contestó la señora Ana; mas, pese a la aparente firmeza de sus palabras, había palidecido—. No permitas que te afecten los

juicios de los hombres; solo la opinión de Dios importa.

—Frasas como esas más parecen propias de un sermón que de una plática en familia —rezongó María, arrugado el gesto—. ¿Acaso no veis, madre, que esos padres jesuitas hablan ya por boca vuestra?

—Basta, hermana —atajó Inés. Le resultaba amargo que la opinión ajena, siempre tan dispuesta a criticar los defectos del prójimo, también reprochara las virtudes—. En lugar de hostigar a nuestra buena madre, que no merece tales enojos, ¿por qué no nos cuentas las famosas noticias que nos tienes prometidas?

Esta guardaba relación con la reciente visita de la legación real a la imprenta de su marido. Según parecía, uno de los señores inspectores la había oído referirse a la persona del soberano en términos poco lisonjeros.

—¿Pues qué creéis que hizo, sino irle con el cuento a mi Juanillo? —reveló entre risas—. Que me metiera en cintura, eso le dijo. Igual se pensaba que él se vendría a mí vara en mano a darme un escarmiento. Y otros lo habrían hecho, de seguro que sí. Pero ya conocéis al bendito de mi esposo.

—¡Virgen Santa! —exclamó Inés, que en nada compartía el alborozo de su hermana—. Un enviado del rey te oye hablar de tal guisa... ¿y aún te lo tomas a chanza?

—Pues ¿no acabo de contaros que aquello quedó en agua de borrajas? ¿A qué vienen esas caras largas? Ríamos mientras podamos, que lágrimas no han de faltarnos después —razonó la aludida. Y, dando por concluido tan sesudo tema, retomó el hilo de la narración—. Así que se vino Juan a mí con esa voz que sabe sacar, que se me antoja la de Júpiter tonante: «¡Vigila tus palabras, mujer! ¿No te tengo dicho que esa condenada boca tuya va a acabar costándonos un disgusto?» Y, acabado el discurso de costumbre, quedó tan manso como siempre. —Su pecho rollizo se hinchó con un suspiro de satisfacción—. Ya os digo que el mío es un santo varón como ya no quedan. Claro que, aviados íbamos como me pusiera la mano encima, y eso lo sabe él muy bien; que igual me llevo de noche a la cama donde duerme con el rulo de amasar, o le echo en el vino algún polvillo que le deje el estómago bien compuesto durante unos días...

—¡Basta, María! —Su madre se había alzado. Le temblaban la voz y el

gesto—. ¡Calla ahora mismo! ¡Calla o habrás de arrepentirte!

Tras tales palabras, salió de la habitación con paso agitado, derribando en su precipitación un atril de lectura. Sin atender al pasmo que tal reacción había provocado en las hijas, el ama la siguió. Al punto la alcanzó y le ofreció su brazo.

—Calmaos, señora, os lo ruego. De seguro que vuestra hija no pretendía causaros tan grande espanto.

De hecho, ella misma tampoco alcanzaba a comprender qué había provocado tal pavor a su patrona. Las frases de la señora María no se le antojaban más escandalosas de lo habitual.

—No ha sido ella, Teodora, ¿no lo entiendes? Mi hija ni siquiera es consciente del mensaje que portaban sus palabras. Era otra fuerza, omnisciente y superior, la que hablaba por su boca.

Su interlocutora sintió un escalofrío en sus magras carnes, que no era sino un eco del que había estremecido su espíritu.

—¿Qué decís, señora mía? —balbució—. Cuidaos de que nadie os oiga comentar tales cosas...

La aludida asintió. Las preocupaciones del ama se hallaban bien fundadas. Pero aún sentía la conmoción que le habían causado aquellas declaraciones; y, en lo más profundo de su alma, sabía que no se equivocaba. Dios sabe comunicarse en modos elevados y sublimes, conformes a Su naturaleza; pero también puede elegir hablarnos a través de lo cotidiano.

La Navidad llegó, fiel a su costumbre. En aquellas fechas de regocijo los vecinos se lanzaban a las calles con frío en el aliento y calidez en el corazón.

Eran jornadas bulliciosas, de música, coplas y danzas. Llegaban impregnadas de ese especial aroma a dulces horneados y leche puesta a la lumbre. Las miradas se elevaban hacia los cielos iluminados por las primeras estrellas del invierno y los fuegos artificiales. Aquellos tiempos, tan propicios a las muestras de afecto y a las dádivas, alegraban el ánimo, permitiendo olvidar por breve tiempo las tribulaciones, los trabajos y asperezas que depara la vida.

Como cada año, la casa de Juan Gracián estaba de celebración. Y no eran pocos los convidados al festín; todos los empleados del taller se hallaban presentes, acompañados de sus familias. También asistían la suegra y la cuñada del patrono, recibidas por este como invitadas de honor.

—Venid con apetito, que comida no ha de faltar —les había dicho María la noche anterior, tras la misa del gallo—; pues no hay banquete que pueda tenerse por digno de ese nombre si no sale harto el convidado.

En las mesas, compuestas con mantelería de postín y la mejor loza de la alacena, no faltaba el famoso vino de Madrigal que el maestro tipógrafo reservaba para la ocasión. Por aperitivos se habían preparado berenjenas de Toledo, chorizos extremeños, aceitunas sevillanas y queso de Flandes.

Los platos principales tampoco quedaban a la zaga. Junto al tradicional besugo cocido con pimienta y naranja, tan propio de las fechas, se veían escudillas con empanada de conejo y otras con albondiguillas prietas, con su toque de limón y cilantro. También había cazuelas humeantes con guiso de capón, molletes bien esponjados y grandes trozos de pan blanco amasado con sal y anís. Como postre aguardaban requesones, artaletes rellenos de mazapán, turrón alicantado y esos buñuelos generosos en canela que tanto placían a la anfitriona.

Al término de tan gustosa comida se retiraron las mesas para dar paso a la música. Como correspondía a las fechas, se cantaron villancicos de adoración al Niño Dios; pero estos pronto dejaron puesto a coplas más mundanas que, al son de guitarra y castañuelas, invitaban al baile.

Cayendo ya la tarde, con los estómagos y los ánimos felices, los invitados comenzaron a retirarse. Las primeras en hacerlo fueron la señora Ana y su hija Inés.

—Llevaos de aquí a alguien que os acompañe, que en día como hoy y a horas como estas es locura buscar un carruaje —dijo María. Aunque todavía no hubiera oscurecido, quedaba más tranquila sabiendo que su madre y su hermana iban escoltadas por un varón hasta la puerta de su casa. Y, tomando de la manga al joven Arbús, que acertaba a pasar junto a ella llevando en la mano un vaso medio vacío, añadió—: De seguro que el bueno de Pierres, aquí presente, no tendrá inconveniente en caminar con vosotras; pues si no ha

mostrado signos de fatiga tras pasarse la tarde de danza en danza, no ha de agotarse ahora por un pequeño paseo.

—Por cierto que no —confirmó el aludido—; antes bien, os agradezco el encargo. Mucho me honra el recorrer las calles de la villa en tan estimable compañía.

El tirador gascón, que, pese a su natural circunspección, no carecía de dotes para conversar cuando así le convenía, mantuvo animada charla con la señora Ana durante el trayecto. Teodora caminaba en pos de ella sin perderse una sola frase. No terminaba de inspirarle confianza aquel oficial que, en efecto, había ido danzando con toda hembra presente en el convite que se hallase en edad de menear los pies, desde la moza de cocina hasta la señora de la casa... ¡y aun con las casadas!

Aunque el ejercicio se hubiera ejecutado siempre a la vista y con la venia de los padres y esposos, el ama no dejaba de encontrarlo tan reprehensible como esos bailes lascivos a los que, según se rumoreaba, acostumbraban a entregarse los pobladores de las Indias Occidentales antes de que los buenos padres misioneros llegasen para cristianizarlos.

Ajena a aquellas consideraciones de Teodora, la señora Ana caminaba del brazo de su hija, entretenida en agradable plática por el joven francés. Tras indagar sobre su origen le había preguntado si tenía intenciones de regresar un día a su Gascuña natal.

—No, señora. En aquellos lugares ya no queda nada para mí. Marché de allí sabiendo que habría de vivir con lo que llevaba conmigo, no con lo que dejaba atrás.

—Entonces, ¿es vuestra intención quedaros acá, en tierras castellanas?

El aludido no pudo evitar dirigir una mirada furtiva a Inés, que a su vez lo observaba sin pronunciar palabra.

—No sabría decirlo, señora Ana. De cierto, Castilla me ha tratado bien y, por mi parte, le estoy agradecido. De buen grado permaneceré aquí cuanto tiempo me sea posible. Pero lo que nos depara el mañana es misterio que solo le es dado a conocer a la omnisciencia de Nuestro Señor.

La interpelada asintió, cual si quedase convencida por aquellos argumentos. Mas, como al descuido, lanzó:

—¿Significa eso que nunca habéis pensado en dónde iríais si un día hubieseis de abandonar nuestra bienamada villa?

—Mi hermano se crio en el Rosellón, la tierra de nuestro padre —reveló. Y añadió que, en aquellos años en que ambos coincidieron en Barcelona, él y Samsó acostumbraban a pasar su tiempo juntos soñando despiertos con un futuro en común. El mayor de los Arbús llevaba tiempo ahorrando para poder regresar a Perpiñán y fundar allí una imprenta de su propiedad; y esperaba que Pierre lo acompañase y que los dos trabajasen en el negocio familiar.

Describía aquel lugar cual si fuese el paraíso, de días suaves y lluvias apacibles, bendecido por la luz y el verdor. Proclamaba la calidez de sus gentes, la bondad de su clima, la hermosura de sus mujeres, la belleza de sus paisajes y la excelencia de sus vinos dulces, los más exquisitos de la cristiandad.

—Habláis de aquel lugar con añoranza, aun sin conocerlo —señaló su interlocutora. Y él no pudo sino asentir.

—Bien decís, señora Ana. Los recuerdos ajenos pueden ser más cautivadores que los propios —reconoció; aunque prefirió callar el resto de sus reflexiones. Pues la mayor melancolía no reside en la nostalgia del pasado, sino en el sueño de un futuro que se sabe inalcanzable.

Tal es la perspectiva que aguarda a quien tiene endeudado el porvenir; sobre todo si está empeñado a cuenta de alguien que ya no volverá para corregir el daño que causó.

Llegadas las mujeres a la casa, su acompañante se dispuso a despedirse. Al adivinar sus intenciones, Inés se apresuró a intervenir:

A la mente del gascón volvieron las advertencias que en el pasado le hiciera Enrique Formil. «Guardaos de la viuda de Lozano.» «Hay quien dice que la muerte del marido resulta sospechosa. Hechicería, envenenamiento...» «Personalmente, yo no cataría su vino.»

Aquellas palabras, que cuatro meses antes le habían provocado un escalofrío, ahora se le antojaban un absoluto desatino. Aunque imaginó que, si confesara tal opinión a su interlocutor de entonces, este le dedicaría una de aquellas sonrisas benevolentes que le eran tan propias, y ante las que el tirador francés había aprendido a ponerse en guardia.

«Desconfiad, *monsieur* Arbús» —le diría—. «¿Dónde pensáis que radica el poder de esa mujer, sino en su capacidad de obrar lo inesperado? Es fácil parar el golpe que se sospecha, pero no aquel que llega por sorpresa.»

Sin duda Inés Ramírez poseía la habilidad de sorprender con lo imprevisto, como Pierre bien podía atestiguar. Pero el resto de las insinuaciones que el medinense había vertido acerca de ella no podían ser sino insidias concebidas por la malevolencia.

Pues quien reconoce la propia iniquidad presume también la ajena; y, por añadidura, cree encontrarla en todas partes.

## II

La viuda de Lozano hizo pasar al tirador gascón a la trastienda. Y allí, en ausencia de Matilde, ella misma le sirvió la mejor garnacha que su despensa podía brindar.

—Disculparéis que no os ofrezca la ambrosía ni el vino de una oreja con que nos ha honrado el maestro Gracián. Nuestra humilde casa no alcanza a tales exquisiteces.

—No tenéis por qué excusaros, señora Inés. Y habéis de saber que no importa tanto el contenido de la copa como la mano que la escancia.

La joven insinuó una sonrisa. Había titubeado al decidir si debía portar en la bandeja uno o dos vasos. Ahora dirigió un vistazo de soslayo a la puerta; tras comprobar que tanto su madre como el ama se habían retirado a las estancias interiores, llenó también el segundo.

—Hemos de probar a emparejaros más a menudo con mi señora madre —comentó—; bien se ve que ella conoce el modo de induciros a mostraros algo menos misterioso con respecto a vuestro pasado.

—Pobre memoria mostráis, Inés. Reconozcamos que tampoco vos habéis tenido grandes dificultades a ese respecto.

Así diciendo, dio un largo trago a su bebida. Su anfitriona, que apenas se había humedecido los labios en la suya, vaciló un instante. Al cabo se decidió a imitarlo.

—Hay algo que deseaba preguntaros —confesó, tras unos segundos. Había necesitado de aquella breve pausa para reunir la fortaleza necesaria a fin de abordar la cuestión.

—Vos diréis —replicó su invitado con aquella desenvoltura que le era tan propia.

Inés ingirió otro trago. Para su sorpresa, al término del mismo su copa había quedado vacía.

—La última vez que estuvisteis aquí os llevasteis un cuaderno en papel de culebrilla. ¿Recordáis la nota que me dejasteis entonces?

—¿La nota que os dejé? —La joven creyó distinguir en los ojos de su interlocutor cierto brillo malicioso—. A fe mía, Inés, que esa es muy atrevida suposición. ¿Qué os hace pensar que la dejé para vos? ¿No creéis que en tal caso estaría escrita en una lengua que pudierais comprender?

—No —repuso ella—. No lo creo, señor Pierres.

El aludido se echó a reír.

—Sois mujer de ingenio sutil; y, además, bien aplicado. Pobre de aquel tan necio como para creer lo contrario.

Inés no se dejó distraer por el cumplido. Los vapores del último trago, con su regusto a miel y especias, comenzaban a provocarle una dulce euforia. Sentía que había atravesado la panoplia con que se cubría el joven gascón para empezar a leerle el alma.

—No habéis respondido a mi pregunta —insistió—. La nota, ¿qué decía?

Ahora fue Pierre quien apuró su vaso; hecho lo cual, se adelantó hasta ella. Acercando sus labios a la oreja de la joven, susurró:

*Permetts m'Amour penser quelque folie:  
tousjours suis mal, vivant discrettement  
et ne me puis donner contentement,  
si hors de moy ne fay quelque saillie.*

Inés lo miró a los ojos. A tan corta distancia podía percibir que en sus iris castaños, vivaces como los de un niño travieso, había motas de un verde perenne y tentador; no muy distinto —imaginó— al que irradiaba el árbol prohibido en el jardín del Edén.

—Magro servicio me hacéis, señor Pierres —lo amonestó. La ironía era el último bastión en que podía refugiarse para mantenerse firme en aquella batalla que, sin embargo, no estaba segura de querer vencer—. Poco provecho puedo sacar de esos versos vuestros si insistís en recitarlos en

francés.

—No son míos, Inés, aunque mucho me holgaría en que lo fueran. Pero cometería una gran injusticia para con su autora si me los apropiase.

Se apartó de su interlocutora con fingida tranquilidad. Pero, en realidad, la cercanía entre ambos le había resultado aún más turbadora que a ella.

—¿Queréis decir que los escribió una mujer?

—Y tanto que sí. Se llamaba Louise Labé, aunque recibió muchos otros nombres de quienes la agasajaban; y estos se contaban en gran número, pues cabe considerarla una de las mejores plumas de nuestro tiempo.

Añadió que desde niña se había comportado como una hembra singular; hija de un acaudalado cordelero lionés, había destacado por su cultura y refinamiento, por la firmeza de su voluntad y por su disposición a demostrar su valía personal, que no permitió que se tuviese por inferior a la de varón alguno.

—Os confieso, Inés, que siempre la admiré por tales razones, tanto como por sus versos. Nunca pensé que llegaría a tener la dicha de conocer a otra mujer tan extraordinaria; no hasta que me topé con vos.

Su anfitriona no respondió. De repente sentía la garganta tan áspera como si hubiese tragado arena. Buscó aliviarla con un sorbo. Al tomar su vaso, recordó que se hallaba vacío.

Sirvió de nuevo en ambas copas. En el silencio casi visible, la fricción entre las piezas de loza resonó como una amonestación.

—Con todo, seguís sin responder a mi pregunta — recalcó, aunque ahora con muy distinto tono—; pues sigo sin saber qué significan vuestros famosos versos.

Él sonrió.

—Pedís razón con tanta insistencia que no puedo negárosla. Dejadme un momento para reflexionar.

Mientras lo hacía, tomó el vaso y dio un largo trago. Inés hizo lo propio. Intentaba alejar de su mente el recuerdo de aquellos dedos, que aquella misma tarde habían sujetado los suyos al compás de una zarabanda.

Tras aquellos instantes necesarios para traducir las estrofas en su mente, Pierre recitó:

*Permite, Amor, que piense un desvarío;  
me abruma llevar vida tan juiciosa  
y no puedo tenerme por dichosa  
si a veces de mi ser no me extravió.*

De cierto, aquellos versos solo podían haber sido escritos por una mujer. Parecían cantar en palabras nuevas emociones tan antiguas como el propio ser humano. Los ardores del delirio amoroso habían sido expresados desde tiempos inmemoriales en todos los registros concebibles por la inspiración del varón; pero parecía inadmisibile que una hembra tuviese derecho a expresarlos desde su propia perspectiva.

Sin decir palabra, la joven volvió a buscar en su vaso remedio para una sed que ahora le abrasaba mucho más que la garganta.

Aquella noche, cuando se despidieron para acostarse, la señora Ana besó a Inés en la frente con la emoción que el corazón acostumbra a mostrar cuando anticipa una larga despedida.

—Sé que eres joven, hija mía. Y no debes escuchar a quien te aconseje cerrar los ojos al futuro. ¡La vida aún tiene tanto que ofrecerte...! —Le repasó el pelo con los dedos, como solía hacer en la época en que su pequeña no era más que una niña—. Créeme si te digo que he luchado mucho para que nadie te arrebatase el porvenir. Ahora es tu turno de hacer lo propio.

La interpelada tomó entre las suyas las manos de su progenitora y se las llevó a los labios. Resultaba evidente que la anciana se sentía alterada, más aún de lo que había llegado a serle habitual en los últimos tiempos.

Inés se preguntó si su propio estado de ánimo no influiría de algún modo en aquella inquietud. De cierto, su conversación con Pierres le había dejado las entrañas agitadas y acelerado el pulso; tanto que, según se le antojaba, la casa en pleno se hacía eco de su azoramiento.

—Descansad, madre —intentó, pese a todo, serenarla—. No dejéis que esos pensamientos os perturben.

—¿Descansar, hija mía? ¡Dios te oiga! —La señora Ana sonrió con la

nostalgia de quien se enfrenta al recuerdo de un bien ahora inalcanzable—. Aunque espero ante todo que tú le escuches a Él. Ten presente que las palabras humanas se desvanecen en el viento como meros soplos que son; solo la Palabra divina permanece.

Inés no respondió. Hubiera querido asentir y reconfortar a su madre con alguna sentencia tan ejemplar como la que ella acababa de ofrecerle.

Pero no le era posible. En aquellos momentos, con las cálidas frases de Pierres aún tan recientes, no podía sino pensar que, en ocasiones, cerrar los oídos a los hombres puede resultar muy difícil.

La joven Inés Ramírez había salido de su última entrevista con el padre Eusebio convencida de que este —en virtud a alguno de esos misteriosos modos de que hacían gala los jesuitas— le facilitaría el acceso a la biblioteca de los condes de Tendilla.

Ahora, mientras el buen sacerdote aguardaba turno en una antesala de peticionarios, albergaba profundas dudas sobre si lograría llevar a cabo tan delicada misión. No le quedaba sino confiarse a la misericordia del Señor, cuya voluntad era capaz de abrir senderos seguros incluso en los mares más agitados.

Tal y como había admitido ante la viuda de Lozano, él jamás había tenido contacto con doña María ni doña Catalina de Mendoza. Pero los designios del Altísimo sí le habían llevado a entablar relación con otro miembro de tan ilustre familia. Uno que, Dios mediante, podría abrirle las puertas de la susodicha biblioteca; pues no en vano se le había encomendado el cuidado de la misma.

Pese a pertenecer a otra rama de aquel extenso linaje, el chantre don Alonso había sido elegido a tal efecto por varias razones: residía en la villa complutense, gozaba de merecida reputación como hombre de letras y su padre —el conde de La Coruña— mantenía excelentes relaciones con el señor conde de Tendilla.

Antaño el padre jesuita había estado unido por estrechos vínculos al joven prebendado Mendoza. El problema estribaba en que la relación entre ambos

se había visto gravemente quebrantada. El día en que Eusebio le comunicó su decisión de unirse a la Orden de Ignacio de Loyola, su antiguo protector lo despidió de su presencia sin ahorrarle muestras de enojo.

Al presente, en el desasosiego de la espera, el religioso se preguntaba si el recuerdo de aquellos días compartidos en clases, paseos y tabernas, de las noches de estudio a la luz de las velas y el de otras aventuras menos confesables bastaría para ablandar el corazón de aquel amigo y mentor de antaño, en quien él, por su parte, aún pensaba con profundo afecto.

La respuesta le llegó al fin, no sin demora. Tras largo tiempo aguardando en la antesala, el camarero del chantre don Alonso de Mendoza hizo acto de presencia para notificarle la negativa.

—En vano habéis hecho el camino —le comunicó—. Mi señor dejó ordenado que se prohibiera la entrada a cualquier representante de vuestra Compañía.

El padre Eusebio lo recordaba bien. Cinco años antes, don Alonso —que había sido rector de la Universidad el curso precedente y a la sazón dictaba clase como catedrático de Artes— había presentado un memorial ante el rey para que se sancionasen ciertas acciones de los «muy deshonestos» integrantes de la orden ignaciana. Por cuanto parecía, su valoración de los mismos no había mejorado desde entonces.

—En tal caso, comunicadle que quien solicita audiencia no es un padre jesuita, sino su antiguo compañero de estudios Eusebio Vázquez. Y que suplico a vuestro señor que tenga a bien recibirme, pues le traigo ese obsequio que le dejé prometido en su día y él lleva esperando largo tiempo.

Así diciendo, presentó al sirviente cierto paquete que reposaba a su lado, sobre el duro banco de madera en el que le habían obligado a sentarse. Su interlocutor estudió el envoltorio sin decidirse; al cabo, lo tomó con ciertas reservas y desanduvo el camino recorrido.

A solas de nuevo, el jesuita volvió a sentirse hostigado por los recuerdos y el desasosiego. En su memoria y en su corazón evocaba una y otra vez aquel incidente ocurrido cinco años antes, el más grave de los que habían enfrentado a don Alonso de Mendoza con la orden ignaciana.

En aquel tiempo el padre Manuel López, recién nombrado rector del

colegio jesuita alcalaíno, había decidido potenciar las reparaciones; estas consistían en la repetición de las lecciones que los profesores de la institución ya habían oído antes en la Universidad. Pues, no en vano, estos procedían en gran número de catedráticos o estudiantes que, tras sentir la llamada de Dios, habían abandonado sus puestos universitarios para unirse a la Compañía.

Entre ellos se contaba el padre Deza, uno de los teólogos más insignes de aquellos reinos, que durante más de veinte años había dictado clases en las aulas cisnerianas. Sus reparaciones cobraron tal fama que empezaron a acudir a ellas no solo novicios de la Compañía, sino también estudiantes seculares de la Universidad; los cuales, para hacerlo, dejaban de asistir a las lecciones en la misma.

Uno de los más perjudicados había resultado ser el doctor don Alonso de Mendoza. Su clase de las diez a las once de la mañana se despoblaba, pues muchos estudiantes se iban a oír al maestro Deza, que a esa misma hora leía en el colegio ignaciano. Airado ante la situación, se valió de sus contactos en la corte para presentar un memorial al rey y conseguir que Su Majestad prohibiese que el jesuita impartiera sus clases en el mismo horario en que él lo hacía en la Universidad.

Aquella medida causó hondo desagrado. El claustro del colegio protestó y los estudiantes buscaron un procurador y rellenaron un pliego de protesta al Consejo Real con sus correspondientes firmas. El asunto no alcanzó mayores cotas gracias a la intervención del padre Eusebio Vázquez, que logró convencer a su rector del poco provecho y la pobre fama que les reportaría un enfrentamiento abierto con la Universidad.

A la postre se fijó otro horario para las reparaciones del maestro Deza, que quedaron establecidas de siete a ocho de la mañana; hora aquella bien incómoda y trabajosa, sobre todo en invierno. Aun así, siguieron siendo frecuentadas por gran número de religiosos y colegiales, hasta el punto de que fue menester ensanchar el aula con un anexo disponible; con todo, el espacio seguía sin ser suficiente, y de ordinario los asistentes rebosaban incluso el zaguán. Tanto fervor despertaban aquellas clases que, en las mañanas invernales en que faltaba la luz para escribir, los concurrentes traían sus propias velas para alumbrarse.

El recuerdo de aquel infortunado episodio seguía provocando profunda incomodidad al padre Eusebio Vázquez. Él había jugado parte fundamental en el mismo, consiguiendo que la orden —su nueva familia— renunciase a sus reclamaciones frente a don Alonso —su viejo amigo y protector—. Todavía hoy se preguntaba si aquellos argumentos que había empleado para lograrlo, y que tan convincentes habían resultado para sus superiores, no respondían en realidad a la afición que aún sentía por su antiguo valedor. Si, en el fondo, no habría antepuesto aquel afecto —doloroso y, a todas luces, no correspondido— a sus sagrados deberes para con la Compañía.

Transcurridos sus buenos quince o veinte minutos, el camarero regresó a la antesala en la que había abandonado al padre jesuita; y, con el gesto de quien anuncia la concesión de un honor inmerecido, indicó al visitante que lo acompañara. Así lo hizo este, renqueando algo más de lo acostumbrado debido al precio que tan penosa espera se había cobrado en su pierna lesionada.

El sirviente lo condujo hasta una biblioteca de dimensiones generosas y amplios ventanales. Incluso en aquella apagada jornada invernal, la luz diurna se derramaba complaciente sobre las mesas y los atriles de lectura.

—Señor Eusebio Vázquez, llegaos aquí —ordenó su anfitrión. Estaba inclinado sobre un grueso volumen, pluma en mano, y no se había dignado levantar la mirada hacia él.

El recién llegado obedeció. Constató de reojo que el camarero abandonaba la estancia cerrando la puerta sin el menor ruido. Junto a la mesa de lectura se levantaba una escribanía cuyo último documento aún conservaba fresca la tinta sobre el papel. Sin duda había estado ocupada por un secretario que acababa de ser despedido. Se hallaba, pues, a solas frente al señor de la casa.

Mas don Alonso de Mendoza prosiguió durante un buen rato con sus cotejos y anotaciones, sin alzar la vista de la mesa una sola vez; ocasión que aprovechó su invitado para inspeccionar el contenido de la biblioteca. Su mirada de experto identificó parte de los títulos acogidos en aquella estancia tan bien nutrida.

Una sección apartada albergaba volúmenes que, por su especial formato, se distinguían como libros de música; tal acumulación no solo respondía a la

condición de chantre de que gozaba el prebendado, sino a su particular afición por las artes de Apolo, bien manifiesta desde su juventud.

Como era de esperar, no escaseaban allí los libros de materia teológica. Sobre sendos atriles destacaban dos voluminosos tomos en los que el visitante reconoció la *Biblia* de Sebastián Grifo, con sus grandes y elegantes letras en papel de marca mayor. Abiertas sobre la mesa se encontraban la *Glosa Ordinaria* y la tabla de El Tostado; libro aquel último que, ya en sus tiempos de estudiante, su antiguo protector consideraba imprescindible hasta el punto de llegar a declarar que «quienquiera que careciese de él debiera alimentarse en un muladar».

En el tablero contiguo, entre cartas y papeles, descansaba un ejemplar del *Dictionarium* de Ambrosio Calepino, ineludible para cualquiera que se tuviese por hombre instruido; también distinguió, algo más lejos, otros dos títulos abiertos, ambos con anotaciones en los márgenes: *Adversus omnes haereses libri XIII* de fray Alonso Castro y *De locis theologicis libri duodecim* de Melchor Cano.

Pero el núcleo principal de la biblioteca lo conformaba la sección rotulada como «Patrística». Eusebio Vázquez recordaba que entre las aspiraciones de su antiguo valedor se contaba la de llegar a reunir las obras completas de san Agustín, san Jerónimo, santo Tomás de Aquino, san Ambrosio, san Gregorio y san Bernardo. Un vistazo a los anaqueles le bastó para calcular que poco le faltaba para cumplir tal objetivo, si es que no lo había alcanzado ya. La dicha colección se completaba con los volúmenes de las *Sacrae Bibliothecae Sanctorum Patrum*.

Terminada la inspección, el jesuita volvió la vista hacia su anfitrión. Comprobó entonces que este le observaba a su vez, con aquella mirada tan suya que destilaba ironía, perspicacia y provocación a partes iguales.

—¿Y bien, padre Eusebio? ¿Merece vuestra aprobación mi modesta biblioteca? ¿O tal vez no está a la altura de la que habéis reunido *ad maiorem Dei gloriam* para el colegio de vuestra insigne Compañía?

Tal comienzo no presagiaba una feliz conversación. El aludido, como piloto experimentado, intentó dirigirse hacia aguas menos traicioneras.

—La vuestra es, señor don Alonso, una excelsa biblioteca; y nadie que se

precio de instruido afirmaría lo contrario. No cabe esperar menos de quien tanto se distingue por su pluma y su erudición. Pues, a no ser que miremos sesenta años atrás, no encontraremos en nuestros reinos de España a otro hombre de letras en quien convivan las cualidades y la reputación que os adornan.

Sin mostrar el menor atisbo de la impresión que producían en él tales palabras, el chantre señaló hacia la escribanía contigua a su mesa. Allí, desenvuelto, se encontraba el regalo que su visitante había traído consigo.

—Y habéis discurrido, en consecuencia, que tan excelsa biblioteca como la mía no se hallaría completa a menos que contase en su repertorio con esta joya entre los libros de nuestro tiempo; una obra tan notable y digna de alabanza como son los *Ejercicios espirituales* del gran teólogo Ignacio de Loyola.

De cierto, comparecer con semejante carta de presentación ante tan principal señor —bien conocido tanto por el orgullo con que exhibía el catálogo de su biblioteca como por su desprecio hacia la Compañía jesuita— podía parecer tan ofensivo como agasajar a una infanta de España con una tajada de queso reseco y un puñado de algarrobas.

Pero el padre Eusebio Vázquez se apoyaba en el valor de sus recuerdos. Contaba con que el prebendado que había consentido en recibirlo aún guardaría alguna relación con aquel colegial con quien antaño compartiera lecciones y experiencias. De ser así, el sacerdote auguraba que tan arriesgado gesto podría reportarle algo muy distinto a los enojos de su anfitrión.

—Escuchad las razones de este humilde servidor que, os lo garantizo, solo busca agradaros. —Con toda discreción, cambió de postura para aligerar de peso su pierna izquierda—. Para complacer a un hombre que aprecia en tanto los libros, ¿qué mejor recurso que ofrecerle uno nuevo? Aunque, al mismo tiempo, ¿cómo predecir que el texto en cuestión no figura ya en una colección tan magnífica y extensa como la del agasajado?

Señaló hacia el ejemplar de la discordia, dando a entender que representaba la conclusión más evidente frente a las premisas del tal razonamiento. Su oyente dejó escapar una sonrisa sesgada.

—Siempre fuisteis audaz en vuestro sentido del humor, como en tantas

otras cosas. Me agrada advertir que, al menos en eso, esos embaucadores ignacianos no han logrado ofuscaros.

En sus tiempos de estudiante don Alonso acostumbraba a elogiar la intrepidez, que tenía por muy rara y preciosa cualidad. Bien lo sabía el padre Eusebio. Y, por cierto, que también a él le alegraba que su anfitrión siguiese manteniendo aquella misma opinión; de otro modo, la ocurrencia de ofrecerle aquel libro podría haberle costado muy cara.

—La osadía de un hombre tiende a marchitarse al mismo ritmo que sus fuerzas. —Ya se encargaba de eso el paso del tiempo; no era menester achacar el cambio a quienes le rodeaban—. No os negaré que el ejercicio de la audacia me resultaba más sencillo y placentero en otra época.

—Mal hacéis en casar la sencillez con el placer. Los goces más intensos suelen ser también los más sofisticados. Aunque entiendo que vuestras denominadas «reglas de modestia» (que más debieran llamarse «de molestia») os cierran los ojos a verdad tan manifiesta.

—Dudo que yo pudiera defender lo contrario con tanta agudeza y elegancia —adujo antes de reconducir la conversación a su previo cauce—. Me refería más bien a que el arrojo se acrecienta en buena compañía; todo camino, por arduo que sea, se hace más llevadero cuando son tres quienes marchan juntos.

Pues tres habían sido los integrantes de aquella impetuosa partida de estudiantes que antaño se lanzaban, con tanta temeridad como despreocupación, a cualquier empresa que despertase su entusiasmo.

Dos de ellos se hallaban al presente en aquella estancia. El tercero, Damián Pérez, gozaba de perpetuo descanso en el lugar que Dios reserva a las almas distinguidas por su excelencia y sus virtudes. Aquel difunto compañero, tan añorado por ambos, no solo había servido a don Alonso como secretario y confidente; también había conservado una estrecha amistad con el padre Eusebio.

—La osadía de tres bien se atreve allá donde la de uno no llega. —Hablabá ahora con tono algo más jovial—. Aunque ya entonces tuvimos ocasión de comprobar que la audacia todo lo intenta, mas no todo lo consigue.

El chantre se sonrió ante aquellas palabras.

—Razón tenéis, no lo niego. —Dirigió la vista a su escribanía, con una

mirada cargada de ecos del pasado—. ¿Recordáis la ocasión, allá en las ferias, en que vinimos a dar con la famosa viuda veneciana?

Su interlocutor asintió. Se hallaban al efecto en Medina del Campo. El joven Mendoza —que siempre había sido varón de pasiones secretas y peligrosas— había acudido por ver si lograba rastrear allí alguno de esos libros prohibidos por el Santo Oficio que cruzaban las fronteras castellanas de forma subrepticia. Conducía sus pesquisas bajo falsa identidad y escoltado tan solo por sus dos compañeros de mayor confianza.

Quisieron los cielos —o tal vez los infiernos, según el resultado que luego se alcanzó— que toparan con una dama de lozana presencia que aseguró ser viuda de origen veneciano y tener en su posesión un ejemplar del *Contra Galileos* de Juliano *el Apóstata*: libro prohibido y difícilísimo de localizar al ser obra de uno de los grandes detractores del cristianismo en la Antigüedad; y que, por las dichas razones, se ajustaba a aquello que don Alonso más ansiaba.

Acordado el precio, se fijó lugar para el intercambio fuera de la ciudad. Mas en el tal encuentro se vino a comprobar que la dama no estaba en posesión del libro prometido y que tampoco resultaba ser tan viuda; pues esperaba a los incautos el marido de la susodicha, junto a tres secuaces bien armados y dispuestos a hacerse a la fuerza con el dinero pactado.

—Y tanto que sí —replicó el jesuita—. Lo tengo presente en todo instante. Los cielos se encargaron de dejarme un recordatorio perenne.

De aquel lance, que bien pudo haberle costado la vida, el colegial Mendoza salió sin secuelas. No corrió la misma suerte el joven Eusebio Vázquez, que al acudir en auxilio de su señor recibió una grave herida en la pierna izquierda; la cual le había dejado aquel doloroso cojear que habría de sufrir durante el resto de su existencia.

El chantre nada respondió a tales palabras. La sonrisa se había desvanecido de su rostro. Aquel detalle olvidado hacía tiempo acababa de regresar a su memoria. Y junto al mismo, muchos otros recuerdos que, a fuer de empeñarse en mantener relegados, había conseguido borrar.

Le vino a la mente el sobrenombre que su protegido se había ganado a raíz de aquel incidente; y cómo por entonces él se había hecho la solemne

promesa de recompensar aquel sacrificio como su defensor merecía. Favor sempiterno por aquella inestimable muestra de lealtad; ese era el único pacto posible entre hombres de honor.

Una obligación que él no había sabido cumplir. Con ello no solo había faltado al respeto que merecía su acompañante, sino también al que se debía a sí mismo.

—Bien, padre Eusebio —anunció mientras hacía sonar la campanilla—, haremos que os traigan sillón y escabel para que podáis reposaros con comodidad. Y tal vez entonces podáis explicarme las razones que os han traído aquí.

### III

El contenido de la biblioteca de un hombre revela la riqueza de su espíritu. Don Alonso de Mendoza tenía aquel axioma por verdad incontestable. De ahí que su primera visita a la colección de su pariente el conde de Tendilla no le deparase más que disgusto. Había esperado penetrar en un santuario y se encontraba en un cobertizo.

—Buen acomodo ha ido a buscarme mi señor padre —se quejó a su secretario y confidente, Damián Pérez; quien, con escribanía portátil y recado de escribir, lo acompañaba para levantar listado de los títulos reunidos en la sala.

Si la rama de los Tendilla y Mondéjar se enorgullecía de su magnífico patrimonio y su elevada posición en el árbol familiar mendocino, aquella estancia parecía mostrar lo contrario. Todos sus anaqueles contenían una paupérrima cantidad de volúmenes, el más reciente de los cuales debía de haber sido adquirido más de una década atrás. La sección más moderna — que sin duda respondía a los deplorables gustos de doña María y doña Catalina— reflejaba a todas luces las recomendaciones de sus confesores: obrillas devotas de escaso calado y libros consagrados *ad maiorem gloriam* de la Compañía jesuítica.

El perfecto estado de conservación en que se hallaban estos últimos tratados revelaba que las dichas damas, famosas por su fervor, recogimiento y piedad, no eran demasiado dadas a lecturas. Su fe parecía basarse, como resultaba habitual entre los varones del vulgo y las hembras de toda condición, en la oración, la obediencia y la absoluta falta de especulación intelectual.

Aquello estaba lejos de enojar a don Alonso. Grandes cosas se asientan

sobre la ignorancia de los muchos. Pero sí le indignaba verse obligado a velar sobre aquellos despojos que —en su opinión— no merecían más cuidado del que pudieran darles polillas, ratas y gusanos.

—A buen seguro se encuentran libros mejores que estos en la carreta de un buhonero —bufó sin dignarse siquiera aproximarse más a los estantes.

—Dudo que el carro de un buhonero haya transportado nunca las *Constitutiones insignis Collegii Sancti Ildephonsi* con encuadernación en gofrado y escudos de la casa de Tendilla —adujo su ayudante con ese tono imperturbable que le era tan propio— o los *Quinti Horacii Flacci sermonvm libri duo...*

—Me alegra que os satisfaga tanto el catálogo, mi buen Damián —lo interrumpió su patrón—; pues desde ahora mismo quedáis a su cargo. Sabed que es todo vuestro. Espero que lo tratéis con la dedicación que su propietario y mi señor padre esperan. ¡Y ay de vos si llego a oír una sola palabra sobre lo que decidáis hacer con él!

Así, sin mayor reflexión ni remordimiento, había traspasado a su hombre de confianza la tarea. Y, como prebendado con muchas y muy graves ocupaciones, no había vuelto a pensar en ella hasta el día en que Eusebio Vázquez había aparecido a su puerta.

Por cierto que su antiguo protegido había llegado ofreciendo una perfecta solución al problema. La encuadernación de los ejemplares en rama y la reparación de los dañados era un proceso obligado en toda biblioteca bien atendida; y además lo bastante costoso como para que sus propietarios evitasen otros gastos relacionados con ella en los años venideros. Durante ese periodo no era de prever la adquisición de nuevos textos ni cualquier otra reforma de la colección; lo que eximiría durante largo tiempo al chantre don Alonso de tener que atender aquella obligación que tanto lo desagradaba.

Aunque para eso primero tendría que convencer a la persona encargada de aprobar tal gasto. En la época en que el conde don Íñigo asumía tal responsabilidad no se le hubiera antojado demasiado arduo el persuadirlo. Pero ahora la tarea recaía sobre su hija doña Catalina; y ella sí resultaba ser un hueso duro de roer.

María Ramírez se tenía a sí misma por hembra de piel curtida. «A falta de papel de afuera, hagamos apañón con el de la tierra», declaraba cuando debía resolver un asunto en condiciones poco idóneas.

Lo que, por cierto, acontecía con frecuencia; pues en aquella Edad del Hierro hasta la que había descendido el hombre en su presente estado —tan alejada en todo del Paraíso original y la Edad de Oro en que les fue dado vivir a nuestros ancestros— abundaban más las componendas, las cuitas y los sinsabores que en los tiempos ideales del pasado.

Pero, aunque no esperaba gran cosa del mundo que se extendía más allá de las puertas de su hogar, eso no significaba que se resignase a permanecer de brazos cruzados cuando notaba que su esposo andaba por la casa con alguna congoja.

—Muy mustio te noto, marido mío. Y no es de buenos modos ir en estas fechas con cara de Viernes Santo. —Le pellizcó las barbas, como acostumbraba a hacer cuando se proponía levantarle el ánimo—. Mira que, en comenzando enero, no te conviene andar con el ceño mohíno, no sea que nos atraigas a casa la mala suerte y hayamos de acabar diciembre con llanto y crujir de dientes.

—¡Calla, mujer! Es de necios opinar sobre lo que se ignora —la amonestó el maestro tipógrafo—. Bien harías en cerrar la boca en lugar de ir reprendiendo al prójimo, sobre todo cuando este obra por razones que desconoces.

No deseaba admitirlo ante ella; mas lo cierto era que había quedado profundamente abatido por las declaraciones que sus compañeros de oficio habían realizado ante los delegados del rey. Y su conversación con Sebastián Martínez lo había afectado de manera especial.

Siempre había sido consciente de que el miedo engendra injusticia. Pero nunca antes había sido testigo de ese influjo arrollador que ejercen las aprensiones en el corazón humano; ni de cómo el temor a la perfidia ajena puede llevar a un alma débil a caer en la propia.

—Bien dices, Juanillo, eso no te lo niego —admitió su interlocutora con seriedad; aunque de inmediato sonrió con esa picardía que le dedicaba cuando ambos estaban a solas—. Pues ya sabes lo que has de hacer, ¡ea!:

cuéntame lo que te ocurre para que así pueda reprenderte a sabiendas.

Su interlocutor soltó una risa seca. De sobra conocía la obstinación que su esposa podía exhibir cuando una idea se le quedaba encajada entre ceja y ceja.

Era bien consciente de que aferrarse al silencio no redundaría en su provecho. Así pues, confesó las razones de su consternación.

María lo escuchó con una expresión en la que se mezclaban un cúmulo de ternura y una pizca de malicia.

—¡Ay, marido mío! —exclamó cuando él concluyó—. Personajes de esa guisa, con la lengua viperina y las entrañas podridas, siempre han existido y siempre existirán. Por mucho que nos pese, no hay escasez de ellos en la viña del Señor. Así que no pierdas tu tiempo ni te rasgues las vestiduras a cuenta suya. —Le rodeó la cintura con los brazos y lo sacudió con una suavidad casi maternal—. Hazme caso, Juanillo, que te sobran razones para sentirte dichoso. Dios te ha concedido la mayor fortuna que le es dado tener a un hombre: la de mirar a tu lado y saber que acá nunca han de faltarte apoyo y consuelo.

Gabriel de Aguilar no era hombre dado a perder el tiempo. La condenada Inés Ramírez lo había forzado a abandonar por el momento el taller del maestro Lozano. Pero, con la ayuda de Dios, él conseguiría expulsarla a su vez, y además de forma definitiva.

Se había propuesto un plan de acción. Y a él se había aplicado sin demora. Todo cuanto necesitaba era socavar la buena fama de la viuda; posesión indispensable para quien, como ella, basase su oficio en textos teológicos, piadosos y devocionales. El descrédito bastaría para que los parroquianos que ahora hacían prosperar el negocio la evitasen cual si padeciese la lepra. Con la ruina llamando a su puerta, a aquella víbora no le quedaría otra opción que malvender su local. Y cuando aquello sucediese, él estaría allí para aprovechar la circunstancia.

Se daba el caso de que la reputación de la hembra resultaba mucho más frágil que la del varón; pues si a este solo se le juzgaba en base a sus actos, a

ella se la sentenciaba por meras sospechas. Una mujer decente era aquella que no daba pábulo a murmuraciones, que pasaba por la vida desapercibida e invisible. Su honra estaba formada de material quebradizo, frágil y sutil como el cristal de una copa; y, al igual que esta, una vez hecha añicos, no volvía a recomponerse jamás.

Bastaba con que alguien crease un rumor, con que la sombra de los celos ajenos la alcanzase, para provocar su deshonor. Y eso era lo que el oficial De Aguilar se proponía conseguir.

Había comenzado propagando la noticia de que la viuda recibía a hombres a solas en la trastienda y que allí los entretenía largo tiempo, a resguardo de miradas ajenas. Tan indecoroso comportamiento no solo empujaba a recelar sobre el tipo de actividades que allá se realizaban; también invitaba a sospechar que tal vez la joven no hacía ascos a recibir a esos y otros varones en lugares más privados de la casa, cuando no en sus propios aposentos.

Mucho agradaban tales declaraciones a Martín Felipe, el nuevo patrón de Gabriel, que las devoraba con el ansia con que el hambriento engulle los restos de un festín ajeno. El dicho maestro de libros, que sentía tan poca querencia por la viuda como su nuevo empleado, se había encargado de magnificar las referencias de su oficial y de propagarlas, enfangadas de insinuaciones aún más sombrías, tanto en el barrio como entre los restantes compañeros de gremio.

—Siempre he dicho que en esa hembra hay algo turbio y pecaminoso, como si en su interior habitara un espíritu maligno —masculló ante estos, con ocasión de que varios de ellos se reunieran a tomar un trago en una taberna—. Voto a tal, que tiene la mirada venenosa de una serpiente.

—Venenosa, ¿qué mujer no lo es? —replicó riendo el anciano Diego Martínez; quien, pese a sus años, no había perdido el gusto por ciertos placeres proporcionados por las féminas—. Pero administran su ponzoña de tal modo que uno la acepta con agrado; hasta que al cabo ya no puede vivir sin probarla.

—Por vida mía, que yo sí cataría gustoso el veneno de la viudita —añadió Pedro del Bosque, que llevaba, como de costumbre, varios tragos de ventaja con respecto a sus acompañantes.

—Y, por vida vuestra, que habríais de pagar justo con eso, igual que ya lo hizo su esposo —replicó seco el nuevo patrón de Gabriel. Le disgustaba que sus colegas tomasen a broma tan serio asunto—. ¿O acaso os contáis entre los muchos necios que siguen aún creyendo ese cuento de que la muerte de Antonio Lozano se debió a causa natural?

Las chanzas cesaron al punto en la mesa. Todos habían oído los rumores; mas distaba mucho entre escucharlos y tomarlos por cosa cierta.

—¿Qué decís, maestro Martín? —balbuceó Antón Muñoz—. Una muchacha tan alabada por su recato y modestia; tan suave en sus modos y con ese rostro tan puro, que bien pudiera servir de modelo a un retrato de Nuestra Señora...

—De sobra sabemos los aquí presentes que el contenido de un libro no ha de juzgarse por la hechura de sus tapas —replicó el interpelado, con tono cargado de intención—. La tal viuda es criatura de muchos rostros. Bien haríais en conceder crédito a mis palabras, pues recibo noticias de quien la conoce bien. —Miró uno por uno a sus oyentes, como quien se dispone a emitir una sentencia incuestionable—. Si hubieseis oído lo que mismo yo, os aseguro no seríais tan bondadosos al juzgar a «la blanca paloma».

Se hizo el silencio entre los presentes. Antón Muñoz se persignó en un movimiento apresurado. Pedro del Bosque sintió que un escalofrío le reptaba por la espalda.

El primero en hablar fue Diego Martínez. Como frecuente visitador de mancebías y casas de oscura reputación se tenía por buen conocedor de la naturaleza femenina; por tales razones era menos inclinado a juzgar el potencial de una mujer por su mera apariencia:

—Decís que recibís vuestras noticias de buena fuente. Pero ¿dais sus informes por veraces?

—Todos hemos oído el dicho: «Cuando el río suena...» La sabiduría popular bien lo conoce: cada rumor contiene en su seno la semilla de una verdad. —Martín Felipe apuró su copa despacio, disfrutando de la expectación creada a su alrededor—. Por mi parte solo puedo asegurar lo que me garantiza el entendimiento: que el mal adopta diferentes formas, algunas de ellas lisonjeras. Y que ya nuestros relatos ancestrales atestiguan lo muy a

menudo que gusta vestirse de mujer.

El chantre don Alonso siempre había considerado a su distante pariente, doña Catalina de Mendoza, como hembra de agradable apariencia. La belleza femenina, cuyo cuidado supone pecado de vanidad cuando la mujer lo realiza para sí misma, se convierte en virtud conyugal cuando ella la cultiva para gozo de su marido.

Sin embargo la actual administradora del estado de Mondéjar había renunciado, ya en su temprana juventud, a la condición de esposa. Desoyendo los deseos de la niña, que suplicaba jurar los votos religiosos y convertirse en monja, su padre la había casado por poderes con el conde de la Gomera. Mas ella, habiendo oído que el interfecto gozaba de fama por su conducta licenciosa en los tugurios de Sevilla, había solicitado al Santo Padre dispensa que la librase del tal matrimonio, cosa que al cabo consiguió.

Tales pensamientos rumiaba el chantre mientras saludaba, con una ceremonia no exenta de frialdad, a su lejana pariente. Ella, por su parte, le respondió con la misma actitud.

—Os aseguro, doña Catalina, que yo lo lamento tanto como ella —fue la respuesta del aludido.

Por cierto que no sentía el menor agrado ante la idea de saludar a la antedicha; quien, con su palidez y su aspecto demacrado, se le antojaba un espectro de pesadilla. Y recelaba que la ausencia de la misma no se debía a su frágil condición, sino a causa muy distinta.

No se equivocaba en sus barruntos. Tanto ella como su sobrina sentían notorio desagrado por la persona de don Alonso. Este no solo manifestaba pública aversión por la Compañía jesuita a la que ambas habían consagrado sus vidas; también se rumoreaba en la familia que había tenido ciertos roces con el Santo Oficio —de los que había salido indemne gracias a las influencias de que su progenitor gozaba en la corte—, y que era hombre amigo de prácticas reprobables y doctrinas escandalosas.

Tales lacras resultaban aún más notables ante el hecho de que su padre, don Lorenzo, el conde de La Coruña, fuera hombre de muchas y probadas

virtudes. Como tal, gozaba del aprecio de don Íñigo, conde de Tendilla y actual patriarca del linaje de los Mondéjar; al que doña Catalina, como hija amante y respetuosa, se preciaba de obedecer en todo. Por tales razones había acatado la decisión paterna de nombrar a aquel enojoso pariente responsable de la biblioteca de su residencia alcalaína. Y por las mismas accedía ahora a recibirlo, pese al rechazo que este le inspiraba.

—Decidme, don Alonso, ¿a qué debemos tan inusitada visita? ¿Guarda tal vez relación con nuestras estimadas librerías? —Esperaba que así fuese; a decir verdad, no deseaba tratar con su visitante más que los asuntos estrictamente ineludibles—. Os complacerá escuchar que se hallan en el mismo estado en que vuestro apoderado las dejó, pues en nada quisimos alterar su buena labor. —Repasó con los dedos el crucifijo que pendía de su cuello, resaltando sobre su hábito monacal—. Habéis de saber, por cierto, que mi señora tía y yo misma lo tenemos bien presente en nuestras oraciones. Era hombre íntegro, humilde y piadoso, de palabra benévola y honesto proceder. Esperamos en lo profundo de nuestros corazones que le sea dado acompañar a Nuestro Señor entre los bienaventurados.

El aludido asintió con gesto grave. El recuerdo de su difunto favorito lo afectaba de modo profundo, que no deseaba evidenciar ante su interlocutora.

—Vuestras oraciones le reportan sin duda gran ayuda y consuelo —replicó lacónico—. Y no os falta razón al presumir el motivo de mi venida. Me presento ante vos como allegado y como adeudo para observar, con la ayuda de Dios, mis compromisos para con vuestra casa, en el puesto con que vuestro padre me honró tiempo atrás.

Adujo que, tras larga y cuidadosa reflexión, había concluido que el actual estado de la colección aconsejaba ponerla en manos de un buen maestro de libros. Se había encargado de hacer las diligencias necesarias a tal efecto; y se enorgullecía de poder presentar como candidato un taller cuyas virtudes ponderó cual si fuese digno de competir con los que abastecían la Real Biblioteca.

Añadió que había acordado con sus propietarios un trato tan ventajoso que a duras penas resultaba creíble. No sin profunda satisfacción, presentaba ante doña Catalina los resultados de tan arduas gestiones. Los sometía a su

consideración recomendándole con todo encarecimiento que aceptase los términos de aquel acuerdo tan favorable y que tanto provecho habría de reportar a —según las propias palabras de su interlocutora— sus «estimadas librerías».

La aludida dedicó apenas unos segundos a ponderar el discurso de su visitante; la propuesta no le merecía más larga consideración.

—Mucho os agradecemos, don Alonso, vuestra iniciativa. Pero vuestros trabajos han sido en vano. Nuestra humilde biblioteca no precisa de tales alardes. Todo en ella habla el lenguaje de la austeridad y la modestia, nobles virtudes cristianas. El ropaje de un libro es, como el de la persona, superfluo: vanidad de vanidades, y solo vanidad.

El chantre no podía sino reconocer la sinceridad de su anfitriona. Había renunciado a las lujosas vestimentas, joyas y tocados que correspondían a una dama de su condición para vestirse igual que una monja, aun sin haber pronunciado votos como tal. También había desnudado aquella estancia, en la que realizaba sus labores de administradora, de todo mobiliario considerado por ella accesorio; lo que incluía no solo esos braseros, alfombras y tapices que tanto mitigaban los rigores del invierno, sino también las lámparas que, aunque onerosas en su mantenimiento, resultaban fundamentales para mitigar los dolores de cabeza y conservar la buena vista de toda persona destinada a pasar horas y horas entre papeles.

—¡Ah, señora mía! Nada puedo aducir contra esas palabras. —Tan cabales, de hecho, que parecían citas literales de un sermionario. Cabía preguntarse si quien así hablaba era su interlocutora o los jesuitas que vertían tales ideas en sus oídos—. Mas permitidme señalar una minucia: no puede compararse el ropaje del cuerpo con el del pensamiento.

Así diciendo, depositó en la mesilla que los separaba un paquete atado con esmero. Al retirar el envoltorio dejó al descubierto un volumen decorado con elegancia y sobriedad. La manufactura contrastaba con las recargadas elaboraciones que habían caracterizado las encuadernaciones de las últimas décadas —y que causaban rechazo a los espíritus dados a la austeridad como el de doña Catalina—. Se trataba de un estilo reciente, puesto de moda por Cristóbal Plantino desde su *officina* de Amberes, que se ajustaba a los gustos

de una nueva época tendente a buscar la belleza en la naturalidad y la sencillez.

Dudaba que su interlocutora fuese capaz de admirar, como él lo hacía, los particulares de aquel espléndido trabajo: el delicado equilibrio de las simetrías, tan proporcionado entre la decoración entrelazada y los espacios vacíos; la maestría con que se habían utilizado las ruedas y planchas para la técnica del dorado; el contraste cromático entre la piel oscura de las tapas, el motivo central y los tres finos filetes que formaban la orla exterior; el soberbio cosido del volumen, con seis cordeles dobles y a punto seguido...

Mas aunque la dama fuese incapaz de apreciar la exquisitez de tales detalles, sin duda no le pasarían desapercibidas la pulcritud y la elegancia de tan primoroso trabajo. Era el tomo de los *Ejercicios espirituales* que le había ofrecido su antiguo protegido, Eusebio Vázquez; y que, por cuanto este le había asegurado, se había encuadernado en el mismo taller que él recomendaba.

—Permitidme, señora, presentaros este obsequio, que os ruego aceptéis. No me marcharía conforme de vuestra casa sin saber que, cuando menos, queda aquí un ejemplar tratado con la dignidad que merece; ya que esta obra, joya entre los libros de nuestro tiempo, alberga los más floridos pensamientos del teólogo Ignacio de Loyola, tan notables y merecedores de alabanza.

Aquellas mismas palabras, que en su día usara ante el padre Eusebio —y que este, en su sutileza, había interpretado como burlas— sonaron muy distintas a oídos de doña Catalina, cuya expresión se suavizó ante tales expresiones.

—Considerad que el libro no es envoltura de una doctrina, sino la doctrina misma —prosiguió su visitante—; y que su lectura representa un diálogo perpetuo con su autor, en el que el espíritu de este nos habla, dejando que el alma del lector conteste. Sus páginas nos nutren e iluminan, nos proporcionan consuelo y alegría, firmeza y valor. Y a ese texto bienhechor, que tanto abrigo y cobijo nos ofrece, ¿sería justo por nuestra parte dejarlo desnudo y a la intemperie, cual a un mendigo?

La oyente había alargado la mano hacia el volumen. Sin alzarlo aún de la mesa, estudiaba las tapas con las yemas de los dedos, como si estas pudiesen

proporcionarle argumentos imperceptibles a sus pupilas.

—Considerad vos, don Alonso —adujo, ya sin rastro de esa aspereza que antes matizaba la dulzura de su tono— mis obligaciones para con mi padre y su patrimonio; y cuán difícil resulta conciliar estas con mis compromisos para con Nuestro Señor. Ningún buen cristiano debería olvidar que debemos todas nuestras posesiones a la generosidad de Dios, y que es justo que a Él reviertan. Antes de emplear nuestro dinero, deberíamos considerar qué formas de usarlo resultan más gratas a Sus ojos.

El interpelado hubo de admitir una vez más que las palabras de su interlocutora se adecuaban a su forma de actuar; era consciente de las asombrosas donaciones que tanto ella como su tía doña María habían realizado a favor de la Compañía jesuítica.

Tenía noticia de las mismas gracias a su confianza con Juan de Antequera —escribano real en la villa de Alcalá y notario perpetuo de la Audiencia arzobispal—, quien le había comunicado que las antedichas damas habían acordado con el general de la orden, el padre Francisco de Borja, la cesión de tres mil quinientos ducados anuales —dos mil de dotación para la casa de probación, mil para el colegio y otros quinientos para la casa de reposo de Loranca—, cantidad que representaba la totalidad de las rentas personales de doña María. Y aquellas sumas colosales se entregarían durante tanto tiempo como se alargasen las vidas de la benefactora y su sobrina doña Catalina, y aún cuatro años más.

—Sería gran arrogancia por mi parte, señora mía, asegurar qué uso de vuestras riquezas resultaría más grato a ojos de Nuestro Señor —admitió—. Mas estoy convencido de que vos misma, con tan reconocidas piedad y rectitud como estandartes, no podéis errar si os guiais por los dictados de vuestra conciencia.

Su anfitriona asintió de modo casi imperceptible; aunque suficiente para que el chanfre advirtiera que sus argumentaciones estaban surtiendo efecto.

—Vos, doña Catalina, habéis sido bendecida con el don de observar el mundo con la mirada de la fe. Sabéis que todos sus sucesos y todos sus objetos remiten, en última instancia, a Dios. Decidme pues si no habréis de encontrarlo a Él en este libro; o en los otros que por consejo de hombres píos

y devotos habéis reunido en vuestra colección. Pocas cosas nos acercan tanto al Creador como las obras de aquellos hombres que no escribieron sino para cumplir Sus designios y cantar Sus alabanzas.

La dama, que había tomado el volumen para posarlo sobre su regazo, ahora repasaba las tapas con la delicadeza de quien se sabe depositario de un objeto de valor incalculable y excepcional fragilidad.

Don Alonso, como todo suplicante cautivo de los gestos de aquella persona cuyo favor solicita, supo que ella estaba a punto de conceder su aquiescencia.

Aunque, estaba seguro, aquella malhadada biblioteca no había recibido en los últimos años más visitante que el bueno de Damián Pérez; y nadie había vuelto a mirar entre sus anaqueles desde la llorada muerte de este.

El siguiente domingo, según su costumbre, Inés y su madre llegaron temprano a la iglesia para orar un rato en la capilla antes de la misa. A la puerta del templo, el monaguillo se acercó a ellas para comunicarles que el padre Eusebio deseaba verlas en la sacristía.

—¡Bien, señora Ana Ribera! De cierto que podéis teneros por dichosa. El Señor ha concedido un gran favor a vuestra casa, a fin de que vuestra familia pueda mostrarse aún más agradecida para con Él.

Explicó cómo Inés había acudido a él con un ruego. Aun siendo muy alta la pretensión, el hecho de que la solicitara con humildad y reverencia había complacido a los cielos. Pues estos habían visto en ella «ojos de paloma honesta y no de serpiente maliciosa».

Su hija había logrado algo que muchos hubieran juzgado irrealizable. Pero su valor y fortaleza de ánimo —cualidades ambas muy dignas de alabanza cuando se amparan en la mayor de las virtudes cristianas, cual es la piedad— habían merecido el beneplácito de la divina Voluntad, para la cual no hay cosa imposible.

No hubiera podido esperarse que la señora Ana mostrase alegría mayor de la que manifestó ante las palabras del buen sacerdote.

—¡Hija de mi corazón! ¡La biblioteca de los condes de Tendilla! —exclamó, al tiempo que abrazaba a la muchacha con emoción profunda—.

¡Loados sean los cielos! Pues te han abierto una puerta que, Dios mediante, ha de llevarte a un mejor futuro.

Albertillo reaccionó de modo muy similar al escuchar la noticia.

Admitía que, a ojos de sus familiares, amigos y empleados, se daban motivos sobrados de celebración. Pero en el fondo ella no podía evitar sentir un hondo desencanto. Pues el objetivo final de sus propósitos, aquel que la guiara y le concediera entereza para abordar tan audaz plan, no parecía más cercano que antes.

—Entonces —había preguntado la joven al padre Eusebio—, ¿habéis conseguido que el señor conde me permita acceder a la biblioteca de su residencia?

El sacerdote la había observado con cierta sorpresa.

—Hija mía, ¿a qué esa ofuscación por esa casa? ¿Acaso no os dije ya que personas como vos o yo no estamos llamados a entrar en lugares así? —la reconvinó con su habitual tono indulgente—. No, querida niña, no seréis vos quien vaya a la biblioteca, sino esta la que venga a vos.

A los pocos días un escribano se personó ante la viuda de Antonio Lozano para formalizar el contrato. En él se estipulaba que el taller del susodicho maestro de libros recibiría «ciertas cajas de ejemplares en número aún por determinar» que le serían enviadas desde la residencia alcalaína de los condes de Tendilla; estas vendrían marcadas en el exterior con el escudo de la familia.

Inés, por su parte, se comprometía a encargarse de los tomos allí contenidos por el precio ya pactado. El documento establecía que habría de «encuadernarlos y guarnecerlos de la forma y manera que vendrá detallada para cada uno de los dichos libros» en otro documento que se le adjuntaría a la entrega, «ya fuese en pergamino o cartón, en liso o con manezuelas de latón o dorado, según a cada uno de ellos convenga», siempre según las especificaciones del contratante.

También se puntualizaba que «la dicha Inés Ramírez, luego que reciba los tales ejemplares, se ha de ocupar en la encuadernación de los mismos y no

alzar mano de ellos hasta acabarlos». No cabía sorprenderse ante el hecho de que doña Catalina de Mendoza exigiese que el taller contratado suspendiese cualquier otro compromiso previo para honrar el pacto contraído con su nobilísima casa.

Con la firma de aquel contrato la joven viuda de Lozano había visto desvanecerse todas sus esperanzas de lograr acceso a los ansiados estantes de aquella biblioteca. Si, según sus sospechas, el desconocido *Mercurio* había ocultado allí el manuscrito que ella perseguía, sus posibilidades de localizarlo se habían evaporado por completo.

El redactor de la carta había pagado un alto precio por mantener a su Porfirio alejado de ciertas manos. Tal vez Inés, en sus afanes por cumplir la voluntad de aquel, había acabado traicionándolo y poniendo aquel libro en poder de sus enemigos.

Solo cabía aguardar. Y la joven, como todo aquel que se atormenta en la sospecha de haber causado un daño involuntario, rogaba a los cielos que no hubiese sido así.

## IV

El primer mes del año avanzó sembrando nieves; y con ellas, el augurio de fecundas cosechas. Los vecinos de la villa buscaban conforto en sus capas y mantos más gruesos, en el centelleo de los braseros y en la sabiduría de esos proverbios ancestrales que caldeaban el pensamiento asegurando que «lluvias de enero llenan cuba, tinaja y granero».

La conversación de Úrsula y Matilde, que se habían encontrado en el mercado, había comenzado con el consabido intercambio de refranes para pasar después a temas de mayor enjundia; a saber, un episodio que implicaba a un corchete y a cierta placera bien conocida por su lengua desvergonzada, lo rancio de sus géneros y sus pesos desigualados.

Al poco se había llegado a ellas Isidra, la moza que servía en casa del librero Diego de Jaramillo. También ella se había unido a la plática con el aforismo de turno.

—Vaya helada la de anoche, prima —comentó, en alusión a Úrsula, de quien era pariente—. Pero «año que en enero nieva, mucho pan espera». Recemos por que, tras el invierno recio, nos venga caballero el verano.

—Otros son los que tienen que venir caballeros, y sin esperarse a junio —respondió Matilde, con el tono misterioso que empleaba cuando quería dar a entender que estaba en posesión de noticias succulentas.

Ante aquella actitud, que presagiaba una jugosa historia, los ruegos de sus compañeras no se hicieron esperar.

—A vosotras dos os lo digo porque os tengo confianza —susurró la narradora como preámbulo—. Mas ojito con no andar por ahí con el chisme, que todas sabemos lo ligeras de pico que son algunas de nuestras comadres.

Las aludidas asintieron y prometieron guardar el secreto con la presteza de

quien se sabe movido a divulgarlo. Cumplida aquella formalidad, se arrimaron más las tres. Y, al abrigo de una esquina poco concurrida, la relatora comenzó su crónica.

Se había dado el caso de que la noche anterior, a eso de las once, se habían escuchado cerca de la casa músicas de guitarras y cantos tiernos, cual si algún galán solicitara a su dama asomarse al balcón.

—¡Jesús, María y José! ¿Con estos fríos? —Se admiró Úrsula—. De seguro que al rondador se le quedaría helada hasta la vihuela.

Mucho rieron sus oyentes la malicia del comentario. Luego, tras mirar a su alrededor para comprobar que las carcajadas no habían atraído sobre ellas miradas indeseadas, retomaron la narración.

—¿Y se sabe con certeza quién era la moza requerida? —preguntó Isidra, sin ocultar su avidez por conocer tal detalle; pues cualquier hembra que recibiese atenciones tan indebidas ya podía tener su buena explicación al respecto si no deseaba ver empañado el fanal de su virtud.

—¡Qué ha de saberse! —respondió Matilde—. Pues si en estas épocas, y con las puertas, postigos y contraventanas cerradas a cal y canto, apenas si se alcanzaban a distinguir las palabras. Y al poco de que comenzara el concierto hubieron de llegar los de la ronda, o unos vecinos con sus palos, o Dios sabe quién, y salieron los concertistas como almas que llevara el diablo. ¡Cuerpo de mí! Pues ¿no hubimos de encontrar a la mañana, en nuestra misma calle, linternas rotas y una escalera de cuerda abandonada? Como si se pensarán los artistas que les iban a abrir las ventanas.

—¡Virgen Santísima! —Se hizo cruces Úrsula—. Pues ¿qué? ¿Acaso creían que había en el lugar una casa de juego y que les iba a abrir una de esas que reciben a hombres a cuenta de dineros?

—Algo así debieron de pensar —corroboró Isidra—. Que, si no, no se habrían presentado tan bien aparejados. ¡Pues estaba la noche como para ir cargando escalas sin razón!

—Pues si tal se barruntaban, iban más errados que turcos en neblina —adujo la narradora—. Para mí que todo el asunto ha de tomarse como una de esas majaderías de colegiales, que son muy dados a bromas y simplezas de semejante guisa.

Tal era la explicación que se había barajado en la casa cuando la señora Inés, la moza y Albertillo, con ojos soñolientos y candelas en mano, se habían reunido en la cocina ante el barullo. El zagal se había ofrecido a salir para espantar a los rondadores. Pero la patrona se lo había prohibido, pues era aún mozo en años y podía darse el caso de que los dichos estudiantes, que según parecía iban con las lenguas bien caldeadas por el vino, llevasen los ánimos igual de enardecidos. En tales circunstancias, el muchacho podía salir muy perjudicado de aquel encuentro.

—¡Ay, comadre, Dios te oiga! —lanzó Isidra, como al descuido—. Mientras no haya de temerse que exista otra explicación al asunto...

—¡Válgame el cielo! Pues ¿qué otra explicación ha de haber? —protestó al punto la relatora—. ¿Acaso no es bien sabido que en estos pagos solo vivimos hembras decentes, que no gustamos de esos tratamientos?

La aludida se tomó su tiempo antes de responder; y, para mejor emplearlo, se aplicó a recolocar una berza andariega que pugnaba por escapársele del cesto.

—¡Ay, mi buena Matilde! Yo quiero creerte, aunque ¿y si otros no lo hacen así? No quiero faltar al respeto a quien bien lo merece, pero... —Hizo otra pausa, que ahora aprovechó para mirar a los cielos con gesto compungido—. La señora se piensa que una ha de ir por la casa con los oídos y los labios bien cerrados. Mas ¿qué? ¿Acaso no nos creó Dios con orejas para escuchar, y boca y lengua y garganta para contar lo que se escucha? ¿Y se supone que no hemos de darles uso? —Dirigió una ojeada en derredor, con gesto de quien sopesa una difícil decisión—. Mira, comadre, bien sé que debiera callar... Aunque, si juras que no ha de enterarse mi patrona... —Bajó el tono, conminando al secreto—... igual que tú has hecho antes, yo he de contártelo por el mucho aprecio que te tengo.

Los secretos solo se guardan si no se presenta ocasión de contarlos. Matilde había respetado siempre aquella regla casi sagrada. Por cierto que no tenía intención de romperla ahora.

Las revelaciones de Isidra revestían tal seriedad que no cabía ocultárselas a

la señora Inés. Según parecía, la patrona de aquella —la esposa del librero Diego de Jaramillo— albergaba ciertas ideas muy pero que muy equivocadas.

¿Pues no andaba diciendo que la «blanca paloma» (un ángel del cielo, pobrecilla) iba buscando varones como quien rastrea níscales en otoño bajo el pinar, sin importarle siquiera si eran mancebos o casados, y todo ello con métodos malignos y oscuros, como de hechicería?

¡Santa Madre del Amor Divino! ¡La de cruces que se había hecho Matilde ante tal sarta de barbaridades! ¡Si hasta parecían concebidas por un espíritu poseído por el Maligno! ¿Qué alma cristiana podía concebir tales desatinos?

—¡Suerte tiene tu ama de ser patrona, que si fuera sirvienta como nosotras le iba a decir yo tres cosas o cuatro! —exclamó sulfurada—. ¡Ay, señora mía de mis entretelas, y qué perversos son el mundo y sus gentes!

Anduvo todo el camino a casa meditando cómo darle la noticia a Inés de forma que la pobre no se le alterase demasiado. Pero todas sus preocupaciones quedaron eclipsadas al encontrarse frente a ella.

La joven se hallaba a la entrada de la cocina, junto a la puerta trasera. Llevaba aún sus ropas de calle, cual si acabase de llegar a la vivienda. Estaba blanca como una mortaja. Se diría que le faltasen bríos hasta para respirar.

—¡Señora mía! ¿Qué hay? ¿Qué tenéis? —La moza dejó caer la cesta al suelo y corrió hacia ella para abrazarla—. ¡Respondedme, por Dios bendito, que el veros de tal guisa me deja el ánimo temblando!

—Lo he visto, Matilde. Está aquí. —Frente a la agitación de su criada, la patrona respondió con voz queda, como si acabase de escapar de un sueño del que aún no lograba desasirse—. Dijo que volvería; así lo ha hecho. Y siento en las entrañas que ha venido a buscarme.

—Él —dijo—. El demonio que Tonio dejó tras de sí para que viniese a atormentarme. El francés con ojos de hielo.

—¿Creéis que es casualidad? —La joven viuda, ya algo más sosegada, había explicado el caso a Pierre Arbús. La agitación que aquel desconocido le provocaba en las entrañas, tan intensa e inexplicable, le hacía dudar de su propio juicio.

En apenas un instante, ante la visión de aquel individuo, la Inés Ramírez que se había ido erigiendo en los últimos meses —confiada, resuelta, venturosa— se había deshecho como un montón de hojarasca.

El tirador gascón así lo percibió. Aunque también sabía que su interlocutora se recobraría si se le concedía el tiempo necesario. Todo ser humano combate sin tregua sus propios monstruos; hasta el espíritu más entero se quebranta a veces en la lucha.

—Temo que no sea casualidad, Inés. Pero es aún pronto para sacar conclusiones. Decidme, ¿qué sabéis de ese hombre? ¿Tenéis idea de quién es, o de cómo encontrarlo?

Su oyente negó con la cabeza. Todo cuanto podía aportar eran los detalles de su primer encuentro con aquel desconocido. Ya entonces había sentido en las entrañas esa certeza devastadora y escalofriante: la convicción de que aquel individuo estaba unido a su difunto esposo por un vínculo espectral; de que acudía a ella para hacerle pagar por deudas que Tonio había dejado pendientes.

Además, ahora tenía la seguridad de que aquel hombre guardaba alguna oscura relación con el mismo objeto que ella perseguía.

—Solo quiero lo que vuestro esposo se comprometió a conseguir para nosotros, hace ya casi un año. *De Viris Illustribus* de san Jerónimo. —Así se lo había dicho él apenas siete meses antes. Aquellas palabras, que en su momento tanto pavor causaron en el ánimo de la joven, habían sido el origen de todo cuanto había acontecido desde entonces; el manantial de un río que se había ido ensanchando en cada meandro y que aún esperaba la ocasión de convertirse en océano.

Hoy aquellas frases revelaban mucho más que entonces. El título de san Jerónimo, *De Viris Illustribus*, era el nombre en clave de aquel otro tratado que tanta desolación parecía causar a su paso: el *Contra Christianos* de Porfirio. Aquel «para nosotros» revelaba que el extranjero no se hallaba solo en su búsqueda. E Inés no lograba evitar una incómoda sensación que, arrastrándose como un reptil en la maleza de sus pensamientos, le susurraba que aquel hombre y sus acompañantes no eran ajenos al destino sufrido por el desdichado *Mercurio*.

Y ahora aquel desconocido cuya cercanía la hacía estremecer volvía para buscarla a ella. Lo había descubierto por pura casualidad cuando, contra su costumbre, salió de casa por la portilla trasera. Al doblar la esquina divisó entre los viandantes a aquel individuo; de espaldas a ella y apostado a cierta distancia, vigilaba la entrada principal de la vivienda.

Pierre escuchó aquellas revelaciones de su interlocutora con la mandíbula apretada. Su disgusto resultaba evidente.

—Querría pedirlos algo, si no lo tomáis por insolencia —agregó la joven—. Lo ignoro todo de ese hombre, y no creo poder averiguar nada sin ayuda. ¿Me haríais la merced de indagar sobre él?

El tirador gascón realizó un gesto de aquiescencia.

—No es insolencia, Inés; y soy yo quien ha de agradeceros el encargo —declaró—. Veré qué puedo hacer al respecto. Mientras tanto, os recomiendo la máxima precaución.

Cuando el señor Pierres se despidió, Albertillo aguardó unos instantes y luego marchó tras él. Ya había probado a seguirlo en otras ocasiones, convencido como estaba de que el tirador francés tenía intenciones ocultas, y que tarde o temprano sus pasos le permitirían descubrirlas.

Hasta ahora todos sus intentos habían resultado en vano. Lo cierto era que el gascón no se comportaba con la despreocupación de un viandante que circulara por las calles de la villa entre conocidos y vecinos, sino como un hombre que albergara alguna seria prevención y marchase siempre atento a vigilar sus espaldas.

Al zagal le había resultado imposible rondarlo sin arriesgarse a ser descubierto. Hasta hoy. Ahora el señor Arbús parecía tan alterado que no se cuidó de prestar atención alguna a cuanto lo rodeaba. Marchaba con decisión y a buen paso, como el hombre que conoce bien su rumbo y no desea sino recorrerlo con toda prontitud. Y el mozo, dando las gracias a los cielos por aquel inesperado cambio de fortuna, apretó el paso y trotó en pos de él.

Una vez más —tal como ocurría desde que se conocieron— Pierre había sido sincero con Inés, pero no honesto. Frente a las contadas verdades que había dicho pesaban las muchas que había callado.

Si su interlocutora desconocía la identidad del extranjero y el lugar donde encontrarlo, no era tal el caso del tirador gascón. Se dirigió directo a la dirección donde, según sospechaba, se alojaba el individuo en cuestión.

Nadie conocía su nombre francés, aunque en tierras castellanas lo apodaban *Almanegra*. Y su reputación bien se acomodaba a aquel sobrenombre de tan sombrías resonancias.

Inés no erraba al temerlo. Aquel pavor instintivo que ella experimentaba aun sin conocerlo se habría intensificado si estuviese al tanto de las atrocidades que jalonaban el pasado de aquel hombre y que presagiaban las que —si Dios no lo remediaba— aún habría de cometer en el futuro.

Había asegurado a la joven que regresaría, y así lo había hecho. Sus promesas eran irrevocables, inquebrantables como las montañas. Poseía aquel único destello en un alma emborronada de sombras: se preciaba de actuar como hombre de palabra.

Poco tardó el oficial Arbús en llegar a su destino: cierto caserón cercano al convento de Santa Clara. Acudía a aquel lugar con regularidad para entregar las crónicas que, desde allí, iniciaban su ruta hacia Medina del Campo.

Se dirigió a la misma oficina que tantas veces había visitado y abordó al conocido escribano de cejas apretadas, tez enrojecida y nariz chata al que acostumbraba a dejar sus informes.

—Hoy no hay carta para vos. ¿Traéis acaso alguna para entregar? —comentó este, con su habitual expresión sofocada; a lo que el gascón negó con la cabeza.

—Me dijeron que hoy podría dar las noticias en persona —aventuró.

Aunque no albergaba una total certeza al respecto, la narración de Inés le hacía suponer que el individuo a quien buscaba se encontraba en aquel sitio. Solía alojarse allí cuando visitaba la villa complutense.

Su interlocutor se limitó a señalar con el cañón de la pluma una escalera a su espalda. Al llegar al piso superior, Pierre se encontró en una galería que conducía a una puerta cerrada.

Ante aquella había una silla vacía. De pie, despreciando el asiento que la generosidad del lugar le ofrecía, se encontraba el hombre cuya visión causara tanto espanto a la joven viuda de Lozano.

—Estoy aquí para hablar con tu patrón —le espetó cuando se halló frente a él.

—*Nuestro* patrón, querrás decir —respondió al aludido. Esgrimía la lengua francesa como si cada palabra encerrase una advertencia—. Estará encantado de verte; como yo lo estoy.

Estudió al recién llegado con esos ojos de azul gélido y penetrante que parecían ver bajo las ropas y aun bajo la misma piel.

—No es tu primer baile, amigo mío —añadió entonces—. Bien te conoces los pasos.

El gascón dio media vuelta, abrió los brazos y permaneció inmóvil para que su interlocutor lo palpase en busca de armas ocultas. Este realizó la tarea sin apresurarse, con movimientos acariciantes que encerraban ansias de depredador.

—Debieras probar a ser más amable conmigo, Pierrot —insinuó mientras se empleaba en la faena—. Te aseguro que estoy deseando tener ocasión de mostrarte lo afectuoso que puedo llegar a ser.

Al interpelado, tensos los músculos y las vísceras todas, le resultaba imposible discernir si Almanegra hablaba en serio o en broma; o cual de aquellas dos posibilidades se le antojaba más amenazadora.

—Desearía entrar ya, *amigo mío* —se limitó a indicar con sequedad, una vez que aquel concluyó la inspección.

Sin replicar palabra, su interlocutor golpeó la puerta tres veces. Tras recibir respuesta afirmativa del interior, abrió el batiente con la palma de la mano izquierda, surcada de incontables cicatrices. En lugar de retirarla, la apoyó sobre el quicio y permaneció con el brazo extendido sobre el vano, como un ave rapaz que mostrara a su presa la envergadura de sus alas.

Pierre hubo de inclinarse para sortear el obstáculo y acceder a la estancia. Allí, tras una sencilla escribanía a juego con su modesta persona, se encontraba Enrique Formil. Había dejado a un lado un libro de cuentas y se aplicaba a limpiar sus anteojos con el afecto que un artista consagraría a los

detalles finales de su obra maestra.

—¡Ah, *monsieur* Arbús! Ya barruntaba que no tardaríais en venir a nosotros —suspiró tras dedicarle una somera mirada. Sus muchos años en el negocio le habían enseñado a reconocer los síntomas que distinguían a un solicitante—. Imagino que acudís a pedir un favor.

—Más bien a brindaros un aviso; uno que, como hombre precavido que sois, haríais bien en escuchar.

Tal y como esperaba, aquellas frases captaron la atención de su oyente. Lo cierto era que este no andaba errado: el joven gascón acudía a él en calidad de peticionario. Pero el medinense no era hombre dado a ablandarse ante súplicas, y Pierre debía encontrar el modo de disfrazar las suyas bajo otros ropajes.

—¿Un aviso, decís? El gesto os honra, *jeune homme*. Muchos opinarían que muestra gran diligencia por vuestra parte, incluso generosidad —comentó, sin especificar si él se contaba entre esos «muchos»—. Contadme: ¿cuáles son las circunstancias sobre las de que debéis prevenirme?

—Vuestro buen Almanegra se ha acercado demasiado a la viuda de Lozano, tanto como para dejarse ver. Ahora ella tiene el ánimo afectado por el temor y las sospechas. Hasta que no recupere la calma no podrá volver a emplearse con provecho en esa búsqueda que tanto os interesa. Lo mejor, por tanto, sería que mantuviéseis a vuestro hombre bien lejos de Inés Ramírez.

—Tenéis buenos argumentos, por cierto —admitió el apoderado con toda urbanidad—. Pero aquí nos enfrentamos a un problema de otro jaez: el caso es, señor Pierre, que ya no tengo motivos para confiar en vuestra palabra.

El aludido notó un vuelco en las entrañas. Por Cristo, que su interlocutor estaba en lo cierto. Pero, por su propio bien y por el de Inés, debía encontrar el modo de convencerlo de lo contrario.

—A fe mía, que no comprendo las razones de esa acusación. ¿Acaso tenéis algo que reprocharme? Sabe Dios que os he dado pruebas sobradas de sinceridad y constancia.

—¿Es eso cierto, *monsieur* Arbús? Supongo, entonces, que no os importará recordarme los términos exactos de nuestro pacto.

El gascón tragó saliva. Desde el principio se había sentido ultrajado por

aquel acuerdo, tan contrario a sus querencias y convicciones, que la necesidad le había forzado a aceptar. Ya le resultaba bastante doloroso cargarlo sobre su conciencia como para además admitirlo en voz alta.

—Os di mi palabra de traeros un libro; uno que Antonio Lozano ya se había comprometido a encontrar para vos antes de abandonar este mundo.

En efecto. El tratante medinense recordaba bien los detalles. La inesperada muerte del maestro de libros había dado al traste con la búsqueda más trascendental de todas las que Formil había conducido en su vida; y eso que en esta —por voluntad de Dios y exigencias del oficio— no habían escaseado rastreos ni indagaciones.

La Providencia había querido que Antonio Lozano localizara un valiosísimo documento. Había adquirido en una almoneda ciertas propiedades pertenecientes a un difunto, entre las que se contaba una arqueta de madera aparentemente vacía, que reveló tener un compartimento secreto. En este se guardaba una carta inconclusa que el fallecido escribiera a un amigo para guiarle hacia el lugar en que había ocultado un preciado manuscrito: el único ejemplar conservado del *Contra Christianos* de Porfirio.

El maestro de libros, fiel a su proverbial codicia, había contactado con Benito Boyer para proponerle la venta en exclusiva de aquel texto, que estaba seguro de localizar en breve. Y el librero, a través de su apoderado Enrique Formil, había aceptado el trato, pues tenía particular interés en aquel manuscrito.

El fallecimiento repentino de Lozano había supuesto un gran revés. Una posterior visita de Almanegra a la viuda demostró que la joven desconocía los detalles de aquel negocio concreto. Fue entonces cuando el apoderado medinense, convencido de que la famosa carta aún se hallaba en la vivienda, tuvo un golpe de inspiración.

Había recurrido a aquella «letra de cambio» que concertara con Pierre Arbús unos meses antes en Barcelona para lograr que este se hiciera cargo del asunto. El tirador francés se había dirigido entonces a la villa alcaláina con el cometido de conseguir el codiciado libro.

La idea consistía en que el gascón se ganase la confianza de Inés Ramírez hasta lograr acceso a su casa, a fin de localizar en ella la famosa misiva y, con

ella en su poder, iniciar la búsqueda por cuenta propia. Pero pronto un nuevo plan había venido a sustituir a aquel.

Enrique Formil era hombre pragmático. No le importaban los medios que el francés hubiese de emplear a fin de lograr su objetivo. Hasta ahora, su particular vínculo con la viuda estaba dando sus frutos. El joven enviaba informes regulares dando cuenta del avance de sus pesquisas. Pero algunos indicios permitían sospechar que en sus últimas crónicas había omitido datos de cierta relevancia; y esto, a su vez, había suscitado dudas sobre su lealtad.

—También me distéis vuestra palabra de referir «de modo cabal y puntual» todo cuanto aconteciese en relación con vuestro encargo. Vos y yo sabemos, *monsieur*, que habéis incumplido tal promesa.

—Erráis, y mucho, señor Formil —mintió su visitante—. Os aseguro por vida mía...

—¿Acaso negáis que en vuestra última carta mencionasteis que los datos apuntaban a que el Porfirio se hallaba «en alguna casa de gran nombre en esta villa», cuya identidad, por cierto, os resultaba «aún desconocida»?

Era verdad. Ahora que el objetivo final parecía hallarse más y más cercano, Pierre sentía cada vez mayor reluctancia a cumplir con su parte del trato. Se había obligado por necesidad a servir los intereses del comerciante; cuando todo, desde su llegada a aquella villa, lo empujaba de forma irremediable hacia Inés, en alma y cuerpo.

—Por cierto que no he de negarlo —replicó. Por Cristo bendito, ¿cómo era posible que su interlocutor hubiese detectado aquellas pequeñas omisiones?—. Cuanto os dije entonces era cierto, como bien puedo...

—Respondedme, pues, a esta otra duda —volvió a interrumpirlo el medinense—. ¿He de considerar casualidad que, al mismo tiempo que vos señalabais hacia la residencia de una gran familia «de identidad desconocida» la viuda de Lozano estuviese cerrando un trato para hacerse con los libros de los condes de Tendilla?

¿Cómo era posible que Formil conociese aquellos pormenores que el propio Pierre ignoraba? ¿De dónde había obtenido tal información? A no ser, por supuesto...

—Tenéis a alguien más: alguien que os da aviso desde la propia casa de la

viuda.

—¿Os extrañaría que así fuese? —El aludido acompañó estas palabras con un ambiguo gesto de cabeza que no entrañaba ni anuencia ni negación—. Soy hombre precavido, como vos mismo habéis señalado.

El gascón se esforzó por fingir frialdad, pese a la agitación febril que, desde las vísceras, le sacudía el pulso. Se encontraba en una posición angustiosa. Si admitía que ignoraba aquello que su anfitrión acababa de comunicarle, este concluiría que Arbús carecía de las habilidades requeridas para mantener su puesto de informante. Si fingía que conocía tal información pero la había ocultado, Formil asumiría que ya no podía seguir confiando en él.

En cualquiera de los dos casos Pierre desaparecería de la escena y sería Almanegra quien se haría cargo de la situación; algo que el tirador francés debía evitar a toda costa. La mera noción de los métodos que aquel hombre podía emplear para sondear a la joven le revolvía las entrañas.

En su desesperación optó por jugarse el todo por el todo. Las determinaciones más drásticas nacen de las situaciones más adversas, cuando toda esperanza se ha desvanecido.

—Os tenía por hombre de negocios; o eso quisisteis hacerme creer. ¿Lo recordáis? —Adoptó el tono pausado de su interlocutor—: «Soy buen comerciante. Uno de los mejores, como muchos os asegurarán. Convendréis conmigo en que no habría llegado a serlo si no supiera reconocer una buena transacción.» Eso me dijisteis. No había tenido motivos para desconfiar de tales palabras; no hasta el día de hoy.

—Os recomiendo precaución, *monsieur* Arbús. —Era la primera vez que el aludido veía desaparecer la sonrisa del rostro de Formil. El gesto resultante no resultaba en absoluto agradable—. No me parece sensato que tratéis temas tan delicados con tan escasa cortesía.

—Aprobado o no mis modales; aplaudido o no mis métodos. Pero tened en cuenta, señor Formil, que soy el único de todos cuantos se han empleado en este asunto que os ha conseguido resultados. —Hizo una pausa, no tanto para buscar efecto sobre su oyente como para llamarse a la calma—. Os prometí entregaros ese libro. Y, por vida mía que he hacerlo así, pues soy hombre que cumple con la palabra dada. Confío en que vos hagáis lo propio, ya que es

prenda de buen comerciante el respetar los compromisos contraídos.

El medinense se tomó su tiempo antes de contestar. Parecía estar tasando cuál de las respuestas posibles habría de reportarle mayores ganancias.

—Os di mi palabra y la mantengo —dijo al fin—. ¡Pero ay de vos si descubro que no correspondéis del mismo modo!

—Así sea —accedió Pierre; aunque algo en su interior le susurraba que tal consentimiento podría llegar a costarle caro—. Pensad que nuestro trato ha de traernos mutuos beneficios. Yo saldré de él como hombre libre; vos, como un hombre más rico.

Para asombro del francés, el mercader respondió a aquellas frases con una carcajada. Como antítesis de esa risa ligera, fresca y espontánea de Inés — que iluminaba la estancia y elevaba el ánimo— la de su interlocutor era sombría, como si brotase para repartir ofensas y castigos.

Por cierto que el gascón así lo pensaba. Por descontado, el texto de Porfirio no podría estamparse en ninguna imprenta de los reinos españoles, sometidas al examen de la Inquisición; pero sí en alguna de aquellas que, allende las fronteras, escapaban al control religioso de la Santa Iglesia Católica y de los luteranos o calvinistas; o tal vez incluso en alguna de esas prensas clandestinas que operaban en los propios territorios hispánicos. El joven Arbús estaba persuadido de que un tratante de libros de la talla de Benito Boyer debía de conocer establecimientos de ambos tipos.

Ahora, frente a la reacción de Formil, el tirador francés contemplaba una realidad muy distinta.

—¿Acaso os espanta la idea, muchacho? ¿No pensáis que aquellos Padres de la Iglesia, aquellos emperadores que en su momento condenaron tan perversa obra lo hicieron por una buena razón? ¿Que hay doctrinas tan nocivas, tan indignas y vergonzosas que nunca debieron haber existido?

Arbús se forzó a realizar una mueca de indiferencia.

—Cumplid vuestra parte del trato como yo cumpliré la mía. Lo que hagáis con el libro una vez obtenido, poco importa —volvió a mentir—. Tan solo necesito algo de tiempo. Y la promesa de que vuestro hombre se mantendrá alejado de Inés Ramírez.

El tratante se reclinó sobre el respaldo de su silla. Observó a su interlocutor

con un gesto grave que ocultaba una secreta complacencia.

Sabía por experiencia que el mes de enero resultaba propicio para visitar a los deudores algo atrasados e inducirlos a cumplir sus compromisos antes de la próxima feria medinense. Y la participación de Almanegra solía ser de gran ayuda como complemento a las dotes persuasivas de su patrón.

A fin de cuentas, reconoció Enrique Formil, el joven gascón resultaba ser un tipo de prestatario especial... pero al que podía tratarse con las mismas maneras que al resto de los adeudados. Con la debida influencia, había acabado respondiendo igual que todos ellos.

—Tenéis ambas cosas... por ahora —concedió—. Durante treinta días, *monsieur* Arbús. Aprovechadlos.

## V

Siete meses antes, Pierre era un hombre a punto de ver cumplidos sus sueños. Él y su hermano estaban conduciendo negociaciones para convertirse en socios de la imprenta de Claudi Bornat, en la que el joven Arbús trabajaba.

—Tus días tirando de esa prensa están a punto de acabar, hermanito —le había dicho Samsó, que mostraba el entusiasmo sin límites de quien al fin alcanza el propósito al que ha dedicado largos años de ilusiones y esfuerzos—. Dentro de muy poco seremos tipógrafos; y tus compañeros habrán de llamarte «maestro».

Fue entonces, justo entonces, cuando una misiva de Enrique Formil llegó para exigirle el pago inmediato de su «letra de cambio». El tono dejaba muy claro que su poseedor no albergaría el menor reparo en acudir al Santo Oficio si el destinatario no respetaba su compromiso de inmediato.

—De vos depende que el escrito que tanto os angustia nunca vea la luz. — Así lo había afirmado el medinense un tiempo atrás. En aquel entonces, Pierre pensaba que aquel mal afectaba tan solo a su persona. Ahora, con una nueva vida a la vuelta de la esquina, comprendía que se había convertido en un miasma capaz de contagiar todo cuanto él construyese.

El primogénito de los Arbús no había aceptado con serenidad la «traición» de su hermano. Había arrojado sobre este todo tipo de improperios, aderezados con la advertencia de que nunca volviese a presentarse ante él.

Pierre había iniciado su penosa ruta hacia Medina del Campo con aquellas palabras resonando en sus oídos. Las injurias de Isabelle Régner continuaban lastrando su vida presente y sus esperanzas de futuro.

Había alcanzado la localidad vallisoletana tras casi veinte días de marcha agotadora en lo más descarnado del estío. Solo una vez llegado a su destino,

Enrique Formil le comunicó la naturaleza de aquel delicadísimo cometido que se había negado a desvelarle por escrito.

Mucho le habló entonces sobre aquel portentoso libro: el único ejemplar conservado del *Contra Christianos* de Porfirio, la obra más incisiva jamás escrita contra los seguidores de Jesucristo.

Su autor la había redactado a finales del siglo III, cuando los «galileos» aún eran una secta perseguida por las autoridades romanas. Sus virulentos ataques ya habían causado indignación entre los apologistas cristianos de su época. Y una vez que la religión del Nazareno y sus apóstoles se convirtió en la oficial del imperio, el combate contra aquel texto tan dañino se extendió mucho más allá de la polémica escrita.

El tratado había sido prohibido y llevado a la hoguera por edicto imperial en tiempos de Constantino. Otro tanto había sucedido en época de Valentiniano III y Teodosio II. A mediados del siglo V, la perversa obra había desaparecido por completo. Ni un solo ejemplar había sobrevivido a las condenas de tres emperadores y la voracidad de las llamas.

O eso se pensaba. De forma milagrosa una copia había escapado a la aniquilación; no en la lengua griega original, sino en la traducción latina que ya circulaba en vida del autor. Aquel manuscrito, oculto y anónimo, había ido resistiendo frente a los estragos que los elementos, el tiempo y la inquina humana causan por doquier.

Formil siempre se había referido a la obra con tono tan admirativo que el gascón había llegado a la conclusión de que aquel la buscaba con intención de publicarla. Este convencimiento era el único argumento que Arbús podía presentar ante su propia conciencia, la única parte impecable de aquel turbio asunto.

La revelación de que su interlocutor perseguía aquel libro con el objeto de destruirlo lo había dejado devastado.

A aquello se sumaban las insinuaciones de que el medinense tenía un informante en casa de Inés. De ser eso cierto, la joven se encontraba en una posición aún más expuesta de lo que el tirador francés había supuesto. Y no tenía modo de alertarla al respecto.

No alcanzaba siquiera a imaginar cuál de entre las personas que vivían bajo

ese techo —todas ellas, en apariencia tan devotas y entregadas— podía desempeñar aquella insidiosa función.

—Un testigo de confianza me asegura que ese hombre ha abandonado la villa. Parece que sus negocios, cualesquiera que sean, lo han llevado lejos de aquí. No debéis temer volver a encontrarlo en vuestro camino.

—Entonces, ¿habéis averiguado más sobre él? —inquirió su oyente, alentada ante aquellas noticias.

—Nada nuevo, por cierto —había respondido el interpelado, recurriendo una vez más a la táctica de emplear la sinceridad para encubrir la verdad—. Pero, aunque ese individuo ya no esté aquí, no todos los peligros se han marchado con él. Desconfiad, Inés. Temo que no todo cuanto os rodea sea lo que aparenta.

En esta ocasión Albertillo sí había sido capaz de seguir al señor Pierres hasta su destino. A decir verdad, le había resultado algo decepcionante que el lugar al que este se encaminara no guardase el mínimo parecido con esos rincones misteriosos e inquietantes que él había concebido en su imaginación.

El sitio en cuestión resultó ser un caserón no muy distinto a tantos otros de los que se alzaban en aquel barrio, con su portón con postigo, sus ventanas enrejadas en forma de jaula y sus balcones en el piso principal. La actividad que reinaba en el lugar permitió al mozo entrar en el zaguán sin ser advertido. Una vez allí, comprendió que se hallaba en una especie de puesto comercial.

El tirador gascón había desaparecido por una puerta que daba al lado norte. El mozo lo siguió, atravesando con fingida seguridad el patio empedrado de cantos rodados. Al aproximarse al quicio oyó voces. Se detuvo a escuchar.

Fue así como alcanzó a enterarse de que el francés acudía allí para recibir y entregar ciertos despachos. Ante aquella revelación, notó que el pulso se le aceleraba. ¡Por fin! ¡Allí estaba el secreto que había sentido!

Quedaba averiguar en qué consistían las tales cartas, qué contenían y a quién iban dirigidas. Durante el resto de aquella jornada y toda la siguiente, su cabeza no cesó de especular sobre cómo conseguir respuesta a esas preguntas. Después, un suceso no menos relevante vino a dejar en suspenso

aquellas cavilaciones.

La realidad, con sus zarpazos rabiosos y resentidos, se encargó de hacer trizas tal visión. Una mañana como otra cualquiera, un escribano se personó en la tienda exigiendo a voces que el mozo saliera para ayudar a mover el inventario. Mientras la señora Inés revisaba los documentos que aquel traía, Albertillo hubo de hacerse cargo del trabajo pesado.

En una carreta, sobre restos de heno destinado a alimento del ganado, se hallaba la tan esperada entrega. Esta consistía en un par de cajones desvencijados, cerrados con clavos y marcados a fuego con una insignia que, de puro deterioro, apenas si resultaba visible.

Entre jadeos y sudores el zagal se las apañó para arrastrar la carga hasta el almacén. Concluida con gran fatiga la faena, se dirigió al secretario y le preguntó:

—Ya he guardado las dos primeras cajas. ¿Dónde está el resto?

—¿Qué resto? —rezongó el interpelado, rígido y ampuloso, sin mirarlo siquiera—. ¿Acaso esperáis más? Qué gran necedad. Ya habéis recibido lo que os corresponde.

A diferencia de Albertillo, Inés no entregó el ánimo a inútiles lamentaciones. Su interés era muy otro. Mientras concertaba los últimos pormenores con el escribano, su atención se centraba en el catálogo que este le había entregado.

Estaba anotado con dos caligrafías distintas: la primera, de trazos más cuidados y elegantes, como de mano que ejerciese con reverencia el manejo de la pluma; la segunda, áspera y apresurada.

Esta última pertenecía al secretario que le había entregado el inventario. La viuda de Lozano pudo confirmarlo así mientras aquel hombre, armado de un vistoso recado de escribir y una no menos ostentosa insolencia, consignaba los restantes detalles del acuerdo.

Las anotaciones que este había realizado en el legajo que la joven sostenía respondían a aspectos técnicos sobre la encuadernación y el guarnecido de los tomos, probablemente tomados al dictado. El primer redactor, sin embargo,

era el que se había encargado de copiar el listado original. Los trazos de su pluma revelaban que había ejecutado tal labor con el cuidado y la paciencia de quien valora en mucho el trabajo bien hecho.

Pero Inés no se concentró demasiado en tales consideraciones. Sus ojos volaron sobre el documento en busca de algún indicio, de cualquier indicación que la acercase, siquiera un paso más, a aquello que buscaba.

«*Domine Deus, qui tollis peccata mundi, suscipe deprecationem meam. Domine Deus, miserere me*», rezó en silencio. Rogaba, con todas las fibras del alma, con todo el ardor de sus entrañas, que la misericordia divina le concediese aquello que tanto anhelaba: no perder el rastro que con tan grandes fatigas había ido siguiendo en los últimos meses.

—Inés Ramírez, librera, viuda de Antonio Lozano, también librero — recitaba ahora el escribano, con el desdén de quien se ve obligado a realizar una tarea que le inspira un tedio insoportable—, ¿suscribís, pues, los términos estipulados en el presente documento?

La aludida no respondió. Sostenía el inventario con la estupefacción asomada a los ojos. Sentía el ánimo agitado por estremecimientos tan intensos que hubo de hacer un gran esfuerzo para evitar que estos acabaran apoderándose de sus miembros.

—Suscribo, sí —acertó a balbucear.

Aun sin tener clara conciencia de los tales términos —pues su atención se había mantenido apartada del secretario— sabía que debía firmarlos, cualesquiera que fuesen. Por nada de este mundo podía permitir que le arrebatasen aquellos ejemplares. Por nada.

Estampó su rúbrica con pulso trémulo. Su mano izquierda mantenía sujeto el inventario con toda la fuerza de sus músculos. Se aferraba a él con desesperación, con todas las fibras visibles e invisibles de su ser.

Matilde tenía por motivo de orgullo ser mujer de palabras llanas y placeres sencillos. En las frías mañanas de invierno, tras regresar del mercado con las manos ateridas, nada le complacía tanto como sentarse ante el hogar. Allí se tomaba un respiro para caldearse los huesos y el ánimo. Se recreaba en el

borboteo del puchero, indicativo de que la olla se iba cociendo a fuego lento, al tiempo que mordisqueaba a guisa de refrigerio su rebanadica cotidiana de pan con manteca.

Aquel día, mientras se aplicaba a tales tareas, sintió que la llamaban desde la portilla trasera.

—¡Matildeee! ¡Matildiiiiina! —la reclamaba aquella voz resonante y revoltosa que ella conocía tan bien.

Se alzó de un brinco, con el corazón repicando como campana al vuelo.

—¡Julianico! ¿Eres tú? ¡Julianico de mi vida y de mi alma! —exclamó alborozada. Mas cuando él, animado por tal reacción, se acercó y probó a abrazarla, la moza lo mantuvo a raya esgrimiendo la espumadera—. ¡Quita allá, rufián, tunante, desuellacaras! ¿Y aún te atreves a aparecer por acá tan campante, don bellaco? ¿Después de tenerme sin noticias durante meses? —No contenta con su arma improvisada, le lanzó mondaduras de los nabos, que él esquivó con pericia—. ¡Así te lleven los diablos, desalmado, entrañas de pedernal! ¿Pues no andaba yo sin probar bocado ni pegar ojo, de pura preocupación, y poniendo tantas velas a los santos que hubiera podido tenerse alumbrada la villa toda?

El aludido, que conocía bien a su prometida, no hacía sino reír ante tales descripciones.

—Voto a Cristo, ternera, ¿qué sabrás tú de pasar hambre o sueño? Fíate del mercader que conoce bien el paño: que si hubieras pasado tales privaciones, no tendrías ahora esas carnes tan abundantes y bien coloradas, como a mí me gustan.

—¿Y aún te burlas? ¡Ah, canalla, echacuervos! Ven acá, ven, que te voy a dar yo carcajadas. Pues, ¿qué excusas me traes? ¿Que derrochaste los cuartos y no te quedó ni para el escribiente? ¿Sabes cuánto tiempo ha pasado desde tu última carta?

Aunque ninguno de los dos supiese juntar tres letras ni desjuntarlas, no por eso desistían de corresponderse con noticias y alguna que otra ternera. Existían multitud de profesionales que tenían por oficio escribir y leer cartas ajenas. Y los tales se hallaban sin dificultad tanto acompañando a los ejércitos como en las calles de toda villa.

—Haya paz, cordera mía. Razón tienes, no te la niego. Mas, por vida del cielo, que ahora has de saber la causa.

El recién llegado refirió someramente cómo había luchado contra los moriscos en las Alpujarras, licenciándose una vez sofocado el alzamiento. Resaltó, eso sí, que durante la campaña había trabado amistades que le habían abierto las puertas a ciertos negocios.

—¿Qué negocios? —se alarmó la sirvienta—. Mira, Julianico, que nos conocemos, y no quiero verte mezclado en tratos poco cristianos...

—¡Por vida de Satanás! ¿A qué viene ese resquemor? Tan cristianos son como los apóstoles, si no más.

Según explicó, había entrado al servicio de cierto comisario de abastos. Y tanta maña se había dado recaudándole trigo y aceite por las tierras andaluzas que había logrado ahorrar una buena bolsa de ducados, que siempre portaba atada al cuello por no separarla de su persona.

Para mejor probar sus razones, mostró a su interlocutora la taleguilla en cuestión, con sus monedas de plata brillantes y hermosas como estrellas.

—Y no acaba ahí la empresa, que pronto han de venir más comisiones. —Pues todo rey necesita sin falta sus oportunos abastos militares—. Si tienes paciencia, Matildina mía, juro por Cristo que he de ponerte casa como no se ha visto nunca en el barrio.

Ante tan convincentes argumentos, la moza había dejado de lado su espumadera y su indignación. Ahora miraba a su interlocutor de muy distinta guisa. A fuer de estar separada de él, había olvidado lo garrido que podía ser su Julianico, con esos ojillos menudines y pícaros; y, sobre todo, con esa sonrisa falta de medio diente que le hacía parecer hombre fiero y curtido en lances. Y es que se diría que aquella fuese herida de guerra, adquirida en feroz batalla allende las fronteras; cuando en realidad era debida a una pedrada del primo Javier, el que vivía junto al postigo de las Tenerías.

—Ya ves, ternera mía, que todo cuanto he hecho ha sido por ti —añadió él, acercándose un buen trecho ahora que el arma de marras había salido de escena—. ¿Y así me recibes? Por vida de Cristo, que no era esta la bienvenida que me esperaba. Sobre todo teniendo en cuenta cómo nos despedimos la última vez...

A modo de recordatorio había comenzado a palparle las carnes. La aludida no se lo impidió. Bien parecía que, al contrario, el roce no le producía desagrado alguno.

—¡Matilde! ¿Dónde estás? ¡Deja lo que tengas entre manos y ven acá ahora mismo!

Era la voz de la patrona. ¡Santa Madre de Dios! La criada saltó como si acabase de ver una víbora reptando junto a su zapato.

—¡Ay, Virgen de las Angustias! —exclamó, apartando de sí al visitante—. ¡Vete ahora! ¡Vete! Que si nos pillan aquí de esta guisa, ha de costarme un disgusto.

El interpelado obedeció, no sin antes dar un último tiento a su hembra allá donde más les placía a ambos.

—Me voy, corderilla, pero escucha: ¿qué tal si me guardas una ración de esa olla que tan bien huele y vuelvo luego a catarla?

—Sí, sí. Yo te guardo una; y dos, si quieres. Pero márchate ahora mismo. ¡Sus, sus, sus!

—¡Ya voy, criatura, ya voy! ¡Sangre de Cristo, qué forma de atosigar! Deja de menear la vara como si uno fuera un burro de carga. —Ya cerca de la salida, se volvió como si acabase de tener una idea—. Óyeme, Matildina, solo una cosa más: ¿no sería buen apaño que junto a la olla me apartases también su poquito de pan y un trago de vino?

En eso quedaron. Satisfechas sus demandas, Julianico marchó por fin. En buena hora, pues la patrona aparecía ya por la otra puerta de la cocina. Llegaba tan sofocada que, pese a lo gélido de la jornada, no le hubiera venido mal un abanico.

—¡Matilde, mujer! ¿Estabas aquí? Te he buscado por toda la casa. Pues, ¿no oías que te llamaba?

—¿Yo, señora? ¡Pobre de mí! —protestó la interpelada, sin lograr ocultar del todo su azoramiento. Apenas si había tenido tiempo de recolocarse las sayas—. ¿Qué había de oír, si acabo de llegar de la calle en este mismo instante?

Era un embuste flagrante. Aunque, por fortuna para la moza, Inés no venía en condiciones de reparar en sutilezas. Traía en la mano izquierda uno de

esos papelotes con listas y apuntes a los que era tan aficionada, y se aferraba a él como un hidalgo a su ejecutoria.

El tirador gascón acudió a la llamada tan pronto como sus obligaciones se lo permitieron. Abandonó el taller del maestro Gracián sin esperar siquiera a la cena, tan necesaria y merecida tras un día de durísima actividad.

Inés ya lo había aprestado todo para recibirlo. Tras avisar a su madre y a Teodora de que hoy no comería con ellas —bajo pretexto de que debía resolver con urgencia ciertos asuntos tocantes a los ejemplares recién enviados de la casa de Tendilla— se había encerrado en su despacho. Allí había reunido velas en abundancia y comida de sobra para ella y su invitado.

Así recibió al joven Arbús. Con la complicidad de Matilde lo hizo pasar a escondidas hasta aquella sala, donde quedaron los dos a solas.

Entonces, sin demora ni preámbulo, Inés Ramírez puso en manos del visitante aquel secreto causante de tan graves daños.

El *Contra Christianos* de Porfirio.

Una voz sepultada bajo siglos y siglos de silencio; condenada al olvido, reducida a la nada. Y que ahora surgía de nuevo, rescatada de las llamas por obra y gracia de Dios; Aquel en cuyo nombre se había buscado su aniquilación.

Pierre apenas lograba dar crédito. Allí estaba, en aquella noche única de aquella jornada que había comenzado como tantas otras. Entre sus dedos se encontraba aquel manuscrito algo ajado, anodino en apariencia, que tan aciago rastro había dejado a su paso.

Casi parecía inapropiado que aquella obra sacrílega no tuviese un aspecto más sobrecogedor. Muchos esperarían de ella alguna reacción diabólica: que abrasara al contacto, cegase las pupilas, carbonizara la carne, la sangre y los huesos, como ocurría en los relatos espeluznantes y ejemplificadores de esos pliegos de cordel vendidos por ciegos y buhoneros.

Muy al contrario: aquel escrito execrado, tres veces sentenciado a la destrucción por lo perverso de su contenido, ni siquiera habría llamado la atención del ojo más experto. Una vez más, aquel ingenioso *Mercurio* se

había valido de lo cotidiano y ordinario para encubrir lo excepcional. Lo había ocultado en el seno de aquella biblioteca, «durmiendo entre sus hermanos», tal como apuntaba en su mensaje.

El manuscrito se escondía cosido en el interior de otro tomo: el *De Viris Illustribus* de san Jerónimo. Había sido aquel título, incluido en el inventario llegado al taller, el que había llamado la atención de Inés.

Sin apartar la vista del manuscrito, el joven Arbús escuchó cómo ella refería su conversación con el secretario de los condes de Tendilla. Al entregarle el envío, este le había aclarado que la selección de los volúmenes la había realizado un «varón insigne y conocido por sus aventajadas prendas de letras». Lo heterogéneo del contenido y la condición de los tomos invitaba a sospechar que el responsable no se había guiado por criterios temáticos, sino por el estado de conservación de los volúmenes, eligiendo aquellos faltos de encuadernación o gravemente deteriorados. Se diría además que ni siquiera se hubiese tomado la molestia de examinar en profundidad los ejemplares elegidos —o de revisarlos siquiera—; de otro modo, no le habría pasado desapercibida la inclusión de aquellas páginas manuscritas en el cuerpo de un libro impreso.

—A fe mía que no abundan revisores tan descuidados —se admiró el gascón. Casi se diría que la Providencia lo hubiera designado para tal puesto con el solo propósito de que aquel libro llegase a las manos que ahora lo sostenían.

La joven reconoció que casi había abrigado la esperanza de que sus sospechas sobre la localización del Porfirio resultasen mal fundadas. Pues temía que, de estar allí, quienquiera que hubiese de inspeccionar la biblioteca terminaría por descubrirlo. Se le antojaba casi milagroso que no hubiese ocurrido así.

Por tal razón —admitió— no había mencionado nada a Pierre sobre el asunto. Había preferido esperar y ver adónde los conducía aquel proceso.

—Os confieso que yo habría actuado de igual modo —manifestó su visitante. Ahora comprendía las causas por las que ella le había ocultado aquella información que tantos celos había causado a Enrique Formil. Por fortuna, su interlocutora nunca sabría lo cara que aquella omisión había

estado a punto de costarles a ambos.

Cuando el tirador francés levantó la mirada hacia ella, comprobó que Inés le sonreía.

—Yo también tengo una confesión para vos. Y os advierto que la mía es asunto más serio. —Contempló sus manos, que reposaban sobre la mesa, muy cerca del manuscrito que el gascón sostenía—: Lo cierto es que temía encontrarlo; el libro, ¿sabéis? Son tantos quienes lo condenaron en el pasado... Grandes hombres, varones sabios, cercanos a Dios. —Hizo una pausa, como si la espantasen las palabras que estaba a punto de pronunciar—. ¿Y si Él hablaba a través de sus bocas? ¿Y si es Su voluntad que estas palabras desaparezcan para siempre y todos aquellos que intenten contrariarla quedan condenados?

—Y, aun así, seguisteis buscando.

—No sé cómo explicarlo. Temía encontrarlo... pero también temía que ocurriese lo contrario. ¿Podéis comprenderlo?

Él apartó la vista, incapaz de sostener un instante más el escrutinio de aquellos ojos pardos.

—El entendimiento es uno de los más preciosos dones que Nuestro Señor nos ha otorgado; mas, por cierto, no el único. Ciertas cosas no precisan de comprensión. Dios mismo habla al hombre más por vía del sentimiento que de la razón.

Su anfitriona pareció sopesar aquellas palabras.

—Hay quien dice que Dios nos habla de muy diversos modos; y que algunos resultan de lo más inesperado. —Dirigió las pupilas hacia el manuscrito—. ¿Creéis que este será uno de ellos?

Pierre inspiró hondo. Se había planteado aquellas mismas dudas.

—Solo hay un modo de averiguarlo.

De forma inexplicable, el libro parecía haber aumentado de tamaño bajo sus manos. Lo notaba más áspero, más compacto que antes.

Tratando de ignorar el desasosiego que le provocaban aquellas sensaciones, desplegó ante sí aquellos papeles cubiertos de una caligrafía cuyos trazos revelaban una agitación no menor que la suya. La mano del escriba había trabajado con urgencia, de forma furtiva, como la de un criminal que se sabe

culpable.

Hizo un esfuerzo por apartar de sí aquellos pensamientos. Inés lo había llamado, le había hecho entrega de su más profundo secreto. Por una razón; la misma por la que se había confiado a él por primera vez en el pasado.

El tratado estaba redactado en latín. Ella necesitaba a alguien capaz de comprenderlo y trasladarlo a su lengua castellana.

Leyó para sí las primeras frases. Y, sopesándolas como quien tasa un muestrario de piedras preciosas, comenzó a traducir.

## VI

Tiempo atrás, en su etapa como estudiante, Pierre había tenido un profesor que animaba a sus alumnos a buscar el silencio y el aislamiento.

—El varón devoto ha de ser ciego, sordo y mudo —les decía—. Dichoso el hombre capaz de permanecer en tal estado, pues él se libera de tres géneros de lucha: la de la palabra, la del oído y la de la vista. No le queda más que un solo combate: el del corazón.

A tan tierna edad el gascón ya intuía que las batallas que se disputan en las propias entrañas son las más difíciles de librar. El paso de los años había convertido aquel presentimiento en certeza.

Aquella noche, sentado junto a Inés mientras traducía para ella a Porfirio, se hallaba atrapado en una contienda con dos frentes. La proximidad de la joven le agitaba el alma; y no lo estremecían menos las sentencias de aquellas páginas.

Desde las primeras palabras del manuscrito, Pierre había podido notar el poderoso empuje de aquella voz, que le sacudía las entrañas como una fuerza de la naturaleza. Y a medida que la lectura avanzaba, la razón parecía encontrar cada vez menos parapetos contra el ímpetu de sus argumentos.

El filósofo griego había sido una de las grandes mentes de su tiempo. Sus críticas comenzaban atacando los Evangelios con el rigor del filólogo experto, nada complaciente con las incoherencias e incompatibilidades de los textos. Se mostraba especialmente crítico con aquellas contradicciones que atacaban las bases esenciales de la doctrina. Destacaba las diferencias entre Mateo y Lucas sobre la infancia de Jesús y, sobre todo, aquellas relativas a la crucifixión, sobre la que ninguno de los cuatro relatos concordaba en los detalles.

«Cada uno de ellos escribe sobre la Pasión no en acuerdo, sino en desacuerdo. Es evidente que es asinfónica esta fábula; o muestra varios crucificados o uno que ha muerto mal y no ha dado claridad de la pasión a los presentes. Mas si no pueden mostrarse de acuerdo sobre la verdad de la muerte, no hay duda de que hablan sin fundamento. Por tanto, nada de sus narraciones merece crédito.»

Tras atacar la credibilidad de los narradores, sus razones lo llevaban a una demoledora conclusión: «Los evangelistas son los inventores, no los historiadores de los hechos acaecidos a Jesús.»

En tanto que filósofo, ni los propios evangelistas ni los apóstoles le merecían una alta opinión. Argumentaba que el cristianismo «huía de la sabiduría» y que, en lugar de defender sus argumentos ante las comunidades de los doctos e instruidos, se dirigía al populacho rústico e ignorante para aprovecharse de su simpleza, buscando enriquecerse a su costa como los vulgares magos ambulantes.

Pero las críticas más despiadadas se dirigían a la doctrina y la vida de Cristo. Ponía en duda que Jesús pudiera considerarse Hijo de Dios en base a las palabras de Salomón en el Eclesiastés —«*Filium Deus non habet*»— y al hecho de que los textos le atribuyeran madre carnal y hermanos. El Nazareno, por tanto, no podría haber sido más que un simple hombre.

Unía a lo anterior el que, en los momentos trascendentales, el susodicho nunca hubiera mostrado actitud digna de una divinidad. No se había comportado como tal ni ante Pilatos —a quien «tendría que haberle dicho algo serio y sabio en lugar de dejarse injuriar como un vulgar ser surgido de una encrucijada»— ni tras la Resurrección:

«¿Por qué Cristo después de morir y, como se dice, resucitar, no se manifestó a Pilatos para castigarle y mostrarle que ninguna acción humana le podría haber matado? ¿O a Herodes, que gobernaba a los judíos? ¿O al Gran Sacerdote de los judíos fraticidas? ¿O a muchos al mismo tiempo y a personas fidedignas? ¿O, en primer lugar, a los romanos del Senado y del pueblo, para que, maravillados por ello, no condenasen a morir como impíos a sus seguidores? Se manifestó a María Magdalena, mujer pública y con recursos de lo más mísero, que había estado poseída por siete demonios;

después de aquella, a otra María, de lo más insignificante y aldeana; y a otros pocos no muy destacables; aunque, según dice Mateo, se había dirigido al Gran Sacerdote de los judíos diciéndole: “Desde ahora veréis al hijo del hombre sentado a la derecha del poderoso y viniendo con las nubes”.»

Arremetía con todas sus fuerzas contra dos puntos fundamentales de la doctrina que le resultaban inconcebibles: la institución de la Sagrada Cena y la Resurrección de la carne. Sobre la primera, señalaba la descripción proporcionada por Juan, según la cual el Señor habría sentenciado: «En verdad, en verdad os digo que si no coméis la carne del Hijo del Hombre y bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros.» Tal afirmación, tomada en sentido literal, suponía un sacrilegio y un acto canibalístico de un salvajismo inaceptable. Y Porfirio no solo la condenaba con las más duras palabras, sino que además señalaba que solo se mencionaba en uno de los cuatro Evangelios, muestra de que resultaba inadmisibles para el paladar de todo hombre refinado:

«De donde me parece que ni Marcos, ni Lucas, ni siquiera Mateo escribieron esto porque no consideraban el discurso elegante, sino algo extraño y discordante, radicalmente alejado de la conducta cotidiana.»

Más despiadado se mostraba sobre la Resurrección del Salvador. Tal hecho se le antojaba, de cierto, insensato y absurdo. Pero se cuidaba además de exponer que ni los propios textos cristianos parecían comprender en qué consistía exactamente la resurrección de la carne, prueba de que se trataba de una doctrina sin sentido:

«Además, si después de la resurrección nuestro estado ha de ser de bienaventuranza, sin daño del cuerpo, sin necesidad del hambre, ¿a qué viene el que Cristo comiera y mostrase las heridas? Si lo hizo por convencer al incrédulo, fingió. Si mostró la verdad, entonces en la resurrección futura los cuerpos se hallarán dañados.»

Resultaba evidente por qué tales razones le habían granjeado la ferocidad de los apologistas de antaño; y por qué, de llegar a divulgarse, provocarían también las iras de los teólogos actuales. La diferencia estribaba en que en aquellos tiempos se habían condenado a la hoguera los odiados escritos. Hoy se quemaría además al autor de los mismos. Y a cualquiera que cometiera la

osadía de tenerlos en su posesión.

Pierre no había escapado indemne a la lectura de aquella obra. Sentía que algo en su interior había quedado lacerado.

«Si se desea plantar en ella simiente, hay que romper primero la tierra», había oído decir siempre a los labradores. A fe que las palabras de Porfirio eran rejas forjadas para roturar a conciencia.

Aún estaba demasiado conmocionado para poder asegurar si la semilla contenida en las sentencias de aquel filósofo pagano había prendido o no en su mente. Tenía por cierto que sus juicios resultaban claros y contundentes, que sus conclusiones se apoyaban en sólidos razonamientos. Y que estos, como toda lógica, podían aceptarse o refutarse.

Lo que más le inquietaba no eran las preguntas a las que el autor había dado resolución, sino aquellas otras que habían quedado sin respuesta.

«¿Cómo es que el Cristo, aun siendo impasible, padeció? ¿Y de qué ha de sernos útil que el Hijo de Dios se encarnase sobre la tierra y se hiciera hombre?»

Bien consideradas, aquellas cuestiones generaban en el alma dudas y angustia. ¿De qué habían servido a la raza humana los atroces sufrimientos de Cristo? ¿Acaso los hombres habían visto mejoradas sus vidas en este valle de lágrimas? ¿Habían disminuido sus fatigas, sus penalidades, la injusticia, el sufrimiento? Él nunca había sabido aceptar con entereza aquella terrible paradoja.

Prefirió apartar de su mente tales reflexiones. Intuía que en el futuro no le faltarían ocasiones de volver a ellas. Por ahora debía concentrarse en necesidades más inmediatas.

Dirigió la vista a Inés, sentada a su lado. También ella parecía haber quedado afectada por la lectura. Su expresión reflejaba que estaba sumida en graves cavilaciones.

Al fin parpadeó y miró a su alrededor casi con sorpresa, como quien regresa de un lugar muy lejano.

—Debo irme ya —anunció el gascón. La madrugada tocaba a su fin y la

villa pronto despertaría. No era conveniente que lo viesen salir de la vivienda de la viuda.

Solo entonces su anfitriona pareció tomar conciencia de lo que aquello implicaba. Poco importaba que acabase de vivir una experiencia extraordinaria. La vida cotidiana irrumpía sin miramientos, exigiendo su tributo.

Sobre la mesa, las velas consumidas daban testimonio del tiempo transcurrido. Había pasado la noche entera en compañía del tirador francés, a solas ambos en la habitación.

—¡Virgen Santa! —exclamó.

Cayó entonces en la cuenta de que, si él se marchaba ahora, desapercibido en la oscuridad, ella quedaría a salvo de maledicencias. Pero el joven Arbús aún habría de justificar su ausencia de casa de su patrón.

—¿Qué haréis ahora? —le preguntó, no sin inquietud—. ¿Cómo explicaréis...?

—Perded cuidado —la tranquilizó Pierre, si bien estaba lejos de sentir la seguridad que aparentaba. Con todo, había otro asunto que le causaba mayor desasosiego y que no podía demorar ni un instante más—: Aunque, antes de marcharme, desearía saber algo: ahora que al fin lo habéis hallado, ¿qué pensáis hacer con el manuscrito?

Sabía que era demasiado pronto. Su interlocutora aún estaba conmocionada, resultaba evidente. Pero él necesitaba plantear la pregunta. Tenía un plazo que cumplir, y debía respetarlo. Por su propio bien y por el de Inés.

—No sé qué responderos —admitió ella, a todas luces desconcertada—. Si he de seros sincera, en estos momentos me siento incapaz de pensar con claridad...

—Las mejores decisiones no siempre provienen de las mentes más despiertas. Y aquel que espera a ver la claridad para tomar su resolución, tal vez nunca decida.

—Muy sentencioso os veo. —La joven le dedicó una sonrisa en la que no faltaba una pincelada de ironía—. Y muy confiado, por cierto. Casi se diría que vos sí tuvierais ya alguna idea al respecto.

—Un temor, más bien. —Posó la vista sobre el manuscrito para que ella no pudiese leerle los ojos. Una vez más, se disponía a emplear una porción de la verdad como telón para ocultar la totalidad de la misma—. Pensaba en las advertencias que dejó *Mercurio* en su carta.

—¿A qué os referís? —inquirió Inés. Su gesto se había tornado serio ante la mención de ese nombre.

—Él sospechaba que había alguien en busca de este documento, dispuesto a cualquier cosa por encontrarlo. ¿No sería conveniente contar con alguna garantía en caso de que tal persona apareciese?

Su último encuentro con Enrique Formil le había proporcionado razones sobradas para reconsiderar la situación. Le había prometido respetar su parte del trato a cambio de que aquel cumpliera la suya. Prefería no imaginar lo que podría suceder si el medinense hiciera uso del escrito que obraba en su poder.

Pero, una vez que él realizase la entrega pactada y recuperase la carta de Isabelle... ¿Qué ocurriría si, después de aquello, el tratado de Porfirio sobrevivía por algún otro medio?

Por cierto que Pierre Arbús ya cargaba reproches sobre su conciencia. Pero no deseaba añadir a aquellos el haber permitido la destrucción definitiva de ese libro, capaz de crear tantos conflictos... y también de despertar tantas mentes.

—Copiémoslo, Inés. Y guardemos el duplicado a buen recaudo. En nuestras manos, y solo en las nuestras, está el evitar que esta obra desaparezca para siempre.

Pierre se enfrentó a la intemperie con la capa bien ceñida y los dientes bien apretados. La cercanía del alba teñía con reflejos perezosos las calles aún heladas. Abordó al primer vendedor de letuario con el que se topó; una vez templados los huesos con su ración de mermelada y aguardiente, prosiguió el camino con mejor ánimo.

Debía recorrer casi la totalidad de la villa. Se dirigía a casa de su compadre, Frasquillo Gómez. Era el único en quien confiaba. Solo a él podía acudir para

cubrirse las espaldas.

A la altura de la iglesia de San Justo, lo vio venir por la calle de los Carros. Pese al rigor de la hora y la estación, el andaluz caminaba con parsimonia, como hombre absorto en gratos pensamientos. Grande fue su sobresalto al encontrarse con su compañero de forma tan intempestiva.

Tras escuchar al gascón, se quedó mirándolo con asombro. Deseaba ayudar a su amigo, por Dios que sí. Pero la petición de este le suscitaba no pocas prevenciones.

—Veamos, compadre —recapituló, pues no estaba seguro de haber comprendido bien—: cuando pregunten dónde pasaste la madrugada, ¿pretendes decir que viniste a mi casa? ¿Que, de tan entretenidos como estábamos, nos dieron la medianoche y decidimos que te quedaras acá a dormir?

El aludido asintió; aunque el tono de su compañero mostraba a las claras su reticencia.

—¿Y quieres que yo respalde tu historia? Mira, francés, que no es poco lo que me pides. Aquí hay asunto serio; muy serio. Por vida mía, que tú ocultas algo. Si quieres mi ayuda, has de contarme de qué se trata.

—Quisiera hacerlo, amigo mío, créeme. Mas, por mi honor, que no puedo —se excusó Pierre. Resultaba imperativo mantener en secreto la participación de Inés en el asunto.

Pero el batidor andaluz ya había comenzado sus propias elucubraciones. En los últimos tiempos las desapariciones de Arbús habían comenzado a suscitar sospechas entre sus colegas de taller. Las teorías formuladas por estos se acogían a las causas habituales: el componedor Antón Sánchez —que antaño había tenido sus problemas con los naipes— sospechaba que se debía al perverso vicio de las casas de juego; Juan de Aragón culpaba de ello al vergonzoso mal de las tabernas; mientras que el rascafriense Pedro de Villanueva lo atribuía a la depravación de las mancebías.

Pero Frasquillo, que se preciaba de conocer al gascón mejor que todos ellos, presentía que la verdadera explicación debía de andar por derroteros muy distintos. El francés no era una de esas almas dadas a vicios ni depravaciones; pero sí de aquellas que se proponen altas metas —incluso

demasiado elevadas— y luchan por alcanzarlas, cueste lo que cueste.

—Tú andas detrás de algo, no me digas que no. Y eso te está causando grandes fatigas —adujo, con una perspicacia que sorprendió al aludido. Mas cuando este comenzaba a temerse que las deducciones del batidor se acercasen peligrosamente a la verdad, el andaluz dio un sesgo—. Penalidades tan grandes como las que yo sufría por mi Marta... —Abrió los ojos, como si hubiese recibido una revelación—. No andas detrás de algo... ¡sino de alguien! ¡Una mujer!

—Frena ahí, compadre, frena... —intentó contenerlo Pierre. Pero su interlocutor, que ya galopaba cual caballo desbocado, parecía incapaz de escucharlo.

—¡Por la Santísima Trinidad! ¿Y has pasado con ella la noche entera? Por lo que más quieras, dime al menos que es hembra honesta...

—¡Como hay Dios que sí! —lo cortó el francés. Aquella reacción instintiva, llena de indignación y pundonor, provocó una sonrisa de triunfo a su oyente.

—Conque admites que se trata de una mujer. Y que has estado en su compañía...

—... entregado a honestas ocupaciones —volvió a interrumpirlo el gascón. Estaba seguro de que ningún confesor calificaría la lectura de cierto tratado sacrílego como «honestas ocupación». Pero su amigo buscaba respuestas satisfactorias, y aquella particular versión de los hechos ofrecía la ventaja de proporcionárselas—. Ya que has de saberlo, te diré que la joven en cuestión precisaba de ayuda con ciertos documentos que acababa de recibir; y que, por ser su autor de allende las fronteras, no estaban redactados en lengua castellana. Los papeles versaban de materia muy delicada, relacionada con pleitos antiguos...

Frasquillo, que no parecía demasiado interesado en tales detalles, lo atajó:

—Sí, por mi parte —se sorprendió a sí mismo declarando Pierre.

Aunque dudaba que, cuando revelase a Inés la verdad (cosa que haría una vez concluido el asunto que ambos se traían entre manos), la joven aceptase volver a tener tratos con él.

—¿Significa eso que a ella no se lo permiten? —preguntó al andaluz, que

había realizado su propia interpretación de aquellas palabras—. Pues, ¿qué lo impide? ¿Acaso es dama de alto linaje?

—Por cierto que no. Es de sangre tan plebeya como tú o como yo. Aunque tiene el más noble corazón que puedas imaginar; la grandeza de alma no se compra ni se hereda con títulos de hidalguía.

Frasquillo se admiró de que aquellas sentencias, que bien pudieran provocar más de un pleito si se vocearan en la plaza, sonasen tan inocentes en boca de un enamorado.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —insistió—. ¿Está ya prometida a otro? ¿Es casada? ¿Es monja?

—¡Por Cristo bendito! ¡Deja de soltar barbaridades! —protestó el interpelado; aunque, en realidad, estaba más lejos de indignarse que de echarse a reír—. Tampoco es ninguna de esas cosas, sino mujer sin ataduras y dueña de sí.

—Si no es noble ni monja ni casada —dijo, retrocediendo al punto en que aún le era dado comprender la situación—, entonces, ¿cómo no ha de querer matrimonio? Te digo yo que por fuerza ha de desearlo. Fíate de mí, francés, que tú eres de afuera y no conoces bien a las hembras de estos lares.

—¿Ves, amigo mío, ves? ¿No te dije yo que un día te encontraríamos una buena esposa? Vive Dios que te la mereces. —Rodeó con el brazo los hombros de su compañero y lo zarandeó, efusivo—. En tal caso, punto en boca. Bien está lo que bien acaba. Y ya verás, muchacho, como cuando estéis casados a nadie se le dará un bledo que hayáis pasado vuestras noches de solteros «ojeando documentos»... o como quieras llamarlo.

Pierre se forzó a morderse la lengua. Frasquillo parecía encantado con su propia interpretación del asunto. Y eso era lo que importaba.

—Entonces, ¿vas a ayudarme? Si alguien te pregunta, ¿dirás que pasé la noche en tu casa?

—Sea, francés. Pase por esta vez; y conste que accedo por ser tú —concedió a regañadientes—. Pero, por mi fe, que no me gustan estas farsas. Y, por cierto, ándate con tiento frente a la señora María, que para estas cosas tiene ojos de bruja.

Ciertos fuegos reconfortan e iluminan; otros purifican; otros causan devastación a su paso. Lo mismo ocurre con las palabras. Algunas pueden incluso provocar los tres efectos, como le había ocurrido a Inés con la obra de Porfirio.

Ya había intuido que su lectura habría de traerle consecuencias. Ahora se sentía más sola y asustada. La noche del alma la había sorprendido a la intemperie, volviendo extraños todos aquellos caminos que ella creía conocer.

El libro no la había llevado a cuestionar su fe en Dios; pero sí en los hombres que clamaban por representarlo y se arrogaban el poder de interpretar Sus designios.

Y aquello la llenaba de pavor. Tenía conciencia de hallarse al borde del precipicio; temía incluso haber comenzado a caer ya en el vacío, aun sin darse cuenta.

Volvió a experimentar aquel miedo del que ya había hablado a Pierre. ¿Y si había quedado condenada? ¿Y si el mismo destino aciago que ya había castigado a todos los que en el pasado se relacionaran con aquella obra la alcanzaba también a ella?

Miró a su alrededor. Estaba rodeada de rincones y objetos conocidos. Y en ninguno de ellos podía encontrar refugio. El desasosiego se había atrincherado en su corazón, en su mente, en su hogar; más siniestro, más palpable, más acuciante que antes.

Ajena a las aprensiones de su señora, Matilde regresaba del mercado. Venía acompañada por Isidra, la moza que servía en casa del joven señor De Jaramillo. Esta había insistido en caminar un trecho junto a ella, pese a que su camino hubiera debido llevarla en dirección contraria.

Cuando las dos se hallaron a resguardo de las miradas indiscretas de otras comadres, su acompañante tomó a Matilde del brazo y tiró de ella hacia un rincón.

—Atiende, vecina, que tengo un negocio muy provechoso para ambas — susurró—. Tú estate calladita y aguarda antes de poner el grito en el cielo,

que no es tan sucio el paño como aparenta.

La aludida hizo ademán de desasirse. Seguía disgustada por aquellas horrendas ideas que el ama de Isidra albergaba sobre la señora Inés. Mas su interlocutora la sujetaba con tal fuerza que hubo de desistir.

—Ea, venga lo tengas que decir —refunfuñó—; pero rapidito, que tengo mucha tarea.

¡Santos Niños Justo y Pastor! ¿De dónde le venía a esa mujer tal obsesión por los influjos?

—Las cosas claras, comadre, que hoy no estoy para ensaladas. O tu señora es mentecata por creerse tales sandeces o bien es bellaca y maldiciente...

No pudo concluir. Isidra, que aún la mantenía aferrada, la pellizcó con tanta fuerza como si pretendiera abrirle un boquete en el brazo.

—¡Chitón, socia! ¿No te he dicho que esperes a que termine? —Y, con tono más conciliador, añadió—: Si a mí no has de convencerme, mujer. Bien sé yo de qué pie cojea mi ama. Pero todo cristiano posee sus defectillos; ¿no habría de tenerlos ella? —Ahora recurría a su inflexión más edulcorada—. Así las cosas, ¿qué mal hay en que tú y yo saquemos ganancia de ello? Buen empleo dé ella a sus celos, que a nosotras han de aprovecharnos aún más.

Resultaba que su patrona había decidido poner «remedio a la situación». Y, como quiera que un encantamiento solo se combate empleando otro, había recurrido a cierta anciana muy entendida en tales asuntos.

Así diciendo, sacó de su cesto un vial y una bolsita de paño cerrada con cordel y los puso en manos de Matilde. En un gesto instintivo de espanto, esta hizo ademán de retirarlas, pero su acompañante la forzó a aceptar la entrega.

—No te me alborotes justo ahora. Agarra esto y disimula, que no nos conviene llamar la atención. Tratos así no son para hacerlos frente a una pila de agua bendita.

Tanto fue el temor que aquellas palabras inspiraron a su oyente que esta no acertó a resistirse cuando Isidra introdujo tan funestos objetos en su cesta. Según sus instrucciones, debía rociarse la bolsita con el líquido del recipiente y colocarla bajo la cama de la señora Inés durante la noche, cuando la luna estuviese ya en el cielo.

—¿Qué maleficio es este? —acertó a preguntar—. ¿Qué le quiere tu patrona a mi pobre señora?

—Pierde cuidado, que este no es hechizo dañino ni ha de causarle mal alguno. Mi ama asegura que solo tiene por efecto «impedir el ayuntamiento» entre su esposo y esa mujer, y «desligarlos para que por ningún medio puedan convenir en uno».

Su oyente no respondió. No acababa de creer que tal negocio pudiese terminar de forma inofensiva. Todo el mundo sabía el alto precio que había de acabar pagando todo aquel que se involucra en magias y brujerías.

—Ya ves que no hay nada que temer. Pues como no hay comercio de ese tipo entre el señor Diego y la señora Inés, el conjuro no ha de surtir efecto alguno —insistía la instigadora—. Piénsalo, mujer: si, como dices, es todo invención de mi patrona, ¿qué mal ha de hacerle a la tuya? Ninguno, por cierto. Ella seguirá sana y salva, como el alma inocente que es.

Soltándole al fin el brazo, Isidra cubrió con su mano la de su interlocutora. Empleaba ahora el tono de una hermana que comparte lealtad y confidencias.

—Créeme, socia, que todo este asunto ha de parar en nada. Tú y yo sabemos que lo que llevas en la cesta no son más que dineros y esfuerzos tirados al estercolero. Mas, ¿qué hemos de hacer? ¿Acaso no es nuestra obligación complacer a nuestras amas? Sabe Dios que sí. ¿Y ha de ser desdoro el que, por contentarlas, saquemos provecho alguna que otra vez? —Bajando aún más la voz, agregó—. Y no hablo de unas blancas ni de esas miserias con que suelen recompensarnos, Matilde; sino de grandes y buenas ganancias.

## VII

Matilde cubrió el camino de regreso casi a la carrera. Le aterraba la idea de que cualquier viandante pudiera adivinar los maléficos objetos que ocultaba en la cesta. Un paso en falso, una sola sospecha y acabaría en los calabozos de la Justicia; o, aún peor, en las cárceles secretas de la Santa Inquisición.

Realizó el trayecto azotada por las más crueles dudas. Bien sabía los terribles efectos que podía acarrear el tratar con brujerías, que suelen portar consigo el signo de la maldad y las tinieblas. Se contaban al respecto historias espeluznantes cuya mera evocación le encogía las entrañas.

Por otra parte... si Isidra decía la verdad, aquella hechicería no habría de causar efecto alguno a la señora Inés. Y, sin embargo, sí habría de reportarle a ella pingües beneficios, pues la esposa del señor Diego había prometido muy gran recompensa a cambio de aquel servicio.

Pensó en su Julianico, en sus muchos afanes por procurar buena casa para ambos, en los sudores que aquello le estaba costando y aún le había de costar. El pobre bien merecía que ella aportase algo. Y tampoco estaría de sobra que llevase al altar una dote algo más decente...

Dando vuelta a tales consideraciones, alcanzó la vivienda. Fue entrar en ella y desmoronársele todos los mimbres del sombrero. Pues apenas vio a la patrona la asaltó tal bochorno que se le vinieron las lágrimas a los ojos.

—¡Ay, señora de mi alma! —gimoteó—. ¿Cómo es posible que alguien pueda desearos tanto mal? ¡Tal atrocidad solo cabe en un corazón endurecido y canallesco, en los sesos de una criatura perversa, traidora y desalmada! ¡Ay, mi pobre, mi dulce niña! ¡Si hasta en los andares se echa a ver que sois un alma bendita!

Inés se llegó a ella alarmada, sin comprender a qué obedecían tales

lamentos.

—Matilde, ¿qué tienes, mujer? Habla quedo; que con esos gritos vas a espantar a toda la casa.

La condujo a la cocina. Allí la criada, enjugándose los ojos y las narices en el delantal, le refirió todos los pormenores de su encuentro con Isidra.

Notable fue el sobresalto de su oyente ante tal relato. Y aún más ante la noticia de que la moza había introducido en su hogar los elementos destinados al maligno ritual.

—¿Los has traído aquí? ¡Virgen Santa! —exclamó escandalizada—. ¿Cómo se te ocurre tal despropósito? Respóndeme, por Dios bendito: ¿en qué estabas pensando?

—¡Desventurada de mí! Pues, ¿qué otra cosa había de hacer? —Matilde había redoblado sus lloros antes las amonestaciones de la patrona. ¿Y si al deshacerse por el camino de aquellos objetos incriminatorios alguien la hubiera descubierto? ¿Y si daba aviso de ello al Santo Oficio?

Inés, ceñidos los hombros con las manos, recorría la estancia intentando tranquilizarse. Había de reconocer que a la moza no le faltaba razón. Y los reproches no la ayudaban a encontrar solución al problema.

—Lo hecho, hecho está. Pero esas abominaciones han de salir de esta casa cuanto antes. Hoy mismo las llevarás fuera de la villa. Buscarás un lugar apartado y bien oculto; las quemarás allí y después enterrarás las cenizas.

—Con eso no bastará.

Patrona y criada se volvieron hacia el origen de aquella voz. La señora Ana se encontraba a la puerta de la cocina. Su rostro estaba más lívido que el de su hija.

—Madre, ¿qué haces aquí? —La joven se dirigió a ella y le rodeó la espalda con el brazo. Notó que temblaba como si estuviera aquejada de fiebres tercianas.

—Con eso no bastará. ¿No lo notas, hija mía? La maldición de los cielos ha caído sobre esta casa.

Inés sintió un frío glacial ante aquellas palabras, que parecían hacerse eco de sus peores premoniciones. Pero se negó a ceder al pánico.

—Tranquilizaos, madre, no hay motivos para alarmarse. Regresad al

estrado y haré que Matilde os lleve un cordial. —Entonces constató que el ama no se hallaba cerca—. ¡Teodora! ¡Teodora!

—Te digo que nada de eso servirá. Acéptalo, mi niña: el mal seguirá viniendo a menos que hagamos algo para exorcizarlo. —Estrechó los dedos de la joven, en un gesto de dolorosa resignación—. Solo nos queda un recurso. Hemos de hablar con el padre Eusebio.

Todos los esfuerzos de Inés por aplacar a su madre resultaron inútiles. Aquella misma tarde ambas se encontraban en presencia del sacerdote jesuita. Entendiendo que sus feligresas acudían para sincerarse en confesión, este las había recibido en el pequeño oratorio en que acostumbraba a celebrar tal sacramento.

Contra su costumbre, la señora Ana había insistido en acudir sin Teodora. También había pedido que su hija la acompañase al interior de la sala.

—Cuanto he de contar debo contarlo ante ella, pues tiempo es ya de que sepa la verdad —dijo—. Mas he de hacerlo frente a vos, padre; pues temo que, sin vuestra asistencia, no tendré suficiente presencia de ánimo para afrontar esta prueba.

Admirados quedaron sus dos oyentes ante tales palabras. El clérigo, comprendiendo que la determinación de su visitante flotaba en un océano de dudas y se exponía a zozobrar frente al menor escollo, contuvo con un gesto la exclamación que ya brotaba de labios de Inés.

—Descargad vuestro espíritu, hija mía. Sea cual fuere el fardo que abrumba vuestra conciencia, sabed que Nuestro Señor puede liberaros de él. En el ejercicio de la verdad se limpia el ánimo, se alegra el espíritu y encuentra paz el corazón.

Su interlocutora respondió con un débil asentimiento.

—Lo sé, padre. Por eso estoy aquí. Los cielos me han mandado avisos durante largo tiempo; y yo, ofuscada, he porfiado en ignorarlos.

—Habéis hecho bien en venir. Nunca es demasiado tarde si la intención es recta y el arrepentimiento sincero. —Señaló el crucifijo que presidía la estancia—. Como sabéis, no hay juez más ecuánime que Él. En su mano está

el castigo, mas también el perdón.

—Hay actos, padre, que no merecen clemencia. Sucesos tan abominables, tan impíos, que solo obtienen la suprema censura de los cielos y las mayores penas de los infiernos; hechos tan espantosos que resulta casi imposible aceptar que puedan ocurrir bajo nuestro propio techo...

Apretó la mano de su hija, como suplicando su perdón por lo que estaba a punto de revelar. La joven sintió un estremecimiento. ¿Era posible que su madre lo supiese todo? ¿Acaso estaba al tanto de que Inés había introducido en su casa aquella obra blasfema, de que había cometido el sacrilegio de leerla entre sus muros? ¿De que había llegado a convertir su casa en un taller de libros prohibidos? Tuvo el convencimiento de que así era.

El buen jesuita, ajeno al intercambio entre ambas, replicó:

—La clemencia del Altísimo es capaz de superar toda expectativa. Dejad que sea Nuestro Señor quien juzgue quién la merece y quién no.

Pese a su aparente serenidad, el sacerdote notaba el cuerpo rígido en la silla y el espíritu en garras de una honda aprensión. Viendo que su visitante vacilaba, la apremió:

—Adelante, hija mía. No os quepa duda de que Nuestro Señor os escucha y se complace en vuestra sinceridad.

La aludida tardó unos instantes en reunir fuerzas para proseguir:

—Os lo ruego, padre, rezad por nosotras. También yo suplico a Dios que se apiade de nuestras almas y ponga fin a los castigos que los cielos nos infligen. Con ese humilde ruego he acudido hoy aquí. —Hablaba apenas en un hilo de voz—. Sé que en estos tiempos corren murmuraciones sobre mi hija, acusándola de pecados atroces... Habéis de saber que hay algo de cierto en esos rumores...

El jesuita, con el ánimo espantado, dirigió la vista hacia Inés. Estaba pálida como un cadáver.

—¿Qué decís? ¿Acaso estáis sugiriendo...?

—No sugiero, padre. Lo afirmo sin sombra de duda: mi yerno, el maestro de libros Antonio Lozano, no murió por causas naturales.

La joven no pudo contenerse.

—¡Madre! ¡No! ¿Pensáis que yo...?

—¿Cómo podría pensar tal cosa, ángel mío?

Tras besar la mano de su hija, le señora Ana volvió el rostro hacia el clérigo. Sabía —reconoció— que la Palabra de Dios enseñaba que la esposa ha de estar sujeta a su marido, obedecerlo y someterse a él con toda docilidad; que desde los púlpitos se instaba a las mujeres a aceptar los más crueles tratos de sus esposos, a cargar con su cruz y a callar para, a cambio, ganarse mediante su resignación y sufrimiento la vida eterna.

Ella misma había aguantado con entereza los abusos de un hombre injusto. Pero los tratos que el maestro Lozano dispensaba a su desventurada niña eran más de lo que el corazón de una madre podía soportar.

Nadie en la casa ignoraba que él se hacía traer el agua desde la fuente del Arzobispo, en la plaza de San Justo, y que no permitía que nadie más la bebiese. ¡Y ay si sorprendía a su esposa cerca de sus tinajas! Sin embargo, ¿qué atención iba a prestar a la pobre anciana ciega que rondaba por la casa desamparada, a merced de bártulos y avíos?

—¡Ana Ribera! ¡Callad al punto! Por el bien vuestro y el de vuestra hija, no digáis una sola palabra más —ordenó—. Y vos, Inés, abandonad de inmediato la sala. Yo me quedo aquí con vuestra madre. Ya os llamaré si os necesitamos.

Cuando el sacerdote la convocó, la joven aún no se había recuperado de la conmoción. Durante el tiempo en que había permanecido a solas —¿Un instante? ¿Una eternidad? Quizás ambas cosas...—, su mente no había dejado de rumiar el mismo pensamiento. De un modo u otro tendría que haber conminado a su madre al silencio. No debería haberla dejado hablar...

El jesuita la esperaba a solas en el oratorio. Seguía de pie detrás de su silla, como un asediado tras su parapeto. Hizo que la recién llegada tomase asiento frente a él y la miró de hito en hito.

—Inés —comenzó, con una voz que parecía gastada por la fatiga, cual la de un anciano—, Nuestro Señor ha tenido a bien concederos discernimiento y buen juicio. No necesito deciros que ambas cosas os serán muy necesarias para afrontar lo que ha de venir.

La interpelada asintió con gesto desmayado. Quería hacer una pregunta, pero su garganta se negaba. Por tres veces hubo de intentarlo antes de lograr decir:

—¿Qué haréis vos, padre? ¿Pensáis llevarla ante la Justicia?

Eusebio Vázquez lanzó un suspiro que parecía un hálito arrancado de lo más íntimo del alma. ¿Qué bien haría el arrastrar a aquella desdichada ante un tribunal? Muy otro era el Juicio por el que había de preocuparse. Y él se debía a luchar por la salvación de su alma... suponiendo que tal cosa resultase aún posible.

—Como ya imaginaréis, os esperan grandes cambios —adujo por respuesta—. A vos y a mí nos corresponde velar por esa alma que ya no es capaz de cuidar de sí misma.

La primera medida que había de tomarse consistía en apartar a la cuitada de aquella casa que tanto alteraba su espíritu y le impedía consagrarlo por entero a la oración, el arrepentimiento y el servicio a Dios. Este alejamiento temporal de su hija menor representaba un paso previo que las prepararía a ambas en tanto se disponía el destino definitivo de la señora Ana. Pues la gravedad de sus actos no admitía otra penitencia que el ingreso en la clausura.

A ninguno de los dos se les ocultaba que aquel piadoso encierro podía venir auspiciado por una sincera vocación; mas en ocasiones, también obedecía a la comisión de gravísimos pecados, que conducían a la reclusión como única forma de enjugar la mancha del honor particular o la honra familiar, o a un intento de expiar las más serias culpas.

—En este caso particular, hija mía, ha querido Dios que se dé la concurrencia de ambas circunstancias.

El sacerdote ya había meditado cuál de los numerosos conventos de la villa resultaría más adecuado a tal propósito. Este no era otro que el sito en la calle de la Imagen, fundado apenas diez años antes para la nueva rama de las carmelitas reformada por Teresa de Ávila. Él, que actuaba como confesor de algunas de sus monjas, conocía las virtudes que adornaban tan santo lugar, y el rigor de los principios y métodos por los que se gobernaba aquella casa.

Gran provecho habría de proporcionar a la futura religiosa el servir en tal

cenobio. Pues la venerable madre Teresa fomentaba la lucha contra las aficiones desordenadas y la unión de mortificación y oración contemplativa —que, según la antedicha, se lograba «propiamente hablando con el Señor, así como un amigo habla a otro»—; insistía también en que sus profesas se ejercitaran en el discernimiento espiritual y el sentimiento hacia la Humanidad de Cristo, «para que, al más amarle, mejor le sigan».

Aduciría que la postulante, consciente de lo avanzado de sus años, sentía un ferviente deseo de consagrarse de inmediato al servicio del Altísimo, para ofrendarle así cuantos días de vida Él tuviese a bien concederle aún, «conociendo los peligrosos escollos que de continuo ofrece el mundo y deseando huir de su vana presunción y dedicarse con toda libertad a servir a Dios Nuestro Señor». No preveía que el convento hubiese de poner reparos al respecto, siendo la solicitante «hija de padres cristianos y honrados y bien conocida en la villa por su virtud».

Inés apenas si tenía fuerzas para asentir a las propuestas de su interlocutor. Todo su afán estaba puesto en escucharlo, pues sabía lo mucho que el destino de su madre dependería de las decisiones allí tomadas, tanto en este mundo como en el venidero.

Pero las palabras que con tan buena intención pronunciaba el padre Eusebio escapaban a su comprensión. Su espíritu y su mente estaban heridos de gravedad, en el estado de perpetuo sopor que a veces se apodera de los enfermos aquejados de una fuerte contusión.

Se había rendido a una dolorosa confesión, que hasta entonces se había negado a admitir. ¡Que Dios la perdonase! Tonio había entregado su alma al Creador; y ella ¡se había sentido tan agradecida de que muriera...!

Sin que mediara el mínimo aviso, ni para su interlocutor ni para sí misma, Inés Ramírez sucumbió a una reacción que no había vuelto a experimentar desde los días previos al fallecimiento de su esposo.

Incapaz de evitarlo, rompió a llorar en público.

La reacción de María no había resultado tan conforme como la de su hermana menor. Por cierto que no ponía objeciones a que la madre de ambas

viniese a vivir durante un tiempo a casa de su Juan. Pero el que hubiese de marchar desde allí a la clausura era ya otra cuestión.

—¡Ni conventos ni longanizas! Que nos la arrebaten para meterla tras las rejas, y llevarla al catre de una celda fría, que cada madrugada le quiten el sueño para arrastrarla a sus rezos... y que además hayamos de estar agradecidas ¡e incluso pagar por ello nuestros buenos ducados, ganados a costa de tantos sudores y esfuerzos! ¡Vive Dios que es necesidad! ¿Adónde habríamos de ir a parar?

Gran empeño puso Inés en intentar que su hermana entrase en razón. Esta se negaba cada vez con mayores aspavientos; hasta que aquella — contraviniendo las indicaciones del padre Eusebio, que había insistido en que el único modo de evitar dañosos rumores consistía en mantener el más absoluto secreto, incluso ante la familia— confesó las verdaderas causas que impelían a su madre a ingresar en tal estado.

Era la primera vez que Inés veía a su hermana quedar sin palabras. Se abrazaron ambas en silencio. Y permanecieron así largo rato, amparándose la una en la otra, con los corazones llorando al unísono.

—Qué vamos a hacerle; el que larga vida vive, mucho mal ha de pasar — suspiró María cuando se separaron. Y, manteniendo entre las suyas las manos de su hermana, agregó—: Eso sí, quede clara una cosa. Yo me ocuparé de negociar con las monjas el famoso nombramiento de dote; que para exprimir al prójimo y sacarle los cuartos las muy condenadas resultan ser la piel del diablo.

En los últimos tiempos Albertillo trabajaba a manos llenas. El contrato firmado con la casa de Tendilla exigía que el encuadernador que se ocupase de sus libros no debía separarse de ellos hasta concluir la tarea. Y la señora Inés tenía a gala el respetar de forma escrupulosa tales términos.

Por desgracia para su oficial, aquello significaba que no disponía de oportunidades para seguir investigando al señor Pierres. El muchacho tenía la convicción de que se hallaba cerca, muy cerca de lograr su propósito. Si tan solo contase con algo de tiempo... o con alguien a quien pudiese encargar

retomar la tarea allá donde él la había dejado...

Un buen día en que aún rumiaba posibles soluciones al problema, quedó falta de las tiras de piel que empleaba para los nervios de los volúmenes. Mientras se dirigía a buscarlas al almacén del piso superior, dio en pasar junto a la despensa.

De allí surgían muy extraños ruidos, que le llevaron a sospechar que algún animal callejero se había introducido en el lugar. Tras armarse de valor y del badil de la chimenea, abrió la puerta dispuesto a repeler al intruso.

Cuál no sería su sorpresa al encontrarse con Matilde, entregada en compañía a ciertos negocios poco apropiados. El hombre le susurraba algo al oído al tiempo que probaba a desanudarle el sayuelo, mientras ella reía y hacía ademán de apartarlo —aunque esto último, sin mucho afán.

El único modo en que Albertillo acertó a reaccionar fue santiguarse, dar media vuelta y escapar de allí como alma que llevara el diablo.

Ignoraba si los ocupantes de la despensa lo habían visto. Por vida de san Francisco, que esperaba que no.

Nunca antes lo había tratado Matilde de aquella guisa. Y aunque el zagal bien sabía que no debía aceptar el agasajo, siempre había encontrado difícil resistirse a unas buenas empanadillas dulces... sobre todo si venían rellenas de yemas azucaradas, como era el caso.

Las comió con afición y a grandes bocados, sin mirar a la sirvienta a la cara. Cuando estaba a punto de finalizar el convite, ella comentó como al descuido:

—Bien dice el refrán que a nadie le amarga un dulce. Y digo yo, señor Albertillo, que con lo mucho que trajináis en los últimos tiempos, no os vendría mal tener a mano alguno de vez en cuando; pues, por cierto, son vianda muy saludable y provechosa al cuerpo. —Buscó con la vista en derredor para asegurarse de que no había cerca oídos importunos—. Mucho me holgaría yo en traéroslos y guardaros el secreto si vos me aseguráis también vuestra discreción en este y otros asuntos.

El aludido advirtió en aquel punto la auténtica razón que motivaba tales cortesías. Íntegro y generoso como era, nunca había pensado que la ajena vergüenza pudiese trocarse en provecho propio.

Cayó entonces en la cuenta de que aquel malhadado episodio —que hubiera preferido no presenciar y había rezado por desterrar de su mente— podía proporcionarle ciertos recursos muy ventajosos.

—Mucho agradezco la intención —respondió—. A fe que han cambiado las tornas, porque nunca te había visto así de dispuesta a pasar tanto tiempo en la cocina. Aunque sin duda habrás de hacerlo así ahora que tenemos otra boca para la despensa.

Bien que arrugó el ceño la interpelada ante tales palabras. Se diría que tuviera una de sus respuestas punzantes en la punta de la lengua, mas optó por callársela.

—Me pregunto, Matilde, si el huésped no será acaso el famoso Julián que anduvo combatiendo allá por las Alpujarras, ese al que mentabas tan de seguido. Y al que, dicho sea de paso, describías cual si fuese el hombre de más altas prendas que hubiese existido jamás.

—Él es, sí señor; pues, ¿quién otro habría de ser? —protestó la moza, con el entrecejo aún más encogido—. Y en cuanto a las altas prendas, bien las tuvo y bien las conserva. No lo digo yo sola, que también lo apuntó así el señor don Juan de Austria en persona y con su propia lengua. Pues desconfiáis de mi palabra, creed al menos la de tan alto señor.

Por cierto que su prometido parecía haber tenido gran trato con el hermano de Su Majestad el rey Felipe, que había dirigido las tropas en la fase final de la contienda granadina. Su Julianico hablaba de él con tanta afición y tantos pormenores como si hubiese estado invitado cada noche a cenar en su mesa.

—El caso es, Matilde, que se me viene a las mientes cierta tarea de lo más apropiada para nuestro nuevo huésped. —Bajó la voz para añadir—: Y pierde cuidado, que os prometo a ambos desatender sus negocios si él se encarga de atender los míos.

Pierre Arbús no era un escribano ejercitado en el manejo de la pluma; tampoco un experto latinista, ni un estudioso bien familiarizado con los textos sagrados. Dichas cualidades hubieran augurado un manuscrito con caligrafía de calidad y exento de errores. Pero no abundaban por los parajes

candidatos que reuniesen tales requisitos. Dadas las circunstancias, Porfirio habría de conformarse con el joven gascón como copista.

Tanto Inés como él lo habían aceptado así. También habían admitido que el único lugar en que tal ejercicio podía realizarse con suficientes garantías de permanecer en secreto era la casa de la joven. A fin de no despertar sospechas, no parecía conveniente que el tirador francés acudiese al lugar repetidas veces. Y a lo anterior se sumaba la necesidad de completar la tarea tan rápido como resultase posible.

Por tales razones, ambos habían acordado que Pierre debía encontrar un modo de justificar frente al maestro Gracián una ausencia de varios días. Durante ese tiempo permanecería hospedado en secreto en casa de Inés, hasta finalizar la labor que se había comprometido a realizar.

Ahora el problema estribaba en hallar un pretexto lo bastante aceptable para que el tipógrafo accediese a la marcha de su oficial tirador, cuya partida le obligaría a mantener temporalmente inactiva una de las dos máquinas del taller.

Antes de dirigirse a su patrón, Arbús había abordado a Frasquillo; quien, como compañero suyo de prensa, también se vería perjudicado por la situación.

—Mucho lo lamento, amigo mío —se había excusado—. Créeme si te digo que nunca he obrado así antes, ni lo haría ahora si no me viese en la más absoluta necesidad.

—¿Guarda esto alguna relación con esas... visitas nocturnas de las que hablamos hace unos días? —fue la primera reacción del andaluz.

Ante tan directa pregunta, Pierre no tuvo más remedio que asentir. Su interlocutor no ocultó su preocupación.

—Esto me da mala espina, compadre. Nada bueno puede salir de lo que crece a escondidas. Tantos disimulos y mentiras no son buenos para el alma. Si no te andas con tiento, todos esos secretos te acabaran cobrando muy alto precio.

El gascón hubo de admitir que su compañero estaba en lo cierto. Cada día que pasaba le resultaba más difícil acallar las inquietudes que estaban creciendo en su corazón. Su única defensa frente a ellas consistía en repetirse

que sus pasos ya lo habían conducido casi al término del trayecto. En breve, muy breve tiempo, todo aquel asunto —inconfesado e inconfesable— tocaría a su fin.

Más arduo le resultó presentar el tema al maestro Gracián. Ante él ya no podía andarse con vaguedades. Solo podía confiar en que la historia que había ideado cumpliera su propósito.

Se había decidido a abordar la cuestión frente a todos sus compañeros, en el descanso que solían realizar a la hora del Ángelus. Mientras saboreaban con fruición sus raciones de aloja y sus torreznos, el tirador francés aprovechó para presentar su petición.

Según explicó, debía viajar a Madrid para entregar un memorial en la corte. Su hermano Samsó le había rogado que se encargase en persona de tan delicado asunto, que para él revestía una gravedad extrema; una resolución en uno u otro sentido bastaría para asegurar el futuro de su negocio... o bien condenarlo a la ruina.

La única parte cierta de aquella invención consistía en el hecho de que, en efecto, Samsó había llevado a cabo su proyecto de convertirse en tipógrafo. En lugar de firmar junto a Pierre, se había asociado con Eulalia —viuda del maestro Pere de Montpezat— para adquirir las dos terceras partes de la imprenta y fundiciones de Claudi Bornat y abrir con ellas un nuevo taller sito en la casa de la dicha señora.

El maestro Gracián meditaba la petición, en el respetuoso silencio de todos sus empleados. Cuando parecía a punto de dar su conformidad, una voz femenina comentó desde la puerta:

—Muy extraño se me antoja todo ese asunto, mi buen Pierres. A fe que hay algo en ese embrollo que no alcanzo a comprender.

Era la señora María. En ocasiones aprovechaba aquella breve pausa del mediodía para acercarse al taller y hablar con su esposo. Pero desde que su madre viniera a vivir en la casa parecía haber abandonado tal costumbre. El diablo había querido que eligiese justo el día de hoy para retomarla.

La aparición y las palabras de la interfecta habían provocado que Frasquillo Gómez se atragantase con la bebida. Ahora dirigía la vista a su compañero de prensa, con las pupilas cargadas de admoniciones.

«Te lo advertí, compadre. Mira que te lo advertí» —podía leerse en su gesto—. «La mujer tiene ojos de bruja para estas cosas.»

—Decidme, señora María —replicó el tirador francés, esperando que la agitación de su tono pudiese tomarse por sincero asombro—: ¿Qué es ese «algo» que no lográis comprender?

—Según entiendo, vuestro hermano vive en Barcelona. Pues, ¿no tienen allá sus fueros y cortes, que han de venir a tratar estos asuntos a Castilla?

Arbús se maldijo en silencio. Desconocedor del complejo laberinto legal por el que se regían los distintos reinos hispánicos y las relaciones entre ellos, ignoraba cómo responder con propiedad a tal pregunta. Rogó por que la explicación que se veía obligado a improvisar satisficiera la curiosidad de su interlocutora.

—Malas condiciones son esas, a fe mía. ¿Podéis decirme de quién se trata?

—Benito Boyer —carraspeó el interpelado, forzado a inventar otra vez sobre la marcha. Cada nueva mentira le resecaba un poco más la garganta—; quien, a través de su apoderado Enrique Formil, conduce negocios en la villa condal.

—Conocemos bien al señor Formil —repuso la recién llegada, que ahora reforzaba su contumacia con una extraña sonrisa—. Desde hace años, por cierto. Confieso que me sorprende...

La interrumpió una voz grave y retumbante.

—¡Silencio, mujer! ¡Deja ya de agobiar al muchacho! —El maestro Gracián había intervenido al fin—. ¿No te basta con saber que un colega de profesión se halla en apuros? El hombre tiene problemas para mantener su negocio y está en nuestra mano el ayudarlo.

Para mejor ratificar sus palabras, estrechó con fuerza el hombro del tirador francés.

—Tómate tus días, Arbús, ya nos las apañaremos. Rezaré por que Dios asista a tu hermano en su pleito.

Si algo echaba de menos entre los tipógrafos de aquellos reinos, era la disposición a socorrer a un compañero en dificultades. Si sus colegas de oficio se mostrasen más dispuestos a apoyarse unos a otros y no se acobardasen ante la idea de presentar un frente común, si no cediesen con

tanta facilidad a la desconfianza y al temor, las cosas funcionarían de muy diverso modo.

## VIII

«Si hay buen trato, pueden ser amigos perro y gato.» Ese era uno de los lemas favoritos de María Ramírez. Como esposa de un hombre con negocio propio, como señora de una casa con diversa gente a su cargo, en su vida diaria abundaban pactos y acomodos. Pero pocos le habían resultado tan penosos como el que había concertado con las madres carmelitas del convento de la Imagen.

A fe que las religiosas hilaban fino y ataban con nudo corredizo. La famosa dote había quedado acordada en trescientos ducados de vellón «en buenas monedas usuales y corrientes en estos reinos» y pagaderos cuando, dentro de un año «y luego que se verificara su aprobación», la postulante se preparase para la profesión. A su recibimiento como novicia, la recién llegada había de ingresar una porción de trigo «nuevo, limpio, no apolillado ni picado, zarandado de dos vueltas, medido con la real de Ávila y a entera satisfacción de la abadesa y graneras», y una buena cantidad de dinero en metálico «pagable por medios años» que incluía el costo de los hábitos, los alimentos que recibiría durante el periodo, costas de sacristía, propinas y otros gastos.

Por añadidura —y con vistas a los bienes que la futura monja pudiera recibir en herencia— se le prohibía que hiciese renuncia de legítimas «para que la dicha pueda con más plena libertad continuar en el propósito del religioso estado o volverse al mundo si así lo quisiere». A tal efecto tenía que hacer juramento «ante escribano público y declarar que no ha renunciado a su legítima, y protestar el no renunciarla, o transferirla en otra persona por cualquier título que sea antes de los dos meses próximos a su profesión».

—Mucho leo en estos papeles del tirar hacia la tierra y nada del levantarse al cielo —protestó María ante su marido—. ¿Dónde se ve aquí mención a la

«andadura espiritual», al «ir al encuentro de Cristo»? Por eso se nos va allá nuestra madre, y no por otra cosa. Más debieran emplearse las buenas carmelitas en el negocio de la salvación y menos en el de llenar la talega.

Juan la miró. Tenía esas arrugas que se le formaban en las comisuras de los ojos cuando sonreía con el rostro y el alma.

—Calma, mujer. Pues, ¿qué esperabas? Pobre oficio haría el escriba que redactara como tú exiges. A fe mía que yo no habría de contratarlo. Aquel que es buen poeta acostumbra a ser mal notario.

Ya hubiera querido ella ser capaz de tomarse aquel asunto con la misma serenidad. Sentía que, en el momento en que las puertas de aquel convento se cerrasen tras su madre, a ella se le desprendería un pedazo de las entrañas.

Lo cierto era que tanto María como Inés caminaban juntas en el dolor, aunque cada una con su propio calvario. Una y otra reaccionaban a la misma situación según sus distintos temperamentos. La primera lo expresaba con vehemencia, recelos e ira. La segunda, encerrada en el silencio, exhalaba esa engañosa entereza que nace del desaliento.

Pero ambas sentían la conciencia desmoronada ante aquella mujer que durante tantos años había sido resplandor y que ahora aparecía envuelta en sombras.

Las prédicas de su progenitora, los principios que esta les había inculcado habían sido siempre su luz y su guía. Llevaban sus preceptos atados al corazón, atesorados en el recuerdo cual si fuesen joyas. Se habían acostumbrado a que aquellos las acompañasen durante el día, a que velasen a su cabecera por las noches.

Y ahora aquella mujer por cuyo raseró se medían sus vidas resultaba ser responsable de un crimen horrendo.

Por cierto que María había voceado de mil modos, había clamado a los cielos por el comportamiento del esposo de su hermana, lo había insultado de todos los modos posibles... y aun así, nunca había cruzado por su mente la idea de levantar un dedo contra él.

Su madre, siempre tan callada, prudente y cumplida, sí se había resuelto a actuar. Había apartado a su pequeña de las garras de aquel monstruo, de la forma más censurable... y más definitiva.

Y que el diablo se la llevase si María sabía cómo sentirse al respecto.

Pierre Arbús ya había fijado la fecha de su fingido viaje a la villa y corte. Informaría a Inés por el mismo método al que habían recurrido en anteriores ocasiones: dar el mensaje a Úrsula, quien a su vez se lo transmitiría a Matilde.

Se dirigió a la cocina tras la cena por ver si encontraba allí a la criada. La sorprendió en animada tertulia con otra sirvienta. Toda la casa conocía la gran afición de la muchacha por las pláticas, a las que concedía cierta preferencia sobre las labores domésticas.

—Que esta también se nos va al convento, te lo digo yo. Se lo oí anoche mismo, mientras charlaban las tres en el saloncillo del estrado. Habló de tenerlo ya apalabrado todo con las monjas de allá. Y para mí, que en cuanto quede sin obligación para con su patrona, se mete tras las rejas.

—¡Santa María! Pues, ¿qué les ha dado ahora a todas con ponerse las tocas? Te aseguro que, lo que es yo, ni me arrimo a menos de treinta pasos de una clausura, no vaya a ser que me arrastren adentro.

—Y muy bien que haces, que tú eres moza, y algún mancebo habrá que te eche los tejos. Pero mira que ella va ya para rancia y está más consumida que vela en casa de avaro. Ya me contarás de qué le aprovecha quedarse acá afuera si no tiene casa, ni hijos, ni...

Callaron ambas al advertir que el oficial se hallaba presente. Y aunque él fingió no haberlas escuchado, lo cierto era que aquella conversación había despertado su interés; para ser sincero, le había causado incluso cierta inquietud.

Cuando la acompañante de Úrsula se hubo despedido, el recién llegado se dirigió a esta y le preguntó:

—¿De quién hablabais?, dime. ¿Tal vez del ama de la señora Ana...?

—Teodora se llama, creo —respondió la aludida, sin comprender muy bien las razones por las que su interlocutor preguntaba sobre aquel tema. Tampoco es que la vieja fuera persona muy interesante...

—¿Y dices que se dispone a ingresar en un convento?

—Yo no, señor, que lo dijo ella misma. Estaba con la patrona y su señora madre, y se pusieron las tres a comentar...

—Respóndeme a una cosa —la interrumpió el oficial, consciente de que la muchacha tendía a divagar sin remedio a menos que alguien le pusiera el freno—: ¿Mencionó acaso de dónde había sacado el dinero necesario para costearse la dote?

Habida cuenta de lo mucho que la señora María había alborotado la casa en los últimos días a cuenta de la dotación de su madre y lo ruidosa que se había mostrado protestando el importe de la misma, resultaba difícil no pensar en el tema.

Costaba imaginar cómo alguien con la ocupación de Teodora había conseguido ahorrar lo bastante para permitirse un desembolso semejante. Por supuesto, no todos los cenobios exigían la misma cuantía. Y era también cierto que la mayoría de ellos se mostraban dispuestos a rebajar sus exigencias frente a ciertas postulantes. Las excepciones solían aplicarse a muchachas jóvenes con habilidades o talentos especiales cuya admisión beneficiara de algún modo la vida en la clausura.

Pero el ama de la señora Ana no reunía ninguno de tales requisitos. Y parecía inimaginable que la comunidad religiosa hubiese accedido a acoger bajo condiciones de especial favor a una solicitante que, por su avanzada edad, pronto requeriría de más cuidados y atenciones de los que sería capaz de proporcionar.

Úrsula insinuó una sonrisa golosa. No podía ser casual que la patrona hubiese planteado justo aquella misma pregunta. Tenía un especial olfato para detectar dónde se ocultaban las historias con mejor jugo, como un ratón para descubrir el queso más sabroso de la despensa.

—Algo dijo al respecto, sí, señor —respondió. Comenzaba a intuir que aquel dato remitía a una intriga de lo más interesante—. Puede que mencionara algo sobre haber recibido una herencia... Y puede que la señora María la acusara de ser una embustera...

—¿Eso dijo? —En los últimos días, Pierre había comenzado a conceder cierto crédito a los rumores que corrían por la casa, según los cuales la esposa del maestro Gracián poseía un talento especial para detectar la mentira ajena

—. ¿Que el ama mentía?

—Y tanto que sí. Pero vos también lo habríais dicho de haber estado presente. Entendedme bien: la mujer tendrá sus talentos, supongo, pero ya os aseguro que entre ellos no se cuenta el de saber fingir. —Lanzó a su interlocutor una mirada llena de picardía—. No todo el mundo se da la misma maña para embaucar; no, señor. Bien conocéis vos mismo que ese es arte arcano y difícil de dominar.

Así diciendo, se arrimó más a él, solicitando con la mano abierta las albricias que siempre recibía por actuar de mensajera.

Su última conversación con Úrsula no había disipado las sospechas que el tirador gascón había comenzado a albergar sobre Teodora. Muy al contrario, solo había servido para acrecentarlas.

Aquel era asunto serio. Necesitaba comprobar si estaba en lo cierto. Pero había de hacerlo con la suficiente discreción —o, al menos, con la suficiente carga de ambigüedad— para que ella no recelase nada en el caso de que Pierre se equivocara.

Buscó ocasión para toparse con ella a solas. Entonces, hallándose ambos frente a frente, dejó caer con naturalidad:

—¿Sabéis, señora? El medinense me habló sobre vos.

La reacción de la mujer le confirmó que no andaba errado en sus sospechas; razón por la cual se permitió añadir:

—Enrique Formil ya me dijo que había alguien más empleado en el mismo negocio. Confieso que en aquel momento no supe si creerle o no.

Ella lo contemplaba con los ojos muy abiertos. Tenía la color aún más macilenta de lo usual.

La mano huesuda de la mujer se aferraba al rosario que colgaba de su cinto como si fuese lo único que aún le permitía mantenerse en pie.

—Así que erais vos —confirmó Arbús—; la segunda persona que le transmitía información sobre Inés.

—Erráis, señor oficial. Yo fui la primera. Llevo más tiempo que vos cometiendo este pecado tan digno de ser aborrecido; «empleada en el mismo

negocio», como vos lo llamáis.

Hay almas que se nutren de la desesperación ajena. El medinense era una de aquellas. Había contactado con Teodora cuando ella sufría los más profundos padecimientos. Su sobrino —el único hijo de su única hermana— había sido esclavizado por los berberiscos y aguardaba su liberación en los siniestros y nefandos baños de Argel. Sus captores habían puesto alto precio a su libertad y toda la familia se afanaba por costearlo. Habían reunido caudales, vendido bienes, obtenido préstamos y garantías, se habían puesto bajo la advocación de los frailes mercedarios... Pero la suma de todos sus esfuerzos aún resultaba insuficiente.

De algún modo Enrique Formil había llegado a tener noticia de aquellos hechos. Teodora no había recurrido a la discreción al realizar sus pignoraciones ni al presentar sus súplicas a las autoridades. El medinense le había hecho la única oferta capaz de quebrar la voluntad de su oyente. Cada moneda que ella recibía a cambio de información le profanaba el alma; pero acercaba más el rescate del prisionero.

A la postre el Señor le había mostrado la única moneda verdadera: la de Su misericordia. Pocos días antes, Teodora había recibido noticia de que el muchacho había sido liberado. Los santos padres mercedarios habían completado la cantidad gracias a colectas realizadas entre las buenas almas de aquellos reinos tan cristianos.

Ahora ella se veía con todo el dinero que había reunido como fruto de su iniquidad. No podía pensar en mejor uso para él que emplearlo para restaurar su conciencia, tan ajada y envilecida.

—Ahora estáis solo en esta infamia, señor oficial. —Elevó a las alturas sus ojos fríos y dolidos—. Yo buscaré redención en una santa casa de oración y retiro; un lugar en que podré consagrarme a Dios Nuestro Señor. Si en algo estimáis la salvación de vuestra alma, haréis bien en buscar un acomodo parecido.

Pues sabía que los cielos no habrían de perdonar con facilidad a ninguno de los dos las traiciones cometidas contra aquella pobre muchacha.

Pierre había mandado su último comunicado a Enrique Formil unas dos semanas antes. «Estoy a punto de reunir el pedido —concluía—. En breve podréis recogerlo. Os avisaré.» Rezaba por que aquel mensaje calmase la impaciencia del destinatario. Y sobre todo, por que este aceptase no enviar a Almanegra.

Lo cierto era que ya se había superado el plazo que el mercader medinense le concediera en su último encuentro. Los recientes acontecimientos en la vida de Inés la habían mantenido demasiado preocupada por otros asuntos. Pero al fin había llegado el momento de afrontar la parte final de aquel plan que ambos habían acordado hacía ya algún tiempo.

Pierre se había presentado en casa de la joven portando alforjas y espada al cinto, ataviado con botas, ropas y capa de viaje. Para dar mayor verosimilitud al relato de que se dirigía a la corte había abandonado la villa complutense por la puerta de Madrid. Después de rodearla, había vuelto a ingresar en ella por la puerta de los Mártires cuando caía la tarde y las murallas estaban a punto de cerrarse. A aquellas horas, en las que apenas quedaban viandantes en las calles, había llegado a la vivienda sin encuentros indiscretos.

Su anfitriona le había preparado acomodo en el mismo cuarto en que ahora dormía Albertillo. En su nueva posición de oficial, el muchacho había abandonado aquel incómodo jergón bajo el mostrador en el que había pernoctado como aprendiz.

El gascón se había puesto a la tarea aquella misma noche, pese a lo avanzado de la hora. Tanto él como su anfitriona eran de la opinión de que aquella labor debía realizarse lo antes posible.

Antes de iniciar la lectura del libro, el tirador francés había saboreado la expectación. Grande era la admiración que sentía frente a aquel manuscrito. Las palabras de Porfirio iban a llegarle intactas a través de los siglos. Su voz se escucharía gracias al silencio de todos aquellos que con tanto esfuerzo se habían empleado, uno tras otro, en la copia de tan valioso texto.

*Mercurio* había sido el último de todos ellos. Lo imaginaba sentado en la biblioteca de la universidad, estupefacto aún ante su descubrimiento, acuciado por reproducir cada letra, cada línea; apartado del mundo y rezando por pasar inadvertido.

Tanto él como sus predecesores habían compartido algo: la soledad del escriba. Pierre no podía dejar de maravillarse ante la vocación de aquellos hombres. El arte de la imprenta era bullicioso. Causaba estrépito, exigía una movilidad agotadora, compenetración y trabajo de equipo; condiciones todas ellas a las que el tirador francés concedía gran valor.

El trabajo del copista se desarrollaba en las circunstancias inversas; que, por sus particulares requerimientos, el joven Arbús no podía sino considerar contrarias a su modo de ser.

Aunque, para ser sincero, tampoco ayudaba el hecho de que tuviera que realizar aquella labor en condiciones tan poco adecuadas. En vez de en un aposento con ventanas y bien iluminado, se sentaba en una estancia interior, alumbrado tan solo por velas, a fin de evitar que su presencia pudiese ser detectada por algún vecino o viandante.

La luz de las lámparas le exigía detenerse cada poco tiempo, con los ojos doloridos y la cabeza embotada. Y, comoquiera que debía mantenerse alejado de los ventanales y su cálida luz solar, y que tampoco podía moverse con tranquilidad en aquella casa tan concurrida por visitantes, clientes y proveedores —ni, mucho menos, aventurarse a salir a la calle—, había optado por realizar su trabajo de noche y dormir durante el día.

Pero daba por bien empleados todos aquellos fastidios e incomodidades. Su objetivo final bien lo merecía. Y tampoco le disgustaba la oportunidad de compartir tiempo a diario con Inés.

La jornada siguiente a que la señora Ana ingresara en el convento, el taller regentado por la viuda de Antonio Lozano recibió una visita inesperada. Aquella mañana el joven Diego de Jaramillo se personó en la librería sin previo aviso. Requirió ver a la dueña con el tono y los ademanes de quien ha de tratar negocios de suma urgencia.

—No me andaré con rodeos, Inés —dijo cuando ambos tomaron asiento en la trastienda. Hablaba con inusitada gravedad—. A fe mía que preferiría no mentar ciertos temas. Pero todos hemos de afrontar en ocasiones aquello que más nos desagrada.

—Si mucho os incomoda, dudo que haya de acomodarme a mí —repuso ella con sosegada tristeza—. Mas no deseo haceros perder vuestro tiempo. Contadme lo que os ha traído aquí y que tanto os corroe.

El visitante trató de componer esa sonrisa que le había granjeado resultados excelentes en numerosas negociaciones. No fue capaz.

—El caso es... —prosiguió, mientras se acariciaba la barba entre los dedos índice y corazón— que corren ciertos rumores sobre vos y vuestra familia. Ya sabéis el poco oído que prestamos en nuestra casa a tales habladurías...

—Y hacéis bien —replicó su oyente, al notar que él vacilaba—. Esas murmuraciones suelen ser hijas de figuraciones y envidias. Ninguna persona avisada debiera concederles demasiado crédito.

—No os falta razón. Sin embargo, en ocasiones los rumores se extienden tanto y con tanta fuerza que no resulta fácil ni sabio el ignorarlos. —Hizo un gesto con la mano, con el rostro, con el cuerpo todo, como invitándola a admitir lo obvio—. Vos, Inés, debéis saber a qué me refiero.

—No, por cierto. Os seguro, Diego, que ignoro a qué os referís.

Él tomó aire. Parecía acorralado.

—Por vida mía, Inés, no me obliguéis a mencionar tales barbaridades...

—No lo hagáis si tanto os repugna el referirlas. Nadie os fuerza a ello.

El joven De Jaramillo la contempló como si, de repente, aquella mujer que se sentaba a frente a él le resultase desconocida.

—Sea, pues —admitió con cierta rigidez—. Si os soy sincero, me cuesta creer que ninguna de estas cosas haya llegado a vuestros oídos.

Hizo una pausa, mientras buscaba cómo expresar tan horrendas ideas.

La joven lo miró de hito en hito. Bien sabía lo que su interlocutor esperaba de ella. En tales circunstancias, cualquier mujer decente debía proteger su honra —o al menos, fingir que lo hacía— mediante lágrimas y protestas, o incluso lanzando juramentos e imprecaciones. Ella se limitó a permanecer en silencio.

—¿Qué esperáis que responda a eso? —alegó al fin—. Os confieso que hubiera esperado esas exigencias de cualquier otro. Pero ¿vos, Diego? ¿Tan mal me conocéis, que aún habéis de pedirme tales justificaciones?

Su visitante desvió la vista.

De forma instintiva, lanzó una ojeada a su derecha, hacia las escaleras que conducían al piso superior y las habitaciones privadas. En una de ellas se encontraba durmiendo el joven Arbús.

—Me siento decepcionada. Mucho han cambiado las tornas desde la última vez que hablamos si ahora necesitáis revisar cada rincón de mi casa para seguir confiando en mí.

—Comprendedlo, Inés —respondió él; aunque aquellas palabras, más que disculpa, sonaban a acusación—: Deseo creerlos, por Dios que sí. Pero, con todo lo que está ocurriendo, me resulta cada vez más difícil.

Los pensamientos de Inés volaron hacia Pierre. Recordó cómo, en cierta ocasión, él le había expresado su absoluta convicción sobre sus capacidades y su valía. «No me cabe duda de que lo lograréis» —había dicho entonces. Y con esa inflexión algo humorística con que afrontaba las verdades profundas o incómodas, había añadido—: «Digamos, simplemente, que soy hombre de fe.»

El gascón siempre le había concedido todo su crédito sin pedir nada a cambio. La verdadera confianza era un acto de fe, no un ejercicio de voluntad.

—¿«Deseáis» creerme? Y aun así, no lo hacéis. De lo contrario, ni siquiera me estaríais planteando esas preguntas.

—Eso no es una respuesta. ¿Por qué os resistís tanto a darme una? Por Cristo, que ni es tan difícil ni yo pido demasiado. Reconocedlo o negadlo a las claras. ¿No es cierto que hayáis recibido a hombres a solas? ¿Ni que... —titubeó. La idea se le antojaba demasiado odiosa para expresarla—... ni que alguno de ellos haya pasado aquí la noche?

—Si antes lo sospechaba, ahora no me queda la menor duda. No tenéis ya confianza en mí.

Su interlocutor frunció el ceño, cada vez más irritado.

—No os oigo negarlo, Inés.

—¿Serviría de algo si lo hiciera?

—¡Dios bendito! —exclamó exasperado—. ¿A qué viene esa obcecación? Os advierto, señora mía, que esa no es respuesta de mujer decente.

Ella suspiró. Aquel gesto contenía tal agotamiento que parecía expresar un

cansancio acumulado a lo largo de muchos años.

—Sed sincero, Diego, os lo ruego. ¿Qué queréis de mí?

Su visitante tragó saliva. El corazón le resonaba con tanta fuerza que su cuerpo y su mente parecían no tener cabida más que para sus latidos.

—Sabéis lo que quiero... lo que siempre he querido. —Miró en derredor para asegurarse de que estaban solos—. Me presento ante vos mísero y doliente. ¿Cuánto tiempo más he de vivir condenado a este tormento? ¿Acaso mi sinceridad y mi constancia no os mueven a piedad, no se os antojan merecedoras de algún consuelo? ¿Ignoráis aún que por vos rompería montes, murallas y grilletes? Dad algún descanso a esta alma fatigada, una sola prueba que pueda moverla del abatimiento a la esperanza...

Alargó su mano hacia la joven. Ella se alzó con brusquedad y se apartó unos pasos de la mesa.

—¡Virgen misericordiosa! Tales palabras os afrentan a vos y me infaman a mí. Y sabed que yo no habría de escucharlas ni aunque rompierais con ellas el cielo a gritos.

—Inés... —Su interlocutor también se había incorporado—. ¿A qué vienen tales enojos? ¿Dudáis aún de mi lealtad? No me confundáis con esos otros que hoy os rondan, llenos de indignos deseos, para abandonaros mañana...

—¿Insinuáis entonces que no falto a la virtud si os acepto? ¿Mas que el admitir a otros hombres me convertiría en hembra infame y despreciable? Reconocedlo o negadlo a las claras: ¿es eso lo que me estáis diciendo?

El joven De Jaramillo no intentó siquiera ocultar su indignación.

—Por la vida de Cristo, señora, mía, que nunca hubiera esperado de vos tan obsceno lenguaje. Sabed que respuestas como esas dan razón a quienes os critican.

Matilde, que desde su puesto en la cocina no había perdido ripio de aquella conversación, había aparecido a la puerta de la estancia. El tenor de las últimas expresiones la había llenado de pavor. Venía espantada, pero dispuesta a hacer cuanto fuera necesario para auxiliar a su señora.

Al constatar aquello, el visitante tomó en la mano su sombrero de blanca pluma y terció con dignidad su herreruelo de terciopelo.

—Comienzo a pensar que esas murmuraciones no andaban tan erradas al

juzgaros —sentenció con la voz cargada de resentimiento—. A fe mía, que desde hoy no he de llevarles la contraria en nada.

Abandonó el edificio sin más saludo, con la actitud del hombre decidido a abandonar a la vera del camino un fardo que ya ha portado durante demasiado tiempo; y aliviado tras haber tomado la resolución de dejarlo allí a la intemperie, convertido en desecho, sin preocuparse de su estado ni volver la vista atrás.

La casa dormía. Inés no. Esta noche la oscuridad era un mar de angustia y desamparo. Su madre había partido para nunca regresar. Diego le había mostrado las simas más sombrías de su alma.

Cerró los ojos. Volvió a abrirlos. Podía estar a solas con el desengaño, con la tristeza amarga y negra, con los reproches. Pero no con aquel dolor que le aplastaba el pecho. No con aquel dolor.

Pensó en Pierre, entregado a su labor, también a solas. Pierre, a unos pocos pasos de distancia. Él era el único en quien se atrevía a confiar ahora, aun con sus pocas palabras y sus muchos silencios.

Pese a lo inapropiada que resultaba la presencia del gascón en su hogar, sentía que era obra de la Providencia; de algún modo, él parecía pertenecer a aquel lugar, como si hubiera encontrado el sitio que le estaba destinado...

Se incorporó en el lecho. Buscó a tientas la lámpara, la prendió. Se colocó la faldilla y, sobre ella, la saya; se recogió el pelo, ajustó sobre él una toca sencilla; acomodó y ató el sayuelo sobre la camisa, recogió las mangas de la misma; se puso las medias y los zapatos. Lo hizo todo con apresuramiento, empujada por una necesidad a la que ni podía —ni quería— resistirse.

Completado el atavío con toquilla y luz de mano, se dirigió adonde se encontraba el tirador francés. Este levantó la vista del manuscrito al oírla entrar en la estancia. La agitación de la joven resultaba evidente.

—Inés, ¿qué ocurre? Por vida mía, puedo decir que traéis malas noticias...

—Por cierto que no —replicó ella. Prefirió no considerar qué podía haber causado tal impresión a su huésped—. Más bien lo opuesto. Respondedme a algo: ¿tenéis idea de cuánto os llevará esa tarea?

Su interlocutor dejó la pluma. Alargó los brazos tras el respaldo de la silla, se agarró las manos y estiró la espalda.

—No sabría decirlos con exactitud. Dos días, tres a lo sumo. —A fe que no se le antojaban pocos. Dios sabía que aquel no era trabajo para hombres amoldados a la actividad—. ¿Por qué lo preguntáis?

—Porque ya he decidido qué hacer con el manuscrito una vez que acabéis de copiarlo.

—Decidme.

Ella agarró una silla. Hizo ademán de ponerla frente a su invitado, dejando entre ambos el escritorio. Después pareció cambiar de idea y la colocó más cercana a él, al otro lado del brasero.

—¿Nunca habéis pensado que todo objeto, toda criatura en este mundo tiene un destino propio, un lugar que le corresponde?

Al contrario. Arbús siempre había creído que cada hombre ha de abrirse su propio espacio; que el destino se fabrica, no se recibe. Pero prefirió callar por no enfriar el ímpetu de su interlocutora.

—En efecto. *Mercurio* tenía intención de entregárselo a alguien: al destinatario de su carta. Yo lo haré en su lugar.

Pierre recordó que en la misiva se mencionaba como receptor a un tal *Vulcano*; cuya identidad, por cierto, seguía siendo tan misteriosa como la del propio redactor.

—He de admitir, Inés, que esa no parece tarea fácil.

—Ni yo espero que lo sea. Pero ¿acaso es esa razón para no intentarlo? —Tomó el badil y removió las cenizas del brasero para avivar el calor—. Además... si os he de ser sincera, comienzo a preguntarme si los enigmas de la carta resultaban en verdad tan complicados. Una vez resueltos, parecían bien sencillos...

—Tal vez lo fueran. Quizás os guste llegar a las respuestas más simples por el camino más difícil.

La aludida sonrió, con el rostro aún inclinado sobre las brasas. Cuando levantó la vista, él se sintió absorbido por aquellos ojos pardos, que parecían puentes hacia un paraíso secreto.

—Debería volver a la tarea —dijo, al tiempo que hacía ademán de apartarse

—. Aún queda mucho...

Calló. Los dedos de Inés acababan de rozar los suyos.

—Tenéis razón —susurraba ahora la joven—. En ocasiones, elegimos la ruta más larga para acabar regresando a algo que estaba ante nosotros desde el principio.

Pierre supo que debía alejarse de ella. Pero le resultó imposible. Notaba el cuerpo paralizado. Su mano, por el contrario, parecía haber cobrado vida propia. Se había abrazado a la de su interlocutora, y ahora la recorría con suavidad, trazando sobre ella caminos nuevos llenos de antiguos deseos. Todos aquellos sentimientos que le rebosaban el corazón parecían haber encontrado expresión a través de sus dedos.

—Pensadlo, Inés —logró decir. Sus palabras sonaban huecas frente a aquella rendición que ya sabía inevitable—. Tal vez si me conocierais mejor...

—Ayudadme, entonces. Dejadme conoceros mejor.

Ambos se habían alzado de sus respectivas sillas. La joven no se resistió a que él la arrojara en sus brazos. Respondió a su boca, a sus manos hambrientas, a la vehemencia de su cuerpo con la avidez del suyo propio.

Si había de arrepentirse por algo, lo haría mañana. Esa noche no podía quedarse a solas con el dolor.

## IX

Inés abrió los ojos al día naciente. La luz de la aurora traía a su dormitorio la promesa de un mundo renovado, lleno de maravillas por explorar.

La madrugada la había llevado hasta costas desconocidas. La complicidad, las revelaciones y secretos compartidos habían desembocado en aquel coto de placeres tan esperados y, al mismo tiempo, tan imprevistos en su intensidad. Los había vivido con el cuerpo entregado y el alma en éxtasis, remontando el vuelo hacia la música de las esferas.

Para evitar que la casa lo sorprendiese allí al despertar, Pierre había regresado al cuarto de Albertillo. Pero este aposento aún respiraba su nombre. La joven cerró los párpados para saborear los recuerdos. Aún sentía en la piel la melodía de aquel otro cuerpo, llegado a ella como el maná, a aliviar el hambre y las fatigas de una interminable travesía por el desierto.

Tras un encuentro lleno de goces habían permanecido juntos, ceñidos en la penumbra. En aquel silencio lleno de interrogantes ambos parecían estar sellando un juramento tácito a través de sus mutuas caricias.

—Casi desearía que nunca terminases de copiar ese libro —susurró ella, rompiendo aquel largo mutismo—. Así podrías quedarte aquí día tras día, noche tras noche...

Pese a lo insensatas que resultaban aquellas frases, el gascón se tomó su tiempo para meditarlas.

Ella se mordió los labios. Temía quedar en la duda; y más aún, buscar respuestas.

—¿Y qué harás cuando eso ocurra? ¿Marcharte a ese Perpiñán desconocido que tanto añoras, en pos de sus vinos dulces y sus dulces mujeres?

Hablaba en broma, pues no conocía otro modo de abordar aquel tema que

tanta aprensión le causaba. Pero él reaccionó con absoluta seriedad.

—Si quieres que me vaya, así lo haré. Aunque, por mi parte, tan solo deseo quedarme. —Hablaban como si todo su futuro dependiera de su respuesta a aquella pregunta—. Contigo, Inés, cada día y cada noche, en esta vida y en la siguiente.

Dos días, tres a lo sumo. Ese era el tiempo que Pierre emplearía en completar su tarea. Una vez que lo hiciese volvería junto a su maestro. Y la rutina, que ahora parecía haber sido desterrada de aquella casa, regresaría.

Inés siempre había encontrado refugio en sus quehaceres diarios. Los hábitos del trabajo y el cuidado del hogar podían resultar agotadores, pero le proporcionaban cobijo y seguridad. Nunca había pensado que la idea de volver a lo cotidiano pudiese antojársele tan odiosa.

El joven gascón estaba en lo cierto. Por el bien de ambos, debían concentrarse en poner fin al asunto que ahora tenían entre manos. Aquel secreto resultaba demasiado opresivo, demasiado oneroso, demasiado amenazante. No podrían pensar en construir un futuro común si aquel libro no desaparecía antes de sus vidas.

Aún sentía el efecto demoledor que aquella lectura había causado en ella. Cierto, las palabras de Porfirio podían traer la liberación; pero la búsqueda asociada a ellas portaba consigo un grillete. Y para quedar libre de él debía completar una última indagación.

Como Pierre ya había señalado, no iba a resultarle tarea fácil. Releyó hasta la saciedad la carta de *Mercurio*, en busca de información que le permitiese comprender más sobre ese *Vulcano* al que se dirigía la misiva.

En vano. En aquel escrito no había datos sobre el destinatario, ni tampoco sobre aquel «Apolo de largos rayos, que a todos nos ilumina» al que podría recurrir en caso de necesidad.

Pensándolo bien, ¿por qué tendría que haberlos? Al fin y al cabo, el redactor había dirigido aquel mensaje a un amigo para transmitirle información sobre un libro oculto y su ubicación. Ambos se conocían; sabían de sus respectivas situaciones, de sus identidades. *Mercurio* no necesitaba

aportar tales datos en su comunicación. La posibilidad de que aquellas líneas resultasen reveladoras al respecto era de lo más remota.

Cada relectura del texto se lo confirmaba. No había nada que la acercase siquiera un paso más hacia el objetivo que se había propuesto.

Le vino a la mente aquel documento de Tonio que tantos quebraderos de cabeza le había causado. *Cerbero*, *Argos*, *Polifemo*, *Grifo*, *Minotauro*, *Esfinge*, *Medusa*. Parte de las personas ocultas tras aquellos nombres seguían resultándole irreconocibles.

Llevaba casi cinco meses intentando descifrar aquel código. A día de hoy, había logrado deducir que tras *Cerbero* se escondía algún misterioso proveedor de su difunto esposo —relacionado con la aún más enigmática *Esfinge*—, que había tenido buen cuidado en mantenerse alejado de su viuda. Tan solo había conseguido identificar con certeza al *Grifo* —su propio progenitor—, a *Polifemo* y a ese perturbador Padre Mercedario que se escondía tras el seudónimo de *Argos*.

¿Quiénes eran *Minotauro*, *Esfinge*, *Medusa*? ¿Qué los relacionaba entre sí? ¿Y cómo podía esperar resolver aquel nuevo acertijo cuando el tiempo le había demostrado que era incapaz de solucionar el antiguo?

Inés dobló la misiva y volvió a guardarla en el interior del sayuelo. Se negaba a prestar oídos a la voz del desánimo, que le susurraba que esta vez se había propuesto una labor muy superior a sus fuerzas.

El día antes de abandonar la casa del maestro Gracián para venir a la de Inés, Arbús había mantenido con Frasquillo una muy seria conversación. El batidor andaluz lo había conducido aparte para dirigirle estas palabras:

—Mira, compadre, sé que tu vida es asunto tuyo. Pero, por la sangre de Cristo, que no me tendré por buen amigo si no te digo unas pocas cosas al respecto.

Su principal cuidado seguía siendo el que ya había manifestado en otras ocasiones: le preocupaba el precio que el alma del francés habría de pagar a cambio de cargar con tantos disimulos y mentiras. Pero ahora su preocupación había tocado nuevas cotas.

—Te juro por la memoria de mi santa madre que llevo un par de días con dificultades para dormir por las noches. Y todo por culpa tuya, muchacho; que a pesar de ser tan sagaz para algunos temas, para otros no parece sino que se te cerraran las entendederas.

El gascón recordó que Enrique Formil ya le había hecho un comentario muy similar. No dejó de sorprenderle el que palabras tan semejantes provocaran en su ánimo tan distinta impresión. Las de su compañero procedían del afecto; las del medinense, del desdén. La mera intención de aquellas frases ya traía consigo el aprecio o la ofensa.

—Pierde cuidado, que todos esos ardidés han de acabar muy pronto.

En pocos días todo habría llegado a su fin. Él tendría en su posesión aquella copia del *Contra Christianos* de Porfirio que Mercurio había transcrito; se la entregaría al vallisoletano a cambio de la carta dictada por Isabelle; recuperaría su libertad y su futuro; y, probablemente, Inés lo expulsaría para siempre de su vida. El precio de recobrarle a sí mismo sería perderla a ella.

—Puede que ese «muy pronto» llegue demasiado tarde. En serio te lo digo, amigo mío. Todo este asunto me da muy pero que muy mala espina.

—No dejes que eso te afecte. Hasta con malas espinas pueden hacerse buenas sopas —bromeó el gascón—. Ve a casa y recupera el sueño, o tu Marta no ha de perdonarme que sea yo quien te mantenga desvelado por las noches.

Aunque fingiera tomárselas a chanza, lo cierto era que las advertencias del andaluz habían tocado fibras profundas.

Pierre también había sentido el hormigueo de aquellos mismos temores. Y eso que su compañero desconocía los principales detalles de la situación. Esta resultaba mucho más compleja, mucho más delicada y alarmante de lo que Frasquillo podía llegar a imaginar.

—Una última cosa, francés. Espero que al menos a ella no la enredes como a los demás. No es buen augurio andarse con embustes para con la hembra que ha de aguantarte el candil el resto de la vida. —Le puso la mano en el hombro—. Cuando yo buscaba cómo acercarme a mi Marta, un buen amigo me dio un gran consejo: «Si ha de estimarte, que sea por lo que de verdad hay en ti. Muéstrate ante ella sin engaños y ambos lo agradeceréis.»

Ahora, mientras se afanaba por concentrarse en sus tareas de copista, los ecos de aquella conversación reverberaban en el fondo de su mente. Cada día, cada hora, aquellas voces cobraban mayor fuerza. Hasta el punto de que hoy el gascón había tenido que tomarse un descanso de su labor para concentrarse en acallarlas.

¡Maldito fuera el andaluz y sus condenadas razones! Como si Pierre no tuviera ya bastante con lidiar con sus propias dudas. Los remordimientos lo asaltaban de forma cada vez más feroz, provocándole arrepentimientos anticipados por aquel pecado que aún no había llegado a cometer.

Para acabar de confundir las cosas, ahora Inés no ocupaba solo sus anhelos y pensamientos. Se había adentrado en él. Estaba en su cuerpo, en su piel, en sus entrañas, con esas sonrisas suyas que desgarraban el espíritu y esas caricias de miel y fuego que se imprimían en el alma.

Dañarse a sí mismo o herirla a ella. La respuesta a aquel dilema le resultaba hoy más amarga que nunca. Y al mismo tiempo, más sencilla.

Hasta ahora se había convencido así mismo de que la verdad era un lujo que no podía permitirse; de que revelarla suponía un gran riesgo —por lo demás, innecesario—; de que el único modo de conseguir su propósito consistía en mantener a su anfitriona en la ignorancia y arrebatarse el manuscrito sin previa advertencia; de que era inevitable traicionarla.

Pero ya no podía sostener aquella actitud. Había dejado de engañarse pretendiendo que el estigma de aquella acción no habría de marcarlo por el resto de sus días. Al fin había admitido que no deseaba cargar en su conciencia la vergüenza provocada por aquella culpa. Ningún hombre puede respetarse a sí mismo si el recuerdo de sus actos lo obliga a sonrojarse.

Había tomado una determinación. Revelaría la verdad a Inés, aun a riesgo de que la sinceridad hubiese de costarle muy cara. Sabía que no resultaría sencillo ni indoloro para ninguno de los dos.

Por tales razones prefería posponer aún aquella conversación. Antes se aseguraría de terminar la tarea a la que se había comprometido. Al menos en aquella parcela sí cumpliría su palabra. Aferrarse a aquel pensamiento le proporcionaba un mínimo consuelo.

Un día o dos, no más. Primero concluiría su labor y después abordaría

aquella confesión que tantas aprensiones le provocaba.

Las jornadas transcurrían y Albertillo seguía sin respuestas. Comenzaba a preguntarse si había hecho bien al confiar un asunto tan delicado al prometido de Matilde. A decir verdad, este no se le antojaba persona de gran sutileza.

—Si os dijo que iba a encargarse de ello, podéis tener por seguro que lo hará —le aseguró la sirvienta cuando él manifestó sus dudas—. Mi Julianico es hombre de palabra como pocos. Pues ¿no os digo que incluso ha empezado carrera para trabajar como oficial de abastos? —Aunque los susodichos oficiales fueran tratados de ladrones y truhanes en los mentideros, ella no se dignaba conceder crédito a aquellas maledicencias, que, en su opinión, tenían todas las trazas de no ser más que murmuraciones de lenguas envidiosas.

Ante semejante estado de cosas, a Albertillo no le había quedado más remedio que armarse de paciencia. Su sustituto no parecía estar realizando grandes avances en la tarea encomendada, pero se consolaba pensando que, ahora que el señor Pierres paraba en la casa sin pisar siquiera la calle, tampoco estaba en condiciones de armar ningún desaguisado.

Aquel día Matilde se llegó a él muy ufana, con los andares y el pecho ahuecado de una gallina clueca. Se quedó mirándolo con expresión misteriosa, como instigándolo a preguntar.

—¿Qué haces ahí boquiabierta? —protestó él—. Si has venido a decir algo, hazlo ya, que no tengo hoy el día para estar a las adivinanzas.

La criada lanzó un resoplido. Pocos individuos debían de darse tanta maña para hacer de aguafiestas como aquel. Pero, por las cruces del Calvario, que ella le haría participar en el juego tanto si a él le apetecía como si no.

—Atended, señor Albertillo. ¿No os dijo ya mi Julianico que esa manera vuestra de hacer averiguaciones no os llevaría a ninguna parte? Pues he aquí que tenía razón.

El oficial lanzó a la moza una mirada de pocos amigos.

Que Dios le diera paciencia. ¿Cuántos días había desperdiciado aquel desastre de hombre? Y eso que él le había insistido una vez y otra en lo

urgente que era el caso...

—¡Válgame el cielo! —exclamó Matilde—. Pues ¿qué esperabais que consiguiera con semejante forma de obrar? O, mejor dicho, de no obrar... Ved que las guerras siempre se ganaron por tomar la iniciativa, no por sentarse a esperar.

¡Mira que decirle a su prometido que el pobre había de quedarse allí plantado como una higuera, sin hacer más que observar quién entraba y salía de aquella condenada casona y vigilar por si detectaba alguna «actividad sospechosa»...! Como si una casa de cambio y contratación no fuera a producir su buena dosis diaria de negocios dudosos...

—¿Guerras? ¡Qué sabrás tú de eso! ¿Ahora te las das de mariscal de campo?

—No, señor. Que para ciertas cosas no es menester pasear el bastón de mando, sino emplear un poco de seso. Mirad que mi Julianico es hombre de carne y hueso, y no una figurilla de hornacina. Además, ¿de qué aprovecha quedarse ahí parado como un pasmarote?

Albertillo torció el gesto. Si fuese más dado a recelar la malicia ajena, a esas alturas ya sospecharía que su interlocutora lo instigaba para hacerle perder la calma. Y a fe que lo estaba consiguiendo.

—Ya veo. Todas esas parrafadas vienen a decir que está harto de la tarea y busca excusa para librarse de ella.

—Aburrido sí que anda. ¿Y cómo no había de estarlo? Pero eso de las excusas... Se echa de ver que no lo conocéis bien; que, de otro modo, jamás se os vendría a las mientes tan absurdo pensamiento. Sabed que, mientras vuestro asiento de aprendiz os tenía caliente, seco y seguro dentro de la casa, él se enfrentaba a los aceros y las balas, comía lo que alcanzaba a garbear y dormía en campaña rasa ya fuese invierno o verano; todo por una paga de miseria, que las más de las veces no se sabía si iba a llegarle o no. ¿Y creéis que rezongaba por escapar de su servicio? No, señor, ni una sola vez. Aunque, por cierto...

—Bien le está —la cortó el oficial, francamente molesto ante la diatriba—. ¿Me dirás de una vez a santo de qué vienes a interrumpirme? Pensaba que traías algo que contar, pero empiezo a dudar...

—Pues dejaos de dudas, que ni aquel santo Tomás tuvo tantas como vos, y escuchadme. —Ahora que ya había mantenido a su interlocutor expectante un buen rato, pasó por fin a tratar el asunto—. Estaréis de acuerdo en que de nada sirve quedarse papando moscas cuando se las puede agarrar en el puño. ¿Cierto?

—¿Agarrar en el...? —No terminó la frase. Su rostro había pasado de la incompreensión a la más terrible desconfianza—. Matilde... ¿qué intentas decir? ¿Qué ha hecho ese hombre?

—No mucho, en realidad. Pongamos que, en lugar de quedarse plantado esperando por si aparecía algo relacionado con el señor Pierres, decidiera entrar a preguntar...

—¡Dios misericordioso! ¡No, no, no, no! ¡No!

Era peor, mucho peor de lo que había temido. Los ambages de la sirvienta le habían llevado a imaginar que aquel zascandil se había limitado a quedarse de brazos cruzados. En lugar de eso, lo había arruinado todo.

¡Lo intuía, vaya que sí! Nunca tendría que haber confiado en aquel individuo. Pero ya era demasiado tarde para quejas y recriminaciones. Todos sus afanes se habían ido al traste. Todo había quedado...

En su consternación, no advirtió que la moza se sacaba algo del delantal. Lo dejó sobre la mesa en la que él trabajaba. Era una carta sellada.

—¿No decíais que vuestro hombre usaba de aquellas oficinas para mandar y recibir mensajes? —preguntó con una sonrisa de triunfo—. Ahí tenéis uno de ellos. Que os aproveche.

Inés contempló largo tiempo la misiva que Albertillo le había entregado, sin decidirse a tocarla. El corazón le aseguraba que aquella lectura quebraría algo dentro de ella, de modo definitivo e irreversible.

—Tal vez preferíais quedaros a solas para abrirla —había sugerido su oficial con un tono que no dejaba lugar a la duda ni a la esperanza.

Venciendo su renuencia, tomó asiento. Atrajo hacia sí el documento con cierta repulsa. El lacre roto se le antojaba una mancha ignorada de sangre seca que nadie se preocuparía nunca por limpiar.

—¡Santa María! —Las primeras frases la obligaron a soltar el papel y enterrar el rostro en las manos—. ¡Oh! ¡Virgen Santa! —Al instante las cruzó sobre el pecho, como si necesitara sostenerse con ellas el corazón—. ¡Virgen Santísima! —Se las llevó al vientre, contraído y mancillado. Encogida sobre sí misma, imploró—: ¡Ten piedad! ¡Ten piedad de mí!

No sabría decir cuánto permaneció así, abrazándose las rodillas, con el cuerpo sacudido por los sollozos. Las verdades que se saldan en lágrimas precisan de tiempo para recoger su pago.

Cuando al fin consiguió recuperar el dominio sobre sí misma, se enjugó los párpados y las mejillas. Se puso en pie con esfuerzo, apoyándose sobre la mesa. Notaba las piernas débiles, el pecho oprimido, calcinado el corazón. Su interior se había convertido en cenizas y escombros.

Pero debía recomponerse para la tarea que la aguardaba. Hubiese sido fácil huir, encerrarse en sus aposentos y ordenar a Albertillo que se hiciese cargo de la situación. La tentación de hacerlo así resultaba abrumadora; razón de más para resistirse a ceder ante ella.

No. Inés Ramírez debía resolver en persona aquel problema. Solo ella podía convertir la humillación en un ejemplo de fortaleza.

Cuando su anfitriona se presentó ante él, arrasados los ojos y la respiración estremecida, el tirador gascón comprendió que la joven acababa de pasar por un gravísimo trance. Su aspecto evocaba el de una rediviva recién salida de la tumba.

—Inés, ¿qué ocurre? —inquirió alarmado.

—Lo que ocurre, señor Arbús, es que vuestras respuestas llegan por boca de otro. El engreído que se vanagloria de sus propias mentiras termina por confesar las ajenas.

Así diciendo, le arrojó al regazo del francés un pedazo de papel. Este lo desdobló. Era una carta remitida a él, escrita por Enrique Formil.

Todo estaba allí. Lo que él tenía intención de revelar, con palabras brotadas del corazón y la franqueza por lenguaje, se hallaba en aquellas líneas, envuelto en malevolencia, aspereza y crueldad.

—Inés... —musitó, sin saber qué decir—, yo...

—¡No os atreváis a negarlo! —lo interrumpió ella—. No he venido aquí a oír vuestras excusas. A decir verdad, no quiero volver a escuchar una sola palabra vuestra, nunca más.

Aunque luchaba por mantenerse entera, no pudo evitar que unas lágrimas poco dignas asomaran a sus ojos. Se las enjugó con gesto enérgico, pasándose por los párpados el dorso de la mano.

—Marchaos, señor Pierres, y llevaos con vos esa carta de Satanás. Maldigo la hora en que llamasteis por primera vez a mi puerta.

Cuando el francés abandonó la estancia, Inés se dejó caer sobre una silla y enterró el rostro entre las manos. Temblaba de la cabeza a los pies.

Había luchado tanto para erguirse y mirar al mundo de frente... Se había resistido a encarnar las virtudes silenciosas e invisibles que se esperaban de una mujer.

Tras adularla por ello —como la serpiente en el jardín del Edén—, el gascón había obrado como los incontables varones que, desde el inicio de los tiempos, habían embaucado a innumerables hembras. La había burlado con toda impunidad; y ella se había dejado deslumbrar por esas falsas lisonjas que solo ocultaban crueldad y desdén.

Ahora su honra dependía del joven Arbús. Si este mantenía en secreto lo ocurrido, ella no sufriría el ataque de la común opinión. De lo contrario, su historia no diferiría de las de tantas otras jóvenes que habían acabado siendo objeto de vilipendio en los púlpitos y de mofa en los mentideros; a las que las vecinas rehuían, los vecinos hostigaban y las madres usaban como ejemplo para atemorizar los corazones de sus hijas.

Pierre se había marchado dejándola herida en el alma. Ahora ella debía esforzarse por mantener la cabeza alta.

Albertillo escoltó al gascón en su camino a la salida. Cuando se disponía ya a traspasar el umbral, este se giró hacia el zagal para decirle:

—No apartes los ojos de Inés, muchacho. Por tu vida y la suya, no te separes de ella un instante.

—No necesito consejos vuestros —respondió su interlocutor, con el rostro rígido como una máscara—. En esta casa nos preocupamos por atender a nuestra señora, igual que ella se preocupa por cuidarnos a nosotros.

Intentó empujar al visitante fuera de la vivienda. Este no se lo permitió.

—¿Aún no lo entiendes? Has cometido un gran error. Sé que fuiste tú quien le dio esa carta. Y sé que lo hiciste con intención de protegerla. Pero has conseguido justo lo contrario. —Había aferrado al mancebo por la muñeca. Albertillo probó a soltarse, pero le resultó imposible—. Vuelve a leerla; una, mil veces, hasta que comprendas de lo que hablo. Y entonces ven a buscarme.

—Recuerda mis palabras, muchacho, o todos habremos de lamentarlo. Tal como están las cosas no va a resultar fácil mantener a tu patrona a salvo.

El interpelado se irguió.

—Mi señora Inés solo se sentirá a salvo el día en que alguien venga a anunciarle que habéis abandonado este mundo.

Su interlocutor reaccionó a aquellas palabras con una sonrisa sombría.

—Pierde cuidado. Puede que no falte mucho para eso.

Pierre había abandonado la vivienda de Inés sin presentar batalla. La joven estaba herida de gravedad. Nada de cuanto él hubiese podido confesar habría servido para remediar aquel estado, aunque sí para empeorarlo. En aquellas condiciones las palabras no servían como medicina, sino como veneno.

Le debía al menos el retirarse con discreción. Había vulnerado su corazón, no deseaba lastimar también su honra. La dignidad puede sobrevivir al llanto privado, pero no a la risa pública.

Su conversación con Albertillo le había servido para confirmar sus sospechas: el zagal había sido el causante de todo. Había descubierto su correspondencia con Enrique Formil; y, aprovechando su encierro en la casa, se había hecho con la última carta enviada por el medinense.

La lectura de aquel mensaje no invitaba a la calma. Su redactor no admitía

demora: Arbús debía entregarle el manuscrito en el plazo convenido; lo que implicaba que Almanegra estaría a punto de llegar a la villa, si es que no se encontraba ya en ella.

Había que actuar de inmediato, sin tiempo para preparar una estrategia. Le quedaba el único remedio al que puede recurrir un hombre desesperado: combatir el fuego con el fuego.

## X

Pierre había sido expulsado de casa de Inés. Pero, en aquel estado de cosas, no podía regresar a la de su maestro. Necesitaba disponer de sus noches y sus días, sin tener que justificar sus ausencias ni permanecer amarrado a la prensa durante largas jornadas de trabajo.

Por fortuna, la villa complutense no andaba falta de mesones ni hospederías, visitada como era de continuo por escribanos, negociantes y escolares. No le llevó demasiado encontrar habitación. Tuvo la suerte de hallar un lugar regentado con aceptable limpieza, y de obtener allí una cama no demasiado incómoda. Negoció esta por seis maravedíes diarios a condición de ocuparla solo, sin compartirla con otros dos o tres parroquianos, como solía ser norma en tales sitios.

Mientras se aligeraba de las alforjas deseó que le resultara igual de fácil descargarse de ese otro bagaje que le lastraba el ánimo.

«Mi señora Inés solo se sentirá a salvo cuando alguien venga a anunciarle que habéis abandonado este mundo», así lo había despedido Albertillo. Esas palabras le habían abierto una herida capaz de desangrar el alma.

«Hazme un favor. Dime que ha muerto. Eso es todo lo que pido.» Aquellas eran las frases que la esposa de Étienne pronunciara en su día, y que Pierre portaba desde entonces como una cicatriz invisible. Había intentado guiar su existencia para no tener que cargar jamás con esa cruz: la de arrastrar a otro ser humano a tal estado.

Apretó los párpados y se los restregó con las manos. Aquel no era momento de lamentaciones, aún no. Ya tendría tiempo para lidiar con ellas más adelante... si es que escapaba a salvo de lo que se avecinaba.

En las calles y plazas de la villa febrero había ido avanzando sin hacerse notar, como un peregrino demasiado fatigado para dejar constancia de su paso. Pero el invierno que teñía de sombras el corazón de Inés no pasaría de largo sin imprimir huella.

Pierre la había dejado con el alma en ruinas. Ella era la única capaz de reconstruirla. Debía seguir respetándose a sí misma... aunque él, ellos, la entera villa y el mundo en pleno dejasen de hacerlo.

Mostraría a todos que no era esa criatura insignificante, hecha para la obediencia y el silencio, en la que familiares y vecinos insistían en convertirla. A lo largo de los años, muchos de ellos la habían ido hiriendo con el desdén, usando la palabra como arma.

El gascón había utilizado una táctica mucho más devastadora. Al contrario que los demás, se había servido del discurso para fingir reforzar las convicciones de la joven con falsos andamiajes; hasta que ella, engañada, había aprendido a apoyarse en estos. Descubierta el engaño, Inés había caído arrasada, arrastrando consigo sus ilusiones. Él la había aniquilado no con sus frases, sino con sus omisiones y silencios.

Cada vez que rememoraba el contenido de aquella carta, el pecho parecía a punto de estallarle. ¿Cómo había podido ser tan necia? Enrique Formil... Suave, falso y sinuoso cual serpiente, con su afabilidad y su indeleble sonrisa...

«Impenetrable como una esfinge.» Así lo describía Tonio; con razón.

Inés había necesitado de una carta —leída para dolor del corazón y vergüenza del espíritu— a fin de averiguar que el medinense era quien se ocultaba bajo aquel sobrenombre, la *Esfinge*, en los documentos de su difunto esposo. Y que aquel extraño «I» al que hacían referencia los papeles correspondía a la voz huida de las llamas: la obra condenada de Porfirio, tan codiciada y que tantas desdichas causaba a su paso.

Resuelta aquella incógnita, cabía sospechar las identidades de los otros dos nombres relacionados con ella. El *Minotauro* encerrado en su laberinto —«cabeza» y «receptor» que jamás había tratado con Tonio en persona— aludía probablemente a Benito Boyer, el magnate al que Formil representaba. Aquel pensamiento resultaba alarmante. Si alguien con tales riquezas, poder y

medios insistía en hacerse con aquel manuscrito, costara lo que costare, ¿cómo iba a poder ella impedirlo, con sus pobres fuerzas? Imaginando, por supuesto, que actuase por sí solo; pues un hombre de tal posición bien podía estar operando en nombre de otros aún más principales que él...

Ahora, por fin, comprendía todas las implicaciones de su primer y perturbador encuentro con aquel desconocido; su referencia a esos «negocios importantes» que su difunto marido había dejado pendientes: «Se comprometió a conseguir para nosotros *De Viris Illustribus* de san Jerónimo. ¿Os lo dejó a vos?»

Siempre había sentido la convicción de que ese hombre aterrador, con sus pupilas petrificantes como las del monstruo mitológico, era heraldo de grandes males. Aunque ahora sabía que él no era el único capaz de traer consigo el infierno.

Inés había recorrido un largo camino desde su primer encuentro con aquel individuo, ocho meses antes; lo bastante para haber aprendido que en este mundo no escaseaban voluntades dispuestas a atizar los fuegos del averno.

El oficial Gabriel de Aguilar no se sentía satisfecho en absoluto. Se había convencido de que los rumores y la maledicencia destruirían a la viuda de Lozano, de que él vería así allanado el camino para hacerse con el taller de su antiguo maestro. Ahora comprobaba que sus cálculos resultaban del todo equivocados.

Por cuanto se murmuraba entre los cofrades del gremio, no eran pocos los que se mostraban dispuestos a ensuciarse desposando a aquella hembra de reputación mancillada a cambio de convertirse en dueños de su negocio.

—La ropa manchada en casa se limpia —había declarado anoche mismo uno de sus compadres, con el aliento agriado por el vino de odre—. A una hembra como esa le basta con tener marido que no la deje volver a pisar la calle. Con eso y sus misas de a semana yo os digo que pronto queda pulcra como una patena.

—Bien dices —corroboró otro de los presentes—: permanezca de puertas adentro, con pan blando y mano dura; que así ha de quedar ella reparada y

contento el esposo.

El oficial De Aguilar nunca había considerado que la inmundicia ajena sirviese para lavar las manos de la ambición propia. Ahora, sin embargo, comenzaba a considerar las ventajas de aquella posibilidad que antes le provocara tanta repugnancia. A veces para llegar a buen destino hay que transitar por caminos embarrados.

La voluntad del Altísimo puede manifestarse mediante vías tortuosas. Hasta hoy se preguntaba, no sin cierta acritud, por qué Dios había puesto en su camino a una mala yegua como Inés Ramírez.

Ahora recibía la respuesta: tal vez porque, en Su perfecta omnisciencia, Él sabía que Gabriel era el único capaz de domarla.

La buena de Matilde no alcanzaba a comprender las razones de lo ocurrido. Sabía tan solo que la patrona había expulsado al señor Pierres de la casa; y que, aunque se esforzara por poner al mal tiempo buena cara, la pobre era la viva imagen de la desolación.

Solo podía sospechar que el francés, con toda su galanura y buena fachada, debía de andar metido en asuntos feos. De ser ese el caso, la señora había obrado muy requetebién al echarlo. Por mucho que aquello le hubiera costado sus buenas lágrimas, más vale el llanto en la cara que la vergüenza en el corazón.

Iba sumida en estas reflexiones cuando oyó que alguien la llamaba por su nombre. Era Isidra, que acababa de salir de la vivienda de su amo, el librero Diego de Jaramillo.

—Hoy no, comadre, que voy con prisas —gritó en dirección a su compañera de oficio. No guardaba buena memoria de su última conversación con esta. Había escapado de ella con un profundo espanto en el pecho y una moradura que aún le lucía en el brazo.

Pero la aludida no hizo caso. Al contrario, apretó el paso y la alcanzó a la carrera.

—¿Adónde vas, que tanto te apremia? —resopló—. Aguarda, boba, que traigo una cosilla para ti.

Matilde notó que la recién llegada le ponía algo en la mano; un objeto de pequeño tamaño, duro y frío. Tuvo un estremecimiento.

—¿Qué me das? ¿Qué es esto?

—Pues ¿qué va a ser? ¿No te dije acaso que mi señora te prometía buenas ganancias por tus servicios?

La interpelada abrió la mano. En su palma brillaba un anillo bien macizo, con su hermosa gema engastada en el metal centelleante.

—Tendrías que haberlo visto. ¡Menuda mudanza, la del señor Diego! ¡No parece sino cosa de magia! De venerar a tu señora ha pasado a aborrecerla cual si fuera su enemiga jurada. Con decirte que no pierde ocasión de ponerla como hoja de perejil...

—Alégrate, socia. Cada quien recibe lo que merece. Tú hiciste un buen trabajo; y la buena labor, bien se paga.

Su interlocutora se cuidó muy mucho de objetar. Superados los últimos reparos, dio media vuelta y se alejó sin decir esta boca es mía. Y aprovechó, por cierto, para guardar el anillo a buen recaudo.

Tras los últimos acontecimientos, las sospechas de Inés no podían sino ir en auge. Lo que había comenzado como un mero recelo estaba cerca de convertirse en certidumbre: la obra de Porfirio se encontraba maldita; y condenaba a todos aquellos con quienes entraba en contacto.

Ella ya había pagado un alto precio. Aquel libro le había arrebatado casi todo lo que sentía cercano al corazón. Tan solo había dejado a salvo su negocio, lo único a lo que ahora podía aferrarse para cultivar el respeto ajeno y los afectos propios.

Aquel día se alzó de la cama decidida a pasar la jornada entera en la mesa de encuadernar. El pobre Albertillo llevaba ya un tiempo enfrentándose al desafío que suponía el encargo de los condes de Tendilla sin recibir ninguna ayuda ni emitir queja alguna.

El muchacho se había levantado muy temprano, según su costumbre, y había comenzado la tarea sin aguardar a que ella se le uniese. Había humedecido la piel que usaría para las cubiertas y, tras preparar las láminas

de pan de oro, ahora calentaba las ruedas para el gofrado. Tarareaba para sí una hermosa cancioncilla, triste como una despedida. Pero se dejó de músicas apenas vio aparecer a la patrona.

—Continúa si quieres. —A diferencia de Gabriel, que exigía a su antiguo aprendiz trabajar en completo silencio, a ella no la incomodaban aquellas melodías.

—Ya no me apetece —respondió el zagal, sonrojándose cual si hubiese de excusarse por haber cometido una infracción.

—Como prefieras.

Sin añadir más, Inés se dirigió a la mesa que había junto al ventanal y comenzó a inspeccionar el trabajo de su oficial.

—Tienes dedos de artesano y ojos de pintor —declaró. Su interlocutor respondió con una sonrisa que dejó al descubierto sus incisivos cándidos y distanciados.

—Eso de los ojos... no sabría decirlo. Pero en lo de las manos no os falta razón. Mi señor abuelo siempre menciona que el Creador me puso en ellas todo el ingenio que me quitó de la sesera.

—No es mal aforismo... para otros. Aunque, en lo que a ti respecta, hay que reconocer que tu abuelo acierta un golpe y yerra dos.

Albertillo reaccionó a aquellas palabras con franca extrañeza.

—¿Y eso por qué?

—Porque los cielos te han bendecido con unas manos extraordinarias. Pero también con una mente que no desmerece de ellas.

Tras aquella breve conversación, ambos volvieron a la faena con el corazón más ligero. Inés tomó el inventario que le entregara el enviado de la casa de Tendilla. Reparó de nuevo en aquel detalle que tanto le llamara la atención la primera vez: el contraste entre las dos caligrafías del documento.

Entrecerró los párpados, pensativa. Las anotaciones más antiguas, con sus trazos cuidadosos y elegantes, le resultaban de algún modo familiares...

Se puso en pie con el registro en la mano. Acababa de caer en la cuenta. ¡Dios bendito! ¿Era posible...?

Se dirigió a su escritorio. Inspeccionó las llaves del cinturón, que parecían empeñadas en resbalar de entre sus dedos como si hubiesen cobrado vida

propia. Localizó la que buscaba y la introdujo en la cerradura que daba acceso a los cajones secretos del bargueño.

Colocó sobre el tablero el inventario de Tendilla y la copia de Porfirio realizada por *Mercurio*. Después extrajo de entre sus ropas la carta que este dirigiera a *Vulcano*.

Inés levantó la vista y elevó a los cielos una oración de agradecimiento. Allí estaba el rastro que tanto había buscado. Lo había tenido ante sí desde hacía tiempo, sin ser capaz de percibirlo. Pero ahora que la venda había caído de sus ojos, al fin veía ante sí el camino que la llevaría a desvelar la identidad de *Mercurio*.

Pierre había esperado no volver a encontrarse nunca frente al san Cristóbal de la Tapia. Por cuanto parecía, los cielos habían concebido designios muy distintos a los suyos.

Como todo hombre, desconocía el alcance y las trazas de los planes divinos. Solo podía rezar por que resultasen más prometedores que los suyos. Sabía únicamente que tenía una deuda que saldar. Inés la había pagado en lágrimas; él lo haría en sangre.

Se había dirigido allí con la intención de presentar su historia al Padre Mercedario. Intuía que aquel hombre —acostumbrado a las frecuentes mudanzas de fortuna a que se enfrenta todo individuo encargado de conducir y corregir a otros— se mostraría menos reacio a creerle que cualquiera de sus esbirros. Por desgracia, pronto le quedó patente que no habría de conseguir el encuentro que él buscaba.

Lo detuvieron a la entrada misma del edificio. Tras conducirlo a una especie de almacén angosto y maloliente, lo encerraron allí. Pasado un tiempo se personó en el lugar Joaquín de la Hoz, acompañado por otro espadachín de menor envergadura pero igual de malencarado.

Cuando el francés comenzó a exponer las razones de su venida, *Polifemo* lo cortó de cuajo.

—Cuanto queráis contarle al Padre Mercedario podéis decírmelo a mí. —Concentraba en su único ojo desdén de sobra para dos pupilas—. Haceos

cuenta de que a través de mí habláis a sus oídos.

—Se echa de ver que sois dado a usar las orejas para estos y otros menesteres —repuso el visitante, en alusión a las recientes pérdidas que el jayán había sufrido en aquella parte de su anatomía—. Pero el asunto que traigo no requiere solo de los oídos de vuestro patrón, sino también de su cerebro. Y me temo que en eso no podéis suplantarlos.

Lejos de enojarse ante aquellas palabras, el aludido se encogió de hombros.

—Andaos con cuidado, señor poetastro. Entre nosotros, cualquiera diría que sois vos quien no acierta a usar bien el caletre. Estos oídos que aquí veis son los únicos dispuestos a escuchar vuestras jácara. Sin ellos sois hombre mudo.

El gascón maldijo para sus adentros. Tratar asuntos de tal delicadeza y gravedad con aquel gigantón se le antojaba una invitación directa al fracaso. Tanto le hubiera dado intentar manejar una prensa con las manos atadas al cuello.

Pero las circunstancias obligaban. Y no hay empuje más poderoso que el de la necesidad.

Solo había esperar que su interlocutor no reaccionase con excesiva rudeza. Dios sabía que fiarse a la cordialidad de aquel carnicero era una apuesta desesperada.

—Lo que tengo que deciros no va a gustaros... al principio. Pero escuchadme de todos modos. —Ojalá aquel inicio sirviese para contener el previsible enojo de su oyente—. ¿Recordáis que en su día me comentasteis que podríamos sacar buen provecho si convencía a la viuda de Lozano para continuar en el negocio de los naipes?

—Recuerdo que antes de haceros la propuesta tenía a esa hembra por necia y a vos por persona sensata. Vuestra respuesta me demostró que erais tan majadero como ella.

El matachín había desviado la vista como prueba del nulo interés que le suscitaba el recién llegado. Se concentraba ahora en desprender con la uña del meñique la mugre adherida bajo la del pulgar.

Era el momento de lanzar el anzuelo. Y de rezar por salir bien parado del lance.

—¿Y si os dijera que cambié de idea y después conseguí que la viuda hiciera lo mismo?

Aquellas palabras lograron que Joaquín de la Hoz volviera la mirada hacia el visitante. Su ojo derecho rezumaba desconfianza.

—¿Insinuáis que esa hembra está dispuesta a hacer tratos de nuevo? ¿Pese a hacer ver que nunca cerraría otro negocio con nosotros?

—Dispuesta está, por cierto que sí. No he dicho que fuera con vosotros.

Como se temía, el jayán no reaccionó con cortesía ante aquella declaración. Indicó a su secuaz que bloquease el acceso a la puerta y echó mano a la daga.

—Mala elección, a fe mía. Para ella y para vos. —Empujó al gascón contra la pared y desenvainó el acero—. Venir aquí con esas noticias... Voto a Dios, que tenéis redaños. Pero poco van a duraros en su sitio.

—Habéis dicho bien. —Pierre esperaba mostrarse convincente. Le iba en ello la vida—. Es la peor elección para todos. ¿Por qué creéis que estoy aquí?

—¡Que me aspen si lo sé!

El matarife se había detenido. Conservaba aferrada el arma, pero ahora parecía vacilar sobre si utilizarla o no.

—¿Y si os contara que el nuevo socio de la viuda es hombre más avariento de lo que conviene al caso? Imaginad que su comisión por mis servicios no me hiciese justicia. Tal vez el Padre Mercedario estaría más dispuesto a reconocer mis méritos y recompensarlos como se merecen.

—¿Insinuáis que habéis venido para traicionar a vuestra hembra? ¿Vos, señor palomo? ¿Y pretendéis hacerme tragar esa historia?

—No hay traición donde hay ganancia. Ya os lo he dicho: aunque se obstine en negarlo, traer aquí el negocio es lo mejor para ella. ¿Y qué mal hay en que resulte también preferible para vos y para mí? —Comprobó que los recelos que ensombrecían el rostro de su oponente se iban disipando. Lanzó el golpe final—: Ayudadme a acabar con ese competidor y todos saldremos beneficiados.

—¡Por vida de Satanás! ¿Me estáis diciendo que un hombre planea entrar aquí a la fuerza? ¿En la casa donde vive mi Matilde? ¡Voto al cielo y al

infierno, que eso no ha de ocurrir!

Albertillo no respondió. Su interlocutor parecía necesitar de tiempo para lidiar con su furia. Prefirió dejar que agotara sus exabruptos, aun a costa del menaje de la cocina, antes de proseguir.

El muchacho se había hecho el firme propósito de ignorar todo cuanto el señor Pierres le había dicho al despedirse. ¿Por qué prestar oídos a alguien tan poco digno de confianza? Sin embargo, la duda le socavaba el ánimo sin concederle tregua. ¿Y si con aquella actitud se perjudicaba a sí mismo, o a la señora Inés? ¿Qué daño había de hacerle repasar la maldita carta? ¿Qué podía haber en ella que no hubiese visto ya?

Al fin, venciendo sus escrúpulos, se animó a examinarla de nuevo. La primera lectura le había provocado disgusto e indignación. La segunda, realizada desde muy distinta perspectiva, produjo un resultado muy diferente. Se sintió como si tuviese serpientes en el estómago.

Superada la ofuscación que nace del despecho, veía la terrible amenaza contenida en ciertas frases. «Mi hombre recogerá el encargo en la fecha indicada. Es preferible que seáis vos quien se lo entregue, para que no haya de acudir a buscarlo al taller.»

—Si el señor Pierres no les da lo que quieren, vendrán a buscarlo aquí —repitió, cuando constató que el tal Julián Díaz se había aplacado lo bastante como para volver a prestarle oídos—. Y ya os digo que ese demonio no es individuo que se preste a respetar esta casa ni a sus mujeres.

«Vuelve a leer hasta que lo entiendas. Y entonces ven a buscarme.» Así se había expresado el tirador gascón antes de abandonar la vivienda. Ahora el mozo comprendía. Pero el francés le seguía inspirando demasiada desconfianza para acudir a él, incluso en tan peliaguda situación. En su lugar había preferido dirigirse al prometido de Matilde. Al fin y al cabo, este era hombre de armas, de espíritu valeroso, versado en luchas y estrategias.

—¡Juro por Cristo que ese hideputa no ha de poner un pie dentro de estos muros! —bramó su oyente, que en estos momentos no parecía estar de humor para astucias tácticas—. ¡Por Santiago, más le vale no acercarse por aquí si no quiere acabar con los hígados en el suelo...!

—¿Acercarse por aquí? ¿En eso consiste vuestro plan? ¿En esperar a que

venga para salirle al encuentro? —replicó Albertillo, que comenzaba a sentirse hastiado de bravatas sin propósito—. Os tenía por hombre de acción; de esos que afirman que las guerras se ganan por tomar la iniciativa, no por sentarse a esperar.

Su invitado soltó una carcajada.

—¡Voto a Dios que ya me va pareciendo que sois varón de buen juicio! Ahora habláis como un soldado, no como un escribanillo de media pluma.

Recorrió la estancia a trancos, con aspecto de estar sopesando las opciones. En uno de los trayectos aprovechó para acercarse a la mesa y engullir un par de torreznos del plato que Matilde había dejado sobre ella.

—Bien decís, a fe que sí. De nada nos aprovecha sentarnos de brazos cruzados —recapituló mientras masticaba. Dicho lo cual, concretó—: Pues conocemos el aspecto de ese individuo y sabemos el lugar en el que para, yo digo que lo busquemos allá. Veamos de seguirlo y comprobar adónde nos lleva. Así podremos sorprenderlo y hacerle frente a nuestra mayor conveniencia.

—Sed bienvenida, hija mía. —Eusebio Vázquez recibió a Inés con franca cordialidad—. Me alegra que encontréis tiempo entre vuestras ocupaciones y cuidados para atender las cuestiones espirituales. No olvidéis que la oración y el ejercicio de la fe negocian con Dios por vía de la misericordia.

—No lo olvido, tenedlo por seguro.

El jesuita la contempló un instante en silencio.

—Decidme, ¿a qué obedece vuestra visita? —Ignoraba si su interlocutora había acudido a él con el deseo de abrir el corazón en humana conversación o de sincerarse en confesión ante el Señor—. ¿Deseáis conversar conmigo o tratar con Dios por el santo sacramento de la penitencia?

—Veremos, padre. Tal vez ambas cosas.

El sacerdote se inclinó hacia ella, invitándola a proseguir. Sospechaba que la muchacha buscaba una oportunidad para desahogarse. Su madre lo había hecho en aquella misma estancia; aquello había dado inicio a una experiencia devastadora que sin duda aún sofocaba el alma de la joven. En circunstancias

como aquellas, incluso el más fervoroso de los creyentes podía caer en la flaqueza de obstinarse en llevar la contra a la voluntad divina.

—Os escucho. Podéis hablar sin temor ni reservas. Pensad que este santo lugar se ha creado para proporcionar sosiego a los espíritus afligidos.

—Oídmeme, pues. Aunque habéis de saber que no es sosiego lo que busco.

La tranquilidad de espíritu solo está al alcance de quien ha firmado la paz consigo mismo y con toda la Creación del Altísimo. No era ese su caso.

—Lo entiendo. Es algo prematuro hablar de calma cuando aún resuena la tormenta. Daos tiempo, hija mía. Con él se os abrirán de nuevo los caminos de la esperanza.

Su oyente desvió la vista. Se le antojaba que dichos senderos no le resultarían fáciles de encontrar.

—El tema del que vengo a hablaros es... de muy distinta índole —comentó con voz ahogada—. Guarda relación con la biblioteca de los condes de Tendilla.

Recordaba que, pese a no mantener trato alguno con las señoras de la casa, el jesuita sí había sido capaz de apelar al responsable de custodiar sus libros. Si conocía al actual depositario de ese cargo, tal vez pudiese proporcionarle datos sobre el anterior.

Al escuchar aquello el rostro de su confesor cambió por completo.

El tono de aquella respuesta parecía mostrar que el buen sacerdote no solo conocía al susodicho, sino que incluso había mantenido con él lazos de estrecha camaradería.

Inés sintió una sacudida en el estómago. Tal vez su interlocutor podía arrojar más luz sobre aquel oscuro asunto de lo que ella había supuesto al principio.

Decidió arriesgarse a dar un paso más. En el peor de los casos, el padre Eusebio no comprendería la referencia y ella aún dispondría de espacio para retroceder.

—Me gustaría saber más sobre *Mercurio*, eso es todo.

El clérigo quedó conmocionado por aquellas palabras.

—Ese nombre...

Solo dos almas vivientes sabían de aquel apelativo: su antiguo patrón, don

Alonso de Mendoza, y él mismo; sin contar, por supuesto, al malhadado Damián...

Bien podría tomarse aquello por magia o brujería. Pero él conocía bien a aquella muchacha. Podía asegurar, sin la menor sombra de duda, que la joven era libre de toda sospecha.

—Vos lo tratasteis... a *Mercurio* —dedujo, en una inflexión que vacilaba entre el interrogante y la afirmación.

El jesuita se había alzado. Tenía la vista clavada en el crucifijo de la pared contigua. Caminó hacia allí con sus pasos renqueantes y los brazos cruzados sobre el torso, como si lo hubiese alcanzado una inesperada ráfaga de frío.

—¿Podrías hablarme de él? —lo apremió su visitante.

La joven tragó saliva. Reunió fuerzas para dar el último paso.

—O, si lo preferís, tal vez podáis decirme algo sobre *Vulcano*...

El padre Eusebio se volvió hacia su interlocutora. Por primera vez, ella vio expuesto al hombre cuyo corazón latía bajo la sotana.

—¿A qué viene esto, Inés? ¿A qué?

Salvó con sus andares torcidos la distancia que los separaba. Y, tomándola de los hombros, la obligó a levantarse de su asiento. Ella no se resistió.

Acababa de tener una revelación. El dios pagano del fuego y los metales, asociado a la fragua, esposo de Venus, era... cojo.

Pese a su silencio, la expresión del clérigo equivalía a una confirmación. Lo había tenido ante ella... todo el tiempo. Había atravesado mares y desiertos para encontrar una respuesta que siempre había estado al alcance de su mano.

—Esos nombres, Inés —exigió su confesor, manteniéndola asida con una fuerza insospechada—: ¿Cómo han llegado hasta vos? ¡Decídmelo!

—Os lo mostraré.

Se retiró un paso. Él la dejó ir. Permaneció unos instantes sin moverse, con los brazos caídos y el cuerpo en tensión. Pero al comprobar que la muchacha echaba mano al lazo del sayuelo, se persignó y retrocedió sobresaltado.

—¡Dios bendito, hija mía! ¿Qué demonio os confunde? ¡Teneos al...!

Se calmó al constatar que su visitante tan solo pretendía extraer de allí una carta. Estaba ajada por el uso.

—*Mercurio* dejó esto para vos.

En cuanto comenzó a repasar la misiva, Eusebio Vázquez hubo de tomar asiento. De repente sus piernas se negaban a sostenerlo.

Terminada la lectura dirigió a su acompañante una mirada espantada, llena de incredulidad. Tenía el aspecto de un hombre maltrecho.

—Inés... ¿cómo es posible...?

La joven se arrodilló ante él.

—Escuchadme, padre, porque he pecado —rogó—. Oídme ahora en confesión.

## XI

Corrían otros tiempos. Días de vino y de noches en vela, lances de acero y conquistas galantes. En aquel entonces los dos camaradas más íntimos de Eugenio Vázquez lo denominaban *Vulcano*, en alusión a la cojera causada por el incidente de la viuda veneciana.

A Damián Pérez lo apodaban *Mercurio* por su diligencia, eficacia y buen talante. En todo ello se asemejaba al mensajero y mediador de los dioses, que recorría veloz la Tierra y los cielos gracias a sus alígeras sandalias.

El protector de ambos, don Alonso de Mendoza, se había bautizado a sí mismo como *Apolo*. Tal apelativo resultaba más que apropiado para aquel joven ilustre, resplandeciente por su linaje y cualidades, cultivador y amante de la música y las letras, mecenas de las artes todas —quien, por cierto, también contaba con otras aficiones menos confesables; entre ellas, la lectura y colección de textos heterodoxos.

Había corrido inmensos riesgos, consagrado largo tiempo y enormes sumas a recopilar los escritos de Celso, Juliano y Porfirio, los tres grandes filósofos impíos de la Antigüedad. Incluso había dedicado años de estudio a elaborar una reconstrucción parcial de *Contra Christianos* —perseguido con tanta saña por los emperadores y desaparecido en la hoguera— a través de las refutaciones que de él hacían los apologistas y Padres de la Iglesia. Ciertas fuentes declaraban que, ya antes de su condena a las llamas, el libro portaba sobre sí una maldición; razón de más para que don Alonso buscase recuperarlo con tanto ahínco.

Ahora, tras recibir la fatídica carta, Eusebio Vázquez sentía en carne propia la conmoción que había experimentado Damián cuando los cielos pusieron en sus manos aquella copia única del tratado, intacta y milagrosa.

Su amigo la había encontrado estando solo. Y a solas había afrontado el entusiasmo, la angustia y la muerte derivados de su hallazgo.

La fatalidad había querido que realizara su descubrimiento en pleno verano. En aquella estación en que las aulas quedaban vacías y el pulso de la villa se adormecía con la marcha vacacional de los estudiantes, don Alonso de Mendoza aprovechaba para dejar a su secretario a cargo de sus asuntos mientras él se ausentaba a perseguir sus aspiraciones en la corte madrileña y el cabildo toledano.

En tales circunstancias a *Mercurio* solo le quedaba otra persona a la que recurrir. Pero para su desgracia, también *Vulcano* había partido. Se hallaba de retiro en la residencia estival que los jesuitas alcaláinos tenían en Loranca de Tajuña.

Al no poder dirigirse a él en persona, Damián había comenzado a escribirle aquella confesión que era, al mismo tiempo, una petición de ayuda. Y en ella había ocultado la localización del libro, con ese método al que ambos habían recurrido con frecuencia en el pasado y en cuyo uso su amigo siempre había destacado.

«Es nuestro deber salvarlo y transmitirlo, acabar con el silencio de las llamas»; así lo había declarado. Ahora, transcurridos largos meses, la carta había llegado a su destinatario. Demasiado tarde para su redactor.

Y, por cuanto Inés le había referido en confesión, también para otros. Varias almas habían pagado un alto precio por el contenido de aquella misiva.

—¡Dios misericordioso! —exclamó, abrumado por tales revelaciones—. ¿Qué se supone que he de hacer con esto?

—He soportado el peso de esa pregunta largo tiempo, padre. Ahora es vuestro turno de cargar con ella.

Eusebio Vázquez había cambiado. Quedaba a sus espaldas el indómito estudiante de antaño. Ahora era un hombre de Dios, un soldado de Cristo.

Aunque, en ocasiones, todavía se preguntaba cuánto subsistía en él de aquel muchacho capaz de desafiar aceros, doctrina y leyes por un ficticio ejemplar del *Contra Galileos* de Juliano en posesión de una falsa viuda veneciana. Tal vez los cielos le habían puesto en tal tesitura a fin de que pudiese responder a

esa pregunta.

En aquel torbellino de incertidumbres albergaba una sola certeza. Había de tratar con un libro sacrílego, condenado y tal vez maligno. Pero Damián se lo había confiado a él. Era su obligación recibirlo.

—Este sitio haría vomitar hasta a las ratas. Gran elección.

Almanegra escudriñaba en derredor con sus ojos de azul implacable. No era ajeno al ambiente inmundo que se respiraba en ciertos tugurios. Intentó imaginar a Enrique Formil en aquel lugar, frente al olor agriado de la penumbra, las paredes rezumantes, aquella atmósfera repulsiva que parecía sofocar los pulmones como un miasma.

Recordaba bien la ocasión, seis meses atrás. El apoderado castellano, tan pulcro y escrupuloso, había descendido del carruaje con fingida entereza. «No es necesario que vengas —le había dicho—. Espera aquí, no tardaré.» En aquel entonces él se había alegrado de permanecer en el coche. Ahora se preguntaba si no habría valido la pena acompañar a su patrón, solo por verlo luchar por ocultar la inmensa repugnancia que debía de haberle producido aquel albañal.

—Me alegra que disfrutes del paisaje —fue la respuesta de Arbús. El oficial de imprenta lo observaba de reojo, con los antebrazos apoyados sobre la mesa y un vaso de vino rancio aún intacto entre las manos.

Había algo en su actitud —algo indefinible, demasiado sutil para resultar perceptible a los sentidos— que provocaba la suspicacia de Almanegra. Y este era hombre receptivo a ciertas sensaciones. No habría sobrevivido hasta hoy de no prestar atención a esos avisos furtivos que a veces recibía en las vísceras.

—Me sorprendió tu mensaje —añadió—. No esperaba que tuvieras tantas ganas de verme «en un sitio más privado». ¿No es eso lo que escribiste?

Se desplazó sobre el banco corrido, salvando el escaso espacio que lo separaba del gascón. Este se puso rígido como el bronce al sentir el muslo de su acompañante contra el suyo. Pero no hizo ademán de apartarse.

Aquella reacción sirvió para alimentar aún más los celos de su

compatriota. Por cierto que ya le había resultado sospechoso que el tirador hubiese dejado aquel billete para él en la casa de contratación. Pretextaba que ese lugar era demasiado concurrido para el intercambio que había de tener lugar entre ambos; que, para mejor guardar el secreto, era preferible una ubicación más discreta.

«Lleva mis papeles; yo tendré los tuyos.» Nada en la nota invitaba a la desconfianza; no a primera vista. Pero Almanegra había aprendido a cultivarla aun cuando no hubiera razones aparentes para ello. Aquel hábito le resultaba tan vital como el respirar.

—Y a mí me sorprendió verte en compañía. —El gascón lanzó una mirada adusta al esbirro que su interlocutor había traído como escolta—. Esperaba un encuentro a solas.

—Eso tiene fácil arreglo. Terminemos hoy nuestro negocio y mañana podremos celebrarlo tú y yo... en cualquier otro lugar. ¿Qué tal si empiezas por entregarme el encargo del patrón?

—No aquí. Ciertas cosas es preferible hacerlas sin testigos. Lo he dejado a buen recaudo en un lugar cercano.

Pierre lanzó una última ojeada a su vaso, lleno casi a rebosar. Notaba la garganta árida, sofocado el aliento. Por Dios que necesitaba un trago, con desesperación. Sus esperanzas de sobrevivir a aquella madrugada eran escasas. Tal vez fuese su última oportunidad de ceder a una flaqueza.

Apretó los dientes. No sin esfuerzo, apartó de sí la bebida. Se alzó, encomendándose a los cielos en silencio. Lo mejor sería acabar con aquello cuanto antes.

Su compatriota lo siguió, secundado por su secuaz. A la salida del local la noche los recibió aterida. El esqueleto de una luna creciente presidía el firmamento, derramando un halo macilento preñado de malos presagios.

Arbús encendió la linterna que portaba consigo y abrió la marcha. Avanzaron por los campos de cultivo extramuros, sobre la tierra desnuda, cuajada por las recientes heladas. Quedó a sus espaldas el arrabal de Santiago, con sus casas espectrales de ojos vacíos.

Los dos franceses caminaban flanco a flanco. Hacía rato que la puerta del Rastro Viejo había desaparecido en la distancia. Las desgastadas murallas de

la villa contemplaban la oscuridad, vencidas por el cansancio pero inmunes al sueño.

En cierto momento Almanegra aferró a Pierre del brazo. Lo obligó a girarse hacia él y a enfrentarse con sus ojos despiadados.

—Una advertencia, muchacho. Algo me dice que estás a punto de renunciar a la sensatez. Sentiría que así fuese. Y ten por seguro que tú tendrías todavía más motivos para lamentarlo. —Lo atrajo aún más hacia sí—. Te lo prometo. Y recuerda que soy hombre de palabra.

—Hemos llegado —anunció.

Se habían abierto paso hasta un claro situado en el corazón de un erial. El lugar, presidido al noreste por una carrasca retorcida, estaba rodeado de altos matojos con ramaje espeso, descarnados por el invierno. Parecía abandonado de Dios y de la suerte.

—¿Enterrasteis el encargo en este sitio? ¿Por qué?

—Porque sabía que aquí nadie vendría a buscarlo. —Examinó el suelo con la linterna, hasta localizar tierra removida recientemente—. Os lo mostraré.

Así diciendo, entregó la luz a su compatriota y se acuclilló. Pese a la gelidez de la atmósfera, que le condensaba el aliento en los labios, sudaba como si llevase horas accionando la prensa sin descanso.

Había llegado el momento de la verdad. Lo que el gascón había ocultado allí no era un manuscrito, sino su espada. La atención de sus acompañantes estaría concentrada sobre él mientras la desenterraba. Eso concedería cierta ventaja a Joaquín de la Hoz y sus hombres, que esperaban ocultos entre la maleza. Con la lámpara en la mano, la reacción de Almanegra se vería ralentizada. O, al menos, Pierre rezaba para que así fuese.

No llegó a posar los dedos sobre el terreno. El aire silbó junto a su oreja. Notó que el cráneo le estallaba.

Se desplomó sobre el suelo. Su compatriota acababa de golpearle la cabeza con el farol. Sintió un momento de dolor atroz antes de caer en la oscuridad.

Inés permanecía en vela. Aquella noche, por fin, todo llegaría a su término. El padre Eusebio vendría a recoger el tratado de Porfirio. Y ella respiraría de

nuevo sin temor.

Casi había olvidado aquella sensación. Ahora miraba al futuro con distintos ojos. Al marcharse, el manuscrito se llevaría consigo parte del dolor y la inquietud que ahora la atenazaban.

—¡Cuerpo de mí! ¡Animad ese talante! —había probado a confortarla Matilde aquella tarde—. Hacedos cuenta de que esos papeles están ya en manos de su dueño. ¿Acaso no era eso lo que buscabais?

Lo era, en efecto. Tal vez por eso le resultaba tan difícil comprender por qué aquel triunfo traía consigo ese regusto a fracaso.

Mientras se planteaba aquella pregunta, la joven repasaba con la vista la copia de la obra que Pierre había dejado inconclusa. La criada la había sorprendido de tal guisa. Al ver aquella expresión en los ojos de su patrona, había chasqueado la lengua.

—¡Ay, señora mía! ¿Qué vamos a hacerle? Harto nos lo repiten a nosotras los buenos padres en sus prédicas y catecismos: mirad que el varón es criatura débil, y que es deber de la hembra perdonarlo. —Bajó la voz, como si temiese que Albertillo pudiese oírla desde el taller—. Pues ¿sabéis lo que os digo yo al respecto?

La aludida negó. No tanto porque desconocía las opiniones en cuestión cuanto porque, en aquellas circunstancias, prefería seguir ignorándolas. Mas la sirvienta, malinterpretando su gesto, añadió:

—Pues que a mí los hombres no se me antojan tan endebles, pero sí algo simplones. Que, más que a pecados, son dados a majaderías. Y que a veces es preferible perdonárselas... no por ellos, sino por una misma.

Aquellas palabras habían calado hondo en el ánimo de Inés, más de lo que estaba dispuesta a reconocerse. Y ahora, a solas con sus pensamientos en aquella espera que ya comenzaba a alargarse en demasía, caminaban a su lado como si fuesen su sombra.

Se esforzó por expulsarlas de su mente. En lugar de a nimiedades y ensueños mejor haría prestando atención a lo importante. Verificó una vez más que la obra de Porfirio se hallaba en el sitio indicado, bien envuelta y atada. Hechas las comprobaciones de rigor, volvió a concentrarse en lo que la rodeaba.

La casa permanecía en silencio. Para gozar de mayor privacidad había enviado a Matilde a dormir en la zona de la despensa. Al hallarse la moza a sus buenas treinta varas de distancia y tras una sólida puerta de roble, no le llegaría el menor eco de lo que sucedía en los sectores de la vivienda y el taller.

Albertillo se había ausentado arguyendo que debía tratar un negocio urgente. Aquella misma tarde lo había sorprendido en un acalorado conciliábulo con la sirvienta. El muchacho gesticulaba con una agitación nada normal en él. Pero cuando le preguntó al respecto, su oficial se limitó a darle largas.

—Mañana os diré, señora —respondió azorado, mientras se rascaba la cabeza con movimientos nerviosos—. No tañamos hoy campanas por un barco que aún ha de llegar a puerto.

Inés había recorrido ya varias veces la tienda y las estancias del piso inferior, lámpara en mano. Su inquietud iba en aumento. Algo debía de haber ocurrido; el padre Eusebio se habría topado con algún obstáculo, una complicación que justificase tan larguísimo retraso...

La sobresaltaron unos golpes en la puerta. No en la entrada principal, como había acordado con el buen jesuita, sino en la trasera. Tal vez el sacerdote se había desviado para evitar algún encuentro indeseado.

—Os esperaba hace rato, señor mío —le dijo al tiempo que abría—. Ya me temía...

No concluyó la frase. El visitante empujó el batiente con ímpetu, lanzándola al suelo. Antes de que pudiera alzarse, el recién llegado se arrojó sobre ella.

—¿Esperabas a un hombre, Inés? ¿No te avergüenza afrentar así el legado de tu esposo?

La joven luchó por deshacerse de él. Gabriel de Aguilar insistía en sujetarla con la pujanza que nace de la determinación.

—Aquí se acaban tus encuentros clandestinos —gruñó, al tiempo que pugnaba por inmovilizarla—. Mañana la villa entera tendrá noticia de que me he holgado contigo. Y, por mi vida y tu honra, que entonces no te quedará otro remedio que tenerme por esposo.

Ella se revolvió, gritó, peleó con todas sus energías. Pero su antiguo oficial era demasiado fuerte. Venía decidido a cobrarse aquel trofeo. No se marcharía hasta conseguirlo.

Pierre abrió los párpados con esfuerzo. El interior de su cabeza empujaba las paredes del cráneo, como si este se hubiese vuelto demasiado angosto para contenerla. Lo dominaba por completo un dolor pulsante que teñía el mundo de grana y lo hacía fluctuar ante sus ojos.

Se concentró en respirar. La vista se estabilizó. Los sonidos, antes amortiguados, cobraron nitidez. Alaridos, aceros, gritos de agonía. Le llegó aquel olor a pólvora y sangre que sus recuerdos asociaban con el campo de batalla.

Se obligó a sobreponerse. Debía incorporarse, tenía que hacerlo. Se alzó apelando a toda su fuerza de voluntad. Quedó en pie, tambaleante como un hombre ebrio.

El mundo se había convertido en una pesadilla cruenta. A pocos pasos de él un hombre se ahogaba en el manantial de su garganta abierta. Otro, sujetándose el antebrazo casi seccionado, suplicaba confesión. Alcanzó a presenciar cómo Almanegra remataba en el estómago a un tercero, caído a tierra, que imploraba por su vida.

Algo más allá el secuaz de aquel expiraba entre estertores, cerrados los párpados, el flanco abierto. Su aliado le dio la espalda. Llevaba la pernera derecha de los calzones hendida a medio muslo, empapada de un rojo que comenzaba a ensombrecerse. Tenía los antebrazos y el rostro salpicados de sangre. No parecía suya.

Se dirigió cojeando hacia el último combatiente, Joaquín de la Hoz, que había conseguido arrastrar su enorme cuerpo hasta la encina y apoyar la espalda contra el tronco. Respiraba con dificultad, mientras se sujetaba con la mano el vientre perforado.

—Se dice que en el infierno hay espectáculos que resulta preferible no ver. Creedme, os hago un favor.

Así diciendo, el francés hundió la punta de su espada en el ojo sano de su

oponente.

El aullido del moribundo rasgó en dos la noche. También Pierre lanzó un alarido desbordante de rabia, de espanto, de impotencia. Aquel grito provocó que su compatriota se girase hacia él.

—¡Bien, bien, amigo mío! No estaba seguro de si volverías a levantarte. Me alegra ver que estás vivo y despierto. Ciertas labores no resultan tan satisfactorias cuando se practican sobre un cuerpo inerte.

Había comenzado a caminar hacia el gascón, con una sonrisa tan acerada y glacial como sus ojos. Luchando contra los vapores de su cabeza, que aún le entorpecían los músculos y le aturdían el espíritu, Pierre miró a su alrededor. Tomó el arma del cadáver más cercano y, sin esperar la llegada de su adversario, avanzó hacia él.

—Ahora que estamos solos, déjame decirte algo —apuntó este—. No resulta convincente que estés tan dispuesto a cumplir tu parte del trato sin asegurarte primero de que yo haré lo propio. Ni siquiera me has preguntado si traigo conmigo tu famosa carta.

—Bien visto. ¿La traes?

—¿Tú qué crees?

El patrón de ambos era hombre precavido. Había ordenado que el oficial de imprenta no accediese a su pago hasta haber entregado el manuscrito. Solo entonces Almanegra lo acompañaría hasta el lugar donde había de recoger su recompensa. Era obvio que ninguna de aquellas dos cosas iba a suceder.

El esbirro paró el primer fendiente de Arbús sin esfuerzo. Y, con su respuesta, lo obligó a retroceder.

—No tan rápido, muchacho. Tú y yo tenemos asuntos pendientes. Te lo advertí, ¿cierto? Prometí que te arrepentirías.

—Buen trabajo. Ya lo hago.

—No lo suficiente.

Lanzó una estocada penetrante ante la que el tirador hubo de retroceder.

—Suelta esa ropera, Pierrot, te lo digo por tu bien. No te conviene hacerme enfadar.

—¿Quieres la espada? Aquí está. Ven a buscarla.

Fintó un golpe bajo con intención de sorprender a su contrincante. Pero este

leyó su intención y lo atajó sin dificultad.

—Déjame aclararte cómo están las cosas. No saldrás vivo de aquí, y lo sabes. Pero puedes conseguir que ella corra distinta suerte.

El gascón se detuvo. Tras un instante de vacilación, cambió de postura. En lugar de seguir atacando mantuvo el arma apuntado a su oponente, en posición defensiva.

—¿Qué significa eso?

—Muy sencillo. Has demostrado que no puedo confiar en ti. En lo que respecta a nuestros negocios, ya no te necesito. Así que en cuanto acabe contigo haré una visita a la viuda de Lozano. Estoy seguro de que ella sí accederá a darme lo que busco. La cuestión es, amigo mío, que puedo interrogarla de muy distintas maneras.

Hizo una pausa para comprobar el efecto que aquellas palabras habían causado sobre su oponente. No quedó decepcionado.

—De ti depende. Si eres complaciente conmigo, yo no me mostraré descortés con ella. La dejaré viva e intacta, tienes mi palabra.

Su compatriota lo miraba ahora con una expresión indescifrable. El pulso le temblaba.

—No te falta discernimiento, muchacho. Creo que sabes distinguir qué batallas están perdidas de antemano y por qué causas sí merece la pena luchar.

Pierre nunca había cedido a esa flaqueza a la que son tan dados los seres humanos: jamás se había engañado a sí mismo. Bien sabía que, espada en mano, no tenía oportunidad ninguna frente a su adversario; ni siquiera ahora que este se le enfrentaba con la pierna mermada. A diferencia de su rival, él no era profesional de las armas. Aun si lo hubiera sido, el encarnizamiento que se advertía en los cuatro cadáveres que lo rodeaban hubiera bastado para suscitarle serias dudas sobre sus posibilidades frente a aquel homicida.

Muchas lenguas afirmaban que todo hombre tiene su precio. Él siempre había desconfiado de que aquello fuese cierto. Sin embargo, no dudaba de que todo hombre posee sus límites. ¿Cuáles eran los suyos? ¿Hasta dónde estaba dispuesto a llegar a cambio de proteger a Inés?

¡Dios bendito! Ayer mismo hubiera tomado por loco a quien afirmase que

hoy se encontraría considerando si aceptar o no tal propuesta.

Miró a en derredor; como si el mundo, tan insensible a las miserias y necesidades humanas, pudiera proporcionarle una respuesta. Para su asombro, recibió una.

Asintió.

—Tengo dos condiciones.

Su contrincante torció las comisuras de los labios. Casi se diría que aquella pretensión se le antojaba divertida.

—Dejemos las cosas claras: esto no es una charla de taberna. Si crees que estás en condiciones de plantear...

—Dos condiciones —lo atajó Arbús, inamovible—. No nos limitemos a Inés; ningún otro habitante de esa casa saldrá dañado tampoco. Además, si he de entregar mi alma aquí, lo haré como un castellano.

—¿Qué quieres decir?

—He vivido durante demasiado tiempo como un hombre sin patria. No moriré como uno. Si quieres trato conmigo, que sea en la lengua de estas tierras.

Almanegra arrugó el gesto. Esa parte de él que se alimentaba de la desconfianza se empeñaba en husmear algo turbio. Comprendía las razones de la primera demanda. Pero, por vida de Satanás, que le resultaba imposible imaginar qué provecho podía sacar su compatriota de la segunda. Por lo demás, esta resultaba absurda; pero no inaceptable.

Estudió de nuevo la expresión de su interlocutor. No se le antojó que albergase intenciones ocultas. Lo más probable era que hablase el idioma de la desesperación; que tan solo necesitase algo, cualquier insignificancia, que le ayudase a mantener la ilusión de que tras la rendición aún conservaría algo de su dignidad.

—Sea, muchacho —concedió, pasando del francés al castellano—. Arroja de una vez la maldita espada.

—¡Que el diablo te lleve! Te abres de piernas para otros, ¿y no vas a hacerlo para mí?

Gabriel de Aguilar estaba encontrando muchas más dificultades de las esperadas para someter a aquella hembra empecinada que se le oponía con toda la fuerza de su voluntad y de sus músculos, haciendo uso de garras y dientes.

Le estaba dejando los muslos en carne viva a fuer de intentar separárselos. ¡Y la muy terca aún se resistía...! Habría que recurrir a métodos más drásticos.

La aferró del pelo, con intención de sacudirle la cabeza contra el suelo. A ver si así la atontaba lo bastante para que se quedara quietecita...

—¡Suéltala, traidor! ¡Malnacido! ¡Perro infiel!

Aprovechando el momentáneo aturdimiento de su agresor, Inés se zafó de él. Tenía roto el cinto de la saya, la faldilla desgarrada, abierto el sayuelo, la toca arrancada y los cabellos revueltos. Las piernas apenas la sostenían.

—¡Venid, señora! ¡Por acá!

La sirvienta tiró de ella y la arrastró a la estancia contigua. Daba gracias a los cielos por haber ignorado las órdenes de la patrona y escuchado en su lugar al señor Albertillo. Este le había advertido con grandes clamores y aspavientos que se mantuviese atenta y cerca de Inés, por mucho que esta insistiera en apartarla.

Se encontraban en el almacén. El oficial De Aguilar se había repuesto del asalto y se dirigía hacia ellas. Matilde consiguió cerrar la puerta justo a tiempo. Mantuvo agarrado el tirador, atrayéndolo hacia sí con todas sus fuerzas, mientras el asaltante hacía lo propio desde el otro lado.

—¡Ay, señora, que nos abre! ¡Dios nos ayude!

Inés tentó en la oscuridad para unirse a ella. Frente al vigor combinado de ambas los esfuerzos de Gabriel resultaron en vano. Viendo que el maldito batiente se le resistía, optó por cambiar de estrategia.

¿Se negaban a abrir? Así fuera. Bien cerrado quedaría.

—¿Qué hace, señora? ¿Qué es ese ruido?

Juntas ambas en las tinieblas, con las gargantas jadeantes y los corazones galopándoles al unísono, escucharon los crujidos provenientes de la habitación contigua. La patrona fue la primera en comprender.

Al comprobar que sus fuerzas no bastaban para violentar la primera,

tirando de ella hacia sí, el oficial De Aguilar debía de haber considerado que le resultaría más sencillo acceder por la segunda, que podría vencer empujando. Y para impedir que las mujeres huyesen durante el proceso, había eliminado su única posibilidad de escapatoria.

—Aquí, Matilde. Ayúdame.

Si la táctica de su asaltante resultaba efectiva para cerrarles la salida, también podría usarse para imposibilitarle la entrada a él. Mientras permaneciesen allí, lejos del alcance del agresor, estarían a salvo.

A tuestas, entre tropiezos y empellones, fueron trasladando cajones y sacos. Concluida la tarea, se dejaron caer al suelo agotadas, apoyadas las espaldas contra la improvisada barrera.

Aguardaron en la oscuridad. El tiempo fue transcurriendo sin señales de Gabriel.

—¿Creéis que se ha marchado...? —susurró la criada, sin atreverse a creerlo. Pero se interrumpió antes de que terminar. Las bestias de corral habían comenzado a armar un inmenso escándalo al otro lado del muro—. ¿Qué ocurre ahí afuera? ¿Y qué es ese olor?

La patrona se había incorporado. El espanto le latía en las venas.

—Humo. ¡Fuego! ¡Virgen Santísima, la casa está en llamas!

Desbarataron a la carrera la empalizada que acababan de armar. Con la salida expedita, solo quedaba luchar contra el cerrojo. A diferencia de la que daba al interior, aquella puerta permanecía cerrada con llave para evitar que los animales echasen a perder los valiosos géneros almacenados allí.

—¡Dios bendito! ¡No! ¡No, por favor!

En su desesperación, tiró de aquella puerta hasta desgarrarse las palmas con el asidero. En vano. Presionó, empujó, golpeó la otra, con los mismos resultados. Al comprender la situación, Matilde se le había unido. Ni sus esfuerzos ni sus gritos ni sus sollozos sirvieron de nada.

Estaban atrapadas, sin escapatoria posible frente a las llamas.

## XII

—Comencemos por algo sencillo: un dedo. Te dejaré escoger cuál. Soy así de generoso.

Almanegra constató con satisfacción que, pese a su aparente aplomo, el joven Arbús se estremecía ante aquellas palabras. Tras unos instantes de vacilación, extendió el meñique de la mano izquierda.

—Sabia elección. Ahora, rómpelo.

Su interlocutor encerró aquellas falanges en el puño derecho. Estaba tan pálido como si lo hubieran desangrado.

—Dejemos claros los términos —insistió, con una voz más ronca de la habitual. Tal vez la lengua castellana, más desabrida que la francesa, le había mudado el tono; o tal vez tuviese la garganta demasiado rígida como para hablar de otro modo—: Yo sigo tus instrucciones al pie de la letra, tú no dañas a Inés Ramírez. Ni a ninguna otra persona de la casa. ¿Estamos de acuerdo?

—Lo estaremos cuando hayas llevado a cabo tu parte del trato. Y mejor será que no esperes más. Empiezo a aburrirme con tanta cháchara.

El tirador bajó la cabeza y cerró los ojos. Inspiraba y exhalaba como si el mundo no contuviese aire suficiente para sus pulmones.

Hizo ademán de darle la espalda. Oyó un crujido y un grito contenido a duras penas en la garganta. Al volver la mirada al gascón, comprobó que este había caído de rodillas sobre el suelo.

—Mírame, bastardo —jadeó desafiante—. Si eres tan hombre como dices, no apartes la vista de mí.

El meñique le colgaba de forma grotesca. Tenía los ojos rebosantes de lágrimas y de un odio visceral.

Almanegra avanzó hacia él y le cruzó el rostro con la mano. Su adversario perdió el equilibrio y cayó sobre el costado. Lo obligó a volver a ponerse de rodillas tirando del dedo herido. Esta vez el aullido de dolor de su oponente resultó bien audible.

Se enfundó la espada para dejar la mano libre y desanudarse con ella los calzones.

—Abre la boca, querido. Tengo algo para ti.

Había pensado dejar aquella parte para más adelante. Pero, por Lucifer, que la actitud del joven Arbús le había estimulado el apetito.

Al constatar que este se resistía lo aferró de los cabellos. Iba a disfrutar de aquello como pocas veces en su vida...

—Dejaré que seas tú quien me desate los lazos. Hazlo como si te apeteciera...

Justo entonces lo percibió. No a través de los ojos o los oídos, sino en las vísceras. Había alguien a su espalda.

¡Hideputa!

Soltó al gascón y se giró al tiempo que desenvainaba la ropera. Logró parar en el último instante el ataque del recién llegado. Este era un hombre de baja estatura que retrocedió mostrando los belfos. Le faltaba medio diente.

—¡No harás daño a mi hembra, por Cristo que no! Ni a ninguna otra alma, como hay Dios.

Tras él había un zagal de cabellos hirsutos que miraba los despojos tendidos a su alrededor con la náusea reflejada en el rostro. Parecía incapaz de usar el cuchillo que le temblaba en el puño. Bastante tenía con intentar contener las arcadas.

El francés no prestó oído a las bravatas. Calculaba cuál era el mejor método para deshacerse con rapidez de aquellos rivales. La solución se le antojó obvia.

Sin apartar la vista del recién llegado, retrocedió un paso y extendió la mano hacia Pierre. Le bastaba con agarrarlo y amenazarlo de muerte. Eso contendría a sus atacantes, obligándolos a soltar las armas. Y entonces...

Oyó un silbido. Retiró el brazo en un gesto instintivo. Demasiado tarde.

Su compatriota debía de haberse arrastrado para alcanzar el acero del

cadáver más cercano. El filo alcanzó la muñeca del esbirro. Este lanzó un alarido y se giró para contraatacar.

El gascón, aún arrodillado, solo pudo atajar el fendiente inclinando la hoja. El golpe se desvió hacia la guarnición, haciéndole perder el equilibrio.

Cayó. Intentó cubrirse con la espada. La posición en la que se encontraba equivalía a una sentencia de muerte.

Pero el golpe no llegó. Al volverse hacia Arbús, Almanegra se había convertido en blanco fácil para su segundo oponente. Y Julián Díaz había aprovechado la ocasión.

Para cuando Pierre logró ponerse en pie, su contrincante se encontraba en el suelo. Aparte de su pernera derecha, cubierta de sangre coagulada, mostraba una herida abierta en el muslo izquierdo, otra en el antebrazo del mismo lado y una tercera en el estómago. Tenía el rostro contraído por un dolor atroz.

El oficial de imprenta se acercó, con la mano zurda colgándole inservible al costado. Su adversario levantó la vista hacia él.

Por fin comprendía. Ahora le quedaba claro por qué el tirador había insistido en que ambos usaran el idioma de Castilla, de modo que sus compinches alcanzasen a comprender todo lo que hablaban. Y por qué le había reclamado que no apartase la vista de él, para que no percibiese cómo aquellos se acercaban.

—¿Qué, muchacho? ¿Vas a quedarte contemplando el espectáculo o vienes a aliviar mi sufrimiento?

—¿Lo harías tú, de estar en mi lugar?

—Sabes que no.

Arbús seguía mirándolo sin decidirse, destilando rabia a través de los dientes apretados. Tal vez hubiera un modo de ayudarlo a tomar aquella decisión.

—Hagamos un trato. Tú me pones las cosas fáciles y yo te cuento un secreto.

—Tal vez no me interese. A fe mía que no mereces una muerte rápida.

—Quizá no. Pero sé algo sobre ese libro; algo que afecta a tu Inés.

Su interlocutor torció el gesto. Tras unos instantes de vacilación, apoyó la

punta del arma en el suelo. Manteniendo la mano en la empuñadura, se acuclilló ante él.

—Te escucho.

Era mucho lo que Almanegra hubiera querido decirle: que Pierre había estado equivocado desde el principio; que había obrado como un hombre estúpido y ofuscado; que aquel manuscrito solo podía causar grandes males; que al empeñarse en conservarlo estaba trayendo graves daños sobre sí mismo y quienes lo rodeaban; que lo mejor para la humanidad sería que el escrito desapareciera de una vez por todas; que su existencia suponía una gangrena en la carne del mundo.

Pero, de todas aquellas cosas, se limitó a señalar una sola. Aquel texto había sido condenado muchos siglos atrás, sentenciado a la hoguera por palabras de gran poder. El castigo del fuego acabaría alcanzándolo. Y atraparía también a aquellos que porfiasen en apartarlo de su destino.

Si su compatriota creía haber obrado por el bien de la viuda, no podía andar más errado. El único modo de protegerla hubiera sido entregar el manuscrito a Enrique Formil. Al permitir que ella lo conservase, la había empujado a la más terrible de las suertes.

—Esa obra está maldita. A tu hembra la esperan las llamas.

El oficial de imprenta no respondió. Se limitó a ponerse en pie. Aferró con fuerza la empuñadura de su ropera y la apoyó sobre el pecho del moribundo. Este cerró la mano sobre la hoja.

—No así, muchacho. Eres un pésimo verdugo. Déjame mostrarte dónde.

Guió el acero hasta situarlo sobre su corazón, con vía franca entre las costillas. Julián Díaz aguardó hasta que el tirador extrajo la espada del cuerpo de su compatriota. Entonces lo perforó varias veces para cerciorarse de que estaba bien muerto.

—Vive Cristo que no lo entiendo. ¿No era este malnacido tan francés como vos? ¿Por qué os hablaba en la lengua de estos reinos?

—El muy miserable tenía el alma podrida de un hijo de Satanás. Pero también era hombre de palabra.

Una exclamación los hizo levantar la vista del cadáver. Albertillo estaba ante ellos, persignándose.

—¡Dios nos tenga de la mano! ¿No ha mencionado ese hombre algo sobre las llamas?

—Algo así ha dicho, voto a tal. —El prometido de Matilde se enfundó el acero con cierta ostentación—. ¿A qué viene esa pregunta?

El muchacho señaló hacia la espalda de su interlocutor.

—A que estaba en lo cierto. Hay fuego en la villa.

Las dos jóvenes permanecían abrazadas en el suelo. Matilde, con el rostro enterrado en el pecho de la patrona, rezaba entre sollozos. Inés la mantenía apretada contra sí mientras la acunaba como a una criatura. También ella imploraba a los cielos; por sí misma y por su acompañante, víctima inocente de aquel estrago.

Rogaba por la asfixia; por que el humo las dejara inconscientes antes de que el fuego las alcanzara; por una muerte dulce, en lugar de la más espantosa de las agonías...

—¡Inés! ¡Inés! ¿Me oís?

—Apartaos, hijas. Voy a abrir.

La madera retumbó, como si algún objeto de gran peso se lanzase contra ella. Tras varios golpes la cerradura cedió con estruendo. Se diría que el buen padre tuviese cierta práctica echando abajo puertas ajenas.

Las jóvenes salieron tosiendo a un patio invadido por el humo. Guiadas por el sacerdote, trastabillaron hasta la entrada trasera de la casa, que había quedado abierta tras la irrupción de Gabriel. El resto de la planta inferior de la vivienda se había convertido en una pira.

Los vecinos ya se habían congregado en la calle para intentar sofocar el incendio antes de que alcanzase los edificios adyacentes. Las vasijas pasaban de mano en mano, procedentes de la fuente de la plaza del Mercado y el pozo de la Universidad. Por su cercanía a esta, se había reunido allí un buen número de colegiales, que habían ordenado a sus sirvientes colaborar en la extinción.

—Recemos, hija mía, por que el Señor nos asista tanto como lo están haciendo sus fieles —comentó el clérigo, antes de alejarse con sus andares

renqueantes a ayudar en las labores.

Inés lo siguió con la vista, aún agitada por temblores incontrolables. Se preguntaba si alguna vez volvería a ser capaz de mirar al hombre que acababa de salvarle la vida con los ojos del rostro, en lugar de con los del corazón.

Mantecía apretada en la suya la mano de Matilde. La sirvienta continuaba con sus sollozos, aunque sus oraciones de súplica se habían transformado en plegarias de agradecimiento.

Al dirigir la mirada hacia la puerta de la vivienda se encontró frente al propietario, que salía de ella con premura, ajustándose los lazos del jubón. El librero se detuvo en seco al verla.

—Todo esto es culpa vuestra, Inés —la abordó enfurecido—. El diablo os envía el justo pago por vuestras perfidias. Esperemos que no haya de cobrarse también la hacienda de otras almas inocentes.

—Cerrad la boca y buscaos un balde, señor grajo —lo reconvino una voz femenina a sus espaldas—. Mejor haréis en hablar menos y arrimar más el hombro si no queréis que el fuego llegue a vuestra sala.

Era María, que había venido corriendo al tener noticia del desastre. Atropelló sin consideraciones al librero para llegarse a su hermana, a la que cubrió con su manto.

—Chiquilla, estás tiritando. Ven acá —dijo, abrazándola. Al tiempo, dirigió una mirada fulminadora a las comadres y los escolares congregados en derredor, que cuchicheaban en términos nada halagüeños sobre el aspecto lamentable de la joven viuda.

—Vente conmigo a casa —le susurró—. Tiempo habrá de volver más tarde, cuando todo se haya aquietado.

Inés se resistió.

—Es mi casa, mi negocio, mi futuro. Lo que se está quemando ahí es mi vida, hermana.

—De eso nada. La vida es lo que te late aquí —respondió la aludida, poniéndole la mano sobre el sayuelo y la camisa abiertos—. Y para intentar salvar lo que se está quemando por allá he traído conmigo a cinco hombretones que harán la faena mejor que tú y que yo.

—¿Está Pierres entre ellos? —se sorprendió a sí misma inquiriendo la

joven. Aquella pregunta inconveniente, que se le había deslizado desde el alma a los labios eludiendo los peajes de la razón, hizo que María arrugase el entrecejo.

Hacía varios días que el tunante del gascón se había ausentado de la casa so pretexto de tener que acudir a la corte para entregar un memorial. No había vuelto a asomar por allí desde entonces. Algo raro se traía entre manos, de eso estaba segura. Y aquellas palabras de Inés llevaban sus sospechas a un terreno que la incomodaba demasiado.

—No digas bobadas. Recomponte, chiquilla —refunfuñó. Pero bajo aquellos rezongos latía el desasosiego.

Matilde, que se encontraba junto a ellas, lanzó una exclamación. Su Julianico acababa de hacer acto de presencia. Corrió hacia él y lo cubrió al mismo tiempo de improperios y arrumacos. A su lado, Albertillo observaba a la patrona con las pupilas llenas de espanto.

—Señora Inés... —balbuceó—. Si hubiéramos estado aquí...

—Lo estás ahora, zascandil —lo cortó María, terminante—. De modo que agénciate un cántaro y ponte manos a la obra.

El muchacho desapareció a la carrera, dispuesto a acatar la orden. En lugar de seguirlo con la vista, Inés continuó contemplando el lugar del que había partido el zagal.

Arbús estaba allí. Traía atados los dedos anular y meñique de la mano izquierda, el cabello apelmazado de sangre seca y parte del rostro amoratado. Tenía un aspecto tan calamitoso como ella, y la misma expresión de quien acaba de ver abrirse a sus pies las puertas del infierno y aún no alcanza a comprender cómo ha logrado evitar caer a través de ellas.

Sin atender a las exigencias de la sensatez y el recato, la joven se liberó de los brazos de su hermana y caminó hasta él. En los ojos del gascón giraban enlazados el sufrimiento, el temor y la esperanza.

Se abrazó a él en silencio. Aquel olor, aquel cuerpo, los latidos de aquel corazón... En aquellos momentos, eran el único refugio en el que deseaba cobijarse.

—Estoy aquí —susurró—. No me sueltes.

—Nunca más, por vida mía.

Albertillo desempeñó las funciones de cronista con exactitud y detalle, silenciando tan solo aquellos particulares que su pudor le impedía referir. Fue así como Inés y Matilde tuvieron noticia de lo ocurrido.

No se les ocultaba que el muchacho experimentaba un hondo bochorno por no haber sido capaz de usar el acero. Consideraba aquello flojedad y apocamiento, prueba fehaciente de que no podía tenerse a sí mismo por varón cumplido.

La sirvienta nada comentó al respecto. En aquellos momentos había demasiada concurrencia. Pero a la primera ocasión en que pudo sorprender al zagal a solas, le habló de esta guisa:

—Digo yo, señor Albertillo, ahora que mi Julianico no nos oye, que por estos reinos nuestros no andamos faltos de espadas, cuchillos, picas ni arcabuces, ni de guerras y hombres que se marchan a morir en ellas. Se me ocurre que tal vez nos las apañaríamos mejor si usáramos menos de todas esas cosas y hubiese más personas como vos.

Muy sorprendido quedó el oficial ante aquellas palabras, que le darían mucho en qué pensar en el futuro. Por de pronto se limitó a señalar:

—¿Qué es lo que oigo, Matilde? Juraría que es la primera vez que me aplaudes por algo.

La criada se dio media vuelta, de modo que él no alcanzase a verle la sonrisa. Mientras se alejaba, respondió:

—Pues no os engolosinéis, que también será la última.

El fuego se había cobrado su tributo. El piso inferior de la vivienda había terminado devastado por completo. Las zonas de trastienda, despacho, taller, librería y almacén —que albergaban casi todos los materiales del negocio— habían excitado las llamas con sus arsenales de madera y papel, siendo las primeras en quedar arrasadas.

En el seno de aquella pira los dos manuscritos de Porfirio —tanto el de *Mercurio* como el que Pierre no había llegado a completar— habían desaparecido. Esta vez, para siempre.

En lo que al negocio concernía, se habían salvado tan solo los pocos

géneros guardados en los depósitos de la planta superior.

—Déjame echar un ojo y ver qué alcanzo a rescatar —le había dicho María —, que acá hemos de pagártelo a su justo precio. Del resto ya se encargarán tus queridos colegas.

Poco más podía hacerse al respecto. Por su parte, Inés debía resignarse a recibir como único pago a sus muchas pérdidas los míseros ingresos derivados de lo que alcanzase a malvender; incluyendo mobiliario, materiales del oficio y el propio inmueble.

La aliviaba que, al menos, Albertillo no hubiese hecho mal apaño del desastre. Había encontrado empleo como oficial en el taller de Diego Martínez, el más reputado maestro de libros de cuantos a la sazón operaban en la villa. Tanto el puesto como sus habilidades personales le auguraban un buen porvenir en el negocio.

Matilde, por su parte, también había hallado acomodo a su conveniencia. Una tarde Julianico se había llegado a ella muy serio para declararle lo siguiente:

—Escúchame sin chistar, ternera mía, que es mucho lo que tengo que decirte.

Por Cristo, que no tenía pleitos contra la señora Inés. Pero eso de que su cordera sirviese en una casa donde se abrían con tanta ligereza las puertas a los visitantes de medianoche no le placía demasiado. Ya era tiempo de que su paloma volase hacia otro nido.

Ya había apalabrado domicilio para ambos junto al callejón del Perro, vecino al postigo de las Tenerías. Por cierto que no estorbaba que la tal vivienda se encontrase puerta a puerta con la del primo Javier, cuya esposa era mujer de rosario y confesión frecuente. Ella ayudaría a que su Matildina no se le desmandase cuando él hubiese de andar en busca de abastos para el rey por esos caminos de Dios.

Y para dejarla en estado conveniente también había hablado de boda con el párroco, que se había mostrado dispuesto a celebrarla cuanto antes.

—¿Y todo eso lo has deliberado tú solo? —replicó la beneficiada frunciendo los morros—. Vaya, que no está mal que me tengas tan bien informada de mis propios asuntos.

Su interlocutor no se inmutó. La hembra a la que él trataba y tan bien quería no sería la misma sin sus rezongos. Pero la conocía y sabía cómo tenerla satisfecha.

—No te me alborotes, por vida del cielo, que aún hay más. He pensado que mis ahorros y tu anillo nuevo bien nos dan para hacer unos cambios. Veremos de conseguirte una muchacha que te asista en tus labores.

Tal como esperaba, aquellas palabras lograron que Matilde pasase de criatura enfurruñada a mujer dichosa. No era para menos. Los caminos de la vida rara vez ascienden lo bastante para permitir elevarse de criada a señora.

Las miradas y comentarios de los vecinos, sus silencios, la hostilidad que respiraba en el ambiente... Inés lo había aprendido del modo más duro: la villa en la que tenía su cuna y su infancia ya no era su hogar. Había llegado el momento de buscar uno nuevo.

Le llevaría un tiempo liquidar las posesiones que aún la ataban a aquel lugar. Durante ese intervalo residiría en casa del maestro Gracián. Y María ponía buen cuidado en evitar que su hermana quedase a solas, siquiera un instante, con el oficial Arbús.

Bastante habían enredado ya aquellos dos como para no andarse con ojo. Se le antojaba que bastaría en simple descuido para que organizarasen una nueva tropelía.

No la maravillaba que aquel tunante del francés se hubiese mezclado en tales embrollos. Pero el que su hermana hubiese participado en ellos seguía causándole pasmo, vaya que sí. Siempre había tenido a esta por criatura cohibida y algo cándida. Los recientes eventos le habían demostrado lo muy errada que andaba.

Dadas las circunstancias, lo cierto era que Inés había mostrado buena maña. Hubiera sido difícil encontrar mozo más garrido en la villa, y aun en las tierras castellanas todas. Resultaba además que el gascón no nadaba tan mal dotado en cuestión de bolsa. Había reunido ahorros suficientes como para adquirir un tercio de la imprenta barcelonesa de Bornat. Por suerte o por desgracia, el trato no había arribado a puerto, por lo que el comprador aún

conservaba aquellos dineros.

Por cierto que al joven no habría de faltarle empleo en el futuro, dada su pericia con la prensa. Ahora que se había repuesto sin grandes secuelas de aquella dolorosa rotura en el dedo, era de ver que no había perdido habilidad en el manejo de la máquina.

Pierre, por su parte, había regresado al trabajo a sabiendas de que sus días en aquel taller estaban contados. Apenas Inés concluyese sus transacciones, ambos abandonarían la villa.

Mientras se preparaba para afrontar su último encuentro con Almanegra se había jurado a sí mismo que, en caso de que los cielos le permitiesen salir vivo del trance, regresaría a la joven para contarle su historia... si es que ella aceptaba escucharla.

Así lo había hecho. No quería más secretos ni sombras entre ambos. A fe que no podría reprocharle el que, después de saber la verdad, ella prefiriese alejarlo de sí para siempre.

—¡Virgen Santa! ¿En qué estabas pensando? —Fue la primera recriminación de su oyente, al cabo del relato—. ¿Cómo esperabas salir de ese atolladero?

No le faltaba razón, justo era reconocerlo. Él había obrado con plena consciencia de su insensatez. Sabía que, tras el choque entre los esbirros de Formil y los del Padre Mercedario, quedaría expuesto a las iras del bando vencedor. Había calculado que la superioridad numérica y la baza de la sorpresa jugarían a favor de Joaquín de la Hoz. En tal caso, no le habría quedado otro remedio que reconocer la verdad y prepararse para lo que llegase a continuación.

Pero la Providencia había procurado solución a aquel conflicto. Los graves daños sufridos por el taller de Lozano habían permitido disimular el engaño. El joven Arbús se había reunido con el Padre Mercedario sin verse obligado a confesar su ardid.

En su versión de lo ocurrido, aquel valioso cargamento de naipes prometido como recompensa había quedado destruido en el incendio. Y su interlocutor, aun sin quedar complacido por el resultado final del suceso, tampoco había tenido motivos para tomar represalias.

Dadas las circunstancias, podía afirmar que sus negocios con aquel hombre habían concluido para siempre. Pero no se atrevía a asegurar lo mismo en el caso de la segunda facción implicada en el conflicto.

—Enrique Formil aún tiene esa carta. Y, si es hombre resentido, no dudará en usarla. Podría ser en una semana, en un año, en diez...

—O nunca —lo interrumpió ella.

—Tal vez, ¿quién sabe? Pero... —Apretó los labios. Era la viva imagen de un espíritu encadenado a la frustración—. Medítalo, Inés: incluso en ese caso, el mejor de los posibles, tendré que vivir con esa amenaza durante el resto de mi existencia. No puedo escapar de ella. Tú, sin embargo...

La joven lo miró a los ojos. Ya no veía en ellos aquellos muros que él llevaba antes en la mirada.

Había aprendido a no mirarse en espejos ajenos. Pero le gustaba la mujer que veía reflejada en aquellas pupilas.

—Se puede seguir un mismo camino por dos motivos diferentes: por necesidad o por elección. Si tú eres capaz de hacer frente a esa situación, ¿por qué crees que yo no?

—No se trata de eso. —Pierre nunca había puesto tanto empeño en argüir en contra de lo que anhelaba en su corazón—. Piénsalo bien: ¿qué legado dejaría a mis hijos, a mis nietos? Tener padre o abuelo penitenciado por el Santo Oficio... Tú sabes lo que eso significa en estos reinos.

—Deja que sea yo quien se preocupe de eso.

A don Alonso de Mendoza le había afectado la noticia: los ejemplares de la biblioteca de Tendilla se habían destruido en el incendio. Por mucho que los hubiese vilipendiado en el pasado, lo cierto era que deploraba su pérdida. Todo libro, incluso aquel que contuviera los mayores desvaríos, poseía en sí algo de venerable. Era hombre que amaba la palabra escrita y consideraba sus envoltorios impresos un tesoro prodigioso.

Pero ahora, recuperado de aquella conmoción inicial, el chantre reía frente a su invitado.

Había hecho pasar al visitante a su gabinete privado y le había ofrecido su

mejor malvasía. Eusebio Vázquez había quedado restituido a la posición que antaño ocupara en su círculo de amistades más íntimo, del que nunca debiera haber sido desterrado.

—Brindemos por los hombres audaces... incluso si resultan ser jesuitas — añadió el anfitrión en el mismo tono—. Aunque imagino que vuestros superiores de la Compañía ya os habrán impuesto la penitencia que corresponde a tan noble acción. No se me antoja propio de ellos el dejar sin expiar las buenas obras.

Su invitado no respondió a tales pullas. Prefería no admitir que su interlocutor estaba en lo cierto. El rector de su colegio no se había mostrado demasiado entusiasta tras lo ocurrido. Junto a los elogios por su actuación, el padre Eusebio también había recibido ciertos reproches. No contribuía a fomentar la buena imagen de la orden el que uno de sus sacerdotes se encontrase deambulando de madrugada por las rúas de la villa cual si fuese un malhechor.

Cierto era que había llegado a casa de Inés mucho más tarde de lo previsto; que de haber estado allí en el horario acordado se habría evitado la catástrofe. Pero de poco servía plantearse reproches: nada puede el hombre contra los designios de la Providencia. Justo aquella noche se había visto retenido por la visita inesperada de un supervisor.

Al menos había llegado a tiempo de evitar que las dos jóvenes sufrieran un atroz destino. En aquello veía la mano de Dios. Aunque consideraba una muestra de ironía que, de entre todos los pobladores de la villa, el único capaz de correr entre las llamas hubiese sido un hombre cojo.

La Voluntad divina había actuado con rigor inapelable. Era mucho lo que había quedado aniquilado en aquella catástrofe. El Señor había querido que la voz de Porfirio fuese silenciada para siempre.

Tras las revelaciones de Inés, el padre Eusebio había quedado con el ánimo deshecho. Las dudas resultaban tan desgarradoras que lo habían paralizado; se sentía ahogado en su propia indecisión.

Aquella fatalidad le había obligado a afrontar las verdades que antes se negara a aceptar. Ahora lo sabía. La mente de un gran hombre había quedado sepultada junto a sus palabras, condenadas de nuevo al silencio de las llamas.

Nada podía compensar aquella pérdida.

Pero lo ocurrido había dejado huella. El jesuita sentía que, de algún modo, permanecía ligado a Inés. Hay un lugar del alma en el que los infortunios compartidos crean vínculos irrompibles.

Había experimentado cierta sorpresa, y hasta verdadera indignación, al escuchar los comentarios de algunos vecinos sobre la viuda de Lozano. Ahora comprendía que la diligencia que muchos de ellos habían puesto en apagar el incendio no obedecía a su afecto —ni siquiera simpatía— por la perjudicada, sino a su deseo de proteger sus propias haciendas. Las mezquinas calumnias que había oído sobre Inés le llevaban a condolerse por la humana naturaleza. En este valle de lágrimas la caridad está tan oculta cuanto resulta patente la malicia.

El jesuita se incorporó. Desplegó la carta de Damián y se la presentó a su anfitrión.

—Sí la hay, por cierto. Una que se remonta a hace mil trescientos años. Y, lo creáis o no, vos formáis parte de ella.

### XIII

Gabriel de Aguilar llevaba semanas sin ver la luz del sol. Y a fe que su delito no lo merecía.

Cierto, había irrumpido a la fuerza en una vivienda con intención de violentar a su moradora. Pero ¿acaso no era esta mujer conocida por su impudicia? Los mentideros la acusaban de ejercer un influjo perverso sobre los varones, hasta llevarlos a obrar del modo más siniestro. Él era prueba viviente de que aquellos rumores respondían a la verdad.

De lo que había ocurrido después no tenía culpa alguna. En su refriega con la hembra, una lámpara debía de haber rodado hasta la habitación contigua, un escritorio repleto de documentos que habían prendido con rapidez. El fuego se había extendido, como dotado de conciencia propia, a la trastienda adyacente; y de ahí a la librería. Todas aquellas estancias, repletas como estaban de tratados, pliegos y papeles, habían ardido igual que la incendaja. Mas él no se tenía por responsable de lo sucedido. Si la viuda no se le hubiese resistido con tanta porfía, nada de aquello habría ocurrido.

De hecho, Gabriel había hecho lo imposible por apagar las llamas, aun a riesgo de su propia persona. Y cuando constató que sus solas fuerzas no bastaban para contenerlas, corrió en busca de ayuda. ¿Qué culpa tenía él de que las mujeres quedasen atrapadas y hubiesen estado a punto de abrasarse hasta morir? Inés siempre portaba consigo las llaves. Estaba convencido de que ambas habían salido de aquel maldito almacén por sus propios medios.

Para su vergüenza, se había visto arrastrado a la cárcel. Había perdido cuenta de las semanas que llevaba atrapado en aquella expiación endiablada, aquella muerte lenta. A fe que el infierno no debía diferenciarse demasiado de aquel pozo de tinieblas, gritos y hedores, en el que cada día era una lucha

para mantener el cuerpo salvo y esquivar la locura.

Pasaba las jornadas rodeado de escoria: rufianes, matadores, cortabolsas, hechiceras, capeadores, ramerías... La mayoría no eran mejores que los piojos, cucarachas y ratas con los que había aprendido a compartir camastro y comida.

Su juicio se demoraba más y más. No veía modo de escapar de aquel abismo que le estaba exprimiendo la salud, el alma y la hacienda. A su llegada, el portero ya lo había obligado a abonar un real a cambio de no cargarlo de cadenas y grilletes, aunque su delito no comportaba semejante castigo. Cada día había de pagar por evitar golpes y latigazos de los oficiales, por recibir la comida que le correspondía, por el derecho a caminar por los pasillos, por conservar su cobija... incluso por las letrinas; un grupo de truhanes las guardaba y exigía un canon a cambio de permitir al usuario pisar ciertas piedras plantadas del suelo para eludir los excrementos.

A las extorsiones de los funcionarios y presos se sumaban las de los ministros. El día de su ingreso se había visto rodeado de un enjambre de procuradores armados de papel y pluma, cada uno de ellos reclamando a gritos su negocio. Al fin se había decidido por aquel cuyo aspecto le inspiraba mayor confianza. Este había afirmado que, siendo él amigo del escribano, en pocas horas habría de lograr la libertad de su cliente; tan solo le pedía, junto a sus emolumentos, seis reales a fin de disponer a su favor la voluntad de su camarada. Recibido el pago, el bellaco había desaparecido sin dejar rastro.

Tras él habían venido otros del mismo jaez. El último le había asegurado que su causa era cosa de burla y que con un pequeño incentivo para el juez, que era pariente de cierto compadre suyo, podría conseguir que el pleito se celebrase en breve. Pero las jornadas seguían sucediéndose y su representante siempre hallaba razón para solicitarle nuevos desembolsos.

Andando el tiempo había cavilado un modo de mejorar algo sus condiciones en aquel repulsivo lugar. Tras la preceptiva remuneración al carcelero se había conseguido recado de escribir. Desde entonces redactaba billetes y cartas para los maleantes que se lo solicitaban, a cambio de sus correspondientes honorarios.

Su nuevo oficio le había permitido ganarse cierta consideración entre lo más granado de aquellas ratas de cloaca. Entre estos destacaba cierta banda de malhechores que, con la connivencia de los funcionarios sobornados, manejaba el trasiego de alimentos, armas, mujeres de alquiler y otros géneros en aquellos recintos.

Cierta mañana, uno de ellos le comunicó que alguien preguntaba por él. El curioso en cuestión resultó ser un individuo de buen aspecto y modales pulcros que ocupaba una de las celdas individuales. Estas, que podían arrendarse por la onerosa suma de quince reales al mes, evitaban que los presos de calidad se mezclasen con la chusma hacinada que infestaba de pestilencias la cámara común.

Al parecer aquel desconocido había sido detenido por falsificación de cédulas. Según manifestó este, Gabriel se había ganado entre sus asociados fama de hombre discreto y de confianza. Y se daba el caso de que su grupo necesitaba con urgencia a un hombre letrado de tales características. Si el antiguo oficial De Aguilar aceptaba entrar a formar parte de su organización, ellos se encargarían de apresurar su asunto. En breve volvería a ver la luz del sol.

Dicho y hecho. El pleito tuvo lugar un par de días más tarde. El inculpado aún hubo de gastar en el proceso los últimos remanentes de sus ahorros. Contentado el juez con dádivas y cohechado el escribano, el imputado fue declarado inocente y puesto en libertad.

Se había obrado el milagro. Aunque no había llegado de los cielos en las resplandecientes alas de los serafines, sino de la mano envilecida y deforme de los ángeles caídos.

El reo salió a la plaza de San Justo convertido en una sombra de sí mismo. Miró a su alrededor como si viese aquel lugar por primera vez. Los andamios de la torre en construcción se le aparecieron como un testimonio de lo mucho que tendría que edificar a partir de hoy. Se le antojaba que su vida anterior tan solo había servido para erigir castillos en el aire.

A la salida lo aguardaba un muchacho que mataba la espera silbando una cancioncilla lasciva. A su lado, unas manchas recientes atestiguaban que se había rascado contra el muro el barro que impregnaba la suela de sus zapatos.

—¿Sois vos Gabriel de Aguilar? —Ante el gesto afirmativo del aludido le indicó por señas que lo acompañase—. Seguidme. Os llevaré ante vuestro nuevo patrón. Podéis llamarlo «Padre Mercedario».

Inés subió la cuesta sujetándose el vientre con la mano diestra. En aquel septiembre desprovisto de lluvias la aridez del ambiente convertía el ascenso en un ejercicio particularmente fatigoso.

Sus pendientes de oro y perlas se mecían perezosos al compás de sus pasos. María se los había ofrecido la víspera de su partida de la villa complutense.

—No pensarás que voy a dejarte ir así. Toma estas alhajas, que han de traerte buena fortuna —le había dicho, en el tono de una orden que no admite réplica—. Y, si no lo hacen, sirvan para pagarte el pasaje de vuelta. Sabes que estas puertas siempre estarán abiertas para ti.

Para completar el obsequio también le había entregado el famoso vestido que estrenara unos meses antes para las festividades de los Santos Niños y que, en sus propias palabras, había adquirido «a precio de oro». Al comprobar que su hermana se desprendía de aquellas valiosísimas posesiones, las cuales tenía en la más alta estima, ella había intentado protestar.

—Calla y tómalos, boba, que me haces un favor —había sido la respuesta—. Pues, ¿no ves que así ya tengo razones para pedirle a mi Juan que me pague otros nuevos? ¿Qué excusa voy a usar para convencerlo, si no?

Ahora —en su nueva casa, su nuevo taller, su nueva vida— aquellos objetos recuperaban para ella las nostalgias más dulces, relegando al olvido las memorias dolorosas y amargas. Aunque el presente la mantuviese lejos de su hermana aquellos recuerdos la ayudaban a sentirse muy cercana a ella.

La joven arribó a su destino. Se detuvo unos instantes junto a la puerta del establecimiento para recuperar el resuello. Después se dirigió al secretario que, pluma en mano, hacía las veces de portero.

—Soy Inés Ramírez. Vengo a ver a Enrique Formil.

Este la miró de arriba abajo, con asombro y cierta aprensión.

—¿Os está esperando?

—Me recibirá cuando sepa que estoy aquí.

Ante aquella respuesta propia de una persona de calidad, el escribano urgió a su ayudante a que transmitiera el mensaje y mandó traer silla para la recién llegada. Esta se acomodó dejando escapar un suspiro de alivio. Mantuvo sobre el vientre el cartapacio que portaba en la mano izquierda y comenzó a abanicarse con la diestra.

El recadero regresó al poco. Venía con la premura reflejada en los andares.

—Dice que os verá ahora. Seguidme, señora.

La aludida así lo hizo. En honor a la verdad, había acudido allí con la sospecha de que el medinense se negaría a recibirla; al menos, al principio. Se alegraba de haber conseguido tan fácil acceso. Eso le permitía reservarse para mejor momento la sorpresa que traía.

El mozo la condujo del zaguán a un patio interior; y de allí a una antesala en la que esperaban varios visitantes, que fruncieron el gesto al constatar que la muchacha era atendida antes que ellos. El asistente golpeó tres veces la puerta con los nudillos. Tras recibir confirmación desde el interior, la abrió para dar paso a su acompañante.

—¡La joven Inés Ramírez! Pocos meses han pasado desde nuestro último encuentro; mas veo que os han traído muchos cambios —comentó su anfitrión, al tiempo que la invitaba a tomar asiento—. Se rumorea que habéis vuelto a casaros. Y veo que esperáis retoño para dentro de no mucho. Recibid mi más sincera enhorabuena.

Su invitada se acomodó. Intentaba no manifestar el desconcierto que sentía ante aquel trato afable y familiar. Los recientes desaires del mercader la habían llevado a concluir que tales cortesías eran cosa del pasado. En los últimos tiempos ella le había escrito varias cartas. Ninguna de ellas había merecido contestación del destinatario.

Pese a todo, no estaba dispuesta a desistir. Al tener noticia de que el apoderado había llegado a la villa para atender ciertos negocios, había decidido presentarse ante él, resuelta a recibir de su boca esa respuesta que no le había llegado de su mano.

El tratamiento que Formil le dedicaba le hacía recelar que él la había recibido sin otra intención que divertirse a su costa, como el gato que juega

con el pajarillo caído al suelo con el ala rota. Le demostraría que no estaba tan indefensa como él creía.

—Vuestro tiempo es valioso; el mío, escaso. Podría derrocharlo explicando la causa de mi visita, pero sospecho que no resultará necesario. Ya sabéis por qué estoy aquí.

—Decidme una cosa: ¿cómo es que vuestro esposo ni siquiera os acompaña? Si vuestro motivo es el que imagino, le concierne a él antes que a nadie.

—Él no sabe que estáis en la villa; ni que yo he venido a veros.

El medinense apuntó una sonrisa, más para sí que para su visitante. Arbús había vivido largo tiempo engañando a Inés con sus silencios y disimulos. Ahora ella se disponía a pagarle con la misma moneda.

—¿No habéis aprendido nada, querida niña? Ya debierais conocer los peligros que entrañan ciertos secretos; sobre todo los que se crean en nombre de la voluntad de proteger a los seres amados.

Aunque en realidad todo el camino que conducía hasta donde ahora se hallaban se había construido sobre misterios y engaños. Y no era, por cierto, ruta de corto recorrido.

El *Contra Christianos* de Porfirio había sido recuperado por el más puro azar. Su descubridor, catedrático de la Universidad Complutense, lo había localizado en uno de sus viajes. Lo había rescatado de cierta abadía antaño conocida por la calidad de sus manuscritos, muy preciados por su caligrafía y sus iluminaciones. Con la llegada de la imprenta, la antigua dedicación de sus copistas había ido desapareciendo. El actual responsable estaba ansioso por vender los viejos volúmenes que acumulaban decenios de polvo y olvido en sus estanterías.

Temeroso de ser descubierto en posesión de tan peligroso texto, el catedrático lo había ocultado temporalmente en los anaqueles de la Universidad con un falso epígrafe. Entonces había acudido a Benito Boyer, el más prestigioso tratante de libros afincado en tierras castellanas. Mientras negociaba con este la compra de la obra, la fatalidad había querido que otro erudito hallase y transcribiese el manuscrito.

Tras recuperar el ejemplar guardado en la biblioteca universitaria y

destruirlo, quedaba hacer lo propio con la copia. Había sido aquí, al entrar en lid Damián Pérez, cuando el asunto se había complicado.

Un primer registro de su vivienda reveló que el tratado no se encontraba allí. Después Almanegra se había mostrado demasiado expeditivo al interrogar al copista, que había fallecido sin revelar su localización. Y la esperanza de recuperar su pista se había perdido hasta que, algún tiempo después, Antonio Lozano había acudido al apoderado medinense con una curiosa propuesta.

—Esa carta... —le comentó ahora a Inés—. ¿Qué os hace pensar que la tengo aquí?

—En cierta ocasión dijisteis a Pierre que nunca os alejabais demasiado de ella; que la considerabais «un texto muy especial».

Él le dirigió una de aquellas sonrisas que le eran tan propias, llena de fingida cordialidad.

—Más vale tarde que nunca, según dicen. Parece que al final vuestro esposo sí tuvo a bien revelaros algunas cosas.

—Más de las que os reveló a vos, tenedlo por seguro.

—¿Sabéis algo, mi buena muchacha? Comenzáis a expresaros de forma similar a como él lo hacía. Y el pobre gascón nunca fue un gran conversador, si se me permite señalarlo.

Enrique Formil seguía contemplando a su invitada. Para alcanzar el lugar en que ahora se encontraban, ambos habían recorrido una larga distancia. Llegados a este punto no veía necesidad de prolongarla aún más.

—Por agradable que sea este encuentro, todo toca a su fin. Aquí nos despedimos, Inés. Lamento deciros que no os llevaréis lo que habéis venido a buscar. Vuestro esfuerzo ha sido en vano.

Conocía a muchos clientes que se hubieran resignado a marcharse sin más pago que aquella respuesta. Su interlocutora no lo hizo.

—Recapacidad, señor Formil. Ese documento que con tanto empeño guardáis puede traeros graves daños a vos mismo. Si algún día decidierais entregarlo al Santo Oficio, ¿cómo justificaríais el haberlo tenido tanto tiempo en vuestro poder? Bien sabéis que lo que en él se denuncia exige informar de inmediato a nuestros guardianes de la fe. El no haberlo hecho así os convierte

en cómplice. Entregad a Pierre y os estaréis entregando a vos mismo.

Era el argumento que ya usara en su día para desbaratar las intenciones de Gabriel. Pero su anfitrión no resultaba tan fácil de amedrentar como su antiguo oficial.

La joven desvió la vista. Nada podía replicar contra aquello. Pero estaba lejos de haber agotado sus argumentos.

—¿Queréis saber la razón? A fe que no he de negárosla: vuestro esposo trató de engañarme; no veo motivos para alegrarme por eso.

—¿Y qué esperabais, señor Formil? Lo visteis conducirse de esa misma guisa con el resto del mundo. ¿Acaso eso os supuso un problema? No, por cierto; al menos, no mientras os aprovecharon sus engaños.

Ante aquellas palabras, la máscara de su oyente se resquebrajó. Bajo ella se adivinaba un gesto de incredulidad.

—Seamos sinceros: tenéis menos motivos para enojaros con él que con vos mismo. Al fin y al cabo, vos lo elegisteis, pues lo necesitabais tal como era. Alguien más honesto no hubiera podido llevar a cabo lo que él consiguió.

Su anfitrión no alcanzaba a ocultar su asombro. Comenzaba a comprender que en aquella muchacha se ocultaba un rival mucho más temible de lo que había considerado. Ninguna otra estrategia —ni las lágrimas, ni las súplicas, ni las promesas, ni la apelación a su misericordia— hubiera podido sacudir su conciencia como lo habían hecho aquellas frases. Inés Ramírez había encontrado el único camino capaz de afectarlo.

Había llegado el momento de asestar el golpe de gracia.

—Decidme: ¿conocéis por ventura a un hombre llamado Anselmo Fuentes?

—No lo creo. ¿Debería?

Formil había respondido sin mudar un ápice el tono. Sin duda, era hombre experimentado en disimular la mentira.

*Cerbero, Argos, Polifemo, Grifo, Minotauro, Esfinge, Medusa.* A Inés no le había resultado sencillo, pero al fin había logrado identificar el último nombre de aquella lista endemoniada. *Cerbero*, el «proveedor» de Tonio —quien, según el listado dejado por este, mantenía algún tipo de vínculo con la *Esfinge*—, se había negado a responder a las preguntas de la joven... al principio. Era un hombre lo bastante bien relacionado como para no sentirse

impresionado por una pobre viuda. No esperaba que ella también dispusiese de contactos a los que recurrir; ni, mucho menos, que estos resultaran ser tan influyentes.

El padre Eusebio no había sido demasiado explícito al referirse a su protector, don Alonso de Mendoza; aunque sí lo suficiente como para revelar que este manifestaba un personal interés por el comerciante medinense, responsable de la desaparición de *Mercurio*.

Los representantes de tan ilustre y principal señor no habían apelado a la sutileza. Su patrono poseía la autoridad, las riquezas y la disposición necesarias para conseguir que Anselmo Fuentes hubiese de vivir arrastrándose por el fango durante el resto de sus días. Y así, *Cerbero* había confesado ante ellos lo que había callado ante Inés Ramírez.

—Deberíais escuchar las historias que cuenta sobre vos. Recuerdo una en especial. ¿Queréis escucharla?

Por cuanto parecía, Enrique Formil no estaba del todo satisfecho con las condiciones acordadas con su patrono, Benito Boyer. Y había hallado el medio de aprovechar ciertos envíos legítimos del librero para ocultar en ellos sus transacciones furtivas.

Era él quien había puesto en contacto a Anselmo Fuentes y Antonio Lozano, a cambio de un porcentaje de las ganancias que reportasen los tratos entre ambos. Los naipes con los que Tonio traficaba eran un buen ejemplo de aquellos negocios, lucrativos y encubiertos, que el apoderado conducía a espaldas de su empleador.

La joven había extraído un documento del cartapacio que llevaba consigo. Lo depositó sobre la mesa de su anfitrión. Este se calzó los anteojos y lo repasó con la vista.

Era una declaración sellada por don Alonso de Mendoza —chantre de la insigne iglesia de los Santos Justo y Pastor, antiguo rector y actual visitador de la Universidad Complutense y su colegio mayor, ilustre miembro de una de las más poderosas estirpes de Castilla—. El firmante juraba por su palabra que habían llegado a sus oídos los detalles que allí se contenían sobre algunas «turbias transacciones».

—Si algo nos sucediera a mí o a cualquiera de los miembros de mi familia,

tened por seguro que vuestro patrono recibirá un duplicado de este mismo documento. En vuestra mano está el evitar que tal cosa llegue a suceder.

El mercader levantó los ojos hacia ella. En sus pupilas se leía una animadversión tan concentrada que parecía a punto de fermentar.

Inés sostuvo aquella mirada sin pestañear.

—Decidme, señor Formil: ¿habéis oído hablar de las letras de cambio?

Cuando la joven salió de allí el pulso le temblaba. Llevaba en su mano la maldita carta dictada por Isabelle Régnier.

Nunca le habían gustado los secretos. Nunca había sentido inclinación por desvelar los ajenos ni por crear los suyos propios. Ahora sentía aún mayor aversión que antes hacia el fingimiento, el engaño y la hipocresía.

Notaba algo turbio y viscoso en el estómago. Se preguntó cómo Pierre había podido vivir tanto tiempo con aquella sensación. Le bastaba con haber apostado una sola vez en aquel juego para saber que no deseaba volver a practicarlo nunca más.

La reconfortaba saber que ya no tendría más trato con Enrique Formil. Este había salido de su vida. Ahora ya no era Pierre, sino el apoderado medinense quien tenía la espada de Damocles sobre su cabeza. Desde hoy tendría de vivir vigilando sus espaldas. El chantre don Alonso de Mendoza no parecía un hombre indulgente. A fe que no convenía tenerlo como enemigo.

Inés sintió en su interior un suave puntapié que le hizo bajar la vista hacia el vientre. Sonrió. Y, dejando tras de sí aquellos sombríos pensamientos, comenzó a descender la cuesta con el cuerpo cargado y el corazón ligero.

# APÉNDICES

## *DRAMATIS PERSONAE*

En esta novela se mezclan personajes históricos y ficticios. Estos últimos (debidos por entero a la imaginación de la autora, aunque caracterizados según la mentalidad y los modos del siglo XVI) aparecen aquí en cursiva. La existencia de los restantes está verificada por mencionarse al menos en una fuente de la época.

Se incluyen en la relación algunas figuras históricas que no participan en la trama, pero son mencionadas por los personajes. Todas ellas forman parte relevante del entorno cultural y el marco cronológico en que se desarrolla la novela.

**Adriaan de Alkmaart:** compositor de origen flamenco, procesado por la Inquisición en Zaragoza (1562) y luego en Toledo (1570). Trabajó para Pierre Régnier, en Barcelona, y para Andrés de Angulo, en Alcalá de Henares.

**Albertillo:** aprendiz en el taller del difunto Antonio Lozano; como tal, también cumplía con funciones de servicio en la casa de su maestro.

**Almanegra:** hombre de armas de origen francés al servicio del apoderado medinense Enrique Formil.

**Alonso de Jaramillo:** librero de Alcalá de Henares y vecino de la villa. Entre los años de 1554 y 1572 costea diversas ediciones en los talleres de Juan de Brocar, Andrés de Angulo y Juan Gracián.

**Alonso de Mendoza:** hijo del cuarto conde de La Coruña. Doctorado en Teología por la Universidad de Alcalá, fue rector de la misma en el curso académico 1565-1566 y obtuvo allí la cátedra de Artes. Estuvo vinculado a la Iglesia Magistral en calidad de chantre hasta su nombramiento como canónigo de la catedral de Toledo (1578) y abad de San Vicente de la

Sierra (1580). Fue juzgado por la Inquisición por ser protector de Lucrecia de León, cuyos sueños proféticos comportaban fuertes críticas al rey Felipe II.

**Alonso Deza:** escritor, padre jesuita y uno de los más importantes teólogos españoles del siglo. Durante más de veinte años fue catedrático de Teología en la Universidad Complutense y, tras ingresar en la Compañía de Jesús, en el colegio alcalaíno de dicha orden.

**Ana Ribera:** madre de Inés y María Ramírez. Tras enviudar, fue a vivir con la menor de sus hijas, Inés, y con el esposo de esta, Antonio Lozano.

**Andrés de Angulo:** el más importante impresor de Alcalá de Henares, cuñado de Juan de Brocar y continuador de la tradición familiar. Su taller contaba con cuatro prensas y dieciocho oficiales de diversas procedencias, y era uno de los mayores de la península ibérica.

**Antón Sánchez:** oficial componedor, originario de Granada. Trabajaba en el taller de Juan Gracián en diciembre de 1572.

**Antonio Lozano:** maestro de libros (encuadernador) afincado en Alcalá de Henares. Difunto esposo de Inés Ramírez.

**Baltasar Gutiérrez:** librero de origen complutense, trasladado después a Madrid. Tuvo su tienda en la Puerta del Sol. Fue hermano de los librereros Melchor, Gaspar y Hernán Ramírez y primo de Inés y María.

**Beatriz Ruiz:** viuda de Luis Gutiérrez, librera en Alcalá de Henares. La familia de su difunto esposo era la más pudiente de entre todas las dedicadas al negocio en dicha villa.

**Benito Boyer:** uno de los librereros más importante de la segunda mitad del siglo XVI. De origen francés, se afincó en Medina del Campo, donde fundó uno de los mayores emporios comerciales de la península ibérica. A su muerte se contabilizaron en su almacén más de veintidós mil volúmenes.

**Benoît Doucet:** fundidor nacido en Lyon en 1543. Fue detenido y juzgado por la Inquisición barcelonesa en 1569. Sus denuncias a otros compañeros de profesión durante los interrogatorios provocaron decenas de detenciones.

**Blas de Robles:** hijo y nieto de librereros, comenzó su actividad en Alcalá de Henares, aunque después se trasladó a Madrid. Sus servicios a la corte y sus importantes relaciones internacionales (entre las que destaca su amistad

por vía epistolar con Cristóbal Plantino) le granjearon el título honorífico de Librero del Rey, creado *ex profeso* para él, y que su hijo Francisco heredaría. Fue el editor de *La Galatea*, la primera novela de Miguel de Cervantes, que se imprimió en el taller de Juan Gracián.

**Catalina de Mendoza:** hija natural del tercer marqués de Mondéjar y cuarto conde de Tendilla. A falta de parientes varones que pudieran encargarse de la tarea, fue administradora del estado familiar durante más de diez años. Junto a su tía María de Mendoza, contribuyó con grandes sumas al Colegio Máximo de la Compañía en Alcalá de Henares y fue fundadora del templo de dicha institución.

**Claudi Bornat:** librero y maestro impresor de origen francés, afincado en Barcelona. Sus prensas estuvieron operativas entre 1556 y 1575. Durante ese periodo, su taller fue uno de los más importantes de la villa condal.

**Cristóbal Plantino:** impresor, librero y editor de origen flamenco. Por su sobresaliente trabajo en la edición de la *Biblia Políglota de Amberes*, Felipe II lo nombró su archipógrafo regio (o comisario real, con amplios poderes relativos a la imprenta en los Países Bajos); y, al comenzar la introducción del nuevo rezado, le concedió la exclusividad de la edición y venta de misales, breviarios, libros de horas y oficios en España.

**Damián Pérez:** antiguo compañero de estudios y amigo de Eusebio Vázquez y don Alonso de Mendoza; y, posteriormente, secretario de este último.

**Diego de Jaramillo:** librero de Alcalá de Henares y vecino de la misma. Entre los años de 1578 a 1593 costea diversas ediciones en los talleres de Juan Íñiguez de Lequerica y Juan Gracián, en ocasiones compartiendo el gasto de la edición con Blas de Robles. Entre ambos existió un acuerdo para la defensa de sus mutuos intereses comerciales en la villa.

**Enrique Formil:** apoderado del librero medinense Benito Boyer.

**Étienne Carrier:** oficial tirador nacido cerca de Lyon. Trabajó en Barcelona para Pierre Régnier, al que abandonó por su rival Claudi Bornat. Fue procesado por la Inquisición, acusado de herejía y bigamia, y condenado en 1570.

**Eusebio Vázquez:** sacerdote jesuita, responsable de la biblioteca del colegio alcalaíno de la orden. Confesor de Inés Ramírez y de su madre, Ana Ribera.

**Fermín:** sirviente empleado en la casa del librero Hernán Ramírez.

**Francisco Gómez:** oficial batidor de origen andaluz. Trabajaba en la imprenta de Juan Gracián en diciembre de 1572.

**Gabriel de Aguilar:** oficial encuadernador en el taller del difunto Antonio Lozano.

**Gaspar Ramírez:** librero de origen complutense, trasladado después a Madrid. Hermano de los también librereros Melchor Ramírez, Baltasar Gutiérrez y Hernán Ramírez, y primo de María e Inés.

**Guillaume Herlin:** oficial de imprenta, nacido en París en 1528. Trabajó en Ginebra y Amberes antes de instalarse en Barcelona y, posteriormente, en Alcalá de Henares. Sus declaraciones ante el tribunal de la Inquisición llevaron a la detención y condena de numerosos compañeros del gremio.

**Hernán Ramírez:** comerciante de libros en Alcalá de Henares, hermano de Gaspar Ramírez, Baltasar Gutiérrez y Melchor Ramírez, todos ellos librereros. Fue el único de los hermanos que permaneció en su villa de origen en lugar de trasladar su negocio a Madrid. Primo también de Inés y María.

**Inés Ramírez:** viuda de Antonio Lozano, heredera de su negocio de encuadernación.

**Isabelle Régnier:** esposa del maestro impresor Pierre Régnier. Fue juzgada por el tribunal inquisitorial de Toledo y condenada a morir en la hoguera.

**Isidra:** moza de servicio en casa del librero Diego de Jaramillo.

**Jaume Cortey:** impresor y librero afincado en Barcelona, activo entre 1552 y 1564. En su taller trabajaron futuros maestros tipógrafos como Pierre Régnier y Pedro Malo.

**Joaquín de la Hoz:** rufián mezclado en negocios turbios con el difunto Antonio Lozano. Oculta bajo un parche la cuenca de su ojo izquierdo, que perdió en cierta reyerta.

**Juan Pérez:** oficial componedor, originario de Aragón, empleado en la imprenta de Juan Gracián en diciembre de 1572.

**Juan de Brocar:** notable humanista e impresor alcalaíno, hijo del famoso Arnao Guillén de Brocar. Gracias a los materiales heredados, dirigió una imprenta notable por su elegancia y calidad, de marcada orientación universitaria. Fue cuñado y antecesor en el negocio familiar de Andrés de Angulo.

**Juan de Villanueva:** maestro tipógrafo afincado durante un tiempo en Alcalá de Henares. Fue socio de Pedro Robles y, posteriormente, de Juan Gracián desde 1571, época en la que se traslada a Lérida para abrir allí otra imprenta.

**Juan de Villarreal:** maestro tipógrafo que desarrolló casi toda su trayectoria profesional en Alcalá de Henares entre 1570 y 1599. Sus compañeros de profesión se referían a él de la forma antedicha, aunque su nombre completo, tal y como aparece en los documentos legales, es Juan Íñiguez de Lequerica y Villarreal.

**Juan Gracián:** impresor de origen navarro, casado con María Ramírez. Trabajó durante años como componedor en Alcalá de Henares bajo dirección de Pedro Robles, Francisco de Cormellas y, por último, Juan de Villanueva. Se asocia a este último en 1571, antes de adquirir su parte del negocio y convertirse en maestro tipógrafo independiente. Como tal publicaría obras de importancia como la primera traducción al castellano de la *Arquitectura* de Vitrubio y *La Galatea* de Miguel de Cervantes.

**Julián Díaz:** prometido de Matilde, que partió de la villa para servir en los ejércitos del rey.

**María Ramírez:** esposa del maestro impresor Juan Gracián. A la muerte de este en 1587 continuó con el negocio hasta 1624, adoptando una orientación más comercial que la de su difunto marido.

**María de Mendoza:** hija del segundo marqués de Mondéjar y tercer conde de Tendilla. La apodaban *la Blanca* por la palidez de su piel. Gran benefactora de la orden jesuítica, contribuyó con grandes sumas al Colegio Máximo de la Compañía en Alcalá de Henares y fue fundadora del templo de dicha institución.

**Marta:** joven pretendida por el batidor Francisco Gómez, hija de una mesonera y de un difunto soldado de los tercios españoles.

**Martín Felipe:** encuadernador afincado en Alcalá de Henares. Su local, situado frente a la fachada del Colegio Mayor de San Ildefonso, estaba arrendado a la Universidad por un censo vitalicio de 2.350 maravedís anuales.

**Matilde:** sirvienta en casa de Inés.

**Melchor Ramírez:** librero de origen alcalaíno, aparece como vecino en

Madrid, con tienda en la calle Mayor. Fue hermano de Gaspar Ramírez, Baltasar Gutiérrez y Hernán Ramírez, todos ellos librereros, y primo de María e Inés.

**Padre Mercedario:** dirigente de una red clandestina que comercia con cartas y otras mercancías ilegales en la villa complutense.

**Paula:** segunda esposa del tirador francés Étienne Carrier.

**Pedro de Villanueva:** oficial batidor, originario de Rascafría. Estaba empleado en el taller de Juan Gracián en diciembre de 1572.

**Pedro Malo:** uno de los maestros impresores más importantes de Barcelona en el último tercio del siglo XVI. Su buen trabajo como tipógrafo y corrector lo convirtió en el impresor preferido por muchos autores del periodo.

**Pierre Arbús:** oficial tirador, hermano del impresor Samsó Arbús. En diciembre de 1572 se encontraba empleado en la imprenta de Juan Gracián. Antes de eso había servido como aprendiz para Pierre Régnier y trabajado como oficial en la imprenta de Claudi Bornat, ambos en Barcelona.

**Pierre Régnier:** impresor originario de Normandía, esposo de Isabelle Régnier. Trabajó como oficial en numerosas prensas de varios países antes de afincarse en Barcelona, donde llegó a convertirse en maestro tipógrafo. Encarcelado y procesado por la Inquisición bajo sospecha de «luteranismo», acabó siendo condenado a seis años como remero en las galeras.

**Polifemo:** véase Joaquín de la Hoz.

**Samsó Arbús:** maestro tipógrafo, nacido en Perpiñán. Se inicia en Barcelona trabajando como batidor para Claudi Bornat. Asociado a este y a la viuda de Pedro de Montpezat, se convierte en impresor en septiembre de 1571. En 1584 se establece en Perpiñán, también como tipógrafo; aquí imprimirá un total de veintiocho títulos, sobre todo obras religiosas y devocionales. Fue hermano de Pierre Arbús.

**Sebastián Martínez:** maestro tipógrafo que dirigió imprentas en Valladolid y Alcalá de Henares y, más brevemente, también en Palencia y Sigüenza. Publicó, entre otros documentos de gran valor histórico, la pragmática sobre los libros emitida por Felipe II el 7 de septiembre de 1558, así como dos ediciones del *Índice de libros prohibidos* de Valdés.

**Teodora:** dama de compañía en casa de Inés Ramírez.

**Úrsula:** moza empleada en la vivienda del impresor Juan Gracián.

## GLOSARIO

Se citan a continuación algunos términos de la novela que resulta difícil consultar en el diccionario. Incluye ciertos vocablos ya en desuso y otros que en estas páginas se emplean con un significado distinto al acostumbrado, sea por el contexto en que aparecen o porque tuvieron una acepción diferente en la época.

**Artalete:** especie de empanadilla hecha con masa azucarada, que podía llevar relleno dulce o salado.

**Bala:** utensilio utilizado por el oficial batidor para entintar; usaba dos, una en cada mano. Estaban formadas por un casquete semiesférico de piel, relleno de lana, y un mango de madera.

**Barato:** cantidad de dinero que entregaba voluntariamente el ganador de un juego de azar.

**Batidor:** oficial de imprenta encargado de entintar los moldes de la forma antes de cada golpe de prensa. Su trabajo incluía también la limpieza con lejía de la susodicha forma una vez que la tirada había terminado. El periodo de aprendizaje para este oficio solía durar de tres a cuatro años.

**Carro:** parte móvil de una prensa que, por acción de una manivela, se deslizaba sobre unas bandas metálicas para introducir el pliego y la forma bajo el cuadro de presión. En su parte superior se encontraba el cofre.

**Casado:** operación consistente en situar cada molde de una página en el orden y orientación adecuados para que, al doblar el pliego impreso, cada página quedase en la correcta posición de lectura. Las páginas (que una vez doblado el pliego serán consecutivas), han de presentarse en cada cara del mismo en una predeterminada posición, pero no en su secuencia numérica.

**Chibalete:** armazón de madera donde se colocan las cajas para componer.

Permitía mantenerlas en posición ligeramente inclinada para que el componedor seleccionase con mayor facilidad los tipos que necesitaba para la composición.

**Churrián:** vocablo de germanía usado para designar a un proxeneta.

**Cofre:** marco que sujetaba la forma a la prensa. Accionando una manivela, se deslizaba sobre unas guías metálicas para situarlo debajo del cuadro y permitir la impresión del pliego.

**Componedor:** (1): nombre que se daba en la época al oficial de imprenta encargado de la composición y el casado de la obra. En tiempos más modernos se lo denominaba cajista. Su periodo de aprendizaje solía durar de cuatro a seis años.

(2): aparato utilizado por el susodicho oficial para formar, con los tipos que correspondan, una línea de texto. Estaba formado por dos listones de madera o metal colocados en ángulo recto, con un tope fijo en un extremo y variable en el otro, para poder adaptarlo a la longitud prevista de la línea.

**Composición:** operación realizada en el taller de imprenta, consistente en formar, mediante la selección y combinación de los tipos adecuados, cada uno de los moldes que, una vez impresos, conformarán las páginas de un libro.

**Cuadro:** parte de la prensa que ejerce presión sobre el pliego en blanco y la forma entintada para realizar la impresión. Se trata de una superficie plana que desciende en vertical por un mecanismo accionado mediante una barra.

**Cuarto (4.º):** formato resultante de doblar el pliego dos veces, obteniéndose ocho páginas por pliego. Se utilizaba para las reediciones de los clásicos y para obras literarias, sobre todo aquellas que se publicaban en pliegos sueltos.

**Divisorio:** tabla delgada y alargada que se utilizaba en la composición de un texto. Sostenía las hojas del original, mantenidas en su posición por una especie de horquilla llamada mordante, que también servía como señal de la lectura.

**Folio (2.º):** el formato de mayor tamaño, que resulta al doblar el pliego una sola vez. Por cada pliego se obtienen, así, un total de cuatro páginas. Los libros impresos en este formato eran de difícil manejo y precio elevado: se usaba, sobre todo, para libros litúrgicos, tratados jurídicos, científicos y

técnicos, ediciones de lujo y obras de consulta.

**Formato:** tamaño de un impreso en relación con el número de páginas que comprende cada pliego: folio, cuarto, octavo, dieciseisavo, treintaidosavo... El total de páginas se obtiene al doblar el pliego cierto número de veces y en determinada forma.

**Frasqueta:** bastidor fijado al tímpano de la prensa; está cubierto de pergamino o papel en el que se han abierto ventanas del tamaño de las páginas del formato en que se imprime, para impedir que se manchen de tinta los márgenes.

**Galera:** (1) tipo de embarcación de vela y remo, muy utilizada en la navegación por el Mediterráneo. Los remos estaban manejados por los galeotes, gran parte de los cuales eran esclavos o condenados por la justicia.

(2) utensilio utilizado en el taller de impresión. Se trataba de una tabla con listones en tres de sus lados, en la que se colocaban las líneas que iba formando con los tipos el componedor, hasta formar con ellas la galerada.

**Ingenio:** instrumento usado por los encuadernadores para cortar los cantos de los libros.

**Forma:** conjunto formado por todos los moldes que componen un pliego sujetos por la rama. Es una copia, en metal y con los caracteres invertidos (a modo de visión en un espejo), de la parte del texto que ocupará una cara del pliego.

**Letuario:** confitura hecha a base de cáscara de naranja amarga y miel. El desayuno de las clases trabajadoras urbanas incluía un trago de aguardiente junto al letuario. Los vendedores ambulantes comenzaban a pregonarlo en las calles con las luces del alba.

**Letrería:** cada una de las diferentes clases de tipo de imprenta, cuyo conjunto de caracteres estaba diseñado y/o elaborado por un fundidor.

**Lliura (libra catalana):** antigua unidad monetaria catalana, cuyo valor fluctúa dependiendo de la época.

**Luterano:** término con el que en la época se denominaba al seguidor de cualquiera de las iglesias protestantes, con independencia de que siguieran las tesis de Lutero o de algún otro de los reformadores.

**Molde:** conjunto de tipos ya compuestos equivalente a una página del libro

impreso.

**Octavo (8.º):** formato resultante de doblar el pliego tres veces, obteniéndose dieciséis páginas por pliego. Los formatos más pequeños permitían la publicación de textos no muy extensos a precios asequibles, lo que favoreció un incremento notable del octavo desde mediados del siglo XVI. Fue el formato más común en la época, seguido del cuarto.

**Pliego:** cantidad de papel que, en la época, representaba la unidad de impresión. Era el único tamaño de papel con el que se podía trabajar en una prensa. Doblado cierto número de veces, en determinada forma, dará el formato resultante del libro.

**Rama:** bastidor rectangular de hierro que servía para fijar los moldes y trasladarlos desde la mesa de composición hasta la prensa sin que los tipos se descolocaran. La fijación se lograba por medio de una pieza metálica en el centro, llamada crucero, y guarniciones en los lados, que se apretaban por medio de tornillos.

**Ropera:** tipo de espada más usado en la época, de hoja larga y recta, esgrimida a una mano. Hoy en día se la conoce bajo la denominación de «estoque».

**Sayuelo:** una de las denominaciones dadas en la época a la prenda femenina también conocida como *cuerpo*, que cubría el torso dejando ver las mangas y la pechera de la camisa.

**Tímpano:** parte de la prensa; bastidor rectangular sobre el que se colocaba el pliego de papel en blanco, y que, al girar por medio de unas bisagras, lo situaba sobre la forma ya entintada. Así se evitaba que el pliego de papel se manchase, como ocurriría si se pusiese directamente sobre aquella.

**Tipo:** cada uno de los caracteres fundidos en metal que el componedor utilizaba para formar las líneas y páginas de un libro; tenían el sentido inverso (a modo de visión en un espejo) respecto a lo que se vería en el pliego impreso. Podían representar letras, espacios o signos.

**Tirador:** oficial de imprenta encargado del manejo de la prensa propiamente dicha. Su periodo de aprendizaje solía durar de tres a cuatro años. Volteaba la manivela que deslizaba la forma bajo el cuadro y, a continuación, tiraba de la barra, que, al bajar el cuadro, imprimía una mitad del pliego. Se encargaba, además, de colocar los pliegos en blanco y de retirarlos una vez

impresos. El trabajo requería de grandes dosis de precisión, fuerza y resistencia física. Se estima que, en la época, la tirada diaria solía alcanzar los mil quinientos pliegos, o seis mil golpes de prensa.

**Tórculo:** prensa usada para estampar grabados.

**Volandera:** tabla muy fina que ocupa el fondo de la galera y que sobresale de la misma por el lado abierto, permitiendo deslizarla y extraer la galerada ya compuesta.

## Un *thriller* histórico ambientado en el fascinante mundo del libro en el siglo XVI



Alcalá de Henares, 1572. La joven librera Inés Ramírez acaba de quedar viuda y ha de ponerse al frente del negocio familiar. Pronto descubre que su esposo poseía la clave de acceso al único ejemplar de un libro prohibido, cuya desaparición había sido ordenada por el poder político y la Iglesia siglos atrás.

Con la colaboración de Pierre Arbús, un oficial de imprenta francés, inicia la investigación. Tendrá que tratar con personajes de todo tipo: maestros impresores, eruditos, delincuentes, nobles de alta cuna... Y todo bajo la sombra omnipresente de la Inquisición, que vela por controlar el pensamiento y la palabra, y la estricta censura de Felipe II.

**Hubo un tiempo en el que no había nada más peligroso que un libro.**

*El taller de libros prohibidos* es, además de una gran novela de intriga, un viaje a los orígenes de la industria del libro y un homenaje a todos los escritores, impresores, editores, libreros y lectores que llevan siglos dando vida a la mejor forma jamás inventada de divulgar el conocimiento y la cultura: el libro.

**Olalla García** (Madrid, 1973) estudió Historia en la Universidad de Alcalá, para la que actualmente trabaja como profesora de literatura. Ha publicado con gran éxito cinco novelas: *Ardashir, rey de Persia* (2005), *Las puertas de seda* (2007), *El jardín de Hipatia* (2009), *Rito de paso* (Ediciones B, 2014) y *En tierra de Nadie* (2016). También ha traducido al castellano numerosas obras de autores clásicos y modernos. Desde hace diez años colabora estrechamente con diversas editoriales como escritora, traductora y lectora.

Para saber más sobre ella y su obra, visita su web: [www.olallagarcia.com](http://www.olallagarcia.com)

**«Olalla García escribe desde un profundo conocimiento. La palabra fluida y una trama absorbente se imponen con facilidad.»**

*Historia National Geographic*

Edición en formato digital: octubre de 2018

© 2018, Olalla García

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial /  
Alejandro Colucci / S. Gómez, G. Pellicer

Fotografía de portada: Thinkstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-666-6434-9

Composición digital: Infillibres, S.L.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

ME APUNTO



[megustaleerEbooks](#)



[@megustaleer](#)



[@megustaleer](#)

# Índice

El taller de los libros prohibidos

Preámbulo

Primera parte. Negocios importantes

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Segunda parte. Una doctrina escandalosa

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Tercera parte. Muy graves daños

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Apéndices

*Dramatis personae*

Glosario

Sobre este libro

Sobre Olalla García

Créditos